28
200
5600
28

José María Arguedas

TODAS LAS SANGRES

NOVELA



LOSADA, S. A.



TODAS LAS SANGRES

NOVELISTAS DE NUESTRA ÉPOCA

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS

TODAS LAS SANGRES

BIBLIOTECA
SALA PERU
NACIONAL

EDITORIAL LOSADA, S. A. BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERU

Queda hecho el depósito que
previene la ley núm. 11.723.

© Editorial Losada, S. A.
Buenos Aires, 1964.

Dibujo de la tapa de
BALDESSARI

166558

BIBLIOTECA NACIONAL
LIMA - PERU

PRINTED IN ARGENTINE

Este libro se terminó de imprimir el día 20 de noviembre de 1964, en Artes Gráficas Bartolomé U. Chiesino S. A., Ameghino 838, Avellaneda - Bs. Aires.

A Jaime Guardia, de la villa de Pausa, en quien la música del Perú está encarnada cual fuego y llanto sin límites.

A la ciudad de Santiago, donde encontré la resurrección.

CAPÍTULO PRIMERO

El viejo subió a tientas las gradas de piedra que conducían como un túnel a lo alto de la torre. Había que apoyarse en las paredes e ir adelantando las piernas, buscando con cuidado los ruinosos escalones en la oscuridad. Sólo el sacristán y su hijo y algunos muchachos del pueblo podían subir y bajar a la carrera por el desigual y lúgubre túnel que concluía en la cima, sobre la gran luz de la plaza.

El viejo borracho llegó hasta las campanas. De niño había sido diestro no sólo en escalar las gradas caprichosas y oscuras sino en caminar, como un acróbata, sobre la angosta cornisa de la torre. Hacía temblar a los devotos, chillando desde el altísimo andén donde no cabían sino los gavilanes que solían posarse allí para otear los árboles de la plaza.

Esta vez también, como en los días de las grandes travesuras de su niñez, los fieles iban a salir de la iglesia. Era día de fiesta y la multitud rebasaba hasta el atrio. Hombres y mujeres del pueblo y de los anexos próximos y lejanos habían venido a oír misa, casi todos los habitantes del distrito. Cruzaban el atrio, por lo alto, cadenas de flores de k'antu; de las cadenas pendían moldecillos de queso fresco, del delicioso queso que fabrican en las estancias de la puna. Los ajustaban con fajas de paja verde, también adornadas de flores de k'antu, y los colgaban con cintas desde las cadenas.

La torre estaba ya vacía. El sacristán había repicado toda la mañana y cuando el cura llegó al templo tocó la última llamada, el "rebato" y bajó después a la iglesia.

El viejo calculó bien. Se escondió, fatigado, tras de una columna, un instante. Cerca del atrio, en el centro de la plaza, había un castillo de fuegos, quemado ya a la hora de la Elevación. Tras de la iglesia, el cerro protector del pueblo aparecía rojo, cubierto a mantos por las flores del k'antu. Era un cerro escarpado, pedregoso, propicio para los arbustos, casi sin pasto. El k'antu crecía ardorosamente hasta cerca de la cima, entre las piedras, marcando el límite de la región fría donde la tierra sólo produce paja o espinos bajos, cactos protegidos de cabellera. El viejo miró hacia la alta montaña.

—¡Yo te prefiero, "Apukintu"! Te han robado flores —dijo.

Cuando asomó la cabeza para mirar el atrio, la chiquillería del pueblo salía de la iglesia. Empezaron a gritar:

—¡Las chipas, las chipas!

Bajaron las cadenas de k'antu, templándolas, y las levantaron de nuevo. Los niños saltaban para arrancar los nidos de paja que guardaban los quesitos. Algunos indios jóvenes se metieron en el grupo y los regidores del común los alcanzaban con las varas y los golpeaban en la cabeza.

—¡Fuera! —gritaban—. Es para los niños.

Las cadenas bajaban y subían. Los alaridos de los niños repercutían en la quebrada. El viejo podía contemplar libremente el espectáculo, porque todos estaban pendientes de la lucha de los niños y del juego de las cadenas. La costumbre no había variado en sesenta años. El viejo empezó a llorar copiosamente. Temió caer: se arrodilló en la piedra, bajo el arco de la cúpula.

—¡Que salgan los malditos! ¡Que salgan ya los malditos, Señor! —exclamó.

Desnudaron de flores y de ofrendas las cadenas que cruzaban el atrio. Quedaron al descubierto las sogas de cuero.

—Los hambrientos les han quitado a los niños —se lamentaba el viejo. Porque los jóvenes, aun los caballeritos, se metieron finalmente en la lucha por las chipas, para despejar el atrio.

Y salieron de la iglesia multitud de indios hacia la plaza, y después los grandes señores, los vecinos caballeros y los ancianos. Indias jóvenes cargaban los reclinatorios, e iban siguiendo a las señoras y señores. El viejo se ocultó tras de la columna. Y apareció, bruscamente, cuando su hijo mayor, don Fermín, llegó al centro del atrio. Se irguió, casi al filo de la cornisa. Se quitó el sombrero, lo agitó con la mano derecha y gritó:

—¡Eh, maldito!

Todos se volvieron y lo buscaron.

—¡Aquí, malditos! —voceó con más energía el viejo.

Acababa de salir del templo su otro hijo, don Bruno.

—¡Corran a la torre! ¡A la torre! —Don Fermín vio primero a su padre—. ¡Mil soles por salvarlo! ¡Indios, suban! —gritó.

Pero el viejo había asegurado la puerta con el cerrojo.

Estaba vestido de levita; sobre la camisa blanca, una corbata vieja, de seda brillante, se agitaba con el aire.

—¡Escuchadme, malditos! ¡Maldito pueblo! ¡Maldito cura! ¡Maldita plaza!

Corrieron al atrio, todos. Nadie hizo caso del ofrecimiento de don Fermín.

Tenía una barba crecida en punta, el viejo; una barba dejada a su propia naturaleza; los pelos se alargaban desde todos lados de su rostro huesudo; las cejas habían crecido tanto que casi se juntaban hacia los costados con las barbas del rostro. Su nariz fina, agui-

leña, casi transparente en las aristas, era hermosa. Su frente muy angosta, nítidamente marcada por la abundante cabellera blanquísima y con extraños mechones negros, le daba aire de loco, y los cabellos largos, echados hacia atrás, que caían hasta más abajo de la nuca.

Se había dicho que sus discursos diarios de borracho ya no tenían efecto; que la gente de los pueblos se había cansado de escuchar las acusaciones y maldiciones que lanzaba contra sus hijos, contra los jueces y los curas. Sólo los niños le oían, al "Diablo Predicador". Pero ahora había encontrado un nuevo púlpito.

—¡Señores: ya voy a morir! —dijo con gran solemnidad—. Oíd mi última voluntad, desde esta altura que no es de Dios solamente. No estoy dentro de la iglesia. Estoy hablando a la calle. Las campanas no tocan para el cura únicamente. Llaman a los indios para las faenas; nos llaman a nosotros y a los alcaldes *varayok'* [1], para los cabildos. Cuando este pueblo fue ascendido a capital de distrito ¿quién hizo bailar a los ciudadanos y a los indios? ¡La torre! No es de Dios. Es mía. Mi padre, que fue dueño de los padres y abuelos y nietos de ustedes, hizo fundir las campanas, mandó arrancar estas piedras, con pólvora, en el cerro "Apukintu", y las hizo cuadrar con picapedreros, traídos desde el Cuzco. En las campanas hay mi sangre. Porque mi padre se hizo sangrar y en el crisol de la fundición escurrió su sangre, que al instante se convirtió en llama. ¡Llama que está devorando la conciencia de esos dos perros! Escúchenme *k'anpras, llok'lla michik'* [2], ¡no me han quitado la vida, sino la hacienda! Y ¿qué? Porque soy borracho, descendiente de Baco, porque a mi esposa la he convertido en borracha. Ya no trago vino de Cháparra ni de Ica, ni champán de Francia. Me han convertido en indio. En estos lares, en medio de tanta flor de k'antu, ¿no está bien que ahora me emborrache con chicha y cañazo? ¿Por eso soy indio, acaso? Ni tú que te has apoderado de mi hacienda de alfalfa y de mis minas, ni tú que te has agarrado mis molinos, mis indios, mis moyas; vosotros, Fermín, el Satanás, y Bruno, el cuesco de Satanás, podéis llevar, como yo, el traje de los caballeros. ¡Caballero desde mis barbas hasta el corazón! Y no un Caín. Otra vez malditos seais, os maldigo, como padre, como anciano, como noble.

—¡Dos mil soles al que lo baje! —clamó don Fermín.

En un respiro del viejo pudo hacerse oír el mayor de los hermanos. Pero nadie se movió. El borracho guardó más silencio, porque en ese instante salió el cura, y miró hacia la torre al observar que todos tenían el rostro vuelto en esa dirección.

—Te estaba esperando —continuó el viejo, con voz menos agitada, y señalando al cura—. ¡Traga hostias! Mi padre construyó la casa en que vives y en la que vivirán todos los curas de las genera-

[1] Alcaldes de indios. Llevan una vara como insignia de su autoridad.
[2] Inmundos, pastores de lodo.

ciones, y aunque te desprecio, te necesito de testigo. Vales menos que la piedra, ¡alaymosca piedra violeta!, que adorna y sirve de pared al salón de la casa cural. Mi padre respetó ese peñasco en cuyo corazón una criatura llora cada noche de San Juan. Ningún cura ha podido consolarla. ¿Qué has hecho tú, párroco mentiroso, y qué hicieron tus antecesores? No tenéis piedad. No es tanta la helada en este pueblo. ¿Por qué no exprimes flores de k'antu hasta llenar un lavatorio de sangre, y bañas con ella todas las noches la piedra de la casa cural? Si no has conseguido aplacar con rezos el hielo que hace llorar a ese infante en el centro de la piedra, porque tus oraciones son de lata y no llegan al cielo, obedece la receta de los *layk'as* [1]; baña la piedra con el zumo rojo del k'antu; el niño sentirá el calor del "Apukintu" hasta dormirse. Las campanillas del k'antu están bailando en racimos a estas horas, con el viento. Anticristo, llora, arrodíllate; te necesito de testigo.

El cura sonrió y movió los brazos con ademán despectivo. Fue don Bruno quien se arrodilló. La gente pudo hacerle un campo en el atrio, empujándose unos a otros, respetuosamente. Entonces don Fermín se acercó al sitio donde estaba su hermano; lo encontró arrodillado, y dudó.

—El Anticristo es el cura; aclaremos —continuó predicando el viejo—. Tú, Bruno, sólo eres Caín y parricida; tu hermano es peor que tú ¡Muladar, *akatank'a* [2], tú, Fermín, el peor, el primogénito, aquí, en los infiernos y en la porquería!

—¡Levántate, Bruno! ¡Levántate! —gritó don Fermín.

Pero don Bruno besó el suelo tres veces.

—La lujuria es tiniebla; el robo a los padres no lo perdona ni Satanás. ¡Parricida Fermín!

No podían irse ya los hermanos. Los indios y toda la gente del distrito habían formado una masa compacta que les cerraba el paso. ¿Por qué no reventaban los tiros de pólvora en el cerro? Los tiros habrían interrumpido al viejo. El cura se puso los dedos en la boca y silbó. Pero el mayordomo de los tiros y sus ayudantes también habían corrido a la plaza, cuando vieron el tumulto y la figura negra del viejo sobre la torre.

—¡No silbes como un alcahuete, oye, cuervo! —voceó más fuerte el anciano—. Vosotros, los peores; Fermín, el ladrón; y tú, Anticristo, escuchadme bien. ¡Uyariychis! —Pronunció la palabra quechua extendiendo el brazo hacia el extremo de la plaza—. ¡Uyariychis, oídme!

Y ya no volvió a hablar en castellano.

—¡Cura Anticristo, voy a morir! Quiero que se respete mi última voluntad. Escuchadme con cuidado. Dejo mi casa y todo lo que hay en las despensas, sala, dormitorios y corredores, a los indios y

[1] Brujos.
[2] Empujador de excremento: el escarabajo.

a los caballeros pobres. Los caballeros pobres no querrán ir al reparto; que manden a sus hijos. No habrá repartidor, ni albacea. Que entren en mi casa, cuando aún mi cadáver esté caliente. Que se lleven todo. El catre en que encuentren estirado mi cuerpo, también que lo lleven.

—No se va a matar; levántate, Bruno —volvió a gritar don Fermín. Y alzó a su hermano.

Don Bruno se recostó en los brazos de don Fermín, ante el asombro de la gente. Al viejo ya no le importó este detalle; en cambio, los señores y los mestizos que podían verlos se volvieron.

—Y que echen hielo sobre mi cadáver y en el fondo de la sepultura, debajo de mi cadáver —siguió proclamando el anciano—. Alcaldes envarados, jefes de la comunidad: haréis recoger, al amanecer, las velas de nieve que se forman sobre la grama, a las orillas de las acequias. Como ese niño de la piedra alaymosca de la casa cural, quiero que mi corazón acuse y muerda a mis hijos y a los hijos de los hijos de estos malditos. Ustedes van a entrar por la puerta grande a mi casa, ustedes, los indios y los caballeros pobres. ¡De frente, como dueños! Pongo de testigos al pueblo y a su cura; al "Apukintu" padre. Y cualquiera que se oponga a esta mi última voluntad, que caiga muerto y quemado al instante. El padre Apukintu está necesitando, en este tiempo, mucha sangre para sus flores de los pedregales. De frente, ¡marchen!

Desapareció del arco y empezó a doblar las campanas. Tan diestramente como el sacristán, el viejo armonizaba, lúgubremente, el tono cristalino de las campanas pequeñas con la voz lenta de la única campana mayor. Tocó unos instantes. Y apareció luego en las gradas de piedra que subían del atrio de la iglesia a la puerta de la torre. No estaba borracho; había tomado sólo unas copas de aguardiente. Pero bajó las gradas casi tambaleándose. Se detuvo en el atrio, y se puso el sombrero.

—¡Fuera! ¡Campo al cadáver! —gritó, cuando vio que algunos vecinos se le acercaban.

Don Bruno y don Fermín dieron unos pasos atrás.

—¡El gran viejo loco! ¡El gran señor! ¡El patrón grande! —exclamaban los indios.

—¡El castigo del cielo!

—O la voz del infierno —murmuraban los hombres.

Una anciana que tenía el rostro cubierto con una fina mantilla de encaje se acercó al viejo.

—Yo, Andrés, yo te limpiaré el rostro —dijo, y fue hacia él.

—¡Es la señora Adelaida! La viuda de Saño; contemporánea del viejo.

Le enjugó el rostro al anciano con un pequeño pañuelo. Y le llevó del brazo, unos pasos. Se escucharon llantos de mujeres. Se oía el movimiento de la masa de indios que observaba al anciano. Doña

Adelaida y el viejo llegaron a las gradas del atrio; de la juntura de las piedras salían yerbas secas.

—Déjeme aquí —dijo el viejo.

Bajó las gradas firmemente. El viento hizo cabecear los árboles de la plaza, unos sauces negruzcos y varios alisos endebles.

Los señores se quedaron en el atrio y los indios siguieron al viejo. Los mestizos se dividieron: algunos prefirieron observar a los hermanos maldecidos y otros fueron tras los indios. El cura vaciló largo rato. Luego se dirigió adonde estaban los hermanos.

—Ha sido un testamento público, señores —dijo en voz alta—. En su delirio el caballero ha establecido una voluntad; emplazo a los señores autoridades a que atestigüen también.

—No nos oponemos. Que se lleven cuanto hay en la casa principal de la familia, y si se animan a cumplir la orden de nuestro padre, que desaten la casa adobe por adobe. Nosotros buscaremos el auxilio del señor obispo. No hay conflicto con los indios. Usted, vicario, cuide a mi padre, que no muera sin absolución —contestó don Fermín.

—Está loco, y aunque maldice no irá al infierno. Dios sabrá por qué lo hace. ¡Y tú, renegado! ¿Por qué no revientas los tiros de pólvora? —El cura descubrió al mayordomo de albazo que se había acercado al grupo, y lo sacudió por los hombros.

Era un ex arriero empobrecido que tomó el cargo menos costoso de la fiesta con la esperanza de alcanzar la protección de la Virgen, patrona del pueblo. Corrió despavorido hacia el cerro.

El cura se despidió de los hermanos. Los demás señores también se acercaron donde estaban ellos para despedirse. Se quitaban el sombrero al darles la mano; pero no sabían qué decir. Una maligna felicidad que no podían expresar ni en gestos ni en palabras los turbaba. No dijeron nada, y se inclinaron ante el aspecto solemne e imponente de don Fermín; él les estiraba fríamente la mano, casi con menosprecio.

Don Bruno tenía el rostro agachado y no miró a nadie. Don Fermín trató a los principales del distrito como un poderoso que recibía el homenaje del pueblo. Acallaba así el júbilo, la venenosa alegría de sus amigos.

Ya estaban solos en el atrio los dos hermanos, cuando reventaron las cargas de pólvora desde el cerro. Los estampidos oprimieron el cielo límpido y profundo de la sierra en los meses de la sequía.

Todo el atrio estaba enrojecido por las flores de k'antu que habían pisoteado los niños.

—¿A tu casa o a la mía? —preguntó don Fermín.

—A la mía —dijo don Bruno.

Y fueron caminando los dos juntos.

De las puertas y esquinas los contemplaban con asombro. ¡Los caínes juntos, los demonios de "Apark'ora" y "La Providencia"; los maldecidos!

—Si el viejo habló como diablo, los ha juntado para el mal, pero si habló por la boca de Dios los ha azotado para que se arrepientan —dijo doña Adelaida al verlos pasar. Ella tenía su casa en una esquina de la plaza.

El viejo llegó a la esquina del huerto que rodeaba la iglesia y subió calle arriba, hacia su casa. Lo seguían los alcaldes y los comuneros, a cierta distancia. Los mestizos se le aproximaron más. Todos los niños iban detrás de los indios. Estaban atemorizados. Algunos cráneos eran visibles en las ventanas triangulares que formaban los adobes colocados en punta en la cima del muro del huerto. Los peones del cura echaban allí las calaveras que encontraban al tiempo de sembrar, porque ese campo cercado fue panteón de notables en tiempos antiguos. Las calaveras se cubrían de musgo en los meses de lluvia y parecían brillar en las noches de luna de los inviernos. El muro era alto, inalcanzable para los niños.

El viejo caminaba lentamente. Se detuvo en la esquina, donde empezaba ya su solar. La acera de la calle avanzaba allí casi hasta la orilla de la acequia que cursaba por el centro de la calle. A pesar de los muchos años de descuido, la piedra laja con que estaba hecha la acera, a todo lo largo del solar, permanecía bien ajustada y estaba limpia. Junto a la pared de la fachada se desmoronaba un ancho poyo de adobes. Allí descansaban, esperaban ceremonialmente al patrón, los mandones, lacayos y mayordomos de las fincas del señor; luego, a la orden del patrón, ingresaban en los patios. El alero que daba sombra al poyo estaba sostenido por vigas talladas.

El viejo subió al poyo. Los mestizos se detuvieron antes de cruzar la esquina; los indios no dejaron pasar a los niños. La nariz del viejo parecía haber crecido y haberse afilado más aún. En las órbitas muy hundidas, sus ojos brillaban con tierna luz. Algunos niños pudieron subir sobre los hombros de los indios amigos o sirvientes. Los vecinos del viejo empezaban a llegar por las otras bocacalles.

—¡Nada, nada, hijitos —dijo don Andrés en quechua—, os llevo en mi pecho, por esta última compañía, por este respeto!

Toda la gente permaneció callada e inmóvil. Unas mariposas rojinegras volaban del huerto hacia la calle; agitaban sus alas silenciosas en la paz del mundo.

—Hay algunas herramientas, armas, coca, todo, todo —continuó hablando el viejo—. Cuando muera, entren a mi casa, como cuando era mi cumpleaños. Nadie los va a atender. Ustedes solitos lleguen a todas partes, y llévense cuanto es mío. Mi mujer seguirá encerrada en su cuarto con la Gertrudis. A mi huérfano Anto ya le he asegurado. ¡Yo predico la venganza, señores! —retomó el tono de discurso, ya en castellano—. La venganza es dulce para el que es cristiano y para el moro; para el perro y para el ser humano, el pobre y el rico, el zambo y el mezquino. Y el que es generoso se ríe a mandíbula batiente si puede vengarse. Yo, ¡cielos de mi patria!, me vengaré, no por mí, sino por mandato supremo de Dios, si existe Dios; del

destino, si hay algún latido que rige los pasos, los pasos de todos. ¡Niños, oídme! ¡Predico la vindicta!...

Se ahogó; un alcalde se adelantó del grupo, pero el viejo lo detuvo haciéndole una señal con el brazo. Bajó del poyo sosteniéndose contra la pared, casi resbalando. Todo el lado derecho de su traje estaba manchado de cal. Avanzó hasta la puerta, tambaleándose.

—Parece un cóndor flaco —dijo un niño.

Abrió el postigo del zaguán. Detrás lo esperaba Anto, su criado. Lo llevó por el largo corredor del patio; pasaron el salón y llegaron al dormitorio. El catre del viejo tenía un techo de felpa, como un palio. Se recostó el anciano con la ayuda del criado. Anto se sentó en un sillón junto a la cama.

—Dame todo —ordenó el viejo.

Una ventana angosta, con vidrios llenos de polvo, dejaba pasar luz al dormitorio.

Anto obedeció al viejo. Se levantó y fue hacia la gran alacena del dormitorio; sacó de allí una garrafa llena de aguardiente. La puso sobre la pequeña mesa que el viejo tenía junto a la cama.

—Me vigilarás desde la puerta —le dijo don Andrés—. No te sentarás; recuéstate en la pared. Mírame tranquilo. No voy a estremecerme ni a manotear. Me estiraré fuerte. ¡Ya; andando!...

Anto cerró primero la alacena. Las puertas labradas, pintadas de verde, mostraban en el centro la figura esculpida de un papagayo de alas amarillas.

Cuando el criado se dirigía a la puerta del dormitorio, se escuchó con gran claridad el canto de un gorrión. Por las roturas del cielo raso, se filtró el canto a la penumbra. Volvió a cantar el pájaro, con gran alegría; su voz hizo revivir las alas amarillas del papagayo, y llevó al dormitorio del anciano el hálito feliz del campo, la imagen de las pequeñas casas del pueblo y de los bosques ralos donde las flores de k'antu ardían a esa hora.

—Anto —dijo el viejo, e hizo detenerse al criado—. Me está despidiendo del mundo ese pajarito. Les dirás a mis hijos que los espero en el purgatorio. Que lloren día y noche para lavar sus crímenes; que bajen al río, que se abracen junto a la toma de agua de mi hacienda grande. Y que lloren. Anto, ¿me estás oyendo?

—Sí, papay.

—Echarás trigo al techo para darle mi recuerdo a ese *pichiŧanka*[1]. Vigilarás el reparto. No te irás con ninguno de mis hijos. Harás casa aparte. Cuando mi mujer muera, te llevarás a la *kurku*[2] Gertrudis para que te sirva. ¡No la vayas a tocar! Don Bruno la corrompió, derramó sobre ella su maldita semilla y la malogró. Tenía doce años no más, y ese cerdo del infierno la violó en el corral. Parió después un feto corrompido. ¿Te acuerdas, Anto?

[1] Gorrión.
[2] Jorobada.

—Sí, papay.

—Le dirás a don Bruno que llore, que venga al corral, que con las lágrimas de su corazón procure lavar el suelo que quedó maldito con su sudor de condenado. ¡Anto! Él, Bruno, puede salvarse todavía. Yo vi que se arrodilló en la plaza; besó tres veces el suelo. Su corazón gemía. Lo oí desde lo alto. Que llore también en el horno viejo. Pero allí violaba y se revolcaba con mujeres; aquí, en mi corral, aplastó a una desventurada, a una marcada por Nuestro Señor. No la respetó; la cargó con engaños, en brazos. Mis perros no aullaron: algo les hizo el condenado. Pero ¿no oíste, entonces, a mis gallinas, Anto?

—Sí, papay.

—Cacarearon feo.

—Sí, papay; como cuando ven "almas".

—¡Eso es! Le dirás que llore, que se arrepienta y que se case. Yo me despido. No te digo nada de mi mujer. La cargaré por siglos en el purgatorio. Morirá pronto. Al amanecer de cada fiesta que vaya Bruno a mi tumba y que me hable. Yo le oiré. Yo tomaba aguardiente, y era a él a quien le ardía la sangre. ¡Adiós, pues, mundo! Cara o cruz, siempre es lo mismo.

Abrió el cajón de la mesa y sacó una cajita azul, de lata. La destapó; sus manos temblaban.

—No es cobardía; es el alcoholismo —dijo—. Voltéate de espaldas, Anto. Reza.

Anto se volvió de espaldas y empezó a rezar en quechua.

—Despídeme de mi mujer, Anto. Dile que me perdone. Y regresa. ¡No voltées! —ordenó.

Salió el criado; pasó al salón y oyó desde la puerta que el anciano seguía hablando.

—Mejor es la borrachera que la beatería o la maldición a los hijos. ¡Te salvé, vieja! Gané tu perdón.

Cuando Anto desapareció por la puerta del corredor, el viejo se incorporó y echó varias pastillas a un vaso de aguardiente. El cañazo tomó un color azul denso. Cerró los ojos el anciano y bebió en varios tragos el veneno. Se recostó, cruzando sus brazos sobre el pecho.

Anto salió al patio y avanzó hasta el otro extremo del corredor. La puerta del dormitorio de la vieja señora estaba entreabierta.

—¡Mamacita! ¡Señoray! —llamó—. El caballero se despide.

—¡Está borracha! —contestó la *kurku* Gertrudis desde la oscuridad.

El criado entró en el dormitorio. Dos ceras delgadas iluminaban un pequeño cuadro de la Virgen de Cocharcas, clavado sobre una repisa. La luz de las velas alumbraba la habitación. La ventana estaba cerrada y una cortina oscura de terciopelo la cubría. Había sido costurero esa pequeña estancia, en los tiempos de esplendor de la familia. Ahora, la cuja de metal de la señora apenas dejaba espacio para unos pellejos en que dormía la *kurku*, y para un armario

negro en que se guardaba la ropa de la patrona. El dormitorio olía a ropa sucia, a orines y cañazo.

Gertrudis era casi una enana. Sus cabellos de extraño color bruno eran larguísimos y abundantes; su frente chata, aparecía como resaltada por las cejas muy negras y los ojillos rasgados. Miraba entornando los ojos, como si tuviera dificultad para ver.

—Está borracha. Ha tomado desde que repicaron llamando a misa —dijo.

Anto se acercó a la cabecera de la cama.

La señora dormía. Le colgaban los cachetes y las arrugas del cuello. Bajo ojeras huesudas, los ojos hundidos y húmedos de legañas, temblaban. Temblaban los párpados.

—¿No tienes miedo? —preguntó el criado.

—No, pues. Peor es el señor.

—Su cara no. Parece más bien de santo.

—¿De santo? De Lucifer, dirás —y la *kurku* se echó a reír—. ¡Santo! La barba será.

—Se va a morir. Me ha mandado que le despida de la señora.

—¡Despídele, pues! ¡Ahí está! Lo mismo no más es, borracha o cuando abre los ojos. No oye ya. Su alma ¡no sé dónde estará! Pero si el señor se despide, capaz oye. Cumple, pues.

Anto se agachó hasta poner la boca junto al oído de la borracha, y le dijo:

—Señora, el señor se despide. Dice le perdones, de todo, de todo. No va ir de viaje. Es su última hora. Para siempre se despide. ¡Perdón, señoracha! ¡Para el anciano, perdón, señoracha! ¡Tú también ruega! —le dijo a la *kurku* cuando vio que la enana iba a soltar el llanto.

—No sé —dijo ella—. Ella sabrá. Yo soy de ella, tú del caballero. ¡Ándate ya!

Lo empujó suavemente del pecho.

—Ya está —le dijo—. Has cumplido. Ándate ya.

Salió Anto al patio. Respiró fuerte. Sobre la cruz de la casa, otro gorrión cantaba con el piquito hacia lo alto, muy erguido y gallardeando.

Se sentó el criado en el poyo del corredor, frente a la montaña. El viento de agosto sacudía los arbustos. Sobre lo amarillo de las yerbas muertas y lo negruzco de los pequeños árboles resecos, las flores de los k'antus resplandecían en lo alto de la montaña. Es la única flor del invierno; abre sus campanillas que tienen no sólo el color sino el brillo de la sangre, precisamente cuando la superficie de la tierra parece muerta.

Al mediodía, durante los meses de invierno, el sol encendía las quebradas y las pampas. Las piedras de los campos, las piedras porosas o rajadas y las que tuvieron yerbas en el tiempo de lluvias, quedan como atontadas; el viento carga los tallos secos, los arranca y desparrama. Las piedras lustrosas de los ríos brillan, despiden a

distancia el fuego del sol. En el mundo así quemado, las manchas de flor del k'antu aparecen como el pozo o lago de sangre del que hablan los himnos de las corridas de toros, pozo de sangre al que se lanzan para ahogarse los cóndores desengañados.

Anto temía volver al dormitorio del viejo. Estuvo contemplando las montañas, largo rato. El único saúco del corral recortaba sus ramas verdísimas contra las faldas casi blancas del Apukintu. A ese árbol venían a dormir algunos zorzales y cantaban al amanecer. Las ramas altas del saúco casi alcanzaban la zona del aire en que aparecían los mantos rojos de las flores de k'antu.

La *kurku* Gertrudis salió del dormitorio y se acercó al criado. Lo había observado desde que se sentó en el poyo.

—¿Tienes miedo? —le preguntó—. ¿De veras se va a morir el caballero?

—Seguro va a morir. Algo ha tomado con el aguardiente, ¿Será veneno?

—Anda, pues, a ver. Quizá está pataleando en su cama.

Anto le agarró las manos a la enana.

—¡Reza! —le dijo—. Tú eres "criatura" de Dios.

La hizo arrodillarse en el corredor, sobre el suelo.

"Que se muera tranquilo, que no ronque, que no patalee. Tranquilo que se apague", iba diciendo, mientras Gertrudis rezaba en voz alta.

No había concluido aún la oración, cuando Anto se decidió a entrar en la sala. Caminando despacio se acercó a la puerta del dormitorio. El viejo roncaba. Anto reconoció en seguida que era el ronquido de la agonía. Corrió. El cuerpo del anciano se convulsionaba débilmente; tenía un poco de espuma en la boca.

Las calles por las que pasaron los hermanos estaban solitarias, como si no fuera un día de fiesta grande.

—No nos quieren ver. Se esconden. ¡Estamos condenados! —dijo don Bruno, y se detuvo—. Me voy a mi hacienda.

—Si huyes, dirán que efectivamente estamos condenados. ¿Tienes la conciencia sucia? —le preguntó su hermano.

—Sí. No tanto como la tuya. Pero ¿no estamos malditos?

—¡Silencio! No esperarás que el diablo nos lleve en vida. Yo no tengo la conciencia sucia. ¡Juro por Dios que no la tengo! ¡Aguarda, Bruno, hermano! —le gritó casi—. ¡Aguarda! Hablemos en tu casa; no aquí. Que por lo menos el infierno no nos trague estando aún vivos.

Don Bruno miró detenidamente a su hermano. Éste permaneció

tranquilo. Las barbas cortas y muy rubias cubrían todo el rostro redondo de don Bruno. Tenía una expresión confusa, siempre huidiza. Pero esta vez concentró su mirada en los ojos de su hermano; lo examinó a fondo. El minero continuó tranquilo.

—¿Eres inocente? —preguntó don Bruno. Levantó las puntas del poncho sobre sus hombros.

—Lo va a patear —dijo un vecino que los observaba por las rendijas de una ventana.

Pero don Bruno tomó del brazo a su hermano, y marcharon calle abajo, apurados y en paz.

—¡No puede ser! ¡Los maldecidos! —El vecino entreabrió su puerta y vio a los hermanos ir juntos hasta el fin de la calle.

Yerbas secas cubrían el patio de la casa de don Bruno. La costra del barro formado en los tiempos de lluvia no había sido casi hollada; sobre las resquebrajaduras se podían ver aún manchas verdes. Las huellas de la herradura de los caballos aparecían en el piso. Matas de espinos se arrugaban sobre los muros del patio, ya sin techo, y la cal de las paredes estaba cubierta de polvo ennegrecido.

Una mestiza salió a recibir a los hermanos.

—Vete a la cocina —le dijo don Bruno.

La sala de la casa era oscura y pequeña. Una mesa antigua, a cuyos costados habían puesto bancas toscas, pero cubiertas con mantas indígenas, nuevas y hermosas, eran todos los muebles de la habitación. Cadenas de colores, de papel de cometa, cruzaban lo alto del techo, entre las tijeras de madera. Se veían desteñidas y estaban manchadas por las moscas..

Se sentaron frente a frente los dos hermanos.

—¿Cómo tienes la conciencia tranquila? —preguntó don Bruno.

—Cuando tú decidiste que judicialmente consiguiéramos la interdicción de nuestro padre, lo hiciste en justicia. ¿Somos o no sus hijos? ¿Qué habría sido de nosotros si el caballero hubiera tenido libertad de venderlo todo?

—¡Yo me arrepentí, Fermín! Yo quise volver atrás. Tú tenías el poder. Tú lo acogotaste.

—Habría muerto más pronto y más enloquecido.

—¿No diste orden de que le dieran cañazo mezclado? ¿No lo afrentaste en la calle? ¿No le rompiste la boca a Anto, su criado?

—No di orden de nada. No afrenté a mi padre; hice saber públicamente mi indignación por su conducta con nuestra madre. Tumbé al Antonio porque necesitaba desfogar mi rabia.

—Le robaste su ganado a mi madre, por eso te quité el trabajo de los indios. Mis indios no irán jamás a tus minas. Tú manejaste la mano del caballero que empujó a nuestra madre a la perdición. Tú empujaste a todos al mal. ¡A mí! ¡A mí también!

Se levantó don Bruno, y fue exaltándose ante la indiferencia aparente, la tranquilidad de su hermano.

—¿Por qué mi madre te firmó ese documento con que te apo-

deraste de su ganado? ¡Estaba ya borracha! ¡Acorralaste a mi padre y a mi madre! Me quieres acorralar a mí porque quieres mis tierras y mis indios. ¡Despídete!

Sus barbas rubias le daban aire como de un ángel indignado, de un aparecido enviado por los cielos. Entre tanta gente mestiza y de chullo, él, tan rubio, de ojos tan azules y apacibles, tenía no la apariencia de un terrateniente devorado por la lujuria sino de un creyente notable, cuya inocencia resplandecía.

—¡Silencio! —le gritó el minero, de repente y poniéndose de pie.

Se abalanzó sobre su hermano; lo agarró violentamente del poncho. Metiéndole la cara casi sobre los ojos, lo hizo callar.

—¡Silencio! —le dijo, lentamente, marcando las palabras—. ¿Quién, bestia, qué cerdo violó a esa criatura infeliz que mi madre protegía? ¿A quién lo encontraron con bestias y hasta con criaturas sin la edad del juicio? ¿Por culpa de quién tomó, sin otra causa, mi padre, la primera botella de cañazo, como si fuera agua? ¿A quién maldijo primero? ¿Qué pasó con mi madre cuando la *kurku* Gertrudis parió un condenado; un feto muerto y con cerdas?

Lo hizo sentar de nuevo en la banca. Los ojos de don Bruno quedaron despavoridos; esa inexplicable luz de inocencia que tenían se extinguió, como hundiéndose; y mientras don Fermín lo agarraba aún del poncho y tenía el cuello rígido de terror, un chorro de lágrimas brotó de sus ojos, corrió por su pecho y mojó las manos de don Fermín.

—Pero en este momento no se trata de que yo sea un ladrón y tú un violador. ¡Dios nos juzgará! ¡Escucha!

Don Fermín iba hablando, sin soltarlo. Lo tenía del poncho y le observaba a los ojos, midiéndolo. En cuanto pareció volver al rostro de don Bruno la luz del entendimiento, el hermano le fue explicando su plan, hablándole con calma, palabra a palabra, y fue centrándolo, ayudándolo a volver en sí, a "estar en este mundo", como solía decir don Fermín.

—No se trata de nuestros pecados, sino de no volver a cometer otros más grandes, ¿entiendes? Se trata de conjurar la maldición solemne de nuestro padre. La maldición de hoy, que nos ha lanzado desde la torre, en ayunas, no borracho, en pleno cabildo. Si seguimos como caínes, se confirmará que hemos sido alcanzados por la maldición, que criamos al demonio en nuestras almas; pero si logramos vivir como hermanos, si nos ayudamos como hermanos, si prosperamos en lugar de arruinarnos, se probará que fue un extravío de nuestro padre, ¡que fue el demonio y no Dios quien habló por su boca! ¡Hay dudas; no hay seguridad! El anciano habla cuando está borracho; nos maldice de borracho, no en su juicio. Son testigos todo el pueblo; saben que es el aguardiente y no la conciencia. Todo comenzó cuando se dedicó a beber como loco. Desde entonces somos enemigos. Pero él ha de descansar ya. ¡Y comenzará de nuevo la paz! Habremos nacido otra vez para el mundo. ¡Trabajaremos! Tú me ayu-

darás y yo a ti. Lavaremos nuestras culpas, si las tenemos. Seremos grandes. Con nuestros indios yo venceré el cerco que me tienden los capitalistas de Lima. Me darás trescientos peones para las minas y cambiaremos las piedras de tus molinos por ruedas Pelton. Los Aragones de Peralta serán más grandes de lo que fueron. Daremos una planta eléctrica al pueblo, escuelas, campo de fútbol, negocios.

Don Bruno se levantó. Estuvo dudando unos instantes, mirando a su hermano. Le entendía, pero no se contagiaba del entusiasmo de don Fermín; sin embargo, en sus ojos apareció la luz de la paz, casi de la felicidad. No el entusiasmo. Era su hermano el que se encendía ante la posibilidad de las obras por emprender, de trabajar la tierra, de ir a uno y otro pueblo, a caballo o en jeep, buscando, alborotando, revolviendo los pueblos tranquilos.

—Yo no necesito dinero —contestó, deteniéndose—. No quiero negocios. Mis hijos no son mis hijos. Están por todas partes. Déjame tranquilo en mi hacienda y mi huerta. Te daré los indios. Ordenaré que vayan a las minas. Creo que puedo juntar hasta quinientos. Sé rico. Haz tu edificio en Lima. Trae máquinas a tu caserío de las minas. A mí déjame en mi "huayk'o" (quebrada) con mis indios y mis frutales. No quiero el dinero maldito. ¡No corrompas a mis indios! Ésa que sea la sangre del convenio, su base, la santa voluntad de Dios. No corrompas a mis indios. Mira, padrecito, gran don Fermín, ellos no son borrachos, no son violadores, no son ladrones. No son ni como tú ni como yo. Hablemos lo cierto. Respetaremos su alma. ¡Tú los respetarás! Y te los daré, te los entregaré en mitas. ¡Oye bien! En mitas (turnos) solamente. Ellos serán de mí, siempre. Y que el pueblo vea que no somos caínes. Que la Virgen llore también para nosotros; que el Niño Jesús ponga sus pies en mi corazón humilde. Te firmaré lo que quieras. ¿Eres mi hermano? Me pateabas cuando niño; me veías más chiquito y me arañabas. Decías que me odiabas porque era rubio y porque te robaba el cariño de nuestra madre. ¡Wayqey, mana kuyana! [1].

Otra vez sus ojos se llenaron de lágrimas. Se abrazó al pecho de su gran hermano, del poderoso don Fermín. Éste le puso las manos sobre la cabeza. Y le acarició los cabellos. Sí, él, don Fermín. Y le levantó el rostro. Besó la frente de su hermano, como la de un hijo.

—Te has pasado la vida en la huerta y los molinos —le dijo—. Serás feliz. No habrá más causa de odio. Yo seguiré adelante, mientras las torcazas de toda la quebrada cantan para ti.

—¡Wayk'ey! ¡Papacito! —exclamó don Bruno, y besó las manos a su hermano.

En ese momento la mestiza, que les oía desde el corredor, trajo flores desde la "mediagua" y deshojó un ramo de clavellinas y rosas sobre la cabeza de los hermanos.

—¡Las manos de Dios, las manos de Jesucristo, las manos de

[1] Hermano mío, indigno de amor.

Nuestra Santa Madre! —iba diciendo mientras hacía caer los pétalos, subida sobre uno de los bancos que rodeaban la mesa.

Y cuando, ya separados, los hermanos no sabían de qué hablarse, empezaron a doblar las campanas. Comenzaron a tocar por la campana mayor. Dieron varios golpes espaciados, y después se oyó el llanto de la campana pequeña. Anunciaban la muerte de un viejo.

Don Bruno se arrodilló en el suelo, besó la tierra.

—¡Paz aquí y en la otra vida! Fermín, juremos cumplir. ¡De rodillas!

La mestiza se lanzó sobre una de las mantas que cubrían las bancas, y la echó en el suelo, a los pies de don Fermín; pero él se arrodilló frente a su hermano, en la tierra. Se tomaron de las manos y juraron. La mestiza cantó en voz muy baja, casi imperceptible, los primeros versos de una canción de semana santa, de un himno de perdón que entonaban en coro las mujeres, la noche del sábado de gloria.

Ñas sonk'oypa rauraynin taniykunña	(Ha calmado ya el furor de mi sangre,
ñas urpi chayamunña alanta gloriaspa.	ha vuelto ya la paloma, aleteando gloria).

Se pusieron de pie los dos hermanos. Don Bruno salió por delante y don Fermín lo escoltó hasta la puerta, a pesar de que la casa era del menor. Ya en la calle, don Fermín puso la mano sobre el hombro de su hermano, y se dirigieron así juntos a la plaza, con la cabeza descubierta. La mestiza se cubrió con una larga manta de Castilla, y siguió a los hermanos.

El sol quemaba el polvo de la calle; los gavilanes que volaban lentamente sobre el aire del pueblo recibían también en su cuerpo negro todo el sol, y se movían en silencio bajo el azul profundo del cielo. El doblar de las campanas se derramaba en el corazón dulcificado de don Bruno. Veía cómo corrían los niños, calle arriba, en dirección de la casa del anciano, mientras las campanas gemían.

—Se repartirán todo. Nosotros presidiremos para que se cumpla su última voluntad —dijo don Bruno mientras apuraba el paso.

—El cura debe haberlo asistido. Si no lo ha hecho, procuraré castigarlo —contestó don Fermín.

Doña Adelaida los vio llegar a la esquina de la plaza.

—¡Santo Dios! ¡Es tu milagro! —exclamó—. Aunque ha costado la vida al pobre anciano.

Y se santiguó.

—Pero no puede durar —continuó—. Fermín tiene al demonio. Se ha elevado muy alto. Nos mira con desprecio. ¡Y ve! Parece el patrón de su hermano, aunque lo lleva del brazo. Y si lo encontrara en la carretera, le metería el jeep.

En ese momento se detuvo don Bruno, al pie de los árboles de la plaza.

—¡Dudo del Señor! Él lo puede todo. ¡Perdón, Dios mío! —dijo la señora y se santiguó otra vez.

—No vayamos, Fermín —dijo don Bruno a su hermano—. Te tiene miedo la gente más que a mí. No entrarán a la casa si te ven. Permanezcamos en el atrio de la iglesia.

—¿Y mi madre? —preguntó el hermano—. ¿Y el cadáver?

—Anto los cuidará mejor que nosotros, y la "desventurada" también. Ellos son hijos de Dios.

Don Fermín obedeció. Siguió a su hermano. Se dirigieron al atrio de la iglesia. Frente al arco de la puerta se detuvieron, a pleno sol.

El cura apareció en la plaza desierta. Vio a los hermanos juntos, de pie en el atrio de la iglesia. Un alcalde indio los escoltaba a cierta distancia. La mestiza, amante de don Bruno, de rodillas sobre las piedras, a la sombra, rezaba. El cura pretendió regresar. Don Fermín tocó un pito de mando que llevaba siempre en el bolsillo alto de la americana, y con el brazo ordenó al cura que viniera hacia el atrio.

Despacio, vacilando, el cura atravesó la plaza. Se detuvo un instante junto a los arbustos que agonizaban en el campo caldeado.

—No cumplió usted con su deber, señor cura. Hizo de compadre del demonio. Dejó morir a mi padre sin el auxilio de la iglesia. He enviado un propio a la capital de la provincia. El entierro estará a cargo del vicario. Abra la iglesia y vaya a pedir perdón a Dios —Don Fermín retó al cura.

—No es el caballero, sino usted, quien necesita de Dios. Usted, señor don Fermín. ¡Mire! Ahí van los indios y algunos muchachos llevándose la herencia del caballero. Él estará adorando al Señor desde el Purgatorio. . .

Don Fermín no replicó al cura.

Desembocaban hacia la plaza grupos de indios e hijos de los señores pobres. Los indios cargaban sacos de jerga, azadones, ollas y cántaros, picos y barretas, mesas, escaleras, bancas; los hijos de los vecinos llevaban sillas, soperas, platos de porcelana, cortinas, estribos, monturas y también picos y lampas.

—El caballero. . .

—¡Silencio, bestia!

Don Fermín hizo callar al cura. Apoyó su mano en la culata del revólver que guardaba en el bolsillo del pantalón.

—¡La avaricia! ¡La lujuria! —gritó el cura.

—¡Usted! Yo y mi hermano somos ángeles si nos comparamos con usted. Fornicó a la esposa de. . . ¡Lo consultaré con el arzobispo!

El cura se volvió en silencio hacia la iglesia.

—¡Toma la llave! —ordenó al varayok' indio, que permaneció tranquilo.

—Yo, detrás del patrón. Orden del Cabildo. No en comisión para la iglesia —contestó el alcalde.

—¿A Dios? ¿Retas a Dios, en el atrio, asqueroso indio?

—Orden Cabildo. Tranquilidad, pues —contestó el alcalde sin mirar al cura.

Don Fermín seguía con la mano derecha puesta en la cacha del revólver. Las figuras de los dos hermanos proyectaban sombra hacia el templo.

—El cielo está cayendo. "Creo en Dios Padre, Dios Hijo..."

El cura se encaminó a la puerta de la iglesia, rezando indignado.

Don Bruno, que parecía no haber oído nada del diálogo entre su hermano y el cura, continuó el rezo. Corrió, murmurando, hacia la puerta del templo.

—¡Espere, doctor! —exclamó.

Se arrodilló en el suelo y besó la mano del cura.

—Usted... sí; usted ha desgraciado a la señora Donatila. ¿Hijo de quién es Julito? Pero el cielo no cae. Y usted es el que es: sacerdote; lleva el hábito. ¡Perdóneme, perdone a mi hermano; alabe al pueblo! Quizá debería sacarse usted sangre, aunque sea de la nariz, o haciéndose flagelar con el sacristán, ahí adentro en la iglesia. No habrá paz, pero que el perdón limpie. Hay cosas limpias. La nieve del Q'oropuma...

Besó dos veces las manos del cura. Don Fermín y el alcalde oyeron el ruego, sin moverse, contemplando desfilar a los herederos del gran caballero.

Al cura le temblaron las manos mientras daba vueltas a la inmensa llave del templo. Don Bruno volvió a su sitio. Seguían desfilando los "herederos". Guardaban cierto orden. No hacían bulla. Se entreabrieron todas las puertas de las casas que daban a la plaza. Pero no salieron los dueños a los corredores, atisbaron desde el interior, sin sacar el cuerpo.

Un chico, como de ocho años, llevaba un raro artefacto en la mano; caminaba despacio, examinando la pieza de metal.

—¡Alcalde! —exclamó don Bruno.

El varayok' corrió; se detuvo delante del señor y se descubrió:

—Papay, mando —dijo.

—Corre. Trae a ese chico García —le ordenó.

—La pistola de mi abuelo, Fermín.

—Mi padre la buscaba. Sé que no la pudo encontrar.

Al chico García lo llevó el varayok' hacia los hermanos. Iba temeroso. En el atrio grande y embaldosado estaban solos, los dos "malditos", recibiendo sobre sus cabezas todo el sol y toda la luz de la gran mancha roja de flores del Apukintu.

—Señor —dijo el chico.

Don Bruno iba a acariciarle la cabeza; no lo hizo. El niño sostenía el arma enmohecida con ambas manos y miró a don Bruno.

—No —repitió éste—. No le parezco un cristiano. Me está mirando como a un *nakak'*, como a un *runa-mikuk* [1].

El alcalde sostenía y aprisionaba de un brazo al pequeño.

—Rigo —le dijo don Bruno humildemente—. Tu pistola por mi reloj.

Le quitó la cadena, y alcanzó al niño su reloj de oro, de tres tapas.

El niño pareció no entender.

—Rigo —volvió a proponer don Bruno, aún más humildemente—, te cambio esa pistola por este reloj. ¡Mira! Es de oro.

El niño tenía los zapatos muy rotos y se le podía ver el dedo gordo del pie. Don Fermín dirigió sus ojos a ese dedo.

—¡Hermanito! ¡Entiéndeme! —repitió en quechua, don Bruno—. Esa pistola ya no sirve. El reloj. . .

—Padrecito varayok', agarra —dijo en quechua el niño. Le entregó el arma, y se echó a correr. Pasó entre los pequeños árboles, sin volver la cabeza, cruzó en diagonal la plaza y se perdió tras de la esquina.

—¿Ves, Fermín? ¿Entiendes algo? El reloj no brilla. Nuestra negra alma lo oscurece. El inocente me ha conocido. Me conoce, y se corre, pues. ¡Como no! Varayok' alcalde —le dijo al indio, en quechua—. ¿Hay mucha suciedad en el fondo de mis ojos?

—No, patrón —le contestó el indio—. Hay tristeza, como lágrima de roca dura. Así está tu cara, patrón. Está bien.

—Tú eres otro inocente. Pero inocente viejo; que sabe. Gracias, alcalde. No te olvidaré.

—Ya no pasa gente —afirmó el varayok'—. Ya acabó.

—Es nuestro turno —dijo don Fermín, que había permanecido como ausente durante el diálogo de su hermano con el niño. "Ese qecha (excremento blando) se fue por aquella esquina", pensó en ese instante con la imagen de la huida del niño en el pensamiento.

El alcalde entregó la pistola a don Bruno. El caballero la besó y se la guardó en el cinto, bajo el poncho. Luego el indio se echó a andar, y cuando los dos hermanos bajaron las gradas del atrio, recuperó su lugar, detrás de los señores. Los anillos de cobre y los dibujos policromos de su vara resaltaban en la luz.

Al llegar a la esquina escucharon el coro fúnebre de las mujeres. "Lo despiden como a indio. ¡Santo Dios! ¡Que Fermín no se enfurezca, que no pierda el sentido!", dijo en su conciencia don Bruno, y miró a su hermano.

Don Fermín no endureció el rostro, pero apuró el paso. El alcalde se quitó la montera. Podía oírse ya la letra del himno. "Me consuela, lame mis manchas. No las acabará, pero quizá se adelga-

[1] Degollador de seres humanos; comogente.

cen", iba diciendo don Bruno. El otro no pensaba, anhelaba llegar lo más pronto.

Allk'ochallayki riti ritinta rumi ruminta ismu chakaykita	Tu perrito, sobre las nieves, entre las piedras, por el podrido puente de tu destino
allinta purink'a ¡ay way, taytallay! Manas k'ak'a manas mayu manas riti lasta chinkachisunkichu. Allk'ochallayki yawar sonk'oywan nina ñawinwan ñanta k'awaykullank'a	te guiará bien ¡ay huay, padrecito mío! No los barrancos, no el río, no la tormenta han de perderte. Tu perrito, con la sangre de mi corazón, con el fuego de sus ojos, ha de ver el camino.
Pusasunkin ¡ay way, llakiy machu, kay llak'ta llaki taytan!	Te guiará, ¡ay huay, triste anciano, el triste viejo de este pueblo!

La calle estaba casi desierta. Los regidores indios la habían hecho despejar, y las mujeres cantaban afuera, junto a la gran puerta de la residencia y no en el interior de la casa, como lo hacían cuando el muerto era indio.

Concluyeron el himno antes de que los dos hermanos llegaran bajo el techo del corredor. Don Fermín iba a decir algo, pero en ese instante apareció en la puerta el alcalde mayor de los comuneros, con un regidor a cada lado. Avanzó con paso solemne hacia los dos señores. Su vara terminaba en cruz y sobre la madera negra relucían los anillos de plata labrada.

—Caballero don Fermín, caballero don Bruno —dijo en quechua—. La comunidad canta al gran señor; está acompañando a su alma. Aquí todo limpio. Su voluntad está cumplida. Te dejamos en tu casa. Alma del viejo señor no va a tropezar; llegará tranquilo, ¿adónde será?

Se quitaron las monteras las tres autoridades, por un instante; se inclinaron ante los hermanos y luego se dirigieron, calle arriba, hacia los barrios y chozas de los indios. Las mujeres marcharon por delante, lanzando gritos agudos que ahondaban el silencio y enfriaban algo la corteza de los árboles, el propio corazón de don Fermín.

El inmenso patio de la casona había sido barrido. Sobre la tierra limpia, en la arenilla, repercutía la luz y se veían, casi dulcemente, las huellas de las ramas de los arbustos con que el patio fue barrido. El espacio limpio tranquilizó a don Fermín. Avanzó, sin

apuro, hacia el corredor. Dos "mayores cabildos" cerraron la gran puerta y quedaron rígidos, a cada extremo, apoyados sobre los marcos de piedra.

—¡Hijos! ¡Hijos! ¡Grandes! —exclamó don Bruno. Se descubrió, y pudieron verse sus cabellos descuidados, casi como los de un organista borracho, de aquellos que cantan apasionadamente en las iglesias de los pequeños pueblos.

Don Fermín se encontró con Anto, que esperaba a los hermanos en la puerta de la sala. No pasó de largo; miró al criado con ojos neutros; Anto quedó tranquilo. Don Fermín esperó al hermano. Vio cómo el criado se emocionaba ante la proximidad de don Bruno, y los músculos de su cuello, los tendones se le agarrotaron. El criado sintió que el rostro del hermano mayor enfurecía. Pero se arrodilló y dijo en quechua:

—¡Patrones! ¡De mi corazón los amos! El gran señor encarga: "Que se abracen mis hijos junto a la toma de agua de mi hacienda grande. ¡Que desahoguen su conciencia, llorando!" El gran patrón encarga. Yo cumplo, arrodillado. ¡Aquí está la tierra, aquí está el cielo! Comienza el mundo, patrón don Fermín.

Éste pudo serenarse. El miedo de su hermano lo calmó. Don Bruno levantó al criado.

—¡Hijo! ¡De mi padre su sombra! —le dijo.

El criado, de pie, quedó en el centro de la puerta.

—¡Dueño de mi alma, don Bruno! —se atrevió a continuar Anto—. El gran señor encarga: "Que mi hijo Bruno lave con lágrimas de sangre la mancha del corral, el sitio caliente en que cayó el cuerpo de la Gertrudis. El corazón de mi hijo Bruno sabe llorar todavía. Desde la torre oí cuando sus venas gemían". La voz del patrón es. El viento ha oído. El viento ha llevado el encargo del patrón a los cerros, a todas partes. ¡Ahí está ahora, tranquilo! He lavado la espuma de su boca; sus pies he lavado para que ande rápido en la otra vida, buscando . . .

—Cumpliste. ¡Retírate! —le ordenó don Fermín.

Y no esperó que se hiciera a un lado. Lo empujó con el brazo y entró a la oscuridad de la sala, taconeando con las botas. Llegó junto a la cuja de metal del dormitorio. El loro amarillo de la alacena quedó frente a él.

"Has muerto bien, viejo loco, pero algo tarde. Una sola cosa hiciste bien: quemaste a la vieja."

No se dio cuenta, al principio, que murmuraba; percibió la última frase al mismo tiempo que creyó ver que el loro amarillo se sacudía. Sobre el cuerpo esculpido del pájaro se proyectaba la luz enturbiada de la ventana.

Don Bruno rezó en quechua, de rodillas en el dintel del dormitorio. "Padre: le daré mis indios que me dejaste. Esa mestiza que no se ha atrevido a entrar a tu casa . . . ¡Ahí está afuera! Será la última. Le daré mis indios a Fermín. ¿No los envenenará? ¿No me

los hará ir a la costa? ¡Tú has de vagar por años de años en este pueblo, en tus haciendas; has de venir a llorar al pie de los árboles de mi huerta! Fermín tiene una podredumbre, apesta su cuerpo más que el mío. ¡Ayúdame a hacer pasar a los inocentes bajo ese arco sin que se malogren! ¡Acuérdate, acuérdate! ¡Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, Dios Eterno . . . !"

Se levantó algo entumido; con el sombrero de paja sobre el pecho se dirigió hacia el cadáver.

—¡Está bien, hermano! ¡Está tranquilo! —dijo casi triunfalmente. Llamó al criado.

—¡Levántale la cabeza! —le ordenó.

La nariz aguileña del viejo, que había sido filuda y penetrante, ahora daba armonía a las oquedades del rostro muerto.

—Anto, tú eres la sombra del gran señor. Como un lago de altura, su rostro está puro —continuó en quechua—. Los huesos de su nariz que hacían sufrir ya no tienen filo . . .

—¿Y las manchas moradas del cuello? ¡El de la oreja! —interrumpió don Fermín.

—Vienen de tu cuerpo . . . y del mío. Te daré mis indios, hermano; si no los envenenas, esas manchas no le maniatarán los pies a mi padre para andar en la otra vida. Llegará.

—Nada se han llevado del dormitorio, pero la sala está vacía . . .

No pudo continuar don Fermín. Se oyó un tumulto afuera, en el patio, y la voz del cura que recitaba en latín.

Detrás del cura, que se presentó vestido de ornamentos blancos y precedido de cruz alta, ingresó a la sala vacía toda la vecindad del pueblo, el señorío, pobres y ricos.

Los dos hermanos se aproximaron estrechamente el uno al otro; Anto se cuadró detrás de ellos. Su solemnidad, su rigidez, conmovían; entre tanto, los señores, aun don Bruno, no fueron sorprendidos. También ellos permanecieron rígidos, pero hasta el cura los miró con temor, mientras recitaba. Don Bruno se transfiguró ante la concurrencia de los "pequeños" señores. A pesar de su poncho, todo el aire de su rostro y de su actitud dominaban la sala; se mostró imponente. El otro, don Fermín, quedó algo envilecido por un gesto de menosprecio, casi de asco, que trascendía, no de sus ojos sino de sus pálidos labios.

Él, don Fermín, debía recibir primero el pésame. Los vecinos esperaron que el cura se quitara los ornamentos. Se desconcertaron algo más en esos instantes. El cura demoraba.

Por fin, ya de sotana, el cura se acercó a don Fermín. Antes de abrazarlo, habló, y con voz autoritaria:

—He consultado los libros sagrados, señores —dijo para toda la concurrencia—. Y he concedido un privilegio. He venido con la palabra del Señor al lecho mortuorio de un suicida. ¡No lo enterraré yo! Señor don Fermín, agradezca la gracia y reciba mi condolencia.

Don Fermín se dejó abrazar. Y luego contestó:

—Los curas, hijos de indios, no deben acompañar a los señores muy principales hasta su tumba. Gracias por la condolencia, doctor, muchas gracias. El privilegio no es admisible. Lo rechazamos. ¿Quién puede afirmar que toda muerte repentina es suicidio? —Luego se dirigió al criado:

—Anto —le dijo—, toma lugar después de tu patrón don Bruno; que los señores y el cura te abracen.

Anto no se movió del sitio.

Entonces don Bruno lo arrastró del brazo e hizo que se mantuviera a su izquierda. Se apagó toda luz en el rostro del criado; permaneció como si él no fuera, sino otra hechura.

El cura vaciló. No; no podía probar que hubo suicidio. Anto, el único testigo posible ya era en ese instante deudo de un gran señor. Abrazó en silencio a don Bruno y puso una de sus manos sobre el hombro del criado.

—Tú eres inocente —le dijo.

Anto no oyó ni vio ni sintió. Don Bruno quedó algo sombrío y más imponente. Don Fermín parecía sonreír, no con los labios sino con todo su inmenso cuerpo.

Desfilaron los señores comedidamente. Al final, descubrió don Fermín que tenía frente a él a un joven vestido de negro.

—Reciba también mi condolencia —dijo el mozo, sonriendo despectivamente.

—¿Quién eres? —le preguntó don Fermín.

—Parece que alguien —contestó el mozo más despectivamente aún y le palmeó el hombro a don Bruno—. ¿Estás o no estás? —le preguntó en seguida al criado, en quechua—. Hermano —continuó—, tú fuiste su hijo, su protector, su salvador y su víctima; del viejo, quiero decir.

Anto tampoco le oyó.

Don Bruno examinaba detenidamente al mozo.

—¡Eres el hijo del herrero Bellido! Ya te reconocí —exclamó—. Tu padre puede arreglar esta pistola —y mostró el viejo artefacto.

—Puede arreglarlo. Usted merecía esa herencia —contestó el joven, al instante.

—Se ve que has venido con la insolencia que se aprende en la costa. ¿Te has olvidado, pobrecito, que a los muertos respetan hasta los gentiles? —le preguntó don Bruno.

—Me había olvidado —contestó el mozo.

Pero cuando el joven respondía, algo conturbado, se presentó, de repente ante los hermanos, otra cara nueva.

—Señor, sintiendo, pues, yo también. Caballero viejo había sufrido. Yo, señor don Fermín, soy Rendón Willka —dijo.

—¡No! ¿De dónde vienes?

—De Lima, de Huancayo, pues.

—Bien venido, Rendón. ¡Visítame! —le dijo.

Pero don Bruno le estiró la mano y no permitió que lo abrazara.

—Nada con los que vienen de esos pueblos en que el infierno se asienta —dijo.

Rendón se dirigió al criado.

—¡Papay Anto, papay Anto! —le dijo sin tener en cuenta la respuesta de don Bruno.

El criado lo miró con asombro. Rendón estaba vestido de americana, con un traje grueso de lana azul. La camisa no estaba limpia. Recibió el abrazo del ex indio, desconcertado aún, mirándolo cada vez más detenidamente. Se olvidó de sus señores.

—Tu ropa, tu ropa... hermano Demetrio —le dijo con entusiasmo y extravío.

Los vecinos se fueron. Quedaron en el dormitorio únicamente Rendón y los deudos. Y éstos oyeron el canto tiernísimo y potente de un gorrión.

Anto se santiguó.

—Patrones, señores míos: ese canto dice que el alma del gran señor ya está caminando; caminando bien. Un perro lo guía; la comunidad le ha puesto ojos grandes y pies delgaditos. El podrido puente del destino del gran señor no caerá, y después su perrito le llevará por siglos... ¡Eso sí, no sabemos dónde!

—A la tierra nomás, hermano Anto, a la tierrita nomás —contestó Rendón, mirando con serenidad a los hermanos.

Don Bruno lo contempló largo rato.

—No vayas a ir a mis molinos, Rendón —le dijo—. Te haría echar con los perros.

—¡Te llevaré a la mina! Serás capataz. Me servirás —le propuso el hermano mayor.

—A las minas, pues. A los molinos no será bueno. Ahora estaré de ayudante, pues, del padrecito Anto.

—Quédate con él —dijo don Fermín—. Nosotros tenemos que ir a ver a mi madre.

Don Bruno escuchó que su corazón bramaba.

"Sí, como el río, como el río de sangre que no puede asentar su lodo. ¡Mata a los pececillos, los mata atorándolos! ¡Kurka Gertrudis, tú eras el demonio, no yo! Yo entonces era un muchacho, un muchacho todavía."

Siguió a su hermano. El tormento apareció en sus ojos. Rendón lo percibió claramente. "Creo he aprendido, pues" —murmuró, con el brazo sobre el cuello del viejo criado.

—Sufre. Don Bruno sufre. Don Fermín carga al demonio —dijo Anto en voz alta. Y se atemorizó de haber hablado así.

—Indio sabe poco. Don Fermín más sufre —dijo Rendón—, otro sufrimiento pues; feo, sin Dios.

—¿Sin Dios, hermanito?

—¿No le miras bien?

—Carga al diablo.

—Ni diablo tampoco. El sudor feo que del cuerpo sale, cuando no hay alma, ni hay diablo.

—¿Qué hay? ¿De dónde sufre? —preguntó Anto.

—¡Ya verás! Yo le haré sufrir más. A eso he venido. ¿No sabes tú? Don Bruno es como hechor [1], sin ojos, el Dios que tiene en su adentro no le da ojo; plomo derretido nomás. Don Fermín es peorcito. Es sordo, su cuerpo es como cuero seco... pero está bien. ¡Está bien, hermano Anto! A él voy a seguir, con él voy a ir. Lo voy a templar, pues; él va templar al pueblo.

—Yo ahora, de nadie soy —dijo el criado.

—Indio sabe de otro modo. Tú serás de alguien, siempre. Templaremos al pueblo con don Fermín.

—Yo de nadie soy. El gran señor me ha dejado tierra de maíz, tierra de papa.

—El gran señor no era dueño ya. Don Fermín te quitará, cuando mate a la vieja.

—¡Oye al gorrión, hermanito Demetrio! Vamos. En mi tierra está creciendo el maíz. Lo he dado "al partir" [2].

El criado llevó del brazo a Rendón. Lo sacó hasta el corredor. En la gran luz, el gorrión volvió a cantar.

—Le ha despedido del mundo este pajarito, al gran señor. Le ha consolado antes del veneno. Ahora viene contento. El gran señor está andando tranquilo. Por todos los siglos el corazón dulce del gorrión le calentará. No va a tener frío.

—El muerto es muerto, padrecito Anto. Ya verás. El pichitanka canta para el vivo que oye. Tú oyes más; don Fermín no oye. El gran señor, ¿no te azotaba?

—No. Me pateaba, a veces, en su borrachera, a veces llorando; otras veces maldiciendo a sus hijos.

Rendón Willka sujetó al criado por los hombros.

—El gorrión cantará. Si te pateaba, ¿por qué, después que ha muerto, sigues queriendo al viejo?

—Me quería.

—Así es. El gran señor te patea y le quieres; si tú pateas al gran señor, el señor hijo te cuelga de la barra, hasta que tu ojo reviente en sangre.

Anto le puso la mano sobre la boca.

—Bien, bien hecho —dijo entonces Rendón—. ¡Yo bruto! ¡Yo hablando como animal! No hay que hablar cuando la sangre está hirviendo. La cabeza mira, el corazón empuja.

—¡Ahí está volando la muerte de los caballeros grandes! —exclamó Anto.

Y mostró un gavilán negro que daba vueltas en el cielo, a poca

[1] Garañón.
[2] Forma de arrendamiento pagadero en productos.

altura. El sol se concentraba en las plumas del ave; a instantes se abría una, una sola pluma de una de sus alas, como herida y en riesgo de desprenderse.

—¡Brilla! ¡Su espalda brilla! Todo tranquilo —dijo Anto, feliz.

—¡Para mí también brilla! Señal buena, padre Anto. Igual vemos, distinto entendemos. Así, don Bruno también, distinto. Don Fermín, como yo es, aunque del otro lado.

—Tú has "disvariado". ¡Vístete como indio! Ese casimir no te hace reconocer. ¿Con quién vas a andar? ¿Por el comunero, por el señor? —preguntó el criado.

—Yo comunero leído; siempre, pues, comunero.

Don Anto sonrió.

Los señores habían recorrido toda la casa. Venían del corral. La kurku Gertrudis seguía a don Bruno. Parecía una hormiga, no podía ya agacharse más, reducirse a ras de la tierra.

CAPÍTULO II

Nemesio Carhuamayo, mandón de la hacienda "Providencia", de don Bruno, recorría a caballo las chozas de los indios colonos [1]. Las chozas formaban pequeños grupos sin calles, cerca de los manantiales o de los irregulares torrentes que bajaban de las cumbres nevadas. Esta vez el mandón no se detenía para charlar con alguno de sus amigos de cada estancia. Tocaba un silbato, desde distancias bien calculadas, y encontraba a los "colonos" y sus mujeres reunidos en el "cahuildo", un campo apisonado con una piedra en el centro.

Carhuamayo tampoco subió a la piedra para pregonar.

—¡Yau, yau!, mañana sábado, al amanecer, a la casa-hacienda. Orden del patrón. "Cahuildo" grande —gritaba en quechua, sin desmontar, y partía al trote.

Los colonos recibieron la orden con temor.

El mandón explicaba siempre el motivo de la orden; pero esta vez partió, como huyendo.

Los "cabecillas" de cada estancia se pusieron su poncho nuevo y, apenas Carhuamayo se alejaba y perdía tras de un pedregal o una hondonada, ellos también tomaron el camino del ayllu principal de los siervos: Kuychi.

En las "moyas" de la hacienda "Providencia" residían todos los "colonos" de los Aragón de Peralta. Se llamaban "moyas" en esa región del Perú a las tierras de pasto de la zona fría, próxima a los nevados. Los "colonos" fueron arrojados por los señores cada vez más arriba, y no sólo los siervos sino las comunidades libres. Las buenas tierras de regadío; los valles fértiles y hermosos y las faldas de las montañas que orillan los antiguos valles; allí donde los incas construyeron andenes que eran jardines; las buenas tierras, fueron ocupadas por los señores. Las comunidades recibieron tierras secas, bárbaras y, a medida que los indios las domesticaban, las irrigaban o sembraban, calculando las lluvias no siempre regulares, los hacendados los empujaban más alto, y ellos extendían los linderos

[1] Siervos.

de sus fincas por su sola voluntad. Los colonos tenían que irse más arriba aún, y muchos ya no sembraban sino papa amarga que convertían en chuño; criaban llamas y pocas alpacas y carneros. Algunos, los más audaces, se aventuraban a criar un caballito o algún asno, que el señor utilizaba libremente.

La tierra del siervo es de la hacienda, por tanto el siervo es de la hacienda, a vida y muerte. En tiempos del rey español, la tierra era del rey español y también la vida, al menos en los escritos. Desde la República, cada hacendado era un rey español. Ellos dictaban las leyes y la ley se cumplía únicamente en lo que al señor le convenía.

Don Adrián K'oto, cabecilla de Kuychi y de todos los siervos de los Aragón de Peralta, alcanzó a Carhuamayo montado en su veloz caballito.

—¡Don Nemecio, don Nemecio! —gritó—. ¿Cuál es la voluntad del patrón? ¿Para qué va a reunir cabildo grande?

El mandón siguió trotando.

—¡Don Nemecio, corazón mío; habla! —imploró K'oto.

Carhuamayo detuvo al caballo.

"No sabe", comprendió el "cabecilla".

Carhuamayo señaló con el brazo al inmenso nevado, al "Pukasira".

—¡Pregúntale! —dijo. Espoleó al caballo y arrancó al galope.

Don Adrián desmontó. Se quitó el poncho; lo extendió en el suelo; de rodillas, abrió su bolsa de coca y lanzó unas hojas sobre el poncho. Una hoja de coca se mantuvo de filo entre la pelusa del tejido nuevo; luego el viento la elevó muy alto y la arrastró sobre el aire del valle profundo en dirección del gran nevado.

Hacía frío; la escarcha se había helado y cubría hasta los penachos de la paja brava. El sol acababa de salir; no resplandecía en la nieve perpetua del gran nevado; era como una luz que brotara de la materia de la montaña, de su hielo aún suave a esa hora. Sobre el filo de sus tres cumbres, jugaba una luz rosada, como amarilla; se elevaba a cierta altura difuminándose en el cielo todavía intranquilo.

—El rosado no es tuyo, Padre nuestro —dijo don Adrián, contemplando la montaña—. Es el calor del valle, viene del jugo caliente de los huertos de don Bruno. ¡Estás feliz! Me has pedido un "Kintu" (hoja cabal de coca). ¿Cuál es tu voluntad?

Una onda repentina de viento revolvió las hojas de coca sobre el poncho, y las arrastró lejos, haciéndolas girar en el aire.

—¿Todo, todo? —preguntó acongojado el cabecilla.

—El rosado muere, el amarillo se levanta —exclamó después.

La luz rosada se hundió en el cielo; el color amarillo se encendió algo más, se convirtió en rojizo y luego fue quemado por el sol.

—El amarillo es luz nuestra, de los comuneros; el rojo es sangre de todos los que viven. Padre nuestro, no me dices nada. El viento no es tuyo, a esta hora. Es del sol que nace. No puedo saber tu vo-

luntad. Eso quiere decir que el Dios de la Iglesia está disponiendo. Él está lejos; no sabemos dónde. Nos hablará por la boca de don Bruno o de don Nemecio. Pero no hay mal presagio. ¡No abandones a tus hijos! Envía a tu cóndor; que vuele sobre el cabildo grande. Don Bruno te siente, no te adora pero te siente. Don Fermín es sordo. No sabemos quién es peor. Tú hiciste que el gran señor emborrachara su cabeza y que nosotros fuéramos de don Bruno. Tú has sembrado el odio entre ellos. Así estamos en paz. No hay mitas. No nos alquila don Bruno a otras haciendas. Él usa su cama como chancho padrillo que no conoce descanso. Y ahí está, pues, dejándonos crecer tranquilos en estas tierras que no son malas. Deja al cerdo, cerdo; deja sordo al sordo. Ya que no puedo ahora conocer tu voluntad.

Ama rabiaychikchu	(Que no haya rabia,
ama k'ellaychikchu;	que no haya ociosidad;
yank'a kak'nina wañuchun;	que el fuego inútil se apague;
runa k'espichun,	que el hombre suba,
runa uraykuchun, sumak'lla,	que el hombre baje,
kirauchallamantan wañuykama.	de la cuna a la muerte, tranquilo.
Ama rabiaychikchu . . .	Que no haya rabia . . .)

Entonó el himno y volvió a su estancia.

Antes del mediodía habían llegado los veintinueve cabecillas de todas las moyas. Don Adrián hizo que se sentaran sobre las piedras que orillaban el campo comunal. Luego, su mujer le puso el collar de plata con la cruz, y le alcanzó una vara sin anillos ni adornos; vara de cabecilla de siervos. Algo tenía, sin embargo, el madero; el puño remataba en una especie de cabeza de serpiente no esculpida sino natural, de la propia madera. Y brillaba; parecía enlucida con alguna resina lustrosa.

Don Adrián invitó un trago de aguardiente a cada cabecilla. Derramó primero unas gotas sobre la tierra y esparció otras al aire, en dirección del "Pukasira".

La mujer de Adrián se inclinó ante cada cabecilla y les obsequió una hoja de rima-rima a cada uno. Luego se retiró.

Don Adrián tomó su sitio en el círculo, sobre una piedra algo más alta:

—Padres, hermanos míos —dijo—. No conocemos la voluntad del patrón; no conocemos la voluntad de nuestro Padre "Pukasira". No me ha oído. El viento del sol ha deshecho la "mesa". Mañana, después de oír la voz del patrón, tendremos cabildo. Nuestro Padre "Pukasira" ha de bajar a la casa-hacienda. Lo veremos.

Don Santos K'oyohuasi, segundo cabecilla, se puso de pie. Era viejo.

—No habrá rabia, padres, hermanos. Ahí está nuestro Señor,

tranquilo; está ya del color del sol, tranquilo. He ido a escuchar la cascada de agua que *sabe*. No me ha contado nada. He cerrado los ojos; he detenido el corazón para oír. Está cantando con su voz común. En su vena blanca el Padre "Pukasira" danza, contento. ¡No habrá rabia!

—Sí —replicó don Adrián—. Pero el Dios de la Iglesia puede que nos mande la rabia. No lo alcanzamos. Ni la cascada ni nuestro Padre conoce su hablar. Es el primer Dios.

Se descubrió e inclinó la cabeza.

—Nada importa —continuó—. No alcanzamos a conocer su voluntad; pero la muerte es más triste para los hijos de Él que para nosotros. Más triste. Por eso, cuanto más arriba de la montaña, o en el fuego de los valles donde nos envían en mitas a trabajar para otros señores, nuestra vena se apaga en silencio. Ellos mueren, parece, sin consuelo. No saben, ni sus padres, ni sus hijos, ni el cura grande y el cura pequeño, adónde van, después que el aliento se corta. El Padre "Pukasira" va a estar en el cabildo grande. Él recoge a cada hijo suyo, muerto o vivo. ¡Está brillando siempre en nuestra cabeza, en nuestro pecho! Tranquilos bajar mañana a la casa-hacienda. Conocemos el corazón de don Bruno. Tiene rabia pero no asquerosa, la de don Fermín no sabemos cómo es. En él vive más entero el Dios de la Iglesia.

—Amén —contestó el segundo cabecilla.

Besaron todos la vara de don Adrián y se fueron. La esposa del cabecilla recibió sobre una manta amarilla, la vara, y la llevó respetuosamente al interior de la choza.

Con el primer rayo del sol, al día siguiente, ingresaron al inmenso patio de la hacienda los quinientos jefes de familia, siervos de don Bruno. Entraron en orden. Llegaba el sol, recreándose sobre las flores del gran pisonay solitario del patio. Un muchacho, como de 17 años, tocaba el *pututu* del ayllu K'uychi, cabeza de los siervos; en seguida, veintinueve mozos de las otras estancias hicieron gemir sus pututos. La voz oscura de los caracoles repercutía en las montañas, alcanzaba al sol y hacía vibrar las ramas del pisonay, que hizo caer al suelo ya enrojecido, varias de sus flores, pesadas, color de sangre.

El patrón apareció sobre el alto comedor de la casa-hacienda. En fila, tenía delante de sí a los treinta cabecillas. Don Adrián ocupaba el centro. Se arrodilló el primero, y en cierto orden, como formando una onda, se arrodillaron todos los demás.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —rezó don Bruno, de pie.

Los indios agacharon la cabeza.

—¡Amén! —dijo el mandón que se había arrodillado sobre una de las gradas de la escalera, cerca del patrón.

—¡Amén! —repitieron los colonos.

—Hombres de mi pertenencia —comenzó a hablar en quechua el propio don Bruno—. Hombres de mis tierras . . .

Con su poncho de vicuña cubriéndole el cuerpo, tenía la expresión todopoderosa que impuso silencio entre los señores del pueblo, a la hora del pésame.

—Habrá mita. Iréis por turnos de doscientos cincuenta a trabajar en las minas de mi hermano. Irán también los mozos.

Seguían de rodillas los comuneros. Don Bruno se olvidó de dar la orden para que se levantaran. El mandón le hizo una seña, que el patrón no vio.

—Yo no necesito las moyas; que cada indio tenga derecho a criar diez ovejas, cinco alpacas, dos vacas, un caballo. Yo dispondré de los caballos si hay necesidad; compraré las ovejas y las vacas si hay necesidad. Compraré a precio bueno. No quiero que los hombres de mis tierras vayan a los pueblos. ¡Yo soy corrompido! No quiero que los hombres de mis pertenencias sean corrompidos. ¡Levántate, K'oto! —gritó, de repente, dándose cuenta que los "colonos" seguían de rodillas. Todos los indios se pusieron de pie.

—¡Yo hago sufrir! Eso es pecado. Eso mancha, ensucia. Ustedes sufren. Son puros. En la mita irán con Nemesio Carhuamayo, mi primer mandón y con Federico Olivas, segundo mandón. No hablará ningún colono con los peones y obreros de mi hermano, bajo pena de azote . . .

Los siervos en ese instante levantaron la cabeza y buscaron algo en el cielo. Una tropa de loros pasó, muy alto, gritando profundamente, y *wayronk'os* [1] muy negros, de cuerpo lúcido, zumbaban cerca de los maderos que sostenían el techo del gran corredor.

—Quince días cada hombre y cada mes. Mi hermano está levantando un corral bien cercado para ustedes; habrá techo adentro. Nadie llevará a sus mujeres. La mina no está lejos; un día de camino. Yo iré a tomar cuentas al mandón cada semana. ¡Adrián K'oto! Tú me respondes; en la mina como en la casa-hacienda, los hombres de mi pertenencia pasarán el día, en silencio, oración y trabajo. Desde este día, en cambio, el colono de "La Providencia", podrá ser más rico que todos los comuneros de todos los pueblos. El trabajo es orden de Dios para el "colono"; sólo el señor tiene la desgracia: ante sus ojos está el camino del bien y del mal. Adrián K'oto: aunque no debías hablar conmigo, porque no tienes derecho, yo he permitido que me hables. Obedece sin rabia a cambio de las recompensas que a nombre de mi padre te ofrezco, sin que yo deba concederlas. Obedece sobre todo mi orden de que los indios de mi pertenencia no hablen en la mina con los borrachos asquerosos que allí trabajan. Dios cerró para ustedes el camino del mal a cambio de la obediencia. K'oto, tú eres indio de entendimiento; tú *sabes*. Tú me respon-

[1] Especie de abejorro.

des. Si algo sé, si uno solo de mis indios aprende el vicio que Dios prohibió para ustedes, tu sangre será poca para lamer las flores de mi pisonay. Tú has visto que he colgado allí a unos cuantos indios para que los azoten. A ti te haré abrir las venas, a pesar de que te quiero, Adrián K'oto. Mira a tu padre "Pukasira"; lo pongo también de testigo.

Don Bruno concluyó de hablar. El pisonay, entonces, abrió sus flores que se habían opacado mientras él amenazaba. Pero, en cambio, el gran patio, los huertos y toda la quebrada quedaron en silencio. Los ojos de don Bruno brillaban cristalinamente.

Don Adrián K'oto y todos los indios lo contemplaron, como si de veras, en cada uno de ellos no hubiera alma que vibrara, sino nada más que un trozo de barro seco. Varios minutos transcurrieron así, con un vacío de silencio que aislaba al patrón de los indios, y aun a cada cosa de la hacienda. K'oto, por primera vez, desde que los colonos lo eligieron cabecilla, sintió que don Bruno le era algo extraño, que en él había un elemento perturbador que lo desorientaba. Don Bruno concentró en él su atención; los dos andaban extraviados. K'oto desvió la vista hacia el nevado, y luego, animado por un entusiasmo repentino, como si algo amaneciera en el mundo, se inclinó reverente, y dijo:

—Padrecito mandón, don Nemecio . . .

—¡Háblame! —le gritó el patrón—. Tienes licencia.

—Hijo de Dios, werak'ocha patrón. Yo respondo. Yo te agradezco. Tendremos que bajar un poco de las moyas para criar diez ovejas, cinco alpacas, dos vacas, un caballo. Hijo de Dios: una sola pregunta, con la frente en el suelo, quiero atreverme a decirte.

—Tienes licencia.

—¡Ahí está el pisonay, atrás! Pero estoy viendo el manto de sus flores en el suelo. Derrama tranquilo mi sangre sobre ese manto. Es poca y en el color de las flores ni se verá. Derrámala si uno solo de tus colonos habla en la mina con asquerosos hombres de otros pueblos. Pero, concédeme la bondad de tu corazón y danos licencia para vender algo de nuestros animales a nuestros hermanos comuneros de Paraybamba. Ellos no son colonos, pero hay lágrimas de niños y mujeres en sus calles, en su iglesia; ya no les alcanza el alimento; la tierra se ha empequeñecido . . .

Don Bruno iba a interrumpir al cabecilla; en su rostro fue encendiéndose la ira. K'oto dejó de hablar. El patrón dudó. El cabecilla le interrogaba, con una humildad que le enfrió las entrañas.

"¿Qué hay de nuevo en la humildad de esta criatura que no conoce el mundo? ¡Hay algo! ¡Algo malo!", reflexionó don Bruno.

—Tienes licencia K'oto. Te escucho. Sigue —dijo, sin poder ocultar su ansiedad y su enojo.

—La tierra se ha empequeñecido en Paraybamba. Padrecito don Bruno, hijo de Dios; las madres están matando a sus hijos recién nacidos porque los mozos están escapándose a la costa, a tierras des-

conocidas. Colonos de "Providencia" les daremos lana, ovejas, para que vendan... trigo para que coman.

—Los colonos no venden. ¡Los colonos no tienen nada, K'oto! Todo es de mi pertenencia. ¿Quién te dio licencia para ir a Paraybamba? ¿No sabes que tu alma es también de mí, que yo respondo por ella ante Dios, nuestro Señor?

Se quitó el sombrero y se persignó.

—¡Nemesio! Sube —ordenó al mandón.

—Ahora tú —le dijo a Olivas, el segundo mandón.

Desató el azote que siempre llevaba amarrado a la cintura, cerca del revólver, cuando estaba en su hacienda. Lo entregó a Olivas.

—Diez —le ordenó—. Cinco en la cabeza, a este miserable, traidor, inútil —dijo, señalando al primer mandón.

Olivas blandió en seguida el azote y cruzo el rostro de Carhuamayo con un latigazo feroz.

Don Adrián se arrodilló. Los veintinueve cabecillas y todos los indios se arrodillaron despacio, como si trataran de que el patrón no advirtiera que se movían. Don Bruno no lo advirtió. Vigilaba de costado el flagelamento de su primer mandón. Su imponente cabeza gozaba y gemía:

—¡Cinco de esos! —repitió.

Olivas ensangrentó las mejillas y la nariz de su jefe. Reventaron pequeñas venas en la cara de don Nemesio, que era un mestizo sonrosado.

—¡Basta! —ordenó el patrón, descubriendo que los indios estaban de rodillas. Olivas iba a lanzar los otros azotes sobre la espalda del mandón. Había tomado mucho impulso y quedó desconsolado con el trenzado azote colgando de sus manos hacia el suelo.

Carhuamayo, con la cara en que la sangre goteaba, permaneció muy erguido, los ojos pendientes de la frondosa copa del pisonay. Al último azote, una calandria se posó en la más alta rama; voló como llameando su pecho amarillo. Cantó dulcemente bajo los cielos.

—¡Licencia! —dijo don Adrián, permaneciendo de rodillas.

—Habla. ¡Sin levantarte! —contestó el patrón con expresión confusa.

—¡Inocente don Nemecio Carhuamayo! ¡Como la voz de la calandria! Más todavía. Mujeres de Paraybamba han pasado el río. Chorreando agua llegaron a mi casa. Pidieron misericordia. Están matando a sus hijos recién nacidos, hijo de Dios. Oye, oye tranquilo al Señor Crucificado, patrón de tu hacienda; en tu corazón escúchalo. ¡Ahí está la sangre inocente de don Nemecio! Ya le está cayendo al pecho. Paraybamba no es corrompido; sufre.

—Yo nací para hacer sufrir... ¡Levántense! —gritó el patrón.

—¿Sufren más los paraybambas que nuestro Señor Crucificado? —preguntó en seguida a K'oto.

—Más, caballero grande. ¿Ha tenido hijo de su sangre, el Señor?

—¿Sufren más que la Santísima Virgen?

—¡Más! ¿Ella ha matado a su hijo recién nacido, padrecito don Bruno?

La voz de la calandria, que volvió a cantar, fue oída por don Bruno. Repitió el canto varias veces seguidas y refrescó algo la ira que iba caldeando cada vez más al señor de la hacienda.

Del lejano patio de los molinos empezó a llegar una multitud de hombres y mujeres vestidos de diferentes colores y formas de trajes. No podían pasar una puerta de madera que cerraba el alto callejón de ingreso a la casa-hacienda.

La solitaria calandria voló del pisonay; la luz del nevado sonreía en sus plumas amarillas y negras que aleteaban en el aire. Cubrió el patio, todos los cielos, con su canto en que lloraban las más pequeñas flores y el torrente del río, el gran precipicio que se elevaba en la otra banda, atento a todos los ruidos y voces de la tierra. Pero su vuelo, lento, ante los ojos intranquilos del gran señor a quien le interrogaba un indio, iluminó a la multitud. Ni el agua de los manantiales cristalinos, ni el lucero del amanecer que alcanza con su luz el corazón de la gente, consuela tanto, ahonda la armonía en el ser conturbado o atento del hombre. La calandria vuela y canta no en el pisonay sino en el pecho ensangrentado de Carhuamayo, acariciándolo: en la frente insondable del patrón que repentinamente se estremece, en los ojos de los colonos que miran a don Nemesio con serenidad firme y triste. Se ha ido la calandria. Don Bruno contesta.

—¡Indio! ¿Quién te ha enseñado? ¿De dónde sabes?

—Del rezo, patrón, de los padres franciscanos que traes para que nos prediquen. De ti, gran caballero; de ti también aprendemos.

—¡Carhuamayo! —gritó don Bruno como si le hubieran lastimado—. Eres inocente. Te pido perdón, como hijo de Dios. ¡Y tú! —le dijo, volviéndose hacia Olivas—. ¡Fuera de aquí!

Le dio una patada en los riñones.

—¡Fuera! Yo no te dije que le sacaras sangre. Lo hiciste por tu cuenta, desgraciado.

Lo persiguió a puntapiés, porque Olivas no pudo encontrar la escalera. De un salto cayó cerca de don Santos, y se escurrió, agachándose, entre el muro del corredor y los colonos.

—Carhuamayo, mi primer mandón, va a vigilarte K'oto. Te doy licencia para que vendas a los paraybamba ganado y alimentos. Los comuneros saben pagar deudas. K'oto: puedes darles al fiado. Que no sufran más que nuestro Señor, si eso es posible. La mita comienza el lunes. A Olivas voy a meterlo en el cepo de mi hacienda por dos días y después lo voy a mandar a la cárcel del pueblo por otros dos días. Y quedará libre . . . y marcado. Tendrá que irse a los pueblos corrompidos. Lo hemos descubierto. Era Judas de su primer mandón. K'oto, tú me respondes por el alma de mis indios.

—Padrecito grande. Queda tranquilo. No habrá rabia.

—*Yayayku, hanak'pachapi kak'*. . . [1]".

El patrón se arrodilló en el piso y empezó a rezar. Los colonos, prosternados, corearon la oración. La voz de la multitud hizo arrodillarse a los hombres que colmaban el lejano callejón de los molinos. Don Nemesio sintió que la sangre, reseca ya, le apretaba la piel.

Don Fermín charlaba con el ingeniero Hernán Cabrejos en la terraza de su residencia, a un kilómetro de la mina. Tomaban whisky, ambos. Una sombrilla azul los protegía del sol.

—Con quinientos peones lamperos alcanzaremos la veta principal en unos dos meses. El estudio geológico es seguro. ¿A quién debe usted agradecerle por el error del joven ingeniero Moyano y la gran intuición del ingeniero Piskulich, ignorante pero inspirado? Si no fuera por ese hombre, usted se habría vendido pronto ante el consorcio Wisther-Bozart.

—Sí, a pesar de todo, me habría vendido. El bolsón de metal rico fue como una trampa —dijo el minero—. Una trampa del diablo. Fue como encontrarse con un "tapado". Se rompió de plano. Nos vimos frente a rocas asquerosas, y el bolsón dejó un hueco que debíamos llenar con lágrimas.

—Pero Piskulich había "sentido" ya la onda formidable de la veta. Y usted lo echó ¿por intuición, por cálculo o por qué?

—Me irritaba. Le compré sus acciones al precio que me pidió. Proclamaba su confianza sin poder demostrarlo. Desprecio a los brujos. . .

—Él es ingeniero.

—No podía demostrar su afirmación técnicamente. Yo estudié hasta el tercer año de minas. . . Y usted sabe. Sólo gritaba lugares comunes e interjeciones. Yo lo exasperé enrostrándole que me había hecho gastar más de lo que él valía como profesional. . .

—Entonces él le vendió sus acciones "a huevo". Usted es ducho, señor Aragón de Peralta. . .

—No. No fue premeditada mi desconfianza ni mi cólera.

—¿Cómo puede demostrármelo? Piskulich está ahora explorando en el norte. Cuando sepa la verdad, pueden suceder novedades.

—Para él, acaso. No para mí. Todo está calculado. ¿Ve usted esa pampa donde el maíz crece tan alegremente? Tiene unos ciento cincuenta dueños, todos vecinos, señores arruinados. Mi hermano y yo poseemos una sexta parte. Lo cubriremos de relave. La planta eléctrica habrá que construirla bajo ese lindo andén que es la pampa. Entonces vendrá la más dura lucha con mi hermano. Sus molinos tendrán que desaparecer, y su huerta. A los miserables vecinos los desalojaremos fácilmente. . .

[1] "Padre nuestro que estás en los cielos. . ."

—¿Y si Piskulich viene a pedirle trabajo?

—A usted Piskulich le preocupa. Usted es mi ingeniero-jefe. Piskulich es orgulloso como todo loco engreído. No vendrá...

—Pero sin el consorcio Wisther-Bozart usted no podrá desalojar a los vecinos de esa pampa que les da todos sus alimentos.

—¡Claro! Iré con ellos, pero a como me convenga. Los vecinos ya sin tierras tendrán que venir a las minas. Los tomaremos según sean útiles o no. Los viejos se dejarán llevar más a tiempo al panteón. Los viejos pobres no deben vivir. A los jóvenes conviene mantenerlos pobres y hacer surgir a uno que otro; a los de poco seso y mucho nervio. Sin embargo, esos vecinos semi-hambrientos, a quienes he dejado a punto, porque les compré casi a todos una parte conveniente de sus tierras, prometiéndoles y dejándolos en posesión de esas parcelas en calidad de "partidarios" con ventajas de las que se asombraron y me agradecieron, ésos no me preocupan. Están listos para la parrilla. El problema es mi hermano. No cederá. Es fanático. La lujuria le da una energía de bestia sagrada en lugar de bajarlo. He contribuido a que vayan a sus molinos fogosas mestizas. Él no se acuesta con las indias a las que tiene derecho. A las mestizas las atrapa con esa mirada desigual que tiene, y ese olor que brota de su cuerpo. ¡Qué olor! Además, Bruno es gran señor de poncho, azote y revólver; pero está más cerca de los indios que de la civilización. Dios y civilización son irreconciliables en su conciencia ardiente y taimada. Claro que yo lo cojo de las orejas, pero no siempre. Es poderoso. Tiene 500 indios mayores y unos 200 mozos, que hace tiempo no trabajan para el amo. Aquí llegarán el lunes. Yo los "ablandaré" a pesar de la muralla que día y noche estoy mandando construir para aislarlos. Tengo un hombre calculado para ellos.

—Señor Aragón de Peralta, a usted no le para ni Dios...

—Dios me ayuda. Para eso existe. Dentro de diez años ese pueblo de tejas será de calamina. Todos serán mis trabajadores. La carretera está hecha. Los propios vecinos y comuneros la construyeron. Yo di las herramientas... ¡Ah! Me olvidaba de un encargo.

Tocó un timbre, y corrió hacia la sombrilla un mayordomo, vestido de overol gris.

—Llama a Rendón —le dijo—. Que el chofer saque el jeep. Tengo tiempo.

—¿Qué encargo? —preguntó el ingeniero.

—Una venganza de mi hermano y un cierto interés mío. Venga.

Ingresaron al hall de la casa. Era clara, amplia, con pocos muebles modernos. Junto a la chimenea había un estante con libros, una mesa pequeña con revistas, y un gran receptor de radio y tocadiscos.

—Matilde: te ruego traer la vieja pistola de Bruno —dijo en voz alta el minero.

Una señora rubia, de grandes ojos verdes, bajó al hall. Tenía en las manos la antigua pistola del abuelo que Rigo, el niño del pueblo, abandonó en poder de don Bruno.

166558

BIBLIOTECA NACIONAL LIMA - PERU

Cabrejos sintió la irritación inevitable que la señora le producía siempre. La saludó respetuosamente, y luego examinó el arma.

—¡Notable! —dijo—. Entiendo algo de estos instrumentos.

La examinó.

—Un tambor con seis cargas. Cada cañón tiene chimenea para fulminante. ¡Fíjese! Esta palanca mueve una baqueta cortísima; con ella se taconea papel o cualquier otra estopa sobre la pólvora y las balas o perdigones. ¡Espere!

Apretó el gatillo, y disparó. Siguió presionando el gatillo y el percutor tiraba regularmente.

—El arma funciona sin mucha resistencia. No necesita sino una limpieza buena. Aceitarla y, lo único difícil, descargar dos de los cañones; tienen pólvora y balas taconeadas allí probablemente desde hace unos cincuenta años. Luego don Bruno dispondrá de una escopeta con seis cañones, de corto alcance con perdigones, pero brutal si le mete balas de plomo.

—Él anda siempre con una Smith y Wesson de cacha emperlada. ¡La dejará por ésta! Podría jurarlo.

—Sin embargo, ésta es rápida, a pesar de la pátina y no de la herrumbre. Es, o fue, arma fina.

El chofer se presentó en la puerta. Vestía el mismo overol que el mayordomo, pero calzaba botas y llevaba un sombrero de paja alón en la mano derecha. El ingeniero entregó la pistola al minero.

—Ingeniero, siga bebiendo hasta mi vuelta. Toda la peonada está ahora de albañilería. Matilde lo acompañará, y si gusta hago llamar al administrador.

Salió sin despedirse. El chofer lo siguió. A la vuelta de la casa esperaba un Land Rover ligero. Rendón se había acomodado ya en el asiento posterior.

—Al pueblo —ordenó don Fermín—. Donde el platero Bellido.

El jeep arrancó suavemente y fue acelerando. Había que bajar la montaña; unos quinientos metros. Pasaron cerca del campamento de las minas, una fila de pequeñas casas de adobe techadas de calamina. Algo lejos de este caserío, hacia arriba, cien hombres levantaban un muro circular de piedra y barro.

—Rendón —dijo don Fermín—, ¿conoces a ese mozo, hijo del platero?

—En Lima lo he visto, patrón, en sesión del club y en fiestas de los sampedrinos.

—¿Has hablado con él?

—Sí, patrón.

—¿Qué estudiaba?

—Contaduría, patrón; de noche era tiquetero en el comedor para señores empleados.

—¿Tiquetero?

—Boletos vendía. En las reuniones hablaba como caballero, con su corbata.

—¿Tú le quieres?

—No, patrón. Creo grita por gusto; falsa rabia creo que tiene.

—¿Falsa rabia?

—Gritá, pues. No le entiende ninguno.

—Así es, Rendón.

Aún no se había acostumbrado el pueblo al jeep del minero. Siempre salían las señoras y muchachos para verlo, pero no se atrevían a acercarce mucho cuando estaba el patrón en el carro.

Don Fermín entró al taller del platero por el patio. Ocupaba una de las últimas casas, hacia el oeste, camino de la costa; el patio era una especie de andén que formaba como el segundo piso de otro más bajo en que concluía el pueblo. Allí, en el bajo, solían despedir a los viajeros, antes de la construcción de la carretera. Los despedían con himnos tristes, especialmente a los reclutas. A ese andén donde se cantaba, siempre entre lágrimas de las mujeres y de los niños, se le llama, como en todos los pueblos antiguos, "Kacharparly pata", campo del desgarramiento. Bellido era más herrero que platero; porque los señores de San Pedro se habían empobrecido y ya no encargaban anillos de plata para el apero de los caballos, ni espuelas, ni estribos, y mucho menos ofrendas para los santos, o platos y fuentes.

Cuando don Fermín se presentó en el patio, acompañado por Rendón, Bellido examinaba una marca de hierro que acababa de soldar para un ganadero de un distrito vecino.

Se quitó el sombrero y fue a saludar al señor.

—Patrón, que Dios le acompañe —dijo, en un castellano muy correcto.

—¿Dónde está tu hijo? —preguntó don Fermín.

El mozo salió del taller, sin chaqueta, pero encorbatado.

—¿Qué me dice? —preguntó desde lejos, sin aproximarse.

—¡Saluda al señor! ¡Acércate! —le ordenó el padre.

—¿No es verdad, señor de Peralta, que el caballero que entra a una casa, saluda? ¿Eso es verdad o no, Rendón Willka? —preguntó el mozo caminando desganadamente.

—Cierto, hijo —contestó el minero—. Pero llegar a ser caballero no es fácil. No basta con decirlo. ¡Bellido! Mira a tu hijo. ¿Tiene facha y lengua de caballero?

—¿Yo? He hablado una equivocación. No creo en los caballeros —se adelantó a replicar el joven.

—¡Ah! Entonces, vuélvete al taller, hijo, hasta que yo me vaya.

Pero el mozo hizo lo contrario. Apuró el paso y se cuadró frente a Rendón.

—¡Adulón, Willka! —dijo—. ¡Ya te le pegaste al gamonal!

—¡Cajéalo, Rendón! ¡Diviértete! —ordenó sonriente el minero—. Bellido se alegrará de que enderecen a su hijo, a lo platero.

Bellido dudaba. El mozo se inquietó. Sus ojos bailaban.

—Sí —dijo Bellido.

Rendón se acercó al joven y éste permaneció indeciso.

—¡Mierda, nomás! —exclamó Rendón; le hizo dar una vuelta cogiéndole de los hombros y le aplicó una patada en el trasero. El mozo iba a caer de bruces, pero pudo erguirse haciendo un gran esfuerzo. Había llegado frente a la pared.

Cuando se volvió, tenía la pistola de don Fermín apuntándole hacia el vientre. Palideció. Y sudó frío. Rendón lo miraba con lástima.

—Tú te llamas Perico Bellido, ¿no es cierto? —le dijo el minero—. No te ofrezco un tiro, sino mil quinientos soles en las oficinas de la mina. ¿No eres contador? Podrás ganar hasta tres mil, con el tiempo, hijo.

Y luego se dirigió al padre, enfundando la pistola.

—Bellido —le dijo—. Eres viejo. Tú has fundido por lo menos cinco mil anillos de plata para los aperos de mi casa. Y, ¿cuántas roncadoras y estribos labrados? Eres un viejo de respeto, Bellido. Mira a tu hijo. No hay para él sino dos caminos: el crimen o un escritorio. Yo, por ti, le ofrezco un escritorio. Tú eres el último platero de San Pedro. Ya no habrá más.

—Perico, carajo, insolente. Saluda a tu patrón.

El viejo platero apoyó uno de sus brazos sobre el tronco de eucalipto que había clavado en el centro del patio. Allí amarraba a las bestias para herrarlas.

El mozo vino, algo como embriagado, casi gimoteando.

—Buenos días, señor. Usted jefe, yo tengo que saludar, pues... como a jefe... Pero a éste... le daré algún día.

—¡Claro! Si puedes, hijo —contestó el minero—, "otro k'echa" —pensó luego, recordando al niño que miró con espanto a don Bruno y entregó la vieja pistola.

Rendón se quedó tranquilo ante la triste amenaza del joven Bellido.

El minero tomó por el brazo al platero.

—Acéitalo, límpialo. Quítale las cargas a los dos cañones —le dijo, en medio del patio, mostrándole la vieja pistola.

—¡El gran revólver del patrón viejo! —exclamó entusiasmado el platero—. Mataba guanacos, venados, caballos cerriles en la puna. Dicen también que con esto tumbó al cuatrero "El Pecoso". Lo tumbó bien; él también apuntaba al viejo patrón con una pistola antigua. Lo hizo enterrar en el sitio y sembró paja encima de la tierra; por eso no se sabe en qué sitio. Los secuaces de "El Pecoso" iban a rodear al patrón, dicen; pero el indio "Surunpi" zafó a la carrera, cuando el viejo patrón le apuntó. El gran señor le mató el caballo, y el "Surunpi" corrió a esconderse en los pedregales, como una vizcacha. Allí lo degollaron los otros cuatreros. El señor hizo enterrar también al caballo, con apero y todo. No se sabe dónde. Al "Surunpi" se lo comieron los cóndores en un ratito. Desde ese día los cuatreros se fueron a robar a otros pueblos, bien lejos. ¡Espere, don Fermín! Estos cañones revientan luego. Tengo fulminantes.

Bellido se encaminó al taller. Rendón seguía tranquilo, como si en nada pensara, mientras el mozo contador parecía haber olvidado cómo mantener sus brazos y la cabeza. No se acomodaba con su propio cuerpo.

—¿Entiendes bien de tu profesión? —le preguntó el minero.

—He sido segundo lugar en orden de méritos —contestó, recuperándose un poco—, segundo lugar desde el principio. He practicado; he practicado cuatro meses. Sólo vine a visitar a mi padre.

—Y a mostrarte en el pueblo ante las mozas. Muy elegante. La mina ha de ser grande. Pero tienes un revuelto en tu conciencia. Allá irás por camino seguro al éxito, y el revuelto se convertirá en orden, solo.

—Si... Pero...

Y se atrevió a mirar a Rendón. El ex indio seguía tranquilo.

Bellido salió, hablando, del taller.

—Lo reventaremos. Este acero es fino. No hay riesgo.

—Oye, Bellido —le dijo el minero—. Cuando mi padre tumbó a "El Pecoso" no era viejo.

—Era entonces un mozo templado. Se parecía a Santiago Apóstol. Prefería los potros blancos...

—Así fue. Prueba el tiro.

El platero apoyó el arma en un muñón de rama que tenía el tronco de eucalipto. Apretó el gatillo, y un estampido, como de cañonazo, hizo tronar la quebrada.

—Espere —advirtió el platero. Hizo girar el tambor, volvió a apoyar el arma en el muñón del eucalipto, y disparó. Sólo el fulminante estalló en pequeñas chispas.

Bellido hurgó la boca de la chimenea de ese cañón. Le echó pólvora fina, varias veces. Y volvió a encajar un fulminante rojizo en la chimenea. Tampoco disparó el arma.

—Don Bruno se conformará con cinco cañones —dijo el platero—. El chico García burló la guardia de los varayok; se metió bajo el catre del gran señor, sin temer al cadáver, y encontró la pistola metida en un baúl. Salió con su *pertenencia* y los alcaldes lo respetaron.

—¿Sabes que mi hermano ofreció darle su reloj de oro por este vejestorio?

—Sí, don Fermín, pero el chico García le tiene miedo a don Bruno.

—¿Y a mí?

—A usted, no.

—¿Por qué no se lo lleva a la mina? Su padre no sabe qué hacer con sus diez hijos.

—Es muy pequeño.

—¿Crees que prefiero a los diablos?

—Pero diablo.

—Para la mina. Ese chico es de otro modo. Tiene entendimiento.

Es como un zorro y se pierde de vista, así como el viento.

—Lo haré crecer en la mina, Bellido. Tú aconsejas bien. ¿Qué dice el pueblo?

—Está en silencio, después del entierro solemne. Hemos visto que ustedes, señores Aragones, han vuelto a ser hermanos. Don Bruno aguantó las lágrimas más que un toro dinamitado. Eso creo. Tenía el pecho lleno, no sólo el corazón; en todo el pecho le hervían las lágrimas, y sus ojos no perdieron el temple. Yo estoy viejo y no he visto otra valentía así grande. Diga usted, caballero, es igual que si en sus ojos, por dentro, hubiera reventado este cañón que no quiere tronar; él apagó el camaretazo, por dentro. No llegó a su ojo pólvora ninguna; siguió templado igual que el de un gavilán; sus ojos tienen fondo sin comparación. El humano es hijo de Dios, no le alcanza el entendimiento de otros. Cada uno es cada uno.

—Sí, Bellido, aquí estamos, yo, tú, Rendón, tu hijo. Pero, ¿quién es más, dices; yo o don Bruno?

—Para mí, en su verdad diciendo, es don Bruno. A usted no le alcanzamos bien los viejos. Dios sabe qué hará usted...

—Me llevaré a tu hijo.

—Él irá mina arriba; yo mina abajo. Y, ¿este Rendón?

—Con tranquilidad, pues, don Bellido —contestó Demetrio.

—Aquí desconfiamos de los indios que visten casimir.

—Hay razón, don Bellido. A cualquiera hace cojudo el casimir no estando indio. Yo, con tranquilidad...

—Éste sabe, señor —dijo Bellido.

—Sabe. Sabemos, ¿no, Rendón?

—Quizás, patrón. Yo andando, pues, de atrás.

—Es tu sitio, hijo. Me doy el lujo de charlar con la gente estos días. Estos tres días nomás. Se aprende, Bellido. ¡Adiós! Vengo mañana por el arma de don Andrés y por el joven Perico. Empezará el lunes.

Bellido acompañó al minero y a Rendón. Vio desde el andén perderse el jeep, calle arriba.

—¡Maldito, siempre! ¡Sucio por dentro! Don Bruno ha llorado el río grande que se golpeaba en su pecho. Éste miraba de otro modo a todas partes, tragando aire, apestando. ¡Perico! —gritó.

El mozo llegó corriendo.

—Irás a la mina. Si puedes, lo fregarás.

—¡Al Rendón! —gritó el joven.

—Bueno, hijo, al Rendón, si puedes —le dijo.

Volvió a su taller con pasos de hombre viejo. Pero antes había fijado sus ojos en el "Andén de las Despedidas". Un canto surgía en su memoria, a pesar de que pretendía borrar todo pensamiento que le inquietara:

Yuyaway, k'enti;
sonk'oykipi *encantoykita,*
raprachaykita, yawaryachiykuy

(Acuérdate de mí, picaflor;
en mi corazón, tu encanto
y tus alas, conviértelas en sangre)

Con ese harawi lo despidieron del pueblo cuando fue atrapado para recluta. Marchó como todos los atrapados, amarrado su brazo, con un trozo de alambre, al brazo de un indio maduro que le servía de custodio y que debía responder con su vida por él, el joven Bellido, aprendiz de platero, buen tocador de charango. Lo desgarraron de su pueblo, pero volvió pronto y sin cambiar. Ahora no le entendía su hijo, el contador.

—Rendón... ¿será, no será?

Volvió a su taller. Rendón se le prendía a la memoria. El hijo lo siguió como a un extraño. El viejo platero echó aceite a un recipiente de hierro enlozado, y se puso a silbar la música del harawi; repitió mentalmente la letra:

...en mi corazón, tu encanto,
y tus alas, conviértelas en sangre...

El mozo se retiró de la puerta. Se puso la americana; se arregló cuidadosamente la corbata y salió a la calle, por la puerta de la tienda. Se sintió feliz.

"Un contador puede fregar a un capataz, en cualquier parte. ¡Indio traidor!", dijo en voz alta.

Llegó a la plaza silbando una canción de moda, un merecumbé. Algunas mozas oyeron el ritmo y salieron a la puerta de sus tiendas.

El viejo platero vio cómo la sombra de su hijo desaparecía del piso del taller. Siguió cautivado por el harawi antiguo. Lo entonaba con hondura, porque la tranquila mole del cuerpo del indio Rendón Willka, vestido de casimir, no se desprendía de su memoria. Pero el harawi exaltaba más esa figura.

—¡Estoy más viejo! Ese indio ha crecido.

Le intranquilizaba no sentir rencor contra ese mal trajeado cholo que hizo hociquear casi a su hijo, en la propia casa paterna.

La gran pistola, toda de largo sobre el blanco enlozado del recipiente, lo entusiasmó.

—Don Bruno hará algo con esta arma —dijo—. Hay que limpiarla a conciencia.

La kurku Gertrudis también cantaba, sentada en el poyo del imponente corredor de la casa señorial, a esa misma hora. Sola, frente a la mancha roja de la montaña, hilando en una rueca indígena.

Manan pitapas tapukunichu ñok'amanata.	(Yo no le he preguntado a nadie quién soy.
K'ak'achus kayman, ritichus kayman	Si estoy hecho de roca o de nieve
mana sombrayok'	sin sombra
mana llakiyok'.	y sin lágrimas.)

La kurku, de veras, no sabía llorar. Anto la escuchaba desde el salón vacío donde había tendido su cama de pellejos. Estaba sentado en el suelo.

—Si supiera llorar, se desharía. No quedaría de ella en el poyo sino lágrimas que la tierra se comería en un instante —pensó el criado—. "Es criatura de Dios", dicen. Don Bruno la maltrató; le sacó el alma. Pero, seguro, a veces su alma se le acerca y es cuando ella canta. Porque no es de nadie esos versos; derecho le salen a la kurku de su cuerpo que le duele. Porque bajo su pecho no hay más que silencio y. . . la pena que yo le tengo. ¡Ella ya no es, pues, mujer! ¿Qué será?

Otros versos cantó la "criatura":

Lorok'a ripukunmi may *altuntaña,*	(Los loros se van por altísimos cielos,
k'aparispa.	gritando.
Maymantan hamun, maytanrin,	De dónde vienen, adónde se van,
pipas yachanchu.	nadie lo sabe.)

Don Anto recordó entonces que la kurku sabía reír con su deforme rostro. Se levantó y fue a acompañarla.

El sol reverberaba sobre la tierra blanca del patio, alcanzaba con su luz penetrante el pequeño cuerpo de la kurku; pero la sombra del sauce también la alcanzaba, con más vida. Las piernas de la enana no llegaban a tocar el piso del corredor. Ella siguió tejiendo. Y mientras el criado se le acercaba improvisó otra canción, con una melodía más triste:

Sonk'okunapi waytakunak'a	(Las flores que en todo corazón viven
manas kanmanchu nok'allaypik'a	no pueden crecer en el mío,
¡wayrachallay *viento!*	¡pequeño viento, pequeño viento!

Su voz era algo dispar, como de anciana, pero con aliento infantil. El timbre era viejo, tanto como la cabellera seca, algo rojiza y con aspecto cadavérico que caía en hilachas desiguales sobre sus hombros; sin embargo, en lo profundo de esa voz extraña, Anto oía que toda la tierra se quejaba.

—Gertrudis —le dijo—. Ya no estés cantando. Cuando la señora muera, conmigo te vas a ir, a la pampa, a mi chacra de maíz. No vas

a ser mi mujer; no puedes. El señor ha prohibido. Yo también solito soy. Vamos a sembrar bien el maíz.

La kurku respondió compasivamente:

—¿Acaso sabes sembrar? Yo no sé sembrar. ¡Soy *kurku!* Lavar, hilar, acompañar a la señora vieja no más sé. Si me llevas, te va a maldecir la gente.

—La gente sabe. A mí me han traído donde el patrón grande cuando era mozo. Ya sabía sembrar maíz. ¿Por qué me he quedado años de años con el viejo señor? Yo también *kurku* en mi alma, hermanita Gertrudis. Don Fermín me ha tumbado en la plaza... Los vecinos quieren escupirme. Voy a ir a la pampa, contigo. Hago cerco grande. Crío un perro. Hago casa al pie de un eucalipto que alcance el alto cielo... Tú cocinas, lavas, hilas... En otro lado duermes...

—¿En otro lado? ¡Triste, pues!

—¡Alegre! Para Dios viviremos.

—¿Quién es Dios? ¿Quién es?

—El Dios del gran patrón que ha muerto. Está en la iglesia.

—Yo no sé. Yo no salgo. A esta casa ha entrado la gente, cantando, llorando. Yo no he salido.

—¿No te gusta el maizal?

—Yo no he salido, pues. ¿No te acuerdas, señor?

Anto recordó. Era cierto. A la kurku no la dejaron salir nunca de la casa. La vieja señora la recogió, cuando supo que la kurku había cumplido tres años. Era hija de un lacayo del patrón. Los padres se la dieron agradecidos.

—Está "marcada por el Señor", debe ser mía —había sentenciado la vieja señora. Ya era de edad entonces.

Don Bruno la forzó. Pero ella se dejó llevar al corral sin quejarse, sin pedir auxilio. Medio con sangre, temblando, él la devolvió a la cama de pellejos en que dormía. Huyó don Bruno, a la madrugada, y estuvo vagando por los pueblos, varios días. Después se prosternó ante su madre y pidió perdón.

"Las *kurkus* no pueden parir", reflexionó Anto. Y tuvo en cuenta, en seguida, que la "criatura" le había dado el tratamiento de señor.

La mente de la kurku no era de idiota. Sus ojos miraban a veces como si no tuvieran fondo, quizá porque para dar cara a alguien tenía que hacer un esfuerzo algo lento.

"Ella mira la tierra por la fuerza, desde que amanece —pensó el criado—. Será eso que apaga su ojo, que le hace nacer la pena, que su cuerpo sea como de gusano. Quizá en su sangre quiere lo que el gusano más quiere. No es como los que miramos el cielo".

—*Kurku*, ¿tú quieres hombre, no? —le preguntó Anto.

—¡Sí, quiero! —exclamó la enana, triunfalmente. Resbaló del poyo y se puso de pie. Hizo el esfuerzo lento y dirigió sus ojos a los del criado.

—¡Dios! —dijo éste—. Miras como don Bruno. Para el maizal

no sirves. ¿Quién te llevará? ¿Quién te consolará? ¿Dónde hizo volar de ti la blanca palomita que en toda inocente existe, ese don Bruno, sacándote sangre?

La kurku volvió a tomar su posición agachada. Se encaminó hacia el dormitorio de la vieja señora; andaba menudo, como si tuviera más de dos pies.

Anto se santiguó.

—Dios Padre, Dios Eterno... ¡Niega a don Bruno! Llévate pronto a esta desventurada criatura que tú hiciste en hora de maldición.

Cuando la kurku se perdió en la oscuridad del dormitorio, Anto se arrodilló y siguió implorando.

—Acaso sea yo tu justicia. Anto puede matar a don Bruno, si el Dios de la Iglesia se demora. ¡El Dios de la Iglesia, señor; el Dios de la Iglesia!... Él también desgració a ésta que dicen es "su criatura". No alborotó bien a las gallinas, no hizo ladrar a los perros. Defendiendo la maldición... ¡Todos!

La kurku se retorcía sobre los pellejos, junto a la cama de la vieja señora que agonizaba sin poder morir, días de días.

Los vecinos del pueblo, es decir, los señores, se habían empobrecido lentamente en más de un siglo. San Pedro tuvo fama de villa opulenta, de mineros ricos. Más de cien bocaminas, con su "lengua" de escoria tendida en las faldas de las montañas, estaban aún abiertas, pero abandonadas, ocultas por el monte.

—Somos más pobres que los indios. Tenemos que hacer algo —pregonaba en el cabildo dominical, don Ricardo de la Torre y Condemarín, un anciano rubio, alto, casi harapiento pero de expresión enérgica—. Señores: los Aragones de Peralta no eran más que muchos de nosotros; pero el viejo que ha muerto y su hijo Fermín supieron comprar tierras a señores e indios, disimuladamente, o por la fuerza, según los casos. Denunció las minas abandonadas. Todas son ahora de don Fermín. Aunque está maldito... ¡Yo no le tengo miedo, señores!... Ha seguido comprando tierras, y todas en nuestras pampas de "La Esmeralda". ¿Por qué? ¿Para qué?

Don Ricardo se enardecía más a cada instante. Su traje de casimir lleno de lamparones, su camisa remendada, iban siendo olvidados por los otros vecinos, a medida que el viejo señor hablaba.

—Don Fermín está maldito, más que por su padre, por el demonio de la ambición. Ha acorralado a su hermano en los molinos y la huerta de "La Providencia". ¡Él tiene lo mejor; el ganado, la hacienda de alfalfa y las minas! Nosotros somos unos gusanos frente a él. Lo que don Fermín necesita son peones. Nosotros no podemos ser peones... Somos caballeros. Pero ahora se llevará a los quinientos indios colonos de "La Providencia". Lo que pido es un jura-

mento: no vender más tierras a ese ambicioso señor que ha sido marcado a fuego por su padre. Yo ahora pido que los señores vecinos se pronuncien y después los varayok'.

Los vecinos no se aventuraron a mirarse; pero no se quedaron quietos; se movían. Desde su silla de cuero, la señora Adelaida, que fue amiga del viejo Aragón de Peralta, habló:

—Los vecinos están asustados, más de lo permitido por Dios. Yo no le he vendido nada a Fermín, porque no necesito. No tuve familia. ¿Por qué hemos de jurar a renunciar a un derecho? Comprar y vender es un derecho, hasta de los indios que tienen lo suyo.

—Señora, usted no jure. Usted tiene mucho todavía. Pero si los otros vecinos vendemos nuestros maizales de "La Esmeralda" nos quedaremos de menos valer que los indios.

—Y... ¿quién puede jurar eso aquí, en el cabildo, frente a la iglesia, si precisamente es pobre? La pobreza causa desesperación. Juren trabajar, negociar con la costa, ser más hombres...

—¡Eso es! ¡Eso es! —dijo otro vecino muy pobre, don Jorge Bedriñama—. La situación de los vecinos que van de bajada no se arreglará con juramentos.

—¡Indios no venderemos tierras al werak'ocha Fermín! —dijo el alcalde mayor de los comuneros.

—¿Por qué? —preguntó la señora.

—No venderemos, pues. Compraremos más bien —contestó el varayok' con el mismo tono impersonal—. Cabildo de comuneros ha convenido.

Rendón Willka observaba el consejo desde el extremo del corredor del Municipio. Unos cien vecinos asistían de pie a la reunión; los cinco varayok' formaban un pequeño grupo, a un costado de la mesa del alcalde vecino, en la parte central del corredor; la señora Adelaida aparecía sentada en un sillón de vaqueta, vestida de negro, con una gran cadena de oro y crucifijo sobre el pecho. Rendón había podido encaramarse sobre la base de piedra de una de las columnas que sostenían el techo.

—¿Cómo has entendido los discursos? —preguntó la señora al varayok'.

—El varayok' Felipe Maywa es licenciado del ejército —contestó don Ricardo—. Nosotros no hemos de ser menos que los indios...

—Ni mucho menos hacer lo que ellos acuerdan —afirmó en voz alta y avanzando hacia la mesa, un vecino de rostro casi amoratado. Venillas negras corrían en todas direcciones sobre su rostro enrojecido; su nariz desproporcionada concluía, como si fuera de máscara, en una ancha carnosidad amoratada. Le decían don Fabricio "El Gálico".

—Tenemos la carretera y dos rivales: los Aragones de Peralta y los indios —continuó—. A ninguno de esos bandos les importa el honor; los indios no lo han tenido, pues, desde que existen; los dos

hermanos maldecidos lo perdieron hace tiempo; el uno por fornicario, el otro por ambicioso sin alma.

—¡Cállate! —gritó la señora, levantándose con gran esfuerzo—. Dios los ha reconciliado. La maldición ha sido levantada. Quien no ha visto eso no tiene honor.

—Señora, con respeto sea dicho —replicó don Fabricio—. ¿Y las violaciones que ha cometido don Bruno, hasta con esa "desventurada" del Señor? ¿Y la intriga a lo Lucifer con que don Fermín hizo separarse a sus padres y convertir en borracha a su madre? ¡Doña Clotilde está agonizando!

—¿Y usted? ¿No ha violado?

—Con su licencia, gran señora, patrones, werak'ochas; con su licencia. . . —dijo el alcalde varayok'. Hizo una reverencia; se persignó, y se abrió paso entre los vecinos. En fila y por orden de jerarquía lo siguieron los cuatro varayok'.

El alcalde vecino y los otros señores los dejaron irse. Rendón Willka le había hecho una seña a Maywa; examinó después con ojos tranquilos al vecindario de San Pedro que no podía tomar un acuerdo.

—Hasta los indios los pisan ya a ustedes —exclamó la señora que aún estaba de pie.

Los varayok' marchaban en fila de a uno, por la plaza, en dirección del camino de las montañas. No apoyaban sus varas en el suelo.

—Se han ido —dijo "El Gálico", entre confuso y colérico—. ¡Tenemos un alcalde miserable, rotoso! Los indios, por su culpa, se han zurrado en nosotros.

—¡Por culpa tuya, sifilítico, mierda de Satanás! —gritó uno de los hijos de don Ricardo.

Se lanzó en seguida sobre don Fabricio; pero lo sujetaron de pies y manos varios caballeros.

El alcalde esperó que el tumulto se calmara. Las hoquedades de su rostro de anciano enfurecido se habían apagado, a poco. Palidecía cada vez más.

—Señores, caballeros vecinos de este pueblo: yo creo en Dios... Me parece que Él nos ha abandonado por estos días. Yo renuncio. "El Gálico" no tardará en morir. Su nariz rezuma sangre asquerosa; el signo de la negación que Nuestro Señor ha hecho del pueblo, por estos días. Que cada quien proceda según su propia conveniencia. Los vecinos de San Pedro de Lahuaymarca han perdido el valor para tomar acuerdos. La sombra de don Fermín . . . ¡Adiós, señores!

Don Ricardo, escoltado por sus cuatro hijos, ya con derecho a cabildo, se dirigió a las gradas del corredor. Le abrieron paso, casi misericordiosamente.

—¡El teniente alcalde! —habló don Fabricio, con el mismo brío.

Lo dejaron solo; se fueron también los otros sin animarse siquiera a consultarse con la mirada, todos descarriados. Mientras se desparramaban por la plaza, Rendón Willka bajó del pilar al suelo. "El Gálico" al descubrirlo lo examinó detenidamente y lo reconoció:

—Eras indio, ¿no? —le dijo.

—Así es, pues, creo, señor —contestó.

—¿Eras indio?

—No sé, señor.

—Yo tampoco sé, ¡carajo! Nos van a comer los indios. Pero a ése, a ése —dijo señalando al alcalde —los piojos blancos no más. Tú estabas lejos, hijo. Pero yo vi dos en su cuello sucio. Piojos, indios, y "malditos".

—Ahistá la carretera, señor. Los comuneros lo hemos abierto —contestó Rendón.

—Sí, ¡pellejo! Por ahí van los indios piojos a la costa, y vuelven más grandes, como tú, pero siempre piojos. Se comen al alcalde, ¿no?

—Patrón, ¿tú has tomado aguardiente? —preguntó Rendón muy sumisamente.

—No —dijo—. Si no fueras piojo y venenoso, te convidaría...

—Así es, así mismo es, patrón. El sacristán subiendo ya la torre. Va tocar "medio día".

La dulce campana del pueblo, la pequeña, cantó en el aire. Los enclenques arbustos de la plaza se animaron, cobraron vida. Luego la campana grande vino a solemnizar la gran plaza seca y vacía en que el sol se asentaba con exceso.

—¡Triste pueblo! —dijo "El Gálico".

—Ahistá el sol, pues; la campana grande —le respondió el indio dirigiéndose ágilmente hacia las gradas.

"El Gálico" lo vio, al poquísimo rato, atravesar la plaza en un caballo lustroso.

"Las tierras de éstos no servían; ahora, con la carretera, valen. No se las quitamos a tiempo... Don Fermín los joderá; pero también a mí. El De la Torre ya está como en la tumba, aullando. Yo... ¡Me voy al bando del Aragón grande...! Veré arrastrarse a los críos del viejo rotoso. Los patearé en la barriga. ¡Yo le vendo mi parte de "La Esmeralda", pero que me dé mando en la mina! ¡Indios piojosos! ¡Apestan! ¡Por la Santísima Virgen, apestan!

"El Gálico" se paseaba solo, casi sin darse cuenta, en el corredor del Municipio. Cuando se detuvo para mirar la montaña, apoyándose en una columna, vio que Rendón Willka subía hacia el caserío de la mina, en caballo fino que debía ser de don Fermín Aragón de Peralta.

"¿Se me habrá adelantado ese indio? Don Fermín, en vez de encerrarlo en la cárcel, ¿lo ha tomado de capataz, de traidor? Con él o con la aulladera del viejo rotoso. ¡Con él, y a enterrar de una vez a los de las Torres, Bedriñamas, Troncosos, Brañes...! Se han hecho zurrar con los indios, en pleno cabildo. Yo sé más que ellos. Y más que yo, ese piojo bestia que monta el caballo del patrón de patrones. Pero el único que le puede sacar el cuero soy yo, "El Gálico". A cambio de podrida sangre recibí inteligencia ¡carajo!, olfato... Quisiera tragarme a los Aragones... ¡El Bruno! Quizá es mejor el Bruno. ¡Oye, Rendón Willka, traidor piojo, más fácil es

tragarse al Bruno! Yo iré donde él. No por tu atrás, indio excremento, peor que mi sangre."

"El Gálico" bajó del corredor saltando a tierra y no por las gradas. Se encaminó a tranco largo hacia su casa.

El arco de sillar blanco de la portada era el único del pueblo que se mantenía íntegro y bien armado. El de la casa de los De la Torre se había derrumbado, hacía años, y sólo quedaban los muros laterales en los que acomodaron una puerta remendada con tiras de eucalipto. Los otros arcos estaban desajustados, a punto de desmoronarse. El de los Brañes había quedado casi entero, con sólo la piedra maestra y unas cuantas otras que, al caerse, dejaron el arco con una luz al centro, pero separada de la casa, como sin dueño y sin destino. Los muros del patio se habían derrumbado, y el corredor interior quedó a la vista, con sus solemnes columnas de piedra que el musgo opacaba, y el fondo de los muros descascarados, arruinándose.

"El Gálico" abrió el zaguán de su casa empujando la puerta. Doña Guadalupe, su mujer, se aterrorizó al verlo.

—No pares —le dijo el hombre— y me temes. Pero así y todo llegaremos alto, mientras los otros van cuesta abajo, Guadalupe.

Pudo llorar la señora porque el rostro de "El Gálico" fue calmándose. Ella era pálida, delgada, de ojos negrísimos y tiernos.

—Te quiero; eres mi esposo —le dijo.

—Aunque sé que me fuiste dada como en venta. De otro modo... "El Gálico"... Eres Brañes... Dame el almuerzo.

Los varayok' de la comunidad de San Pedro de Lahuaymarca llegaron a las "moyas" de su pertenencia. Como había dicho "El Gálico" no eran malas tierras. Producían papas, trigo, cebada, habas, quinua, y en una quebrada por donde bajaba el pequeño río Lahuaymarca sembraban maíz, en andenes. El *suyu* o área del maíz era muy pequeño, no más de unas cuatro hectáreas. Allí tenía una parcela cada familia. Durante los últimos cinco años, después de la construcción de la carretera, la comunidad llegó a dominar la parte barrancosa de la quebrada, la que quedaba junto al torrente mismo. Bajo la dirección de Maywa levantaron fuertes y altos muros de piedra, construyeron cuatro terraplenes más, andenes un poco angostos que rellenaron con tierra buena que cargaron en llamas y burros desde la zona tibia de la gran quebrada.

Entre cantos y danzas estrenaron los nuevos andenes de maíz. Arrastraron sobre la tierra nueva a doncellas, primero, y luego a las mujeres más fecundas. Los mozos lucharon al "Rompe"; en dos filas, con los brazos cerrados, se disputaron el terreno a golpes de hombros y caderas, un poco como los toros. Las mozas cantaban, dialogando con los luchadores. Ellos preguntaban:

—Maypin kachkan chay Pariona,
mayuy seerená.
Rumipatapis sayachkan,
la mar seerená.
—Manan sayanchun,
sombranpas kanchu,
k'ocha seerená.
—Apachitapis
k'onk'orichkanman,
mayuy seerená.
—Saywakunallan tiachkan
mana imata wak'aspa,
la mar seerená.
—Killinchallachus wamancha-
chus muyuchkanman,
k'ochay seerená.
—Wamanchallapas killinchallapas
upallalan awankachkan,
urpiy seerená.
—Panteón allapata aspimuy,
pak'chay seerená.
—Arí, taytay, wayk'echallay,
chun nik'allpapin
manaña atiy cruzpa chakinpi,
Juna Pariona, juancha Pariona,
la mar seerená.
—¡Ronpimuy, chaypachak'a,
mak'takunay, mak'ta!
Mana atina cruzpa chakillan,
la mar seerená.
—¡Way, way, Juan Pariona!
Mana chakiyok',
mana makiyok',
mana ñawiyok',
mana brazuyok',
Serenay, seerená.
¡Waaaay . . . !

—¿En dónde está Juan Pariona,
sirena del río?
Dicen que está de pie sobre las
rocas,
sirena del mar.
—No está de pie
ni su sombra existe,
sirena del lago.
—En el santuario de las cumbres
¿no estará de rodillas,
sirena del río?
—Sólo las columnas sagradas de
piedra
sin llorar a nadie están,
sirena del mar.
—En cernícalo o en gavilán
convertidos, ¿no estarán dando
vueltas en el cielo,
sirena del lago?
—El gavilán y el cernícalo
vuelan en silencio sin responder
a nadie,
sirena, paloma mía.
—Entonces corre a escarbar la
tierra del cementerio,
sirena de la cascada.
—Sí padre, sí hermano;
en la tierra muda,
bajo el invencible peso de una
cruz,
Juan Pariona, Juancito Pariona,
está,
sirena del mar.
—¡Romped, pues, entonces,
hombres, mozos, hombres!
Es el peso invencible de una cruz,
sirena del mar.
—¡Huay, huay, Juan Pariona!
sin pies,
sin manos,
sin ojos,
sin brazos,
sirena mía.
¡Huaaaay. . .!

Al grito final, una de las bandas había vencido. Luego danzaron la antigua k'achua, únicamente los solteros, ya al oscurecer, al compás del coro de las muchachas. Y mientras los casados "mayores cabildos" marchaban con sus mujeres, acompañados por una orquesta de arpa y violín, los mozos y mozas se dispersaron por el campo donde la pequeña sombra de los arbustos se extendía, más en el ardiente pecho de las doncellas que en la tierra hecha transparente por la luz de la luna. Las novias se convertían en mujeres; gozaban el mundo; lo bebían, transmitiendo a la tierra el fuego de sus cuerpos tiernos. Los hombres cantaban después, preguntando todavía:

¿Maypin chay Pariona?
Allpa ukupi mana wak'aspa
mana llakispa, urpillay, urpi.

(¿Dónde está ese Pariona?
Bajo la tierra está, sin llorar,
sin tristeza; paloma mía, paloma mía).

De este modo, en el himno de la k'achua recordaban a los mozos fallecidos durante el año, les rendían homenaje y los hacían participar de la fiesta.

Los comuneros de San Pedro no eran, pues, miserables como los de Paraybamba. Hartos, durante siglos, con la producción minera y la posesión de los campos de maíz de "La Esmeralda" y los trigales que rodeaban la villa, los señores vecinos dejaron a los indios disfrutar de la zona fría del antiguo distrito de Lahuaymarca. Eran tierras de verdad extensas. Los comuneros convirtieron buena parte de ellas, durante siglos de trabajo, en tierras de arar. Bajaban a servir por turnos a los muchos señores, pero no como siervos sino como peones a quienes se les debía pagar, y se les pagaba, un jornal más bien simbólico que efectivo.

Fue después de la celebración de la primera siembra en los andenes nuevos que Rendón Willka decidió viajar a Lima. Había desempeñado dos cargos religiosos menores y obtenido el derecho a ser quinto regidor. Era el mozo que dirigía los trabajos comunales de la juventud, tanto en Lahuaymarca como en los que debían cumplir, por fuerza, en la villa de los señores, pero no bajaba a San Pedro, por acuerdo de los varayok', en estos casos.

Después que los vecinos lo expulsaron de la escuela, él siguió deletreando en su librito escolar; no dejó de escribir con un lápiz las mismas frases y aun logró agregar otras palabras del castellano que aprendió después.

Cuando ya era casi un mozo, un *wayna*, su padre había decidido enviarlo a la escuela pública de San Pedro. Fue el primer indio que se matriculó en la escuela de los vecinos. El inspector escolar y el gobierno no accedieron a la solicitud de los indios que sólo pidieron

una maestra para Lahuaymarca, porque la comunidad construyó un local risueño, con ventanas grandes y un jardín en el que sembraron geranios y rosas blancas, únicas plantas "de los señores y de la iglesia" que podían resistir el clima de altura.

Los Aragón de Peralta y todo el vecindario de San Pedro se opusieron a que se autorizara la apertura de la escuela de la comunidad.

—En eso nos diferenciamos de los indios. Si aprenden a leer ¿qué no querrán hacer y pedir esos animales? —dijo en un cabildo el propio alcalde.

—Los indios no deben tener escuela —sentenció el viejo señor.

Y no se discutió más el asunto. La palabra de Aragón de Peralta se cumplía en el distrito.

Por eso, el director de la escuela de San Pedro fue a consultar con el viejo señor si debía matricular al ya mozo Demetrio Rendón Willka, en la sección "Preparatoria".

—Si ya es mozo, admítalo. Los chicos lo harán correr. Aunque son porfiados estos indios no soportará las burlas de nuestros hijos. ¿No sabe usted que los niños son más crueles que los grandes, cuando quieren fregar o martirizar a los débiles?

—Bien, señor —asintió el maestro.

El padre de Rendón Willka agradeció al maestro por la admisión de su hijo en la escuela; le dijo que en ese mismo instante un comunero descargaba en la casa del director dos sacos de papas y otro de trigo y que los aceptara como humilde obsequio de su nuevo alumno.

Los estudiantes se asombraron de ver a un indio grande con un silabario en la mano y una bolsa para cuadernos, como la de los más pequeños escolares; sobre los cuadernos asomaba el marco de madera de un pizarrín. Y era eso lo más sobresaliente: debajo de la bolsa escolar, el indio llevaba otra, hinchada de maíz tostado, de mote, de cecina y trozos de queso. Lo usual era que los comuneros llevaran su fiambre en una pequeña manta de lana tejida. Demetrio fue presentado aun en ese detalle como un "escolero". Habían tejido para él una bolsa, algo semejante a las de coca de los indios mayores, pero más alargada y con una cinta que servía para que el primer estudiante de la comunidad se terciara al hombro esa nueva prenda escolar indígena. Demetrio tenía que caminar diez kilómetros, todos los días, de Lahuaymarca a San Pedro.

El maestro, agradecido por el obsequio, iba a pedir a los niños que fueran "considerados" con el joven indio. Pero vio a éste sentado en el poyo, entre los más pequeños, que lo miraban preocupados o miedosos y no despectivos. Pero los más grandes se precipitaron a observarlo. Demetrio permaneció sentado, contemplando a los señoritos con expresión tierna y sumisa en el rostro, pero enérgica e inquebrantablemente resuelta en la actitud. Era evidente que nadie lo haría moverse de su sitio.

—¿Qué miran? —preguntó indignado el maestro. Él era de una provincia lejana.

—Es un indio —dijo Pancorvo, alumno de último año.

—¿Nunca habías visto otro? —le preguntó el maestro.

—En la escuela no. Va a apestar.

—No huele a nada, señor —exclamó el pequeño que estaba sentado junto a Demetrio.

—En cambio, acaso tú, Pancorvo, hueles —dijo el maestro.

—Será, pues, pero no a indio.

Demetrio era mucho mayor que ese Pancorvo. Sin levantarse, el mozo comunero le obsequió al pequeño que lo defendió una moneda de oro, un quinto de libra que tenía guardado en una bolsita color de arco iris.

—Para que juegues, pues, niñito —dijo.

Todos los muchachos se reunieron más estrechamente junto a Demetrio.

El pequeño, un De la Torre, no se decidía a recibir la moneda. Demetrio la puso en una de las manos del niño e hizo que cerrara los dedos hasta formar un puño.

—¡Quinto! ¡Bonito! —dijo en castellano.

—¡Ya! A sus sitios —ordenó el maestro, aprovechando el desconcierto de Pancorvo y de sus camaradas.

Los alumnos obedecieron en silencio, pero observaban con frecuencia a Demetrio que, con la ayuda de su amigo recién conquistado, pronunciaba las letras en voz alta, como todos.

Pocas semanas después, bien aleccionados por sus padres, los estudiantes mayores empezaron a hostilizar al indio, especialmente durante los recreos. Cierta mañana, ya en el mes de septiembre, lo rodearon varios de éstos.

—¿Y para mí no tienes un "quinto", oye, Willka? Eres bestia. Mira, tan viejote y en "Silabario" —le dijo uno de ellos.

—Lee en quechua, animal. ¿No ves que no sabes castellano? "A, Bi, Ci . . .". Se dice Be, Ce.

—La boca del indio no puede —le dijo otro.

Demetrio se sentaba bajo un triste arbolito de lambras que, increíblemente, había logrado crecer en una esquina del patio de recreo, defendido por un muro de piedras y barro que los niños de segundo grado levantaron el año anterior, en noviembre. Se sentaba sobre el muro y formaba pareja con el árbol, que había vencido la furia del sol, de los escolares más avanzados y destructores, y de las heladas.

—A, Bi, Ci, Chi, Di, Ifi . . . —le gritaron en coro, varios muchachos.

Se reían delante de él. Pero Demetrio no les oía. Entonces, un Brañes, le sacó del bolso el pizarrín; lo arrojó al suelo y lo destrozó a pisotones. Demetrio no hizo sino apretar los músculos de su rostro.

—¡Maricón! ¡Cobarde! ¡Indio! —vociferaba el Brañes, un niño como de 14 años.

Demetrio se puso de pie, y Brañes iba a huir, porque la sombra del indio se levantó de repente sobre su cabeza. Pero Demetrio, sin mirar al crío de señor, se dirigió hacia el salón de clases, vacío. Se sentó en el sitio del poyo que le correspondía. El director había visto a Brañes desde la puerta lateral del salón, pero no intervino. Tenía miedo al viejo señor y al vecindario. Él era oriundo de un pueblo lejano y no tenía título pedagógico.

Demetrio permaneció solo, un rato en el salón vacío, sin carpetas ni cuadros históricos, ni mapas. Vio aparecer a su amigo De la Torre acompañado de dos pequeños. Se le acercaron a paso rápido. Gallegos, el mayor de los tres, depositó sobre las rodillas de Demetrio el marco roto del pizarrón.

—¡Demetrio! ¡Demetrio! —le dijo.

El indio acarició con el más profundo respeto las pequeñas manos del niño.

—Te queremos —le dijo "su amigo", y se sentó junto a él.

Se le aproximó todo lo que pudo; luego le estrechó uno de los brazos y puso su cara sobre la camisa de bayeta del indio.

"Sí, sí huele, pero no como mi casa, como las medias de mi padre cuando se las quita de noche. ¡Eso sí, apesta! Demetrio huele de otro modo. ¡Pobrecito, tan grande! Y no quiso pegarle al Brañes. ¡El corazón me duele!"

Un instante de confusión tuvo Demetrio. Los otros dos niños se sentaron también en el poyo, a su lado.

—¡Demetrio! —volvió a repetir el pequeño, mirando el marco destrozado y todavía tan limpio en los trozos que no fueron aplastados por los zapatoc chuecos, de puro viejos, de Brañes.

Abrió los brazos el indio.

—¡Dios bueno! —dijo.

Pero no bien había concluido de hablar y se había animado a estrechar a los niños, pues creía que alcanzaban su pecho y sus brazos para los tres, Brañes y Pancorvo irrumpieron en el salón. Quedaron paralizados al descubrir a De la Torre con la cabeza apoyada en el cuerpo del mozo; el marco roto sobre sus rodillas y los otros dos niños contemplando felices al comunero. Éste no se atrevió ya a abrazar a los niños; hizo frente a los dos jovencitos, detrás de los cuales aparecieron otros más.

Pancorvo se decidió. Se acercó al grupo, resguardado por sus compañeros que lo siguieron.

—*K'echa*[1] De la Torre —dijo—. Te vendiste por un quinto de libra. Y tú, otro De la Torre, muerto de hambre, más que ese maricón Gallegos.

Ya Demetrio entendía el castellano; en pocos meses había aprendido también a deletrear. Sintió que los niños que estaban a su lado no se atemorizaron. Gallegos se levantó.

[1] Diarrea.

—¡Maricón tú! —le dijo a Pancorvo—. ¡Gallina tú! Yo también hambriento. Peor es ser gallina.

Pancorvo le dio un puñetazo en la boca al niño. Pero no tuvo tiempo de huir. Demetrio lo agarró del cuello. Lo levantó en el aire, mientras pataleaba, y lo arrojó contra el poyo.

—¡Excremento del diablo! —le gritó en quechua.

Los otros fugaron, no hacia el patio de recreo, sino al corredor que daba a la plaza. Cruzaron despavoridos el campo. Pancorvo no podía levantarse del suelo, y empezó a llorar a gritos. Gallegos sangraba de la boca.

—¡Váyanse, patroncitos! —rogó Demetrio a los niños.

—No —dijo Gallegos—. ¡No quiero!

—Me ha querido matar —dijo incorporándose dolorosamente Pancorvo, cuando el maestro llegó a la sala.

—Me ha querido matar —repitió.

—¿Y a Gallegos? —preguntó el maestro, comprendiendo lo que pudo haber ocurrido.

Demetrio miraba fríamente a Pancorvo y al maestro. Sacudió ligeramente la cabeza.

—Insultó por gusto a De la Torre, y a mí, señor —contestó Gallegos—. Este maricón me pegó porque defendí a Demetrio.

—¿Demetrio? —exclamó asombrado el maestro.

Porque el niño no dijo "el indio" Demetrio, ni "el cholo" Demetrio, ni siquiera "el Demetrio".

—Dios lo ha castigado, señor; Dios, pues...

Concluyó, y de sus labios brotó un pequeño globo sanguinolento.

El indio oía y volvió a sentirse otra vez confundido.

—Señor, patrón... —empezó en castellano, pero continuó en quechua—. Estos niñitos, palomas de Dios; del corazón sus lágrimas.

El salón ya estaba colmado de escolares de las secciones "silabario", primero, segundo y tercer año.

El maestro quedó perplejo, sin saber qué hacer.

Pancorvo escuchó pasos en el corredor de la escuela, y empezó a llorar nuevamente a gritos.

—¡Me ha roto algo! ¡Estoy mal! —clamaba.

Lo encontraron derrumbado sobre el poyo, su padre, el alcalde, el gobernador, el varayok' de turno, dos vecinos más y un mestizo, apellidado Martínez, que irrumpieron en la sala.

—¡Haga salir a los niños! —ordenó el gobernador al maestro.

El maestro obedeció. Pero los De la Torre y Gallegos, el herido, no se movieron; permanecieron junto a Demetrio.

"Parecen grandes", pensó el maestro.

—¡Afuera! —gritó enérgicamente el alcalde.

Pero los niños se abrazaron a las piernas de su amigo. El rostro del indio se tranquilizó; volvió a iluminarse suavemente de esa especie de resignación y poderío que en algo se parecía a las rocas

negras de los grandes abismos, cuando reciben el grito de los loros viajeros que gustan cantar en el aire de los abismos.

El padre de Pancorvo levantó a su hijo, y después, con la ayuda de los otros dos vecinos, arrancaron a los niños de las piernas del mozo indio.

—¡Déjeme a mí! ¡El Pancorvo me sacó sangre! —decía el pequeño Gallegos mientras lo arrastraban al patio.

—Es un testigo —se atrevió a intervenir el maestro—. Hay que dejarlo.

No le hicieron caso.

—Varayok' —ordenó el gobernador—, carga a ese anticristo, al indio Demetrio.

El varayok' obedeció. Se persignó antes. "Eres de Lahuaymarca", le dijo en voz baja al mozo. Y se lo echó a la espalda.

—Martínez: quince azotes bien dados, no sólo en las nalgas; dale unos tres en la cabeza, aunque le caiga algo al varayok'. Se ha atrevido a golpear a dos niños.

—¿A quiénes dos? —preguntó el maestro.

—¡Usted se calla! Ya, Martínez.

El mestizo sacó un azote trenzado, con pequeñas puntas de plomo, que traía oculto bajo su poncho.

Y azotó al indio escolar bajo la sombra del salón principal de la escuela, delante del maestro.

A los seis u ocho azotes empezó a rezumar sangre sobre la bayeta blanca con que los indios jóvenes de Lahuaymarca se vestían.

—¡Ya no, papá! ¡Ya no! —pidió el niño Pancorvo, lanzándose sobre el mestizo—. ¡Martínez, ya no! Ustedes, ustedes me dijeron que lo ofendiera, que lo fregara todos los días! ¡Ustedes, pues, papá!

E intentó detener al mestizo arrastrándolo con todas sus fuerzas por un extremo del poncho. Su propio padre lo contuvo apartándolo con los brazos.

—¡Cinco más!—ordenó el alcalde.

—¡Maestro! ¡Usted, pues! —dijo gimiendo el mozuelo.

—Ellos saben. Responderán ante Dios —dijo el maestro.

—Sabemos y responderemos —contestó el alcalde.

Los últimos tres azotes los dirigió Martínez a la cabeza del indio. Acertó bien, porque el azote era de los medianos, y rompió el cuero cabelludo del mozo; de esas heridas brotó más sangre. El niño Pancorvo ya estaba de rodillas.

Cuando el varayok' soltó a Demetrio, el joven indio se dirigió al poyo, levantó con gran cuidado el marco destrozado de su pizarrín y su montera; sin mirar a nadie, ni a su varayok', salió por la puerta principal de la escuela, hacia la plaza.

Cuando tocaban "las doce", él subía la montaña, con el sol en su apogeo.

—Nada —exclamó Pancorvo, el padre—. Es como no hacer na-

da. Se ha ido tranquilo. Es como si la sangre no fuera sangre para ellos, aunque no se atreverá a volver a la escuela.

—Así es, señores. Pero para este niño arrodillado es injusta sangre. A él sí le ha herido fuerte.

Pancorvo descubrió que, de veras, su hijo, ese matador de pajaritos, ese chico flaco que atravesaba con espinos a los grillos, por parejas, y los hacía caminar arreándolos, así traspasados, afirmando que eran bueyes aradores, estaba rendido, con los ojos secos, mirando al suelo, un poco regado, del viejo salón polvoriento de la escuela.

—¡Carajo! Todo se trastorna —dijo el padre, porque no encontraba un modo adecuado de acercarse a su desconcertante hijo.

—¡Niño! ¡Ahistá tu corazón en el suelo! ¡Está consolando, pues; a mí también! —se animó a hablar el varayok'.

Entonces el mozuelo pudo levantarse; algo extraviado, no consiguió orientarse de inmediato hacia la puerta de la escuela.

En tres, cuatro años, los vecinos se olvidaron del "incidente" escolar de Rendón Willka. Creyeron también haber logrado que los niños lo olvidaran. El maestro fue trasladado a un pueblo muy distante, de otra provincia, pero no de inmediato sino al año siguiente.

Los comuneros no dieron ninguna muestra de indignación por el suceso. Guardaron calma y se comportaron como si nada especial hubiera ocurrido. El padre de Rendón Willka fue elegido alcalde mayor por los indios y cumplió sus obligaciones como todos, con dignidad y sumisión. Pero cuando Demetrio esperaba al camión en la carretera, lo acompañó el cabildo en pleno. Luego que subió al carro y arrancó la máquina rumbo a Lima, las mujeres cantaron un harawi que compuso el propio alcalde mayor de Lahuaymarca:

Ama k'onk'ankichu,
amapuni k'onk'anichu:
yawarpa'mi ripukunki
yawarpak'mi kutimunki
allpachask'a;
anka hina manchay k'auak'
mana pipa aypanan rapra.

No has de olvidar, hijo mío,
jamás has de olvidarte:
vas en busca de la sangre,
has de volver para la sangre,
fortalecido;
como el gavilán que todo lo mira
y cuyo vuelo nadie alcanza.

Ocho años después regresó Demetrio, sin anunciar a nadie su llegaba. Al día siguiente convocó a los varayok' y a los cabecillas de la comunidad en casa de su padre.

A ningún indio le extrañó que se mostrara vestido de casimir, calzado de zapatos de fútbol y con sombrero de fieltro. Se abrigaba también con un sueter de color verde.

Habló más de cinco horas con las autoridades y sabios de Lahuaymarca. Llegaron a buen acuerdo. Y Rendón Willka partió des-

pués a la capital de la provincia. Allí visitó a los varayok' de los cinco ayllus o comunidades del gran pueblo; luego se dirigió a Paraybamba, comunidad libre que había sido despojada de muchas tierras por los vecinos de Todos los Santos. En los primeros tiempos de la República, Paraybamba era anexo del distrito de Todos los Santos, y con el crecimiento de su población los comuneros se habían empobrecido a tal extremo que nadie podía ya desempeñar los cargos religiosos ni los políticos, porque demandaba gastos, agasajos a la comunidad, y tiempo. Paraybamba había caído en la anarquía y el hambre. Se había quedado sin fiestas y sin autoridades y empezaba a vaciarse, especialmente de mozos. Las solteras, los viejos y las mujeres quedaban abandonadas.

Rendón Willka se presentaba bien, con su nuevo aspecto, tanto entre los indios como ante los caballeros vecinos.

Bajó a San Pedro con ocasión de la muerte del viejo señor. Allí midió, uno a uno, a los vecinos, los sintió y pesó. No alarmó a nadie. Comprobó que el vecindario se había empobrecido más y envilecido.

Aún Pancorvo, y los otros caballeros, tenían una facha algo miserable. Estaban todos presentes. Él se mostró respetuoso y no dudó en hablarles en su castellano todavía bárbaro. Los vecinos lo trataron con cierta melancolía o indiferencia. Sólo "El Gálico" y el alcalde Ricardo de la Torre, lo observaron con detenimiento. Pancorvo tardó en identificarlo, pero el aire de humildad y obsecuencia del ex indio lo tranquilizó; sin embargo evitó hablar con él y se despidió pronto después de dar el pésame a los Aragón y al "cholo" Anto.

Rendón Willka salió feliz de la casa mortuoria, aunque su rostro no expresaba sino obsecuencia y aflicción.

Cuando las minas de San Pedro se agotaron, los señores que usaban vajilla y hasta bacines de plata, se vieron en la necesidad de dedicarse exclusivamente a la agricultura y la ganadería. Pero no pudieron extender sus tierras. Aprovecharon cada vez mejor las que tenían y sembraron alfalfa en lugar de maíz o trigo en muchos campos. Desde entonces empezó una lucha enconada por el reparto de las aguas de regadío que no eran abundantes. Las rivalidades entre los vecinos se hicieron cada vez más enconadas y los señores se dividieron en bandos. Los menos aptos o los que tenían muchos hijos vendieron primero toda la platería de sus casas y después la tierra.

El gran señor Aragón de Peralta, que no sólo fue minero sino terrateniente, compró esas tierras y la platería. Se hizo más poderoso mientras que los otros caballeros empobrecidos se hundían; sus casas señoriales perdían sus arcos con las lluvias del verano; las puertas ya sin pintura o barniz empezaban a cubrirse de polvo, a tomar el aire ruinoso de los muros, de los techos, de los grandes patios y co-

rredores sucios. Todo el pueblo fue adquiriendo un aspecto de vejez irremediable. Los Aragón de Peralta se engrandecieron tanto que permanecieron por encima de los desesperados bandos rivales, inalcanzables.

El último golpe que sufrió San Pedro, como consecuencia de su ruina, fue la decisión del gobierno de cambiar la capital de la provincia a una más antigua e india población próxima que, durante siglos, fue considerada con desprecio por los opulentos mineros de San Pedro. Los gavilanes, que vuelan más abajo que los cóndores, daban vueltas sobre los techos de teja opaca de las casas, sobre la gran plaza seca, donde un grupito de arbustos sufría de sed y de aislamiento; volaban a ras del pueblo, observando sin temor alguno. Esta familiaridad de los gavilanes tenía algo de humillante para el pueblo; lo rebajaba; le infundía el aire, la tristeza miserable de las tierras baldías donde las aves buscan gusanos o elementos extraños entre los basurales y las cosas quemadas.

Los hambrientos y angustiados vecinos arremetieron primero contra los indios. Ya era tarde. Porque se había dictado una ley de protección a las comunidades y porque en la nueva capital de la provincia estos caballeros, en lugar de ejercer influencia, de constituir una promesa para las autoridades, sólo causaban lástima. Regresaban muy desalentados a su pueblo. En San Pedro se cumplía la voluntad de los Aragón de Peralta y el viejo señor y sus hijos no ambicionaban las tierras de los indios. Ellos tenían sus siervos y les complacía ver acrecentarse la relativa independencia de los indios frente a esta tropa de caballeros arruinados que en un tiempo se consideraban sus iguales.

Los indios se defendieron contra algunos intentos de usurpación de tierras, rechazándolos por la fuerza. Ellos sabían que el viejo señor no aprobaba ya el antiguo método de apoderarse de las tierras comunales. Cada vez que bajaban a la villa para celebrar las grandes fiestas, iban a saludar ceremonialmente al viejo señor, encabezados por sus alcaldes. No se prosternaban. Se descubrían respetuosamente. El alcalde mayor le hablaba con serena humildad y se acercaba majestuosamente donde el gran terrateniente, que sentía el halago de este homenaje exclusivo. Se inclinaba ante el hacendado, el alcalde, con su traje negro y su semblante solemne:

—Somos tus hijos, gran señor —le decía en quechua—. Estamos en los cerros y tú en la quebrada, dominando tierras y hombres cual corresponde a tu persona. Tu sombra nos llega. ¡Gracias, padrecito!

—¡Gracias! —repetía en coro la multitud.

—Está bien, alcalde, está bien. Que no haya rabia —contestaba el viejo señor, en un quechua adecuado—. Idos tranquilos.

Los comuneros salían del inmenso corredor y patio, en silencio, todos de negro.

Don Andrés Aragón de Peralta permanecía sentado en su alto sillón de vaqueta, contemplando satisfecho, aunque tocado de cierta

inquietud no muy definida, a esa multitud ajena que dejaba vacío el patio, luego de haberlo colmado. "Algo son esta gente. No contra mí, pero contra alguien", solía decir. "¡Que amarguen a los caballeros rotosos, que les hagan sentir su vergüenza. Lo demás, ya veremos."

Por eso, el vecindario de la villa sintió un placer denso cuando el viejo señor se convirtió en un borracho predicador y maldiciente, la vieja señora en una alcohólica enclaustrada, y los dos herederos, finalmente, en caínes, en malditos, casi en "condenados".

Pero la comunidad de indios estaba ya fortalecida. La situación de los caballeros se agravó porque los comuneros empezaron a faltar deliberadamente a sus turnos de trabajo, y más, cuando el varayok' alcalde declaró en un cabildo que los indios no trabajarían por menos de dos soles diarios de jornal. Se les pagaba veinte centavos desde principios de siglo, y en los últimos quince años había subido, por orden del gobierno, a cincuenta centavos. Diez años se resistieron los vecinos de San Pedro a acatar esa orden.

Cuando el alcalde mayor hizo conocer en pocas palabras la decisión de la comunidad sobre el jornal, uno de los Brañes, padre de la esposa de "El Gálico", pidió que se castigara a los cinco varayok'.

—¿Qué castigo? —preguntó el alcalde del distrito.

—La barra —contestó Brañes.

—No se puede aplicar ese castigo a una autoridad, por más indígena que sea —objetó un De la Torre.

—¿Quién se opondría? —preguntó Brañes.

Nadie se atrevió o quiso objetar.

—Se te colgará de la barra y también a tus regidores, veinticuatro horas. ¿Qué respondes? —preguntó el alcalde al varayok' mayor. Toda esta frase la dijo en quechua.

—Caballero alcalde, señores cabildos —contestó el varayok' con tranquilidad—. La barra no importa. Los comuneros no han de venir por menos de dos soles, adelantados. Acuerdo de cabildo del común. Con tranquilidad iremos a la barra. Pero, creo, hay dos no más en tu cárcel, padrecito alcalde.

—Inútil castigo —dijo De la Torre.

—Ya está pronunciado. Que se cuelgue al alcalde y al primer regidor. ¿Quién es?

—Yo —dijo un indio demasiado joven para el cargo que desempeñaba.

—Tú no —respondió el alcalde—. Este viejo.

—Y eligió al tercer regidor, que era el "Campo".

Los colgaron de la barra al concluir el cabildo. Niños y jovenzuelos fueron a ver el espectáculo desde las rendijas de la puerta de la cárcel. Los habían suspendido del más alto nivel. El cuerpo del alcalde se apoyaba suficientemente en la nuca y en parte de la espalda; pero el viejo regidor empezaba ya a ponerse morado, al anochecer; sólo unos milímetros de su espalda tocaban el piso cubierto de paja de la cárcel. Uno de los niños Brañes no pudo con-

tenerse y le habló en quechua al viejo. Lo conocía mucho:

—Padrecito Pumatinka —le dijo—. Yo estoy sufriendo contigo, la Virgen de la iglesia debe estar llorando por ti. No se te vaya a reventar la vena del cuello. Voy a ir corriendo donde el viejo señor. ¡Espera!

El viejo señor no quiso intervenir! La ofensa a los alcaldes ahondaba más la división de comuneros y vecinos, y él no deseaba enfrentarse tan directa ni espectacularmente a las autoridades del distrito. Además, ya entonces había empezado su propia lucha contra sus hijos y no estaba aún tan alcoholizado como para proceder con arrebato.

—Que el alcalde y el cabildo hagan lo que quieran, hijito —le contestó al niño que lloraba—. No te apenes tanto por los indios. La barra fue levantada para ellos y ya hacía mucho tiempo que no se usaba.

Los otros tres varayok', sentados sobre el poyo del corredor de la cárcel que ocupaba el mismo viejo edificio del concejo, custodiaban respetuosamente las varas del alcalde mayor y del "Campo". El niño Brañes fue detenido por la expresión tranquila de los regidores indios que lo vieron llegar, todo vencido y triste. No le dijeron nada los regidores. Las varas estaban recostadas sobre el muro encalado. La cruz de plata de la vara del alcalde y el negro madero parecían vivos, junto a los hombres. Ellos miraban tranquilos, casi afectuosamente, al niño, pero él sintió que le oprimía la luz indefiniblemente despectiva e imponente que no sabía cómo despedían los ojos indiferentes de los indios. Nunca los había visto así. Eran sus amigos. Los varayok' le habían acariciado el rostro más de una vez, precisamente a él que era uno de los más rotosos de los niños de San Pedro. Su padre ya no les compraba medias a sus hijos, la única hija era cortejada por "El Gálico", heredero de algunas tierras buenas, y que por eso era bien recibido en las casas aun de sus rivales de bando. Pero Guadaluje temblaba ante "El Gálico"; sus hermosísimos ojos se asustaban mirando la nariz como podrida del pretendiente favorecido. El chico Brañes avanzó, sin embargo, hacia la vara del alcalde mayor, aquel domingo; tuvo coraje suficiente para ir contra esa luz excluyente de los regidores que no dejaron de observarlo mientras él se dirigía hacia la cárcel. El niño, algo rendido, contempló al joven primer regidor; luego, tocó la vara del alcalde mayor; la levantó con reverencia y beso la cruz. La depositó sobre el poyo y se detuvo. El joven regidor tenía como un manantial iluminado en sus ojos; allí se reflejaba el cielo purificado por el sol del crepúsculo que transfigura las cosas, especialmente al ser humano que camina recibiendo con preferencia la luz de todas las cosas minúsculas o excesivamente grandes que el crepúsculo hace resaltar en la tierra.

Se fue corriendo el niño, feliz; atravesó la plaza ante la curiosidad de los jóvenes y caballeros que comentaban el castigo a los

alcaldes, en los corredores que todas las casas principales de San Pedro tenían hacia la plaza.

—¡Ese chico es loco! —dijo un señor.

—¿Quién no pierde la cabeza, si no come más que un poquito de sopa en la mañana e interdiario? —contestó alguien.

—"El Gálico" los aliviará, pues, Guadalupe, la linda, ya tiene el corazón muerto desde ahora; pero sus hermanos comerán algo.

—¡Ese desventurado Brañes ha hecho tantos hijos! Y, a este chico loco que besa la cruz sucia de una vara de indio.

Al día siguiente, el varayok' Alcalde y el "Campo" fueron descolgados de la barra, delante de los concejales vecinos y de su alcalde. El "Campo" sacudió la cabeza repetidas veces hasta que empezó a distinguir claramente las cosas y las personas. El primer regidor indio le alcanzó su insignia al alcalde de los comuneros. Los alcaldes caballeros no llevan vara ni bastón distintivos.

—¿Y. . .? —preguntó el alcalde vecino, dentro de la propia cárcel, a los varayok'.

—En los otros pueblos el jornal es tres, cuatro, hasta cinco soles. El común de Lahuaymarca de San Pedro ha fijado, pues, en dos soles. Yo bien tranquilo —contestó el varayok alcalde.

—Tú —replicó el vecino—. Pero tu "Campo" está borracho.

El varayok' sonrió.

—Es viejo —dijo—. Hace tiempo que no entraba en la barra. No importa, pues.

—¡Los volveremos a colgar!

—El común, señor, es el común, siempre. No va a bajar a ser peón sino por dos soles adelantados —repitió el varayok'.

—¿Sabes que estamos arruinados? —preguntó uno de los concejales.

—¡No! —replicó con energía el alcalde vecino—. Es el castigo de Dios a San Pedro por los crímenes de Bruno Aragón, de Fermín Aragón y del viejo Aragón.

—¡Fuera! —gritó entonces don Nemesio, padre de "El Gálico".

Y sacó a empellones de la cárcel al varayok' alcalde.

—Los vecinos de San Pedro sabrán levantarse, oiga usted, alcalde "Jeremías" . . .

Los concejales siguieron a don Nemesio, que le dio un puntapié al viejo "Campo", cuando bajaba las gradas del corredor. El "Campo" rodó por la escalera de piedra y se levantó con su traje de bayeta negra todo manchado de tierra. Los otros varayok' no volvieron la cabeza para ver lo que ocurría. El primer regidor se dirigió hacia la casa del gobernador donde debía cumplir su semana de guardia, como sirviente y mandadero de la autoridad política. Los otros cuatro varayok' se encaminaron hacia la montaña.

—El rigor, señores —afirmó don Nemesio—, pero cabal, no con lloriqueos. Para los indios no ha habido ni habrá otro modo de tra-

tarlos que el rigor. Sí. Dos soles el jornal y dos varayok' a la barra, cada domingo.

Pero don Fermín Aragón de Peralta asistió al cabildo próximo y demostró que el acuerdo del Común era "conforme a derecho", y que "no permitiría que se aplicara el castigo infamante de la barra a nadie más" y pidió y obtuvo sin oposición ninguna que la barra y el cepo fueran desarmados y arrojados al río.

La "insolencia" de los comuneros fue consagrada desde entonces.

Los vecinos decidieron, cada quien, según sus posibilidades de mantener o no su dignidad de caballeros, irse del pueblo o "largar" a sus hijos a la costa. Desaparecer antes que soportar la "insolencia" del Común.

Sin embargo, los indios continuaron dando a los vecinos arruinados el mismo "tratamiento" respetuoso antiguo. Pero no trabajaban para nadie que no les pagara el jornal adelantado. Y siguieron construyendo altísimos muros para levantar andenes nuevos en la pequeña quebrada de Lahuaymarca.

San Pedro, en cambio, se desmoronaba visiblemente, mientras don Fermín lo contemplaba, calculando desde lo alto de la terraza modernísima de su casa, en la mina.

—¡Pueblo viejo! No destruirlo, hacerlo trabajar para mí. Resucitarlo para mí —pensaba en voz alta—. Pero antes arreglar al Bruno, esa bestia loca peligrosa.

Don Bruno, mientras tanto, se revolvía en el lecho con aquella mestiza que tan patéticamente cantaba en quechua los himnos de la Pasión de Cristo.

CAPíTULO III

Hernán Cabrejos Seminario, ingeniero jefe de las minas de San Pedro pertenecía a una familia aristocrática aunque empobrecida de la costa norte. "Sabía" que Matilde, esposa de don Fermín, sospechaba que él no era leal a su patrón. Cabrejos era agente secreto del Consorcio Wisther-Bozart. ¿De qué modo, por qué indicios, Matilde había llegado a la sospecha?

Cabrejos pudo comprobar que la montaña Apark'ora, de San Pedro, estaba cargada de mineral de la más alta ley de plata y otros metales. La evidencia de que los millones estaban al alcance de sus manos lo inquietaba. "Son millones de millones que se encuentran a pocos metros debajo de mis pies. Pero tengo que encontrar algún modo de embaucar a este serrano que no es bruto, sino audaz, sin alma y zorro. Tiene todas las condiciones para llegar a ser un gran hombre. Con buen cálculo, usando el método más adecuado, desesperó a ese loco de Piskulich, cuando la sopa estaba ya al alcance de la mano. Ahora que lo sabe, porque este serrano entiende de minas, procede con temple. Todo lo tiene previsto. Yo debo impedir que se entienda con algún consorcio norteamericano. No debe aparecer aquí un nuevo Patiño, ni los yanquis deben clavar la garra directamente en San Pedro cuando nosotros, sus agentes, la Wisther-Bozart, disponemos de capitales suficientes. En eso soy nacionalista, no por pendejo, sino porque lo que ellos quieren devorar lo podemos devorar nosotros. Los directores han enlazado bien las conexiones con Inglaterra y los japoneses. Que ellos se entiendan con los yanquis es más cómodo. Son lobos que se conocen a fondo. Nosotros tenemos que meternos como cuñas entre estos buenos socios, a riesgo de que nos trituren cuando así convenga a sus intereses. Pero, ha de pasar tiempo, quizá mucho tiempo y ocurrir algún acontecimiento internacional muy grave para que uno de ellos deba obedecer al otro, y ceder; mientras tanto, ese monstruo de Rusia crece y le da, a gotas, sangre para levantar al otro más grande monstruo que es China. ¡Joder! Mientras tanto, yo debo encontrar día a día la fórmula de frenar a este cholo impaciente y de nervio. Tenemos que amarrarlo

antes de que se haga más grande. Creo que comérselo, como él se tragó a Piskulich, ya no es posible. Se le expulsará más difícilmente; en cambio habrá hecho todo el trabajo previo que para nosotros sería más violento: liquidar a ese loco fanático del Bruno y a la tropa de hambrientos cholos de San Pedro, que se hacen llamar "caballeros", "señores", "viracochas". Necesitamos el agua del río y la pampa de "La Esmeralda". El agua será defendida por el fanático que acaso largue una pataleta de puma antes de morir; a los cholos se les quitará la pampa sin riesgo alguno. Por el contrario, no sólo no habrá pataleta, sino lágrimas y sumisión; dos cosas buenas que siempre han dado el mejor resultado. ¡Pero Matilde tiene el pálpito de lo que al cholo de su marido le falla en este caso! Y yo no puedo con ella. ¿Por qué? ¡Aragón de Peralta! Le gusta el apellido. Puede que sea de veras antiguo. Y le gusta el cholo; porque es fuerte, blanco aindiado, y sabe mandar. Esta zorrísima que es de buena raza costeña se ha dejado encantar por los cerros, por el presentimiento de que será millonaria y por ese fuerte cholo que la sirve bien porque le es fiel. Yo tengo sólo un aliado: los indios y los peones. Aunque ese taimado del Rendón que acaba de llegar no sé qué quiere. Veo que quiere algo. Tengo que descubrirlo, para eliminarlo o alentarlo. ¡Joder! Me han entregado una misión que me gusta, pero que tiene muchas trampas. ¡Esta mujer!... A los indios los ponemos en vereda fácilmente. ¡Esclavos de siglos, no tienen olfato ni coraje! Orines en vez de sangre. ¡Y eso, señores, es capital! El Perú caminará bien y con poca pólvora mientras tengamos indios. ¡Sólo esta hembra!...

—Ingeniero, quédese aquí un rato. El mucho aire me hace daño a esta hora. Aire y sol en cambio fortalecen a mi marido y a usted —le dijo Matilde, cuando don Fermín partió en jeep hacia el pueblo.

—Sí, señora. Usted tiene, además, un tipo de cutis que se conserva mejor resguardado de este sol andino que raja hasta las manos. No es éste clima para las rubias...

—Las rubias soportan los fríos de Alemania y Escandinavia. Yo me siento bien entre las montañas...

—Señora, permítame una curiosidad...

—Usted sabe que nos "fascina" la curiosidad a las mujeres.

—¿Ha tenido usted alguna oportunidad de conocer y tratar a su cuñado?

—La pregunta es menos interesante de lo que yo esperaba. Sí, lo conozco. Fui a visitarlo a sus molinos por iniciativa propia...

—¿A pesar del odio?...

—Por eso mismo. Me tinca [1] que usted siente que soy muy mujer en eso de tener presentimientos certeros.

—Sí. No sé hasta qué punto acierto. Pero creo que tiene lo que llamamos "pálpitos".

[1] Quechua: adivinar, presentir.

—Hice a caballo ese camino "fascinante" que baja hasta el río. Fermín me persuadió de que usara la vieja montura de lado para señoras, de su madre. Así podía ir de falda y no de pantalones, para evitar que mi cuñado se escandalizara. El viaje duró seis horas. Son cómodas esas raras monturas con un solo estribo corto, de plata.

—¿Y?...

—Vea usted, ingeniero. Ese hombre no es tan loco. Habita en un paraíso. El perfume de la retama y el canto de las torcazas en esa quebrada estrecha en que el río suena sin poder acallar a los pájaros... es más que "fascinante..." Y la vieja casa señorial, con su capilla, su cárcel, su biblioteca, un patio inmenso, todo muy bien tenido, limpio y encalado.

—Pero... ¿Y él?

—Estaba sentado en el corredor, que es demasiado grande. La silla que ocupaba no era de vaqueta, sino una mecedora de aquellas antiguas. Él sabía que yo... o que una señora estaba por ingresar al patio. Cuando me vio entrar, así montada, se quitó el sombrero y bajó al campo. Me esperó cerca de las gradas. Dio unos pasos cuando estuve cerca del corredor y me ayudó a desmontar. Ordenó a sus mayordomos que atendieran a mis dos acompañantes, que eran capataces de la mina.

—¡Señora!... —me dijo, con una voz y ademán muy respetuosos. Creí estar frente a un personaje de película. Ese hombre infunde respeto, ingeniero; es altivo y humilde al mismo tiempo. Por su traje tan... tan desordenado... no se puede saber a qué categoría de gente pertenece. Pero él se comporta, la mira a uno, como un señor. Es *leal*, ¿sabe usted? Creo que es muy *leal* a sus ideas, aunque sean raras.

—Señora... los fanáticos son leales.

—No sólo los fanáticos. También algunos hombres bien nacidos.

—Es cierto.

Cabrejos bebió un largo trago de whisky. Matilde lo estaba midiendo con sus escrutadores ojos azules.

—Señora —dijo—, ¿no vio usted a las orillas del río unas piedras verdosas, de un verde... no definido?

—No las vi. Estaba más atraída por la fascinante altura de ese precipicio negro que se levanta al otro lado del río y por la fragancia de los molles y retamas. ¿Por qué me pregunta de esas piedras?

—Porque no existen en nuestra región de la costa.

—En la costa los ríos son únicamente arenosos. No tienen piedras.

—Le rogaría que cuando vuelva al fondo de la quebrada observara esas piedras de color verde suave, especialmente los cortes que han sufrido. Sus ojos, señora, son de ese color. La semejanza se hace notable porque usted tiene los ojos muy grandes.

—Sí, ingeniero, por eso veo más lejos que muchos...

"¡Claro! Confirmo que sospechas, zorrísima...", reflexionó Cabrejos.

—Veo que acaba de pensar algo de mí...

—Señora... Es cierto; pero los ojos no sirven para ver los pensamientos.

—Eso cree usted...

Ella estaba recostada en un confortable muy reclinado.

—Soy tu cuñada, Bruno —le dije a ese caballero, al que ustedes no le llaman sino el "Loco fanático".

—Tienes voz dulce, Matilde —me dijo, llevándome del brazo hacia la escalera del corredor—. Habrás escuchado en el camino de mi hacienda a mis palomas y a mis calandrias. Ellas me aplacan, a veces, la ira. Yo las oigo. Pero Fermín ha perdido en la capital corrompida la gracia de oírlas. Pero tú tienes la voz muy dulce... Purifícalo, hermanita. Procura que no le siga corrompiendo la ambición.

—Es fanático, señora. Habla como si fuera un pastor puritano. Yo oí a esos pastores en los Estados Unidos.

—Quizá... Pero sus palabras me llegaron al alma. Vive en un sitio en que una persona de corazón puede volverse fanática, lealmente.

—Los fanáticos son leales irreflexivos.

—Es posible. Nosotros tenemos la suerte de poder ser leales a plena conciencia... Sin embargo, creo que entre ustedes, que están entregados al negocio en cuerpo y alma, la lealtad no debe existir. Fermín es desconfiado, astuto...

—¿Y leal, señora?

—No lo creo; no es posible entre ustedes. Pero me es leal a mí. ¿No es cierto?

—Sí, señora. Yo, no por halagarla, le aseguraría que es leal por ser usted su esposa.

—Quién sabe. Con los demás es desconfiado, astuto... pero no acierta siempre. Y es entonces que mis "pálpitos" le auxilian.

—Así lo creo. Y por eso con él no hay otro modo de juego que el juego limpio.

La señora sonrió de buena gana.

—¡Qué mundo, qué mundo! —dijo—. Limpios por ser, los que se enfrentan, demasiado astutos. Soy chiclayana, como usted sabe. Mi madre tenía fortuna. Los "limpios", los "zorrinos", como dicen los paisanos de su tierra, desplumaron a mi padre. Felizmente, yo y mi hermano pudimos recibir instrucción completa. Y los apuros por los que pasó mi familia me enseñaron a tener presentimientos, a "ver debajo del agua".

—Así Dios obsequió a don Fermín una esposa que él necesitaba para llevar a cabo sus grandes proyectos.

—Y Fermín no es un "serrano", amigo Cabrejos...

Sus ojos grandes y color de piedra verde se hundieron suavemente en la conciencia del ingeniero.

—Sabe conducirse en lo que se llama la *high-life*. Es un Aragón de Peralta. Tiene no sólo el poder del apellido, de la educación y de

la experiencia, sino el del dinero. No se dejará pillar fácilmente por los otros más grandes que andan devorándose. Está sobre aviso... ¿No es cierto que lo sabe usted?

—Claro, señora; con usted es provechoso y diría, tomándole su palabra favorita, es fascinante conversar. ¿Usted sabe que don Fermín está preparando o ya tiene adobados a su hermano y a los vecinos de San Pedro para devorárselos?

—Es posible. Él sabrá lo que hace. Lo siento por Bruno. Lo siento, aunque como esposa consciente de un hombre de empresa creo que ese gran señor ya no es de estos tiempos. No se puede atajar al tiempo. Fermín, de veras, tiene por delante una lucha que me fascina. Yo lo atiendo por eso, lo cuido, le prevengo. Ya sé que no podemos exigir a nadie, tratándose de esta clase de lucha, lealtad ni honradez, parece. Hay que tener sobre todo mucho cálculo. Pero yo no he perdido el corazón como ustedes en esta pelea en que felizmente no estoy metida como actora directa. Y por eso cuento con algo que los hombres no poseen: el pálpito.

—Sí, señora. Usted jamás llegará a ser cínica, como nosotros. Es un lujo, una ventura de que no podemos disfrutar. Su esposo tiene en su línea de combate a una pitonisa. Acaso, y lo digo con verdadero respeto, se la consiguió por ser un Aragón de Peralta. Él quiere dar, y ya lo ha emprendido, un vuelo muy audaz, a pesar de que tiene pesados lastres. ¿No es cierto, señora?

—Es posible. No será fácil detenerlo, ingeniero.

—Yo no he venido a detenerlo, sino a precipitar su vuelo. Créalo usted.

—Lo creo, porque hemos de aprovecharlo para eso.

—Me descubro ante usted, señora...

—¡Ah!... ¡Qué curioso! ¡Qué interesante! Se descubre usted con un ademán muy semejante al del "Loco fanático", cuando recibe a una dama en el solemne patio de su casa-hacienda, entre cantos de palomas y calandrias.

—Es decir, que los extremos se tocan.

—Señor ingeniero, mi pálpito es certero. Usted también ve muy lejos. Llegará alto. Procure hacerlo en "leal" alianza con mi marido.

—Lo procuraremos, señora, y seguramente nos veremos *alentados*, quiera que no, a proceder de ese modo, por usted, que no ha perdido el corazón a pesar de que calcula tanto o más que un hombre de empresa.

—Galante, aun en los más peligrosos trances, el ingeniero; buen piurano de linaje, buen discípulo de la escuela norteamericana perfeccionada en el Perú por la salsa criolla... ¡Y qué salsa! Y ahora, tocaremos algo y beberemos, que ya no tarda en llegar Fermín.

—Ha de traer esa pistola con chimeneas, esa rareza que todavía funciona. A propósito, señora, piense en Rendón; aplíquele usted lo más hondo que pueda su inspiración adivinatoria.

—Sí, se muestra excesivamente humilde, ese cholo.

Don Fermín llegó a la casa de la mina. Matilde y el ingeniero seguían charlando, pero ya en la terraza. Matilde corrió a recibir a su marido. Cabrejos se quedó de pie bajo la sombrilla.

—Si hubieras visto cómo Rendón acomodó el cuerpo del hijo de Bellido para aplicarle en buen sitio el mejor puntapié, te habrías reído —dijo don Fermín, abrazando a su mujer y caminando con ella hacia la terraza—. El Perico Bellido, único hijo del viejo platero, ha vuelto de Lima, convertido en una especie de rocanrolero. Se insolentó conmigo, pero como es cobarde, insultó a Rendón. Ese cholo sabe hacer las cosas.

—¿No crees, Fermín, que sabe demasiado? No debieras confiar mucho en él. Presiento que algo maligno se trae.

—Es posible. Yo lo utilizo; lo aplastaré cuando ya no me sirva o cuando tenga algún indicio de que intriga contra mí.

—¿Indicio? Puede saber bien, por instinto, no dejar indicios. No es un bellaco. Creo que es un taimado peligroso. . ¿Qué le parece, ingeniero? Le estoy previniendo a Fermín contra el cholo Rendón. Digo que es un taimado peligroso. . .

Cabrejos avanzó unos pasos hacia la pareja.

—Yo no daría aún un juicio definitivo sobre ese individuo. Creo que conviene observarlo. Ya le rogué, señora, que usted le aplicara su poder adivinatorio. Hasta el momento se comporta "lealmente".

—Demasiado "lealmente".

—Conozco a los indios —afirmó el minero—. Éste, bajo su terno de casimir, que yo haré que se lo quite para clavarle el overol gris de Apark'ora, ha cambiado poco, creo. Ha aprendido lo que a todos los indios les gusta aprender antes que nada: modales obsequiosos, un castellano enredado que también les enreda el entendimiento. . . y arrojar su traje típico. Pero, pasemos al living; tengo calor.

Cabrejos se disculpó. Pidió licencia para ir a su departamento.

—Volveré —dijo—. Voy a consultar unos apuntes y ponerme en forma para el almuerzo. Con su permiso, señora.

Y se echó a andar hacia el campamento. Los esposos Aragón se dirigieron a la casa.

—Fermín —dijo Matilde—, es algo. . . ¿Qué diré? Algo caprichoso de mi parte; quizá temerario. . . Pero este Cabrejos se parece en no sé qué a Rendón: la misma obsecuencia en que la falsedad se huele. No se muestra claramente, pero se le presiente, se nota por lo bajo. Ninguno de los dos es suficientemente diestro para el disimulo insospechable.

—Matilde, tú hablas a la perfección. Vamos. Dame una cerveza helada. Ese pueblo en ruinas tiene un calor fuerte, demasiado, como el sol que se asienta en los huesos recién roídos.

Le sirvió una Pilsen en un largo y fino vaso en que el líquido y la espuma acrecentaban su color y su calidad.

—¡Qué gran bebida!

Matilde se sentó junto al minero y le acarició la cabeza.

—Tus finos dedos —le dijo—. Sí, los "serranos" somos mejores amantes, creo. Ningún otro impulso avasallador sepulta nuestro culto a la mujer.

—Sin embargo... Cuando lo pierden...

—Se convierten en los cerdos peores, Matilde. A Dios gracias, tú eres más grande que todos esos impulsos ambiciosos, y no me dejarás perderme...

—¿Tú dices eso?

—No es sólo una galantería. La ambición engrandece, guía al hombre; estimula sus fuerzas mejores y heroicas; pero es un abismo. El timbre del éxito consiste en lanzarse a la profundidad sin perder la cabeza nunca. Al corazón hay que embutirlo en cera, menos para ti. Te soy fiel.

—Sí, amor. Por eso te advierto que trates con ese Rendón sin despreciarlo mucho y que midas y espíes constantemente a Cabrejos.

Don Fermín sonrió.

—Cabrejos y yo nos conocemos bien. Se trata de una confrontación excelente. La del "serrano", en el que ese criollo arruinado cree todavía que, a pesar de todo, hay algo del "lerdo" antiguo, del enterrador de "tapados", del infeliz que adora el dinero y que por eso no tiene otra ilusión que la de acumularlo y golpearse el pecho en las iglesias; con el "aristócrata" adiestrado por los yanquis que vino aquí para engullirse un gran pescado con un anzuelo para bagres de río. ¿Comprendes?

Don Fermín se echó a reír de buena gana, y siguió hablando.

—Yo lo elegí entre decenas de ingenieros, en Lima. Conozco todos sus antecedentes. Leo sus cartas. El jefe del correo me sirve a mí, me prefiere, antes que a ese fantasma de la Wisther-Bozart. Porque el criollo Cabrejos tiene cierta desventaja frente a mí en el pueblo. No puede confesar, sin riesgo, que él es agente del Consorcio. Teme perder su presa. Sabe que yo puedo entregarme a otros consorcios. Por eso lo dejo avanzar, tranquilo, hacer su juego; porque de ese modo yo me oriento bien. Los Aragón de Peralta seguimos siendo amos en el distrito y en la provincia. ¿Qué te parece?

—¿Por qué no me lo dijiste, amor?

—No debías saberlo. Te lo confieso ahora porque veo que has destripado al caballerito ingeniero.

—Sí. Lo obligué a ser completamente cínico. Y lo extraño es que cuanto más se mostraba tal cual es, adoptaba una actitud más "caballeresca", más distinguida.

—La frialdad es distinción.

—Oye, amor. ¿Y ese cholo?

—He sido amo de él por siglos. Pero no lo desprecio ni menos-

precio tanto como Cabrejos. Por lo pronto, los comuneros de San Pedro de Lahuaymarca me auxilian a aplastar, a enloquecer a los "viracochas", a esos pobrecitos "caballeros" de la villa. Me entregarán "La Esmeralda", antes de lo que yo mismo calculaba. Rendón los odia. Lo hicieron flagelar en la escuela cuando ya era un mozo. Le sangraron la cabeza y las nalgas. Como gran señor que era mi padre, en su tiempo de apogeo, protegió a la Comunidad contra esos miserables vecinos. Rendón tiene que estar a mi lado.

—¿Siempre, querido?

—¡Ah! Eso no lo sé. Sin embargo, en mucho depende de mí, y de cómo puedo gobernar los acontecimientos.

—Cabrejos y Rendón no deben entenderse.

—No deben, claro. Tú lo ves todo con claridad. Mi ventaja es que ambos dependen de mí. Los tengo aún por las orejas.

Matilde iba a objetar; el minero no le dio tiempo.

—Y vendrá el rocanrolerito pateado por Rendón —dijo sonriendo—. Se recibió de contador en Lima, parece que con buenas notas. Es la segunda oportunidad en que podremos demostrar que la mina es un centro de trabajo para toda clase de gente del distrito. Le pagaré bien a ese mequetrefe, como le pago bien a Rendón. La mina debe absorber a los arruinados del viejo pueblo de San Pedro. Se les pagará bien al principio. Cuando no dependan sino de la mina para vivir, congelaremos los salarios y contribuiremos a desvalorizar la moneda. Yo tendré ingresos en dólares. ¿Está claro?

—Sí. Es la fórmula conocida. ¿Crees que Rendón ignora tus cálculos?

—¿Rendón? ¿Has oído el castellano que habla? Sí. Tú debes conocer mejor que yo a ese hombre; pero habla también el quechua. Sin embargo. . .

—Es un cholo vivo. Le encenderemos algo más la mecha de la ambición y será el mejor instrumento en mis manos. La alta finanza está tan lejos de él como la luna, o más. Los ex indios son vendidos al diablo. No pretenden otra cosa que arribar; tener mando, especialmente sobre los antiguos miembros de su manada. Tener mando y vengarse; son furiosos y obran contra indios y caballeros con la misma saña, si pueden. Yo haré que pueda y lo aniquilaré, cuando sea oportuno.

—Parece que todo lo prevés lúcidamente. Diría que eres invulnerable, por ahora. Bien. . . ¿Y Bruno, tu hermano?

—Me odia; las médulas de sus huesos me odian, y con razón. Procuraremos que se hunda por sí mismo. Será fácil exasperarlo. Todo se volverá contra él, y no haremos más que poner en marcha las cosas; que se desarrollen, que se recupere el tiempo perdido. Bruno caerá de rodillas y como él suele decir, utilizando el lenguaje de sus siervos, caerá de rodillas y llorando lágrimas de sangre.

Matilde se rindió un poco; dominó un súbito impulso de cubrirse el rostro con las manos. Don Fermín no advirtió la turbación de su

esposa. Bebió todo el contenido del vaso, con expresión dura y pensativa.

—Te va a dar a sus indios, Fermín —dijo Matilde recibiendo el plato con el vaso—. Ha vencido para decidirse sus creencias más sagradas.

—Sí. Pero no son de él esos indios. Por derecho, también me corresponden.

El minero pudo advertir entonces la última sombra de la turbación de su esposa.

—¡Matilde! —exclamó con energía—. ¿Crees que tenemos aún derecho a poseer siervos? ¿Crees que los siervos constituyen un bien productivo? Son un peso muerto. Ahora los necesito... y los explotaré misericordiosamente y a fondo... Pero, luego, cuando ya esté suficientemente consolidado y fuera de las garras de los que quieren engullirme, libraré a los siervos. Tengo mi plan hecho. Bruno debe morir.

El minero vio que lentamente se humedecían los ojos de su esposa, tan decidida siempre, tan audaz, a instantes más dura aún que él y más ambiciosa.

Antes que se formara la primera lágrima, Matilde dijo con forzada energía:

—Voy a vigilar que preparen la mesa para el almuerzo.

Y se dirigió con pasos excesivamente firmes hacia el corredor.

—¡Bruno! —dijo en voz alta el minero—. Eres inmundo, pero todos están de tu parte, hasta mi esposa. ¿Seré yo, de veras, peor que tú?

Cabrejos decidió buscar a Rendón la víspera del arribo de los indios a las minas. Supo que Demetrio había logrado convencer a don Fermín de que no lo uniformara con el overol gris que el minero imponía a los hombres de su servicio. La hazaña era demasiado significativa y excepcional. Y como también él, Cabrejos, tenía en San Pedro un confidente, estaba bien informado de los conflictos entre los vecinos. Pero temía aún intervenir; calculaba que no disponía de todos los datos que le permitieran actuar directamente. El jefe de la oficina de Correos detenía toda la correspondencia de don Fermín hasta que Cabrejos la leyera. Había aprendido en Lima un método perfecto para abrir y cerrar sobres. Cabrejos pagaba bien este servicio. Ambos, el ingeniero y el minero, creían ser los únicos que habían sobornado al Jefe de Correos y se sentían triunfantes y contentos. Pero el empleado daba una preferencia especial a don Fermín Aragón de Peralta: detenía las cartas que Cabrejos escribía a Lima. A Cabrejos o a su representante en la capital de la provincia le permitía leer únicamente las cartas que llegaban de Lima; afirmó rotundamente que no tenía tiempo para disponer de las cartas que

eran depositadas minutos antes de cerrar las valijas. En cambio detenía las de Cabrejos y las despachaba como "fuera de hora y extra", en algún camión que partía al día siguiente.

Cabrejos había decidido tomar a "El Gálico" como su agente secreto en San Pedro. Era necesario que los vecinos pusieran la mayor resistencia a vender sus tierras de "La Esmeralda" a don Fermín. Debía también él fortalecer a don Bruno. La destrucción de ambas resistencias debía hacerse únicamente con la intervención de la Wisther-Bozart. Cabrejos veía todas estas posibilidades muy claramente. A pesar del enconado, del aparentemente irreconciliable odio entre De la Torre y "El Gálico", Cabrejos estaba convencido que lograría establecer una alianza entre ambos; ellos representaban el resentimiento, el impotente rencor de los arruinados vecinos contra los Aragón de Peralta; "El Gálico" aparecía como el personero de los acomodados y De la Torre, de los más pobres. Uno de los Brañes informaba lealmente a Cabrejos de cuanto ocurría en la villa, de cómo estaban formados los bandos, de quiénes los dirigían, y qué pretendían y pensaban cada uno de ellos. Ese Brañes recibía un buen sueldo, pero seguía viviendo como uno de los más pobres y míseros caballeros del pueblo. Don Fermín conocía todo el pensamiento y los rencores de los sampedrinos, por sí mismo. Los conocía a fondo.

Pero lo que Cabrejos no podía ver con claridad, y esto lo inquietaba, era el pensamiento y las intenciones de Rendón Willka. De manera indirecta y cautelosa había intentado hacer hablar al ex indio, y cuanto más palabras decía, cuantas más preguntas contestaba el "indio", más a oscuras se quedaba el ingeniero.

"¡Es un gran pícaro, un gran traidor y egoísta o un entorpecido cholo!", exclamó cierta vez Cabrejos. Él compartía el temor de Matilde respecto del obsecuente servidor del minero. Sólo don Fermín manejaba a Demetrio como si ese hombre no guardara ninguna sospechosa intención. Parecían entenderse. Sin embargo, Cabrejos y Matilde percibían en Rendón Willka algo maligno. Matilde lo había escrutado una vez profundamente con sus bellos ojos, lo había hecho sin disimulo alguno.

—¡Señora linda, señora linda! —confesó entonces, con rendido y respetuosísimo entusiasmo, Demetrio, sintiendo sobre sí el agudo filo, la hermosa e inquieta hondura interrogante, entre amenazadora y temerosa de los ojos de su bella patrona.

Matilde se sintió algo sobrecogida. La expresión del "indio" seguía siendo para ella aún más inquietante y extraña, a pesar de que la voz de Demetrio demostraba una especie de jamás y no experimentada ternura que, sin embargo, no la halagaba. ¿Qué era?

—Demetrio —le dijo—, ¿no traicionas a mi esposo?

—Patrón grande, señora grande: yo servicio de día, de noche; servicio, pues, siempre.

—¡No te pregunto eso! ¿Eres traidor o no?

—Traicionando a nadie; a nadie traicionando Demetrio.

Matilde se acercó al ex indio. Le acarició la cabeza.

—No sé qué eres, hombre. ¡Te tengo miedo! Guarda a tu patrón. Él te quiere —le dijo, sin darse cuenta que casi imploraba.

—¡Señora linda, mamay linda! ¡Tu mano, pues, como de iglesia! Demetrio tranquilo, sin rabia. . .

—¡Vete! —le ordenó, enojada.

Rendón Willka atravesó la terraza con su traje azul de casimir muy manchado ya; a pocos pasos se cubrió la cabeza con su sombrero limeño de fieltro. Caminaba "no como indio". "Aunque si llevara traje de bayeta y montera quizá no habría ninguna diferencia", pensó la joven señora, más preocupada aún que antes de haber hablado con Rendón.

Cabrejos adoptó otro método. Lo hizo llamar a su departamento, al comenzar la noche; despidió a su criado personal e invitó a Rendón a que se sentara en uno de los sillones bajos que tenía en su dormitorio. Prendió la lámpara eléctrica más fuerte, la del centro de la pieza.

—Oye —le dijo a Demetrio—, tú a mí no me cojudeas. Toma esta copa de cañazo. Yo voy a tomar otra cosa. Brindemos.

Le alcanzó un pequeño vaso lleno de aguardiente fino de caña. Rendón recibió el vaso, e iba a ponerse de pie.

—No, carajo —le advirtió Cabrejos—. Nada de teatrerías conmigo. Quédate sentado. Vamos a hablar de hombre a hombre. ¡Salud!

Rendón bebió el excelente cañazo de un solo trago y puso el vaso sobre la mesa pequeña y muy barnizada del dormitorio.

—Así me gusta —dijo el ingeniero, y él también vació su copa de whisky sin agua.

—Como te decía, Rendón, conmigo has de dejarte de pendejadas. No soy don Bruno ni don Fermín Aragón de Peralta.

—Cabrejos Seminario, pues, mi señor inginiero. . .

—¡Eso es, cholo! Un hombre que no ha tenido ni siervos ni pongos. Un ingeniero que quiere el progreso para todos. No he bebido sangre humana gratis; ni consentiré que siga haciéndolo nadie, cuando yo pueda. . . Pero no estamos en forma. Otro trago nos hace falta, cholo.

Y Cabrejos sirvió otra porción igual de aguardiente y whisky. Rendón examinó el líquido transparente.

—¿Crees que tiene algo malo? ¿Algo para joder? —preguntó Cabrejos, tranquilamente.

—No, patrón inginiero. Tiempos que a San Pedro no llega cañazo de Huanca, bueno. Todo, todo es aguardiente de lata de Chicama, venenoso. Yo, patrón, bien contigo: voy a dar a mi madre *Pacha* (tierra) un traguito.

Y derramó unas gotas sobre el piso de madera.

—No me cojudees, te he dicho, Rendón. El que sabe que en los ingenios azucareros se fabrica aguardiente venenoso para los indios,

no puede creer en *Pachamama* ni en otras patrañas. Los ingenios del norte han liquidado a los pequeños productores de caña de todas partes. Este cañazo lo compré en la capital de la provincia. Lo tenían guardado. Tú eres el primero que lo toma. Pero no te hagas el cojudo conmigo. Conozco tu historia. Quiero, carajo, tu amistad. Esta mina no sabemos a qué manos más poderosas ha de parar...

—Así es, patrón. Así mismo es. Para ti, patrón, no hay Mama Pacha. Es, pues, seguro. Pero en mi adentro habla claro la cascada, pues; el río también, el manantial también. Yo, ¿por qué cojodices voy decir contigo, si me está dando cañazo de Huanca, como buen patrón, delante del catre en que vas a dormir? ¡No diciendo cojodices! ¿Para qué diciendo cojodices, patrón inginiero?

—¿No puedes, de verdad, decir in-ge-nie-ro? —preguntó Cabrejos, entre feliz y desconfiado, y percibió en los ojos indiferentes de Rendón Willka un indicio levísimo de perturbación.

—¡Ah! —exclamó; luego, muy satisfecho de haber despertado ese recuerdo en el "indio"—. En la escuela te dijeron: A. Bi Ci..., ¿no es cierto? —concluyó.

—¡Claro, patrón!

—Y... ¿no quieres joder a ésos?

—Cómo no, patrón; cómo no. Ya judido, pues. ¿No ves San Pedro, judido por don Andrés, por don Fermín...?

—¿Y don Bruno?

—Don Bruno. Ahistá. Judido, rezando, rezando; haciendo parir por gusto tanto mestiza. ¡Más judido él!

—Y tú, ¿por quién estás?

—Yo, trabajador. San Pedro judido, don Bruno judido. Lahuaymarca comunidad, bien.

—¿Y don Fermín?

—Yo, trabajador de don Fermín.

—¡Se va a comer a los mierdas esos de "caballeros" vecinos de San Pedro; después se va a comer a su hermano; después se va a comer a los comuneros; a ti te va a comer. Yo puedo defender a los indios. Puedo ser tu amigo. Tú mandas a los indios. No me cojudees.

—Tú, inginiero, ¿acaso no trabajando para don Fermín? ¿Acaso no trabajando?

—¡Otro trago, cholo grandazo!

—Gracias, patrón.

Cabrejos tomó sólo medio dedo de whisky y a Rendón le sirvió en vasito colmado.

El ex indio bebió, saboreando, el cañazo.

—Tú mandas a los indios. Yo puedo... yo puedo joder a don Fermín.

Rendón se echó a reír.

—¡Mentira, patrón! Hablando, pues, como hombres, dices. ¿Có-

mo joder tú a don Fermín, patrón del Demetrio, patrón de inginiero también?

—¿Mandas a los indios?

—Tú sabiendo, pues, patrón. A indios de hacienda manda, en su alma también, don Bruno. A indios de Lahuaymarca manda cabildo.

—Ya no dices *cahuildo*.

—En Lima indio aprende . . .

—¡Eso! ¿Qué te han enseñado en Lima? El cabildo de indios es una farsa; ahora mandas tú. Tú ordenaste a los indios de la villa que se retiraran del cabildo de los vecinos. Fue un tiro mortal.

Rendón volvió a reírse.

—Varayok' alcalde mando, siempre —dijo.

—¡No, carajo! Eso es mentira. Yo lo sé todo.

—Patrón inginiero, tú dices: "yo jodo a don Fermín". ¿Cómo joder a patrón de ti?

—Eres zorrísimo, "indio". Te haré arrojar de la mina. Eres traidor, comunista. Preguntas en vez de responder.

—Patrón inginiero: tú queriendo joder al patrón grande . . . Yo . . . indio de Lahuaymarca defendido por el señor viejo, por don Fermín también . . . ¿Quién comunista? Tú quieres quitar su mina al patrón grande. Yo trabajador de corazón.

—¡No, cholo'e mierda! Tú ocultas algo. ¡Cuidado conmigo! ¡Cuidado conmigo!

—Patrón . . . cuando tú tragando a don Fermín, joderás también a Rendón Willka, comunero de Lahuaymarca.

—¿Sabes . . .?

Cabrejos iba a decir algo asqueroso contra los indios de la comunidad, pero se contuvo a duras penas.

—Hay patrones más grandes que don Fermín. Has estado en Lima. Quizá no eres comunista —dijo el señor piurano, calmándose aún a tiempo—. Pero tienes que estar de parte de los indios y contra los villanos de San Pedro que te hicieron azotar.

—Niños de caballeros lloran, señorcito; por mí lloraron. Su lágrima crece en mi pecho, aumenta . . .

"No. Éste no es comunista —pensó Cabrejos—. Es un cholo confuso, como dice el "serrano" Aragón. Sin embargo, no he errado en mostrarle parte de mis cartas; aunque creo que me he equivocado en darle tanta importancia. Es un zorro sin rumbo fijo. Podremos manejarlo."

—Hay patrones más grandes que don Fermín, Demetrio —continuó—. Mucho más grandes. Ellos podrán darte más sueldo, más mando.

—Que estén apareciendo, pues, patrón, que estén saliendo. ¿Qué va a ser del patrón natural?

—No hay patrón natural. Patrón es el que da más, el que hace que de la mina salga más riqueza para todos. Aragón de Peralta

¿nació junto con el cerro San Juan de Aparcora que tiene oro y plata más que una mujer preñada?

—No ha nacido, inginiero.

—¿Tiene más derecho que esos pobres "viracochas" caballeros rotosos de San Pedro cuyos hijos se van a Lima a ser sirvientes, a revolcarse en la pestilencia de las barriadas? ¿Estás contra esos pobres?

—¿Tú, patrón, contra don Fermín? ¿Por qué diciendo? —preguntó Rendón Willka poniéndose de pie.

No se tambaleó, como Cabrejos estaba seguro que le ocurriría.

—Yo no estoy contra nadie, cholo aturdido. ¡Silencio! ¡Siempre silencio! Estoy por una empresa grande que tiene millones. Dará trabajo a todos. No es necesario que don Fermín les quite sus tierritas a los pobres señores de San Pedro. Te he confiado un secreto, Rendón, porque esa empresa ha de comprar sus derechos a Aragón y tú serás más grande aquí; si quieres. Que los indios de "La Providencia" no trabajen a fondo; que trabajen poco, lo más poco, ¿entiendes? Que los caballeros pobres de San Pedro no vendan "La Esmeralda" a don Fermín. Toma esto en señal de amistad y de silencio. Hablarás con don Fabricio.

Sacó de uno de los bolsillos del pantalón un fajo de billetes, y se lo alcanzó a Demetrio.

—¿Tú borracho, patrón? —le dijo éste—. Yo sano. Yo ganando plata con trabajo no más; otra plata es maldición de Dios; hace crecer gusano feo en el tuétano, en la sangre también.

—No estoy borracho, Willka . . . Te pesará —le dijo el ingeniero—. Si hablas, desaparecerás.

Rendón volvió a reír con cierta inocencia.

—Está bien empresa grande, inginiero; está bien defender señores pobrecitos; sacar mucha plata de mina también. Estamos iguales, patrón. Comunero no más, comunero Rendón, no quiere plata veneno, plata que no es de trabajo, que no es del Dios.

—¿Del Dios? ¿Crees en Dios?

—Cuando es claro la plata de la gente, ahistá pues, Dios; ahí mismo el corazón alegra. Cuando no es claro, el oscuro golpea el pecho por su adentro; el pecho en donde el Dios se cría.

—Sal ya, Rendón, de aquí. Todo aparece en su sitio. Te conozco. No te temo. Te ayudaré, hombre . . . Ya sabes; a bien morir o a triunfar, según a dónde tires.

Demetrio se inclinó ante el ingeniero y salió del dormitorio.

"¿Qué mierda es, qué mierda es éste? —se preguntó, luego, Cabrejos Seminario agarrándose la cabeza—. ¡Cerros de brujería, ríos de brujería; el cielo también; estos rotosos serranos, hasta la Matilde . . . ! Pero me los tragaré, por eso mismo. Todos están listos para entrar a la sartén. Lo sé ahora mejor que nunca. Si tiene un Dios bajo el pecho ese indio será jodido, más fácilmente. Quien tiene un

Dios, es un fanático al que se puede quebrar con sólo la fuerza bruta o un ingenuo al que se le ata como a un carnero. ¡Ahora necesitaría aunque sea una cholita sucia! ¡Iré a buscarla! En el pueblo ese, de arcos desmoronados, hay más de una que me desea. Después, con el dinero que era para el cholo Demetrio, todo se arregla . . . Iremos. El whisky tiene eso de malo para mí, cuando lo tomo puro. Fue una concesión al cholo. ¡Una cobardía o un equívoco estúpido!"

"¿He ganado algo, he avanzado? ¿Sé ahora lo que es el cholo Demetrio?", iba preguntándose mientras guiaba su jeep hacia el pueblo. "La lámpara lo hizo crecer cuando salía de mi dormitorio. ¿Habrá brujos entre estos cerros que aplastan? A ese «indio» las montañas lo ayudan. No cabe duda. Crece mientras habla. O yo soy un mierda con quien la Whister se ha equivocado, o estoy borracho. O ese indio tiene algo maligno que extravía a la gente costeña. Aunque es peor para el «serrano» que él no sospeche, que no se preocupe. El Demetrio le va a dar un macanazo en la nuca quizá antes de la hora conveniente o quizá en la hora justa. Hay que seguir midiendo a ese «indio», dirigiendo su mano indirectamente . . . ¿Y tú lo vas a hacer? ¿Tú, que has quedado como un bellaco, como un «traidorcillo» delante de él? . . . ¡Bueno! Lo único que sé es que nos los tragaremos a todos. Este pueblo acabará por derrumbarse. Alrededor de la mina se formará un campamento imponente y miserable, aunque no tanto como este viejo pueblo español sucio. El Fermín, el Rendón habrán desaparecido . . . La Matilde no se rendirá . . ."

—¿Adónde me vas a llevar, Gregorio? —preguntó a su criado. Era un mestizo de la villa.

—Hay una muchacha que se muere por usted, inginiero. Vive en una tiendecilla en la calle de La Amargura, cerca de la plaza. Ya no es muy joven. Está independiente. Vende cigarrito, jabones, velas y aguardiente. Creo que lo recibirá. Usted ha de llamar por cigarros, tocando su puerta.

—¿Cómo es su nombre?

—Asunta de la Torre.

—Nombre muy feo, Gregorio.

—El nombre será feo, inginiero; ella es buena moza. Y por usted suspira. Ha despreciado a los hambrientos señoritos de San Pedro y de otros distritos vecinos. Es orgullosa, por eso lo va a aceptar a usted rápido.

—¿No eres cojudo, Gregorio? ¿Me ha de aceptar por orgullosa, dices?

—Usted es inginiero, de botas, con reloj de oro, con jeep. . .

—¿Qué va a aceptar?

—Una vez adentro. . . Usted verá, inginiero. ¡Ya llegamos! Todo está silencio. Llame usted, tocando fuertecito la puerta.

La luz de las estrellas iluminaba el pueblo. No hacía resaltar la basura de las calles sino las portadas gastadas, de piedra blanca, el tejado desteñido de las casas, las yerbas tristes que agonizaban en

los bordes extensos de las acequias que corrían por el centro de la calzada durante el verano. Tenía un poco de luz la laja blanca de las aceras; espacios negros separaban las piedras, allí donde habían sido arrancadas. En el gran silencio, las montañas se elevaban mucho; podía verse cómo el agudo filo de las cumbres rozaba con los ríos de estrellas. El canto de los grillos transmitía a fondo esta ligadumbre del cielo y la tierra. La voz del gran río llegaba al pueblo; parecía mover profundamente, con extrema ternura, el grupito de árboles agonizantes que se erguían en la plaza, seca y tan grande.

—¡Gregorio! Tu pueblo es muy triste, más que el dinero —dijo el ingeniero junto a la puerta de la tienda. "Estoy amargo", reflexionó.

—¿Será, pues, triste? ¿Oye usted al río, señor?

—Lo oigo. ¿Es alta o baja su voz? No lo sé. Me jode.

—Es el canto de todo el mundo, dicen los indios, señor. Dicen que con la luz de la estrella nos purifica por dentro.

—A mí me confunde. Veremos si esta joven que vive sola me recibe. No hay nada, a veces, Gregorio, que sea tan grande y suficiente como los brazos y las piernas de una mujer que se entrega con entusiasmo.

—Toque usted.

Cabrejos tocó fuerte con una moneda la puerta de la tienda.

—¿Quién? —preguntó en seguida la dueña, desde el fondo.

—El ingeniero Cabrejos.

—¿Qué desea, señor?

—Se me acabaron los cigarrillos. Estoy solo. Le ruego atenderme.

—Espere un instante, ingeniero. Ya abro.

—Yo me retiro tras la esquina —dijo Gregorio, con voz sofocada.

Prendieron un lamparín débil en la tienda; luego abrieron sólo una rendija de la puerta.

—No tengo sino ordinarios, ingeniero —dijo Asunta. No apareció ella.

—Señorita: déjeme verla. Verla a usted.

—No ahora, ingeniero. Otra vez. Me vigilan. Su carro está a la puerta.

—Lo llevaré lejos. Yo la respeto . . . Ya es tarde.

Dudó la joven; pero se decidió a abrir más la puerta, y sin mostrarse permitió que el hombre entrara. Luego cerró la puerta.

—Sí. Es usted guapa. Tiene ojos de española, con ojeras auténticas. Y ha hecho bien en conservar su cabello largo. Una rosa allí quedaría reina de la reina.

—Ingeniero, usted quería cigarros . . .

—Sí, mientras estaba afuera. Sería propio de un bruto acordarse de cigarros delante de usted.

—Usted se equivoca, señor . . .

Sobre un muro poco enlucido de adobes habían levantado un pequeño andamio. Allí se mostraba la mercadería de la tienda. Lo

más valioso que tenía era un saco de arroz y otro de azúcar blanco. Ambos sacos aparecían depositados sobre el muro. El de azúcar estaba abierto y tenía un cucharón de lata clavado en la masa de azúcar. El andamio, forrado por detrás con bayeta gris, empalmaba con un bastidor fuerte, de madera de eucalipto; era la "división" que separaba la tienda del dormitorio. Tenía una puerta angosta y muy vi sible. Dos banquitas de madera ocupaban el piso de la tienda, junto a las paredes laterales. Los viejos ladrillos del piso, las bancas, el andamio, las paredes encaladas, todo aparecía muy limpio. Asunta se había vestido con un traje azul largo. Su cuello alto y muy blanco, sus manos largas cuyas palmas vio el ingeniero que estaban castigadas por callos, su cabellera rojiza, su nariz un poco aguileña, y sus ojos, especialmente la expresión de sus ojos, no correspondía a la de ninguna mujer implorante ni "necesitada".

—Asunta: perdone mi audacia —dijo Cabrejos, respetuosamente—. Perdone mi extravío. Usted, de verdad, se muestra como una reina. No necesito cigarros, únicamente pido que me dispense.

—No es usted, quizá, quien se ha equivocado. ¿Acaso me conoce? Alguien le ha guiado mal. Ingeniero, somos honradas todavía. Hay un altar en nuestro corazón. Hágalo saber a sus empleados . . .

Escucharon unas voces, muy cerca, y luego ruido de pisadas.

—¿Ha dejado a alguien en su carro? —preguntó la joven sin mostrar mucha alarma.

—Gregorio . . .

—¡Ah! —contestó ella—. Debe estar ahuyentando a alguien. Vienen a tocarme la puerta, a veces; también me dan serenatas. No les abro nunca. ¿Sabía usted que ese Gregorio quiso . . . ? Y luego don Bruno . . .

Cabrejos se sobresaltó. Asunta sintió que el ingeniero se inquietaba.

—¿Y por qué a mí?

—Porque usted es *distinto*. Sé que es distinto, y porque me dijo que venía solo. Ahora . . .

—No. ¡Se lo juro! Liquidaré a Gregorio si se atreve a mentir.

—¿Y a ese a quien Gregorio está atajando o persiguiendo?

—A todo el mundo.

—San Pedro es difícil. La honra aquí se empaña hasta por habladurías. Pero la mía no; y dirían que con usted no importa . . .

—¿Qué . . . ?

—Dirán que no importa con usted. Eso es lo malo. Los señores grandes tienen queridas. Pero en San Pedro no hay ya sino dos grandes, los Aragón; y usted, que es más considerado. A los Aragón los odiamos. El "condenado" Bruno ¿por qué me rondaba? Hasta me hizo proponer matrimonio . . .

No le dio tiempo a Cabrejos para interrumpir.

—Tiene diez o quince cholas que son barraganas, y con hijos en todos los pueblos de la provincia. Dicen unos que cuarenta, otros

que más. Un "maldito" que reza... Pero me respetó, como usted. Ahora me saluda con reverencia. Oiga usted, en el fondo, aunque "maldito" creo que es un caballero. ¡Váyase, ingeniero! Mi honra ha sido esta noche manchada. ¿Quién se habrá decidido a acercarse a mi tienda, después que usted, esta noche?

—Gregorio lo debe tener acogotado. ¡Se lo aseguro! No se hablará de esto... Y si se habla; si se habla...

—¿Qué, ingeniero...?

—Habré hundido mi carrera. ¡No, Asunta! Vendré de día a hablar con usted. La necesito. Tengo gran poder. Los Aragón de Peralta son apenas un grano de arena. Hay entre usted y yo un secreto. ¡Hay algo! Su honra no será mancillada. Permítame su mano.

Ella le extendió confiada su mano. Cabrejos la besó. Se volvió hacia la puerta y salió a la calle.

Temblaba un poco Asunta cuando apagó el lamparín de kerosene en su dormitorio.

Gregorio tenía a Perico Bellido apretado contra una columna de los corredores de la plaza. Cabrejos tardó en encontrarlos; se dirigió hacia la calle.

—Inginiero —lo llamó en voz baja el criado— Venga, inginiero.

La fachada barroca, de piedra blanca, de la iglesia, resaltaba a la luz estelar, porque una pequeña parte de los arbolillos le daba sombra.

—Este *k'echa* quería tocar la puerta de la tienda —dijo Gregorio, mientras seguía aplastando a Perico Bellido contra la columna.

—¿Quién te ordenó que no le permitieras tocar la puerta? ¡Suéltalo! —ordenó Cabrejos.

—No, patrón. Usted no conoce a éste. Si lo suelto se echa a correr y va a gritar. Quiere alborotar. Lo amenacé de muerte. Mire.

Y mostró una cuchilla marca "Toro"; la punta la tenía dirigida al estómago del muchacho.

Cabrejos arrastró del saco a su criado.

—No va a correr —dijo—. Ha de tratar con un caballero.

El muchacho dudó un instante.

—Usted es un agente oligarca; un corruptor, un abusivo. Ha ensuciado la honra de Asunta, ha perdido a un buen mestizo que era y lo ha convertido en matón a sueldo. Yo tengo que joderlos. Don Fermín no tolerará esto. Él es el dueño —habló atropellándose.

—Sólo le he dado tres patadas en el culo —advirtió Gregorio.

—Oiga, amigo Perico —dijo el ingeniero, acercándose al joven—. No sé cómo ha llegado usted a ser contador ni con quiénes se ha metido en Lima. Lo que parece es que tiene un sancochado en la cabeza y otro peor en la moral.

—Me cago en la moral de ustedes. ¿Qué moral tiene usted? Pretende a la mujer de su patrón; abusa de una pobre muchacha del pueblo; a un buen mestizo que era lo convierte en alcahuete y matón.

—Gregorio: apúntale con tu cuchillo a este ¿cómo dijiste? . . . —preguntó Cabrejos.

—*K'echa*, inginiero; quiere decir mierda suelta, diarrea de enfermo.

—Bueno; tócale la panza con ese cuchillo. Creo que es algo peor . . . Oye, pendejete; escucha bien. Al fin y al cabo tienes figura de gente; algo debes conservar de lo que es un ser humano, por eso te hablo, y porque no podemos degollarte como a una gallina, que es lo que mereces . . .

—Habla usted demasiado, patrón, con perdón sea dicho —interrumpió Gregorio.

—Respeto a Matilde —continuó Cabrejos— porque sabe hacerse respetar. Me equivoqué con la señorita Asunta; es más noble que yo, que Matilde, que todas las mujeres que he conocido. ¿Cómo eres. . .? ¡Dí la palabra, Gregorio! —pidió Cabrejos.

—¡K'echa! ¡K'echa de vieja, inginiero!

—Bueno, eso. Tú no has de creer nada de lo que he dicho.

—Asunta, ¿no lo aceptó, ingeniero? —preguntó, casi espantado, Perico.

—¿Crees que se le puede proponer algo? No me lo permitió. Es lo único verdaderamente respetable y bello que he encontrado entre toda esta brujería de cerros, de indios, de blancos bellacos y de mestizos sin alma. ¿Oyes, Gregorio?

—¿No lo aceptó, ingeniero? —repitió el mozo, todavía espantado y anhelante.

—¿No entiendes?

—Sí. Quita ese cuchillo, cholo traidor. Aunque más traidor que tú es el Rendón. Oiga, ingeniero, nadie debe enterarse de lo de esta noche. Arranquemos pronto a la mina. Está de bajada el jeep; lo empujaremos yo y este cholo hasta la salida del pueblo; que no se oiga el motor.

—Háganlo —aceptó Cabrejos. Y salió al jeep.

A medio kilómetro de la villa subió Perico al jeep, al asiento de adelante, y Gregorio, atrás. Sudaban a chorros.

—¿Cómo ha de hacer usted para que el Gregorio no hable? —preguntó Perico.

—Contesta —dijo el ingeniero.

—La verdad, inginiero, y con perdón sea dicho; creo que los tres estamos ahora templados de la Asunta. Hay que respetar, pues, de corazón. La noche con sus estrellas dicen que es grande; patrón, ella es más. No va a ser para mí. Yastá la prueba que es honrada, como no hay más entre nadies. ¿Quieres que cante algo, Perico?

—Este cholo era gran charanguista.

—¡Canta! —le dijo Cabrejos—. Que no sea muy triste; aunque debes tener la conciencia algo negra.

—¿Por qué? —preguntó Bellido—. ¿Por qué, ingeniero?

—Los cholos, lo he comprendido, tienen el alma negra, más que los blancos. Y deben sufrir fuerte. Que cante lo que quiera.

—Sí; el Martínez que azotó a Rendón Willka, y más ese Rendón, indio perdido que ahora, de verdad, ya es mestizo.

—Yo he hecho un cantito, entre quechua y castellano. Mejor hay que olvidarse de otras cosas, inginiero. Usted ha visto cómo es el Perico Bellido. Ya no sirve hablar, pues. Con sus perdones voy a cantar. En de noche es bueno quejarse por todos.

Su canto acalló la respuesta del mozo. No le hicieron caso:

Patito de la laguna, triste,
ven a mis brazos.
El sol está cayendo,
la luna levantando,
ya no hay tiempo para llorar,
ven a mis brazos,
sonk'o puraschayman
(a mi límpido corazón).

Piedra grande de la cuesta
yawar wak'ayniypi
(en mi llanto de sangre)
con mi padre te confundí
k'onk'orispa asuykanuptiyk'a
(y, cuando de rodillas, me acerque a ti)
rumillata' kark'anki, mana rimak' rumi
(descubrí que sólo eras piedra, piedra sin boca).

Asunta, yurak', 'ori paloma,
karupin kanki.
Chullunkay hina tukukapunki
ñok'apak';
antaray hina mana allpay ritillapi
kancharinki.

(Asunta, paloma blanca, dorada,
estás muy lejos.
Como la nieve que al amanecer cubre la yerba, te deshaces para mí.
Como el crepúsculo rojo sobre la inalcanzable nieve
iluminas.)

Su voz era grave y poderosa. Uno de sus ojos no se movía bien; una especie de rigidez muscular entorpecía esa parte alta de su rostro. Cuando cantaba acompañándose con su charango, la inmovilidad aparente del ojo y de esa zona de los músculos le daban a su rostro una expresión entre angustiosa y enérgica.

—Gregorio: tú nos puedes ganar. Yo y Perico seguiremos caminos muy diferentes a los que se criaron en este pueblo —dijo Cabrejos cuando Gregorio concluyó de cantar—. Al contador no le entenderán ni él los entiende ya. Tú, en cambio, si trabajas bien, ascenderás. Por lo pronto, desde el lunes en que empiezan los indios de don Bruno te haré capataz. Y puedes ir más lejos.

—¿De dónde sabe usted que Asunta es como todos los de San Pedro? Ella es distinta —afirmó el muchacho.

—Perico, me parece que el demasiado triste canto de Gregorio te ha refrescado el entendimiento y el corazón. Tu pregunta es justa. Pero creo que a Asunta le convencerán los versos de Gregorio; tú eres muy jovenzuelo para ella.

—Es cierto. Pero Gregorio es cholo, es mestizo clavado. Ella es una señorita.

—Amigo... Ya verás. ¿No cambian las gentes con los negocios, con las empresas nuevas, con el capital?

—Sí. Serán los nuevos. Gregorio no podrá. Es mestizo para ella.

—¡Apostemos, pues, Bellido! —exclamó el criado—. ¿Tú, acaso, no eras mestizo también, hijo de platero...?

—El platero es artesano fino.

—Tu padre le dice patrón a don Bruno, como yo. Igualito somos. Ahora, de contador, con tu corbatita, tu canto de gringo, ya no le dices patrón a nadies. Estás de caballero. Apostaremos, pues. Tu andar no es para el ángel de Asunta. Regrésate a la costa.

—¿Y el ingeniero?

—Yo no cuento. Tengo novia en Piura.

—¡Claro! Entró a la tienda creyendo gozar fácil.

—Sí, Perico. Eso está aclarado. Lo que falta es que aceptes la apuesta.

—No. Porque usted protege a Gregorio.

—Oye, *k'echa* —replicó el músico—. ¿Acaso, por eso no aceptas? Corbatita, zapatos con betún, cantando como gringo, Asunta no se cojudea con eso. ¡Grande es: el inginiero ha visto!

—Me incliné ante ella como ante una reina. ¿Cuántos años tienes, Gregorio?

—Treinta y cinco, inginiero.

—¿Y tú, Perico?

—Veintidós —dijo Gregorio.

—Haces bien en no apostar, Perico. Pero en este pueblo debe haber muchachas de valer, como Asunta.

—¡No hay, pues! —exclamó Gregorio.

—¿Sabes leer?

—Sí. Hasta tercer año hey estudiado, contra la voluntad de los vecinos. Soy mestizo. A mí no podían flagelarme como al Rendón. Perico también estudió, asustado, porque los hijos de los vecinos lo fregaban.

—Yo los fregaré ahora.

—Canta, si puedes, algo alegre —ordenó Cabrejos.

—Ingeniero, ¿fregamos al Rendón? —preguntó Perico, repentinamente y en tono confidencial, casi familiarmente.

—¿Por qué al Rendón? Está tranquilo —dijo Gregorio.

—Sí, está tranquilo —afirmó el ingeniero.

Yo tenía que orinar de noche,
patrona,
paya pupunpi, paya pupunpu . . .
(sobre el ombligo de una vieja, de una vieja . . .)

Comenzó a cantar Gregorio regocijadamente.

Los otros dos pasajeros del jeep no podían poner muy en orden sus pensamientos.

"¡Ya!", exclamó dentro de su conciencia Cabrejos. "¡Todo puesto!"

Perico Bellido rumiaba, e interrumpió el canto entonando un son huasteco.

Cuando llegaron al campamento vieron que una fogata ardía en el centro del galpón recién construido para los indios.

—No, inginiero; no han llegado todavía. Por ahí estará el patrón con alguien —dijo Gregorio.

—Vete, Perico. Yo voy a acostarme. Estamos de acuerdo en todo —dijo el ingeniero.

Cuando se alejó el mozo, Cabrejos ordenó a Gregorio que entrara a su departamento.

—Me equivoqué contigo —le dijo, invitándolo a que se sentara en el sillón bajo del dormitorio—. No te conocía bien. Pero, antes de que te hable de cosas serias, de negocios, contesta a una pregunta: ¿tú aconsejaste a don Bruno que pretendiera a la señorita Asunta?

—Don Bruno, patrón, es sucio. El sexo lo tiene como de diablo, seguro. Ahistá su maldición. Asunta es mi corazón, pues. El "maldecido" la quería, inginiero, creo que de veras. Nunca ha enamorado a señoritas. Quizá no sabe, desde que le sacó sangre a la *kurku*. Ha dado vueltas por tiempo a Asunta. Venía a caballo de su hacienda en su gran potro alazán, de noche. Hasta había cantado en la puerta de la tienda, haciéndose acompañar con un indio que toca dulce el arpa . . .

—Ya. ¿No le aconsejaste, entonces?

El ojo izquierdo, y toda la parte alta del rostro que rodeaba ese ojo del mestizo, se paralizaron. Se convirtió ese lado de su cara en una especie de sombra amenazante.

—Yo le llevé a usted donde ella, como prueba. Hey cantado. Cierto; como el luz último del sol que hace amarillar las cumbres es ella. Nadie le alcanza.

—¿Eres mestizo?

—Mi madre lloraba día y noche, porque me dejó en su vientre

un ganadero de un pueblo extraño. No ha vuelto, pues, desde entonces. Ella ha trabajado como lavandera; cocinando y haciendo dulces para las fiestas. Yo he crecido rotoso pero limpio; he ido a la escuela. Del gran don Faustino aprendí a tocar charango. He visto en el horno viejo a don Bruno fregar a las cholas, mientras me hacía tocar. Entonces me pagaba hasta con monedas de oro. Nadie hay como él para el vicio maldecido. ¿Qué me dice usted?

—Gregorio, óyeme. Aquí te va la fortuna o la muerte. Mejor dicho, Asunta o la muerte . . .

—¿Es acaso encargo para hombre que dicen con huevo grande?

Se habían desirritado sus músculos del lado izquierdo alto del rostro, mientras hablaba de su madre; su propio ojo un tanto opaco se animó; expresaba ternura y triunfo, más intensamente que el ojo derecho; pero cuando Cabrejos le planteó la posibilidad de la conquista de Asunta o la muerte, ese ojo penetró en la cruel conciencia de Cabrejos. ¡Era lo que él necesitaba! Un hombre decidido a todo por un interés más arrebatador que el dinero.

—No se necesita tanto de valentía para el trabajo que voy a proponerte sino de astucia, de inteligencia y de lealtad hacia mí.

—Diga, inginiero.

—Serás la sombra de Rendón. Yo represento a una empresa con millones. La mina caerá en nuestro poder. Sólo una cosa se necesita: que los indios no trabajen rápido, que algo les suceda dentro de la mina a cuatro o diez de esos carneros, para que se asusten . . . Que los señores de San Pedro no le vendan ni un metro de tierra más de "La Esmeralda", a don Fermín . . . Que don Bruno rompa su compromiso de enviar en mitas a sus indios a la mina . . .

Fue hablándole despacio, reforzando cada frase importante con movimientos de las manos, mirándolo escrutadora y confiadamente.

—Si me ayudas como es debido, es decir, si logras lo que te propongo, dispondrás de algunos miles . . .

—Ya sé manejar . . . , compraré un camión grande . . .

—Asunta es una señorita. No aceptará a un chofer. Tú sabes leer y escribir. Te propongo la proveeduría de las minas. Tendrás una flota de camiones. Traerás toda clase de víveres para los empleados y obreros. Podrás ser rico y poderoso. Asunta tiene una duda sobre ti. Yo voy a aclarar eso. Nada más que aclararlo; el resto es asunto tuyo . . .

—Ya sé, patrón. Conozco al indio. Voy a inventar que en la mina hay un "encanto" feo: *amaru* grande que come indios.

—¿*Amaru*?

—Sí, patrón, culebra grueso como el cuerpo de un toro padrillo, largo que no se llena con diez hombres. Voy decir que es el hijo del cerro, del Apark'ora que no quiere que le saquen su mineral. Va'usté a ver. Correrán como gallinas. Entraré al fondo de la mina al amanecer, y gritaré feo, desde el fondo. Tengo voz . . .

Cabrejos le entregó un fajo de billetes, el mismo que estaba destinado para Rendón Willka: tres mil soles.

—Es un adelanto, Gregorio. Prepárate a luchar contra Rendón.

—¿Por qué? —dijo el criado, mientras recibía los billetes, sin exagerar su emoción.

—¡Averígualo! No sé a favor de quién está ese cholo. Es zorrísimo; creo que más que tú. Me parece que no ha traicionado a los indios. Y es valiente.

Gregorio meditó un instante sin guardar los billetes. Los tenía en la mano.

—Rendón Willka no será traidor, seguro. Yo le he mirado.

—Entonces, prepárate a luchar con él. Tú no eres indio. Si descubre que estás de mi parte, puede que desconfíe de ti; puede que se convierta en tu enemigo. ¡O en tu amigo! Eso depende de ti.

—¿Hacia dónde tira el cholo?

—¡Averígualo! Es lo más importante y difícil. Ese indio ha sido adiestrado o se ha adiestrado. ¿Conoces Lima?

Gregorio guardó los billetes en uno de los bolsillos de su chaqueta.

—He estado, inginiero. Hey visto a los chicos chiquitos comer la basura junto con los chanchos en esa barriada que le dicen "El Montón". Todavía huele en mi pulmón la pestelencia. ¿Es gente, señor, esos que viven más triste que el gusano? El gallinazo les pegaba a los chiquitos. ¡Carago, yo soy cristiano! Me corrí de allí. El río, que dicen, apestaba; con el sol era pior y más pior con ese aguacerito de la costa. No hay cielo en la capital que dicen. Me hey venido rápido. Los paisanos me atajaban. "¡Espera, espera . . . , de aquí vamos a entrar adonde vive la gente", decían. ¡Carago, mentira! Ahí están, años, escarbando lo que bota *la gente*. Yo, inginiero, conozco al Rendón . . . Usted dice, ¿quién puede más? Está bien. Él ha estado cinco, seis años en Lima; el Común le mandaba plata. Ha estado junto a la Parada, al mercado grande. Él ha entrado fuerte a la capital que dicen.

—Es su ventaja, Gregorio. Tú te asustaste.

—Él no iba a la mierda; a buscar comida en la mierda de la gente.

—Ésa es su ventaja, Gregorio; pero puede ser la tuya.

—¿Acaso, acaso es enemigo? Quizá él también quiere joder a los patrones Aragón. Don Bruno hace llorar a los "colonos"; los cuelga, cuando quiere, en el pisonay del patio de la casa-hacienda; los hace meter en la barra o el cepo. Él también llora, viendo. Es, pues, maldito. Capaz Rendón va conmigo.

—Te he dicho, Gregorio, que la fortuna o la muerte. Si te descubre . . . Si sabe que no haces lo que pide tu pensamiento sino lo que te ordeno . . . Y si don Fermín también lo descubre . . . te mataremos . . . o te irás otra vez al "Montón", a comer cacana.

—No, patrón. ¡Carago! ¿Se trata de quién es más zorro, el De-

metrio o yo? ¡Está bien! ¡Póngame de capataz! Yo llego, patrón. Yo me almuerzo a los indios...

—Ojalá. Creo que tienes olfato. ¡Cuídate bien de que no te descubran! Trabaja en lo que te he dicho, como si fuera de tu conveniencia, de tu "corazón", como dicen ustedes.

—Yo... por Asunta...

—El cholo por los cholos.

—¡Yo! De veras, puedo almorzarme a un indio, por más leído que sea. ¡Es indio!

—Depende... Tú no eres libre como Rendón Willka parece que es. *Tú trabajas para mí.*

—Así sea. Pero cuando ya no esté don Fermín, ni el Rendón...

—Serás libre, Gregorio. Libre y con el camino abierto a tu gloria.

—Gracias, patrón. Voy a pensar, pues.

El lado rígido de su cara rodeaba como un manto solemne el ojo izquierdo.

Se despidió.

"No. No ha de poder con el Rendón —reflexionó Cabrejos, sentado y algo rendido—. Si fuera tan cruel como enamorado y ambicioso, lo haría. Habría que corromperlo, que corromperlo más. Sería posible; pero un amor apasionado lo inutiliza, lo hace invulnerable. Sin embargo... puede ser. Ya se ha echado a andar. Y no carece de olfato. Conoce bien a los indios, quizá mejor que el propio Demetrio. Si se libera de sus escrúpulos, se quedará con nosotros y perderá a Asunta. Ya no cantará más, ni menos tocará charango. El dinero apaga todo eso. El poder le cambiará el alma. Yo se lo deseo. El cholo es simpático, a pesar de su sentimentalismo. De otro modo habrá que quitarlo de en medio. Y quizá lo tengamos que hacer los dos, por la misma razón: el "serrano" Fermín y la Wisther-Bozart. Asunta perderá a su más fiel e inspirado admirador. Aunque el cholo no podrá llegar donde esa escondida «aristócrata». ¡Carajo, sí! En esa villa sucia y destartalada, miserable, hay una aristócrata: una De la Torre. Su padre debe ser mi aliado. Y luego... lo absorberá la mina o la vejez que lo lleva sin contemplaciones al panteón. ¡Fermín: serrano astuto, sé que algo planeas esta noche! ¿Con el Rendón, con alguien más? ¿Qué te ha dicho la «zorrísima»? Ésa es tu mejor pieza. Hasta mañana. Yo me acuesto. La verdadera batalla empieza al amanecer de mañana."

Era cierto: don Adrián K'oto, primer cabecilla de los siervos de "La Providencia"; Nemesio Carhuamayo, primer mandón de la hacienda; Demetrio Rendón Willka y don Fermín Aragón de Peralta, conferenciaron en quechua durante horas, en el galpón destinado a los siervos.

Enterado de que su hermano vendría a observar a sus "colonos",

don Fermín mandó construir una pequeña y alta plataforma en el galpón, y ordenó llevar una silla de vaqueta para que don Bruno la usara.

Cuando se hizo muy de noche, don Santos pidió licencia al patrón para encender una fogata de k'opayso en el centro del galpón. El humo y el olor de ese arbusto que él había traído en dos burros, ahuyentaría los malos espíritus del galpón, de la montaña Apark'ora y de las boca-minas. Los indios de "La Providencia" temían a la montaña Apark'ora; sus boca-minas eran consideradas como túneles malditos. En no muy lejanos tiempos habían sido aniquilados en las minas centenares de indios. Se guardaba de esa época un recuerdo brumoso, como de las grandes pestes que pasaron como fuego sobre las aldeas de indios. El nombre "Apark'ora" por sí mismo, en su sonido, despertaba una especie de terror vago pero encarnizado. Lo extraño era que los Lahuaymarca que más sufrieron en las minas ya no le temían a la montaña. Se habían convertido en una comunidad próspera, mientras que los descendientes de los antiguos dueños de las minas se arruinaron y se convirtieron, casi todos, en miserables vecinos, que hacían remendar y parchar sus trajes. En cambio los "colonos" y las comunidades más lejanas que fueron despojadas de sus tierras por los grandes y pequeños hacendados, no pudieron desarraigar de sus cuerpos y almas el timbre fatal que el nombre Apark'ora contenía. Todavía pronunciarlo enfriaba la sangre. En cambio, la comunidad de San Pedro de Lahuaymarca, representada por Demetrio en la reunión nocturna, contemplaba la montaña legendaria no sólo con indiferencia sino con cierto menosprecio o con expresión de desafío.

—No hay nada malo en las minas, sólo el agua que gotea de la bóveda. Yo voy a entrar con tus hermanos, padrecito don Adrián. Todo claro adentro; la lámpara alumbra —dijo Rendón.

Estaba vestido de indio, con su pantalón y chamarra de bayeta negra; un chullo del mismo color, adornado con un toro blanco en cada oreja. Llevaba en la mano derecha un bastón corto que remataba en una gran cruz de plata, recién fundida por Bellido. Débiles focos de luz alumbraban los cuatro corredores techados del galpón; la llamarada de leños que ardía en el centro del patio hacía resaltar la cruz nueva, muy enlucida y brillante de la vara novísima de Rendón y los toros blancos de su chullo. Sentados sobre un manto grueso de paja, que servía de cama a los indios siervos, trescientos colonos, la primera partida que había llegado de la hacienda, permanecían callados e inmóviles, como si no estuvieran vivos. La fogata llegaba temblorosamente hasta ellos. Escuchaban con todo el cuerpo la charla de los cuatro hombres a quienes debían obediencia religiosa, a unos y a otros, por motivos diferentes. Ellos sabían cómo eran recibidas sus palabras: contemplaban los colonos al gran "Pa-

pacha" [1] don Fermín, que ocupaba el sillón de vaqueta; las dos autoridades indias estaban frente a él, sentados en el piso afirmado de tierra; a Carhuamayo le había hecho traer don Fermín un banquito de madera.

El mismo fino cañazo de Huanca que el ingeniero invitó a Demetrio bebían los cuatro hombres del galpón. Una distancia de algo más de un metro separaba el sillón del minero del sitio que ocupaban los indios. Carhuamayo servía el aguardiente en pequeñas copas azules, con asa, de uso indígena.

—K'oto: te está hablando el capataz de los indios de "La Providencia" en la mina. Dentro del galpón, Carhuamayo y tú son autoridad; en el trabajo de la mina, Demetrio Rendón Willka, comunero de Lahuaymarca, será mando —advirtió don Fermín.

—Gracias, patrón —contestó el cabecilla—. Don Demetrio ha de entrar a la mina, en punta, detrás iremos indios de "La Providencia". Si para él no hay miedo en la mina, no habrá para indios de la mita.

—De otro modo ha de ser el trabajo. Yo voy a guiar —explicó Demetrio—. Obreros buenos, peones que han venido de otros pueblos van a enseñar. No ha de ser mita, padrecito Adrián. Sólo por el turno va a ser mita. Van a recibir maíz, azúcar, pan, jabón, cecina, papas, cada uno, cada indio. Es el alimento de la mina. Cada uno se llevará todo, si no ha cocinado. De mi comunidad van a venir tres dieces de mozos. Ellos también entrarán con ustedes para aprender trabajo de mina. ¡No hay que asustarse! Yo alegre entraré, mozos de Lahuaymarca también. ¡Salú, patrón!

Tomó la iniciativa Demetrio. Pidió permiso a don Fermín para levantarse; se dirigió a paso lento y solemne junto a la fogata:

—¡Poderoso Apunkinto . . . ! —exclamó cerca de las llamaradas bajas que no quemaban mucho.

Don Adrián se arrodilló. La masa de indios de hacienda también se puso de rodillas, cuidándose de no hacer ruido, en la sombra de los corredores.

—Sagrado Pukasira —continuó invocando Rendón, y nombró al poderoso *wamaní*, al dios de los "colonos"; señor K'oropuna; más sagrado señor Salk'antay . . .

Pronunciaba los nombres de las lejanas, de las inalcanzables montañas nevadas, dioses de toda la tierra, y esparció con los dedos gotas de aguardiente en el aire.

—Padre nuestro, río Lahuaymarca; dios barranco negro de "La Providencia"; cascada de plata donde miran su destino los fuertes, los valientes colonos de los Aragón de Peralta; dioses grandes y menos grandes, cerro de Apark'ora también: aquí estamos tus hijos.

[1] Nombre entre cariñoso y temido que se da a los señores muy principales y todopoderosos.

Vamos a comenzar mañana otro destino. ¡Danos tu aliento, extiende tu sombra a nuestro corazón apacible!

—¡Tu sombra apacible! —rezó K'oto. Los trescientos indios corearon la frase desde la penumbra.

Carhuamayo se puso de pie. La llamarada hizo aparecer en su rostro, cruzándole, las huellas rojas de los latigazos de Olivos que, a esa hora, gemía y se revolcaba en la cárcel de la hacienda. Don Bruno extendió la sentencia a un mes.

Demetrio levantó su vara y rotó el cuerpo en las cuatro direcciones conocidas; luego volvió hacia el corredor. K'oto y los colonos se sentaron.

—Patrón, don Fermín Aragón de Peralta: indios contigo, de verdad, trabajaremos en faena, no mita. He convenido con don Nemecio Carhuamayo, con el padrecito Adrián K'oto. Tranquilo vive; tranquila que esté nuestra hermosa y dulce patrona, doña Matilde. ¡Salud, gran señor; salud, señor mandón; tú eres bueno! ¡Salud, cabecilla de ojos que miran lejos, de corazón que llora por sus hermanos, don Adrián . . . !

Rendón mismo se sorprendió, cuando vio al caballero, don Fermín, al patrón de patrones, puesto de pie, casi respetuosamente, aunque con el semblante apagado por un poderoso esfuerzo interior.

—Rendón: te creo, hijo —habló—. Tu lengua es más expresiva que la de todos los que hemos estudiado alto en las universidades. ¿Qué te han hecho en las barriadas de Lima, en la politiquería? Nada, hijo, nada. Estas minas no serán para los gringos. Quiero propiedad para todos —fue entusiasmándose, a medida que comprobaba que podía expresarse mejor en quechua—. Prosperidad para todos. Que vengan máquinas, que el oro y la plata que están enterrados debajo del Apark'ora salga a la luz, que corran por las ciudades y los campos, dando más fuerza al hombre, más alimentos, más negocios . . . Que no se lo lleven todo los gringos, sino lo que sea justo; y lo que sea justo que quede para nosotros. K'oto: óyeme. Vamos a sufrir para que alcancemos este bien. Tú y tus hermanos; vamos a cuidarlos bien. Recuerda: el trabajo de la mina a veces mata. Pero, si esa desgracia sucediera, se dará a las viudas, a los hijos, lo que sea justo para que la fuerza del padre sea recompensada. La muerte es para todos. Otros quizá han de sufrir más. K'oto: óyeme, tu dios Pukasira te ofrecerá más esperanza desde mañana. ¡Salud!

K'oto se arrodilló. Derramó un chorro de aguardiente al suelo, y luego bebió su copa. Oyeron los cuatro cómo los trescientos indios también volvieron a arrodillarse.

—¡De Huanca, patrón! —dijo entusiasmado, don Adrián.

—Tenemos harto. ¡Celebraremos! Todos, "Cabecilla".

K'oto llamó por sus nombres a treinta hombres de la hacienda. Los otros permanecieron arrodillados, esperando.

—"Dieces": —les habló K'oto—. Cada uno va a llevar una bo-

tella de "Huanca" para convidar, a nombre del "Papacha" don Fermín, a los hermanos que ustedes mandan.

Carhuamayo y Rendón les fueron entregando las botellas que habían sido puestas en fila detrás del sillón de vaqueta del patrón.

—¡Siéntense, hermanos! —ordenó K'oto. Los colonos se movieron en orden. Y mientras los treinta "Dieces" permanecían de pie, Rendón Willka explicó largamente cómo sería el entrenamiento del trabajo. Había seleccionado veinte peones arequipeños que hablaban quechua; dieciséis de Andahuaylas y quince de Puno para que dirigieran a los indios. Él no había aceptado el cargo de jefe de guardia ni de capitán de mina de los indios, sino de capataz varayok'. Don Fermín ya no imponía casi nada a su mayordomo, él, Demetrio, guiaba al patrón.

Bebieron hasta tarde en la noche. Carhuamayo y Rendón Willka acompañaron al patrón a su residencia.

Al momento en que don Fermín trasponía la puerta del galpón, se oyó un murmullo profundo y grave. Los "colonos", otra vez de rodillas, rezaban en quechua el Padrenuestro: "Yayayku, hanak' pachapi kak'...

El minero sintió que le atenaceaban la noche y las estrellas, como si se hubieran acrecentado y tuvieran aliento.

"No son como nosotros. Son otros. Ese coro me preocupa, me convierte en algo que no sé. ¡Es de temer!", pensó el minero con el rostro calenturiento por el alcohol.

El departamento de Cabrejos ya estaba a oscuras, a esa hora.

Doña Matilde bajó al hall apenas escuchó el ruido de la llave en la puerta.

Rendón se quitó el chullu y Carhuamayo el sombrero.

—¡Son mis hombres! —dijo don Fermín—. ¡Cabrejos duerme el sueño, no de la muerte, pero sí de la derrota! Rendón expuso el plan de trabajo a los "colonos", y dijo en su quechua formidable que eres bella y que duermas tranquila. Creo que podemos dormir tranquilos.

Matilde, sin embargo, dirigió su profunda mirada al capataz. Rendón parecía feliz y entusiasmado.

—¡Señora linda! —exclamó rindiendo su insignia, su nueva vara de capataz, y concluyó en quechua: "Amanecerás como la nieve de nuestras montañas, como la flor blanca que en esas alturas crece, purísima. Cuida el corazón del señor. Que no mate a nadie sin que sea necesario".

—¿Qué? —preguntó ella, entre halagada e inquieta.

—"Flor blanca que en las alturas crece, purísima. Cuida el corazón del señor. Que no mate a nadie sin que sea necesario" —repitió Aragón de Peralta con tono más grave aún.

—Gracias, Rendón, por tu hermosa y certera palabra. Gracias, Carhuamayo. Buenas noches —dijo Matilde, y cerró la puerta.

Ya en el dormitorio preguntó a su marido:

—¿Es Rendón, de veras? ¿Es un indio? Demasiado galante y de-

masiado sabio. Hoy debieras desconfiar más que nunca de él. Se mostraba feliz.

—Y yo también, Matilde. Acuérdate de la recomendación que me ha hecho. Yo no pierdo la cabeza. Lo mataremos "cuando sea necesario".

—Él debe aplicar la misma regla. Y a su cuenta habría que agregar que estas montañas lo ayudarán. ¡Fermín, Fermín, ten cuidado! En ese cholo hay algo extraño. Lo siento; es como el aire de estas quebradas profundas; como ese canto de pájaros que oí en los bosques de tu hermano, frente al abismo negro de la hacienda. El canto débil se imponía sobre el río, Fermín.

—Él acaba de invocar a ese abismo a favor nuestro, Matilde.

—¿Lo dominarás? ¿Estás seguro?

—Me valdré de él. Quizá, como dices, cuenta con el poder de la naturaleza que, de veras, de manera que no entiendo, parece que se hubiera concentrado en el cuerpo y la voz de ese hombre. Por eso lo venceré; lo manejaré; lo exprimiré. Yo tengo la inteligencia y la astucia cultivadas con sistema, conscientemente, igual que tú. Ése, en Lima, no ha recibido instrucción política. Es un supersticioso, un indio todavía.

—¿Que no ha recibido instrucción política, dices?

—Invoca con fervor a las montañas . . .

—Y aconseja matar sólo cuando es necesario.

—No lo habría proclamado, si hubiera medido bien mi alma, mi experiencia. No me conoce.

—Quizá, o bien se equivocan los dos, ustedes dos.

—Quizá, Matilde. Pero tú estás a mi lado. Él no cuenta con nada igual. Y creo que te admira. Vigila tú; no lo pierdas de vista. Y dame un beso.

Matilde lo abrazó ardientemente; hizo que el fuerte minero sintiera sobre el cuerpo sus tibios pechos que tres partos no habían vencido. Seguían turgentes.

—¡Dulce fruta madura! Y me libras de la muerte —exclamó el minero, en plena embriaguez. Ella se había encendido igualmente entre los brazos macizos del hombre.

CAPÍTULO IV

Doscientos colonos más llegaron a San Juan de Aparк'ora, al amanecer del día lunes. El segundo cabecilla, don Santos K'oyowasi, y el nuevo segundo mandón de la hacienda, Policarpo Coello, los encabezaban. Marcharon hacia el galpón, visiblemente separados en cortas filas de a diez hombres. Sólo un pequeño grupo de mujeres, agolpadas junto al caño de agua del caserío, vio llegar a la tropa de indios.

Como todo colono, iban descalzos; con su traje de faena, de bayeta azul muy desteñida y sombreros de lana, hechos por ellos mismos. Los sombreros redondos mostraban una fuerte mancha grasienta alrededor del cordón que reemplazaba a la cinta. No vestían chamarra, sino camisas de bayeta, remendadas, pero limpias.

—¡Toda la hacienda ha mandado, don Bruno! —exclamó una de las mujeres—. Ya no serán, pues, caínes. Estarán de hermanos con don Fermín.

Era una mestiza de San Pedro la que habló primero; había sido "robada" por un "carrilano" arequipeño, de la mina.

—¡Estarán ya de hermanos! Dios es así, cuando ayuda a los señores. ¡Pobrecitos indios! ¡Cómo van a morir con los falsos tiros que los chambones perforadores encienden! ¡Morirán nomás! El "colono" es más peor de humilde que el perro —dijo otra señora, ya de edad, que tenía una pensión para peones.

—Ésos no van a ir donde usté —advirtió la primera mujer que habló—. Don Bruno, dicen, ha prohibido que les paguen jornal.

—¿Don Bruno? Don Fermín quería amistar con su hermano para meter a los indios en la mina, gratis.

—¿Qué dirán los maestros y los otros peones?

—¡Qué dirán, pues! A los indios los encierran en un galpón, igualito que a las acémilas.

—Pero les van a dar víveres. Eso es cierto, señora.

—Ellos no tienen maíz. Aquí van a recibir en cantidad, y azúcar también; quizá hasta arroz. ¿Qué dirá don Bruno?

Cabrejos despertó con el tronar de los caracoles que tocaban, un mozo por cada cincuenta colonos, al salir del galpón hacia la mina.

Rendón Willka dio la orden desde la puerta del galpón.

Los treinta mozos de Lahuaymarca ya esperaban afuera, de dos en fondo. Cada diez tenía un *K'aywa* [1] y Justo Pariona —hermano del muerto que evocaron en la K'achuwa con que se celebró la construcción de los andenes— era el *K'ollana* [1]. Se mantenía a unos dos metros de los mozos, como jefe. Los lahuaymarca tenían un solo pututero, vestido de negro.

Las mujeres e hijos de los trescientos obreros que tenía la mina corrieron hacia el galpón, desde el caserío.

La boca-mina principal estaba a un kilómetro del caserío, cerro arriba, muy cerca del pequeño torrente que bajaba por la quebrada de Apark'ora, hacia el sur. El caserío, una callejuela que separaba dos filas de habitaciones techadas de calamina y con un pequeño corral cercado, ocupaba una suave ladera, en el mismo margen del torrente que la mina. Muy cerca del caserío, y separados por espacios irregulares, unos cien peones habían construido chozas con paredes de barro y piedras y techo de paja. Esos peones eran, casi todos, puneños y andahuaylinos. Habían elegido sitios en que crecían pequeños árboles de molle. Las ramas se cubrían de fruto bajo y abundantísimo, en su tiempo, y los peones de Andahualyas hacían, ellos mismos, chicha de molle, que en la región de la mina no se conocía. Los hombres de Andahuaylas contemplaban con asombro feliz a estos árboles pequeños que daban frutos muy dulces, olorosos, de grano selecto. Al mediodía eran presa de bandadas de loros que bajaban gritando a la quebrada.

Los habitantes del caserío, arequipeños y mestizos cuzqueños y parinacochanos, consideraban a los peones "de choza" como a gente inferior. Todos los obreros calificados, enmaderadores y perforistas, eran arequipeños; los carrilanos, cuzqueños y parinacochanos; puneños y andahuaylinos habían llegado más tarde; ya no tuvieron lugar en el caserío y durmieron, primero, en ramadas; después, don Fermín les contrató ayudantes indios para la construcción de sus chozas. Todos eran peones lamperos.

Los de "choza" se sentían más cómodos que los "maestros" del caserío. Cada quien tenía su árbol o arbusto; los poquísimos que habían tomado mujer en San Pedro o que habían venido acompañados levantaron un cerco y formaron un corral espacioso donde crecía yerba. Las mujeres criaban allí sus "animalitos", hasta algún carnero, y chivatos. El "maestro" consideraba esta costumbre como típica del "indio" que no *es todavía obrero* y que difícilmente o nunca llegará a ser *maestro*. Ellos mismos les cerraban el paso, tratándolos con misericordia.

[1] K'aywa, el que sigue.
[2] K'ollana, el mejor, el excelso.

En el caserío de tan angosta calle gozaban las moscas sobre el piso al que lanzaban las aguas sucias, especialmente junto a la puerta y en el corral de las pensiones y cantinas. Algunas de las cantinas pertenecían a mujeres "que se vendían"; y, los días sábados, recibían mestizas de San Pedro y de la capital de la Provincia. Los indios las llamaban a todas *ch'aran k'ara* [1].

Cabrejos se refería con adjetivos fuertes a Piskulich, que trazó el caserío. "Estrecho y miserable, como si hubiera adivinado que su porvenir no se haría aquí. ¡Con tanto espacio! Y trazar conejeras. Los obreros se enferman, se contagian. Se amargan más. Ese hombre *veía*, y creo que desconfiaba de sus ojos. Así son estos cateadores locos."

Las radiolas tragamonedas que habían instalado ya en dos cantinas del caserío retumbaban en el bajo techo de calamina y en la callejuela. Tocaban música de moda y huaynos mestizos e indios; daban al caserío un ambiente urbano ridículo, pero evidente. A lo lejos, las chozas "residenciales" eran consideradas por los "maestros" obreros como la "barriada" del caserío. Cuando se construyó el galpón para los colonos, Antenor, un carrilano coracoreño, pensó que representaría en Apark'ora el barrio "El Montón", de Lima, y así lo dijo. Él había residido cerca de las tropas de chanchos y niños que se alimentan en ese basural de la capital. Los obreros recibieron la idea a carcajadas; pero luego recapacitaron.

—Va a apestar —dijo Antenor—. Los indios de hacienda apestan; ahora que los van a meter allí les aumentarán los piojos y la carca [2].

—El galpón es muy grande y está lejos de nosotros. Yo pienso otra cosa —explicó un perforista—. A ésos no les van a pagar nada...

—Con tal de que a nosotros no nos despidan ni rebajen el jornal...

—Puede ocurrir.

—¡No! —exclamó Félix Portales, un obrero enmaderador—. He hablado con Rendón Willka. Se trata únicamente de llegar pronto a la veta grande. Hay una pugna entre don Fermín y un consorcio apoyado por los gringos. Si llegamos pronto, Aragón impondrá condiciones. Le falta capital. Si tarda en llegar, se lo tragarán los gringos. Ningún Blanco quiere darle crédito. Todos le han cerrado las puertas.

—No tenemos sindicato. Rendón Willka me ha hablado en secreto.

—¿No será un traidor?

—¡No! Ése sabe. Cuando se llegue a la veta, don Bruno retirará a "sus indios".

[1] Cuero siempre mojado.
[2] Suciedad del cuerpo.

—Quizá entonces ya no sean "sus indios". Yo, tú, muchos hablamos quechua. ¿No es cierto?

—No tanto como Rendón Willka... Descubierta la veta, ésta será una gran mina. Los indios se irán, suceda lo que suceda con sus conciencias. Sólo Rendón podrá mantenerlos aquí y el respeto que, como a un dios, le tienen a su señor.

—¡Carajo! Si hay mina aquí, mina grande; se acabarán los señores de horca y cuchillo. Una mina es una mina.

—Es decir, nosotros... La Cerro de Pasco Copper no ha acabado con los señores. Ella se ha hecho señora de horca y cuchillo.

—¡Tres o cuatro mil obreros! Ahora somos como eventuales. La Cerro estaba lejos de los terratenientes.

—Hay que tratar bien a los indios. No sea que como la Cerro de Pasco se los traguen aquí también.

—¿Quién dice que no? Si los despreciamos un poco es por costumbre. Depende también de ellos.

—Que no vean en nosotros a extraños —afirmó el enmaderador—. Que sientan que somos sus hermanos. No hagamos cuestión, por ahora, sobre sus jornales.

—¡Por ahora! —replicó Antenor—. El partido tomará cartas en el asunto; si hay sospecha de que la explotación en el campo se quiere imponer en la mina, no podremos ser cómplices.

—¡El partido! Ya empiezas a joder. Todos. No sólo tu partido —respondió Portales.

—Tanto mejor. Yo pertenezco a un partido...

—Que jode.

—No tanto como el tuyo —contestó el perforista.

—Por eso no metamos aún a los partidos. Éste es un caso nuevo que debemos examinar. Creo en Rendón...

—¿A qué partido pertenece? —preguntó Antenor.

—Si tú no lo sabes, ¿quién va a saber? A ti te informan desde Lima.

—Ese cholo puede ser un traidor, un vendido a Aragón. A ti también te informan.

—Ya lo veremos. Debemos pedir datos con urgencia. Y observar.

Los colonos ingresaron a la mina mientras los pututeros tocaban sus grandes caracoles antiguos. Entraron sin miedo, detrás de los lahuaymarca. Desde el fondo de la mina todavía vibraron largo rato los pututos; por la boca del socavón salía el canto unimelódico grande, que durante siglos abría todas las ceremonias en la región inca.

Matilde y don Fermín vieron el desfile y el ingreso en la mina de los indios, desde la terraza. La residencia del dueño ocupaba una hendidura del filo de la montaña. El sitio fue elegido por el mismo Aragón. Desde allí, "como desde un nido de cóndores", podía divisar y vigilar el campamento, la villa y el camino a la capital de la provincia.

—¿Qué dices, mujer? —preguntó Aragon.

—Qué Rendón Willka cumple por ahora.

—Es todo lo que necesitamos. Que cumpla por ahora. Al menor indicio de que se vuelva contra mí lo quito de en medio. ¿Tú sabes lo que esos pututos significan?

—No. Explícame.

—Que los indios no toman esta tarea de la mina como trabajo ordinario, sino como una faena comunal. Es decir, que trabajarán en competencia. ¡A ver quién rinde más! Habrán seleccionado *k'ollanas* mediante alguna prueba de agilidad y fuerza. Los vencedores guiarán la faena; trabajarán a un ritmo endemoniado, a lo más que les dé el aliento. Los otros deberán seguirlos. De ese modo un campo de trigo que se siega con 30 peones en seis días, 30 comuneros lo cortan en dos, hasta en un día. Cantan mientras corren, llevando las gavillas a la era. El *k'ollana* dialoga con el coro que forman los otros trabajadores. No deben mostrar jamás indicios de fatiga. ¡La veta estará a nuestro alcance quizá en dos semanas! Voy a dar orden al capitán de mina que doblaré el jornal de los perforistas, enmaderadores y carrilanos por tres semanas. Cabrejos debe estar oliendo a muerto.

Encontró al ingeniero listo para subir al jeep.

—Es suya la veta —le dijo, tranquilamente, a don Fermín.

—Suba a mi coche —le invitó Aragón.

Cabrejos dudó.

—Enviaré al chofer por el suyo. Esta vez vayamos juntos a la mina.

Cabrejos tomó asiento junto a don Fermín.

—Rendón le ha organizado a la gente. Creo que tiene el secreto para mandar a los indios.

—Es indio —contestó Aragón.

El jeep escalaba las curvas cerradas de la cuesta, hacia la mina.

—¿Oyó usted los caracoles?

—Me despertaron.

—Se llaman pututos. Los tocan cuando el trabajo ha de hacerse a manera de competencia deportiva y en beneficio común.

—Pero usted no es el común.

—Algo, algo debo significar para ellos. La organización de la faena lo demuestra.

—¿Qué sucederá si mueren algunos indios por accidente en la mina? —preguntó Cabrejos.

El minero hizo parar el jeep.

—¡Repita la pregunta! —dijo en voz alta el minero, examinando el rostro de Cabrejos con franca desconfianza.

Cabrejos sonrió.

—Se trata de una eventualidad siempre posible. Usted me escruta brutalmente.

—Si ocurriera un accidente así, los indios trabajarían con más

ardor todavía. Y podría suceder muy bien que después lo colgaran a usted.

—¿Por qué a mí? Debe usted pedir un destacamento de la guardia civil. Yo soy profesional, señor Aragón de Peralta. Puedo asegurarle, como ingeniero, que se han tomado todas las precauciones, pero no para tanta gente.

—Las precauciones también las he tomado yo. Mi capitán de mina, Camargo, y los jefes de guardia; todos los obreros calificados protegerán a los indios mientras dure la mita. Lo sé por instinto. Lo que no estaba previsto es que mi hermano me enviara a todos nuestros "colonos". Sin embargo, ¿qué riesgo existe? Si llamo a la policía cundirán el temor y la desconfianza entre indios y obreros. La policía vendrá aquí cuando surja la inevitable tensión entre obreros y patrones, que todavía no existe. Lo que deseo saber, ingeniero, es por qué alude a accidentes mortales, precisamente hoy que me asegura que la veta es mía.

—Señor Aragón, usted sabe aproximadamente de lo que soy capaz; pero es probable que tenga usted menos escrúpulos que yo. Está usted suponiendo, me parece, la posibilidad de actos de sabotaje que, para emplear términos inequívocos, no son realmente posibles. Usted mismo lo acaba de demostrar; no son posibles dentro de lo que técnica y organizadamente se pueden evitar. Pero una mina no es únicamente las máquinas, los instrumentos. Aquí tienen que intervenir, por fuerza, algunos obreros todavía inexpertos. Le hablo como ingeniero.

—¿No como agente de un consorcio?

—¡No! Con usted sería poco menos que idiotez recurrir al susto o a la alarma ingenua.

—Eso nadie lo sabe. Todo vale en esta clase de lucha. Yo debería despedirlo, señor Cabrejos Seminario, pero es mejor para el Consorcio, para mí y para usted, que la pugna siga adelante con los mismos peones. Las ventajas o recursos que usted ha acumulado ya no podrían ser utilizados por otro agente tan acertadamente como usted. Sin embargo, lo prefiero. Cuando llegue la hora de decir la última palabra es mejor que usted esté presente.

—Creo que usted tiene prudencia y visión. Por eso me extraña la interpretación que dio a la pregunta normal que le hice. Todo vale en esta clase de pugnas, menos lo que el contendor puede sospechar, prever; y menos todavía los medios destructivos o cruentos, no sólo inútiles, sino contraproducentes. Ahora entremos a la mina; observe lo que he dispuesto para el trabajo. Puede ocurrir que, dada la organización de nuestros escasos cuadros de obreros calificados, sobre la gente, por lo menos hoy.

—No sobrará.

Por teléfono, don Fermín hizo saber a los obreros que se les doblaría el jornal durante tres semanas mientras los quinientos colonos trabajaran en faena. Los exhortó a que tuvieran el máximo

cuidado con los tiros; que recordaran que los indios no estaban aún protegidos ni siquiera por cascos; que éstos llegarían en un camión de un momento a otro.

El capitán de la mina agradeció en nombre de los obreros y prometió a don Fermín y al ingeniero que no ocurriría ningún accidente. Que los indios "colonos" iban a servir de lamperos y auxiliar a los carrilanos, que los comuneros de Lahuaymarca deseaban aprender a manejar los taladros. Que estaba seguro que se adiestrarían en pocos días. "Es buena gente, señores; obedecen, trabajan como hormigas. ¡No son brutos! Están a la orden. ¡En dos semanas llegamos a la veta!"

Ingresaron los dos señores a la mina. Los indios arrastraban los carros, alternándose con las mulas; el trabajo que no habían aceptado ni los errantes puneños que llegaron a la mina escapando del hambre que aniquilaba a sus comunidades. Es que los obreros habían acordado que ningún hombre admitiera comprometerse a ese trabajo. Rendón Willka organizó a varios grupos de diez que halaran los carros. Los "colonos" y tres lahuaymarcas arrastraban, gritando, los pequeños coches cargados de piedra y tierra. ¡Vuela, gavilán, carajo! ¡Vuela, perro; vuela, viejo caballo!", exclamaban en quechua. Y se reían.

—¡Son, pues, indios! —comentó el obrero Antenor, con enojo y desprecio.

—¡Entiende, compañero! Si pudiéramos trabajar así todos... El trabajo no sería una maldición. ¡Entiende que algún día seremos como ellos, cuando no trabajemos para fortalecer a los que nos explotan! —le contestó Palacios.

—¿Así? ¿Gritando como salvajes?

—"¡Vuela. gavilán!...", dicen. Te han metido en el seso desde que naciste la estupidez de que los gritos en quechua son de salvajes.

—Los estoy viendo, carajo. Reemplazan a las mulas, mejor que mulas, y por nada.

—¡Por nada! ¡Entiende eso! Sólo por el trabajo mismo, por competir en el trabajo mismo, cuando es para ellos.

—No entiendo. Yo perforo, tú enmaderas, por jornal. Éstos, a favor de los chupasangres, gratis. Pero, ¡la mier...! Contagian las bestias. Allá ellos. La mina parece ahora una plaza de mercado.

—¡Una feria!

Oyeron que se doblaría el jornal a los obreros.

—¿No te dije? ¡La feria! Aquí hay gato encerrado. Tenemos que cuidar a los pobres indios. Creo que Aragón de Peralta le va a ganar a la Wisther-Bozart.

—¡Creo! Y a perforar duro, y con mucho seso.

—Si muere un indio, o dos, o tres, los otros gritarán más fuerte y trabajarán más fuerte. Yo dije que era "arequipeño"; soy de Urubamba, del Cuzco, cholo. No te me resientas.

—¡Ah! Por eso eres rojo.

—Los rojos nacen aquí y allá. Te digo que soy de Urubamba para que sepas que conozco bien a los indios. Tú también eres rojo o lo serás para los patrones, dentro de poco. Sígueme prestando tu "nacionalidad'" arequipeña.

—Mientras que merezcas el honor...

Trabajaban cerca el uno del otro. Portales enmaderaba los túneles que Antenor había abierto con los otros perforistas, túneles que los lamperos despejaban de tierra y piedras.

—Ese Rendón es como un buen general de indios. Esto está demasiado bien organizado, señor Aragón. Y en perfecta armonía con toda la maquinaria obreril. ¡Ojo con él! —previno Cabrejos, mientras recorría la mina, junto a don Fermín.

—Lo alentaré mientras me ayude; apenas nuestros intereses se contrapongan, lo liquidaré.

—A tiempo, señor Aragón. ¡Elegir el momento acertadamente! Antes de que se haga demasiado fuerte.

—De acuerdo. Ahora no va con usted.

—¿Por qué? Al final, lo que importa es que haya mina. No soy parte, verdaderamente, del cuerpo de los consorcios. Busco un porvenir y un poco el del Perú, como ustedes.

—Es posible. Tendremos mina.

Los primeros estampidos de los tiros oprimieron el pecho de los indios. Esperaron en silencio el estallido en cadena de los explosivos, cuidándose como les habían explicado que debían hacerlo. Luego, cuando se dio la orden de lanzarse a recoger la escoria, lo hicieron, entre el polvo, repitiendo el grito de los *k'ollanas*: "¡Wifááá! ¡Wifááá!"

Salieron de la mina cuando el sol había traspuesto la cima del Apukintu. Les pareció que descubrían de nuevo el mundo. Santos K'oyowasi, el segundo cabecilla, se arrodilló sobre el primer manto de yerbas, a la orilla del camino, muy cerca de la boca-mina:

—¡La luz, la luz de afuera del mundo! —exclamó en quechua—. Padre Apukintu: aún guardas en tu cumbre el sagrado aliento del sol. ¡Gracias, padre mío!

Rendón Willka detuvo con una señal de su vara a los otros indios que iban también a caer de rodillas. Don Adrián K'oto le dio respaldo levantando su vara negra de primer cabecilla.

Escucharon y vieron respetuosamente al viejo don Santos, y luego continuaron la marcha hacia el galpón.

Rendón Willka había sido llamado por don Fermín a la gran residencia del patrón, casi al mediar la tarde. Allí había encontrado a don Bruno, de pie, ardiendo como una cera. Él lo había calmado, fácilmente, ante el asombro de la señora Matilde y del minero. Sin embargo, el capataz meditaba a instantes y sonreía.

Pero la oración de K'oyowasi hizo reflexionar a Demetrio. "¡La luz de afuera del mundo!" Dentro de la mina vivía la tiniebla, a la que era necesario no temer, rendir más bien, para tomar de esa oscura entraña lo que ella podía dar al hombre para su bienestar, para

su triunfo sobre la naturaleza. "¡La luz dentro del mundo puede hacerse! La haremos. El hombre es grande —reflexionó en quechua—. Es más grande que la sombra del K'oropuna... que la fuerza del torrentoso río. Haremos. Hablaremos."

Y tuvo una reunión con los *k'ollanas* de "La Providencia" y de Lahuaymarca y con los cabecillas de la hacienda. Carhuamayo les dio licencia. Todos los "colonos" pasaron al galpón; Rendón Willka y los jefes de los indios se quedaron en la puerta, bajo el techo de paja de la fachada. El techo sobresalía más de un metro y daba sombra al piso de tierra.

Las instrucciones de que los siervos no hablaran con los peones se habían cumplido. Ni a Portales, ni a Antenor, a ningún otro obrero contestaron los indios pregunta alguna.

—¡Indios embrutecidos! Van a ser una carga, hasta una rémora para la lucha. Quizá de puro ignorantes se vuelvan contra nosotros. Yo los veo brutos, casi sin alma. ¡Cómo miran, desconfiando o como si no tuvieran espíritu! —se lamentaba Antenor.

—¡No! —le contestaron muchos obreros.

—Tenemos que aprender de ellos —afirmó con tranquila convicción Portales—. ¡Qué manera de trabajar organizadamente! ¡Qué forma de obedecer a sus jefes! No por temor; por simpatía, por sujeción consciente, ¡carajo! Estoy admirado. Cuando éstos se levanten, pueden llevarnos la delantera, empujarnos.

Antenor se echó a reír.

—Llamas organización a la obediencia mecánica, forzada. Parecían hormigas, propiamente, no gentes con alma.

Portales no respondió. Estaban reunidos en el pequeño espacio abierto, frente a la capilla del caserío. La calamina de los techos despedía un leve resplandor amarillo que acrecentaba la última luz del crepúsculo. Unos veinte obreros se habían acercado a los dos líderes que discutían.

—¡No he visto más alma nunca, oye, tonto! —dijo un carrilano andahuaylino—. No hagas afirmaciones fanáticas mientras no aprendas a oír el quechua. Si no entendías lo que hablaban, ¿no los oías, aunque sea? ¿Hablan las hormigas? ¿Se guapean para darse ánimo? ¿Oíste lo que dijo ese viejo al salir de la mina? "¡La luz de afuera del mundo!" Lo dijo de rodillas. Él sintió, como que era la primera vez, lo que significa la luz de la tierra cuando se ha estado metido en el hueco de infierno de la mina. ¡Habló por mí, y por ti, que eres un despreciativo, un sobrado, un politiquero que habla sin pensar bien lo que dice! ¿Tú pesas las palabras, primero, en tu entendimiento, antes de echarlas con la boca?

Antenor no se enfureció. Todos lo examinaban.

—Hermano —dijo—, acaso soy un sobrado a veces. De veras hablaban los indios. De veras he visto rezar a ese viejo, y no entendí lo que decía. No debo hablar todavía, pues, de mi trato con los in-

dios. Tengo que aprender, pues. Hasta luego. Este carrilano sí sabe. Es aprista como yo.

Se fue Antenor, abriéndose paso.

—¡Lo sé no sólo por aprista, hermano! Espera, espera...

El carrilano lo siguió. Antenor volvió el rostro, algo congestionado ya...

—¿No por aprista? ¿Eres traidor? —se le oyó decir.

—Porque oigo, porque pienso... apristamente —decía el carrilano mientras perseguía a Antenor, preocupado y con cierta indignación no agresiva, sino más bien anhelante.

—¡Todo bien! Así va bien —exclamó Portales.

—Las cosas van bien mientras ustedes no nos confunden con sus peleas. ¡Al carajo los politiqueros! ¡Y vivan, vivan los indios! —respondió un perforista.

El grupo se dispersó.

Rendón Willka charlaba en quechua con los *k'ollanas* y cabecillas. El nuevo segundo cabecilla trataba de escucharlos desde el otro lado del muro, dentro del galpón, apoyándose en la portada. Los indios lo observaban con desconfianza. Carhuamayo se había sentado, cansado, en el corredor bajo techo y en el sillón de baqueta.

Cada colono encontró un paquete de víveres junto a su sitio numerado en el largo poyo que rodeaba los cuatro corredores del galpón.

—¡Guárdenlo! Es para cada quien —había ordenado Carhuamayo.

El paquete contenía azúcar, trigo, maíz y cecina. ¡Un tesoro! Los colonos sonrieron, sin comentar, al descubrir, sobre todo, el maíz y el azúcar.

—¡No es nada para lo que han trabajado! —dijo, casi gritando, Carhuamayo, desde su sillón. Coello no tenía oídos sino para escuchar las voces de los cabecillas y *k'ollanas*, especialmente la de Rendón Willka.

Se encaminó desalentado hacia el sillón de Carhuamayo.

—No hablan sino de no tener miedo, de trabajar mejor; de vencer la oscuridad; de no atemorizarse si alguien muere con los explosivos. A ese Rendón le sale como candela del corazón, cuando habla. En todo acierta con su quechua. Pero le tengo miedo, de veras. No he visto ni he oído a otro cholo que sepa tanto, y en quechua. ¡De nada se le puede acusar por ahora!

—¿Querías fregarlo? —preguntó Carhuamayo.

—Tengo orden del señor.

—Cumple, Coello, sin engañar. Don Bruno descubre el engaño. Es terrible pecador, pero cree en nuestro Señor Jesucristo. Lo adora con su llanto; se arrepiente. Es un verdadero señor.

—Que te hizo azotar, me dicen.

—Y te hará azotar más, si mientes. A mí me pidió perdón. Olivas pujó y estuvo defecando suelto en la cárcel de la hacienda.

—Este don Bruno... Parece que es jodido trabajar con él.

—Si no crees en Dios, como él, ¡prepárate! No debe tardar en venir aquí.

Se abrió la puerta del galpón, e ingresaron los colonos. Don Bruno descendía a caballo de la residencia patronal hacia la quebrada en que estaban el caserío y el galpón. Bajo su poncho de vicuña acariciaba enternecido la vieja y pesadísima pistola. La piel de su potro blanco brillaba, despedía luz en la penumbra del oscurecer.

"¡Matilde: criatura de Dios, tú sabes tener piedad de Bruno! Por ti, por ti mantendré tres semanas a mis indios en este apestoso infierno donde hay corrompidos que han venido de todas partes. Hambrientos o malditos que han dejado sus querencias para sepultarse en una mina en que el diablo los espera. Mañana probaré la pistola en los loros que vuelan sobre el precipicio negro de la hacienda. Si mato alguno, al vuelo, es que mi padre habrá oído las oraciones y encargos que he de rezar esta noche junto a su sepultura. Tienes que quedarte quieto, a la puerta del panteón, oye, gran «Lucero» —le dijo a su caballo, mientras ingresaba al caserío—. ¿Y ese Rendón, ese Rendón? Es bueno. ¿Cómo? ¿Por qué? Dios debe saberlo. Sólo Él."

Pasó sin mirar a nadie. Las cantineras salieron a la puerta de sus tiendas al escuchar el tono brillante de las espuelas de plata. "Lucero" cruzó braceando majestuosamente la sucia callejuela. Pasó el torrente pequeño y llegó a la puerta del galpón. Los dos mandones lo esperaban con la cabeza descubierta.

—¡Ahí va el come-indios! —exclamó un obrero, mientras el potro chapoteaba en el pequeño torrente de la quebrada.

—¿Y el otro? —preguntó una mujer.

—Paga jornal. ¿De qué vives, *ch'aran k'ara*?

La mujer arrojó el agua que llevaba en el balde, sobre el obrero. El hombre esquivó el chorro.

—¿Yo? ¡Mírame bien, cacana de don Fermín! —gritaba la mujer—. ¡Mírame bien!

—Perdón, madrecita; tú no, perdón, pues. Está ya oscureciendo. Hay muchas aquí.

—Porque todos ustedes son la cacana de don Fermín. No hay Dios para ustedes, sólo el culo de las *ch'aran k'aras*.

Ella era una chola abanquina que había venido hasta la mina acompañando a su amante.

—¡Don Bruno llora! ¡Cree en Dios! —dijo, algo calmada.

—A nombre de Dios tiene cárcel en su hacienda y flagela a "sus indios".

—¡Animal! Tú no eres nadies para hablar de Dios.

—¿Cuántas queridas tiene don Bruno en nombre de Dios? ¿A cuántas ha hecho parir sin reconocer a los hijos?

—Con su voluntad de ellas, animal. ¡Fuera de aquí! Estabas yendo seguro donde la "Mueve - Mueve".

—¡Yo bestia por discutir con chola bestia! —exclamó el hombre, y huyó. Fuera de la callejuela del caserío todo estaba oscuro.

Don Bruno había desmontado de su potro, a las cuatro de la tarde, en la terraza de la casa patronal. El mayordomo de don Fermín, de saco blanco, se acercó a él.

—No necesito nada, hijo. Mi potro sabe lo que hace. ¿No ves que es criatura de Dios? Me va a esperar quieto —le dijo don Bruno.

El mayordomo esperó que el hacendado pasara y lo siguió.

Al oír las espuelas de plata salió Matilde. Su primer impulso fue el de ir hacia la terraza y abrazar a su cuñado. Pero se contuvo. Lo esperó en la puerta del living. Don Bruno arrastró las finas espuelas sobre el embaldosado en que las grandes lajas planas estaban orilladas de grama. Alrededor de la terraza crecían geranios y matas de pensamientos.

—Todo lindo, pero todo artificial —dijo el hacendado mientras besaba las manos de su cuñada.

—La tuya también es artificial, Bruno. Sólo que tiene tantos siglos que parece no hecho por la mano del hombre, sino del Ser Supremo —contestó Matilde.

Bruno se sintió feliz, más que con el concepto halagador y *verdadero* de las palabras de su cuñada, con el tono afectuoso, límpido y bello de la voz de Matilde.

"¡Oh! ¡Más hermosa, más sabia que la pobre y despreciadora Asunta", pensó. "¡No la merece el Fermín, porque yo sé que en el fondo de su alma es un anticristo, un corazón de barro!"

—Piensas, Bruno —le dijo Matilde.

—¡Quítame las espuelas! —ordenó con cierta energía y sequedad el hacendado, dirigiéndose al pulcro mayordomo—. Supongo que sabe hacerlo, Matilde.

—¿No me conoce, señor? Soy Jerónimo Pedraza, de Paraybamba —dijo el hombre.

Don Bruno lo examinó.

—¿Qué milagro has hecho, o qué maleficio con este hombre, Matilde? Lo conocía. Bueno, Jerónimo, tú sabías, pues, de espuelas y de aperos...

El mayordomo le desató las espuelas y las retuvo en la mano, convenientemente enlazadas.

—No te has olvidado, hijo. Y has aprendido otras cosas.

Se quitó el poncho de vicuña y se lo entregó también al mayordomo.

—¿Ves, Bruno? —le dijo Matilde con la misma voz transparente, mientras lo tomaba del brazo y lo conducía al living—. El hombre puede aprender de todo. Jerónimo gana ahora seiscientos soles

y es un mayordomo excelente. ¡Y vieras cómo llegó a esta casa, y no hace mucho!

—Eso hacen ustedes, Matilde. Confundir a esta gente. Era un buen amansador de caballos y trenzaba aperos no finos. Ahora es como un perro amaestrado. ¿En qué se habrá convertido?

—Los caballos ya no serán necesarios a muy poco plazo. Jerónimo es ahora un servidor de primera.

—Sí, hermana. Amarrado a esta residencia donde todo huele y brilla a extranjero. Él también ya será, dentro de poco, un extranjero completo. Yo no lo reconocí, hermana. Dirás que soy un "serrano bruto", un "serrano" al que hay que vencer porque sirve de barrera, de tropiezo. ¡Matilde, entiendo las cosas! —exclamó al ver que el rostro de la joven señora se congestionaba algo dolorosamente—. ¡Entiendo! Estoy seguro que toda esta modernidad es obra del Anticristo, contra Dios, Nuestro Señor...

Estaba vestido de montar, con botas muy lustradas y una chaqueta de tela fina, de hechura antigua y provinciana. Se había puesto corbata, también muy antigua; una gran cadena de oro cruzaba su pecho, de bolsillo a bolsillo del chaleco. La camisa almidonada brillaba.

Sentado, no a gusto, pero con aplomo, en uno de los confortables, miraba con admiración y un no disimulado entusiasmo a su cuñada. La luz de una de las grandes ventanas iluminaba su barba rubia, sus ojos azules en que la vehemencia y la rebeldía ardían con insoportable intensidad.

—Bruno, cálmate. Llamaré dentro de unos minutos a Fermín. Está en la maestranza, con Cabrejos. Yo te entiendo. Has sido educado...

—En la gracia de Nuestro Señor. ¿No ha de venir, hermosa Matilde, un desbarajuste a estos pueblos? Todo está ya removiéndose. Los pobres caballeros de San Pedro se odian, nos odian, se mueren de hambre. Escapan a Lima. Allá me dicen que se revuelcan en la basura; aprenden vicios que, como estas cosas que veo en tu casa, son nuevos, que pudren la vida y el alma rápido. Ustedes acrecientan lo malo que Dios dejó sobre la tierra para que el hombre escogiera. ¡Ahora ya no puede escoger! La ambición que ha convertido a tu marido en un demonio, capaz, invencible, es peor que los males antiguos que yo sufro. Y contagian mucho. Ahí está Jerónimo, disfrazado con esa levita blanca, blando como un perro chusco... Amansaba potros bravos.

—¿Te parece bien, Bruno, la humildad aún peor y la pobreza de tus colonos?

—¡Humildad feliz, Matilde! ¡Feliz! Son más felices que yo. ¡Los habrás visto trabajar! ¡Qué maldito obrero trabaja así, hormigueando! Por eso los he mandado a todos. Yo te juro que no le tendrán miedo a lo oscuro de los socabones; que entrarán en cualquier faena, gritando como ángeles. Mis mandones y cabecillas llevan orden de

que este trabajo se convierta en una demostración de lo que valen colonos cuyas almas dependen de la mía, que sufre y respeta a Dios. ¿Son pobres? Ya no. Les he aumentado sus tierras y les he dado licencia para que negocien con los paraybambas. ¡No deben ser ricos jamás! ¡No deben aprender la ambición que los convierta en cernícalos, furiosos por sacarse los ojos, unos a otros! ¡Nada de ambición! ¡La humildad y obediencia de Jesús! ¡Su pureza! Yo me pudro por ellos; en mí se concentra el pecado. Yo respondo por ellos. Si aquí, si aquí aprenden algo malo, vendré a la cabeza de ellos, Matilde, y arrasaré con todo. ¡Yo mismo! Ni tus muebles se escaparán. Sólo tú, hermana, que me miras con espanto, pero sin asco, ¡más bien con piedad! Que mi hermano comprenda mejor lo que ya le expliqué y le pedí. Tú, Matilde, que eres cristiana, que tienes todo entendimiento, pues lo estoy comprendiendo mejor que cualquiera, ahora mismo; tú le explicarás bien; y harás que se respete la promesa de Fermín como yo he cumplido la mía, más de lo debido. Cada hermano en lo suyo y tal como entiende y quiere que se hagan las cosas y sean las personas.

—Le explicaré, Bruno, le explicaré muy claramente. ¿No deseas beber algo? —preguntó.

Matilde empezó a sentirse confundida, algo como persuadida por ciertos conceptos, tan arrebatadamente proclamados por su cuñado. ¿Era la pasión, la intensa luz candente que despedían sus ojos y el apoyo que toda la naturaleza fornida de ese caballero anticuado daba a cuanto decía, que acrecentaba el poder de su palabra? Su expresión era entre ingenua, santa y despiadada.

—Tu marido no maneja hombres por los que debe responder y a quienes de veras manda y hace en lo profundo. Él se las tiene que entender con vagabundos exigentes y traidores que no saben otra cosa que pedir más y más dinero. Es decir, lo que más y más quiere y acumula el amo, y lo que más y más corrompe el alma. Se matarán entre ellos. Yo tengo en mi hacienda indios no ambiciosos de placeres. Sé que adoran también a los cerros y a los ríos. Pero no les piden nada malo. Sólo buen tiempo, tranquilidad. "Y que no haya rabia en el corazón."

—Eso mismo pide Rendón, que es capataz aquí de los indios —dijo Matilde, casi entusiasmada.

—¿Rendón? ¿Ese renegado? ¡Que me lo traigan, hermana! ¡Que me lo traigan, ahora mismo! Lo necesito más que a Fermín, más que a Satanás. Matilde, haz llamar. . .

Se había puesto de pie.

Don Fermín entró al living acompañado de Cabrejos. Se alarmó viendo el rostro enfurecido de su hermano.

—Bruno. . . ¿Qué pasa? —le preguntó—. Te presento al ingeniero. . .

—Cabrejos Seminario. . . Puedo decir que lo conozco —respondió don Bruno, y le estrechó la mano al señor piurano.

El furor de su rostro se fundió súbitamente. Examinó la camisa de sport, color verde claro y con botones rojos, del ingeniero.

—Algo pasa, Fermín —dijo, luego, con energía—. He explicado a tu hermosa y clemente esposa, a tu mujer ante cuyo honor y nobleza me inclino, todas las condiciones que puse para enviar a mis colonos a tu mina. Ella te los dirá con más calma, con la necesaria claridad de que a veces yo no soy capaz. Pero me ha dicho que el Rendón Willka ha sido nombrado por ti capataz de mis indios. ¡Quiero verlo inmediatamente!

—Lo haré llamar —dijo el ingeniero.

—Tenga esa gentileza, señor ingeniero, y dispénseme un favor. Le ruego que no asista a mi charla con ese ex indio. Hemos de hablar en quechua. Sólo Fermín es necesario.

—Me parece bien, amigo don Bruno. Yo seguiré dirigiendo el trabajo. ¡Adiós!

Cabrejos no se despidió. Pasó como apurado delante de Matilde y de don Bruno, y salió a la terraza. "Buen aprieto para el «serrano». Sin embargo, ese «indio» puede salvarlo. ¡Claro que puede! Aunque este gamonal antiguo sabe bien lo que quiere y debe tener un buen estilete para encontrar el doblez de los cholos. Que vaya el Rendón frente a ese toro", pensaba Cabrejos mientras bajaba al torrente para luego subir a la mina, en el jeep.

—Oye, Fermín —dijo don Bruno, cuando salió Cabrejos—. ¿No le ves la cara de Judas a ese mequetrefe? ¡Camisa verde con botones rojos! Signo, además, de que le gusta en materia de trapos lo que prefieren las mujeres. ¡Parece uno de los monillos que usan las mestizas! ¡Qué mundo el que viene llegando! Pero es el Rendón el que me inquieta. Yo lo desnudo a ése delante de ustedes. Yo sé cómo raspar los disfraces, las malas mañas, el falso cuero con que quieren amañarse y engañarnos. ¡A mí! Ni mestizas ni cholos me engañan, por fino que hilen. Así les hayan afilado las uñas en Lima. Los veré mejor. Yo no te autoricé, Fermín, a que les pusieras capataz a mis indios. No los necesitan. Sus cabecillas, óyeme, ¿no te acuerdas de ellos? ¿La preocupación por los negocios te ha hecho olvidar los árboles, los más grandes de tu infancia? K'oto es sabio, obediente; su carne no tiene apetitos prohibidos. K'oyowasi es más humilde todavía; cree en Dios y en nosotros. En ti también, Fermín, en ti, que me has hecho llorar sangre. Te respeta igual que a mí, porque eres hijo de mi padre. . .

—¿Entiendes de minas, Bruno? —preguntó don Fermín, con tranquilidad que contrastaba y que apagó, por un instante, el arrebato de su hermano.

—Y. . . ¿Por qué ha de entender ese cholo renegado?

—Lo hemos instruido cuidadosamente, para que vigile por la vida de los "colonos". . .

—La vida de mis indios no importa. No importa nada. . .

Don Bruno se inquietó al descubrir que Matilde palidecía. Él no había dejado de observarla.

—Sí, Matilde. No te asustes de ese modo. ¿Qué es la vida cuando cae en el fango del pecado, sobre todo de la ambición? Yo prefiero la muerte de mis indios antes que se contaminen. Tú eres valiente. Estás solita en medio de estos cerros que de noche no duermen, sino que luchan y silban. Sus aguas están, de veras, llenas de "encantos": sirenas, toros de oro, picaflores de candela... Amas a este gran señor de la ambición. La mujer fue creada para calmar o espolear al hombre, para quemarlo. A mí me queman. ¿Sabes cómo me odiaba, Fermín, a mí, que soy su hermano? ¿Sabes cómo odiaba a su padre? ¿Cómo ansía la muerte de mi madre que está agonizando?

—¿Qué tiene que hacer toda esa sucia obsesión tuya con lo del capataz? —preguntó Fermín, ya iracundo.

—Perdón, Matilde —continuó don Bruno, sin tener en cuenta el furor de su hermano—. Que tu corazón me olvide. Tiene que hacer porque el egoísmo y la ambición son ahora los peores enemigos de Dios.

—¡Claro! Porque si prenden en el ánimo de los "colonos", ellos te devorarían —contestó el minero.

—Que me devoren no importa, oye, orín del dinero. Lo que me importa es que ellos no se devoren. Yo no estimo mi vida; no tanto como la tuya, pero está manchada para siempre. Sólo que yo voy al panteón a pedirle perdón a mi padre, mientras mi potro me espera en la gran puerta; y tú sigues revolviendo conciencias, soplando el fuego de la ambición.

—¡Hermano! —exclamó casi rendido el minero—. Admiro tu moral. La admiro de veras, pero no comparto de ella. Es de los viejos tiempos. No discutamos. Abrimos heridas, les echamos sal cada vez que lo hacemos. ¿Por qué no esperas a Rendón Willka? Si después de hablar con él lo repudias, de aquí mismo, de la terraza, lo obligaré a que se marche de frente a su comunidad. No le permitiré ni que baje de nuevo al caserío.

—¡Sí, Bruno! ¡Yo te creo! ¡Yo sí te creo! Y creo en que por lo menos ustedes se respetarán. ¡Bastaría con eso! —dijo Matilde, acercándose a su cuñado, mirándolo detenidamente.

—Yo lo quiero, hermana. ¿Te espantas? Es mi hermano mayor. Rezo por él, por él ruego, y no me escuchan ni Dios ni mi padre. Por eso lo quiero. ¿No ves? Le he enviado mis quinientos indios...

Matilde enjugó el sudor que había brotado en la frente del hacendado; con un fino pañuelo le limpió la frente y las sienes.

Tan de cerca, Bruno examinó los ojos de su cuñada.

—Hermana —le dijo—, junto a mi casa hacienda, en el río grande, hay unas piedras que los rayos quebraron no sé en qué tiempos. Las caras que el rayo hizo en esas piedras parecen nuevas; no han sido bien gastadas ni por las lluvias ni por las crecientes. Allí, sobre esas superficies que están, parece, nuevas, la luz de las cum-

bres se queda, reposa. ¡Yo la he visto mucho! Lo áspero de la piedra retiene, pues, al sol agonizante. En sus granos vive, dulce, y tranquilizando a todo corazón. Yo he llegado a la más grande. Todo se enfría y se apaga pronto menos esa piedra, que escucha, que sabe oír. Será el canto de mis torcazas y de los insectos que le transmiten lo tibio de sus sangres. Tus ojos son del color de esa piedra, Matilde; casi, casi tienen ese aliento. Sin embargo, hermana, hay, sí, hay algo del plomo de la ambición en el bello fondo de tus dos ojos... de los dos...

—¡Tu pistola, Bruno! —dijo el minero.

Había ingresado al escritorio mientras su hermano se rendía ante Matilde.

—¡Ah, Dios grande! ¡Esto es obra de Bellido! —exclamó don Bruno.

La viejísima arma brillaba. Sobre la cacha sobresalía una placa muy angosta de oro, y allí se leía claramente: "Bruno Aragón de Peralta", y la fecha.

—Funciona a la perfección. Está cargada; dos cañones con bala y tres con perdigones. Uno de los cañones no ha sido posible limpiarlo. Parece que la carga de bala se ha petrificado allí. No se debe disparar de muy lejos con esta arma; los cañones cortos desperdigan mucho la munición de paloma; pero con bala puedes acertarle a un venado desde unos sesenta metros o algo más.

Don Bruno besó el arma y abrazó a su hermano.

—Gracias, Fermín —dijo y reprimió un "mal pensamiento"; iba a repetir en voz alta lo que su pensamiento le revelaba: "Lo ha hecho por halagarme para que lo ayude con mis indios. Si no fuera por eso, la habría alistado para "cazarme como a un venado en el monte".

Matilde examinó con los ojos la pistola:

—Ésa sí que la fabricaron sólo para ser manejada por hombres —dijo—. Es grande y tiene un aspecto que causa un poco de miedo y otro poco de risa.

—La mujer, pues, antes, tenía miedo por las armas. Era tranquila, obediente.

—Ahora valemos más.

—Sí, Matilde. Más; para más desbarajuste y remolino...

—¡Buenas tardes, patrona, patrones! —se oyó en la puerta la voz de Demetrio.

Demoraron en llamarlo. Y él se vistió con su traje nuevo de varayok' para asistir al encuentro de don Bruno.

Sostenía la montera a la altura del pecho, con una mano, y con la otra la corta vara. Sus cabellos estaban discretamente peinados.

—Buenas tardes, hijo —contestó Matilde.

—Buenas —dijo don Fermín.

Don Bruno no contestó el saludo. Rendón permaneció en la puerta, de espaldas a la luz. El sol se acercaba ya a las cumbres del otro

lado del río grande. El hacendado empezó a mirar el rostro y todo el cuerpo del capataz. Vio la cruz reluciente de la vara, los zapatos toscos, de hechura indígena. Luego detuvo la mirada sobre o dentro de los ojos de Rendón, largo rato.

—*Yayayku*... —empezó a rezar en quechua.

—*Hanak' pachapi kak'*... —Rendón concluyó el Padrenuestro, pronunciando las palabras con tono profundo.

—¿Crees en Dios? —le preguntó en castellano, no en quechua.

—Sí, patrón.

—¿Dónde está?

—En mi corazón. En todas partes...

Don Bruno sintió que la rigidez de su cuerpo se relajaba.

—Besa la cruz, indio —ordenó.

Demetrio se puso de rodillas y besó la cruz de su vara.

"¡Esto es vergonzoso, cruel, pero fascina!", reflexionó Matilde, contemplando absorta la escena. El minero examinaba con más cuidado aún a Rendón. "¡Tigres!", exclamó para sí; "éste es un actor bárbaro o un creyente más bárbaro. No me importa. Tres semanas solamente y lo largo".

—¿Qué han hecho mis indios? —preguntó en quechua don Bruno.

—Están trabajando en faena, mejor que la hormiga. Don Adrián, don Santos, *k'ollanas*, gritan: ¡Wifááá! Treinta lahuaymarcas están acompañando a tus criaturas, patrón. Todo, todo, hombres de otros pueblos se asustan con el trabajo de tus criaturas. Están cumpliendo. No hay fatiga, patrón; no hay rabia; en lo oscuro están trabajando, según el mando del Señor... Con nadie hablan. Yo sólo en la mina, capataz; en la luz de afuera me separo con los lahuaymarcas, los hijos de tu padre, don Bruno.

—¿Por qué te separas?

—Orden del patrón, don Fermín.

—¿Yo soy "Caín", soy un "maldecido", un "condenado"? ¡Levántate y contéstame!

Rendón se puso de pie en el marco de la puerta.

—Patrón don Bruno, patrón don Fermín, ¿no están ya juntos en la casa de la mina, con la presencia de flor de mi señora, de mi señora grande, Matilde?

—¡Contesta, indio, a la pregunta! El indio no ha de preguntar si le interrogan.

—Mi señora grande feliz, como árbol regado donde canta la paloma, donde el picaflor juega. Tú rezas, patrón; tú lloras triste. Tu potro está brillando en la luz. No eres "Caín" ni maldecido. Perdón le pides a Nuestro Señor Dios. Los patrones grandes, sienten más su carne que el indio. Por eso tienen capilla; por eso, como están cerca del Señor, sufren más; responden por más. Patrón don Bruno, patrón don Fermín, yo con la cruz de mi vara hablo, porque me ordenan: el infierno está más cerca del patrón...

—¡Entra, Demetrio; avanza un poco! —le ordenó don Bruno con expresión casi temblorosa.

Cuando Demetrio estuvo sobre el piso encerado del living, a un paso del hacendado, éste le dijo:

—Rendón: ya no eres un común, un indio de ordinario. Pero sigues indio. Dios habrá dispuesto cómo y para qué. Sabes mucho, entiendes, tienes pensamiento. ¿Adónde llegarás? No al mal, Rendón Willka. ¡Lo sé! Hablas como indio, aunque con tanto entendimiento que ligas a mi potro con la luz de afuera y sabes lo que es un patrón. Tú estás sabiendo mejor que otros lo que en mi corazón hay de sucio y de limpio. Por eso no te averiguo tu juicio sobre mi hermano. ¡Mejor no! ¡Que Dios no te abandone! Cuida a mis criaturas. Tú sabes cómo. Son tus hermanos.

Lo iba a despedir. Rendón contemplaba el rostro dulcificado y doloroso del hacendado, con cierta ternura. Pero en su actitud, la vara en la mano, rígido y sereno, Matilde pareció advertir un sutil y clarísimo asomo de majestad. "Es como una montaña. ¡Le tengo miedo!"

—¿Cuál es el vicio peor? —preguntó don Bruno—. No he de interrogarte más.

—La ambición, don Bruno. Eso cría gusanos en el tuétano de los huesos.

—¡Basta, hijo! Yo te bendigo. Tú defenderás a mis indios. A mí también. ¡Vete con el amparo de los ángeles!

—Aún no —replicó don Fermín.

Se acercó al capataz hasta quedar más cerca de él que don Bruno.

—¿No eres ambicioso, Rendón? —le preguntó fríamente.

—Sólo para lo que Dios permite, patrón.

—¿Y qué?

—Estoy a tu servicio, al de don Bruno también; a mis hermanos también sirvo.

—¿Por qué?

—Servicio, patrón, es servicio, pues.

—¡Suficiente! —exclamó don Bruno, ya en castellano—. Yo lo hice llamar; tengo que irme. Debo hablar con mis indios y mandones. Todo está en su sitio, Fermín. A Rendón puedes confesarlo todos los días que quieras, aunque no sé qué más desearías saber.

—Bien, Bruno. ¿Estás contento, entonces, con Rendón?

—Le he dado mi bendición. Creo en él.

—¿Me dejas a los quinientos hombres por tres semanas? Yo les daré alimentación. ¡En tres semanas quiebro a la Wisther! La hazaña será de los "colonos".

—¿Para qué?

—Hemos hablado horas de horas sobre este asunto. ¿Prefieres que vengan los gringos a dominar nuestros pueblos?

—¡Bruno! —suplicó Matilde.

—Cuatro semanas si son necesarias, Fermín. Voy esta noche a hablar con nuestro padre, a su sepultura. Lo que se ha empezado que se haga. ¡Rendón: tú y Carhuamayo me responden! ¿Ves esta vieja pistola? Si los pueblos se incendian de pecados, yo mataré al principal responsable. Con esta arma, mi abuelo y mi padre tumbaron a los bandoleros.

—¡Está bien, señor! ¡Está bien, patrón! La muerte existe —contestó Rendón.

—Puedes irte —ordenó el minero.

Demetrio se inclinó ante los tres señores, y retrocedió para no darles la espalda, hasta el dintel de la puerta. Allí se puso su montera y salió a la terraza. El potro blanco permanecía quieto, casi como un oficial de ejército; recibía en su piel lustrosa la luz del sol declinante que iba cambiando de color.

—¡"Lucero"! Te estoy conociendo —le dijo Rendón en voz baja—. El camión te va a enterrar, ¡caray! "Lucero." Puede más que tú, y el hombre, pues, lo ha hecho. El hombre, pues, está ganando. "Lucero". Despídete. El sol te prefiere, te hace grande, por gusto.

Bajó feliz hacia el caserío y volvió a la mina.

Por la noche, Carhuamayo se presentó a la puerta de la choza grande que la comunidad misma había construido para los lahuaymarcas, cerca de la "barriada" de los puneños.

—El patrón te llama —le dijo en castellano.

Los treinta comuneros se pusieron de pie al mismo tiempo que Demetrio.

—Buenas noches, amigos —saludó el mandón a los comuneros.

—Buenas noches, padrecito mandón.

Salió Demetrio, y a cierta distancia lo siguió el *k'ollana* Justo Pariona y otro mozo de Lahuaymarca.

Carhuamayo no habló en el camino.

—Vistes de indio, vistes de mestizo. ¿Crees en Dios? —preguntó a Demetrio, en quechua, cuando estuvieron a pocos metros del galpón.

—Dios hay, padrecito mandón. Pero quieren vencerlo, ¿no? Quieren vencerlo. Mas todavía en Lima . . .

—Tú has llegado de allá. ¿A qué?

—Padre Carhuamayo, ¿no sabes? ¿Me preguntas? Soy servicio del Dios, Él quiere que no haya rabia, que no haya suciedad en el alma, gusanos en el tuétano. ¡El hombre tiene que ayudar, pues! El que está limpio.

—Nadie está limpio.

—¿Nadie? ¡Carhuamayo! Si te echan suciedad a tu cabeza, no eres culpable. Si tú alimentas la envidia, la ambición en tu alma; tú mismo; entonces tú mismo eres sucio. Y está, pues, habiendo en los pueblos más y más corrompidos que te echan piojos a la cabeza, agua podrida de su sangre a tu sangre. El Dios necesita auxilio de los que no fabrican pestilencia, como tú, padrecito mandón.

—¡Bien, hijo; bien! Ahora no se te conoce, de primeras. Pareces otro.

Abrió con una llave la puerta del galpón. Don Bruno estaba sentado en la silla de vaqueta sobre la plataforma. El potro blanco seguía cuadrado a un extremo de la plataforma, y aún la débil luz de los focos lo iluminaba, repercutía sobre su piel y parecía más fuerte en el cuerpo del animal, que orejeaba, como hablando.

—Demetrio Rendón Willka, comunero de Lahuaymarca, hijo de Dios —habló en quechua el patrón, sin mirar al capataz. Los quinientos indios permanecían de pie junto a la plataforma, ordenados en grupos de diez, aunque desde abajo no se podía distinguir bien la formación—. Rendón Willka: puedes entrar a este galpón cuando quieras, a tomar consejo con los mandones de mis indios y con los cabecillas. Te confío a mis criaturas. Te ordeno que los cuides. ¡Sube!

Rendón subió por las gradas de adobe.

El hacendado se puso de pie.

—¡Indios! —dijo—. Yo también digo que Demetrio Rendón Willka será mando de ustedes en la mina. Su voz es limpia como el viento de la madrugada.

—¡Ari, papay! [1] —dijo don Adrián K'oto.

—¡Arí, papay! —repitió en coro la masa de siervos, sin reflejar entusiasmo pero con firmeza. Les estaba prohibido opinar aun con el tono de la voz.

Rendón se arrodilló al escuchar el coro. Percibió con claridad, cómo se habían atrevido a revelar su animación recóndita, que don Bruno debió haber sentido igual o más que Rendón. Ese matiz del tono era en algo semejante a la luz que se concentraba en la piel del potro "Lucero". Brotaba sin que pudiera echársele la culpa. "También la poca claridad de las estrellas se hace grande cuando tiene dónde; en el cuerpo del «Lucero»; en mí, en mí", reflexionó tranquilo Demetrio.

—Vete ya, hijo. ¡Levántate! —le ordenó don Bruno.

Los dos cabecillas lo acompañaron hasta la puerta.

—Para siempre con nosotros —le dijo K'oto.

—Para siempre, pues, Lahuaymarca con "La Providencia", con Paraybamba también —contestó Rendón.

—Por siempre —repitió K'oyowasi.

Justo Pariona y el otro mozo esperaban a Demetrio en la orilla del torrente; por el camino de a pie, donde el río pequeño estaba cruzado por un puente de madera.

—Don Bruno me ha dado mando sobre los colonos. ¡Ahora todo mejor! —dijo.

Rendón prefirió pasar por la callejuela del caserío y no por el campo.

[1] Sí, padre nuestro.

—¡Ven, cholo! ¡Toma una cerveza conmigo! —lo llamó Antenor que bebía con su compañero que lo estuvo persiguiendo luego de la discusión con Portales.

—Ahorita no, don Antenor. Estoy de comisión. Yo bueno para cervecita. Mañana, pues. Perdón; tú, jefe, comprendiendo —y le mostró su vara.

Antenor dudó.

—Tú, jefe, comprendiendo. Estoy de vara —repitió Demetrio.

—Sí, cholo. Disciplina, siempre. Hasta otra ocasión.

Nadie más los llamó. Algunas mujeres lo observaron con curiosidad. La callejuela ya no estaba muy concurrida a esa hora, pero dos radiolas tragamonedas funcionaban a su mayor volumen y el caserío se estremecía con la voz de un chachachá y de una muliza; se estremecía y daba la impresión de estar congestionada. Lejos, a doscientos metros, aún llegaba la música mezclada. Demetrio no lograba separar bien la dulce melodía de la canción jaujina del ritmo endiablado de la danza extranjera.

—Pero todo bien, a su tiempo, según su lugar, según el corazón. ¡Defender el corazón! —dijo.

—Sí, varayok' grande —le contestó Pariona.

Rendón no creyó haber hablado en voz alta. Se sonrió; abrazó a sus acompañantes y se puso a cantar en quechua improvisando la letra:

La sangre del gavilán
he tomado,
y con él al viento fuerte
que no se acaba,
Justo Pariona.

El *k'ollana* le contestó:

El gavilán vuela sin descanso,
Rendón Willka;
si has bebido su sangre
puedes ver adónde cae la noche,
de dónde brota el día.

—¡A ver, tú, mozo! —le pidió Rendón al otro joven que los acompañaba.

Rendón Willka,
de noche estamos andando,
si has tomado sangre de gavilán
no podrás extraviar el camino.

—¡Mak'ta![1] —gritó Rendón—. Mozo de Lahuaymarca, grande. ¡Carago! No hay cuesta para nosotros; no hay barranco, no hay fierro que no se tuerza ni pescuezo de toro que no se doble.

—Así es, varayok' grande —afirmó el joven.

Don Bruno rezaba sobre la tumba de su padre, casi a la media noche. El panteonero esperaba en la puerta, sentado junto al potro blanco que parecía protegerlo.

Don Fermín y su mujer dormían. Matilde había admitido que Rendón Willka era, de veras, peligroso. Y soñaba algo agitada, que don Bruno la arrastraba hacia el río; le gritaba que sus ojos eran del color de las piedras que una tempestad de rayos había despedazado en la quebrada. "Debes morir antes que la ambición pudra tus ojos; no son tuyos sino de mi río; de mis piedras", le gritaba su cuñado.

—¡Hay que matarlo, Fermín! ¡Dale un balazo!

—¿Qué pasa? ¿A quién? —dijo sobresaltado el minero, y prendió la lámpara.

Matilde estaba ya sentada. Sudaba un poco y frío. Parecía espantada.

—¡A Bruno! —dijo el minero—. Te convenciste.

Matilde abrazó a su marido y se echó a sollozar.

—¿Tú? ¿Tú, Matilde?

—Prefiero la realidad al sueño. Acepto tu plan, querido. ¡Lo acepto!

Luego miró a su esposo, con los ojos aún empapados, pero con una expresión firme y enérgica, como si ordenara la consumación de algo muy grave.

Don Fermín la besó en las mejillas. Le acarició la cabeza.

—¡Amor! Todo se hará a su debido tiempo. Ahora duerme tranquila.

Y apagó la luz.

Gregorio tuvo tiempo de bajar a la villa, hacia la media noche del viernes. Fue a pie. Sólo cinco días habían transcurrido desde la llegada de los colonos.

Cabrejos le dio la orden, repentinamente, ya avanzada la noche del jueves; le obligó a que cumpliera a la mañana siguiente su plan de atemorizar a los indios, simulando el grito de un *amaru* desde el fondo de la mina. "La serpiente *Amaru* es lo que más temen los indios, sean colonos o comuneros —había dicho Gregorio—. El *Ama-*

[1] Joven, convertido en adjetivo.

ru es para ellos la laguna que se encrespa cuando se enfurece; el *Amaru* dispone la sequía o las lluvias que malogran la tierra. Y dicen que vive en el fondo de los lagos o en las cuevas hondas, donde gotea agua; el agua de todo el cuerpo de los cerros, que ellos, los indios, pues, adoran. Si yo grito bien, en falsete, como silbando, desde la oscuridad de la mina, y salgo un poco afuera para que oigan más claro el espanto de la serpiente, van a correrse como locos, todos."

—Menos Rendón —advirtió Cabrejos.

—Si él se planta, lo degüello. ¡Deme un cuchillo! Ya es demasiado ese cholo. Así lo siento.

—¿Degüellas al Rendón?

—Si tengo cuchillo.

—Él lleva vara; con el Cristo de plata puede abrirte el cráneo.

—¡Cómo se sabe usté es costeño, ingeniero! Un alcalde no golpea pues, nunca con la vara, precisamente porque tiene cruz. Deme el cuchillo. Yo tengo que ser grande para llegar a la altura de Asunta de la Torre.

—Muy grande, Gregorio. Pero no necesitarás el cuchillo. Rendón no va a plantarse. Yo ordenaré que él cumpla a la hora fijada una comisión urgente con los carrilanos. No estará adentro.

—No confío en ese cholo. Yo tengo una cuchilla "Toro"; es regular no más, pero con seguro. Mejor sería una grande. La llevaré por si acaso.

—Bien, Gregorio. Aquí tienes más dinero, otros tres mil. Sigue con cuidado las instrucciones. Tienes el plano, allí aparece bien marcada la ruta que debes seguir en la mina. Te he dado una linterna potente y un reloj que marcará bien la hora. Está probado. Hemos seguido juntos la ruta. Nadie nos ha visto. Yo soy el ingeniero jefe. El sitio donde debes esconderte hasta la noche es insospechable; nadie lo descubrirá. Son las once en punto, a las cinco de la mañana tú debes estar entrando a la mina, vestido de indio.

—Eso es lo único que no me gusta. ¿Para qué me voy disfrazar, igual que el Demetrio?

La parte alta izquierda de su cara endureció aún más. Interrogaba con esa especie de confusión o de irregularidad de su rostro, más intensamente que con las palabras. Su expresión, entonces, se infundía, además, de una especie de tristeza y serenidad.

—Conviene a mis fines, Gregorio. Si falla algo y te descubren, declararás que lo hiciste por odio a Demetrio. Habrá un detalle que yo sabré aprovechar para la defensa de ambos.

—¡No fallará, ingeniero! Conozco bien a los indios.

—Pero no conoces todo lo que se mueve alrededor de la riqueza de esta mina. ¡Cuídate! Don Fermín tiene espías; es más astuto que un zorro. Y, por último, yo te pago bien; es una orden que tienes que cumplir; acuérdate que la ropa de indio la compré hace mucho tiempo para mí; para mí, Gregorio. Y firma este papel. Dice únicamente que recibes tres mil soles.

Gregorio leyó el documento en que él dejaba constancia de haber pedido al ingeniero tres mil soles para realizar un viaje urgente.

—Está bien, ingeniero: aunque yo no necesito viajar, cumplo. Usté verá a los guanacos de "La Providencia" zafar de la mina gritando como locos. Si al Demetrio me lo encuentro en la mina, le meto la linterna super en los ojos, y lo "madrugo"...

La parte rígida de su cara entristeció más aún. "Lo calculado es justo para este enfermo, que cumplirá porque es artista enamorado. En frío no degollaría un conejo, este artista", reflexionó Cabrejos, y Gregorio sintió el pensamiento del ingeniero, en la acerada luz de sus ojos que se dirigían a él como a una bestiecita pobre. "Me está despreciando —pensó Gregorio—. Este maricón traicionero; este "blanquiñocito" al que yo me lo comería si no fuera por la Wisther-Bozart que dicen tiene de la oreja hasta al gobierno. Así y todo, se lo van a comer aquí. ¡Seguro! Yo haré una embarrada mañana, porque tengo que ser grande, Asunta."

—Me voy, ingeniero. Mañana, en la noche usté me estará felicitando.

—Y con mucha plata, Gregorio. ¡Adiós!

Gregorio llegó a la puerta de la tienda de Asunta, ya vestido de indio. Había templado finamente su charango. Le había echado una bocanada de aliento del fuerte cañazo de Huanca a la caja, por el ojo del instrumento. Bebió dos largos tragos de una pequeña botella y transmitió al charango "su propio corazón", el de Gregorio, lanzando su respiración fuertemente perfumada al instrumento. No había sino luz de estrellas; ese resplandor que no marca los perfiles sino que los funde. Los árboles sedientos de la plaza enviaban sus sombras al espíritu del músico, se estiraban hasta él, le tocaban las manos. El ojo inmóvil de Gregorio, fijo en el bajo dintel de la tienda, parecía haber recibido el silencio de todas las cosas del mundo que la luz estelar amante, exalta, lleva, especialmente al atento corazón, la imagen total de la morada en que estamos viviendo.

Las primeras notas, punteadas, del charango, alcanzaron todas las alturas y profundidades. El ojo sano del músico brillaba, ahogaba en dichosa luz todo lo que en Gregorio era vida. De esa luz brotaban las notas límpidas de cada cuerda, que los dedos tañían con suavidad y energía no superables. ¿Desde qué honduras de la tierra y del hombre andino y europeo confundidos llegaban esas notas en que el universo nocturno se recreaba llorando? Asunta despertó, en seguida:

Flor de los campos,
lirio y eucalipto...

La voz de Gregorio, inconfundible, por grave e intensa, fue llevada por el aire, hundiéndose en la materia de todas las cosas, y repercutiendo de ellas, más enardecida y transparente:

Lirio y eucalipto,
río y monte, palomitas,
ayúdenme a decirle a Asunta:
más que las flores,
más que la vida eres tú.

Estoy cantando en tu puerta,
lirio y eucalipto:
quizá mi llanto
fuerce tu acero;
sangre estoy llorando,
lirio y eucalipto;
quizá mi sombra,
dando vueltas, rendida,
quizá, Asunta, te convenza:
más que las flores,
más que la vida eres tú.

Esperó. tocando muy bajo la melodía del huayno[1] en las cuerdas del charango. La luz nocturna esperaba con la música. La joven se acercó a la puerta; habló con voz clara:

—Gracias. ¡Te creo! Anda, vete, anda, vete. . . Sí, Gregorio. Quizás después. ¡Anda, vete! No soy de nadie.

—¡Dios mío! —exclamó el mestizo. E improvisó sólo dos versos más:

El gavilán de noche llora,
llora el gavilán presintiendo el día . . .

Y en un impulso irrefrenable depositó en la rendija que había entre la puerta de madera y la piedra del falso dintel, un paquete con los seis mil soles. Escribió, con su letra muy torpe: "Perdón, señorita; perdón, pues; quizás me voy, quizás adónde."

Dos indios de Lahuaymarca que habían seguido a Gregorio desde la mina, que lo habían vigilado en el camino, midiendo bien la distancia para que el charanguista no oyera el ruido de sus sandalias, se acercaron en el pueblo hasta muy cerca de la esquina y la puerta donde cantó el charanguista. Sólo Filiberto Maywa, el joven k'ollana que mandaba la pareja entendió la letra de las canciones, el otro no oyó sino algunas palabras; "lirio y eucalipto", "palomita", "gavilán". Pero ambos se apretaron contra la pared al oirlo, y mucho más, cuando al final, "punteó" la melodía en el charango. Sintieron la melancolía de la música, y mucho más el hilo de esperanza que vibraba en la médula del triste canto. Se acercaron más a la tienda. Y se regocijaron con los dos últimos versos:

[1] Canción de origen prehispánico que todas las clases sociales de los pueblos andinos del Perú componen en quechua o castellano y en ambos idiomas.

"¡Es el Gregorio, del inginiero! Enamorando a la niña Asunta. ¡Pobrecito! ¿Por qué se habrá puesto vestido de comunero?", dijo Filiberto. Lo vieron depositar algo bajo la puerta, y volver casi corriendo hacia el camino de Apark'ora. Lo dejaron pasar. Se acercaron, descalzos, a la puerta de la tienda. Levantaron el paquete de billetes, vieron que había escrito unas líneas sobre el papel que envolvía los cheques y lo volvieron a poner en el mismo sitio. "Mucha plata. Algo sucede", dijo Filiberto. "La niña seguro le ha aceptado el canto." Y llegaron a la choza de Apark'ora cuando Rendón Willka presidía ya el cabildo. Allí contaron lo que habían visto y oído. Tuvieron que caminar cuidándose de los madrugadores. Creyeron que la aventura del ayudante del ingeniero había concluido, ese día, con la serenata.

Justo Pariona y el mozo que lo acompañó a escoltar a Rendón vieron salir a un indio, de la habitación con techo de calamina que habían construido tras el departamento del ingeniero jefe. Ya amanecía; aunque las estrellas se mostraban aún, estaban apagándose. El departamento de Cabrejos ocupaba la parte alta de la quebrada; bastante cerca de la casa patronal. A pocos metros un edificio igual permanecía desocupado.

Los dos jóvenes siguieron atentamente la marcha del indio solitario. Ellos permanecían ocultos bajo la sombra de un grupito de arbustos, casi a la altura del departamento de Cabrejos, pero al otro lado de la quebrada, en el de la boca mina.

El lucero del alba se encendió fuertemente.

—No es Lahuaymarca, no es Paraybamba . . .

—¡Es Cuzco! ¿De qué pueblo?

—¡No sé! ¿Es gente?

—El lucero lo está alumbrando bien. Es gente —dijo Justo Pariona, el *k'ollana*—. Algo quiere.

—¡A la mina anda! —exclamó en voz baja el otro mozo. Lo siguieron, reptando la montaña.

Y vieron que entraba a la mina. Las cintas plateadas de su montera brillaron claramenee, cuando el hombre traspuso la boca mina. Ningún guardián salió de la caseta de vigilancia. Bajaron, siempre reptando, los dos comuneros; el resplandor naciente de la madrugada clareaba sobre la cumbre del Pukasira.

Rendón Willka había decidido vigilar a Cabrejos, día y noche, con sus hombres de la comunidad.

Cuando Justo Pariona entró a la choza grande de los lahuaymarcas, ya los encargados de hacer el "almuerzo" habían prendido el fogón. Demetrio estaba sentado junto a su cama de pellejos, sobre un adobe.

—Salió del cuarto de calamina del Gregorio. Estaba de indio. Y ha entrado a la mina —le informó el *k'ollana*.

—Justo: llama a los comuneros. Tenemos que acordar en cabildo. ¡Rápido! —exclamó Demetrio.

Y Cabrejos vio con inquietud que Rendón Willka y sus treinta hombres se dirigían en fila de a uno, a paso de carrera, una hora antes del tiempo convenido, hacia el galpón de los siervos.

"¿Vigilará mis pasos ese cholo zorro?", reflexionó. "Debo tomar contramedidas."

Ingresar con un intérprete en el galpón podía despertar sospechas.

Lanzó una señal con su silbato; la repitió varias veces. Rendón Willka, en lugar de detenerse, aligeró la carrera.

"¡Maldito! Algo sabe, algo ha visto. En vez de obedecer corre más. Y al galpón sólo podría entrar yo. ¿Habrá cometido algún descuido ese miserable artista? Se ha tomado media botella de cañazo. No debí dejarle ni una gota."

Rendón Willka tocó sin mucha violencia la puerta del galpón. Le abrieron inmediatamente, y los comuneros ingresaron. Luego cerraron la puerta.

Alberto Camargo, capitán de la mina y los tres jefes de guardia se presentaron ante Cabrejos que bajaba ya en jeep hacia el caserío.

—¿Qué pasa, ingeniero? —preguntó Camargo.

Cabrejos detuvo el jeep.

—¿No ha visto usted que los comuneros, al mando de Rendón Willka, han cruzado a la carrera el puente y se han metido en el galpón de los colonos? ¿Por qué? Falta una hora para la iniciación del turno.

—Ingeniero; los indios tienen sus costumbres. Creí que había otra alarma —contestó Camargo.

—Sospecho de Rendón Willka.

—Perdón, ingeniero. Soy hombre de esta mina desde que comenzaron los trabajos, cuando éramos sólo veinte obreros con el Ingeniero Pisculich. No he visto desde entonces trabajar más a nadie que a ese cholo ni dirigir mejor a indios que, según nuestra experiencia, no servían para nada en una mina. Usted también los ha visto. ¿Por qué sospecha, ingeniero?

—Tiene ideas políticas.

—¿Quién no? Ha estado en Lima.

—Por precaución envíe a algún hombre de confianza que sepa bien quechua. Que vaya a escuchar desde la puerta del galpón.

—¿Hombre de confianza para eso? ¿Quién puede ser? Yo, como soy de Cutervo. . .

—No sabe quechua. Llame a Policarpo Lluta Febres.

—¿Policarpo Lluta . . . ? ¡Ah, sí! Es de Chuquibamba. ¿Usted le tiene confianza?

Dejaron en el camino a los vigilantes.

Lluta Febres metía la cabeza en un balde de agua, cuando Cabrejos entró hasta el pequeño corral del cuarto que ocupaba en el caserío.

—¿Has bebido? —le preguntó Cabrejos.

Y, con asombro de Camargo, el ingeniero levantó una toalla

muy sucia que colgaba de una percha de madera, y le secó apresuradamente la cabeza al carrilano. Era el mismo que reprochó a Portales por la confusión que los obreros políticos creaban entre los obreros, polemizando y defendiendo ideas contrarias.

—Sólo unas cervecitas —dijo, atemorizado—. Pero estoy bien.

—¿Estás bien, de veras? ¿Como para cumplir una misión importante que necesita sobre todo de tus oídos y de tu memoria?

—¡Claro, ingeniero! Un ratito —y entró a su cuarto.

Lo encontraron echando dos patillas de alkaseltzer en un vaso de agua.

—¡Eso demora! —dijo con impaciencia Cabrejos. "Estoy procediendo como un crío, casi como un huevón. ¡Pero no hay más remedio! Necesito saber algo."

El capitán de mina lo seguía observando con sorpresa; le pareció a Cabrejos que con sorpresa no exenta de cierta burla poco reprimida.

—Yo he de acercarte en el jeep. Los comuneros de Lahuaymarca han entrado muy temprano al galpón de los colonos. Eso es sospechoso. ¿Entiendes? —le explicaba Cabrejos a Lluta, mientras manejaba el jeep—. Párate en la puerta y procura escuchar. Tiene rendijas anchas; mira y oye. Yo te espero en el puente. ¡Escucha bien lo que dicen; mira cómo están formados! Quédate allí una media hora, y luego vienes, rápido.

—Claro, ingeniero.

Camargo percibió que Lluta recibía la orden con disgusto. Amigo de don Fermín, el capitán de mina se sintió feliz de haber acudido a los silbatos de Cabrejos. Ahora el ingeniero no podía prescindir de su obligada compañía. Comprendió que en la impaciencia que, a pesar de todo cuanto Cabrejos hacía para dominarla, había algo raro. "He procedido mal", siguió reflexionando Cabrejos. "Ahora estoy exhibiéndome. Debí dejar que las cosas ocurrieran como las circunstancias las han conducido. Luego pude haber conocido acaso mejor, por deducción, lo que el cholo ese sabe y de qué manera procede. Ahora me estoy casi delatando."

—Oiga, Camargo: ¿de veras no le parece a usted algo especial este varayok' nuevo que el señor Aragón ha inventado? —preguntó al capitán de mina.

—Sí, ingeniero. Especial es. Creo que él fue de la idea esa de la vara nueva. Rendón es un cholo avisado. Seguramente, con tantos años que ha estado en Lima, se ha mezclado con los políticos. Pero en estos días y con el trabajo que hay no me parece que tenga lugar para nada malo. Y si es que le han enseñado la política se va a fregar. ¿No ve usted cómo los obreros que entienden de política, más bien nos ayudan? Un aprista prefiere al patrón contra el comunista y viceversa. ¡Que hagan política, mejor! Yo los manejo bien, por eso estoy tranquilo.

—Pero el Rendón es algo nuevo; es otra cosa. No sabemos qué

quiere. Creo que engaña bien a unos y a otros; demasiado bien para ser cholo.

—¿Es cholo? Más parece comunero con entendimiento. Creo que ése no se ha dejado manejar por los politiqueros.

—Es posible. ¿De qué modo ha de manejarlo usted a él?

—¡Ya verá, ya verá! Tengo veinte años de experiencia con cholos, con indios, con politiqueros, con hambrientos. ¡Hay que medir el hambre nada más!

—No me di cuenta que usted tuviera tanto alcance.

—No importa. ¿Para qué era necesario? Usted guía bien el trabajo; hace sus cálculos; orienta como buen ingeniero los tiros. Sus trazos de ayer creo son precisos. Se cumplirán reloj en mano. El manejo de los obreros es en cambio mi oficio.

—Yo me estoy metiendo en su terreno ahora.

—No, ingeniero. Usted es jefe. Tiene más alcance que yo. Creo que algo bueno sabremos si ese Lluta, en verdad, no está todavía con los humos de la borrachera, que en veces son peores que la borrachera.

—No se oye nada, patrón —dijo Lluta—. ¡Nadita se oye! El galpón es bien grande. Eso sí, Rendón y los comuneros están hablando con los indios como por partes, a un lado y a otro lado.

—¿Por grupos?

—¡Eso es, ingeniero!

—Será del trabajo, entonces. Don Bruno autorizó a Rendón para que entre donde "sus indios". ¿Quiere tomar el desayuno conmigo, capitán?

—No, ingeniero. Déjeme en mi casa. Usted tiene otras costumbres en el comer. Mi mujer debe haberme hecho alguna cosita norteña. Nos encontraremos en la mina.

Se bajó primero Lluta Febres.

—¿Nada has oído? —le preguntó el capitán de mina.

—Sólo la palabra "¡Carago, carago!". Creo que con rabia lo decían.

—Eso se dice, pues, cuando uno está con rabia. ¡Que tal seso, de arequipeño! Aunque tú eres de Chuquibamba, que no es de Arequipa sino su último rabo, ya para la parte de los indios.

—Don Camargo: yo soy de muchos pueblos. En Chuquibamba sólo he nacido.

—Eso es peor, amigo. Ser errante . . .

Lluta sintió que el "Capitán" lo insultaba.

—Ya veremos —contestó.

Camargo se sonrió.

—No tiene humos —dijo el ingeniero.

—Falta saber. Ahora está despejadito. ¿Pero cuando usted le dio la orden?

Cabrejos no había buscado la oportunidad de charlar con Camargo sobre asuntos que le permitieran calibrar al capitán de

mina. Lo juzgó como a un empleado cumplido y rutinario. Suponía que era fiel a su patrón y poco sobornable. Aragón le pagaba un jornal alto, y le obsequió a la mujer dos vacas con cría. De veras manejaba con buen tino a los trabajadores. No se habían producido conflictos.

"El Camargo es del norte. Quizá hasta es hijo de los montoneros[1] de Alcázar. Es un criollo serrano que el Fermín ha conquistado con habilidad. Y yo he permanecido sin descubrir esta cabeza. Aragón tiene esa ventaja sobre mí. Es cholo también, en el fondo, como este Camargo, como el propio Rendón, como el Gregorio . . . En cambio yo no alcanzo a llegar bien al fondo de esta gente. La Wisther debió elegir un ingeniero serrano hábil. El Fermín se sabe de memoria a todos los pendejos que criaron estos cerros. Se extravía un poco, me parece, con el Rendón y el fanático feudal de su hermano Bruno. Porque ambos tienen inspiración. Pero los olfatea bien. Y a mí, a mí cree que me ha autopsiado. No me alcanzará jamás, aunque yo cometa errores. La última palabra está dicha, sobre la base de que el gran manto de plata ya es suyo, de él. Así y todo, o por eso mismo, aunque con algo más en los bolsillos, caerá. Lo expulsaremos. Están dictadas las órdenes. El Consorcio me ha dado toda la razón, y la fuerza. ¡Ya entran los mineros! ¡De diez en diez, los indios! ¿Es todavía obra de los incas esta formación, o de ese diablo peligroso del Rendón? De diez en diez nos los iremos comiendo. Si el Apukintu y el Apark'ora son grandes, y más el Pukarisa; el Consorcio tiene una red en que millares de montañas más grandes aún son pequeños insectos atrapados. ¿Cómo pudo haber instantes en que estas montañas me impresionaran tanto? ¡Insectos, nada menos, en una red que cincha al mundo!"

Muy entonado, Cabrejos se dio tiempo para tomar una taza de café con galletas. Luego se dirigió a la mina. No le causó mucha sorpresa encontrar a Camargo solo, esperándolo.

—Don Fermín debe estar durmiendo tranquilo, ahora con su linda mujer —dijo Camargo—. Recuperará todo lo que ha invertido y llegaremos a una señora mina. ¡Grande como el ingeniero Piskulich lo había calculado! Y usted, ingeniero, dicho sea de paso, está siguiendo la misma dirección en que Piskulich insistía. Sobre todo la "chispeada" de tiros que dejamos lista ayer.

—Sí, Camargo. Que vaya más lento el carro —y frenó a la mula—. ¿Usted sabe por qué Aragón de Peralta porfiaba a Piskulich, siendo ignorante, que la dirección de la mina estaba en otro lado?

—Por ignorante, pues, ingeniero. Y porque los señores adinerados son porfiados.

—¿Cree usted, entonces, que Aragón desesperó a Piskulich nada más que por prepotente?

—Así fue.

[1] Guerrilleros. El coronel Alcázar se sublevó contra Leguía.

—No, Camargo.

—Cómo no, ingeniero.

—Me parece, me parece, amigo, que Aragón se comió vivo y calculadamente a Piskulich, que no tuvo la energía suficiente. Es un enfermo de los nervios. Gran ingeniero, pero demasiado orgulloso, demasiado altanero. Y usted no le aconsejó tranquililad a tiempo.

—Yo, señor, no tenía que aconsejar a nadie. Cumplo mis obligaciones. El ingeniero se despidió casi llorando de esta mina. Pero encontrará otra. Él sabe. Y se llevó dinero.

Habían llegado cerca de la zona de las perforaciones cargadas que se harían estallar en la mañana. Ambos estaban protegidos por cascos. Se pusieron máscaras contra el fino polvo que flotaba en el aire y formaba una atmósfera circular alrededor de cada pequeño foco de luz eléctrica.

—Los indios deben estar esperando. Ahora las cosas son al revés. Sobran lamperos —dijo Camargo—. Pero ese Pariona y otros diez comuneros de Lahuaymarca serán perforistas dentro de pocos días, y creo que el indio K'oyowasi, así viejo y con apariencia de perro triste, nos dará veinte enmaderadores. Ya se metió ayer de ayudante. Es buen carpintero; fuerte como una bestia sin alma.

—Si no tuviera alma no podría enmaderar, Camargo.

—Digo no más. Ahora esos colonos han dejado con la boca abierta a todos los obreros.

—El Rendón . . .

—No, ingeniero. Sale de ellos mismos también. Y sus cabecillas son gente, de veras; el Adrián manda. Y Carhuamayo no es sonso, manda. Perdón, ingeniero, pero. . . ese cara e'mierda o cara e'fraile, se orienta.

Miró su reloj.

—Faltan cinco minutos —dijo—. Los estallidos van a ser de los fuertes. Dos series. Habrá trabajo para los seiscientos peones.

—¿Cinco minutos? Estamos a buena distancia, a la prevista. Decía usted que Carhuamayo, el mandón . . .

—Sí. Tiene la religiosidad de su patrón, pero como no es dueño sino pertenencia más bien, con su perdón, nuevamente ingeniero, tiene cara e'mierda triste. ¿Cómo, siendo así . . . ? ¡Oiga, ingeniero, oiga eso. . .!

Camargo saltó en el asiento, temblando. Se puso de pie; sus ojos se dilataron. Detuvo con brutalidad a la mula que arrastraba el carril. Ambos se quitaron las máscaras.

Un grito agudo, como el de una bestia entre herida embistiente, llegó por el túnel. La mula empezó a orejear y levantó la cabeza con el mismo espanto que el capitán de mina.

—¡Ingeniero! —exclamó nuevamente Camargo, completamente rendido. Saltó del carril. La mula empezó a roncar por la nariz.

Otro grito más agudo y penetrante, más desconocido, llegó soplando por la mina. Y un coro, como de loros desafiantes o enloque-

cidos, contestó al grito. La mula pateó con los cascos delanteros. Se puso a temblar. Sus orejas se batían ante los ojos de Camargo. Éste retrocedió hasta la pared del túnel. Vio que Cabrejos sacaba su revólver y avanzaba unos pasos. Corrió hacia él, le arrancó el revólver y le disparó en la frente a la mula, varios tiros. Mientras el animal caía, se oyó un rumor, y luego un vocerío tumultuoso que se aproximaba cada vez más.

—¡Insensato! —dijo Cabrejos y le quitó el revólver a Camargo.

Y nuevamente el grito, acercándose, se prolongó más que los otros; meció el cuerpo de la mula que pateaba echando sangre. Y la respuesta inmediata del coro de voces tan agudas que parecían cortar la montaña y penetraban a la sangre de Camargo como una lengua fría. El propio Cabrejos se estremeció. Sintió que la pistola que retenía en las manos, temblaba por sí sola. Entonces decidió cargarla, y sacó balas de su cinturón.

—¡Usted . . . , usted . . . ! —lo llamaba Camargo; parecía haber perdido el juicio.

Cabrejos se plantó en medio de los rieles, con la pistola en la mano derecha y un reflector en la obra. El tumulto se aproximaba.

Y por cuarta vez el grito recomenzó, de más cerca, y con otro aire, como de vencedor. Pero en ese instante empezó a estallar la cadena de tiros y cortó el grito, como cuando se apaga la luz de una vela al golpe de puño con que se la aplasta.

Camargo se separó del muro; su rostro se iluminó de sentido.

—¡Ingeniero! —exclamó, aproximándosele—. ¡Soy un mierda. . .! Yo hablaba del otro, de Carhuamayo . . . Soy pior. Espero a su lado.

Desenfundó un largo cuchillo que guardaba colgando de la correa de su pantalón, hacia el costado izquierdo.

—Como de los matachines de Cutervo —dijo Cabrejos, viendo que el capitán de mina había vuelto en sí, oyendo los tiros, y lucía la gran hoja de acero.

No aparecieron los indios por el túnel sino los obreros, venían llenando el socavón, tropezando. Ahí estaban quitándose el campo, sin cascos, los apurimeños y arequipeños, los indios puneños que aún no habían aprendido a hablar el castellano . . .

—¡Amárun . . . Amárun Dios . . . ! —gritaba un peón de overol azul.

Cabrejos disparó sobre los postes del dintel, al techo del socavón, mientras exclamaba lanzando el rayo de su linterna sobre los hombres.

—¡Paren, carajo! ¡Cobardes! ¡Paren! ¡Guanacos! ¡Conejos de mierda . . . !

Más encorajinado aún el capitán de mina, se enfrentó al tumulto, iluminándolos con el reflector, cuchillo en mano.

La tropa de peones se detuvo.

Cabrejos siguió disparando, mientras Camargo voceaba:

—¡Conejos! ¡Maricones! ¡Destripo al que avance!

Los reflectores habían casi cegado a la mayor parte de los que formaban la cabeza del tumulto; pero quienes venían huyendo, tras de ellos los empujaban y no oían bien las imprecaciones de Camargo. El peón que llegó gritando, pudo ver a la mula que aún echaba sangre por la cabeza, cuando el reflector se movió a otro sitio.

—¡Amarúú! ¡Comiendo mula! ¡Matando! —gritó con mayor espanto, y se lanzó adelante.

No pudieron detenerlo. Camargo hizo ademán de que le hundiría el cuchillo en el vientre; el peón escapó por un costado. Su voz contagió a los que ocupaban la primera fila y a los otros que arrollaron desde atrás y empujaron a los que tenían la luz de los reflectores sobre los ojos. Escaparon. Muchos cayeron sobre el cuerpo de la mula y se golpearon contra el carril.

Cabrejos y el capitán de mina los dejaron irse, retirándose hasta la pared del túnel. Pero Camargo pudo atrapar a uno.

—¿Tú, güevón? ¿Tú? ¡Te mato! Eres de Cutervo; no un indio e'mierda. ¡Un maestro carpintero!

—Perdón —dijo el hombre—. Los otros, pues; el grito es del monte. Usted, jefe, ¿no se ha asustado?

—¡Sí, mierda! ¡Me hey cagado, pior que tú! ¡Lárgate!

El hombre no se fue.

La mina quedó en silencio.

—¿Y los otros? —preguntó Cabrejos, sudoroso. Se le enfriaba el sudor a medida que se hacía más copioso—. No han pasado más de cien.

—Estarán con los indios.

—¿Cuáles indios, carajo? —preguntó Camargo.

—Con los indios de don Bruno y de Rendón Willka. Ellos se han quedado, gritando, pues.

—¿Indios ellos, o tú y yo?

—Creo que han contestado al animal, al encantado. A ese que decían Amaru, Amaru.

—¿Contestado? —interrogó Cabrejos, algo aturdido.

—Creo, ingeniero.

—Sí, señor don Cabrejos Seminario, nosotros también hemos oído. Era más feo ese canto. ¡Más feo!

—¡Son indios! —gritó Cabrejos, sin poder contenerse—. Hay que vencerlos con armas superiores . . . Quiero decir, manejarlos.

—Perdone, ingeniero. ¡Vaya usted a saber de eso! Ahora he conocido que soy pior que indio en eso de ser indio.

—Todavía no lo afirme tan rotundamente.

—¿De lo que estoy sintiendo, señor? ¿De lo que me hey cagado con lo que ellos no se han movido?

—Capitán: usted es un supersticioso, no un indio. Pero, si como usted dice, somos peor que indios, nuestro deber es ir a investigar.

—¡Caray! Maté a la mejor mulita. Siento vergüenza. Don Fermín no va a rabiar, quizá; se va a reír de nosotros.

—¡De usted! ¡Yo sigo adelante!

Y el ingeniero se echó a andar con el revólver en la mano. Camargo lo siguió. Enfundó el cuchillo, humildemente. Su paisano lo dejó avanzar unos pasos y luego marchó tras él.

"¿Qué habrá, qué será? Ningún gato espanta como yo he espantado. Mejor don Camargo me hubiera pateado en el culo; me hubiera marcado con su cuchillo . . . ", iba diciendo.

Se encontraron con una fila de carriles ya cargados que los indios venían arrastrando. "¡Wifáá. . . wifáá!" —voceaban, como de costumbre. El ingeniero y los otros dos hombres les dieron paso. Los colonos no expresaban ninguna alteración, sólo sus *k'ollanas*, que ocupaban el centro de los tres haladores, parecían más regocijados y potentes. Lanzaron el grito "¡Wifáá!" a la oreja del ingeniero y su comitiva, sin el menor asomo de desafío o de orgullo, sino más afirmativamente.

—¿Qué clase de gente es ésta? —dijo en voz alta Cabrejos, sin darse cuenta, y como una respuesta involuntaria al coro de los indios que repetían la voz de sus *k'ollanas*.

—Nunca lo hemos sabido, ingeniero. Quizá no son tan mierdas como se ha creído en todo lugar. En Cutervo no hay de éstos; en todo el norte de Ancash para arriba. Allá hablamos castellano.

—No son, o son mucho más.

—Ahora lo veremos.

—¡Qué van a ser mierdas! Perdón, jefes, perdón. —se atrevió a intervenir el cutervino—. Yo, como todos los piones, les hemos tomado respeto. No son envidiosos, siguen humildes, trabajan como gentes, más en orden que la otra gente. Ahí están arreando los carriles, como si nada habría sido lo que ha pasado. ¡Respeto para ellos!

Se quitó el casco solemnemente.

—Oiga usted, hombre. ¿No ha visto que las hormigas trabajan igual? ¿Ni más ni menos? —le advirtió Cabrejos despectivamente.

—Perdón, ingeniero. Son de otro modo; es cierto. Tienen alma que a la peonada le está faltando.

—¿Alma? Don Bruno echa un ¡carajo! y quedan en el sitio peor que animales, como si fueran piedra.

—Don Bruno no carajea, ingeniero —dijo Camargo.

—Pero, entonces . . .

El enmaderador cutervino volvió a retrasarse y a ocupar su lugar en segunda fila.

—Oiga —insistió Cabrejos—. ¡Conteste!

El carpintero sintió que Cabrejos lo trataba con desprecio e impaciencia.

—Otro día, ingeniero —le replicó—. Ahora creo que ha perdido usté el temple, con perdón sea dicho.

Cabrejos se detuvo.

—Tienes razón, maestro —dijo, inesperadamente—. Otro día.

—Seguro que los indios han cargado a la mula sobre el carril y lo han sacado.

—Seguro. Cuanto más nos asustábamos, ellos tenían cara de... santos.

—O de brujos.

—¡Eso es! —respondió el carpintero—. Cantaban. Yo los oí un ratito no más, porque salí corriendo.

Una fuerte luz iluminó la galería que hasta esa zona tenía un alto techo. Apareció un carril con Portales, el jefe de guardia, Antenor y Carhuamayo, de pie. Llevaban los reflectores prendidos. Carhuamayo tenía aún en la cabeza la lámpara de carburo, encendida. Detuvieron al mulo frente al ingeniero.

—Señor —dijo Carhuamayo, adelantándose a los otros—. Hemos encontrado pedazos de gente entre las piedras y las tierras. Aquí hay su parte de un brazo, de una pierna. ¡Era indio, señor! Rendón Willka ha garantizado que no era colono ni lahuaymarca. Hemos cantado con los *k'ollanas*. Así es, pues. Completo: quinientos de don Bruno, treinta comuneros... ¡Miren!

—¡Era indio! ¿De dónde? —preguntó Antenor—. ¿De dónde? ¿Por qué?

—¡Queremos saber, ingeniero! Señor Camargo: usté ha de saber —dijo Portales.

Camargo se aproximó al carril, seguido de su paisano. Iluminaron los restos humanos. Habían estallado los músculos. En el fondo del carro, barrido cuidadosamente, estaban depositados dos trozos de huesos; los pequeños restos de músculos aparecían embarrados.

—Es la sangre —dijo Camargo.

Cabrejos, sin examinar los restos, desde su sitio, preguntó:

—¿Por qué afirma que se trata de un indio?

—¡Esto! —dijo Portales—. Fue botado por los últimos tiros, capaz por el último solamente, y su montera ha sido lanzada primero. Quedaron las cintas plateadas y pedazos de tela con el armazón...

Desató un pañuelo y exhibió la cinta.

—Ingeniero: antes que descubriéramos los restos, Rendón Willka dijo: "Nadies de mi gente será". Porque cuando oímos el grito ése, como del infierno, Rendón Willka y sus *k'ollanas* se cuadraron, a riesgo de que viniera una presión de aire por la galería. "Runan"[1], dijo en quechua. Y al segundo grito del fantasma, Rendón y sus hombres contestaron con un grito más de infierno. Ahí se corrieron los peones que no son trejos. Antenor, yo y otros. Lluta Febres también, salimos a atajarlos. Nos plantamos tras de Rendón. Pero creo que como cien, escaparon. Felizmente, los otros, no sé cómo, aguantaron el miedo. Viendo, creo, que galleaban los indios. Y cuando los tiros cortaron el último grito del desconocido, los indios y todos

[1] Es gente.

nosotros, con lampas y manos excavamos los escombros. Algunos indios casi se han ahogado con el polvo. Están descansando. Tenía razón Demetrio. El que gritó era gente. Si avanza treinta segundos antes, quizá escapa, o muere afuera, con su cabeza completa.

—¿Y la cabeza? —preguntó Cabrejos.

—Creo que nada más vamos a encontrar. Todo su resto ha sido molido. La cabeza habrá volado como una granadilla, y sabe Dios en qué tierra o piedras se habrá pegado.

—Que se suspenda el trabajo —ordenó Cabrejos.

Llegó en ese instante un carril halado por indios. Rendón Willka hacía de *k'ollana*; se había uncido en el centro del lazo de cabuya con que los colonos arrastraban los carriles. Se detuvo tras el carro que llevaba los restos humanos.

—Que se suspenda el trabajo —repitió Cabrejos—. Nadie puede garantizar que no sea un indio peón el muerto.

—No es, patrón —dijo Demetrio, dejando a los dos colonos que sostenían con él la soga, y acercándose hacia Cabrejos.

El ingeniero lo examinó fríamente. Todos los demás se quedaron callados y observaron la actitud especialísima de Cabrejos frente a Rendón. Un colono apareció de la sombra, detrás del carro, con la corta vara de mando de Demetrio en las manos y se la entregó respetuosamente al capataz.

Cabrejos no dudó, pero esperó que Demetrio recibiera su insignia.

—¿Cómo lo sabes, Demetrio? —preguntó.

—Ese falso ha gritado desde los fondos de la mina —contestó Rendón—. Nadies ha entrado atrás de los tiros. ¿Para qué, ingeniero? ¿Para qué, pues? ¿Acaso ha mandado el jefe de guardia o el jefe don Camargo? ¿A ver? ¿Qué dicen jefes?

—Nadie hubiera hecho ir a un hombre allí, sin causa. Yo no —dijo el jefe de guardia, de turno—. ¿Usted, "Capitán"?

—¡Cómo se te ocurre!

—Sólo un indio es capaz de haberse metido ahí para engallinar a los obreros —dijo enérgicamente Cabrejos, mirando fijamente a Rendón.

Don Fermín tardaba ya demasiado en llegar; la noticia del grito del monstruo de la mina debió haberse difundido en el pequeño caserío a la salida espantada de los obreros. "El serrano ha de aparecer ahora mismo. Debo ganar tiempo", reflexionó Cabrejos, en tanto que aparentaba la más desembozada sospecha en la mirada con que examinaba a Demetrio y en el tono con que hizo la acusación.

—Ésa debe ser una treta de don Bruno —continuó—. Bien pensada para aplicarla a idiotas, Rendón Willka.

—Ya viene el patrón —dijo Demetrio—. Voy a contestar en su delante. Está viniendo a caballo . . .

Todos se sorprendieron y aguzaron los oídos. Un galope de caballo se aproximaba.

—Guardando revolvercito, pues, señor ingeniero —dijo amablemente Demetrio.

Cabrejos enfundó la pistola. Luego sintió que la vergüenza le caldeaba la sangre: "Me jodió por ahora. Ha de ser comido éste, o podrido, mejor, en las casamatas del Real Felipe. Sé que es peor que el Frontón y el Sexto. Haré que le rompan el c... unos tres o cuatro hampones, por varios días. ¡Tiene que ser por varios días!"

Portales, Carhuamayo y Antenor observaron la confusión del ingeniero; aun en la luz opaca de la mina pudo distinguirse cómo enrojecía la piel de su rostro.

La espera fue impuesta por el capataz varayok' Rendón Willka, y ninguno pudo moverse de su sitio mientras el ruido del galope se aproximaba. Tardó en llegar. No debió durar más de dos minutos. En ese breve tiempo, Cabrejos se sobrepuso, pero sintió que su corazón se le había hecho pesado, que latía como venciendo una presión apenas resistible. "No debiéramos tener esta víscera infame y traidora. ¿Por qué no la oculta totalmente el sistema vegetativo? Más, mucho más son los extravíos que nos produce que el placer..."

Desmontó de un salto don Fermín. Entendió al instante el sentido de las distancias que separaban a los hombres que encontró y que lo estaban esperando: Cabrejos aislado con una expresión todavía algo confusa aunque altanera; frente a él, evidentemente frente a él, aparecía Rendón Willka, con su vara en la mano derecha; su cuerpo y sus ojos transmitían una firmeza que se extendía hacia la figura autoritaria aunque algo dominada del ingeniero; los jefes obreros y Carhuamayo, desde el carril, daban la impresión de espectadores ganados a favor del *varayok'*; el capitán de mina se redujo, como cogido por primera vez en falta grave; perdió su aire de hombre que todo lo previene y lo sabe; el otro hombre, el cutervino, en cambio, reflejaba una especie de furor apenas contenido; no se aplacó ante la presencia del minero; permaneció enardecido, mientras don Fermín pidió informes al ingeniero, en primer lugar, luego al jefe de guardia, después a Portales y, finalmente a Rendón Willka.

—¡Contesta al ingeniero! —le ordenó secamente, como si lo hubiera condenado de antemano.

—¡Yo! —gritó el cutervino.

—¡Usted se calla! Habla Rendón —dijo el minero, menos duramente.

—Caballero patrón: colonos y comuneros, completos estamos. Ha contado el jefe de guardia; ha contado maestro Portales, ha contado maestro Antenor. Completos estamos; cincuenta y tres dieses, cada diez con su *k'ollana*. Yo también hemos contado; inginiero está triste, patrón. Su corazón está fatigando, porque en vano habla de los lahuaymarcas, de las criaturas de don Bruno. Como extranjero, de don Bruno habla. Dios está en nuestro pecho, mandando. En don Bruno, a veces habla el diablo, como también en el inginiero, como también en cualquiera. Diga, patrón, caballero, oyendo a su conciencia,

tranquilo; enfriando la rabia que malogra la vena de la gente; diga, patrón, en delante de nosotros: su hermano don Bruno, ¿está con usted o con el inginiero está? ¿Cuál es lo verdadero de lo verdadero? ¿Lo que el inginiero, sin saber de don Bruno, como extranjero, ha dicho o lo que ha visto el maestro arequipeño, el maestro de Puno, el peón? ¿Cuál es lo cierto? ¿Que estamos completos y allí, adentrito del carril que hemos limpiado con nuestra mano, triste, para que descansen los huesitos del hombre que por gusto ha gritado?...

—Es un discurso inconexo —interrumpió Cabrejos.

—No. Yo le entiendo, ingeniero —respondió don Fermín.

—Le entendemos claro —dijo, enérgicamente, Portales.

—Dicen es de indio los huesitos —continuó Rendón—. Maestro Portales guarda cinta plata de la montera. ¿Qué cinta plata hay nunca en sombrero de lahuaymarcas y colonos? Mande, patrón, contar a obreros también. El falso ha entrado disfrazado a la mina. Ha gritado imitando al *Amaru*. ¿Cuándo hay *Amaru* en mina, en socavón hecho por el cristiano? ¿Cuándo?... *Amaru* extranjero habrá sido; para morir con la dinamita lo habrán mandado.

—¡Don Bruno! —dijo secamente el ingeniero.

El cutervino iba a saltar, nuevamente, pero Rendón contestó al instante.

—¡Don Bruno es hijo de Pukasira, del río de Lahuaymarca! En nombre de Dios, don Bruno ha mandado a todas sus criaturas a la mina; de noche reza por su hermano. Don Bruno será infierno de otro modo, en otro tiempo. El falso ha gritado, pues, falso, inginiero. Ahora estamos con más alma para trabajar. ¡Con más alma, pues!

—¡Con más alma, traidor de mierda! ¡Yo te conozco, traidor de mierda! Me hiciste correr como a una gallina. Ahora te has...

El cutervino logró saltar desde la pared de la mina hasta ponerse a pocos centímetros de Cabrejos.

—¡Calma, bestia! —le gritó Camargo.

Don Fermín toleró los insultos del carpintero, observando a Cabrejos. Éste desenfundó su revólver. El cutervino retrocedió un paso y siguió hablando:

—¡Ingeniero! Te has fregado —dijo—. Ahora vamos a trabajar el doble, de veras. Y vamos a descubrir a quién metiste en la mina, para quién calculaste los tiros. A cuál pobrecito engañaste y lo hiciste volar como a un conejo, mientras yo, cutervino, había perdido hasta mis criadillas de hombre. No lo perdono. Y no me juegues la pistolita en mí delante.

Cabrejos le disparó a los pies. El carpintero se lanzó sobre él; un puñetazo en el brazo del ingeniero hizo que éste soltara el revólver, que cayó al piso.

—Ahí lo tiene, patrón —dijo el carpintero.

—¡Quedas despedido! Confirmo mi confianza en el ingeniero. No acepto tus acusaciones. Irás preso. ¡Sospecho de ti! —contestó Aragón.

Se agachó, levantó del suelo la pistola y se la entregó a Cabrejos. Luego lo abrazó:

—Usted concluirá la obra —le dijo.

—¡Hay sangre en el pie de Obregón! —exclamó Portales. Saltaron del carril los obreros y rodearon al cutervino.

—Me ha peñiscado en un dedo; eso es todo lo que puede. Felizmente no rebotó la bala, porque si hubiera sido. . Cabrejos, pero entero, estaría ahora junto a los huesitos que hay en el carril, como dice Demetrio.

Cabrejos y don Fermín esperaron que le quitaran el zapato y las medias de indio a Obregón. La herida era pequeña. La bala había rasgado el dedo gordo hasta descubrir el hueso; pero de la herida manaba abundante sangre.

Rendón Willka permaneció inmóvil mientras auxiliaban a Obregón. Los dos colonos se habían acercado a él, caminando casi como a escondidas, y se quedaron también inmóviles a medio paso detrás de su jefe capataz.

—¿Quién va preso? —preguntó el capitán de mina que observó de cerca el examen que hicieron del pie de Obregón. El carpintero no aceptó sentarse. Permaneció parado, apoyándose en Antenor, mientras le quitaban el zapato.

—Pido que se investigue —dijo Cabrejos—. Nadie, ni obrero ni maestro, puede aceptar que al ingeniero jefe se le injurie como Obregón ha hecho conmigo. Debe ser suspendido.

—Seguro —aceptó Camargo—. Es mi paisano. Parece que tiene sus razones, pero no es el modo en que un trabajador consciente debe proceder. . . ¿Qué dices, Portales?

—Acepto. Pero que se investigue.

—Tú, ¿Antenor?

—Que se investigue hasta el fin. Creo que los indios y los obreros estamos limpios de sospechas. La acusación del ingeniero a Obregón es de la pura rabia.

Un tumulto muy próximo se oyó en la galería. Guardaron nuevamente silencio, todos. Aparecieron los obreros que habían huido:

—Patrón, ingeniero, "Capitán" —dijo uno de ellos. Tras él, los otros hombres formaban una masa que parecía mucho más grande. Colmaban la mina; sus cabezas se movían.

—Pedimos disculpa. Pedimos perdón, esta vez. Nos presentamos a trabajar y que nos expliquen lo que ha pasado.

Detrás del carril en que reposaban los huesitos del charanguista se había agolpado el resto de hombres: los seiscientos indios y peones que avanzaron desde el interior de la mina. Llegaron casi al mismo tiempo.

Cabrejos sintió que una especie de hielo se difundía desde su pecho hasta sus ojos. "Ahora he de saber si soy hombre; ahora que el miedo me enfría la sangre." Rendón Willka se sorprendió al oír el movimiento de la masa hacia el lado profundo de la mina. El

acuerdo tomado con los obreros fue el de que todos siguieran trabajando.

De ese lado de la mina avanzó un comunero, no un maestro. Se acercó a don Fermín, le alcanzó una hoja de acero, y le dijo en castellano:

—Aquí toro, en cuchillo. Indio no tiene con toro.

Portales se aproximó al minero. Pidió la hoja.

—Cierto —dijo—. Es una cuchilla "Toro" que no usan los indios. La tomamos como una prueba.

—¿Usted? —preguntó don Fermín.

—Yo no, señor, los obreros y maestros. Es decir, los setecientos.

—Los colonos no son obreros —dijo Carhuamayo—. De paso estamos aquí.

—Pero el ingeniero los acusa; usted oyó que ha acusado a don Bruno.

—¡No acuso a nadie! —dijo Cabrejos con gran energía—. He hecho suposiciones fundamentadas según mi criterio. Estas suposiciones pueden resultar equivocadas. Soy el principal responsable de la mina.

—Patrón don Fermín, aquí estamos sofocando. El inginiero que se defienda, pues —replicó Rendón—. Yo le voy a acusar de responsable; así él dice: "Don Bruno es responsable; indios son responsables". Yo le voy acusar de responsable. Don Bruno, indios, obreros, queremos mina. ¿Para quién quieres mina, inginiero? Esos huesitos, patrón, saben. Que obreros expliquen a obreros; indios, a indios, bien, afuera, en sus sitios de cada uno. Cuchillo "Toro" que esté en la mano de don Portales y don Antenor.

—¿Quién manda aquí? —gritó don Fermín, y su voz grave e imperiosa repercutió en las rocas de la mina.

—¡El muerto! ¡Estos huesitos! —contestó Carhuamayo, que no había bajado del carril—. Hay que dar cuenta al gran juez de San Pedro. Dame la cuchilla, en nombre de don Bruno —le dijo a Portales.

El perforista le obedeció. Carhuamayo echó a andar a la mula.

—¡Paso al muerto! —dijo—. ¡En nombre de Dios y la justicia!

Le abrieron calle. Y lo siguieron, ya en silencio. Don Fermín y Cabrejos caminaron juntos. El caballo se quedó abandonado. Los obreros que acababan de entrar a la mina les hicieron campo, al patrón y al ingeniero, de tal manera, que encabezaron la marcha al paso lento de la mula que Carhuamayo hacía caminar despacio. Obregón iba apoyándose en dos hombres, a media fila. Cuando salieron a la luz, el minero observó que había cierta distancia entre la pareja que formaba con Cabrejos y la masa de obreros. Carhuamayo iba muy ceremonialmente, de pie, sobre el carril.

—Usted es el culpable. Rendón lo sabe. ¡No importa; mejor! —le dijo don Fermín a Cabrejos, en voz baja—. Perdimos medio día, mañana serán fieras los indios y obreros en el trabajo, si combinamos las cosas a nuestro favor.

Cabrejos no contestó. Habían llegado al término de los rieles.

Sobre una manta de Lahuaymarca, Carhuamayo depositó respetuosamente los huesos del músico y el trozo de cuchillo. Una mujer le alcanzó la manta casi nueva y muy ornamentada con que se cubría la espalda. Cargando en sus brazos el pequeño atado, como a una criatura muerta, el primer mandón siguió marchando hasta la capilla.

Cuando los setecientos hombres, y toda la población de la mina, colmaban la pequeña plaza, el caballo salió de la mina, solo, tan apresuradamente ensillado. Miró los campos, los techos de calamina, la profunda quebrada por donde el río grande corría, y descubrió a la multitud reunida frente a la pequeña iglesia. Se quedó parado, como si dudara adónde debía dirigirse. Era la luz que lo había deslumbrado. Se detuvo para ser feliz en el mundo que redescubría. Un instante después relinchó, y la masa de gente sintió la vida en medio de la consternación, el desconcierto y el odio que empezaba a separar a la gente en bandos más definidos. El caballo era feliz, estaba casi libre; el gran sol miraba por sus ojos; la tierra amante con su hermosura se reflejaba en ellos.

—¡Silencio! —gritó Carhuamayo—. No hagan bulla.

Y miró a Rendón Willka, que llevaba la cruz de su vara sobre las cabezas de los colonos, muy cerca de la puerta de la capilla.

Rendón, como todos los hombres de la mina, había permanecido callado; sólo las mujeres hablaban en voz muy baja, rodeando a la multitud de trabajadores, igual que las moscas negras que volaban en mantos, zumbando sobre el piso de la callejuela del caserío.

Rendón Willka sintió en la voz y en los ojos del primer mandón algo maligno. ¿Había escuchado en falso el relincho feliz del caballo y ese equívoco había descubierto su corazón hasta lo más profundo?

"De otro modo ha oído al caballo; su mal pensamiento se ha desatado por eso. Me está desconfiando; el azote le está doliendo, siempre, pues; como a mí. El cantar del animal alegre le ha agarrado; a él también le ha hecho cantar, sucio. ¡Carhuamayo; pobre!", reflexionaba en quechua Demetrio, mientras entraba a la capilla, intranquilo. "La capilla, pues, lo va a salvar; el Dios lo va salvar al ingeniero, seguro. Odiabas, creo, a los comuneros, maestro Gregorio Juscamaita; a los vecinos también odiabas. Pero en tu charanguito llorábamos, papay [1], indios, comuneros, mestizos, vecinos hambrientos; todo, todo; los pajaritos y alma de los perros también llorábamos. Y el ingeniero te ha matado en falso. ¡Adiós, maestro! Ojalá don Portales, don Antenor, se paren bien y te defiendan. Yo..."

Un desorden de la multitud lo interrumpió. Doña Matilde, vestida de negro, con una mantilla sobre la cara, avanzaba, avanzaba hacia el altar. Los peones le abrieron campo, no lo suficiente como para que pasara sin rozar su cuerpo con el de la gente que colmaba la iglesita.

[1] Padre mío, tratamiento cariñoso.

Don Fermín retrocedió empujando a los hombres con sus brazos y las caderas. Alcanzó a su esposa, e hizo que viniera tras él que abría espacio suficiente como para que ella caminara sin rozarse con los peones. Los indios se machucaban contra la pared, para dejarla pasar.

Doña Matilde se arrodilló en su reclinatorio afelpado. Haciendo uso de su derecho, Rendón llegó hasta las barandas del altar; se cuadró en primera fila, como alcalde varayok' que era de todos los peones indios. A su lado, don Fermín permanecía casi feliz, observando a Carhuamayo, que se había convertido en una especie de cura. A la izquierda de la señora, Cabrejos meditaba. Rendón comprendió que el ingeniero se sentía menos preocupado; hasta había logrado dar a su rostro expresión de inocencia y altanería.

Matilde se volvió, después de haberse persignado, hacia la multitud de trabajadores. Su belleza y sus ojos húmedos calmaron a casi todos los obreros; los colonos no pudieron arrodillarse ante ella, porque no tenían sitio. K'oyowasi no logró contenerse, y se puso a sollozar. Otros colonos se contagiaron.

—¿Por qué lloran, bestias? —preguntó, indignado, Portales.

El enmaderador estaba muy cerca de Matilde. La patrona vio cómo el carpintero enfurecía, le daba la espalda a ella e increpaba a los indios. Éstos no le entendieron, aunque muchos adivinaron o intuyeron el reto y dejaron de sollozar. Portales los miraba, iracundo. K'oyowasi, carpintero también de los colonos, sólo vio a una señora tan perfecta como la Virgen patrona de la hacienda; vio que sus ojos derramaban lágrimas tristes. ¡Una gran señora, llorando por un peón! Él no conocía sino San Pedro y Paraybamba. Jamás había contemplado una señora tan majestuosa y dulce. Con la cabeza inclinada siguió gimiendo.

—¡Nos van a fregar los indios! —le dijo Portales a Antenor.

—¡Silencio! —contestó el perforista—. Somos cristianos.

Don Fermín y Rendón Willka no tuvieron en cuenta la indignación de Portales y su diálogo con Antenor. Permanecieron rígidos, aparentemente, por respeto al lugar en que se encontraban y el sitio que ocupaban.

Matilde se persignó, mirando a Portales, y volvió a arrodillarse. Obregón, que se había resistido a ser llevado al puesto de la enfermería, rogó que lo retiraran de la puerta de la capilla hasta donde había llegado. Su pie izquierdo aparecía envuelto en un pañuelo en que el sol había resecado la sangre.

—¿Por qué lloran así, tan triste? ¿Por qué? En lugar de pedir castigo. ¡Llévenme, hermanos! —rogó.

Por fin, Carhuamayo, luego de haber depositado los restos del músico en el suelo, junto al altar, y de haber colocado a ambos lados de la manta un florero, y de haberse arrodillado, como para rezar, se levantó; avanzó hasta el mismo altar, inclinándose tres veces; besó el ara, y retrocedió de espaldas.

"¡Es mañoso y no loco, este cangrejo!", exclamaba dentro de sí Portales, viendo al mandón cumplir estas raras ceremonias, que impresionaban a los obreros.

Carhuamayo levantó nuevamente la manta enrollada; se dirigió hacia el altar, siempre haciendo reverencias, y puso el atado con los "huesitos" de Gregorio en el mismo altar, sobre el ara.

En seguida, de pie, con el rostro hacia el público, comenzó a rezar en quechua el Padrenuestro:

"Yayayku..."

Don Fermín repitió la oración en castellano, arrodillándose en el reclinatorio. Cabrejos hizo lo mismo. Rendón permaneció parado, repitiendo lenta y solemnemente las palabras. Concluida la oración, el mandón empezó a hablar:

"Ha sido voluntad de Dios. Todo se hace por voluntad del Señor. Así llorando; así morimos; así las cumbres también se cubren con la nieve. Así estamos. ¿Quién es el que se ha ido de este mundo, con los tiros de la mina, por voluntad del Señor? A nadie le corresponde averiguar la voluntad del Señor. Nosotros, las pobres criaturas, lloramos nomás, hermanos..."

Portales iba a gritar. Antenor le dio un golpe con el pie: "¡Te linchan! —le dijo—. ¡Espera!"

"Obedecemos, sufrimos —continuó el mandón, repitiendo casi de memoria los sermones de los padres franciscanos que don Bruno llevaba a predicar a la gran capilla de «La Providencia» durante la Cuaresma—. Que los patrones respondan ante Dios; si hay culpas que sean cargadas a su cuenta para el día de la rendición de cuentas. Todos vamos a resucitar..."

Carhuamayo continuó su prédica en quechua.

Los indios se echaron a llorar sin consuelo. No podían arrodillarse; querían hacerlo y no lo conseguían. No encontraban espacio. Carhuamayo gritaba exaltado, con la cara llameante:

"Al cuarto día de nuestra mita Dios ha hecho gemir a la montaña de plata. La plata pudre el corazón. Por eso los tiros rompieron el grito y no quedaron sino dos huesitos del hombre por cuya boca Dios ha advertido: ¡La plata pudre! ¡Hace volar la carne, convierte la sangre en barro! ¡El barrito que hemos visto en los huesos de este desconocido huérfano que ha gritado en nombre del Apark'ora! ¿A cuántos va a podrir el metal del Apark'ora? Obedecemos. El patrón responde. Él, si la plata, en vez de servir para la gloria del Señor se emplea en la corrupción de la criatura que Dios puso de rey sobre la tierra, él irá al infierno. Y que así sea..."

Parecía que había concluido. El llanto de los indios descarriaba a la mayor parte de los obreros; apretaban los dientes, muchos, para contenerse las lágrimas; algunos procedentes de Apurímac y Cuzco, aun de Arequipa, no pudieron resistir el contagio; lloraron cada vez más intensamente como los colonos. "¿Por gusto lloran; sin causa lloran?", se preguntaba Demetrio, y se respondía: "A todos, pues,

nos han jodido, nos han flagelado. ¡Pero llorar es la maldición de la maldición! Yo, yo, padrecito K'oyowasi, yo voy a hacer que en vez de la lágrima que es para el arrodillado, salga fuego, más que del infierno, de los ojos de tus hijos. Y entonces no vamos a responder ante Pukasira, ante Crucificado; ante el hermanito ha de responder el que quiera fregar a su hermano. ¡Caray! El sol va cambiar, pues; quizá mañana, quizá pasado. . ."

"Los indios éstos son la rémora, el grillete de la revolución. Pero el Rendón está tranquilo. ¿Por qué? Sólo eso me da esperanza", pensaba Portales, mientras la sangre le quemaba todo el cuerpo.

"Dios, Dios, Dios. . .", clamaba Antenor.

La confianza de Cabrejos se acrecentó cuando Carhuamayo dijo al final, en castellano:

"Vamos a dar sepultura a los huesitos y al cuchillo del que dicen que era gente y que ha gritado en el fondo del Apark'ora. ¿Quién prueba que era cristiano? Yo digo que es la veta de metal que ya está sintiendo la herida de los tiros. Ha querido morir con dinamita y entregarse, muerta ya, a don Fermín, al ingeniero. Vamos a enterrarlo rápido, en nombre del Señor que ha hecho morir el alma del Apark'ora. Nosotros lo hemos matado. ¡Que ninguna mujer llore ni cante los tristes harawis cuando los huesitos sean llevados a la sepultura." Luego concluyó en quechua: "Vestido de indio ha muerto la montaña; nosotros los jefes de los colonos tenemos mando para su entierro. ¡Que ninguna mujer cante! Metal y huesitos muertos nomás vamos a enterrar; sin ojos, sin manos, sin pies, sin corazón".

Y otra vez rezó el "Yayayku".

"¿Estará pagado por el ingeniero, este sacristán traidor? ¿Cómo vamos a defender los restos? Don Fermín no quiere fregar a Cabrejos. ¿Por qué? ¡Lobos, lobos de la misma camada! Este sacristán asqueroso los va a salvar por el momento." Portales seguía iracundo. Antenor se atrevió a mirarlo; en sus ojos se expresaban bien la confusión, el extravío. "Es el demonio —dijo—, nos jode el demonio."

Inclinándose, nuevamente, tres veces, el mandón llegó al ara del altar; levantó el atado y avanzó hacia las barandas:

—¡Salid —ordenó—, salid todos! Adrián K'oto: manda abrir una sepultura que no sea honda junto a la pared de alambres del panteón.

La masa de indios salió.

"¡Buenos, muy buenos carneros!" —pensó, entusiasmado, Cabrejos, viendo moverse las cabezas descubiertas, con la cabellera apelmazada de los indios. "Y mejor pastor; el mejor; lo ascenderemos a obispo."

Aragón vaciló unos segundos, y luego se calmó: "No está usted enteramente salvado", le dijo al ingeniero. "Todo depende de mí."

—¡Silencio! —exclamó autoritariamente Carhuamayo, pero mirando a Rendón, que había levantado su vara.

—Eso le dices a tu alma —le contestó Demetrio en quechua. Matilde observó a los tres hombres y sintió miedo. "Sin duda

Fermín no manda. Estos dos que lo escoltan quizá lo destrocen. Cabrejos es peor." Su marido la tomó del brazo e hizo que caminara por delante, siguiendo al mandón.

—Hasta el cementerio —le dijo—; no es lejos.

La masa de indios colonos rodeó a Carhuamayo en la pequeña plaza.

Las campanas de la capilla empezaron a doblar, a dos voces. Tocaban una especie de melodía fúnebre. Al compás de esa música desfiló la multitud hasta el campo alambrado que ocupaba una ladera de la montaña, no lejos de la "barriada". Rendón no abandonó su puesto, junto a la comitiva oficial. Carhuamayo eludió la callejuela del caserío y la rodeó, siguiendo el camino por el que los peones de la "barriada" se dirigían al puente de madera.

Tardaron en llegar al cementerio. Matilde sudaba. Se alzó la mantilla, y los indios pudieron ver mejor sus ojos color de piedra, de las destrozadas por la tormenta en la misma corriente del río grande. Algunos descubrieron la semejanza, asombrados y casi felices. Los brazos de Carhuamayo no se cansaron.

Adrián K'oto esperaba al borde de la sepultura que habían orillado con flores de retama. El cabecilla tenía un ramo en la mano derecha y la figura de una llama, hecha de barro, en la otra. Dentro de la sepultura, no muy honda, pero larga y ancha como para el cuerpo de un hombre, estaba K'oyowasi, del pecho hacia arriba, al aire.

Carhuamayo entregó el atado a K'oto. Éste ajustó el ramo entre los nudos de la manta; luego, a su vez, alcanzó el atado a K'oyowasi. El segundo cabecilla lo depositó al fondo de la sepultura, en el sitio destinado para la cabeza del cadáver, en dirección opuesta a la caída del sol. Recibió en seguida la figura de barro y puso, cuidadosamente, de rodillas, la llama de arcilla sobre el nudo de la manta, junto al ramo.

K'oyowasi subió, de un salto, a la superficie. El sonido de las hojas de los pequeños arbustos que crecían en el cementerio se oía como si hubiera caído la noche al mundo. Don Santos ocupó el lugar preferencial, en la cabecera del sepulcro; con su vara negra en las manos, dijo:

—El gran patrón, hijo del Señor, don Fermín.

K'oyowasi le alcanzó una pala al minero. Iba a lanzar el primer golpe de tierra sobre la manta, pero Rendón Willka alzó su vara e hizo brillar la cruz de plata:

—Gran patrón don Fermín Aragón de Peralta, con su licencia —dijo en quechua.

El minero se contuvo y se dispuso a escuchar, apoyando las manos en el mango de la pala.

—Padrecito don Adrián K'oto, primer cabecilla; padrecito don Santos K'oyowasi, segundo cabecilla: don Carhuamayo ha hecho bien en mandar abrir sepultura para los huesitos, porque son de gente —continuó—. No es animal de la mina, no es animal del Padre Apar-

k'ora, los tiros no han matado al metal, pues. El metal anda en figura de toro...

Los obreros avanzaron atropellando a los indios; echándoles ajos para que les abrieran campo. Portales y Antenor habían sido separados y alejados de Carhuamayo en la plaza de la capilla, por la avalancha de colonos.

—En figura de toro anda. Así lo sabe el gran patrón, don Carhuamayo también; indios conocemos al metal cuando quiere salir a ver el mundo. Si fuera hueso de toro no hubiéramos hecho entrar a la iglesia, don Carhuamayo. Todo es diablo cuando anda de noche, brillando, lamiendo fuego. Lo que hemos enterrado es hueso de cristiano, de gente. *Lo han matado*... —y pronunció en castellano la última frase.

Cabrejos volvió a sentir que se le enfriaba el cuerpo.

—Lo han matado para asustar a comuneros, a indios, a obreros también. A don Bruno, para que quede en vergüenza. Yo estoy sabiendo...

No pudo continuar. Un coro de mujeres lanzó el grito inicial del harawi fúnebre, del ayataki. No hay filo, no hay viento, no hay tempestad que se hunda en el oído y en la materia del ser humano como ese grito. Todo lo silencia:

Pin kanki, sombra,
yana sombra,
wañusk'a.

Quién eres, sombra,
negra sombra,
muerta.

Se inició la melodía.

Manan yachanichu
imatapas
k'anmanta,
¡au! llaki sombra,
mana piyniyok'
mana sutiyok'
ñausa;
mana umayok', mana makiyok';
iskay chiri tullu:
wak'aykuy.
Wañuylla yachask'an
¡Á á á á! ¡Ú ú ú ú!

Yo no sé
no sé nada
de ti,
¡au! triste sombra
sin nombre,
ciega,
sin cabeza,
sin manos;
sólo dos huesos fríos:
¡llorad!
No te conoce sino la muerte.
¡Á á á á! ¡Ú ú ú ú!

—¡Gran patrón don Fermín! —ordenó solemnemente don Adrián.

El minero echó dos paladas grandes de tierra a la sepultura. Obedeció sin vacilar.

—Patrón don Carhuamayo, espejo del gran patrón don Bruno —dijo el cabecilla.

Carhuamayo lanzó otras dos paladas a la sepultura.

Matilde seguía oyendo el canto del coro. "Es más triste que esos huesos, que con tanta ceremonia entierran. Sólo Cabrejos está más

pálido", repitió en silencio, porque el ingeniero tenía expresión serena; pero Matilde y el minero temieron o esperaron con impaciencia que se desvaneciera; se habían vaciado de sangre sus venas. Contemplaba con indiferencia de ausente la escena del entierro.

No oyó, cuando K'oto pronunció su nombre.

—No es de esta tierra. ¡Míralo, Padrecito; en otro mundo vive! Yo sé por qué —dijo Rendón.

—Padrecito varayok' grande, don Demetrio, capataz de naturales en la mita —ordenó K'oto hablando casi impersonalmente, al comprobar que Cabrejos no le oía.

—¡Yo! —dijo éste.

Pero Rendón había tomado ya la pala.

Pusieron una cruz de madera sin pulir sobre el montículo de tierra del sepulcro. La clavó, de rodillas, Carhuamayo.

Cuando la comitiva traspuso la puerta del panteón, hecha de columnas de piedra y cal y techada de calamina, el coro de mujeres volvió a lanzar el grito, y luego, el canto:

Quién eres, sombra,
negra sombra,
muerta.

—¡Tú sabes, Rendón! —le dijo Portales a la salida, cuando la comitiva se dispersó.

—¿Qué, maestro?

—¿Quién es el muerto?

—Carhuamayo lo ha enterrado, pues.

—No —replicó Antenor.

—Verás, amigo; Carhuamayo lo ha enterrado. Él sabe.

—¿Qué sabe?

—Sabe de mí. Cabrejos estaba jodido; don Fermín es, pues, compadre de él también. Sobre su hombro quiere subir; más bien, parece, sobre su hombro de don Fermín va sentarse inginiero.

—¿Y nosotros?

—¡Que hayga mina! Que no sea para inginiero. Trabajando más, don Fermín paga doble.

—Sí; que haya mina. Cabrejos representa a los gringos aliados con los millonarios de hueso negro. ¿Qué dices? —Portales se dirigió a Antenor.

—De acuerdo.

Rendón Willka se encaminó hacia su choza, seguido por los comuneros. Los colonos subían hacia el galpón en gran marcha. Cabrejos, Matilde y el minero entraron al jeep que el chofer había hecho llegar hasta muy cerca del panteón.

—Carhuamayo ya está en contra de mí —dijo Rendón Willka en el corredor de la choza—; contra de mí, de don Bruno, de peones de la mina. Tengo que echarle candela en sus venas.

CAPÍTULO V

Doña Adelaida hizo la señal de la cruz sobre su frente cuando escuchó la voz solitaria de la campana mayor.

—¡Al fin . . . ! —dijo.

Pero no continuó persignándose porque la campana dio otro golpe y varios más sin alternar con la pequeña.

—Llaman a cabildo. ¡Tengo que ir! La pobre Rosario sigue padeciendo sus culpas. ¡Es demasiado, Señor . . . ! Sobre todo, porque su agonía hace bailar a los más, y unas pocas mujeres la santificamos.

El gran corredor de su patio aparecía nítidamente ornamentado por un empedrado de guijarros negros y blancos que formaban una especie de dibujos de alfombra. Las columnas de sillares blancos que sostenían el techo del corredor mostraban muy pocas reparaciones de cemento. Grandes macetas alimentaban a enredaderas enclenques que en ese mes de sequía trepaban débilmente, con las hojas medio quemadas, sobre las cuerdas que alcanzaban los techos. Pero en mayo y abril florecían de campanillas azules y rojas que hacían llegar de las zonas más tibias a uno que otro picaflor fornido que danzaba para la dueña del patio. Ella sonreía, entonces, como ante un prodigio hecho por sus manos.

De la Torre y "El Gálico" temían a esta señora. Cuando la vieron subir al corredor del municipio, ensombrerada y con su bastón con puño de oro, el temor de ambos se hizo tan evidente que palidecieron. La nariz de "El Gálico" se manchó de lamparones.

Doña Adelaida tomó asiento en el silloncito que ella enviaba siempre con una de sus criadas, apenas oía la campana. Esta vez contestó el saludo de los vecinos. muy alegre, y ocupó su sitio.

Estaban presentes unos doscientos vecinos y algunos mestizos. De pronto, doña Adelaida, descubrió al final del corredor, detrás de los vecinos, a Asunta de la Torre, sentada en una de las bancas de madera. Sólo un vecino pobre, un Brañes, la separaba de los mestizos.

—Empieza el cabildo, señores —dijo don Ricardo, el alcalde.

Doña Adelaida levantó su bastón.

—Diga, señora.

—No puede empezar nada. No están los alcaldes indios; ni un varayok' hay. No sería legal el cabildo —advirtió.

—Señora —le contestó don Ricardo—. Ésta es una sesión extraordinaria, para tratar de algo que el Común ya consideró y dio su acuerdo . . .

—¡Ah! ¿Y esa señorita? ¿Qué hace aquí?

—Mi hija tiene negocio abierto, de su propiedad.

—Y que ha prosperado . . .

—¡Señora! . . . Por eso mismo tiene derecho expedito para opinar aunque no para resolver.

—¿Ajá? Es cierto. Dispense, alcalde.

Era cerca del mediodía. La basura que el viento arrastraba en la plaza vacía, trayéndola por las cuatro bocacalles, se elevaba a ratos; daba vueltas junto a los pobres troncos de los arbustos.

"Siempre ha de volar un gavilán cuando hay cabildo", pensó la señora, contemplando el vuelo lento de un ave negra que parecía vigilar los tristes árboles de la plaza. "Dicen los indios que es el espíritu y el cuerpo del Apukintu. . ."

—Pongo nuevamente a la consideración de los señores vecinos mi propuesta de acordar que no vendamos a don Fermín Aragón de Peralta ni una vara más de nuestros maizales de "La Esmeralda". En el cabildo pasado, el común ya lo decidió por boca de sus alcaldes.

—Usted, ¿no había renunciado? —preguntó el Brañes que ocupaba un sitio en la última banca, junto a la señorita Asunta.

—No, señor. El cabildo se desbandó, si usted lo recuerda.

—¡Ah!

—Yo he hecho saber claramente mi decisión y opinión, no como alcalde, sino como vecino. Si vendemos "La Esmeralda" a Fermín Aragón la mina secará la pampa de la que vivimos.

—¿Cómo? —volvió a preguntar Brañes.

—No hay que ser ignorante. La mina necesita ese campo plano para sus instalaciones y sus talleres también —intervino "El Gálico", poniéndose de pie—. ¡Señores vecinos notables y señores mestizos, menores contribuyentes! —y don Fabricio adoptó una actitud solemne—. ¿Con qué intención, don Fermín nos compró casi a todos, hace poco tiempo, pagando grandes precios, parte de nuestros cercos de maíz de "La Esmeralda" y dejándonos, como si fuera buen cristiano, que nunca lo ha sido, en posesión de esas sus pertenencias? Ahora lo sabemos. Había mala intención, traición, diría. Nos va a abrir juicio, muy pronto, porque la mina ya resultó. ¡Se ha encontrado! El maestro Portales, y Justo Pariona, *k'ollana* de San Pedro de Lahuaymarca, que ahora es perforista, han llegado a la punta de la veta. ¡Oro y plata, dicen!

—¡Habrá trabajo, don Fabricio! —le interrumpió Brañes.

—A cambio de hambre. El maíz costará oro, mucho más el trigo y el ganado. ¡La tierra vale ahora como la mina!

—Tiene razón —dijo doña Adelaida—. Yo no le venderé a Fermín ni una vara, como hasta hoy. Y no le venderé porque, efectivamente, ahora sé que ha procedido con malicia.

Asunta abrió en ese momento un papelito que apretaba en su mano izquierda; cubriéndolo con su pañuelo leyó nuevamente el mensaje escrito en letras de imprenta: *"Inginiero Cabrejos matando inocente maestro Gregorio, queriendo para gringos maizal Esmeralda. Inginiero engañando don Ricardo, don Fabricio. Don Ambrosio Brañes vendido ya. Defiende pueblo vecinos valiente virgencita niña Asunta. (Rompiendo papelito.)"* Se decidió a romper el papel sólo ese día, luego de haber escuchado a "El Gálico" y a doña Adelaida.

Otro Brañes, el más pobre de todos, un vecino con camisa de tocuyo, "el primer señor de la villa de San Pedro que se vio obligado a usar camisa de tocuyo", que en vez de pasar desapercibida se distinguía mejor, porque era a rayas de color; ese Brañes pidió la palabra.

—Casi nos ha comido ya el peor de los hermanos —dijo—. No me ha valido de nada la plata que me dio por Cedropampa. Le he vendido casi todo. Por mis hijos menorcitos me quedé con la parte en que está el eucalipto mayor de "La Esmeralda" y de todo el distrito. Ellos lloraban por el árbol.

—No le ha quitado la tierra. Está usted sembrando —dijo, tranquilamente Asunta, sorprendiendo al cabildo—. Y si usted ahora lleva camisa de tocuyo es porque prefiere enterrar la plata antes que vestirse como es debido y vestir a su familia...

—¿Enterrar la plata?

—¿Enterrar la plata? —se oyeron voces.

—¿Enterrar la plata ha dicho? —preguntó "El Gálico", entre indignado y perplejo.

Brañes parpadeó, como si Asunta se hubiera transformado en un fantasma. La joven habló desde la banca que ocupaba, sin pararse. "El Gálico" observó agudamente a Brañes, que no contestaba y a la señorita De la Torre que esperaba la respuesta.

—¡He dicho que entierra la plata! —repitió ella.

Brañes cerró el puño y los músculos de su cara; enrojeció. Iba a gritar...

—Con calma y respeto —dijo doña Adelaida.

—Usted se habrá, pues, levantado de noche para seguirme. No hay ahora quien la cuide. Me habrá usted, pues, velado a la puerta de mi casa.

—No, señor Brañes. De día entierra la plata que desde hace tiempo le da para que usted, más bien, nos vele a todos, el ingeniero Cabrejos. Usted es su acusete.

Brañes empezó a sudar.

—¡Hija! Sólo los hombres tienen derecho a lanzar acusaciones... fuertes... y dudosas —dijo el alcalde.

—¡Ah, el ingeniero...! —exclamó doña Adelaida.

—Señor alcalde, papá, mírale cómo suda el señor Brañes. Dios le perdonará. No sólo él recibe plata del ingeniero.

—¿Quién más, señorita? ¿Qué clase de amistad tiene usted con el ingeniero para saber tanto? —preguntó "El Gálico".

—Oiga usted, señor, está usted hablando como un anticristo, contra de la razón. Si fuese amiga del ingeniero le taparía los enredos que ha amarrado, no para arruinar a don Fermín sino para agarrarse después él todo San Pedro. Es lo que digo.

—¡Don Bruno le ha dicho! ¡Y de noche! —pudo gritar Brañes, y se sentó. El sudor se le había enfriado y le chorreaba ya por el cuello, llamando la atención de todos, a pesar de que la acusación de la joven estremeció a la mayoría de los vecinos. Pero ella seguía, como les estaba permitido a las mujeres, sentada en la banca.

—¡Don Bruno! ¡Y de noche! —repitió "El Gálico", que permaneció de pie.

"Mírale la nariz, niñita. No le contestes, corazón", oyó Asunta que le decían en quechua desde la calle. El corredor tenía a ese lado como dos metros de altura sobre la calzada. El otro Brañes oyó también la voz, y todos los que ocupaban la última banca, pero no se levantaron por temor de que el alcalde los hiciera hablar y, también, porque la nariz de don Fabricio se iba amoratando, cuanto más duraba el silencio en el corredor y la plaza.

—¡"El Gálico", señalado por el Altísimo! —habló por fin doña Adelaida—. Usted no tiene derecho; no es un pobre infeliz como Ambrosio Brañes, que tiene diez hijos. ¡Siéntese! Su nariz va a reventar si continúa el castigo.

"El Gálico" obedeció. Y el silencio se hizo más puro en la gran plaza. Bajó el gavilán como una flecha sobre los pequeños árboles de la plaza. Su cuerpo y sus alas negras rasgaron el aire. Se llevó en el pico un polluelo de torcaza. Desapareció tras la iglesia contra el fondo rojo de flores del Apukintu.

Doña Adelaida se puso de pie. Con la punta de su bastón señaló al alcalde.

—Don Ricardo de la Torre —dijo; su voz no parecía de anciana, sonaba a metal en los oídos de todos los vecinos—; señor alcalde: los indios creo que saben. Como aquí no hay un solo varón que sea hombre, el Apukintu ha enviado a su gavilán, es decir, él mismo se ha hecho presente, indignado; ha bajado cual un rayo a nuestra plaza y ha sacrificado a una paloma que debe ser macho. Lo sé. ¡Váyanse a sus casas, señores, que aquí hay sólo dos varones: Asunta y yo! Cabrejos vino de noche a proponerme negocios demasiado favorables para que fueran honestos. Lo comprendo ahora. ¿Y no se acuerdan que Bruno Aragón de Peralta es un caballero con las

señoritas y que ninguno de ustedes ha merecido una sola palabra de gracia de Asunta de la Torre? ¡Fuera, he dicho! Véndanle sus tierras a Cabrejos o al demonio, pero váyanse de aquí.

Don Ricardo permaneció mudo e inmóvil; "El Gálico" lloraba. Entonces, doña Adelaida, que siempre tenía su escaño cerca de la mesa del alcalde, avanzó hacia don Ricardo y le dio un bastonazo en la cabeza.

—¡Qué alcalde ni qué alcalde! ¡Qué vecinos! Maricones, muertos de hambre. ¡Fuera! El hambre más que la dignidad, no en San Pedro. ¡En nombre de Dios que creó al hombre, a su imagen y no a la de perros sin dueño! ¡Fuera, fuera!

Golpeó con el puño de su bastón a todos los que pudo para dispersarlos.

Huyeron, o mejor, despejaron el corredor. "El Gálico", con un pañuelo sobre la boca, atravesó la plaza rápidamente. Algunos saltaron del corredor al campo, otros desfilaron delante de la señora para alcanzar las gradas. No hablaban. Vieron a "El Gálico" perderse en la esquina. Nadie se detuvo en los corredores. No les quedó lugar en el ánimo para la curiosidad. Desaparecieron.

El alcalde permaneció en su sitio. Hacía señas con la mano para que los demás se fueran, pero él se quedó.

—No tienes que darle cuenta a nadie, hijita. ¿Puedes hacerme el honor, con permiso de tu padre, de ir a almorzar a mi casa? Soy viuda sola. Dios no quiso darme una hija como tú —le dijo doña Adelaida a Asunta.

—Don Ricardo: usted, ahora, ahora que lo veo, me parece el verdadero alcalde de esta villa arruinada, quizá maldecida. Usted ha recuperado con el golpe de mi bastón parte de su alma antigua. ¡A resucitar se dijo! Mi casa, por la gracia de Dios, no ha envejecido como yo. Allí esta la noble, la real villa de San Pedro de Lahuaymarca. Me llevo a la única hija digna de esta villa, de su esplendor de otros tiempos: doña Asunta de la Torre y Pancorvo. ¡Adiós!

La joven se dejó llevar. Ya cerca de la esquina volvió la cabeza para mirar a su padre. Seguía de pie. No le extrañó que el varayok' de turno y dos jóvenes indios de la comunidad lo escoltaran como a diez metros de distancia. Doña Adelaida se detuvo y también miró el corredor y la plaza.

—Triste —dijo—. Pero a tu padre se le ve bien, allí, solo. Ahora sí es alcalde... ¿Y estos indios? ¡Ah! Es un homenaje, niña —concluyó.

Porque los tres indios se inclinaron en la plaza vacía, a la distancia, cuando las dos señoras volvieron la cabeza para mirar al alcalde.

—Dime, Asunta: tengo una preocupación; un miedo.

—¿Qué, señora?

—Estos indios... ¿No están creciendo mientras los vecinos pierden el calor de su sangre?

—Usted sabe, señora. Es posible. Pero... ¿Hay que tenerle miedo a eso? ¿No le parece que respetan al que procede conforme a la conciencia cristiana?

—¿Qué dices...? Espera. No te muevas. Estamos, de casualidad, frente a los dos alcaldes... Yo sí tengo miedo. En el momento preciso apareció el gavilán y, como un rayo verdadero se lanzó... El Apukintu... ¡Era el Apukintu, Asunta, Asunta!... Es como si los dos dioses hubieran peleado, y yo salí en defensa...

—De mí, señora. Está usted confundida con lo que ha sucedido.

—No, hija.

Hizo descansar su brazo derecho sobre el hombro de la joven.

—No, hija... Hay lucha. Los vecinos se destrozan, cada vez más. Se odian. Pierden el honor. ¿No lo viste? Y, demonios de Lima, que nos odian; vienen a comerciar con su miseria, a rebajarlos más, a convertirlos en desesperados, viles, sin hombría. Tuve que bastonearlos. Éstos en cambio... cada vez más..., ¿qué diré?, firmes y unidos. Hasta altivos... y respetuosos. Eso da miedo; a mí, que soy vieja.

—Pero los colonos de don Bruno se arrodillan ante todo vecino.

—Sí. Pero son indios... menos que éstos, claro; menos que éstos. ¿Qué será de ellos? Yo tengo miedo, hijita.

—¿Usted?

—Sí. ¿No sabes cantar algo? Yo acompaño un poco; rasgo la guitarra. Procura, alma de Dios, dulcificar mi corazón. Con la soledad unas veces se endurece, otras veces se tiene desfallecimiento. Vámonos. A tu padre se le ve bien ahora.

—Pero ya no podrá ser más alcalde.

—Si es por los bastonazos, ninguno podrá ser. Todos han recibido; todos los posibles; y sólo don Ricardo se ha quedado, como sea. No ha obedecido; es más alcalde ahora.

—Quizás.

Muy cerca, junto a la esquina, se abría el portón de la casa señorial de doña Adelaida. Entraron.

—No me dijiste si sabes cantar, hijita.

—Sólo dos huaynos completos, señora. Los dos algo tristes.

—No importa, si son bonitos.

Luego del entierro de los huesos y el trozo del cuchillo marca "Toro", Cabrejos Seminario tuvo que acompañar a Fermín Aragón y su esposa hasta la residencia patronal.

—Sírvenos algo, Matilde, tú misma, y ordena al mayordomo

que se quede en el comedor... o que si desea, baje al caserío. Debe estar ansioso de noticias. Que se vaya por la puerta de servicio.

—Mejor whisky para mí, señora —dijo Cabrejos.

El mayordomo ya venía hacia el carro. Su saco blanco brillaba al sol, sin una mancha.

—Los dejo solos. Tú me contarás después, Fermín, cómo fue el accidente. Ese canto de las mujeres me ha calado hasta los huesos. Voy a descansar. Me siento como desconcertada —dijo Matilde ya en el living y después de haber servido los vasos.

—Acaso lo estés más, después que lo sepas todo, Matilde —le previno don Fermín.

—Al contrario, señora. Pienso que no habrá lugar a más desconciertos ahora —dijo fríamente Cabrejos, con el vaso de whisky en la mano—. Espere mejores noticias mientras reposa. No es sólo el canto fúnebre sino el sol que aquí quema la piel, y la compañía de esa multitud idólatra. Todos son idólatras.

—Bien, ingeniero. Los veo tranquilos. Hasta luego.

Pero dio vuelta a la casa y se recostó en un sofácama que ella había mandado colocar en el segundo piso, donde empezaba el pequeño espacio que daba acceso a los dormitorios principales. Desde allí podía oír claramente todo cuanto se hablaba en el cómodo recibidor de los bajos. Su esposo lo sabía.

—Amigo Cabrejos, creo que son menos idólatras de lo que usted suponía. No se han tragado la historia del *Amaru* —dijo Aragón, algo socarronamente.

—¿No ha observado usted, sin embargo, la contradicción absurda y sospechosa que aparece en todo esto? Se espantan los obreros, algunos maestros calificados como ese Obregón y otros; los indios, en cambio, todos, colonos y comuneros se mantienen firmes. Y, por último, el primer mandón oficia en la capilla un poco como fraile serrano y más como brujo...

—Y lo salva a usted, ingeniero. ¿Por qué?

—¿De qué me salva?

—Estamos solos, Cabrejos, nuevamente; usted envió a alguien, demasiado sabido, a algún agente suyo a que hiciera de *Amaru* en la mina. Deshecho y volatilizado por los más poderosos tiros que usted mandó cargar ayer tarde y que los guardó para hacerlos explotar a una hora matemáticamente medida, el *Amaru* aparecía como auténtico; los quinientos indios huían, atropellándolo todo, pisoteándose unos a otros y derribando a los obreros. Se producía el caos. ¡Y el *tabú* a la mina! No sólo por parte de los indios de San Pedro y "La Providencia", sino de casi todos los trabajadores que siguen teniendo de indios más de lo que se supone, como ese Obregón al que usted tuvo que balear para contenerlo. ¡El *tabú*, y el feliz, el inesperado entierro de los proyectos de Fermín Aragón! ¡Hasta la cárcel, a causa de sus deudas! ¿Quién deseaba esta dicha para mí?

—Su hermano...

Aragón se puso de pie, sacó su pistola y apuntó a la cabeza de su invitado.

—No se mueva y escuche. Nosotros, los caballeros serranos de cuño antiguo, no hemos aprendido las palabras asquerosas que en el asqueroso mundo del que usted procede han inventado y recogido de boca de los que fueron esclavos negros cuyas mujeres se acostaban con sus amos, porque..., usted lo sabe, dicen que esas negras tienen ventajas en sumisión y movimientos. Hay mucho mulato entre ustedes "los linajudos" de la costa... Sí, más que los aindiados de la sierra... Pero yo sé alguna de esas palabras. ¡Jerónimo! —gritó.

El mayordomo no había salido. Matilde le ordenó que permaneciera en la cocina. Vino casi corriendo.

—Si está el chofer, que te lleve abajo, y busca a Rendón Willka; si no está el chofer, monta a pelo en el tordillo y trae al varayok' capataz, ahora mismo. Sal por la puerta de servicio.

Ocultó la pistola en su cuerpo. Le habló al mayordomo, de espaldas, sin dejar de vigilar a Cabrejos.

Cuando salió Jerónimo, el ingeniero sonrió. Estaba tranquilo.

—No diga esas palabras, Aragón; sonarán mal en su boca y en este sitio. Yo he venido de ese asqueroso mundo que usted conoce a medias y he sido derrotado, a medias. Guarde la pistola. ¿Qué objeto tiene entre nosotros? No son las balas las que han de inclinar el peso de la balanza entre usted y yo, y menos las sucias palabras, que todo hombre civilizado necesita... Espere... En primer lugar, le ruego perdonarme la estúpida inculpación a su hermano...

Don Fermín guardó la pistola en el bolsillo con refuerzos de cuero que tenía su pantalón, adelante, en el sitio tradicional donde el caballero andino solía usarlo, sobre el lado derecho del vientre.

—¡Estúpida inculpación! —repitió Aragón.

—Ya le dije. No es su hermano el responsable, no puede ser.

—¡Usted!

—Habría que probarlo.

—Rendón Willka sabe.

—Esperémosle.

—Me resultó usted más fina pieza de lo que suponía. Beba, amigo; beba solo; que con usted yo no lo haré nunca más.

—¿Fermín Aragón de Peralta perdiendo la chaveta en el instante mismo en que obtiene un triunfo parcial, pero casi decisivo? No somos amigos, señor; no lo hemos sido nunca. Pero, tampoco verdaderamente enemigos. Ya le rogué que me disculpara la estúpida referencia a su hermano. No soy, pues, tan fina pieza; al fin y al cabo sus auxiliares me han vencido. Usted sabe escogerlos y sospecho que no les ha de guardar gratitud por mucho tiempo. Ésta es

una lucha impersonal, señor Aragón. Bebamos algo mientras llega su mejor hombre.

—Cabrejos: me está usted dando una lección. ¡Salud!

—¡Salud!

Bebieron medio vaso cada uno.

Don Fermín tomó asiento, nuevamente, en el sillón confortable que había ocupado al principio, frente a Cabrejos. Éste lo miró, de veras, impersonalmente, por primera vez. Nada en su expresión, ni temor ni esperanza ni alegría; sólo unos ojos lúcidos que lo escrutaban con indiferencia, casi con curiosidad.

—No somos enemigos, Aragón —le dijo—. Le hablo de algo que me interesa. Yo no pretendo que el Consorcio se lo devore a usted, como desearía hacerlo; aunque debía proceder contra este anhelo personal. Estaba obligado a proceder así, como usted a derrotarme. Todo esto en defensa del Perú. Las cosas van bien. Y no es que ame al Perú. El hombre de negocios, el que se dedica a la empresa, debe ahogar los sentimientos que puedan frenar el vuelo. Con usted he aprendido mucho, igual que usted mirándose en mí, comparándoseme. No amo al Perú, pero creo que los que hemos nacido en él debemos, como los norteamericanos o alemanes, más como los primeros, debemos hacer valer el *derecho* admitido universalmente, pero no respetado, de que quien nace en un territorio tiene preferencia absoluta para beneficiarse con sus riquezas. Las guerras las han hecho las grandes potencias para repartirse el aprovechamiento de las riquezas de los países débiles que no podían hacerse respetar.

—Las guerras entre los individuos tienen el mismo origen y siguen métodos semejantes; usted contra mí.

—Sí; es cierto. Primero, usted respecto de su hermano y de su padre, luego respecto a esos pelagatos de San Pedro. Ya casi triunfante; los consorcios contra usted, es decir yo, agente de un Consorcio. En este momento usted gana una escaramuza, un incidente. Para capitalizarlo, aunque le parezca insensato, usted debe permanecer más asociado a mí. Por buen instinto de hombre de negocios así lo hizo usted en la mina. Lo admiré, ¡lo juro! Y, finalmente, Carhuamayo enterró bien las cosas. Barrunto que un tanto por fanático y otro tanto por rivalidad con Rendón. Eso lo veo claro. Los consorcios ya están de acuerdo en dejar a la Wisther and Bozart con derecho exclusivo sobre usted. No encontrará un centavo en ninguna otra parte. Las autoridades de la provincia han sido ya instruidas. No volverá usted a leer una sola carta mía; los jueces no tramitarán sus juicios contra los vecinos de San Pedro sino al ritmo que marque el Consorcio. Llegó la hora "de los loros". Usted conoce esta jerga, y me toca hablar claro. ¿De qué le va a servir cualquier declaración de ese nuevo varayok' que usted, con tanto conocimiento del medio, inventó?

—Con que... ¿Así parecen estar las cosas...?

—Pero yo he sido derrotado en mis planes de obstaculizar.

—No todavía. He llamado ya a otro ingeniero.

—No era necesario. Le bastará con Camargo. Él conoce la ruta. Yo la desvié. Y..., ¿sabe? Camargo y Justo Pariona, ¡indio notable!, la rectificaron un poco. Mire, Aragón, es otra cosa que le debo a usted. El indio es más peligroso de lo que suponemos. No hay que darle participación en la técnica. Me equivoqué. Camargo aceptó de auxiliares a algunos. El viejo K'oyowasi, en tres días, enmaderador; Justo Pariona, perforador, con instinto del metal. Lo atrae; le siente el olor. Son peligrosos porque forman parte de una banda por siglos segregada. Forman otro mundo. Hay que destruir primero esa banda. Esa..., ¿cómo le diría? Esa nación metida dentro de otra. El Rendón lo sabe. Debemos desintegrar esa baja masa que hemos mantenido por siglos unida. Agucemos primero, en quienes sea posible de esa gente, el estímulo de la ambición; unos contra otros; y luego el del predominio del individuo; que piquen el dulzor, o el veneno, de la ambición individual. Y los manejaremos y aprovecharemos. Y hay que quitarles esa lengua antigua en que tan bien, tan fulminantemente, se comunican, se enardecen, confabulan. ¡Qué distintos esos puneños y andahuaylinos errantes, lanzados de sus pueblos por la miseria! Ya no quieren hablar el quechua; miraban con desprecio a los "colonos"; y del castellano sólo saben unas trescientas palabras que los están haciendo retroceder a las cavernas. No se meten ni con los obreros ni con los indios. Lampean solamente, y lamperos necesitamos por centenas de miles. Aragón, en verdad, nos necesitamos. Yo ante el Consorcio...

Se presentó Demetrio. Su rostro inexpresivo llamó la atención, inmediatamente, de los dos señores.

—Patrón... —dijo.

—Entra, Demetrio.

Cabrejos Seminario dirigió a don Fermín una mirada en que expresaba la más absoluta indiferencia, luego examinó al comunero con ironía, y sonrió.

—Siéntese, amigo —le dijo él.

—No, que hable de pie. Es la regla aquí —ordenó don Fermín.

—Señor Aragón, dispense. Me olvidé que no estamos en la oficina sino en su residencia.

—Demetrio, ¿puedes probar que el ingeniero es el responsable del accidente de la mina?

—¿Para qué, patrón? El inginiero se está carcajeando.

—¿Carcajeando? Estás loco. No lo he oído.

—Para afuera, como conejo, para adentro, como falso *Amaru*. ¿Para qué probar?

—¡Indio! ¿Puedes probar la acusación que le hiciste en la mina?

—Patrón don Fermín Aragones de Peralta; puedo probar fácil,

pero será por gusto. Juez no hará caso. Huesitos del maestro charanguista Gregorio ya hemos enterrado.

—¿Qué le dije, Aragón? Sabe demasiado —advirtió Cabrejos, sonriendo más notoriamente.

—Sí, y usted, de veras, se ríe.

—¡De los huesitos, pues! Todo traicionando; todo, todo, como limeño de los señores Orrantias, Sanfelipes, San Isidros, Monterricos[1]. Contra prueba riendo él. Patrón don Fermín; éstos traicionando siempre; por eso hemos puesto guardia de vigilancia a comuneros, acordando cabildo. Media noche ha salido con ropa de indio, el maestro Gregorio de casa de inginiero; ha ido corriendo a San Pedro; ha cantado despedida en la puerta de señorita; ha dejado en rendija de puerta, billetes, papelito escribiendo; ha llegado amaneciendo a mina; ha entrado tranquilo. Inginiero ha visto. En cabildo hemos avisado a colonos de don Bruno. "Ha de gritar gente mestizo en mina; ha de morir; no *Amaru*, gente mestiza, hemos dicho. Contestaremos, hemos dicho. Hemos contestado, inginiero. ¿Quién pudiendo? ¿Tú? ¿O comunero Lahuaymarca? Comunero junto a don Fermín, siempre. Nada, nada, gringos; limeño traicionero tampoco.

—¡Bruto! La Wisther no es de gringos solamente.

—¿Wisther? ¿Gringos, acaso? Tú comprando mandón Carhuamayo para quitar huesito, para enterrar testigo, prueba. Don Gregorio no hay ahora para siempre. Niña nomás tiene su plata, su papel. No hemos levantado. Comunero respeta alma, respeta corazón. Puedes matar cuerpo sin alma, inginiero. ¿Para qué anda cuerpo sin alma? Para comer gente, a ver si quita alma para ponerse. A cuerpo que está de fierro no más por la ambición no entra alma, de muerto ni de vivo. En vano tragando gente. ¿Cuánto has pagado a mandón Carhuamayo, inginiero?

—Nada. Lo hizo de su voluntad.

—¿Y el papel de la niña, Demetrio? ¿Y la niña? —preguntó don Fermín casi tiernamente.

"Buen comediante", pensó Cabrejos, muy preocupado.

—En San Pedro, patrón. Niña ángel, niña buena. Te puede rematar bien, inginiero. No servirá para entregar papelito, patrón. Niña ángel. Pero ¡que no hayga sabido! Matará a Cabrejos, segurito. ¿En dónde, cómo será, inginiero...?

—Ustedes proyectan asesinarme. ¿Sabes quién es la Wisther and Bozart?

Rendón sonrió.

—¿Ve usted, Aragón? No es él quien ríe, es toda una masa humana inferior.

—Tengo, pues boca, más mejor que inginiero. ¿Comuneros matando inginiero, para que gobierno diga: "Aragones de Peralta

[1] Sectores residenciales de Lima.

comunista, hace matar inginiero con indio comunista?" Cabrejos no sirve para que le mate hombre. Cuando niña hayga sabido, de día le matará, como niña ángel de Dios.

—Tú se lo dirás. Esa "niña" ¿era querida de Gregorio?

—Indio es respeto, comunero es respeto, niña es respeto. ¡Querida no es respeto; usted en su conciencia, conociendo a Gregorio! Músico grande, respeta niña. Por eso niña no sirve para juez. Otra vez, pues, inginiero riéndote, tranquilo, hasta cuando rabie de veras Dios santo y Padre Pukasira también. Entonces, rápido te entrará alma que no sé en dónde habrás botado, entrará a tu cuerpo para que sufras no más; sufrirás loqueando en montañas, pampas. Tu alma, como has abandonado, no va morir sabe Dios hasta qué tiempos.

Cabrejos se echó a reír.

—Patrón: mírale pues, como loco ya, no como sano. ¡Como loco ya! Alma de cuerpo sucio no muere, no hay descanso, padece para jamás.

—¡Silencio, indio! ¡Contesta! ¿Sabes qué es la Wisther and Bozart? —preguntó don Fermín, con desprecio simulado.

—Bozar... Casa grande Lima. Dicen mucha plata; automóvil grande, para señores orrantias, san Isidros. Inginiero será, pues, Bozar. Cuidado, patrón.

—¿Sabes lo que es comunismo? ¿Has andado con los comunistas?

—¿Comunismo? Ahistá, patrón: tú comunista si Rendón mata inginiero; Rendón también comunista; Señores orrantias, san Isidros nada comunistas; hombres comiendo con chanchos en "Montón", en todo barriada, cuando sale pedir, gritando, comidita ¡ahistá comunista! Cuando hacer choza en arenal de nadies para encontrar sombrita ¡ahistá comunista! Yo andando, patrón, barriada en barriada; yendo Huancayo. ¡Allí bien, patrón! ¡Allí a indio no carajea nadies! Es respeto. Patrón, yo, ningún huérfano, sabiendo claro de comunismo. Inginiero sabe. Con su boca, con su dedo dice: ¡comunista! Y ahí no más, le meten golpe u bala, según. Él sabe. Yo..., patrón verdadero, comunero soy. Rezo en iglesia; Dios rabiará; condenará a hombre que para matar bien a miles, primero pierde alma. Cuando hay alma, respeto hay. Cuando diablo come alma de hombre, entonces ese pues grita: "¡comunista, comunista!", rabiando contra huérfano; rabiando contra mujer con hijo, sin comidita, que llora en calle, en iglesia, en cuevas, que chavetero, hermano de orrantias, abusa... ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

Se arrodilló. Luego se agachó y tocó el piso con la cabeza. Se levantó en seguida. Había llorado para adentro.

—Patrón Aragones de Peralta, licencia. Inginiero es criminal de maestro Gregorio Altamirano..., pero no habrá juez ya para él. Ponle frenito, fuerte. Cuídate, patrón. Yo, comuneros, colonos, contigo, pues. ¡Licencia!

—Puedes irte.

Bajó Matilde. No pudo contenerse.

—Usted... ¿Usted hizo eso? ¿Cabrejos Seminario, de las mejores familias de Piura?

—¡Señora! Yo no soy responsable de nada. Usted debe haber entendido que ese indio está medio loco.

—Fermín, ¡perdóname! Perdóname, amor, esta impertinencia. Me voy, permíteme únicamente hacer llamar a Gregorio.

—No hagas nada y déjanos. El Ingeniero no tiene responsabilidad de nada. Te ruego retirarte.

Matilde cambió de expresión. Se ruborizó.

—Perdón, señores —dijo con voz impersonal y enérgica—. Sigan tratando de lo que ustedes mejor conocen. Yo voy a dar una vuelta por el campo.

—¡A caballo! —le advirtió su esposo.

—No voy lejos. Y no estoy de pantalones. Permiso, caballeros.

Salió. Ambos negociantes advirtieron en su porte una majestad y gracia que les penetró la coraza. La siguieron con los ojos. El alto sol hizo brillar su cabellera, delineó su fino cuerpo.

—Y tiene tres hijos —dijo el ingeniero.

—Todos en Lima, internos.

—¿Cómo el indio, con ese castellano bárbaro, ha podido conmover a una Matilde de Ribera de Aragón de Peralta?

—Porque no es tan de Ribera, y lejos de la sociedad a la que usted pertenece, se ha mantenido más mujer que aristócrata. Frena sus impulsos con hilos muy delgados, más que los de un hombre de negocios, aunque no todos, absolutamente todos los impulsos, como el hombre de negocios. Matilde no lo justificará a usted como yo, aunque ya ha aprendido mucho. Bueno. ¿Cómo ha de explicar usted la ausencia de Gregorio Altamirano?

—Él me pidió dinero y licencia para irse. Tengo un documento.

—Casi perfecto.

—¿Y la señorita aquélla?

—No me preocupa. ¿Qué medida va a tomar usted con respecto a Obregón?

—Está herido. Lo tendremos en la enfermería unos veinte días con jornal pagado. Eso es todo. Usted lo castigó temerariamente.

—Bien. Es suficiente.

—¿Y con respecto a su hermano?

—Nada ha sucedido que le afecte. Enviaremos a Carhuamayo para que le informe. Él lo hará convenientemente. Conoce mejor que nadie a mi hermano.

—De acuerdo. Ahora, por mi parte, iré de frente no a la veta, sino, ¿cómo decirle en términos sencillos? Al manto formidable de metales nobles del Aparkora. Lo alcanzaremos en... diez días, a lo sumo. La Wisther no le podrá exigir el 80 %...

—¿El 80 %?

Chávarri 5-18-73

—Sí; eso le iban a pedir, y quizá se lo pidan. Mi informe será muy favorable.

—Yo exijo el 55 %.

—No creo que sea posible. Con el 20 % usted se convertirá siempre en millonario.

—¿Qué porcentaje tienen los capitales extranjeros en la Wisther?

—No lo sé. Deben ser importantes, puesto que han obtenido la exclusiva sobre usted.

—¿De manera que ya estoy vendido? ¿Y por gentes que no me conocen siquiera, que no han movido un dedo para ayudarme en estos años de trabajo, casi de ruina?

—Está usted hablando como un provinciano, señor Aragón. Usted, debido a esa gente que cree usted que no lo conoce, realizará su proyecto máximo: se convertirá en millonario. ¿Cuánto calcula que hay que invertir para explotar esta mina industrialmente, con el mayor rendimiento?

—No lo sé.

—Quizá treinta o cuarenta millones, como mínimo.

—¡Treinta millones! ¿Y si yo pudiera obtener diez?

—¿De dónde? Está usted bloqueado.

—He llamado a un ingeniero...

—Que tomará o rechazará la Wisther.

—¿Cómo?

—Cuando haya llegado, estaremos a centímetros del manto o depósito de rosicler. Usted deberá ir a Lima a buscar socio capitalista. Todas sus hipotecas han sido transferidas a la Wisther. Ahora necesitamos un buen ingeniero civil, especializado en hidráulica. Debe calcular la altura del acueducto según el potencial de energía que nosotros le indiquemos que necesitamos. Se requerirán unos mil obreros. Deberá arruinarse la faja irrigada que en su gran hacienda tiene don Bruno. Los molinos desaparecerán, y "La Esmeralda" también.

—Que es mía en gran parte.

—Lo he calculado. Tiene usted exactamente el 45 %. La mayor parte de los documentos que los vecinos le han firmado no han sido perfeccionados...

—No falta sino una pequeña formalidad.

—Es cierto. Pero falta.

Fermín Aragón se levantó casi dolorosamente, como si fuera un reumático.

—¡Es cierto! Tienen cogido al mundo como pulpos.

—Usted será una ventosa del pulpo, no una víctima.

—¡Una ventosa! Les he adobado bien el mejor bocado. Me arrojarán los huesos. Pero..., ¡tengo una idea! Sí. No he de decírsela. Diez días. El otro ingeniero y Camargo lo vigilarán. ¡Jerónimo! —llamó al mayordomo.

El mayordomo corrió desde la cocina; entró al living comedidamente.

—¡Llama a Camargo! ¡Vivo! ¡Sal por aquí adelante! —le ordenó Aragón.

Cuando Pedraza cruzó el patio, Aragón continuó:

—¡La ventosa de un pulpo! —dijo.

—O un pulpito anémico, condenado a perecer.

—¡Yo sí, amo a mi patria, señor Cabrejos! —exclamó entonces don Fermín—. He cometido algunos crímenes, no como los suyos sino de otra índole, contra los que es necesario exterminar, pulverizar para que este país recupere su grandeza, el tiempo perdido. Nada de pulpitos anémicos. ¡Un dínamo que transforme lo salvaje de estas montañas y de estas gentes en un hormiguero de trabajo industrial!

—¿Quién es más salvaje? ¿Usted y yo o ese varayok' modernísimo que sabe y no sabe lo que es comunismo?

—Usted es un empresario químicamente puro; no puede entender a Rendón. Él anhela lo mismo que yo. Pero para defender su raza, para desarrollarla. Ésa es una fuerza que ustedes los químicamente puros no tienen. Ustedes han sido bien definidos por Rendón: arrojaron su alma. ¿A dónde va usted, Cabrejos?

Le gritó la pregunta nuevamente como a un sordo.

—¿A dónde va usted? ¡Dígalo! Rendón sabe cuál es su meta y yo también. No son las mismas. Tendremos que chocar, más tardecito, como él diría, y seguramente sabe y se prepara. Pero si usted no ama al Perú, si es impersonal. ¡Por las barbas de Dios! ¡A dónde va usted?

—Al poder, como usted. Y procure hablar con más temple. ¿No recuerda que tengo bien los oídos?

—Usted no tiene nada bien ni mal, amigo. Es usted un autómata calculado infinitamente bien para marchar al poder por el poder. Eso es peor que el simple excremento de mi caballo. ¿No estudió usted en Harvard o en California? ¿No le hicieron sentir allí que los yankis aman a su país, que tienen orgullo de él, y que sólo, acaso uno de cada millón, se encamina "al poder por el poder" como usted? ¡El poder para los Estados Unidos; la bandera de las barras y estrellas imperando en el fondo, tras el color sin respaldo del rojo y blanco peruano, lo mismo que sobre todos los otros colores! La hoz y el martillo ambiciona igual poder. Pero yo pretendo, quiero que eso acabe. Conseguiré que Rendón sea mi auxiliar en esta empresa hasta donde pueda yo manejarlo. Usted lo ha oído hablar: "Yo, comuneros, colonos, contigo, pues. Cuídate, patrón". En usted, ese hombre, que tiene la experiencia de Lima y una inspiración de dos mil años, ha olido el vacío, la nada anhelante de mando, ciega para matar y devorar. En Estados Unidos y en Inglaterra sería usted un monstruo no tan raro; aquí resulta usted, como dijo mi varayok':

un hombre que ansía matar porque necesita tener un alma, aunque sea ajena, ya que por su propia naturaleza es incapaz de dar cabida a un espíritu; es decir, a una patria, a una meta que tenga algo de la imagen de Dios, de la esperanza humana...

—¡Amigo, amigo! ¡Basta! Es usted un ideólogo confuso: entre indio y patriota de la época de la postguerra con Chile. Y no deja de tener ciertos tintes comunistas. Pero todo eso, en este momento y dadas nuestras precarias relaciones, ¿a qué viene? ¿Qué importa? He dicho que no soy amigo ni enemigo suyo.

—Ni de nadie.

—Exacto. Estamos tratando de un negocio. No me gusta que me lleven a terrenos ajenos que entiendo poco. Dice usted tener una idea para obtener diez millones. Bien. Con eso puede empezar. Si hay algún lugar en donde alguien se atreva a proporcionarle diez millones contra la Wisther. Por lo pronto, yo con usted termino dentro de diez días. Usted me ha derrotado; ha vencido a la Wisther en una escaramuza por la torpeza de su inexperto agente, aunque ¿dónde encontrará la Wisther un agente que pueda derrotar a Rendón Willka aliado con un Aragón de Peralta en estas montañas? Ya ve, aprecio al hombre; usted le ha apuntado un poroto a la patria.

—Y le he sacado el cuajo a usted.

—Sólo por unos días. ¿Después...?

—Ya veremos. Puede informar a la Wisther como le dé la gana.

—¡Otra vez perdiendo la chaveta! Informaré tal cual importa a los planes del Consorcio. Nada tiene que hacer con esto la furia o la gentileza de usted. Yo soy un profesional.

—Perdone, ingeniero. Usted es una tuerca, una pieza perfecta de la maquinaria que convierte en ventosas de pulpos a quienes descubrimos riquezas en el Perú y que aspiramos que beneficien al país más que a extranjeros.

—Así será.

—Así lo demuestra usted. ¡Y tarda ese hombre!

—No es necesario ese hombre si usted reflexiona con calma.

—Por el contrario, por el contrario... Beba, ingeniero, que yo voy a vaciar este trago que ya se ha entibiado.

—Échele hielo, señor Aragón. Y al mío también, por favor.

Cuando don Fermín sacaba nieve del *friser* de la heladera, entró Camargo.

—¿Y el patrón? —dijo.

—Mire, Camargo —habló Cabrejos; Aragón oía—. Me he equivocado algo en la dirección...

—Ya le dije, ingeniero...

—Sí. Rectificamos mañana.

—¡Domingo!

—Sí. Trabajamos medio día.

—Los indios no, en día domingo. Don Bruno no lo permite.

—Entonces el lunes.

—Sí —dijo don Fermín—. ¿En cuántos grados calcula el error, Camargo?

—Muchos, patrón. Yo le dije al ingeniero que el último día se había apartado de los cálculos de Piskulich.

—¿Sólo en el último día?

—Sí.

—¿Usted conoce bien el trazo de Piskulich, capitán?

—Como en la palma de mi mano lo hizo. Usted se equivocó al pelearse con él.

—Así es, Camargo. Desde el lunes, usted ganará 150 soles diarios.

—Gracias. En nueve o doce días llegaremos al gran manto. Piskulich hubiera llorado. Era medio loco. ¿Qué le parece el cálculo del tiempo, ingeniero?

—Que lo diga el patrón.

—Exacto.

—¿Me necesita para más, don Fermín?

—No. Cuide a la gente. ¿Qué reacción hay entre los obreros?

—Le diría que un algo extraño. Pero no hay descontento. Como no ha muerto nadie... ¿De quién serían los huesos? Sólo comentaban con indignación que Carhuamayo los haya enterrado tan rápido. Pero Antenor está tomando cerveza. Únicamente Portales tiene cara seria. "¿De quién, de quién?", repite Antenor, golpeando la mesa. Pero está con una buena *ch'aran k'ara* [1]. Lo va a emborrachar. Rendón se ha encerrado con sus indios. ¿Y el herido, señor? ¿Qué le digo?

—Reposo de veinte días con jornal.

—¡Muy bien, muy bien! Así el ingeniero no aparecerá como vengativo y usted, como siempre, buen patrón. Su herida no es gran cosa. Ya él está donde su conviviente... una buena chola de Santa Cruz.

—¿De Santa Cruz? Son blancas. No sé por qué.

—Así es, patrón.

—¡Ah! Dígale de mi parte a Carhuamayo que vaya donde mi hermano a darle cuenta del accidente, o..., mejor, del raro suceso de la mina. Que salga inmediatamente para que pueda estar de vuelta el lunes.

—Muy bien, patrón; y ¿qué dice si con Rendón organizo una corridita de toros para el subsiguiente domingo? A todos les gusta.

—No, capitán. Puede haber muertos.

—A todos les gusta...

—Pero a mí, no. Prepare fuegos artificiales. Contrate la banda de músicos de Santa Cruz. Es de fama. Que las cantineras y todas las mujeres que sepan preparen unas cuantas *mak'mas* [2] de chicha

[1] Cuero siempre mojado. Nombre que los indios dan a las prostitutas.
[2] Gran vasija de arcilla, con capacidad para centenares de litros.

—¿Sin corrida, patrón?

—Que traigan danzantes de tijeras, de Andamarca, bien pagados, y grupos de K'achampas y "Majeños". ¡Que haya baile! Borrachera sin muertos. Haré llamar al cura de San Pedro. Misa a las nueve. Vísperas con danzarines y castillos de fuegos.

—¡Caray! ¡Un torito con cóndor!

—No, Camargo; jamás en Apark'ora. Bailaremos en la plaza. Yo con mi esposa. Ya sabe algo el huayno. Instale para ese día altoparlantes. Que bailen todos. Los colonos en su galpón. ¡Que les traigan *pinkullos* [1].

—¿Sin mujeres?

—Mi hermano... Ellos bailan entre hombres.

—Bien, patrón.

—Pídale al cajero diez mil soles de anticipo, con esta orden.

Aragón escribió unas líneas en su tarjeta.

—¡Haga propaganda! Sólo el ingeniero no bailará. No sabe. Y creerá que todo esto es cosa de indios o de serranos.

—Bailo a saltos el huayno y la gente se ríe de buena gana. En cuanto al gasto, permítame contribuir con estos... dos mil soles. Al final de las cuentas que se me cargue el 40 % de todos los gastos.

—¿Usted, ingeniero? —preguntó Aragón.

—Es un gasto precioso.

—¡Ah! Conviene embriagar a la gente. Que olvide. Que no piense.

—¡Eso! Y que nosotros hagamos lo mismo. Aunque por razones diferentes, la iniciativa de Camargo es brillante para todos los habitantes de Apark'ora.

—Gracias, ingeniero. Me voy. ¡Adiós, patrón!

—Espere, Camargo. Una copita.

Don Fermín le sirvió whisky puro.

—¡Salud!

—¡Salud!

—¡Salud!

—El ingeniero ya se iba —dijo Aragón—. ¡Adiós, señor Cabrejos!

—Hasta luego. Y felicitaciones por el plan de la fiesta. No le haremos fallar, Camargo; y yo... ¿No es cierto, capitán?

—Cierto, ingeniero. Usted goza en las fiestas.

—De otro modo, de otro modo —dijo don Fermín.

—Todos a su manera. Hasta luego, señor Aragón.

—Que el sol les alumbre.

—¿Tiene algo de indio también este caballero Aragón? —preguntó en la terraza Cabrejos al "Capitán".

—Muy poco. Le sale a veces como... como un chispazo repen-

[1] Instrumentos de aliento. Hay de diversos tamaños, y con acompañamiento de tambores. Los del Cuzco se tocan sin acompañamiento rítmico.

tino. ¿Será cosa de los indios o de estas montañas que algo les mete en el tuétano, a todos por igual?

—Las dos cosas. "¡Que el sol les alumbre!"; parece una frase de Rendón.

—Creo ya hablamos de ese hombre. Yo diría, ingeniero, con perdón de usted, que le he tomado como un respeto y una desconfianza. No lo puedo mandar. De mandar lo mando y él obedece bien, y hace las cosas bien, pero... ¿qué le diría? No a como uno considera el trabajo, el modo también, sino de otro estilo; mejor. Mueve a la gente hablando poco. No sé cómo le entienden. Debe quedar para la mina, diría. Pero usted...

—Debe quedar en la mina. Hay que hacerlo hombre de mina. El metal agarra...

—A Rendón nadies lo agarra. Él va como libre. Cholo bueno; sólo que parece tiene algo de brujo.

—Así es. Le quitaremos...

—No, ingeniero.

—Sí, "Capitán". El dinero y el poder...

—Tiene razón... Usted se queda por aquí; yo tomo otro caminito para ir donde los colonos. Daré la orden de don Fermín a Carhuamayo. Gracias, ingeniero. Más tarde entro al caserío y empiezo a repartir el anticipo. Va arder el personal todo.

—Todo, "Capitán". Y ojalá en armonía.

—La chicha y la banda de músicos hacen la armonía, porque peleando también se desfogan y después, aunque lloriqueando, quedan ya tranquilos. La gente es, pues, más que el gusano...

—¡Claro! Hasta luego.

Cabrejos vio a Camargo bajar por el camino especial que comunicaba la casa patronal con el galpón de los indios. "Tiene razón, me dijo este sujeto", pensó, "pero quiso expresar lo contrario. Rendón Willka no debe ir ni al Frontón ni al Sexto, a ninguna cárcel, sino al vientre de los gusanos, lo más rápido. Y no será sin efecto, como el pobre Gregorio. Tendremos silencioso placer, los gusanos y nosotros, los "hombres sin alma o en busca de alma", como nos califican estos bárbaros. No creí que Aragón lo fuera tanto."

En ese momento divisó a Matilde que salía de la gran choza de los comuneros. Sus nervios se descompusieron.

"¡Esa... señora! A ella se la comerán los gusanos en París o Roma. Y ningunos otros que su esposo y los necrofílicos gusanos, porque los Aragones la han domesticado. «Será fiel hasta la tumba fría.» Y ahora viene de haber recibido el homenaje de los indios. Creo que en el fondo sienten por ella un ardiente deseo «sublimado», que puede darle resultados contrarios a los que ella..."

Vio que Justo Pariona lo señaló con el brazo extendido. Él se detuvo un instante, con la cara vuelta hacia Matilde, que estaba rodeada por varios comuneros y un grupo de peones; y luego se

encaminó a su departamento: "Ya deben haber entrado en acción «El Gálico» y Ricardo de la Torre", dijo. "Bien pagados están. Aragón perderá el 30 % de sus apresuradas compras de «La Esmeralda». Sólo esa vieja... Pero no sospecha... Y Matilde de Ribera con los indios... Puede castigarla el marido..., a eso ha llegado".

Matilde fue en persecución inconsciente de Rendón, cuando se sintió sola en la terraza. "¡Dios, Dios, Dios!", iba recitando también ella.

Llegó al borde de la explanada, y se asombró al comprobar que Demetrio no había avanzado mucho hacia la choza de los comuneros. Estaba cerca aún de la terraza. Caminaba muy despacio, con el aire del que va reflexionando o cargado de un peso excesivo.

Demetrio subió a la carrera la cuesta.

—¡Señoray, patrona grande! —le dijo con la voz y el pecho fatigados—. Aquí para que mandes.

—Nada, Demetrio... He oído todo lo que hablaste con los señores.

—No entiendo bien castellano, patrona grande. Si tú sabiendo quechua, alma de comunero te cantaría bonito. Eres flor achank'aray. No conoces, señora... Crece junto a la nieve, pues, en lo alto. El ojo del hombre no le mancha ni ojo de pajarito siquiera, pero con el viento tiembla, sufre.

—Gracias, Demetrio. Pero, ahora, dime: ¿esa muchacha amaba a Gregorio Altamirano?

—¡Cómo será, mamita! ¡Cómo será! Creo que en su principio le despreciaba.

—Nos están observando, Rendón ...

—Ahí vienen *k'ollanas* —dijo Demetrio.

Tres mozos, con Justo Pariona por delante, avanzaron de la choza hacia la terraza.

—¡Que nos observen! Nadie en el mundo es más respetuoso que tú, Demetrio.

—Comunero respeta corazón, alma que pelea por bien contra mal; respeta hermosura, se arrodilla. Su rabia es infierno de ceniza. Puede enterrar...

Justo Pariona traía la vara de Rendón.

—Decías, Demetrio, que esa muchacha...

—Maestro Gregorio cantaba lindo en su puerta; hacía llorar a los arbolitos, a los luceros con canto triste. Pero señorita despreciaba canto; más triste era, más triste cada tiempo. Ella es, pues, señorita; maestro Gregorio, mestizo. ¿Cómo mestizo levantando cabeza para mirar señorita? Vergüenza para señorita.

Hizo una seña con la mano a Justo para que se detuviera a tres pasos.

—Señora grande: don Bruno también enamoraba a esa señorita. Delante de su tienda de San Pedro hacía cantar a maestro; llamaba en vanamente. Peor le despreció a don Bruno. ¡Cómo, pues!, don Bruno anda con mestizas; malogró a *kurku* Gertrudis, hizo llorar a don Andrés, hizo maldecirse con su papá. ¡Cómo, pues; señorita Asunta es respeto! Casi, casisito igual a ti, con perdón del cielo. A inginiero también ha despreciado...

—¿Qué?...

—Perico sabe. Perico, ladroncito. Noche del viernes señorita Asunta ha contestado a maestro Gregorio en vísperas de su muerte, cuando estaba cantando. *K'ollana* Filiberto Maywa ha oído. Don Gregorio, mestizo, ha hablado. Ha dejado su platita que inginiero le había dado, engañando como condenado come-gente —continuó Rendón—. Ha dejado su platita en la puerta de tienda. Don Gregorio papelito ha escrito. Ha subido a mina, rápido. Sudando, a la muerte ha entrado.

—Filiberto: ¿tú cantas la triste canción de Altamirano? —preguntó Matilde, muy turbada.

—Sí, patrona, en quechua es. Último canto, anoche, con su charango ha dicho don Gregorio, en castellano.

—¿Lo sabes?

—Su principio.

—Señoracha, patrona. ¡Visita, pues! ¡Visita a tus hijos lahuaymarcas! No lejos. En silla vamos traerte cargada.

—¡Eso no! Pero... ¡Vamos, Demetrio! Llévame.

Entonces, el *k'ollana* Filiberto Maywa le entregó su vara a Rendón. Con la insignia en la mano, Demetrio se inclinó ante Matilde, y se echó a andar despacio. Detrás de la señora fueron los tres mozos, ceremoniosamente. No habló nadie en el camino.

Matilde observó cómo Rendón medía exactamente el paso con que ella podía caminar cuesta abajo; se volvió hacia atrás, e inmediatamente los tres mozos se detuvieron. La seguían como a dos metros de distancia.

Contempló, entonces, el paisaje como si la compañía tan reverente de los comuneros le infundiera un sentimiento nuevo, un modo diferente de apreciar el aspecto tumultuoso y silente de ese mundo; la faz desnuda del oscuro Pukasira en cuya cima nevada y especialmente en sus paredes de roca, parecía que latía el eco de sus palpitaciones, del ritmo con que corría su sangre. "Mi corazón se repite en esa montaña, Fermín, porque estoy acompañada así", se dijo. Luego se detuvo un instante; Rendón la sintió y también se detuvo. Los tres jóvenes la esperaron a la distancia medida. "Es que me siento como una princesa. ¿Puede atenderse a una princesa con más respeto, delicadeza y gallardía? Me siento como defendida por una escolta. Por eso la montaña admirada de los indios repite mis palpitaciones, a tanta distancia."

—Rendón —dijo—, ¡Filiberto!

El mozo apareció frente a ella unos centímetros detrás de Rendón.

—Los quiero —dijo—. Los aprecio. Es decir, les pido perdón porque creí, porque siempre me dijeron que erais... brutos. Pero... ustedes son respetuosos, de verdad. ¡Anda más rápido, Demetrio!

—¡Cierto! Gracias, patrona.

—El cielo en tus ojos, señora, grande —dijo inclinándose Filiberto.

"Sólo Dios podrá exterminarlos. Sólo Dios; y los malos curas no han engañado aún a Dios. Los oiré cantar. ¡Conoceré a Asunta!", dijo Matilde, mientras apuraba el paso. Se formaron en el corredor angosto de la choza los comuneros. No tenían ni una silla. Demetrio tendió su poncho de ceremonia en el poyo de adobes e hizo que los treinta comuneros saludaran a la señora. No le daban la mano. Se inclinaban ligeramente ante ella, quitándose la montera y pasaban.

—¡Wifáááá! —gritó Rendón cuando saludó Baldomero Pumasonk'o, el más joven de todos.

—¡Wifáááá! —contestaron los treinta, incluso Rendón.

Luego, Filiberto derramó en el piso, a los pies de la señora, unas campanillas algo marchitas de kantuta, única flor del invierno, flor morado-roja cuyos ojos miran al suelo, le trasmiten todo el calor y el frío de los astros y del cielo a la tierra quemada.

Justo Pariona salió del interior de la choza con un charango de cuyo clavijero colgaba una cinta que tenía los colores de la bandera peruana. Filiberto se acercó al *k'ollana* Pariona. Éste dijo:

—Patrona grande: canto triste de maestro Gregorio.

—Canto de indios —dijo Filiberto—. Abuelos cantan.

Justo "punteó" la melodía. No parecía tan triste, pero cuando los jóvenes empezaron a cantar. Matilde sintió cómo el asombro doliente, el más triste del mundo, que ella había visto en los ojos de algunas mujeres haraposas de Paraybamba que de vez en cuando llegaban a la mina, trascendía en las voces de los jóvenes, se hacía casi majestuoso. No inducía a llorar sino a algo más infinito. Duró muy poco, sólo dos estrofas, felizmente.

—Explícame la letra, Filiberto, por favor —pidió Matilde.

El mozo tuvo que cantar verso a verso para traducir en su castellano tan rudimentario, aprendido en dos años de trabajo en la costa y en una escuela nocturna donde no se burlaron de él, porque casi todos eran como él.

Ork'opi k'asapi cóndor puraschallay
(En las cumbres, en las abras, cóndor, solito)
k'anpa k'esaykipichu
(en tu nido, quizá)
mamay wachallawarka
(mi madre me parió)

taytay churiallawark'a
(me hizo mi padre).

K'anpa k'esaykipiña
(Así, aunque en tu nido, pues)
mamay wachallawaptinpas
(mi madre me habría parido)
mamachá kayna nerak'ta
(ni por eso así, tanto, tanto)
wak'aymanchu ksak'a
(hubiese llorado)
llakiymanchu kark'a
(hubiese sufrido).

—Sí, Filiberto, ni aun si hubieras sido dado a luz en el nido frío de un cóndor.

El joven *k'ollana* tradujo el comentario de la señora.

—¡Wifááá! —gritó Rendón.

Le contestaron en coro los comuneros.

—¿Pero tú no sufres así, Filiberto? —preguntó.

—No, señora. Paraybamba sufre, colono de don Lucas sufre, muere. Lahuaymarca siembra, cosecha, quiere aprender castellano.

—¡Tendrá escuela! ¡Lo juro! Pero canta la última canción de Gregorio Altamirano. ¿Él la hizo?

—Seguro, señora —dijo el *k'ollana*.

Se quitó la montera y Pariona la recibió en sus manos. Cubrió el charango con la montura. No podía acompañar ese canto. El mozo entonó solo, con la cabeza descubierta; no repitió exactamente la letra ni la melodía; las aindió:

Lirio, eucalipto,
río, monte, palomitas,
cantando acompaña decir:
más que las flores,
más que la vida, tú...

"¡Y Cabrejos lo hizo volar con los tiros!", dijo Matilde en voz bajísima.

—¡Ya quiero irme, Demetrio! —pidió.

Los comuneros se habían alineado a ambos lados de ella. Rendón se puso en frente de la señora para contestarle:

—No todo triste, mamá. ¡Ahora verás! ¡A ver *rompe, rompe!*

En dos filas se alinearon en el patio los hombres. Rendón cantó:

—Uray runakuna mayuy sirená;	(Hombres del barrio de abajo, sirena del río;

yawarniki kanchu
k'ochay sirena.

¿tenéis sangre?
sirena del lago.)

La fila comandada por Justo Pariona contestó:

—Hanay runakuna,
la mar sirená,
toro mikuk' hamikun,
pak'chay sirená.

(Hombres del barrio de arriba,
sirena del mar,
somos gente que come toro,
sirena de la cascada.)

—Puma aycha aychay,
mayuy sirená,
puma yawar yawar,
la mar sirená.

(Mi carne es carne de puma,
sirena del río;
mi sangre, sangre de puma,
sirena del mar.)

Replicó el coro de Rendón. Entonces Justo gritó, levantando los brazos:

—¡*Rompe, rompe!*

—¡Rompe, rompe! —gritaron todos.

Y se lanzaron unos contra todos; a golpes de cuerpo, con los brazos cruzados, trataron de empujarse, una fila a la otra.

Lucharon unos minutos, bufando; saltaban, no se esquivaban; recibían de frente las arremetidas.

—¡Fuera, rompe! ¡Wifááá, Matilde! —gritó Rendón.

Las filas se detuvieron donde estaban. Matilde los contemplaba entre entusiasmada y temerosa.

—¡Qué fuerza! ¡Qué extraño! —exclamó casi sin reflexionar.

—Comunero fuerte. No quiere muerte, señora. Alimento para todo indio. ¡Nada, nada! Que no hayga indio parido en nido frío, sin padre, sin madre.

—No lo conseguirás sin matar a hombres como el ingeniero —le dijo Matilde.

Rendón sonrió. Matilde sintió una especie de horror y esperanza ante esa sonrisa.

—Mamita —dijo el varayok'—. Vamos acompañarte. A inginiero, inginiero sin alma ha de matar. Endios no. Contra comuneros, inginiero manda soldado inocente que aprieta gatillo. Carne de puma tiene comunero. No se acaba.

—¡Sabe Dios! —dijo Matilde.

—Dios, ¿por qué matando comunero que su tierrita no más quiere? ¡Aquí Dios, patrona! —exclamó Demetrio, y se señaló el pecho.

—Verdad, verdad, hijos. ¡Adiós!

Cuando salió la choza estaba casi rodeada de los peones de las "barriadas" y de las mujeres que muchos de ellos tenían. Se acercaron un poco, con gran desconfianza. La saludaron dos o tres.

—Buen día, patrona.

Ella contestó, sin prestarles atención, porque descubrió a Cabrejos que la miraba desde el pequeño andén de su departamento. Justo Pariona lo señaló con el brazo y Cabrejos desapareció. Matilde empezó a escalar la cuesta con gran energía; la escoltaron Rendón y los tres *k'ollanas*, todos siguiéronla. A medio camino los alcanzó, todo fatigado, Baldomero Pumasonk'o, el más joven de los comuneros.

—Pumasonk'o yawar. Pumasonk'o comunero —le dijo a Matilde y le entregó un ramo pequeñito de sólo tres campanillas de kantuta. Había escalado la cuesta sin sombrero. Cuando Matilde recibió el ramo, el joven se volvió corriendo a saltos, como un venado.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Matilde.

—Su apellido, Pumasonk'o, quiere decir: corazón de puma; dice la ramo es sangre de corazón de puma.

—¡Siempre lo mismo! La gentileza y la fuerza. ¡Vamos!

Don Fermín la descubrió, ya cerca de la terraza. Bajó a paso rápido.

—Fui a visitarlos —dijo Matilde.

—¿Por qué?

—Estaba sola. Llamé a Demetrio, que bajaba. Me invitó; han cantado y luchado para mí. Estoy feliz. Te quieren.

—¿Me quieren? —preguntó Aragón, no mirando a su mujer, sino a Rendón.

—Ahí está ramo en su mano. Tú, don Andrés, tu padre, amigo. Inginiero enemigo de don Andrés muerto, de don Fermín, de don Bruno, de todo, todo.

—Quién sabe, Demetrio. No pienses mucho. Obedece —le dijo, y dio la espalda a los comuneros, luego de haber tomado del brazo a Matilde y de haberla pasado adelante, en el angosto camino.

—¿Qué dice, jefe? —le preguntó Filiberto a Demetrio ya cerca de la choza.

—Inginiero quiere comer a don Fermín; don Fermín a inginiero.

Los *k'ollanas* se echaron a reír. En ese momento Matilde se reclinaba acongojada en los brazos de su esposo.

—¿Por qué? ¿Por qué? —le preguntaba en el dormitorio, don Fermín.

Carhuamayo llegó a la casa-hacienda de "La Providencia" por la noche.

El patrón iba a salir a esa hora, en su potro blanco. La mestiza le rogaba desde lejos, en el corredor. Él hablaba:

—Ya te he querido de más. Rezas mucho. ¡Afuera! Anda, vete a tu pueblo. Felizmente no has parido. Me voy a Santa Cruz.

Carhuamayo, que había dejado su caballo en el caserío de la hacienda, frente a su casa, atravesó el patio, apurado, al descubrir

el potro junto a la escalera del corredor. Don Bruno no lo vio. Una lámpara de kerosene extendía en otra dirección una faja de luz, desde el interior de la sala. Cuando el patrón empezó a retar a su concubina, el mandón se detuvo. Ya estaba muy cerca del corredor.

La mestiza se arrodilló:

—¡A Santa Cruz no, papacito! ¡Mátame mejor con tu revólver!

Don Bruno se precipitó hacia la mujer arrodillada. La luz le daba de lleno.

—¡Jesús! —exclamó el mandón.

Pero don Bruno no pateó a la mestiza. Le arrancó casi el monillo.

—¡Estás vieja! ¡Rezas mucho! Mira tus chichis (pechos) de vaca. Ya no quiero. Si lloras es peor. No te voy a matar. ¡Vete a tu pueblo! Te he dado mucho dinero. Cualquiera se casará contigo, joven o viejo. Allá reza para mí, que estoy condenado.

—¡Mátame, señorcito! —gritó la mujer; gritó fuerte.

Entonces Carhuamayo se dirigió al corredor.

—¡Don Bruno! —dijo, subiendo la escalera, como que si viniera corriendo desde lejos—. Vengo en misión. ¡Algo feo!

—¿Tu caballo? —le preguntó don Bruno.

—Frente a mi puerta.

—¡Tráelo!

—¡Misión urgente, patrón!

—¡Trae el caballo! No tengas miedo, bestia. ¿No me conoces?

Cuando Carhuamayo volvió al galope con su caballo, don Bruno se paseaba. La mestiza seguía arrodillada.

—Carhuamayo, orden inmediata. Monta mi potro. Que esta mujer suba a tu caballo. Déjala en la cascada, camino de la capital de la provincia.

—¿Sola? ¿De noche?

—Tú tienes más miedo que ella. Ella reza. Los ángeles la protegen. ¡Andando! Saca tus cosas. Están en la mejor alforja —dijo mirando a la mujer—. Y no te preocupes del caballo. Nemesio. ¡Que se vaya nomás! Dormirá en "Pisk'omachay".

La mestiza se levantó, como si alguien la persiguiera. Como si de repente hubiera cogido espanto, o una determinación ciega; corrió, bajó la escalera; ágilmente puso el pie en el estribo del caballo cansado de Carhuamayo y lo espoleó con los talones. Partió al galope.

—¡Anda! Síguela. Hasta la cascada. Yo te espero aquí —ordenó don Bruno a su mandón.

Carhuamayo montó al potro y alcanzó a la mestiza fuera del caserío. Toda la gente de servicio de la hacienda vio pasar a la mestiza, ya dos años querida de don Bruno. Ella fue gritando desde el caballo:

—¡Adiós, maldición! ¡Adiós, maldición!

En la cuesta no contestó a Carhuamayo:

—¡Felisa! —le decía—. Despacio. El caballito va a reventar, viene de Apark'ora. ¡Despierta a Dios, Felisa!

No le oía.

—¡Llora, Felisa! ¡Párate un ratito! ¡Despierta a Dios!

Largo rato después, cuando la respiración del caballo se oía como un soplido irregular, casi de agonía, a media cuesta, Felisa frenó a la bestia. Desmontó.

—Va morir, creo—dijo.

—¡Dios! Lo has reventado. Chorrea sangre de su nariz —dijo Carhuamayo, desesperado. Estimaba a su caballo.

—Que muera, pues. ¡Ojalá fuera Dios! —vociferó la mestiza—. Ya me voy. Dame tu poncho nomás. El condenado me rompió el monillo.

Carhuamayo se santiguó; se quitó el poncho, lo dobló y trató de alcanzárselo desde lo más lejos posible.

—¡Tíralo! —dijo la mujer.

Él le arrojó el poncho. En ese momento se desplomó el caballito. El gran potro le miró haciendo sonar las narices.

La mestiza se puso el poncho y continuó subiendo a pie la cuesta. La luz de las estrellas la alumbraba.

Carhuamayo se sentó a descansar cerca del caballo muerto. Pero recordó a don Bruno y volvió, al galope, en el potro. "Enviaré a los mayordomos por mi apero", dijo.

Don Bruno estaba sentado, solo, en el gran corredor, fuera del campo de luz que venía de la lámpara. Los dos mayordomos y dos pongos [1] hacían guardia, abajo, al pie de la escalera.

—¿Con que Cabrejos me echó la culpa, y tú no sabes si fue *amaru* o gente el que gritó y murió en la mina? Y, sin embargo, eran huesos de gente y tú los llevaste a la capilla, y después los hiciste enterrar sin que yo me enterara, sin sentar denuncia ante el juez. Y mi hermano apoyó al ingeniero, porque Rendón me defendió. ¿Y dices que el indio sostenía saber quién es el muerto?

—Así es, patrón.

—Sí. Así es. Si no entierro, Rendón hubiera levantado, pues, a la gente.

—¿Contra mí?

—Contra mina, patrón.

—¡Eso es! ¿Quién es la mina?

—Ingeniero, don Fermín. . .

—¡El demonio! Rendón no es bruto. Hubiera ajusticiado a Ca-

[1] Colonos que prestan servicio gratuito en la residencia del hacendado, en la ciudad o en la hacienda.

brejos, si es que sabe y puede probar de quién son los huesos. Entrarás a la cárcel, creo, Nemesio. Veremos. El potro lo dirá. ¡Mayordomo grande! —voceó.

El hombre despertó. Dormitaba en el suelo.

—¡Patrón! —dijo. Corrió hacia el amo.

—Monta en el potro. Amanece en Apark'ora. Dile a Rendón Willka que baje a mi hacienda, al galope.

—Yo. ¿En el potro blanco?

—Es un halcón. Amanecerás en la mina. A las diez estará llegando Rendón aquí. Tú regresarás a pie. ¡Vuela!

El mayordomo puso su tosco zapato en el estribo de caoba y plata. El potro no obedeció al golpe de los talones del mestizo.

—¡Eh, potro! —gritó don Bruno—. ¡Anda!

El animal zafó al galope.

—Vayan a dormir, mayordomo chico, pongos. Carhuamayo, vendrás a las diez. Tienes reloj. La cárcel o la recompensa serán tu destino, mañana.

—Rendón va a querer la cárcel.

—No, hijo. Rendón quiere a los naturales. ¡A mí! ¡A Dios! La verdad. Tú no cuentas. Anda, vete.

"La cárcel, la cárcel. ¡Justicia es justicia! Por borrachera que he tenido contra el varayok'. ¡Qué será! Dios quizá no sabe cómo hace a su criatura", fue rezando Carhuamayo. Y se olvidó hasta de enviar por su apero. Tuvo que ir él mismo, a más de la media noche. Llorando, le quitó el apero al caballo muerto y lo puso en el que había llevado montándolo al pelo. Volvió pensando:

"¡Caballito, adiós! Esta noche te comerán los perros, la mitad, y en la madrugada, el buitre. Dios no sabe, creo, cómo hace a sus criaturas. ¿Por qué, pues, le manda la rabia contra inocente? La mestiza no era inocente. ¡Puta, más bien! ¡Falsa beata! Rendón inocente; caballito inocente. Don Bruno quizá condenado."

"Mañaña, mañana mismo iré por Vicenta a Santa Cruz —decía entre tanto don Bruno—. Tendrá que venir. Creo en Rendón, también en Carhuamayo. Dios dirá mañana. El «Lucero» traerá a Dios. Cabrejos es el vómito de la corrupción. Morirá solo, como el alacrán cuando se le rodea de ceniza. Yo lo veré, Dios. Vicenta, dormirás en esta gran cuja, con tu dueño. Te pesqué virgen. ¡Así me gustan, pues, Señor."

Don Fermín se durmió luego de estos pensamientos. Carhuamayo miraba de hora en hora su reloj. Su mujer ya se había dormido fuerte, cuando él volvió de traer el apero de su caballo.

Matilde no le dio importancia, no tuvo en cuenta la afirmación que Rendón hizo de que Perico era "un ladroncito". El propio Rendón se refirió al hecho como a algo insignificante. Pero el jovencito Bellido era ayudante del cajero. Matilde estaba pendiente de preocupaciones y descubrimientos que la arrebataban y no recordó al

joven "elegante" a quien veía poco, a pesar de que Perico no desperdiciaba ninguna oportunidad de llamar la atención de la patrona.

—¿De veras es contador ese individuo apapagayado que has traído? —le había preguntado a su esposo, la primera vez que vio en la mina al muchacho.

—Sí —dijo don Fermín—, pero de nivel secundario, no académico. Es un "rebelde", una especie de "revolucionario" de la piel para afuera. Pretendió casi insultarnos durante el pésame, en el salón vacío de la casa de mi padre; luego Rendón le dio un puntapié en el trasero, y así aceptó entusiasmado venir a trabajar aquí. Su padre es un artesano fino, un mestizo fino; el hijo es como tú dices un papagayo desquerenciado. . . Pero el cajero dice que trabaja hasta con abnegación y que no es tonto. Se convertirá en empleado ordinario poco a poco.

—Eso puede ser —comentó Matilde y no volvió a recordar a Perico, ni aun cuando lo veía usando pantalones muy ajustados y camisas de colores chillones.

Se protegía el cuello con un pañuelo de seda ornado de frases graciosas, de aviones y paisajes con bisontes. Después de la muerte de Gregorio, y así vestido, y abrigado con una gorrita roja, fue una tarde a la tienda de Asunta, en un camión que se dirigía de la mina a Lima. "No importa regresar montando la mula chusca de mi padre", dijo.

En la tienda de Asunta encontró a dos señores y tres jóvenes. Los saludó muy galantemente y pretendió besar la mano de la señorita.

—Eso no se acostumbra aquí, Perico —le dijo ella.

—Tampoco en Lima —afirmó uno de los jóvenes.

—En Francia y Norteamérica es costumbre —respondió Bellido.

—Únicamente se besa la mano de las señoras, Perico. Lo leí en una novela —dijo uno de los señores.

—Serán novelas de sus tiempos, señor.

—Claro, hijo.

—Y de más antiguo, seguro; en la novela de algún abuelo de usted; porque, que se diga, en San Pedro, los hombres de su tiempo no compran ya libros.

—Es cierto.

—Nada tiene que hacer eso. En Lima ni en la sierra se besa la mano de las señoritas ni de las señoras. Es lo cierto —dijo uno de los jóvenes.

No llevaba corbata, era mayor que Perico; sus zapatos estaban rendidos por un costado y a punto de reventar; el traje que usaba era de casimir, pero se notaba claramente que había sido "arreglado" de otro que correspondía a persona más ancha y de menor estatura. Ninguno de los de la villa reparaba en este detalle, pero el joven Bellido lo notó en seguida.

—¿Por qué no te vas a Francia? —le dijo Asunta en el preciso momento en que Bellido iba a referirse despectivamente al traje del joven: "Sabes tanto de las modernidades como ese vestido que llevas", había decidido Perico espetarle al joven. Pero la pregunta de la patrona lo desconcertó.

—Iré a Norteamérica —contestó—. Voy a ser cajero pronto. Mi jefe es un viejo que trabaja a la antigua. Ni siquiera usa la máquina para sumar. Cuando la mina crezca...

—¡Qué cajero! ¡Serás gerente! —le interrumpió el joven sin corbata—. Mejor me voy, este Perico me trae malas intenciones. ¡Adiós, Asunta!

—No te vayas —le dijo—. Que se vaya el Perico.

—Usted me desprecia porque soy Bellido, mestizo...

—Nadie desprecia a tu padre —le contestó Asunta—. Tú no sirves ya para San Pedro. Te ves en el espejo y crees que te vamos a recibir como a un "extranjero elegante". Quizá serás elegante para las limeñas, aquí o se ríen de ti o te curiosean.

—¡Mentiras! Se mueren por mí las serranitas que no son antiguallas.

—¡Ándate donde ellas!

—Sí —dijo uno de los jóvenes—. Porque de lo contrario aquí habemos caballeros que podemos hacer cumplir el deseo de Asunta.

—¡Calladito! —gritó el joven sin corbata, porque Perico enrojeció e iba a lanzar alguna interjección.

—Muy señorita, muy señorita, a la antigua no más...

Salió murmurando.

—Has olvidado respetar. ¡Ya no sirves! —le dijo Pancorvo.

—¡Viejito, pues, tú! ¡Viejo! —dijo Perico, y se echó a reír.

Llegó a la casa de su padre, y con un martillo empezó a golpear el fuerte tronco seco que había en medio del patio de la herrería.

—¡Perico! ¡Carajo! Regrésate a Lima. Eres maricón, ¿o qué? —le dijo su padre, saliendo del taller.

—Todos me odian —contestó, con el martillo en la mano.

Bellido sintió en la expresión de su hijo una intención rara. Apretaba el mango del martillo.

—Por tu santa madre, arroja el martillo —le pidió.

—¿Dónde está mi santa madre? ¿En mis coj... o en el cielo, o en el purgatorio, purgando del ombligo junto con San Pedro, patrón de este pueblo de mie...?

La última luz solar alumbró fuerte el chorro de lágrimas que corrió por la cara del viejo.

—¡Adiós, hijito! ¡Adiós, corazón partido! ¡Adiós, mundo!

Y volvió a su taller; pudo impedir que Perico pronunciara la última sílaba.

El muchacho apretó más el mango del martillo, le aplicó un golpe feroz al tronco, que permaneció indiferente. Luego se sentó,

apoyándose en ese árbol seco, así en el suelo, hasta que oscureció. Estuvo escuchando, desencantado, los finos golpes que su padre daba en el pequeño yunque: "¿Adiós, mundo? Viejo mestizo. Perro" —dijo en voz alta; arrojó el martillo en dirección de la puerta del taller, y se fue. Dudó mucho en la esquina. Volvió a la casa de su padre, y a la luz del carbón que el fuelle encendía vio el martillo; no lo habían recogido. Corrió y lo levantó. El padre se dio cuenta de lo que hacía su hijo, pero lo ignoró, como si nada hubiera visto ni oído. El mozo entró al dormitorio de su padre, que era al mismo tiempo depósito. Se alumbró con el encendedor; se dirigió hacia una petaca de cuero y sacó de allí el fino poncho de vicuña del platero; poncho con unas delgadísimas rayas moradas, que la difunta esposa había tejido en un año, durante los primeros tiempos de su matrimonio. El poncho doblado formaba un bulto muy pequeño; Perico salió de la casa, cuidándose de que el padre no lo viera.

En la esquina se puso el poncho. Y rió, de buena gana. La tela le acariciaba, pero él no estaba para tales ternuras o finezas. Sólo se sintió más abrigado. Volvió a la tienda de Asunta. Estaba sola. Una lámpara antigua de kerosene, con tubo, alumbraba débilmente la tienda. Al oír los pasos, ella salió detrás del bastidor que separaba el dormitorio de la tienda.

No pudo menos que sonreír al ver a Perico de gorra roja y poncho de vicuña. Luego, al observar la expresión del muchacho, le habló con afecto.

—El poncho más fino, el más lindo de la provincia —dijo—. Tu madre, dicen, que era la mejor tejedora del departamento. El senador le mandó tejer uno para Leguía. Dicen que su hijo Juan lo usaba. Este... ¡las rayas moradas! ¿Qué te diré, Perico? Hablan. No sé qué dicen. Algo del corazón de la mujer, quizás de Dios. Perico, siéntate.

—Ahora que no hay nadie me trata bien. Delante de ese pelado, con ropa de muerto más gordo que él, me despachó. Porque soy hijo de mestizo, ¿no? Eso no se perdona, ¿no?

—A mí qué me importa, Perico. Eres profesional. Pero no seas tan... tan pretencioso... en tu ropa. Sé tranquilo...

—Así vestimos en Lima. Las muchachas se alocan.

—¡Dios! Es, pues, otra gente. ¿No te das cuenta?

—Allá, en los barrios... Pero, de cierto, Asunta, eres linda... Yo te quería... Me has malogrado.

—¿Yo?

—Sí. Más me has malogrado. Cuídate de mí. No me hables de mi madre. Cuídate de mí. Quizá no vuelva.

—Por la madre de Dios, perdóname.

—¡Qué madre de Dios, ni que chivo! ¡Adiós! Mira lo que traía. Me lo llevo de recuerdo. Era para tu cabeza. Pero es muy bonita y yo... ¿Yo?, un mierda.

Enseñó el martillo y zafó a la oscuridad de la calle. En el pequeño río bravísimo que había que pasar para empezar la cuesta hacia la mina arrojó el poncho, haciendo de él un bulto informe. Le quemaba el cuerpo. Luego sintió frío.

Durante los días siguientes recorrió las cantinas del caserío con expresión de asco. Discutía con los obreros de política. Proclamaba ser anarquista. No impresionaba bien; se quedaba solo en las mesas. Un día le contó a Rendón la historia de cómo Asunta despreció a Cabrejos. A Rendón, por quien sentía un irreprimible deseo de acercársele, aunque decía: "Para mejor conocerlo y joderlo". Hasta que cierta noche una *ch'aran k'ara* rubia, "La K'arosa" [1] lo arrastró a su cama, y luego le obsequió un pequeño fajo de billetes. Él recibió el dinero como quien traga pólvora, y en noches sucesivas le enseñó a la *ch'aran k'ara* "secretos finos" limeños, que ella debía emplear poco a poco con sus clientes.

Durante varias noches, después de las doce, en la cama de "La K'arosa" hilvanó un plan para derribar a su jefe y ascender él a cajero. Un paso más para "acogotar" a Rendón.

Salía al amanecer de la cantina de la *ch'aran k'ara* cuando se acercaba el potro blanco de Bruno Aragón, montado por un desconocido. Éste le preguntó por Rendón y él le dio la dirección correcta de la choza. Luego se arrepintió. "Debí haberlo desviado, al revés, al frente, donde los indios. . ."

Rendón montó al potro. Le hizo dar una vuelta frente a la choza; lo "asentó" bien para que la bestia lo "sintiera" y luego lo condujo a paso bien medido, cuesta abajo. ”

Hacía calor ya cuando el varayok' llegó a la zona de los árboles; no eran grandes, pero abundaban: molles cabezones y olorosos, lúcumos, cedros cultivados y canto de paloma, sobre todo, de calandrias; de la *tuya* negro-amarilla que limpia el pecho de toda angustia o la ahonda mortalmente, cuando se pone a cantar para el mundo desde la más alta rama de los lúcumos y de los pisonayes. La sangre siente abrigo, como un sueño dulce en el fondo de estas quebradas, cerca del ruido de los ríos grandes, que reciben el agua de todas las nieves, manantiales y lluvias, y corren como caballos blancos o se aquietan como sirenas, según la inclinación o el remanso del lecho. Corren entre paredes de abismos sonoros, que no apagan, sino que hacen brillar el canto de las aves y el tierno lenguaje de los insectos.

Rendón hacía años que no bajaba al río grande. Ahora iba montando el mejor potro de la quebrada. Las pequeñas orejas del ani-

[1] Rubia.

mal, sudorosas, se irguieron y empezaron a jugar dulce y gallardamente en ese vocerío y en el calor próximos a la casa de su amo.

—¡Carago! ¡Te he montado bien! —dijo regocijadamente Demetrio.

No tenía reloj, pero ingresó unos minutos antes de las diez al patio de la casa-hacienda. Carhuamayo lo vio pasar por una rendija de su puerta. Los mayordomos, pongos y mujeres quedaron asombrados al ver a un indio manejar con mano firme las riendas del "Lucero" y llevar en la otra una corta vara con crucifijo y anillos de plata.

Don Bruno no se levantó de su escaño cuando Rendón subió las gradas del corredor. Contestó con indiferencia al saludo de Demetrio y ordenó al mayordomo chico que hiciera descansar un buen rato al caballo, y que lo entregara al chalán de la hacienda para que lo bañara y le diera de comer.

—Esta noche voy a Santa Cruz —le dijo a Rendón.

Hizo que le trajeran chicha; él también, don Bruno, tomó un vaso grande, sin formalidad alguna.

—Patrón; chicha rica, de mujer maestro.

—Sí. La Facunda —dijo—. Y mira el color, Demetrio.

—Patrón, amarillo limpio. En quebrada chicha es para cuerpo y para alma también.

—Exacto. Ahora cuenta la historia del *Amaru*. Te he hecho llamar porque Carhuamayo cuenta de un modo que no me convence. Háblame en quechua. Tu castellano es todavía pesado. Nunca lo aprenderás.

—Nunca, patrón. Mi hijo, sí. El inginiero le pagó al Gregorio. . .

—¿Así es que la señorita Asunta despreció a Cabrejos?

—Dice Perico que el inginiero le ha tomado respeto. Que delante del maestro Gregorio había declarado: "Aquí hay una aristócrata verdadera".

—Es cierto, Demetrio. Si no hubiera sido por la *kurku*, Asunta quizás me hubiera aceptado. Sería mi esposa. No me habría condenado.

—¿Condenado, patrón? Todavía. Cabrejos, sí.

—Yo también ya, para ella, hijo. Eso es. Sígueme hablando en quechua.

—Mandón Carhuamayo salvó quizás de verdad a inginiero, porque si le comprobamos el crimen toda la mina se hubiera revuelto. Ahora, en su conciencia, la gente, indios y peones y maestros saben que Cabrejos ha matado a alguien. Mañana han de saber que huesitos eran del charanguista don Gregorio. Cabrejos tiene que irse, patrón. Ése no es condenado. No es gente. No hay alma ni corazón en su cuerpo. ¿Qué es, patrón?

—Como yo, hijo de Dios, maldito.

Demetrio se arrodilló; gritó en castellano:

—Tú, cielo, patrón; tú agua bendita; Cabrejos cacana de diablo.

—¡Levántate! Trae a Carhuamayo —le ordenó el hacendado.

Llegaron juntos al corredor. La expresión del varayok' era limpia, tranquila.

—Carhuamayo —le dijo don Bruno—, Rendón Willka ha estado en Lima, en Huancayo; en las barriadas de Lima, y está más puro que tú. ¿Y ves? Tiene un bastón de mando. Desde hoy tienes que pedirle consejo, como si fuera yo. ¿Oyes? Como si fuera yo.

—Está bien, patrón; está justo, patrón. Rendón Willka sabe y es hijo de Dios, más que yo. Conoce camino, más que yo.

—Vuelvan a la mina. Mi gente está sin mí. K'oto es cabeza de indios, de adentro. Rendón es mi sombra y tiene sombra de indio. Perfecto. Esta noche voy a Santa Cruz. Ustedes almuerzan conmigo. Rendón, por estar con traje de indio, lo hará en mesa aparte. Toma chicha, Carhuamayo.

Perico comprobó que Gregorio no volvió a aparecer en ninguna parte de la mina desde el día del misterioso accidente. Observó a Cabrejos y a don Fermín durante la procesión al cementerio y examinó a Rendón Willka. Los tres parecían ofrecer la misma solemnidad "encubridora". Repercutía como en un espejo, en su conciencia neutra, la diferencia que en lo profundo de esos semblantes uniformes vibraba. A Cabrejos lo sintió casi feliz, como a una especie de resucitado; Aragón estaba sombrío hasta la última médula, y en Rendón dominaba la actitud de fuerza, de alguna decisión muy grave que nadie quebraría. "¡Cabrejos, Cabrejos, de algo se salva!", repitió. Y Carhuamayo le causó una repugnancia como anhelada; "los brujos son buenitos", pensó.

Lo vieron inquieto. "La K'arosa", que lo deseaba por curiosidad. le dijo:

—Oiga, señor, Perico, ¿por qué se afana?

—¿Gregorio venía donde ti? —le preguntó.

—Ni donde nadie. Era triste, pues —le contestó la mujer—. No aceptaba tocar; no quería cantar en estas "casas". Desde que he llegado le mandé rogar, con harta plata. ¡Estará, pues, enamorado! Por eso, dicen, se ha ido.

—¿Y Rendón?

—Cholo pretencioso. De otro modo es.

Perico se decidió, entonces, a hablar con el ingeniero. Concibió un "plan" y fue a buscarlo a su departamento.

—Oiga usted —le dijo, sin tomar asiento. Cabrejos le ofreció un sillón de paja junto a una lámpara con pantalla de pergamino.

—¿No se sienta? ¿Qué desea?

—Oiga usté, ¿por qué *despachó* al Gregorio? Todos los obreros y maestros lo saben.

—Yo no lo despaché —contestó Cabrejos despectivamente—. Él quiso irse. Me pidió dinero para irse. Usted ha de saber por qué.

—¿Se fue al infierno pagando pasaje? Oiga usté. Esa noche, cuando me hizo usté acogotar con él en San Pedro, usted ya tenía pensado convertirlo en *Amaru* de indios y despacharlo al infierno. Yo no me cojudeo.

—Creo que usted es el único que sí se cojudea; de otro modo no habría venido aquí.

—¡Como en los "chistes", ingeniero! ¡Igualito! Usted es el asesino malo que está en la parte en que el bandido gana y está dominando a todos. Después le tocará...

Cabrejos se sonrió.

—¡Ah! —exclamó Perico—. Mi olvidaba que usted es de la Wisther and Bozart. Usted se cagará en mí y en todos los pelados de San Pedro. Los Aragones son cominos en comparación de usted. Hasta lueguito, y perdone, señor Wisther and Bozar; soy un pobrecito empleado. Un poco ladroncito, no de la mina, de otro sitio que apesta. Pero no más que usted, ¡carajo! Siquiera, ahora, aguánteme esta puteada. A Fermín Aragón le mandaré otra peor.

—Bien —dijo Cabrejos—. Ahora váyase. Le doy veinte segundos. ¡Sin hablar! —Y empuñó su revólver.

Perico empezó a contar:

—Uno, dos, tres...

Llegó a treinta y se echó a reír.

—Estoy, pues, en su casa, temprano todavía. El pedo del revólver suena fuerte. Lu'e puteado y lu'e cojudeado. ¿No? ¡Chau!

Y se fue.

Cabrejos apretaba el revólver.

"Eso te pasa por perder la chaveta —reflexionó—. Si lo sacas a patadas, como era debido, no te escupen. Aún te falta aprender, conejo, para llegar a zorro. Lo que me irrita es que haya sido con éste... mitad maricón, mitad alcahuete, mitad maleante..."

Perico había preparado cuidadosamente su retirada. Cinco días después, casi en vísperas ya del gran descubrimiento de la veta, Aragón recibió en su dormitorio un sobre. El mayordomo lo entregó a la empleada de la señora. "Carta urgente", dijo ésta, y tocó la puerta. Matilde abrió y recibió el sobre. Estaba rotulado con tinta roja. Palideció al leerla.

—¿Qué pasa? —dijo don Fermín.

Ella le alcanzó el sobre: "Al pendejo Aragón de Pelotas. ¡Urgentísimo!"

Aragón sospechó en seguida quién era el autor de esa leyenda, y rasgó el sobre. Contenía una hoja del antiguo papel "de agua". Perico había escrito allí con letra difícilmente legible:

"Oye, Aragones de Pelotas, pongo güevón de la Wisther and Bozart: tú y Cabrejos mataron por las puras, al rascatripas Gregorio Altamirano. El piojo blanco de la Wisther, Cabrejos, me apuntó con su revólver, ayercito no más. Pero, como yo sé todo, hice que se metiera la pistola adonde a él le gusta. Bueno, Pelotas. Me llevo con justo derecho y la bendición de San Pedro, treinta mil perros fieros de la Caja. No había más. Estás recagao. No reclamen ni me sigan. Tengo pruebas. Un papel del rascatripas, bien bueno. Y dile a Cabrejos que me tragué bien a la aristócrata Asunta que a él lo espectoró. ¡Adiós! Saludos a Matildita. No la mereces, güevón de Pelotas."

No llevaba firma.

—¿Qué pasó, Fermín?

—Ese asco que traje de ayudante del cajero se ha robado los treinta mil soles que había en la Caja. Todo un record; me parece que no tenía más de dos meses en la mina. Tendré que despedir al cajero. Hace pocos días que lo elogiaba. ¡No! No puedes leer el texto de esta carta. Buena parte de ese dinero estaba destinado para la celebración del descubrimiento del manto. Sabemos, casi con seguridad, que se trata de un verdadero manto de rosicler: sulfurocianuro de plata... "Vale un Perú". Y este escupitajo de los barrios de maleantes de Lima, a quien quise redimir, me dice aquí muchas verdades. Estos maleantes conocen bien el lado malo de la gente. Y usan pólvora inédita para hablar.

—Treinta mil, Fermín. ¿Y ahora?...

—Ahora, treinta mil o veinte centavos ya da lo mismo. Te he hablado de mi plan... Pero voy a despedir al cajero... El viejo Bellido sería excelente si supiera de números...

Cuando estuvo vestido, Matilde lo abrazó, y le dijo:

—¿Y si no despidieras al cajero? Te es fiel. Parece que no tiene la culpa. ¿Si sólo lo amonestaras y le dieras una prueba de generosidad útil, no despidiéndolo, acaso no lo conquistarías para toda la vida?

Aragón besó a su esposa.

—Sí; Perico tiene razón —dijo—. Afirma que no te merezco. No es el cajero el responsable sino yo.

—Lo dice sólo por insultarte. Yo lo vi siempre como si fuera un platillo de ají corrompido... No me hiciste caso.

—Así es. Obré contra la evidencia. Por el viejo Bellido. Cabrejos tiene razón en algo...

—Creo que éstos, como Perico, respetan únicamente a quienes los desprecian de veras. ¿Perdonas al cajero?

—No, Matilde. La fiesta tendrá que opacarse. El brillante rosicler llegará a oscuras. El cajero es responsable. Yo le traje a una alimaña, pero él fue engañado por ese infeliz. ¡Que lleve su inocencia a otros lugares! Está probado que no sirve para una gran empresa. Voy a despedirlo.

CAPíTULO VI

En el gran corredor de la casa-hacienda de don Bruno, tres hombres de diferentes edades, vestidos de montar, sin haberse quitado los ponchos de vicuña, rodeaban al dueño de "La Providencia". Uno de ellos era gordo, de cara aindiada, sin afeitar; le cubría medio rostro una barba rala y negra.

—¡Oiga usted, don Bruno! —dijo, poniéndose de pie. Los cuatro ocupaban escaños de vaqueta—. Oiga usted: no vamos a tolerar que corrompa a los colonos. Yo tengo influencia.

El hombre era bajo, de glúteos casi hinchados.

—Sus indios han soliviantado a los comuneros de Paraybamba. Negocian con ellos, en apariencia. La verdad es que les fían carneros, lana, gallinas, papas... y, de hambrientos que eran, se están levantando. ¿Sabía usted que hay paraybambinos que ahora siembran en las tierras de los colonos de "La Providencia"? ¿Que ahora hay un puente de eucaliptos para pasar el río? Antes era usted rey de una gran hacienda que tenía una sola entrada. Ahora los de Paraybamba le han hecho un forado por la espalda.

—Usted es indio, señor Cisneros —le contestó don Bruno, sin levantarse—. ¿No se mira en el espejo?

El gordo quedó aturdido; el visitante más joven se movió con impaciencia en su asiento.

—Nosotros, los caballeros, sabemos lo que hacemos. Estamos enterados de lo que ocurre en nuestras pertenencias, con nuestros indios. Y cumplimos la santa voluntad de Dios...

—¿Y yo? ¿Soy indio? —dijo también, levantándose, el joven. Era alto, delgado, pálido, de ojos azules; iba muy afeitado. Se quitó el poncho. Una hermosa corbata moderna lucía sobre la camisa.

—No, amigo Aquiles, pero está usted pobre. Y esa corbata no lo disimula. Creí que, habiendo "estudiado" en el extranjero, y siendo hijo de un gran caballero culpable, sentiría compasión por los comuneros hambrientos de Paraybamba. Sobre todo, porque su padre y el de este señor gordo, le quitaron sus tierras a la comunidad.

El temor viene de allí, no de que mis indios y los paraybambinos negocien, con mi especial consentimiento.

—¡Qué indio ni qué indio! —exclamó Cisneros, y se quitó también el poncho—. Tengo capital para comprar "La Providencia" y hasta "La Esperanza", de su hermano, donde casi ya no hay ganado. ¡Y gran hacienda de alfalfa que era! Busque un indio que le pueda comprar a usted, señor Aragón. Y no hemos venido a recibir injurias ni sermones. Yo sé más que usted de negocios y costumbres; el día no me alcanza para finanzas. ¿Tienen derecho los colonos a negociar con otros que no sean los patrones?

—Los derechos de los colonos, amigo Cisneros, dependen de la voluntad del patrón. Que conteste el joven Aquiles.

Los tres guardaron silencio.

—Usted —dijo el joven conteniendo su impaciencia— como hacendado no tiene derecho a soliviantar a los indios. Todos van a querer hacer lo mismo que los colonos suyos. Y no sólo nos arruinaríamos, sino que nuestra autoridad correrá peligro. Usted está procediendo contra las reglas establecidas por la Iglesia y nuestros mayores. Hemos convenido los tres, que somos vecinos de usted, que si encontramos un paraybambino o un colono de "La Providencia" en nuestras pertenencias los meteremos a la barra...

—No, carajo... ¡Yo los liquido! —interrumpió el gordo—. Ése era el convenio con el padre de usted mismo, don Bruno.

—Amigo: mi padre cumplía su palabra —respondió don Bruno sin inmutarse—. Pero usted miente. No se liquidaba a los indios; lo haría su padre, que no podía tener palabra de caballero; se les daba el castigo de costumbre: azote, cárcel y barra. Yo he hecho flagelar, no hace todavía dos semanas, nada menos que al primer mandón de mi hacienda. Usted puede hacer lo que le venga en gana con cualquier gente, pero si toca a un colono de mi hacienda yo invadiré la suya; toda la hacienda...

—Y nos encontraremos.

—No, amigo. Conmigo usted no se encontrará. Aunque rico propietario, debido a recientes invasiones a las tierras de los comuneros, usted es indio y, por tanto, se encontrará con mi mandón Carhuamayo. Y yo creo que tengo el doble de indios que usted. A mí me temen y obedecen; soy señor desde mis antepasados más lejanos, a usted sólo le odian. Usted —y se levantó el hacendado—, usted no está consagrado en sus posesiones por la ley de la herencia señorial.

—¡Carajo! ¡Puta!

—¿Oyen ustedes, caballeros? No lo puedo hacer castigar porque, al fin y al cabo, es un propietario. Pero queda muy claro que tiene lengua de mestizo corrompido, que no es nuestra casta.

—¡Oiga usted! —gritó Cisneros—. Aquí no hay nadie. Sus indios están de mita...

La calandria que prefería el pisonay del inmenso patio se posó

en la más alta rama, y cantó. Todo el árbol enrojecido de flores, y la sombra, donde el color rojo se apagaba sin perder su intensidad, se animaron. El canto llegó al corredor.

—Aprenda de la voz de ese pajarito —le advirtió don Bruno—. El Señor misericordioso lo envía a dulcificar mi gran casa vacía. Sea comedido y tranquilo... sin dejar de ser enérgico...

—¡Qué casta ni qué casta! Ya pasaron esos tiempos. El que tiene dinero, el que más tiene, ése manda; ése es el señor. Yo se lo voy a probar... Tengo influencia. Yo hice al diputado y aun al senador, con mi plata.

—El señor senador es un gran hacendado.

—Sí; pero gastó la plata del cholo Cisneros.

—Lo tratará como a cholo, amigo. No se haga ilusiones. Intente la prueba. Si desea usted aplastar a algún pelado, lo ayudará. Pero los Aragón de Peralta no están arruinados y son señores de antiguo, como el senador... Haga la prueba. Ya he tenido con usted excesiva tolerancia.

—Bueno —dijo el tercer visitante, que no había intervenido ni se había puesto de pie—. Bueno, caballeros, en nombre de la sana razón, les ruego sentarse; a usted primero, señor Aragón de Peralta, que es nuestro anfitrión. Yo no me he levantado para no aumentar el desorden y porque, dicho sea de paso, cada quien lo hizo algo descomedidamente.

Era un hombre casi viejo, el tercer visitante, trajeado a la antigua, muy a la antigua. Su potro negro, que era la más fina de las bestias en que llegaron los hacendados, estaba aperado con sobriedad. Sólo una ancha lámina de plata en el cajón de la montura; veinte anillos en las riendas y unas líneas delgadísimas, muy originales, en los estribos de madera, redondos y no con ángulos. El aspa de los roncadores era de oro; giraba como un insecto esa aspa y, a veces, se manchaba de sangre, y como que desaparecía. En cambio el apero de la luciente mula de Cisneros estaba recargado por centenares de piezas de plata.

Don Bruno se sentó de buen grado, los otros dos visitantes hicieron lo mismo. El hombre casi viejo, por su edad, ocupaba el lugar de preferencia, y los tres señores lo rodeaban.

—Señor don Bruno —continuó el visitante—, usted me conoce a fondo, creo; y yo más a usted, que es menor que yo. Nos hemos puesto de acuerdo con estos caballeros para que los hacendados colindantes no alteremos la costumbre. Yo tengo fama de cruel, quizá hasta de feroz, porque he colgado mucho a los indios, y uno que otro no han podido soportar el castigo y han fallecido. Últimamente, un viejo que se estaba robando una cabeza de plátanos. Pero jamás, jamás los he castigado injustamente, siempre por falta comprobada. Eso sí; todo es rigor. Pero les doy tierras suficientes y les permito criar su poco de ganado, que me lo venden. Traigo, como usted, don Bruno,

predicadores en cuaresma que me hacen llorar a los indios, me los consuelan bien. Sin embargo, estos miserables indios aumentan mucho ahora; no sé por qué. Creo es la medicina que ha hecho desaparecer los sarampiones y pestes que principalmente se llevaban a los chicos. Y las tierras que antes les alcanzaban ahora no les alcanza. Y tienen ahora su poco de hambre. Pero yo no estoy dispuesto a aumentarles sus parcelas. Sería el inicio de la ambición; y si ese gusano se les mete al tuétano a los indios no nos servirán ni la barra, ni el flagelamiento, ni la muerte. Usted, con todo respeto sea dicho, ha quebrantado la costumbre; ha sembrado el gusano no sólo aumentándoles las tierras y número de ganado que puede criar un colono, sino permitiéndoles negociar con personas ajenas. Para el colono sólo el patrón existe y ha existido siempre, como persona de quien pueda comprar y a quien deba vender. Si esta regla se quebranta, la hacienda ya no será hacienda. No se trata de ofendernos, señor Aragón de Peralta, que todos tenemos nuestros quebrantos y debilidades. Nadie, creo, de nosotros, puede tener sabiduría ni autoridad suficientes para calificar. Víctor Hugo y Marden, a quienes leo siempre, así lo afirman.

—Mi señor —contestó don Bruno—. Hay otra regla que usted olvida o ha olvidado: el patrón es, como dueño, libre de proceder en su hacienda según su voluntad, luego puede dar las licencias que estime convenientes, siempre que no perjudique directamente a los colindantes.

—Nos perjudica —afirmó el joven—. En otros tiempos un hacendado no podía comportarse de distinto modo que sus colindantes. Usted mismo lo ha dicho.

—No ha sido ni es la intención de mi voluntad perjudicarlos. Paraybamba es comunidad libre de puros indios. No estoy de acuerdo con mi señor vecino cuando afirma que no tenemos sabiduría y autoridad para calificarnos ni señalar la causa de nuestras conductas diferentes. Mi señor colindante, señor de antiguo, desde sus antepasados, ¿qué culpa tiene de haber heredado la avaricia de sus antepasados? ¡Con todo respeto, mi señor, con todo respeto!. . . —exclamó don Bruno, observando que el rostro del casi viejo enrojecía e hizo ademán como para llevar la mano a la revolvera de su pantalón—. Yo soy lujurioso. ¿Quién no lo sabe? Fui maldito por mi padre. Todos lo sabéis. Así, mi señor vecino es avaro, mata a uno de sus servidores por el robo de una cabeza de plátanos. . .

—Aclaré que se nos pasó la mano. Era un indio débil.

—Porque come poco. En un instante de inspirada misericordia, aquí en este patio que estaba colmado de mis indios, y desde este mismo corredor, ante Carhuamayo flagelado; en nombre de Nuestro Señor —y se descubrió— decidí aumentar las tierras de los colonos y sus ganaditos; permitirles que auxiliaran a los comuneros de Paraybamba, que son tantos, y a quienes los padres del ilustre joven

Aquiles y del señor Cisneros despojaron con la famosa y comentada historia "del lanchón". ¿Qué prefieren los señores? ¿La aniquilación de las almas que Dios nos encomendó o un poco de caridad para que vivan como antes vivieron? Dios dio a los señores hacendados libertad para proceder. Yo no acepto ser esclavo de la costumbre de los hombres, sino únicamente de mi conciencia, cuando de la muerte se trata.

—No tiene hijos reconocidos —advirtió el joven Aquiles.

—Es cierto. Pero no es ésa la cuestión. No vale el examen de nuestras culpas sino para explicar nuestras medidas y administración. ¡Señores: estoy en mi casa! La visita ha concluido. Salvo que me acepten generosamente beber algo conmigo. El calor arrecia...

—Bien, mi señor —respondió el casi viejo. levantándose—. Esto quiere decir que la guerra está declarada. Sus indios volverán entrenados de la mita. Parece que cuentan ahora con un buen general comunista: Rendón Willka. Tenía usted ociosos a sus colonos por años, a causa de su enemistad con don Fermín; ahora trabajan y se han ganado un cabecilla.

—Mi señor: Rendón Willka es cristiano. Reza de rodillas. Será general, quizá; pero contra ustedes, si hay guerra, aunque no sé en qué ha de consistir.

—Joderemos a los paraybamba...

—Lo acusaremos a usted de fomentar el comunismo... —advirtió el joven, señalándolo con el dedo.

Don Bruno se echó a reír con verdadero regocijo. La calandria voló en ese instante a otro árbol más alto; sus dulces alas fueron vistas por los cuatro hombres; pasó casi rozando el techo, como acariciando el aire del corredor que en ese instante respiraba con ira el joven Aquiles.

—No me haga reír, caballerito. Los paraybamba no son nada mío. Quien los martirice más, responderá ante Dios. ¡Aragón de Peralta comunista!...

—Y tieso en la celda "La Parada" del Frontón —repitió el joven— se ríe usted porque no conoce el mundo actual moderno del Perú.

—Bien. ¡Traigan las caballerías de estos señores! —ordenó don Bruno al mayordomo grande que intentaba oír a lo lejos, desde el extremo del corredor, la charla de los cuatro señores.

Trajeron las tres bestias hasta el pie de las gradas.

—Mi señor don Bruno —dijo, finalmente, el casi viejo hacendado—, usted tiene muchas ventajas. ¡Cuidado! No tenían ojos nuestros colonos y su inocencia venía de allí. Usted les está poniendo ojos, y la ambición, que por los ojos entra. Se lo comerán a usted primero y luego a nosotros.

—Ah, mi señor; su carne será más del gusto de ellos, por la gracia de Dios, si eso ocurre. Pero no ocurrirá; depende de cada quien.

Se despidieron solemnemente:

—Aquiles: ruego a Dios que recuperes tu fortuna, ya que has vuelto —le dijo al joven—. Aunque será difícil, procura hacerlo sin tratar de enviar a ningún inocente a las prisiones políticas; sin calumniar. Tú tienes aún cárcel y cepo en tu casa-hacienda. ¡Méteme allí cuando me hayas vencido!

—Bien, señor —contestó el joven, decididamente.

—Yo... yo... ¡Qué tanta...!

El gordo no concluyó la frase. Quien comandaba a los visitantes lo hizo callar con una mirada autoritaria.

—¡Qué carajo! —gritó al fin, luego de vacilar—. Yo a usted, don Bruno... con el senador...

—Me revienta como a un sapo. Vaya contento pensando en esa dulce esperanza, amigo Cisneros. Despídase en buen ánimo de mi hacienda y no vuelva nunca jamás sino como lo hacen los cholos, o agachándose o para matar.

—Bien dicho, don Bruno. ¡Adiós!

El casi viejo hacendado no pudo darle la mano porque arrastró casi escalera abajo a Cisneros. Tenía músculos acerados. Llevó al gordo hasta la mula y lo ayudó a subir. Luego, saludó a Aragón, quitándose su ancho sombrero de paja fina, muy respetuosamente; montó al potro y le hizo dar una gallarda vuelta.

—¡Gran potro, mi señor! —gritó don Bruno.

Tras el potro desfilaron el caballo alazán, ensillado a la moda de los jinetes de clubes hípicos, del joven Aquiles, y la mula de Cisneros, que braceaba como un caballo de paso.

Atravesaron el silencio del inmenso patio. El árbol de pisonay los acompañó, con su luz, hasta que salieron al callejón empedrado de la hacienda, trasponiendo cómodamente la alta puerta de los muros del patio.

—¡Vicenta! —llamó don Bruno.

Una mestiza hermosa, embarazada, salió del gran salón al corredor.

—¿Has oído? —preguntó el señor.

—Sí, caballero. He oído. Por tu hijo, señor, juro que son falsos, envidiosos. El señor gordo no es tampoco cholo. ¿Qué será?

—La criatura que llevas en el vientre, ¿es hijo mío? —preguntó don Bruno, acercándose a la mestiza.

Vicenta se ruborizó, permaneció un instante mirando a don Bruno con asombro y ternura. Luego se violentó y un chorro de lágrimas cayó sobre la seda brillante de su monillo.

—¡Bótame, señor, papacito! ¡Bótame de una vez! ¿Para qué me has traído? Estaba contenta con mi embarazo, en Santa Cruz. ¡Tenía mi tiendecita! Tú la has cerrado, señor. ¡Llévame, y ábremela mi tienda!

Don Bruno se volvió de espaldas, contempló el pisonay que ardía en medio del patio y del cielo inclemente.

—Por fin te necesito, Vicenta. ¡Ahora sí que te necesito! Tu hijo reinará en "La Providencia". Rendón Willka será su guardián, hasta que lo enviemos al colegio de Padres donde yo. . .; no, mejor al colegio "Santa María", de Lima. Le corresponde. Al "Leoncio Prado" si es que no me caso contigo, si no me eres fiel.

Vicenta dejó de llorar. Corrió hacia el interior de la casa. Se quedó en la sala y empezó a hablar, atropellándose, en castellano. Dos espejos enormes, medio opacos, con marcos dorados, la retrataban hacia el fondo del espacio, en la cabecera de la sala.

—¡No reino! —dijo— ¡Para qué, pues! A los señores los odian de todas partes; ellos también se están odiando como pumas hambrientos. ¿Qué más quieren? Mi hijo que sea abogado, si es hombrecito.

—Todos luchamos; todos nos odiamos. . . —Vicenta oyó la voz de don Bruno, sintió su respiración ardiente sobre la nuca y las orejas.

—¡No, don Bruno, papacito! Yo, no; sólo a ti te quiero. Por mi hijito, que estoy embarazada —y continuó en quechua—. Ahí está el mundo como flor recién nacida; con su gente, sus animalitos, sus piedras; su montaña que templa el corazón; sus arbolitos que con el viento juegan. Pero don Cisneros, don Aquiles, el otro viejo. . . son como mulas malditas que a esa flor quieren comer. ¡No será, papacito don Bruno! Tú defiendes, pues. Ya no flagelarás.

—Flagelaré a mi hijo si cae en falta, en pecado.

—De eso no hablo, don Bruno. Estoy hablando de quitarles a otros sus tierritas, su ganadito; de odiar al que tiene corazón para el que llora de hambre.

—¡Vicenta! No pensé. . . No te he conocido bien. No era por mi hacienda, ¿entonces? Acompáñame. Cálmame. Ten tu hijo; será abogado. Se llamará como mi padre: Antonio María Aragón de Peralta. Sé fiel; y como hasta ahora, cariñosa; no; ninguna yegua. . . ¡Cúrame! Tú no eres mestiza; no eres. . .

Vicenta le besó las manos.

—Perdón —le dijo—. Hasta la muerte te seguiré. Has encontrado siempre mestizas de mala vida. ¿Por qué buscaste mestizas, no más? Señor don Bruno, te gusta cuando canto.

—Sí. Por eso me enamoré.

—Ahí está. Ven, patrón. Para tu hacienda y para tu hijo he hecho canto.

Lo llevó al dormitorio. Apoyando el pie izquierdo sobre un travesaño de la cuja de metal, rasgó la guitarra finísima que don Bruno le había obsequiado, y entonó la canción nueva, recién compuesta:

Pisonay que lloras sangre
en la hacienda de don Bruno;
k'ello takik'ancha tuya;
(de cantar amarillo, intensa calandria)
hatun manchay k'ak'api,
(en el temible abismo)
viajero loro k'aparik':
(que grita)
la flor va a nacer,
como estrella y pensamiento,
ángel de "La Providencia",
dulce paloma en el corazón.
Estrella y pensamiento,
mayu challwak'a yachasunkiñan.
(ya los peces del río te conocen).

Don Bruno, por primera vez, le dio un beso en la frente a una mujer que cantaba en el propio dormitorio de su casa-hacienda.

—¿Qué ha nacido aquí, Vicenta? ¿Qué hay de nuevo aquí? —dijo, exaltado—. Sí; siempre he buscado mestizas. Estaba rebajado desde aquella noche... con la *Kurku*... Entre ustedes he andado y entre indios, desde aquella noche. Y hasta ahora sólo pecado, sofofación, había encontrado. Ahora... tú...

Su otra mujer, la mestiza ya madura que cantaba himnos católicos en quechua, escuchaba la conversación, escondida en el gran armario de la alcoba; un mueble alto, de cedro de Nicaragua, tan alto como el techo del catre. Abrió la puerta y salió. Don Bruno se paseaba en el espacioso dormitorio alfombrado con varias mantas de Cotahuasi. Vicenta oyó el ruido del armario, y cuando se hizo a un lado para observar el mueble, la mujer se lanzó sobre ella con un cuchillo en la mano. Pudo ver la punta del arma y la hoja muy grande. Corrió, gritando, hacia don Bruno. La mestiza alcanzó a herir a Vicenta en la espalda. Don Bruno disparó a tiempo sobre la frente de la chola. Ésta cayó y empezó a convulsionarse sobre la alfombra.

Vicenta alcanzó a llegar a los brazos del hacendado:

—¡No voy morir, papacito! —dijo—. ¡No quiero morir, por tu hijo!

—Pero la he matado...

Don Bruno cerró la puerta del dormitorio. Los dos mayordomos, los dos pongos, las cinco indias y la mestiza que atendían la cocina y la casa oyeron el disparo. Los mayordomos se aproximaron hasta la puerta del salón, y esperaron que el patrón los llamara. Las indias y su jefe, la cocinera mestiza, salieron al corredor y vieron que los mayordomos, *hatun* y *taksa* (grande y chico), hacían guardia en la puerta señorial.

—Habrá sido cohete, o dinamita que han tirado al remanso para sacar pejerreyes. Los otros hacendados hace ratito que se fueron. Los hemos visto salir —dijo la mestiza.

—Quizá otra cosa —replicó una de las indias, muy rápidamente. Hablaban en quechua.

La mestiza observó.

—¿Qué otra cosa?

—Siempre asusta la bala. . . o la dinamita —contestó. Y sus labios que intentaba apretar, palpitaron.

—¿Algo sabes? ¿Del señor? ¿De la Felisa?

—La Felisa se fue. Ahora está la Vicenta, preñada, engreída.

—Así es. No duran. Don Bruno la devolverá a su pueblo antes que pára. ¡Vámonos!

El hacendado dejó que siguiera pataleando la Felisa sobre la alfombra y desnudó el busto a Vicenta. El cuchillo no había penetrado muy hondo. Recordó clarísimamente que, mientras perseguía a la joven, la mestiza alcanzó a sentir la mirada de don Bruno. "¡La fulminé —pensó—. Le quité más de una mitad de su aliento; si no, la atraviesa."

—No vas a morir, Vicenta. Aquí hay de todo para curar esta herida. ¡No mires!

La llevó cerca de una alacena, a un paso de la cuja altísima. Fue cubriéndole los ojos con una mano. Ella no pudo ver el cadáver de la Felisa tendido sobre el alfombrado. Le lavó la herida con zonite y mucho algodón.

—¡Dios grande! Ninguna vena te ha cortado. Sanarás en pocos días. Huele esto —le dijo.

Y le alcanzó un pequeño pomo de "Agua Florida".

—Aguanta el dolor, Vicenta.

No gimió siquiera, cuando don Bruno concluyó de desinfectarle la herida y cubrirla con gasa; luego contempló los senos ya crecidos pero hermosos; sí, hermosos, de la muchacha. La muerte no le impidió apreciarlos e incluso sintió un ataque "insano" de gustarlos.

—¡Dios! —dijo en voz alta. Y vistió a su amante.

Ella se arrodilló.

—¡No he sido yo, hermanita, ni don Bruno! —exclamó en quechua descubriendo el cuerpo ya inmóvil de su antecesora.

—¡No he sido yo, hermanita! ¡No es don Bruno! —repitió.

—¿Quién? —preguntó el hacendado.

—El demonio.

—¿Yo entonces? ¿Yo?

—No, papacito —y ella besó el suelo—. El demonio que la trajo, que la ocultó en el armario, que hizo silencio para que entrara. . .

Don Bruno dejó a la joven, de rodillas y llorando.

—¡Pablo! —gritó desde la sala.

—Patrón —contestó el mayordomo.

—Llama a la Facunda. Que venga rápido. Tú, quédate afuera.

La india Facunda murmuró en la puerta del dormitorio:

—Patrón...

Don Bruno abrió la puerta.

Facunda también cayó de rodillas.

—Yo, patrón —dijo en castellano—. Yo, demonio.

—No, infeliz. Yo, que te traje una noche a mi cama. Pero lavarás con tus lágrimas esa sangre. Enterrarás a medianoche conmigo ese cadáver.

—¡Lavaré, patrón! Enterraremos. Después, por favorcito, me matarás.

—¿Eso es todo lo que sabes de castellano, maldecida? ¡Contagiada por mí, de la maldición!

—Yo, yo. Tú no maldecido.

—¡Yo! —exclamó más fuerte Vicenta.

—Todos; pero no griten.

La india avanzó de rodillas hacia la muerta. Le puso los brazos en cruz y rezó en quechua un instante. Luego se dirigió donde la mestiza. Ésta la esperó temblando.

—¡No, mamacha! —le dijo en quechua—. Mi corazón, mi pecho sabe que eres inocente. El río grande, con su voz que se arrastra por el mundo entero, sabe y canta que eres inocente. Cuida a tu hijo, mamacha, más que a una estrella, que a una de esas flores que Dios hace brotar, temerariamente, a la orilla de los caminos. ¡Aquí estoy, antes de morir!...

—No vas a morir —le dijo don Bruno, ya casi sereno—. Vas a cuidar de mi hijo, vas a cuidar a tu señora Vicenta. Vas a guardar silencio. ¡Levántate, Vicenta, que la india siga arrodillada!

Vicenta se puso de pie.

—¡Jura! —le dijo a la india.

—Por mi padre Pukasira; en su nombre...

—Bien. Mejor. Eres fuerte. Acércate a mí, Vicenta.

Hizo que pusiera la cabeza sobre su pecho.

—No mires —le ordenó—. Ahora, Facunda, levanta el cadáver y mételo adonde tú la llevaste cuando estaba viva.

No vaciló la india. Cargó, tambaleándose, a la muerta, y la hizo caber en el piso bajo del gran armario.

—Poquita sangre —dijo, luego—. Pero mis lágrimas no alcanzan. Ya sé. Dame licencia, patrón.

—Anda.

Mientras don Bruno recostaba a Vicenta en un sillón afelpado, Facunda volvió.

Trajo un secador, un lavatorio y una jarra de agua. Limpió cuidadosamente la mancha de sangre.

—¿Y esa agua? ¿La vas a tomar para que no la vean? ¿Qué les has dicho?

—Que mi señora tiene un poquito de hemorragia de su embarazo. Yo sé.

Salió con el lavatorio cubierto por el trapo, y volvió casi en seguida. Cerró la puerta.

No supieron qué decirse los tres. Un jukucha pesk'o, especie de ruiseñor andino, que prefiere cantar bajo la sombra de los aleros de techo, entonó su variadísima melodía, muy cerca. Es pardo, pequeñísimo e inquieto; de ahí su nombre: pájaro-ratón. Su voz, la más viva y dichosa que se oye en los Andes tibios. No llora, no se enternece; juega, como las cascadas blancas de los pequeños ríos, como las flores apenas visibles de los cerros sin árboles, cuando el viento sopla sin violencia.

—Ahí está el canto alegre. El mundo da su perdón —dijo Facunda.

Cuando se fue, inclinándose en la puerta antes de salir, don Bruno dijo, moviendo apenas los labios, como orando:

"¡Santo cielo! Hay indios inteligentes. Y Vicenta es hermosa. ¡La *Kurku*, la *Kurku* me echó en brazos de éstas para siempre! Tú sabes lo que dispones, Señor. ¡Cuida a mi hijo y a la desgraciada Vicenta! Me cambiaré de dormitorio. Creo que me estás salvando, Señor. Esos hacendados no podrán con un Aragón de Peralta, sus quinientos colonos y sus veinte lacayos y mayordomos. Y la sangre que he derramado fue por orden tuya. ¡Está claro! Yo no la maté, sino Tú, por mi mano, para redimir a un caballero.

Se arrodilló, sin darse cuenta, frente a la mestiza.

—¡No! —le dijo Vicenta.

—Es ante Dios y a tu lado. Espera. Quizás ya no vuelva a tener más mujer que tú. Quizás para eso envió Nuestro Señor a morir aquí a la bienaventurada Felisa; y a esos tres pumas. Esos tres pumas hacendados de los cuales no sé quién es peor. Ahora me veo en el espejo de ellos. ¡Auxíliame, Señor! Mis indios, que no se malogren, que sigan puros, más puros todavía, auxiliando a los hambrientos de Paraybamba, que ese chacal Cisneros va a querer martirizar peor. Tú sabrás lo que haces. Si invade mis tierras, lo trataré como a indio ladrón que es. Los otros procederán más fino, y quizá peor. ¡Bestias! Una tolvanera levantan. ¿O yo, Dios?

Sintió que las manos de Vicenta lo calmaban, conducían suavemente el canto del hukucha-pesk'o a sus ojos, el regocijo puro, desconocido, a su conciencia.

—¿Después de haber matado? —exclamó, de repente y se puso de pie, de un salto.

Los ojos de Vicenta no se alteraron; seguían retratándolo tiernamente, como él sabía que no era, que no lo merecía.

—No hemos sacado nada. Estamos peor ahora. Usted no ha hecho más que llevarme a los pies de ese condenado engreído. ¡El cerdo fornicario...!

—La verdad sea dicha antes, Cisneros; usted fornica más —le contestó el casi viejo hacendado.

—Pero no en todos los pueblos; no haciendo escándalo. Yo no me arrodillo ante las iglesias.

—Tiene usted menos conciencia y ha hecho parir más; a casi todas las indias. Aragón, que se sepa, no toca a las mujeres de sus colonos.

Cisneros abrió la boca con más ira; el terrateniente medio viejo lo hizo callar.

—Usted pertenece a los señores de nuevo cuño. Para fornicar, por ejemplo, no hace diferencia entre usted y sus indias; en cambio, para hacerlas trabajar, para patearlas en la barriga sí hace diferencia.

—¡Carajo, con ustedes! En la cama todas son iguales. Pero esto no tiene que hacer con nuestro plan. No se me escape al estilo de don Bruno. ¿Qué dice, joven Aquiles?

—El caballero tiene la experiencia. Yo sé poco. Que siga explicando. Usted llevó primero a don Bruno a un terreno al parecer impertinente.

Cisneros miraba a ambos: "¡Me los podría comer, aquí mismo. Estos «caballeros» me estorban. Yo les echaré la mula encima, después. ¡Que hablen ahora!"

—Tiene usted malos pensamientos, amigo —le dijo el casi viejo—. No es tan fácil un Aragón de Peralta, que de repente se apiada de los indios, o un Aquiles Monteagudo y Canaval, que vuelve de Europa y de Lima, empobrecido y resuelto a prosperar, para volver a Europa y a Lima. Menos fácil soy yo, hombre a la "antigua española". Una sola condición impongo para que usted continúe como asociado nuestro.

—¿Cuál?

—Que obedezca. ¡Espere...! Antes de decir la última palabra.

Habían escalado la montaña por el camino real que iba a la capital de la provincia. Desmontaron a iniciativa del joven Monteagudo, junto a un agitado pozo en que concluía una larga cascada de agua.

—¡Este ocioso cholero del Aragón; desperdiciar estos campos que yo cubriría de trigo bueno, fino! —exclamó Cisneros, contemplando, en la otra banda del río grande, los suaves declives de la cordillera, cubiertos de pastos y arbustos—. ¡Siembra un poco de maíz para engordar chanchos! Y cada vez menos. No cambia con una pelton esos molinos que seguramente todavía fueron hechos por los chapetes. Su ociosidad es una amenaza. Sus indios engordan; y, lo peor, engordan a los paraybambas que nos sirven de peones. ¿Qué

hacienda es ésta? De grande no tiene más que el aire de su patrón. Porque así loco, el hombre tiene...

—La seguridad que le viene de su alcurnia.

—¡Será! Pero eso lo amancorna, lo jode. ¿Usted no se da cuenta?

—Sí. A él lo confunde porque tiene enredos de conciencia malsanos, por causas que ni para usted, señor Cisneros, ni para mí tienen importancia.

—Por eso digo, que aun así *loco*...

El joven Aquiles los invitó a sentarse sobre unas piedras negras que orillaban el camino, cerca de la cascada. Trajo su alforja y sacó de ella unos paquetes de papel blanco impermeable. Contenían sandwiches de gallina, muy bien condimentados con mostaza y mantequilla. Cada emparedado estaba envueltc en papel. Luego sirvió de un termo tres tazas pequeñas de excelente café. Cisneros saboreaba el pan.

—¿Usted ha hecho esto? —preguntó.

—No, amigo. Me traje un mayordomo, que me es fiel, desde Lima.

—Seguro. Todo esto me recuerda las "refinerías" de los hoteles y casas de Lima. Yo vivo modestamente.

—Querrá decir, campechanamente.

—¡Eso es!

Luego del café, el joven Aquiles invitó coñac, fino y fuerte.

—¿Cómo dicen que es pobre? —volvió a preguntar Cisneros.

—En comparación, señor Cisneros... Sus haciendas tienen una hipoteca catastrófica. Pero el joven Monteagudo... ¡Aquí lo tiene! Salvará su fortuna. Ha "fornicado", como usted dice en su, a veces, buen castellano, a bailarinas y las más bellas mujeres de las capitales de Europa... Le ha costado unos millones.

—Lo que aquí es gratis.

—Bueno. Cada quien tiene su capricho. Entre una india y una parisina.

—¡No hay diferencia! El final es lo mismo. Sólo que esas de ciudad son corrompidas del diablo.

—Es que usted sólo busca el final. El comienzo, el intermedio, el camino a llegar, es lo que el señor estima.

—Ya dejemos a cada alma con lo suyo... Y ahora al grano. Usted no ha hecho más que...

Y así empezó la discusión, cerca de la extensa cascada de agua.

—¿Mil o mil quinientos metros de hondura hay de esta cascada a los molinos? —había preguntado el joven Aquiles—. Es tan fascinante o algo más que... Pero esta tierra atroz requiere una fuerza atroz o infinitamente resignada como la de los indios que fueron esclavizados por los incas... ¿Usted cree que yo, don Lucas...?

—Sí. La esclavitud colonial fue perezosa y de martirio. La de los incas fue mañosa. Engañaron a los indios; los emborrachaban

con idolatrías para hacerlos trabajar más que a hormigas. Yo leo. Mi padre me dejó una biblioteca que llena una sala grande de mi hacienda "El Triunfo". A nosotros no nos queda otra alternativa que seguir la táctica colonial. No somos idólatras.

—Parece que don Bruno se hubiera convertido algo...

—Es posible. Siempre anduvo medio loco, por causa de su padre y de su hermano. Don Bruno predica, se confiesa ante sus indios. Tiene de primer mandón a un mestizo muy dado hacia los indios. No le queda sino esa compañía...

—Y usted no ha hecho más que llevarme a los pies de ese condenado...

—Le impongo la condición que obedezca porque usted es demasiado impulsivo. Para luchar contra cualquiera por cualquier motivo, es necesario conservar la cabeza despejada. Ahora estamos tácitamente aliados contra...

—¿Qué es eso de "tácito"...?

—Es decir que, de hecho, ahora estamos aliados contra los Aragón de Peralta...

—Oiga usted... Usted que pide que yo le obedezca... No sabe bien de nada. Los Aragón se odian. Don Fermín va a acogotar a su hermano.

—Ahora, no, amigo Cisneros. En su debido tiempo. Escuche. Ahora al minero le interesa que los quinientos colonos de "La Providencia" trabajen en "Aparkora" hasta descubrir el manto de plata que hay allí. Creo que Cabrejos Seminario ha logrado engañar a Fermín Aragón, a pesar de todo... Usted, joven Aquiles, que lo conoce desde Lima, ¿qué opina de ese ingeniero?

—Lo engaña admirablemente y también su capitán de mina. Pero... desde el incidente del *Amaru*, todo ha cambiado. Camargo ha virado. Encontrarán el manto dentro de pocos días. Cabrejos prepara ahora en otro campo la traición.

—¡Entonces, entonces! ¿Por qué tanto miedo a los Aragón?

—Porque, descubierta la veta, Aragón se hará millonario, así le arrebaten el 80 % de la mina, que es lo que la Wisther pretende...

—¿A pesar de que don Fermín ha vendido el ganado fino de su hacienda? Era el mejor ganado de todos estos lares.

—Bien invertidos —respondió el joven Aquiles—. Ningún Banco le quería dar crédito. Esa hacienda tiene una hipoteca peor que mis pertenencias. Usted no sabe lo que son los consorcios. Fermín Aragón aplastará a su hermano. Lo conozco poco pero sé que su resentimiento es controlado pero más feroz que el mío. Tiene que aplastar a su hermano para instalar la central eléctrica de la mina; él o la Wisther. Don Bruno está condenado.

—¿Y por qué, entonces, hemos perdido la saliva y la paciencia en hacernos humillar por un condenado?

—Por eso mismo. Bruno es capaz de todo. Tiene ahora dos auxi-

liares peligrosísimos: Carhuamayo y Rendón Willka —advirtió don Lucas.

—¡Matémoslos! Yo sigo el camino más derecho.

—Derecho para provocar un levantamiento de los "colonos", que Fermín Aragón desea.

—¿Qué tiene que hacer?

—Por eso le pido que entienda y obedezca: el minero Aragón necesita peones baratos. Ahora que los "colonos" de don Bruno están realizando una hazaña en la mina, los indios perderán el miedo a ese trabajo y serán mejor recibidos por el Consorcio. Los despojados de Paraybamba se irán en masa a trabajar, mientras que sus mujeres cuidan la poca tierra que les queda; nuestros indios se escaparán.

—Los rescato a puntapiés o a bala...

—Amigo Cisneros, usted no se orienta todavía. ¿Sabe el poder que tiene el Consorcio que ha conseguido ya, según el joven Aquiles, vía libre de los otros consorcios para acogotar a don Fermín Aragón? Dominan el mundo...

—El senador...

—Dominan el mundo, pero no apoyarían un levantamiento de indios. El senador puede servir para eso. Que el Consorcio no acepte indios de los hacendados en las minas. Allí les pagan hasta 28 soles diarios, y nosotros, nada.

—¿Y nuestra tierra que siembran? ¿No vale nada?

—Nada, contra un jornal tan alto —afirmó categóricamente Monteagudo.

—¡Barajo con el joven calavera que se asusta con las quebradas en que ha nacido! ¡Y peor con usted, don Lucas! ¿Para qué hemos amenazado, entonces, a don Bruno? ¿Para qué hemos bajado hasta su casa-hacienda si el asunto no es con él, sino con un fantasma grande, llamado "Consorcio", que se come al mundo y todavía yo no estoy comido?

—Bruno Aragón es personaje clave. Si hubiera aceptado nuestra propuesta de respetar la costumbre...

—Pero... si era clave, ¿por qué me dejó usted comenzar a mí que hablo como patrón no más y no como caballero? Ustedes, de puros sabidos, no saben a dónde tirar y me meten a mí que entiendo las cosas de otro modo. ¡Que venga el "Consorcio" a quitarme los indios! Yo los tengo clavados en el sitio, por el rigor y la oración que los frailecitos les enseñan. Y soy el que está más adentro, con usted, don Lucas. A mí no me alcanza el "Consorcio" ése. Y si manda a alguien que puede llegar hasta mis haciendas principales le encajo un plomo en la calavera. ¡Y san se acabó! Ustedes planeen, como hombres leídos que son. Yo me largo en mi mula. Pero eso sí, le dejo esto a usted, don Lucas, que es el más avaro de los hijos de estos montes. ¡Diez mil soles para lo que haya de lugar en la defensa! Yo sigo cosechando té, cacao, maíz y trigo en mis valles, moyas

y punas. No pago jornal nunca; doy a los buenos cholos tierras a medias, y ellos me venden su parte en alguito menos que lo que vale en plaza. ¡Ésos sí que joden a los indios! Prefieren a los viejos y a los niños. Y cuando llegue la nueva elección, tengo ya para todos los candidatos su parte. Al que según yo, pesa más, le doy más. ¡Barajo, he dicho! No soy fraile para hablar tanto. Yo no me entiendo con ustedes ni tengo el miedo que tienen. Aprendan de mí: nada de carreteras; y más bien, cepo, sermón triste de frailes. ¡Y un milloncejo al banco, cada año! Al cuerpo se le da gusto en todo, y gratis. ¡Adiós, excelencias, excelencias! El juicio final no está tan cerca. Si lo veo al Rendón, le meto un plomo. Si no lo veo es que ustedes lo han hecho volar, que mejor sería. No acostumbro obedecer a nadies.

Sin despedirse, montó en su gallarda mula y se perdió, al trote, en el recodo del camino, a la vuelta de una suave colina.

—¡Don Lucas! —dijo de pronto el joven Aquiles—. Ésta es una lucha demasiado larga para mí. Lo dejo. Ustedes tres pelean por algo que no me atrae. Estoy demás. Voy a tratar de vender a Cisneros mis haciendas, lo que me queda por derecho a ellas, ahora que estamos a un día de la capital de Provincia.

—¿Cuánto? —preguntó el hombre medio viejo.

—Un millón. Lo que ese bestia dice que gana en un año.

—Muy poco. Pídele dos.

—¿Por qué, si usted no ofrece nada?

—Yo no compro nunca; sólo vendo, excepto tierras. Mis tres haciendas son suficientes. Acabo de instalar un servicio telefónico entre ellas, y el ingeniero me ha robado. ¡Pídele dos millones al cholo! Te los dará ahora, si lo alcanzas. Su mula es rápida, pero es mula. Tu caballo corre más. Con tus dos haciendas, sobre todo con la antigua, con esa joya de la colonia que se llama "Parquiña", Cisneros se sentirá amo de Bruno Aragón de Peralta. ¡Anda! Yo no compro tierras. ¡Que el cholo crezca será bueno! Te juro que en las próximas elecciones él será senador... ¡Sí, Aquiles, persíguelo! Y no le ruegues.

—Don Lucas, ¿de dónde ha sacado esa palabra?

El joven Monteagudo espoleó al caballo y lo llevó casi al galope por el angosto camino, que a esa altura ya no era peligroso. Habían escalado los zig-zags que conducían a la parte alta de la montaña; en esa zona el camino faldeaba; era firme y bastante limpio. Los colonos de "La Providencia" tenían la obligación de mantenerlo así.

Cisneros escuchó el galope del alazán. Vio que el joven Aquiles parecía venir en su persecución, alzando las nalgas como si galopara en la pista de un club. Su poncho de vicuña flotaba. Cisneros detuvo a la mula. "¿Qué habrá? ¿Qué querrá este marica?", pensó.

Don Lucas continuó sentado sobre la piedra, junto a la cascada. Ya solo, frente a la inmensa hacienda de don Bruno, meditó:

"¡Las haciendas ya no son una garantía por culpa de los «caínes» Aragón! Uno de un modo, otro de otro modo, hacen temblar la tierra. Ojalá que el Cisneros le dé unos cien mil a ese descastado, a ese mequetrefe del Aquiles. Rodearía casi al Bruno. El cholo va por otro camino. Es «cholo». No son distintos sus métodos en el trabajo, pero hierve como un condenado; meterá su mula hasta los fuegos del infierno. Yo... Yo tengo la garantía del cholo. Él pelea; yo trabajo tras sus pertenencias, recojo mis cosechas de caña, maíz y fruta. Si viene el juicio final, mientras él aguanta un poco, yo quemo mis cañaverales, mis chacras de maíz, mis huertas. ¡Para los indios y los consorcios nada más que cenizas! ¡Que coman cenizas por un tiempo! Yo escapo a la Argentina, donde estudia mi hijo, el mayor. El mundo ha cambiado aquí; cuando yo era mozo, cada casa-hacienda estaba siempre llena de invitados; de vez en cuando tocaban piano y bailaban. Jugaban cartas. Ahora los señores se han ido a Lima o a Europa; sus haciendas se malogran; los mayordomos convierten las casas y jardines en chiqueros. Este calavera de Aquiles ha aguantado un mes, y eso que tiene un administrador leal, que respetó la residencia de "Parquiña" y guardó caballos. La inmensa casa-hacienda de "La Providencia" huele a silencio, a faldas de mestizas. Sólo ese pisonay del patio está bien cuidado. Se cuida solo; es más grande que la hacienda; parece como la cabeza muda del esplendor antiguo. Aunque... sí, locura. Se parece a Bruno, no sé en qué. ¡En que a ambos, con el sol, les arde la cabeza!"

Un largo rato permaneció contemplando con gran lucidez las extensas lomas de "La Providencia"; las ruinas de los centenares de andenes incaicos que bajaban desde la parte mansa de los cerros hasta el río; toda una zona de rocas y tierras negras, escarpadas, casi abismales, ahora cubiertas de arbustos que permitían ver, sin embargo, la línea de los antiguos andenes, su altura, su ordenamiento.

"¿Quién convirtió a los indios en los brutos que ahora son? ¿Quién? ¿Quién dejó crecer árboles salvajes en esos andenes que seguramente lucían como huertos? ¡Nuestros abuelos! Convirtieron en brutos a los indios para que reináramos nosotros. Tuvieron que dejar que se perdieran esos andenes porque costaba mucho cuidado y vigilancia mantenerlos, y los indios tenían que ser arreados a la altura a comer papa amarga y mashua que les conservaba la fuerza y les apagaba la luz de la razón. Sin ellos, ahí abajo, los andenes volvieron a la madre naturaleza; y quedamos nosotros reinando tranquilos. El cepo y el azote ya se sabe que son necesarios para los indios, aunque no delincan. De vez en vez han de oírse sus quejas, el llanto de sus hembras y criaturas: ése es el aire en que deben crecer, trabajar y morir. ¡Dios, tú lo dispusiste!"

Don Lucas se quitó el sombrero y avanzó hacia la orilla del abismo. Su potro negro lo observó orejeando. Era agosto. El cielo aparecía sin nubes, casi sin hondura, quemando.

"Pero Dios cambia. Él hizo a estos Aragones últimos. El Fermín nos ha traído el desbarajuste, enardeciendo primero a los indios para que construyeran la carretera. Los emborrachaba con arengas y cañazo. Trajo la carretera que ahora se va de largo desde Lima hasta Bolivia, Chile, Brasil. Luego la mina. Y con ella los ojos de los pulpos del mundo, sus brazos matadores que se están cerrando sobre la ilustre villa de San Pedro; habrá guerra allá, de otro estilo; los pulpos chuparán a boca llena, o a ventosa llena, la sangre y los minerales. Las culpas de don Andrés Aragón de Peralta caen como ceniza caliente a estas regiones. Los indios ya están escapándose a la costa por la maldita carretera. ¡Hijos míos! Ya vuestros hijos no van a ser criados como vosotros, en el seno de una gallina tranquila. Lo único que deseo es que no sigan el camino del Aquiles. Los he criado a hierro y cera, en el temor de Dios. ¡Me los llevaré a la Argentina! Que sean empresarios allá, no aquí, donde fueron señores a quienes los indios tienen que saludar arrodillados. Y que los «consorcios» y los contagiados de brujería o de yankilandia, como los Aragones, sean devorados por la indiada o maten ellos a la indiada. Yo, como el Aquiles, pero para ser grande siempre, emplumo, por mis hijos. Si tratan de pescarme antes... ya dije, acorralaré a los indios, prendiendo fuego por todos lados a sementeras y pastos. Tú, Bruno, cristiano dañado de brujería, falso cristiano llorón, serás enterrado por tus hijos ilegítimos, por tu hermano, por los indios a quienes les pusiste los ojos que Nuestro Señor les vendó por caridad y por amor a los grandes que ganaron estos montes para su reino. ¡Adiós!"

Montó al potro, que brillaba, impaciente. Éste relinchó, como lo hacía otras veces.

"¡Mi decisión proclamas, «Zarevich»! Nos comprendemos; por eso mis indios te llaman «Apankora», la gigante araña negra que más que envenenar, asusta. Si en la Argentina no aguanto, porque dicen que los ya viejos nos secamos lejos de la querencia en que no sólo nos criamos sino imperamos, entonces, gran «Zarevich», te bajaré el tapa-ojos, y saltaremos por la ruta misma de esta cascada hasta el río. Nos comerán los cóndores pestíferos, luego los gusanitos. Ningún indio perro o mestizo, ningún gringo ni manejador de jeep nos alcanzará. ¡Que así sea!"

Tomó un camino casi borroso, al atardecer, junto a unos lodazales fríos en que graznaban, volando agitadas, unas k'eullas hambrientas. Era media distancia a la capital de la provincia. En el pueblito de Santa Cruz, donde llegaría de noche, lo esperaba su mayordomo grande y un pongo[1] joven a quien llevarían trotando delante de los caballos.

[1] Indio de servicio en la casa del amo.

Monteagudo alcanzó a Cisneros, que decidió esperarlo en la llanura, donde el viento era ya frío y constante.

—¿Qué ha pasado, joven? —preguntó el gordo.

—¿Usted va a la capital de la provincia? —explicó Monteagudo.

—No. Pero si hay conveniencia...

—Es posible. Tengo que hablar con usted; depende de la clase de convenio a que lleguemos, o de que no podamos entendernos.

—Entendernos no podemos, amigo. Pero si es asuntos de negocios, podemos capaz, acordar algo. ¡Mire! Esa piedra..., la única que se ve al lado izquierdo del camino... Cuando tiembla el aire, como ahora, parece que estuviese en el fin del mundo; pero de aquí sólo dista una legua; en nuestras bestias, media hora, camino llano. Sígame. Allí hay una linda cueva. ¿Se acuerda aún del quechua? Se llama *pisk'o machay*, cueva de los pájaros. Es calientita. Y le rodea buen pasto... ¡Sígame!

Espoleó a la mula.

Bajo el cielo límpido, pero removido por el viento, la paja, ya alta y gruesa a esa altura, silbaba interminablemente. Se prolongaba su aguda lengua a todos los espacios; mordía las finas orejas del joven Aquiles; acrecentaba, contradictoriamente, el gran silencio.

La cueva era un antiguo tambo, un alojamiento, "cómodo", según Cisneros, pero ófrico y salvaje a ojos de Monteagudo.

—Aquí lo hicieron dormir a usted cuando era niño, alguna vez —le dijo el cholo—. Era tambo obligado, camino de la provincia... ¡Ah!..., perdón, a usted, no; a don Bruno, a mí... De sus haciendas otra es la ruta.

—Mire, amigo Cisneros —le dijo el joven.

Cisneros había tendido el pellón sampedrino, de hilos, en el suelo todavía apisonado de la cueva. Saboreaba el fino coñac de Monteagudo mientras descansaba, cómodamente echado sobre el pellón. Monteagudo se sentía irritado y en posición "falsa", sentado en una piedra que le servía de escaño y que era el único lugar que podía ocupar, a manera de un criado o de un inferior, para charlar con Cisneros, por haber elegido éste el sitio que ocupaba con su mullido pellón.

—Diga, caballerito; proponga.

Era otra la expresión y la actitud del cholo frente a don Lucas y don Bruno. A Monteagudo le hablaba con llaneza, echado; ante los otros señores se mostraba altanero, calculador y agresivo. Sus explosiones de ira o rebeldía lo "rebajaban", sin embargo, en lugar de afirmar su actitud de fuerza. Los otros dos señores "lo toleraban con indulgencia". Cisneros lo comprendía o parecía darse cuenta de esta diferencia y daba la impresión de estar como sobre ascuas mientras debía discutir con esos caballeros. ¿Por qué, frente a Monteagudo, que era "más caballero", un señor vinculado con la alta sociedad de la Capital, vinculado directamente, y con la expe-

riencia de París, New York y Londres, Cisneros se sentía como ante un igual y hasta casi como ante un inferior? "Es que Bruno Aragón de Peralta me disminuyó ante esta serpiente hinchada. Creo que ha de pagarlo, al fin y al cabo, y rendirá cuentas ante el mismo a cuyas fauces debo entregarme. Creo que dispondré de lo suficiente para un buen matrimonio... Ella tiene millones y no ha encontrado a nadie que la haga *sentir* y sufrir tan variadamente como yo."

—Usted, joven, necesita y puede lograr un buen braguetazo en Lima, en Arequipa o en el Cuzco. Es elegante como no hay otro. Para nuestra exigencia le falta un poco de más carnes, de más mollero en los brazos, ¡caray!

—Usted habla de un tipo de galán a lo Clark Gable; hay otros menos carnudos que yo, y vuelven locas a las mujeres.

—¿A qué mujeres?

—En todas las ciudades del mundo hay mujeres que deliran con uno y otro tipo de galán: el bruto, el fuerte y atropellador; y el delgado elegante...

"¡Usted a ningunos pertenece!"

Cisneros creyó haber hablado en voz alta, y medio se levantó para observar bien a Monteagudo. De espaldas, apenas le veía el rostro. Ya tranquilo, le dijo muy confidencialmente:

—Oiga usted. Así es. Hombres como mujeres parece tenemos gustos bien fregados en lo diferente. A un chofer de Lima le pagué harto; le dije que me llevara donde las mujeres más finas. De un de repente le hablé para que no me engañara. Le vi la cara de serrano. Hablamos en quechua. ¡Cuánto indio disfrazado hay en Lima, por Dios! Caballero Aquiles, ¿para qué hablar de esto? De lo otro más bien; me llevó a un sitio de lujo. Escogí a una rubia lindísima, jovencita. Todas son de figura. ¡Qué bien hace Dios a las mujeres! Y el demonio se la quita. ¡El demonio! Ustedes, pues. Fui a otro sitio, de más lujo, según el chofer, y la plata que me gasté envanamente. ¡No me gustaron! Me quisieron hacer suciedades, como si yo fuera un renegado de Dios. ¡No, carajo! Eso no. El hombre es el que debe hacer; la mujer sólo acariñar con respeto y quedarse tranquila hasta cuando uno acaba, y cuidarle el sueño fuerte que le agarra a uno en seguida.

—Como sus indias...

—Eso, amigo Aquiles; con las que por su gusto me dan; también con las señoritas pobres de los pueblitos. Yo... lo otro me dio asco; a mí, oiga, que se me pasan esas cosas; lo de esas rubias de tan linda carne y de linda cara, no se me olvida. ¿Una mujer linda queriendo hacer suciedades del infierno? En fin, si hubiera sido una *kurku*, una negada de Dios. Caballero Aquiles, con perdón de usted al que le estoy tomando confianza, la ciudad mezcla el aceite y el agua. Lo que usted sabe que es cacana se lo quieren servir en plato de oro, y lo que es oro para usted, lo pisotean... Oiga usted... ¿Qué

le diría? Lo pisotean..., ¡eso!, como al corazón de una criatura. Yo no acepto... Prefiero matar. Y voy a matar, carajo, como mi padre... Pero ahora no se trata de indios que a uno le pertenecen y de los que a nadies hay que dar cuenta. Hay que matar gente que dicen "alta", como el Cabrejos Seminario, que usted conoce: Judas con su patrón, Judas con los que le dan apoyo, con esos, ¿qué dijo?

—Consorcios...

—Porque también quedría comérselos si no fueran tan grandes que, dicen ustedes, el mundo entero no les cabe en la boca; Judas con todos los maestros... Y a los Aragones, que también quieren revolver la costumbre; el mayor por ambicioso, porque dice "la civilización debe venir"; el otro porque, oiga usted, lo han contagiado, no sé cómo, los indios. Él dice: "Dios quiere que el indio siga puro; él no peca, no es corrompido como nosotros". Y por eso estaba contra su hermano. Y, de un de repente, porque hizo flagelar en falso a su mandón Carhuamayo, que es indio, indio en su natural y no mandón, les abre las puertas de la peor corrupción a sus indios. También hay que matarlo. Y más, al Rendón Willka. ¿Qué habrá aprendido en Lima?

Cisneros estaba ya sentado, con la espalda apoyada en una roca lustrosa. Continuó hablando:

—Yo sé de todo. Estoy enterado. Usted ve. Creo que más que antes, los hacendados averiguamos nuestras vidas. Yo soy, en verdad, de nuevo cuño. Tienen razón de despreciarme algo los Aragones... Porque, ¡carajo!, si no hubiera sido por las buenas costumbres que los antiguos pusieron en los pueblos de estas cordilleras yo no sería grande. Todavía mi padre llegó a tiempito. Y a éste lo manejaba él bien, para hacer saltar los sesos y para asustar con los tiros...

Desenfundó una pistola Colt, de cañón largo.

—¡Yo le gané a él en puntería desde mis diecisiete años! Ya empezaba la corrupción y no quiso mandarme a estudiar a Lima. "Te he criado —me dijo— como para estos tiempos y para lo que te dejo. Eres buen cholo; no te van a engañar los vecinos aristócratas ni te van a joder los indios. A unos y otros les hey quitado legítimamente muchas tierras. Sólo dos defensas no más hay: la plata para comprar a las autoridades y el revólver para defender lo que he ganado. No tienes madre ni hermanos. ¡Carajo! ¿Oyes? Ni madre ni hermanos..." Pero..., caballero Aquiles, se nos pasa el tiempo. Con nuestras bestias, que son buenas, podemos llegar a media noche a la provincia. Perdóneme, joven Aquiles. Le hey tomado simpatía. Pruébele el calibre a esta Colt, y dígame de su propuesta.

Sí; hizo que Monteagudo examinara la pistola. Se la dejó en las manos. Miró al joven con inesperada confianza. Monteagudo elogió el arma, y la devolvió.

—¡Lo que quiera! —le gritó casi Cisneros, sin esperar la opinión del joven sobre el arma—. Dígame cuál es el negocio.

Monteagudo comprendió bien el entusiasmo de Cisneros y la causa que lo había provocado.

—Con "Parquiña" y "Osk'o". Usted rodea a Aragón como un manto que puede ser levantado para ahogarlo. Yo no sirvo ya para la lucha en que usted está empeñado con bravura y energía que no han de ser vencidas fácilmente.

Cisneros contestó al instante.

—Sí, amigo. Pero me acerco a esos pulpos de que habla usted.

—¿Les teme?

—No los conozco, pues. ¿Qué cabeza tienen?

—De gente.

—¿Dónde está?

—Es una cadena, señor Cisneros. Una cadena sin fin. Únicamente quien tiene la bravura de usted y su astucia puede, en lugar de enfrentárseles, que eso no es posible, aprovecharlos, entenderse con ellos, que también querrán devorar a hombres como Bruno Aragón, Rendón Willka y, también, recuérdelo bien, péselo bien, a gentes como Fermín Aragón y el mismo Cabrejos Seminario.

—¿Cabrejos Seminario?

—Sí, mi buen amigo.

—Los consorcios no tienen patria, pero han superado ese concepto. Sus pertenencias, de toda clase, se extienden en los cinco continentes. Cabrejos es amigo o fue mi amigo, en Lima; aquí no lo he visto. Cabrejos aspiraba a que los consorcios beneficiaran también a los empresarios peruanos, igual que Fermín Aragón, aunque Cabrejos deberá frenar primero a Fermín Aragón...

—Entiendo, no entiendo...

—Espere...

—Es que Cabrejos obra desde el vientre de un Consorcio.

—Con esa facha que tiene usted, ¿cómo puede saber tanto? Porque, de veras, usted está hablando, no como negociante, sino como si fuera testigo honrado.

—Exactamente, don Adalberto.

—¡*Don* Adalberto! Bien, joven; ése es mi nombre, y bien pronunciado.

—Usted ve mi "facha" y no tiene en cuenta de que lo que hay en ella de extraño es lo que llevo de Europa, por fuera y por dentro. He tratado con hijos de grandes banqueros, con hijos y parientes de los tiranos de América y con los hijos de los millonarios que también hacían en Europa y Norteamérica lo mismo que yo. Oiga usted, don Adalberto, ellos no tienen patria fija, sino el negocio; negocio en África, aniquilando negros; en Asia, matando amarillos; en medio Oriente... amamantando reyes que hacen cortar las cabezas de sus súbditos como a carneros. Aunque llevan la civilización,

prefieren entenderse con hombres como usted que están decididos a mantener las antiguas costumbres. No les conviene que la gente tenga ojos. Es mejor que sólo obedezcan y recen.

—¡No me diga! ¿Como yo?

—Sí, don Adalberto. Yo sólo sé gastar; mi padre me crió mal. ¡Qué distintos hijos únicos somos! Aunque tenemos hermanos. Y para aclarar mejor este asunto, que veo que le está interesando, voy a hacerle unas preguntas.

Le llenó la copa de coñac. Él vació la suya y la colmó de nuevo. La cueva salvaje se había transfigurado. Por primera vez, Aquiles Monteagudo se sentía como cabalgando sobre el mundo, mostrándole sus sombras y manchas a ese cholo que, de habérsele presentado como un hombre taimado y despreciable, "un bicho de montaña", ahora se le descubría como un extremo verdaderamente complementario del mundo financiero internacional que conocía algo, por su trato con los hijos de magnates de todo origen y por sus "felizmente truncos" estudios de economía en Londres. Cabalgaba ahora en un ambiente de fantasía no inventada, sino que allí, en el silencio puro del bárbaro y milenario tambo andino, evocaba solamente, sin inventar, ordenando sus experiencias y recuerdos, la historia de su ruina de hijo único de un fabuloso hacendado del fabuloso Perú.

—¿No es la máxima aspiración suya acumular dinero con el menor gasto posible?

—Sí, señor.

—Ellos hacen lo mismo. ¿No es la máxima aspiración suya que el indio no progrese, que siga trabajando a cambio del consuelo del rezo y de las tierritas y ganadito, pocos, que usted les da y cuyos productos usted mismo les compra al precio que usted mismo fija?

—Sí, señor.

—Ellos, los consorcios, hacen lo mismo. La diferencia está en que usted reina, digamos, sobre unas trescientas familias y en unas veinte leguas cuadradas. Ellos lo hacen sobre millones de familias y en casi todas las naciones. Pero..., espere, amigo... Si en cada nación no encontraran gentes que, en pequeño, hacen lo mismo que ellos en grande, no podrían dominar tantos pueblos y pertenencias. Se entienden fácilmente con esas gentes y, juntos, se refuerzan para ganar más con los menores gastos.

—¿Es tan fácil?

—En el fondo, sí. En cada pueblo encuentran con quién entenderse, y sus gentes conocen todos los pueblos, hablan todos los idiomas.

—¿Y para mí?

—Acaso le designen algún vecino de San Pedro. Quizás "El Gálico".

—¡Qué asco, carajo!

—O un Brañes, o a lo mejor alguien de la capital de la provincia. Ustedes no verán a los altos jefes.

—Por lo que usted me dice son una... ¿Cómo dijo? Una cadena sin fin de cabezas, de diablos que no podemos ver, que no muestran la cara; de chupadores de riquezas que, cual araña maldita por Dios, tiene al mundo debajo de su panza y caga sobre el mismo pan que come. Ya le dije lo que en la ciudad hey visto. Han puesto la cabeza donde Dios puso los pies del humano. Y esos diablos de los que usted habla son, parece, lo más grande que hay en la ciudad; digo lo más grande en mando..., como yo en mis pertenencias...

—Sí; en ese sentido sí.

—Hay diferiencias entre mi padre y esos diablos, y más conmigo. Usted ha visto la Colt. Mi padre, no "El Gálico" apestoso, lo manejó para ganar las tierras. Y en buena ley las ganó a los aristócratas, especialmente a los que, como usted, no viven ya en sus haciendas. Descubrió escrituras falsas y haciéndose dar poder con las comunidades ganó pleitos. Después, dicho sea con perdón de Dios, les "compró" a las comunidades esas tierras en poco dinero y asustándolos con las autoridades, metiendo en el cepo y pateando a algunos alcaldes. Con su mano y su corazón lo hizo todo. Heredó, como a usted capaz le han dicho, un fundito pequeño: "Pumatinka", que en quechua quiere decir "presentimiento del puma". ¡Ahí está todo! Yo le contesto, joven. ¡Caray, gracias, Aquiles! No me'habiay dado cuenta que no era tan "cerrado" como dicen.

Se puso de pie.

—Regáleme otra copita y hágame el honor.

Monteagudo lo contemplaba indeciso y algo asombrado. Era evidente que esa "serpiente hinchada", "ese cholo inmundo", era y no era lo que de él se decía. Y tenía luz propia. ¡Increíble!

—Como le iba diciendo: en comparación parece que, de cierto, esas arañas y yo fuésemos iguales, como usted ha querido ver. ¡Yo hice desfilar a todos mis indios cuando iba a haber guerra con Colombia! Mi padre murió maldiciendo a Chile. Tengo patria; bandera peruana, aunque es verdad que hago llorar a los indios y les doy menos que a mis perros. Pero no es mi culpa. Eso viene de antiguo, de la voluntad de Dios, según todos los frailecitos que predican. Mi cuerpo es feo, tengo facha de cholo y joderé a los aristócratas que corrompen la costumbre y a los cholos que vienen de Lima con malas enseñanzas. ¡Lima! Si en menos de diez días no he visto allí sino todo al revés y a la gente pudriéndose en las barriadas, no viviendo siquiera al aire puro como mis indios... Bueno. ¡Qué tanta habladuría más! De una vez; ya es tarde. Que ese animal de mil cabezas, sin patas, y que tiene al mundo, según usted, a su mandar y para su provecho, aunque a mí no me han tocado, ni su sombra he visto. Su sombra ha de tener. Que se me acerque, yo no a él. Es peor que yo en todo. Le compro sus haciendas, joven. ¡Qué caray! El Bruno

no va a temblar pero va a tener sustos; va a ir a consultar a la tumba de su padre, va a hacer llamar a Rendón y a Carhuamayo. Va a haber revoltijo en su cabeza. "¡Parquiña!"; "Osk'o" es la yapa. Cuánto debe y cuánto quiere por esa hacienda.

—Debo cinco millones. Pido un millón.

—Lo vale. Si no fuera porque hemos conversado y usted me ha hecho valer sobre muchas cosas, yo le ofrecería cien mil. Porque la hipoteca da miedo, y la hacienda también... Quinientos indios en estos tiempos, tantas leguas de tierra, con los ladrones y maricones que son los que aceptan ser administradores... Pero, Aquiles, eres mi menor... Te voy a ofrecer con respeto, con respeto... No; de cierto... ¡Ochocientos mil soles al contado!

—Bien, don Adalberto. Me despediré de usted con respeto, el que no le tengo a Bruno Aragón y menos a Lucas Ramón de Manzuelos.

—De las mierdas... para decir lo cierto en momentos como ahora.

—Bien, don Adalberto. La cueva está oscureciendo...

—¡Afuera! Al notario, y don Adalberto "de" Cisneros y Chauca saldrá dueño de "Parquiña".

—Con todas las de la ley y la sincera gratitud de Monteagudo y Canaval.

—¡Salud, amigo Aquiles! Y ya no vuelva. Aquí parece un animalito de la parte más, más contra-natural de la ciudad que se dice. Se le ve... de otro modo. Levanta el poto para cabalgar, en animal de paso.

—Sí, señor Cisneros. En la ciudad verdadera, no en Lima, me siento en mi lugar. Lima es... entre un chiquero para bestias y un jardín para bestias peores.

—¡Cómo será entonces, de Judas, una ciudad verdadera! Adelante.

Dejó que saliera primero el joven. El caballo y la mula se habían asomado a la gran piedra. Estaban casi juntos. Cisneros enfrenó primero al alazán y luego a la mula.

—Han comido —dijo—. Tenemos ocho horas de andar vivo hasta la provincia. Yo voy por delante. Esta hora de la tardecita me luce bien, como a todo gordo.

No había viento; la paja no se ondulaba; permanecía quieta, con sus agujas alumbradas de costado por el sol casi poniente. Unos cactos anchos, sin altura, muy chatos y cubiertos de una especie de lana brillante, sobresalían a esa hora; se exhibían ante el resplandor que llegaba a ras de las cumbres; sus espinas transparentes apuntaban en todas las direcciones. El pájaro nocturno, el puku-puku, típico de la alta estepa, empezaba a inquietarse. La mula de Cisneros hizo correr a dos que desocuparon sus nidos. Cuando por la noche salen a cantar estos puku-pukus, sus nidos se van como helando,

mientras ellos emiten esa voz tristísima con la que el colono esclavo y todo hombre sufriente se compara en centenares de huaynos[1], porque el puku-puku canta de hora en hora, como un péndulo que midiera y ahondara la desolación, allí en el lugar donde es mayor que en ningún otro sitio del mundo: la estepa y las cumbres de los Andes peruanos, donde llegan, a la luz nocturna, palpitando, la superficie y la hondura de los ríos y de los mares de sangre (yawar mayu, yawar k'ocha) que guardan desde la primera lágrima humana hasta la última, y el llanto de los cóndores que fueron abandonados por sus parejas.

—He hecho correr a un puku-puku —dijo Cisneros, espoleando a su mula—. Va a cantar más temprano, más temprano todavía. Dicen que es triste su canto. Yo no lo siento.

[1] La canción más popular del Perú. Es de origen prehispánico.

CAPÍTULO VII

Llegó a oscuras el metal de plata, la resurrección de las minas en la legendaria San Pedro de Lahuaymarca.

—Tú no vas —le dijo don Bruno a Vicenta—. No eres aún mi mujer legítima.

—Claro, señor. Yo quedo en la hacienda.

—¡De patrona! Porque, eso sí, lo eres ya.

—¡Corramos, hijo! El potro te va a dejar. Sígueme de lejos —le dijo a su tercer mayordomo.

Don Bruno besó a la mestiza, delante de la servidumbre, bajó de dos saltos la escalera, montó al potro y lo espoleó. El animal se levantó en las patas traseras, dio, primero, unos pasos elegantes, braceando en el patio, y luego partió al galope. Así cruzó el gran portón de la casa-hacienda, que era como una residencia amurallada. Afuera del muro estaba el rancherío o caserío, donde residía la gente de servicio.

A don Bruno le acababa de decir su tercer mayordomo, que vigilaba día y noche a la madre de los Aragón, que había dejado a la señora, poco antes de la madrugada, en verdadera agonía; que ya tenía los ojos vidriosos y no reconocía ni a la *Kurku* ni movia el cuerpo.

Pudo, sin embargo, decir aún con voz como pronunciada por un fuelle todo horadado: "Matilde, Bruuuno". Lo oyeron el minero y su mujer, porque llegaron dos horas antes que el hijo menor, por la carretera y a pesar de que, como estaba convenido, el mayordomo de don Bruno partió cuatro horas antes a "La Providencia" que el empleado de Aparkora.

—¡Ha pronunciado tu nombre y el de Matilde! El mío, no —dijo don Fermín, cuando don Bruno entró al gran dormitorio de la casa, quitándose las espuelas en la puerta. Allí fue trasladada la señora cuando empezó a dar muestras de agonía, ocho días antes de su muerte.

Don Bruno estaba vestido de negro. La gente de la villa lo vio cruzar las calles al paso majestuoso del potro. Él no buscó ni con-

testó el saludo de los transeúntes. Iba mudo y con el semblante cadavérico. Pero no pudo dejar de mirar el grupito de arbustos de la plaza inmensa y pelada. "La vida y la muerte reciben y nacen de esos arbolitos que ni el sol y las heladas queman ni la lluvia los alimenta lo suficiente. Siempre sufren, como yo", dijo.

—Pronunció mi nombre y el de Matilde, porque ella es ángel y yo demonio —contestó a su hermano.

Se arrodilló junto a la cuja paterna, rezó largo rato, con la mano izquierda de la señora cerca de su boca. La besó tres veces y la sostuvo entre sus manos. La servidumbre había salido del dormitorio. Matilde y don Fermín contemplaban algo rendidos a don Bruno que parecía no darse cuenta de la deformidad "espantosa" de doña Rosario. "Ya no es rostro", decía ella. "Dios mío, ya no es rostro! Ningún ser vivo se vuelve tan horrible para morir." Porque la señora tenía los globos de los ojos, más que hinchados, inflados por dentro con un líquido morado; las venas de su rostro mostraban ese mismo color, tan intenso, que se destacaba sobre la piel que era una informe masa también morada. Bruno levantó esa mano izquierda que la *Kurku* había ya cruzado con la otra sobre el vientre abombado.

Cuando estaba rezando el hijo menor, la señora emitió un ronquido seco, y murió. Él siguió rezando.

Matilde reflexionaba junto a su marido, que permanecía de pie, en actitud firme y con el rostro inexpresivo: "Bruno es fanático, insoportable, pero cautivante, impuro y bueno. ¡Que no se me acerque! Ha besado esa mano". Pero cuando él volvió los ojos hacia ellos, no miró a su hermano, miró más lejos, y llamó con voz potente:

—¡*Kurku!* ¡Ven!

Entonces don Fermín descubrió que su hermano llevaba la vieja pistola al cinto, en un forro especial de nonato, no del material especializado. "Parece arma de indio, así como lo ha mandado forrar", pensó.

—¡*Kurku*! ¿No vienes?

Ella estaba muy atrás; la servidumbre y algunos vecinos que se habían agolpado en la sala, no la dejaban pasar. Don Bruno vio al loro esculpido en la puerta de la alacena empotrada. El pájaro amarillo se movía, como cuando él lo contemplaba en la infancia. "¡Háblame!", le dijo.

Pero la *Kurku* corrió hacia la cama, sin tener en cuenta a Matilde y su esposo.

—¡Arrodíllate aquí! —le ordenó en quechua don Bruno, tomándola de la mano—. A mi lado. Ahora repite.

—Sí, patrón.

—"Perdón, señora".

—"Perdón, señora".

—"Perdón, señor".

—"Perdón, señor".
—"Para el maldito".
—¡No! ¿Quién maldito? —preguntó ella.
—¡Para el maldito Bruno! —repitió el hacendado, con tal energía, que la *Kurku*, ya helada, pronunció:
—"Para el maldito Bruno".
—"Perdón, Padre mío Jesucristo".
—"Perdón, Padre mío Jesucristo".
—"Para el maldito Bruno".
—"Para el maldito Bruno".
—"Que se condene".
—¡No es su culpa! —gritó, sin moverse, la enana.
Seguía helada. Don Bruno se atrevió a mirarla. Sí; era criatura de Dios, verdadera criatura, con sus ojos, sus manos, su nariz y su cabello, su vientre, sus pechos. "¿Qué hay? ¡Sólo su joroba, su ser *kurku!* En lo demás es mejor, mejor que yo, madre mía."
A medida que él reflexionaba, contemplándola, el rostro de la Gertrudis iba deshelándose, bañándose de vida, de una especie de rubor. Inclinó la cabeza para mirar mejor a don Bruno. "¡Flor horrible, llena de dulzura!", clamó él. Cruzó las manos de la muerta sobre el pecho. Luego puso su brazo, delicadamente, en el hombro de la *Kurku*:
—"¡Misericordia, Señor!" —dijo.
Ella repitió la frase.
—"Que el alma de don Bruno se purifique con mi perdón".
Ella repitió más alto esta frase.
—"Que por un tiempo un cuchillo de hielo viva en su pecho, como martirio".
—"Un cuchillo de hielo en mi pecho. ¡Misericordia, Señor!" —dijo ella.
—¡San Gabriel: ésta es una mujer! —exclamó Matilde. Don Fermín la contuvo, apretándole el brazo.
—¡Vergonzoso; ridículo! —dijo—. ¡Ya lo están oyendo desde afuera, a este fanático, a este brujo! ¡Este hijo de la Inquisición! —pronunció las palabras con voz audible.
—¡Ten corazón! —le dijo Matilde.
Él enrojeció, pero volvió a tomar su posición de "firmes". "¡Después!", lo oyó murmurar su esposa.
—Sí, Gertrudis, tú también cuchillo de hielo en tu pecho. Pero tú para siempre. Yo ya no, ya no. Sólo por un tiempo, para expiar. ¡Anto! —gritó don Bruno.
El criado se acercó a la cama, despacio, con la cabellera revuelta.
—Pide por mí; tú solo —le dijo don Bruno.
—Yo al señor; ella, la *Kurku*, a la señora.
Don Bruno dudó.
—Bueno —dijo.

Anto habló en quechua.

—El gran señor don Andrés, ya todo, todo ha perdonado. Está tranquilo. Tú, padrecito, don Bruno, tienes hijito, por bendición de él. No vas a penar en los montes gritando, arrastrando cadenas...

La *Kurku* empezó a gemir.

—¿Cómo lo sabes, Anto? —preguntó el hacendado.

—El gran señor me habla; la gente habla. Bendición para ti, don Bruno. Ahora tú, Gertrudis, con valorcito, con tu corazón inocente, ruega.

—¡Yo no inocente! ¡Yo no inocente! ¡Mátame, don Fermín; tú que no tienes conciencia, patrón grande! —gritó la *Kurku*, y corrió hacia el minero.

Palideció Matilde; se aterrorizó.

Don Bruno sacó su vieja pistola; levantó el gatillo de uno de los cañones, y se dirigió paso a paso hacia la *Kurku*.

—¡Yo! Tengo la obligación —dijo—. Es mi obra.

Anto se arrodilló delante de la *Kurku*, protegiéndola.

—Tú, no, don Bruno —dijo en quechua—. Desde nacida es así. Hija del diablo. ¡*Kurku*! A mi cama ha ido, noche tras noche. Tentándome. Espera, don Bruno. Cualquierito de estos días, el demonio la va a arrastrar a su cueva.

—¡Basta! Guarda el arma, Bruno. Respeta a tu madre. Basta de comedias. ¡Respeta a tu madre! —pretendió ordenar don Fermín.

—¿Tú me dices eso, Fermín? Si no eres más que un cachaco[1] del infierno. No te arden los pecados. ¿Oíste a la Gertrudis?

—La voz de la lujuria.

—Puede ser. Pero ¿cómo sabe que tú no tienes conciencia?

—¡Caínes! ¡Silencio! —gritó uno, en la sala—. Respeten al muerto.

—¡Ah! La voz de "El Gálico" —dijo don Bruno en voz alta—. Aun así, obedezcámosle, porque es peor que nosotros. *K'atak'e*[2], desde los pelos hasta las uñas, lo liquidaré pronto. Perdóname, Matilde; soy de veras maldito. Pero "El Gálico" es hijo de la sífilis, signo de Satanás. ¡Adelante, don Fabricio! Hermano mayor.

Pero la sala se fue quedando vacía. No entró "El Gálico".

Casi en fila, quedaron únicamente los jefes de los servidores de ambos hermanos, en la puerta del dormitorio.

No hubo pésames. Los agentes de Cabrejos y el propio ingeniero habían logrado convencer a los vecinos que los Aragón ya no tenían poder, que habían perdido su grandeza. El juez y el subprefecto de la provincia les garantizaron que se cambiarían a las autoridades del distrito como a ellos les pareciera mejor, y que cualquier juicio que iniciara Fermín Aragón por las tierras de "La

[1] Nombre popular, despectivo, que se da a los policías.
[2] Amargo.

Esmeralda" se tramitaría de manera "especial"; que serían expedientes sin pies. El abogado de Aragón de Peralta les confesó, sin escrúpulos, que renunciaría a defender a don Fermín, y que este señor no encontraría ningún profesional que aceptara representarlo, porque los ocho abogados de la ciudad habían sido contratados a sueldo por Cabrejos.

Fue un entierro con indios el de la señora; asistieron todos los colonos y los comuneros. Pero antes de que partiera el cortejo se presentaron en la casa doña Adelaida y la señorita Asunta.

—Nosotras con ustedes —dijo doña Adelaida—, iremos hasta el fin.

—Cabrejos es criminal y ha corrompido a todos los vecinos. ¡A mi padre también! Acabará mal —dijo Asunta—. Dios los guarde.

Ambas estaban vestidas de negro, con largas mantillas.

Don Fermín le besó la mano a la viuda y se inclinó respetuosamente ante la señorita; don Bruno se quedó perplejo delante de Asunta y de la señora.

—Doña Adelaida. *Señora, señora*... ¡como ya no hay! Usted, Asunta... flor de Dios. ¡Toda respeto! —pudo decir—. ¡Toda respeto! —insistió—. ¡Flor de las alturas! Cabrejos es un gusano que tú aplastarás. Perdón. —Y tomó su sitio para arrastrar el duelo. Matilde las abrazó, y quedó reconfortada entre las dos mujeres de San Pedro.

Los *k'ollanas* cargaron el cajón de acero que don Fermín había hecho traer de Lima. El cura padecía de fiebre; así, envuelto en una frazada, fue a ponerle los santos óleos a la señora; pero no pudo oficiar el entierro. Sólo el sacristán, vestido con una túnica roja y capa blanca de hilo tejida a mano, llevó la cruz alta detrás de los *k'ollanas*.

Rendón Willka y Felipe Maywa encabezaron a los comuneros de San Pedro de Lahuaymarca; y Carhuamayo, Adrián K'oto y K'oyowasi a los colonos.

La multitud de indios marchó rezando por las calles y el campo, cuesta abajo, hacia el cementerio.

—Y a éstos ¿con qué plata los va a comprar el ingeniero? —preguntó la anciana mujer del alcalde De la Torre a su marido—. ¿Con qué plata va a comprar a tu hija y a doña Adelaida?

Ambos vieron pasar a la multitud desde la puerta de su casa. De la Torre se mostró en actitud despectiva, levantándose a ratos sobre la punta de los pies. Su esposa permaneció medio oculta, detrás de su marido y de la puerta.

—A los indios no hay necesidad de comprarlos. Para ellos el azote, la cárcel, o por último, la bala de los gendarmes. Mi hija se

casará con algún gran empleado de la mina, quizá con un ingeniero.

—¿Azote para Rendón e ingeniero asesino para tu hija? Estás más trastornado que Bruno; cogido por el demonio.

—¡Largo de aquí, vieja! Déjame gozar tranquilo viendo pasar el cadáver de mi enemigo.

—¡Santo cielo! ¿Qué te hizo doña Rosario, la pobrecita, mártir de su esposo y de sus hijos?

—¿Doña Rosario? Yo estoy viendo pasar el cadáver de los Aragón de Peralta, van marchando al panteón.

La señora se santiguó y fue a esconderse a la cocina.

—¡No entiendo! —exclamaba—. ¡Ya nada entiendo! Los indios... detrás de los Aragones y los vecinos con ese desconocido, con ese extranjero que mi hija dice que es asesino.

El platero Bellido, todo de negro, con traje de tela antigua de paño, iba junto a don Bruno. Después de haber cruzado la plaza, don Bruno se apoyó en el viejo y fornido artesano.

—Tú eres fuerte e inocente como el cielo. ¡Ayúdame, Acisclo! —le dijo.

—Sí, don Bruno. Los vecinos están extraviados. Han perdido el juicio, camino de su perdición, creo.

—Eso no importa, Acisclo. ¡Mi hermano!

Ya en el panteón, como no había un solo vecino en el cortejo, y el campo estaba lleno de indios trajeados de bayeta, sin sombrero, en orden, formando un círculo alrededor de la sepultura, don Bruno llamó a K'oto y a Maywa.

"¿Qué va a hacer este bestia?", se preguntó el minero. Decidió acercarse a su hermano y le dijo en voz alta:

—¡No más comedias, hermano!

—Los indios no hacen comedias. Yo no hago comedia. ¡Vivimos y morimos! Ya éste no es un entierro de señores, sino de indios. Así se hará. K'oto, Maywa, hermanos; aquí no hay vecinos, cántenle la despedida a mi madre.

Los dos viejos se miraron.

—Mujer canta despedida —dijo Maywa.

—Ahora no hay mujeres.

Volvieron a mirarse los dos indios.

—¿"Arañita negra" o "Gusano del río"? —preguntó en el silencio K'oto.

Eran los cantos más antiguos.

—"Gusano negro". ¡Por señora! —contestó Maywa.

Los dos viejos se cubrieron totalmente la cabeza con sus ponchos para entonar el harawi y no sólo la boca, como las mujeres.

Cantaron con voz altísima, un poco cascada. Algunos indios, los que estaban ocultos, lejos del sepulcro, se pusieron a llorar.

Yana kuru
maytan rinki
tumpallalla,
mana rimaspa
mana saykuspa
rupaypi.

Yana kuru
¡ah á á á á!...
munduk' churin,
sacha chakin,
mamallayta
upallalla,
mayu chimpaman
upallalla yanawayta,
apariykuy.

Manan kanñachu
¡ah á á á á!...
Manan kanñachu
k'an hina,
manay rimak'antu,
astaykullaykuy
mayu chimpa
mana watuyman
¡ah á á á á!...

Gusano negro
adónde vas,
tan lentamente,
en silencio,
sin cansarte,
bajo el fuego.

Gusano negro
¡ah á á á á!...
hijo del mundo,
pie del árbol;
a mi madre amada,
en silencio,
al otro lado del río,
muda flor negra,
llévatela, por favor.

Ya no es
¡ah á á á á!...
Ya no está,
como tú;
sombra que no habla,
¡llévatela!
al otro lado del río,
que nadie conoce
¡ah á á á á!...

Asunta lloraba en silencio. Su mantilla no la pudo proteger bien, porque las lágrimas avanzaron hasta el pecho. Tenía el cuello muy ceñido por una blusa negra.

Por primera vez los comuneros oyeron a dos hombres, y ancianos, entonar un harawi de despedida a un muerto. Los dos viejos retrocedieron a los tiempos en que fueron *k'ollanas* y cantaron en falsete. La roja montaña Apukintu se entristeció visiblemente con ese himno; se balanceaba delante de los hombres que tenían los ojos empañados por las lágrimas.

Don Bruno se arrodilló y fue siguiendo el canto; en lo profundo repetía los versos, como un eco de los ancianos. Cuando se callaron, se levantó, y dijo solemnemente, en quechua:

—Alcalde Maywa, alcalde capataz Rendón, cabecilla K'oto: doña Rosario Iturbide de Aragón de Peralta ya no es, desde este instante, gran señora; es hija de comuneros, comunera muerta, del ayllu de Lahuaymarca; ustedes la han enterrado; se la han llevado.

Con un gesto enérgico hizo callar a su hermano que pretendió hablar, y le alcanzó la pala a don Felipe Maywa Ayalark'a, mayor alcalde de la comunidad.

Don Felipe lanzó tres paladas de tierra sobre el cajón de acero que apenas sonó al recibir los golpes. Maywa le alcanzó la pala a Rendón, éste a K'oto y K'oto al anciano K'oyawasi. Luego esperaron una nueva orden de don Bruno.

—Los *k'ollanas* —dijo.

Los jóvenes más fuertes de Lahuaymarca y de "La Providencia" llenaron con cuatro palas el sepulcro. Formaron cuidadosamente un cúmulo alargado de tierra, y se quedaron de pie, sudando, en las cuatro esquinas de la sepultura. Cambió el silencio, y pudo oírse, cristalinamente, un lejano coro de jilgueros que buscaban, con gran trabajo, algo que comer entre los arbustos resecos.

Don Fermín llamó a Camargo. Éste se presentó delante del minero con una larga y angosta caja negra. Don Fermín la abrió y sacó del estuche una cruz de acero. Matilde miró implorativamente a su cuñado.

—Nada tenemos que hacer nosotros —dijo éste.

Dio unos pasos hacia su hermano y le pidió la cruz. Don Fermín se la entregó. Ya ningún sentimiento se reflejaba en su rostro; se había vuelto "impersonal", Matilde sintió que algo le hería los ojos. "¿Como Cabrejos? ¿Está igual que Cabrejos?", se preguntó. "No —pensó luego—. Tiene que controlarse. Se hace el muerto. No le queda otra cosa."

El hacendado dudó un instante con la cruz en la mano.

—Tú —dijo resueltamente, siempre en quechua, dirigiéndose a Rendón—. Tú que has podido volver sano del infierno. ¡Pon la cruz! Eres el jefe.

Rendón Willka besó la cruz; apisonó en el centro mismo de la sepultura la tierra del cúmulo, y clavó la cruz. Luego dijo, en tono de rezo, en quechua, y con voz fuerte:

"Señora madre doña Rosario, de Lahuaymarca. Tú que has sufrido en otro lado que tus hermanos, que el gran patrón don Bruno te ha dado después que has muerto, habla por nosotros a Dios. Tú mejor lo conoces que tus hermanos ignorantes. Nosotros te daremos alcance, y si sigues sufriendo por orden de Dios, te alcanzaremos para salvarte. Te llevaremos adonde nuestros muertos trabajan. Espera tranquila, doña Rosario de Lahuaymarca. . .

Los indios oyeron entre asombrados, incrédulos y felices, esta despedida. Se quedaron todos en el panteón, mientras los ex deudos se marchaban. Los alcaldes y cabecillas acompañaron a los hermanos y a sus sirvientes hasta la puerta. Volvieron en seguida.

—Eres teatral, Bruno. Empiezo a dudar de ti. Acaso todo lo que haces es por representar, por exhibirte, por vivir en función de los demás —le dijo don Fermín, a pocos metros de la reja de madera del cementerio—. Yo pensaba llevarme a mi madre a Lima.

—Ya no podrás. Puede ser cierto cuanto dices de mí. Quizá los otros ven mejor en nosotros la verdad de lo que somos. Yo te veo

cada vez diferente. ¿Hacia dónde cambias? ¿Qué horrores haremos aún en nuestra vida? Tengo cada vez más miedo de ti, y tú de mí. Pero he librado a mi madre. Desde que fue enterrada ya nada tiene que hacer con nosotros. Pertenece a los indios.

—Según tú. Para mí sigue siendo mi madre. Yo no acepto ni respeto la comedia que has dirigido.

—Cierto. Pero, ¡intenta quitar ese muerto a los indios! Procura hacerlo, si te atreves. No tuviste valor para oponerte y no lo tendrás para profanar una tumba a la medianoche. He librado a nuestra madre de nuestros crímenes futuros. ¡Agradéceme, Fermín!

—Patrón —se decidió a hablar Bellido; avanzó para formar fila con los Aragón—, don Bruno creo ha hecho bien. ¿No ve usted, don Fermín, a San Pedro? Todos se han vendido. "El Gálico", el De la Torre, el rotoso Brañes, ¿qué no serían o serán capaces de hacer, ahora que ya no tienen conciencia?

Don Fermín sonrió, con tanto desprecio, que Bellido no siguió hablando. Entonces concluyó la señorita Asunta.

—Esos vendidos... mi padre también, respetan la ley para los muertos. No podrán maldecir más a doña Rosario. ¡La olvidarán! Ahora es india.

—Señorita —contestó don Fermín—, conozco el mundo mejor que usted y mi hermano; he viajado. A los sirvientes de Cabrejos y, más aún a Cabrejos, no les preocupan los muertos. Convertir a los competidores en muertos es lo que anhelan. Ya cadáveres, los llevan al cementerio entre cánticos, responsos y flores. ¡Hasta los elogian! Y después los olvidan.

—Sí, Fermín —intervino doña Adelaida—. Pero si aquí se respeta la separación de muertos, entre señores e indios, Bruno ha hecho bien en entregar a tu madre a los indios. Los vendidos quizá entiendan el significado de este acto.

—Se reirán.

—Don Fermín: lo que pasa es que usted también ya no es un sampedrino, como nosotros —volvió a hablar Asunta—. Desprecia nuestras costumbres, o no les da importancia...

Subían la cuesta; el sol crepuscular doraba todas las cosas, aun el cuerpo negro de los gavilanes, cuyas plumas brillaban en el cielo; doraba las ramas secas de los arbustos que, así agonizantes, se encendían a esa hora, como si la luz que brotaba de ellas no fuera del sol, sino de sus propios tallos sin sangre, lustrosos o grises ya de podredumbre. Asunta hablaba cada vez con más energía.

—El asesino ése, con traza de extranjero, se reirá; quizá mi padre haga como que se ríe, pero le juro que en lo que le queda de conciencia se revolcará de vergüenza. ¡No había un solo vecino en el entierro de la gran señora, ni un solo vecino, aparte del platero Bellido, noble sampedrino!... ¿Y qué hizo el hijo más creyente, más sampedrino de doña Rosario, que a nadie hizo daño? ¡Entregó a su

madre muerta a los indios! Ellos; Rendón ha dicho que si Dios sigue martirizando el alma de la señora, ellos, los indios, se la llevarán adonde sus muertos trabajan; a la cumbre del nevado K'orupuna donde construyen una fortaleza que no termina nunca. Mi padre irá a rezar cien veces para que el Señor lo perdone por este pecado horrendo. "El Gálico", tan bravucón, se asustará. Todas las señoras llorarán esta noche, toda la noche. La gran señora doña Rosario Iturbide de Aragón de Peralta entregada a los indios, ¡a los indios que ellos desprecian tanto! Y por haberla abandonado los vecinos. ¿Por cuánto? ¿Quinientos soles cada uno? Gregorio depositó en mi puerta como ante un altar, y pidiéndome perdón, seis mil soles que el asesino le pagó por su vida. ¡Lluvia de ceniza cae sobre San Pedro de Lahuaymarca! Despierte usted también, don Fermín; recuerde su infancia; no seque su corazón. El dinero hace daño. Mi padre ha de llorar de vergüenza...

—¡Asunta, flor de los cielos; tu alma se parece a este sol que está purificando al mundo! ¡Asunta, gracias por haberme despreciado! ¡Ahí está tu pureza!...

—Pero ya no podré llevar a mi madre a Lima; no podré arrodillarme ante su tumba —interrumpió don Fermín.

—Tú sí eres comediante, hermano. Hace mucho tiempo que no necesitas arrodillarte ante nada. ¿Lo hiciste ante el cadáver de mi madre, mientras o después que yo le pedía perdón? Sólo la impaciencia te quemaba el corazón, y para dominarla permaneciste como un soldado.

—¡Como un señor! Los señores no deben gemiquear.

—Paz, tranquilidad. ¡Que no haya rabia ahora, señores patrones! Somos como Dios ha querido, cada uno de otro modo. Otro día, patrones, aclaren lo que es menester, pero buscando no, pues, la rabia, sino el bien —dijo el platero.

—¡Tienes razón, Bellido! —afirmó doña Adelaida—. Yo estoy confundida. Ustedes, señores, me han hecho caer en la oscuridad. Tengan piedad de esta anciana que los ha acompañado. Creo, Santo Dios, que en nuestras sangres hay como pólvora. Doña Rosario es hija de Dios; que ella haga evaporar ese infierno que no sé por qué, ustedes, los Aragones de hoy, tienen. Perdonen a esta anciana.

—¡Señora, perdónelos usted!

Y Matilde la besó en las manos.

—¡Es la carretera! No es Fermín. Por la Santa Virgen, felizmente voy a morir. ¡Qué castigos no le caerán a ese maldito Cabrejos!

—Señora, él sólo es un agente, el piojo de un monstruo... —contestó don Fermín.

—¡Ah! Dios ha tenido piedad de mí. No conozco a esos hijos del demonio. Recemos en silencio. Está cayendo la tarde. Ya no hablemos. Tú, Fermín, te afanaste en traernos a esos piojos.

Cuando llegaron a la plaza, tocaron el Ángelus. Estaba vacía;

no vieron arrodillarse a nadie. Don Fermín tuvo que poner una rodilla en la tierra y rezar.

Pero no bien concluyó el sacristán de tocar el Ángelus, esperó sólo el tiempo que dura repetir un Padrenuestro, y empezó a doblar las campanas con la melodía con que se anunciaba la muerte de un indio de jerarquía. Era más triste este doblar; se insistía en la voz de la campana pequeña; el viejo sacristán la hacía gemir con intensidad que nadie podía explicar ni repetir. El manto rojo del Apukintu se ensombrecía; los débiles arbustos de la plaza temblaban, a pesar que no se sentía el viento. Los vecinos salieron a las calles; se preguntaban; se dirigieron a la plaza. Doña Adelaida y Asunta se despidieron de los hermanos, y cada una tomaron direcciones opuestas. Ya don Ricardo de la Torre conversaba con "El Gálico".

Matilde tomó del brazo a su esposo y a don Bruno; seguidos por sus mayordomos se encaminaron hacia la casa señorial. "¡Qué campanas más tristes! ¡Cómo empapan al mundo en su tristeza!", decía ella. Se detuvieron; porque como en los tiempos de la niñez del viejo Aragón, el sacristán hizo una bocina con las manos y empezó a pregonar desde la torre, en quechua:

"La gran señora, doña Rosario Iturbide de Aragón de Peralta, que en paz descansa bajo la tierra, ha sido entregada por sus hijos a la comunidad de Lahuaymarca. Ella, como las campanas lo han anunciado, es ya muerta india, no gran señora. Los indios están bebiendo en este momento la copa de la despedida. Ningún vecino podrá arrodillarse ante su tumba. Que un lirio brote de ella y suba hasta los cielos. He pregonado, como Arariwa, por orden del alcalde mayor del Común, don Felipe Maywa. En el nombre de Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo."

—¡No! —dijo casi gritando el alcalde De la Torre—. Es una ofensa a los vecinos, una ofensa...

Su esposa gritó más fuerte:

—Obra tuya, de "El Gálico", de todos ustedes, corrompidos sin casta, sin conciencia.

Y se retiró paso a paso.

"El Gálico" estaba en el grupo, y Brañes, Pancorvo, los García, los Montes de Bedriñana...

—Hemos procedido mal, y ya no tiene remedio. ¡Adiós, señores! —dijo el alcalde y se marchó. Los otros se fueron dispersando desconcertadamente, mientras el sacristán inició el último doblar de la campana, el "K'epa wak'ay" (llanto final).

Los Aragón alcanzaron a oír casi toda la imprecación de la señora De la Torre y, como iban alejándose del grupo, escucharon palabras sueltas del alcalde y algo de lo que dijo "El Gálico": "Antiguallas... no importa..."

Ya en la casa, los servidores se quedaron en el corredor de la calle, excepto Anto, que ingresó hasta el corredor del patio. La *Kurku*

estaba encerrada, por Anto, en la pequeña habitación-costurero en que durante varios años durmió la señora.

Los tres señores pasaron a la sala muy grande; casi vacía, después del reparto popular de la herencia de don Andrés. El hacendado había hecho llevar de "La Providencia" seis sillas de Viena que fueron colocadas cerca de la puerta del dormitorio, formando ángulo, en una de las esquinas. Allí se sentaron los tres.

—Bruno —dijo el minero—, tú has ordenado y dispuesto todo en el entierro de nuestra madre; yo he tomado resoluciones con respecto a Anto y Gertrudis.

—Anto tiene ya lo suyo. Nuestro padre le dejó un cerco de maíz en "La Esmeralda". Tú puedes disponer de Gertrudis.

—No, Bruno. Hay una lucha a muerte por "La Esmeralda" entre Cabrejos y yo. La cesión de ese cerco a Antonino fue verbal.

—¿Cuál es la diferencia?

Matilde ocupaba una silla entre ambos hermanos. Anto entró a la sala, en ese instante, con una lámpara de gas; la puso en una repisa que él mismo había hecho con la madera de un cajón que guardaba en su cuarto, al otro lado del patio, junto a la cocina. La fuerte luz hizo resaltar las flores del empapelado e impuso un más largo intervalo a la respuesta del minero.

—La diferencia... Que Anto no tiene derecho legal.

—¿A la tierra de mi padre que mi padre le dio y que ya ha sembrado, y cosechado cantando?

—Sí, Bruno. Pero, legalmente, la tierra era mía, como Apark'ora es mía y "La Providencia" tuya. Nuestro padre podía darla en usufructo, con mi tolerancia, pero no legarla.

—No entiendo. Yo no entiendo. Martirizamos a nuestros padres durante toda su ancianidad; Anto fue su único servidor, hijo, padre y hermano. Arráncale, ahora, delante de Matilde y yo, esa tierra; será como ir jalándole las venas por la boca. ¡Hazlo!

Matilde iba a hablar.

—¡Anto! —llamó don Fermín.

El criado entró, respetuosamente. Ya sabemos que algo tenía de raro. No le tentaban las mujeres; pero desde que se sintió dueño de una de las mejores parcelas de "La Esmeralda", donde ni indios ni mestizos poseían nada, decidió tomar esposa legítima. Había cumplido cuarenta años; daba la impresión de ser torpe de cuerpo y de entendimiento; pero sólo a la vista; en verdad era ágil, reflexionaba y entendía razones. La *Kurku* lo consideraba un *wachok'* o *wariso*, hombre que no fornica y si lo hace no fecunda. Lo despreciaba. Seguía vibrando en su cuerpo la violencia con que la desfloró don Bruno, sin que ella se defendiera.

—Te voy a cambiar "Pauk'ar-pata" por "Sullakancha", dos vacas y treinta carneros más —continuó don Fermín, dirigiéndose al criado, que permanecía de pie, frente a los tres señores—. Me vas

a pagar doce mil soles en diez años; mil doscientos al año, cien soles cada mes. Serás el más rico comunero de Lahuaymarca. ¿Qué dices?

—Lahuaymarca frío, patrón. Ya he hecho arar "Pauk'ar-pata" [1]. "Pauk'ar-pata" lindo.

—Con "Sullakancha" serás alcalde del Común de Lahuaymarca. Serás respetado; tendrás ganancias; unos diez o doce mil al año.

—¿Para qué alcalde, patrón? ¿Para qué miles? "Pauk'ar-pata" lindo. El gran señor me dijo: "Anto: maíz grande en «Pauk'ar-pata». Para ti es. ¡Siembra este año! Dos años ya he sembrado. «Sullakancha» es frío. El perro es lanudo allí".

—Escucha, Anto —don Fermín le habló en quechua—. "Pauk'ar-pata" no era ya de mi padre cuando él te dio esa tierra para sembrar. Como era la mejor, mi padre me pidió que no entrara allí. Ya estaba mal de la cabeza. Casi diez años estuvo descansando "Pauk'ar-pata".

—Yo, patrón, hice trabajar a cinco comuneros para arrancar el marco, la retama, la mala yerba. Con más de media cosecha les pagué.

—Sí. Pero entiende. Esa chacra no era de mi padre. Era de mí. Tú has sembrado dos años...

—Un eucalipto también, para que sea seña de mi casa. Más grande que el de don Brañes va a crecer.

—Oye, Anto: escucha a tu patrón sin interrumpir. "Pauk'ar-pata" no era de mi padre; era de mí. Ahora que mi madre ha muerto, tú te vas a ir a "Sullakancha" a ser dueño verdadero.

—Mi patrón ha muerto —contestó, siempre en quechua, Anto. Irguió su cuerpo, lo despertó; sus ojos clarearon y no sólo sostuvieron la imperiosa mirada, algo tambaleante, del minero, sino que la desafiaron. Don Bruno quedó perplejo y Matilde entusiasmada.

—Mi patrón el gran señor, ha muerto ya. No hay más patrones para mí. ("La reacción de este idiota puede ser obra de Rendón", pensaba el minero, mientras se vio obligado a oír a Anto.) En diez años, señor don Fermín, ¿usted me ha pagado por servir al gran señor? Sus hijos le quitaron sus bienes; a él le dejaron poquito. Aquí estoy con el pantalón remendado por mí, como la pobre *Kurku* también huele a grasa y su ropa está triste, no como de servicio de gran señora. "Pauk'ar-pata" he sembrado. Usted, señor, no me ha quitado. Usted no va ser condenado para quitarme cuando ahorita hemos enterrado a la gran señora. Yo soy dueño. Diez años he trabajado, he cuidado...

—¡Basta, imbécil! —gritó en castellano don Fermín. Anto entendía español bien—. Te quedarás sin nada. Ni "Pauk'ar-pata" ni "Sullakancha". Te dejaré sólo a la *Kurku*.

Anto se echó a reír en lugar de atemorizarse. El minero sacó su pistola. Matilde no se atrevió a intervenir. Don Bruno ya no refle-

[1] Ande de colores.

xionaba; estaba pendiente de la actitud, de las palabras, de la nueva alma, recién aparecida en ese cuerpo torpe de Anto, en esa cara tan poco lúcida y varonil, hasta hacía sólo unos minutos.

—¡Echa tu balita, señor! Aquí —y se señaló la frente, hablando en castellano— o aquí —y se llevó la mano sobre el corazón.

Don Fermín estiró el brazo.

—¡Echa tu balita, no más! En mi frente está el gran señor don Andrés; en mi pecho está, igual, el viejo patrón. Condenado come, mata dos veces a su padre. ¡Echa tu balita!

Y Anto dio un paso adelante, con el rostro iluminado, casi feliz; sonriendo no como enajenado, sino como un hombre que va al encuentro de su solución.

—¡No, Anto! —gritó el minero—. ¡Eres el hombre más resucitado que he conocido! El único que me inspira respeto. Dos toros aradores te daré, y una vaca más, para que siembres toda tu vida la mejor tierra de "La Esmeralda". Te daré ese ganado, que es casi lo último que me queda. Y un papel, una escritura pública, que te hará dueño legal de "Pauk'ar-pata", con su eucalipto que has plantado. Anto: prométeme sólo una cosa.

—Mande, señor.

—Que ese eucalipto crezca hasta ser más alto que el de "Cedropampa" del traidor Brañes. ¡Jura!

—Por el gran señor. Por el padre Apukintu. ¡Así será!

—Ahora nos vamos, Matilde. Ya no te necesito, Anto; no sé si mi hermano...

El criado miró dulcemente a don Bruno.

—No pueden irse aún. Esperen —dijo don Bruno—. Anto —y continuó mirando al criado—, diez colonos de "La Providencia" te voy a mandar para que te ayuden a levantar tu casa en "Pauk'arpata". La *Kurku* se va a Lahuaymarca, a casa del alcalde mayor Felipe Maywa. Va a barrer y cuidar la capilla. Agradece a mi hermano por los toros y la vaca, no por la tierra. Se te da en pago de tu trabajo de diez años. ¿Te das cuenta, Anto? Ya eres vecino. Don Antonino López K'encho, vecino propietario de la antigua villa de señores, San Pedro de Lahuaymarca.

—Yo, indio, siempre. Hablo castellano. Brañes, "Gálico", De la Torre... no abusarán de Anto. El gran señor don Fermín, el gran señor don Bruno no quitarán su sombra al Antonino; acompañando, pues, en el sufrir; en el tomar veneno, al gran señor viejo.

—Bien —dijo don Fermín—. ¿Qué falta?

—La casa... Propongo cederla para la escuela...

—¿Tú, Bruno?

—Es un zurriagazo en la cara de estos vecinos traidores, calatos [1].

[1] Desnudos, miserables.

—¡Tienes razón! Concedido. Haremos la escritura. Será el más grande local de la provincia. Yo lo equiparé con el material y muebles de último modelo. Se llamará "Escuela Rosario, para indios y señores".

—Exacto. Eso es todo, Fermín; puedes irte. Que Matilde perdone las lóbregas experiencias de este funeral sampedrino.

Matilde se levantó.

—Bruno —le dijo a su cuñado—. Permíteme que te dé un abrazo. He sufrido; pero creo que no conocía nada del mundo. Hoy ha sido el día en que he visto más luz sobre las conciencias.

Lo abrazó delicada y temerosamente, sin aproximar su cuerpo al del hacendado.

—No te olvidaré, cuñada. Esa luz de tus ojos proyéctala sobre mi hermano. Él es más duro por haber escogido las minas. Y el alma no tiene límites, hermanita; cuanto más la alumbras, más crece. Ya viste, Anto... Pero la mujer sabe detener la tiniebla en el corazón del hombre que empieza a descarriarse; le da frescura hasta mitigar el furor. Tú eres mujer. No te dejes convertir en negociante, para que puedas auxiliarlo a Fermín. ¿No ves? Ya está impaciente. Y eso que tiene automóvil. Yo tengo que bajar a mi hacienda en el potro. ¡Adiós!

—¡Adiós, hermano! —contestó don Fermín—. Suprimiré la fiesta que hemos preparado para el día en que lleguemos a la veta. Se guardarán ocho días de luto...

—Un pedido, Fermín.

—Sí.

—Dirás que es ridículo; pero Aparkora está en San Pedro; sobre la puerta principal de tu residencia pon la cruz negra de tela sólo por ocho días.

—¡Lo haremos! —contestó Matilde.

—Pero... Bruno. Te olvidas. Ella ya no es nuestra madre... la entregaste a los comuneros.

—Los negocios te cierran la mente para las costumbres de tu pueblo. Después de muerta ha pasado a la casta de los indios; pero fue nuestra madre. La formalidad no borra, pues, la vida. Concluido el luto ella será lahuaymarca; mientras tanto, sigue siendo, desde su tumba de india, madre de los Aragón de Peralta.

—Bien, Bruno. Ya lo dijo Matilde. Colocaremos la cruz negra en las puertas de todas las oficinas de la mina, en mi residencia y la boca-mina. Los comuneros pondrán otra en la puerta de su choza. El parentesco con ellos durará, según la costumbre, el tiempo que dure el luto. Yo lo guardaré un mes. Y tú, el año completo. ¿De acuerdo?

—Sí. Yo esperaré ahora, aquí, a los comuneros. Mis colonos marcharán de frente a la mina para trabajar mañana. Los lahuaymarca

deben guardar un día de descanso; pero enviaré a Rendón, a Justo Pariona y a los otros *k'ollanas* maestros.

—Gracias, Bruno. Los necesitamos. Especialmente a Demetrio.

Don Bruno acompañó a su hermano hasta la puerta de la casa. Allí esperaba el chofer en un automóvil Ford negro. Camargo estaba sentado junto al chofer. Anto se inclinó ante los señores en la puerta de la sala. Su cuerpo tenía ya el mismo aspecto de antes, humilde y un poco lerdo, pero no sus ojos; ellos seguían más claros, libres de la especie de ofuscación de todos los tiempos en que fue criado.

A pesar de sus inquietudes, don Bruno murmuró, al ver partir el automóvil, bamboleándose, en la desigual calzada:

"Esa máquina es para trasero de ociosos. Allí adentro se aislan, se vuelven blandengues, egoístas, perversos. Pierden el alma. El potro es vivo, como el río, más que el viento. Nos da su alegría o su cansancio. Nos carga y acompaña. ¡Maldito sea el fierro!"

Don Fermín hizo detener el coche frente a la tienda de Asunta. La plaza, a oscuras, seguía completamente despoblada.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Matilde.

—Algo importante. Baja. Ésta es la tienda de la señorita Asunta. Hay luz adentro. No ha abierto su negocio, por respeto a mi madre. Vamos a agradecerle su compañía.

—Me halaga que seas gentil y grato, Fermín, porque no siempre te muestras así con los pobres.

—Asunta no es pobre. Es grande.

Tocaron la puerta.

—No se abre —contestó la joven—. Duelo por la señora Rosario —y esta frase la dijo con especial energía.

—Somos Aragón de Peralta —dijo Matilde.

No; ella no se había puesto un traje de "dentro de casa" como supuso Matilde y más don Fermín. Seguía aún con su vestido de tela fina de luto.

—¡Apena este lamparín de kerosene, señores! Y estas banquitas —dijo ella, lamentándose, pero sin inquietud—. Siéntese, señora, un instante. Usted, don Fermín. . .

—Asunta —contestó el minero, cuando Matilde se hubo sentado—, hemos venido a expresarle nuestra gratitud y admiración. He sentido en usted la grandeza y el temple que tuvieron los caballeros de esta villa en los tiempos en que fue capital digna. Yo, Asunta, humildemente quiero hacerle un ruego.

—Ha de ser de caballero.

—Así es. Pero usted no puede acceder sino procediendo con la más grande indulgencia, para mi esposa y para mí.

Matilde no sabía nada, y sentía más curiosidad e interés por Asunta.

—Don Fermín: yo soy una humilde tendera que no ha olvidado

su apellido ni ha olvidado a Dios. Usted me hablará, pues, me está hablando, como a quien soy.

En cuanto ella acabó de pronunciar esas palabras se escuchó un coro, un profundo murmullo humano. Los centenares de indios entraban a la plaza, rezando en quechua.

—Ese coro me acompaña, Asunta.

Se agachó ante su esposa y le desprendió una pequeña joya de oro con un brillante, la única que Matilde llevaba en el pecho.

—Asunta, por amor a San Pedro, por piedad a los Aragón, a quienes tanto nos odian, en memoria de mi madre, le ruego aceptar este pequeño broche que fue de mi abuela paterna.

—¡No! —dijo ella, al ver la joya cuyo brillante despedía rayos de luz—. No, don Fermín.

—¿Por qué no, Asunta? ¿Por qué ha de desairarnos? —preguntó Matilde.

Le pidió el broche a su marido y ella lo prendió en la blusa de la joven, con verdadera expresión de rendimiento y amistad.

—Señora. A usted... ¡Se la acepto! ¡Se lo agradezco!

Matilde adivinó el sentido de una leve sombra de temor que le pareció percibir en la expresión de sorpresa de la joven. Abrió su cartera; de un pequeño bolso sacó una fina tarjeta y escribió bajo su nombre: "A Asunta de la Torre, con admiración y gratitud, mi pequeño broche con un brillante".

—Para que el recuerdo sea completo —dijo.

Asunta quedó sin decidirse a hablar durante un largo instante.

—Sí, señora. Entre esta corrupción que ha empezado, que sólo Dios sabe adónde llegará, su tarjeta me hace el honor.

—Gracias, Asunta —dijo el minero—. Ahora nos vamos. Obséquieme una cajetilla de cigarros Presidente. Yo no fumo rubios.

Ella sonrió y le alcanzó la cajetilla. Don Fermín prendió un cigarro, y los esposos Aragón se despidieron.

La plaza oscura mostraba una mancha blancuzca frente a la iglesia. La mancha se movilizó cuando el automóvil del minero arrancó calle abajo.

Antes de que Matilde le hablara, porque ella se arrimó a su esposo, abrazándolo, y le besó en la mejilla, don Fermín dijo:

—He enfilado a dos enemigos implacables de Cabrejos: Asunta y el criado de mi padre. A Anto le daré una buena pistola y lo entrenaré; matará a unos cuantos antes de que metan caterpilares a "Pauk'ar-pata"; el alfiler del prendedor no hará sino acerar mejor el desprecio y el odio de Asunta por Cabrejos...

—Entonces...

—Sí, Matilde; Cabrejos volverá. Yo estoy rodeado, bloqueado por todas partes. No podremos vivir en la mina sino unos meses y jamás dirigiré la empresa. Pero haré que la casa que construya Anto

tenga un fuerte muro de piedras. Si me trituran y acorralan, ¿de qué modo disparo sobre los hombres del Consorcio?

—Pero matarán al criado.

—No habrá otra forma de quitarle su tierra. Ya lo viste. Además, yo lo prepararé. Pero Asunta... Asunta es de una casta mayor aún...

—De tal manera, Fermín, ¿que no fue admiración ni obsequio al criado? ¿Menos admiración y obsequio todavía el que ofreciste a la señorita De la Torre?

—¿Por qué había de obsequiarles nada, querida? Soy un hombre de negocios. Apunté con la pistola a Anto para medir su grado de resistencia. Habría sido insensato pretender quitarle la tierra con ese método. A la señorita De la Torre la hemos estimulado. Y, naturalmente, nos ha costado más. Unos seis o siete mil soles; algo más que la ofrenda de Gregorio Altamirano.

Matilde se acomodó en el asiento del coche, como para un viaje muy largo.

—Gregorio no le ofrendó dinero, sino la vida.

—Y esa sangre pesa sobre Cabrejos; me ayuda.

—Así es, Fermín. Voy a descansar. Siento fatiga.

—Descansa, amor. Yo estoy algo fortalecido. Tengo excesiva vigilia en este instante. Voy a pensar... He trabajado bien.

Don Felipe Maywa, como alcalde de Lahuaymarca, tuvo que invitar una copa de cañazo en la puerta del cementerio, a todos los indios. Rendón hizo valer su jerarquía de alcalde-capataz de todos los indios para obligar a Maywa que aceptara el pago de los gastos, a medias.

Hicieron traer dos odres de cañazo y diez copitas de asa. La libación funeraria duró más de una hora. Los regidores cargaron los odres vacíos, hacia el pueblo. Subieron rezando el Credo en quechua. Al llegar a la plaza, don Felipe cambió a la Salve y luego al Padrenuestro, frente a la iglesia. Era ya de noche. El coro se difundió por todo el pueblo vacío, porque los vecinos prohibieron a sus hijos que salieran a la calle y ellos se quedaron encerrados en sus casas. Únicamente Clodo Gallegos, el antiguo amigo escolar de Demetrio, fue a la plaza. Era seis años menor que Rendón, pero había llegado a la mayoría de edad y era jefe de hogar. Su padre había muerto.

Clodo alcanzó a Rendón en la puerta de la iglesia. Se arrodilló junto al capataz y siguió el rezo en quechua. Uno de los regidores logró armar una especie de lámpara con dos velas y un cartón; la puso sobre la cabeza de uno de los ángeles de la fachada barroca del templo. La amarillenta luz se agitaba hacia arriba; borraba e ilumi-

naba las figuras de aves, frutos y ángeles de la fachada encalada.

—Los colonos regresarán a Apark'ora con cabecilla K'oyowasi; lahuaymarcas con el *k'ollana* Justo Pariona. Los cabezas varayok' vamos a saludar a don Bruno —dijo Rendón Willka, desde el dintel de la puerta, cerca de las velas—. ¡Marchando!

Se movilizaron. A media plaza, el viejo K'oyawasi empezó a cantar el "K'ocha K'oyllur" (Estrella del mar), himno a la Virgen. Los quinientos colonos y los lahuaymarcas contestaban en coro, estrofa por estrofa. Ya a la vuelta de la esquina muchos colonos lloraban en la oscuridad, y tropezaban.

—¿Por qué? ¿Por qué lloran? —preguntó casi furioso Justo Pariona a uno de los indios. No le contestó.

Los colonos fueron contagiándose. En el Kacharpari-pata, junto a la casa de Bellido, gemían casi todos. Ya no mantenían orden en el coro. K'oyowasi entonaba con voz muy delgada cada estrofa del tierno y tristísimo himno, sin llorar, marchando con firmeza, tanteando el camino; su gente repetía otras estrofas, o simples versos; se ahogaban; se detenían un instante, como para pensar o concentrarse en su sufrimiento. Los comuneros libres fueron rodeados por los hombres a quienes las lágrimas no les permitían caminar en orden ni al mismo paso. En medio del llanto que se desencadenaba, que crecía en el desorden con que cada quien se desahogaba, eligiendo versos y palabras, los treinta comuneros lahuaymarcas marcharon en silencio, acercándose más los unos a los otros, para soportar el movimiento de los colonos desperdigados que iban como solos, agachados, cantando y gimiendo.

—¿Por qué? ¿Por qué? —le volvió a preguntar Pariona a un indio de la hacienda. Lo sacudió fuerte, tomándolo por los hombros.

—Yo. . . colono —dijo en quechua—. No tengo mi casa, no tengo mi tierra, no tengo mi perrito. Todo, todo, de don Bruno.

—¡Carago! Rendón Willka te va dar, te va dar sombra. . .

—¿Quién Rendón Willka?

—Espera, hermano. Yo. . .

—Indio comunero, sin sombra también —respondió el colono, y se fue, ya sin llorar, tambaleándose.

—¡Carago! —gritó casi Pariona—. Vamos a arreglar. El indio está parado, ¿no? ¡Está parado como don Bruno! Pero don Cisneros, don Lucas, don Aparicio. . . ¡Hay que arrearlos, pues! "Al otro lado del río que nadie conoce", cantó; pudo convertir la melodía del fúnebre harawi en una imprecación. Corrió a la cima del Kacharpariy-pata. Conocía muy bien el terreno. Pregonó desde allí:

—¡Carago, K'oyowasi! ¿Cuántas mujeres has traído para que lloren a doña Rosario? ¿Cuántas mujeres, carago, has traído? ¡Wifááá! Estamos yendo a la faena, ¡carago! ¡Wifááá!

Hubo un breve silencio. Los comuneros repitieron el grito de triunfo.

—Señora Rosario Aragones, ¡carago!, india; no vecino calato. ¡India! ¡Hemos enterrado! ¡Wifááá!

Oyó Bellido el pregón. Bajó rápido, de su casa a la calle. Se mezcló con los colonos y gritó con sus pulmones de gran herrero mestizo:

—¡Wifááá! ¡Wifááá!

Los colonos se sacudieron; sacudieron la cabeza; se despejaron de la desesperación inconsciente que los había atacado, que habían encendido los unos en los otros, y fueron repitiendo en número creciente la voz triunfal. Entraron al callejón de salida del pueblo vociferando, ya todos juntos.

—¡Corre! —dijo Bellido a Pariona—. Yo voy a seguir gritando desde aquí. —Lo sustituyó en el Andén de las Despedidas.

"¿Por qué hago esto? ¿Por qué, Señor?", se preguntó Acisclo Bellido, cuando apenas se oía a lo lejos el coro ya desafiante de la multitud. "Por contra de lo que han hecho con mi hijo en Lima. El indio no es ladrón. Respeta al que respeta; es cariñoso con el que es cariñoso; y será fiera con el que es fiera. Quizá limpie el pueblo de los corrompidos que corrompen. ¡Don Bruno es bueno! Don Fermín es porquería; don Lucas es el infierno; don Cisneros es la cacana del más sarnoso perro. ¡Allá van desafiando los colonos, ahora! ¿Hasta dónde, Señor? Yo soy viejo, no veré nada. Rendón verá y hará."

Mientras tanto, los alcaldes llegaron a la puerta de la casa señorial de los Aragón.

—Alcalde mayor, tú entra primero —dijo Rendón.

El corredor estaba apenas alumbrado por una lámpara de tubo. El gran patio recibía esa luz como escondiéndose; el árbol se veía, sin embargo, en la noche. Estaba negro y quieto, aunque el rumor de sus hojas se percibía como si cayera del cielo oscuro, para hundir más el silencio en cada alma. Anto fue hacia los hombres, descalzo.

—El señor duerme —dijo.

—No —respondió Rendón—. Estará pensando.

Y continuaron caminando los alcaldes hacia el salón.

Don Bruno parecía, de verdad, dormido. Sentado en uno de los sillones de Viena, tenía el rostro apoyado en sus brazos. Su figura era triste, pero toda pensamiento. Cuando los tres hombres se alinearon en la puerta, el hacendado habló.

—Pasen, hermanos —dijo.

Los tres hombres, con Maywa en el centro, se detuvieron, siempre en fila, delante del señor.

—Gracias, alcalde Maywa —continuó don Bruno—. Has recibido a mi madre. Ya no le alcanzarán las falsas compasiones de los vecinos; ya no le alcanzarán las maldiciones de mi hermano. K'oto, hijo de mi hacienda, hijo mío: don Fermín va a maldecir mucho. Recen por él, hermanos. Llévense de una vez a mi madre al K'oropuna, que trabaje allí, junto con los muertos lahuaymarcas. Ella sa-

bía cocinar, hacer rosquitas de azúcar. En el K'oropuna, ¿hay malos y buenos, Maywa?

—No, hermano Bruno Aragones de Peralta. Son muertos no más. Trabajan, pues. De noche duermen.

—¿Quién los manda?

—Nuestro señor San Francisco.

—¡Ah! Todo bien entonces. ¿Se acordará mi madre de lo que fue borracha? ¿Se acordará de mis pecados?

—No, hermano Aragones de Peralta. Es de otra vida. Vendrá a verte el día de difuntos nomás. Ese día le vas a mandar hacer altarcito chico frente al panteón; en ollita le vas a dejar las comidas que le gustaban. Sólo en las penas grandes va a venir a estar a tu lado, acompañando. San Francisco le va a dar licencia. ¡Es lejos el Cerro K'oropuna; tiene que venir a pie! No llores mucho..., hermano Aragones de Peralta. Ella no tiene zapatos, tiene que dolerle sus pies; hasta sangre puede salirle en el camino...

—Ya no, Maywa. Tengo mujer mestiza, buena; voy a tener hijo. ¡Rendón Willka! —dijo, de repente, parándose.

El capataz lo miró sorprendido. Una lámpara potente alumbraba la sala, desigualmente, porque estaba colgada en el dormitorio que había enfrente de la cámara de los patrones, lejos.

—¡Don Bruno! —contestó Rendón. No le dijo "hermano".

—Todos me odian; mi hermano no tiene alma ni corazón; sólo el metal maldito en la barriga, en la cabeza, en las venas. Y los vecinos tienen envidia y ambición en todita su sangre. ¿Vas a defender a mi hijo, si yo me muero?

—Con mis brazos, con mi pensamiento, con los lahuaymarcas.

—¿Qué dices, Maywa?

—Así ha de ser, hermano Aragones de Peralta. Vamos a defender hasta cuando llegue a hombre, después él nos defenderá.

—K'oto, hijo de mi hacienda: se va a llamar Adrián mi hijo, como tú. No por ti, sino porque es el nombre de mi abuelo. ¿Vas a odiarlo o lo vas a respetar?

—Tengo que respetar, obedecer...

—A mí no puede entenderme bien. Soy su dueño. No puedo saber su voluntad. Pregúntale tú, Maywa.

Don Felipe le habló. Todos hablaban en quechua. El alcalde le explicó a K'oto lo que don Bruno quería.

—No te dirijas a mí, K'oto. Contéstale a Maywa —dijo don Bruno.

—Que lo quiera, que lo defienda, no es de nuestra voluntad; es de la voluntad del patrón. Si no azota, si da pan y no cárcel, vivirá en nuestro cariño. Si da barra y cepo sin motivo, le obedeceremos con amargura.

—¡Bien, K'oto! ¡Eres cristiano! Mi hijo va a crecer junto a Demetrio Rendón Willka; si el comunero libre Rendón Willka quiere venir a mi hacienda, de administrador.

—Gracias, don Bruno. Iré. Voy a tener ya hijo yo también.

—Hermanos: don Fermín va arder como infierno; va hacer arder al pueblo. Todo va revolver. Mi madre, si ustedes la llevan al K'oropuna, ¿sufrirá?

—No, hermano Aragones de Peralta. Si el hombre padece, si llora por su propia culpa, ese llorar no llega al K'oropuna; si otro le hace sufrir sin causa, si le punzan el corazón siendo inocente, entonces, San Francisco manda la sombra de la madre. Puede aparecer también con su cuerpo entero, hermosa como flor, inocente; como el agüita de los manantiales, sus ojos, para curar a su hijo —contestó el alcalde.

—¡Llévatela al K'oropuna, alcalde! Antes de que Fermín se endemonie más.

—Ya está, hermano Aragones de Peralta. ¡Ya está!

—Bueno. Todo tranquilo. Me voy donde mi mujer. Tienes que llevarte a Gertrudis hasta Lahuaymarca. Ya no tienes hijos mozos en tu casa. ¿No conoces hierba que cure el mal de la lujuria? La lujuria en la mujer es peor martirio, peor suciedad. Si es *kurku*, es infierno triste. ¿No hay hierbas para ese mal? La *Kurku* tiene candela en la sangre; esa candela me quemó a mí; se juntó con la que ardía en mi barriga, y la malogré para siempre. ¡Maywa, hermano, ayúdame!

—Vamos a llevar a la altura. Allí va a curar o va morir. Rezarás por ella.

—Gracias, hermano alcalde. Te mandaré cincuenta carneros, un caballo, dos vacas y te entregaré mi parte de las tierras de "Sullacancha". Serán para las fiestas del Común, sea de iglesia, sea de la costumbre. Voy a mandarte escritura.

—Está bien, está bien, hermano Aragones de Peralta.

—Adiós, hijos, adiós. Gertrudis está en la Media-agua. ¡Entrégala, Anto!

Los tres hombres se inclinaron ante don Bruno. Éste se volvió a sentar. La puerta de la habitación donde estaba encerrada la *Kurku* daba al corredor. Los tres alcaldes salieron. Don Bruno oyó el ruido que hacía la puerta cuando la abrieron. Oyó, sin entender, la voz de Maywa, la de Anto y la de Rendón. Ella no contestó a ninguno de los tres. De pronto sintió que la *Kurku* corría. "¡Viene aquí, viene aquí!", dijo. Pero ella fue hacia el árbol. Empezó a lamerle la corteza, abrazándose al tronco lúcido. "¡Adiós, papacito; adiós, papacito; adiós, papacito!", gritó. Luego de un silencio se volvió a escuchar el mismo grito y "¡No me olvides!", dijo en castellano, por último.

No lloró. Se entregó a Maywa. Don Bruno vio pasar la pequeña figura agachada de la *Kurku* que iba a ver por primera vez el mundo. La llevaba de la mano el viejo alcalde, algo así como a un animalito domesticado.

"¡Te la devuelvo, señor Apukintu! —exclamó don Bruno, ali-

viado y doliente—. Con tus flores, tus pájaros, tus piedras y tus águilas, la curarás o la matarás pronto"—. Luego se puso de pie. Se quitó el sombrero.

"¡Todo placer que se toma por la fuerza es maldición —dijo—. Pudre. Los senos de Vicenta son como los de mi madre. Ellos me dan placer y vida, y no placer y desesperación como los de otras. ¡*Kurku*: tú no tienes remedio! ¡Pareces mono!"

—¡Anto! —llamó—. Mi potro.

El criado trajo el potro.

—En un mes estará hecha tu casa en "Pauk'ar-pata". Siembra flores.

—Sí, patrón. Hasta clavelinas.

—¡Adiós!

Montó al potro, y el animal empezó a zapatear mientras abrían el portón. Cruzó a paso lento, braceando, la plaza y las calles. Los vecinos oyeron sus pisadas rítmicas y el sonido de los roncadores de plata del hacendado.

—¡Caerán! ¡Y de muy alto! Los dos. Yo me levantaré como humo gracias a mi socio Cabrejos —dijo "El Gálico", paseándose en la sala de su casa. Su esposa tejía. No decía nada.

—Seremos ricos. Tendremos automóvil. Mi apellido volverá a tener renombre. La vieja Adelaida morirá, la Asunta se quedará soltera. El Gregorio y el Perico la montaron antes de irse...

—¡Cállate, maldito! ¡Blasfemas! —exclamó la señora, sin levantarse.

"El Gálico" le dio un puntapié a la silla de sauce y totora en que estaba sentada su mujer. Ella cayó de espaldas al piso.

"El Gálico" tuvo cuidado de patearla en las piernas, antes de que intentara levantarse.

—Asunta no hará nunca lo que yo hice —dijo ella, alzándose del suelo con energía, como si no hubiera recibido dos fieras patadas en el cuerpo. Caminó hasta la puerta del dormitorio, sin cojear, sin dar muestras de dolor. El dormitorio daba al corredor. Guadalupe echó cerrojo por dentro.

Y mientras don Bruno y "Lucero" bajaban la montaña con gran impaciencia, "El Gálico" salió a la calle porque su mujer se negó a abrirle la puerta.

—Nunca más —le dijo desde el dormitorio en respuesta a las súplicas de su marido—. Antes con un perro, con un indio. Puedes matarme. Tienes derecho a eso. Hazlo mañana. Cuanto más pronto mejor. La venta ha terminado.

Entonces "El Gálico" salió corriendo de su casa. Fue directamente a la puerta de la tienda de Asunta:

—Oye, puta, sobra del Gregorio, ¡ábreme! —vociferó. Demetrio oyó las palabras de don Fabricio. En ese instante trataban de le-

vantar a la Gertrudis, que se rebeló súbitamente en la plaza y se lanzó al suelo.

"Sobra del Gregorio", era una frase atroz y reveladora. Rendón dejó a Maywa y a K'oto luchando con la enana y corrió hacia la otra esquina de la plaza.

—¡Oye, ramera, puta de mestizo...!

"El Gálico" escuchó la carrera de alguien que venía hacia él. Iba a huir pero oyó la voz de Asunta.

—Espera, Fabricio. No grites. Voy a abrir la puerta —ella tenía un cuchillo en la mano.

—¡Apúrate! —dijo con angustia—. ¡Vienen!

Asunta se demoró. Don Fabricio sintió que un brazo fuerte le rodeaba el cuello.

—¡Sefelítico! ¡Cacana del diablo! ¡Ahura vas confesar!

Asunta reconoció la voz de Rendón.

—¡Escucha, niña! —dijo éste—. Ven a la puertita.

"El Gálico" se derrumbó. Tendido en el suelo seguía sintiendo el brazo que le atenaceaba la garganta. Otra mano empezó a apretarle los testículos. Sintió un dolor que lo hizo gritar.

—¡Selincio! Ahura confiesa. ¿Por qué dices a la niña eso del Gregorio?

—Suéltame un poco, cholo.

—Ya.

Demetrio aflojó un poco la presión.

—Cabrejos me mostró una carta de Perico. Allí dice que Gregorio y él han tenido relaciones con la niña Asunta.

—¿Cuánto te pagó Cabrejos?

—Cinco mil.

—Más peor que el Perico eres, siquiera ése se robó la Caja. Ahura contesta. ¿Al Perico, crees?

—No, no le creo; por Dios no le creo.

—¿Por qué has insultado a la niña?

—Porque le he pateado a mi mujer. Ha defendido a Asunta. Me odian, me desprecian, me maldicen. Mi mujer también...

—Te amariconas con eso y te haces maldecido. Si te levantaras para defensa de alguien... ¿Qué importa nariz podrido? Eso no maldice el cristiano; maldice alma podrida. Te voy a dar una patada no más en el culo. Y ¡anda, vete! Si hablas de la niña otra vez, te voy marcar con cuchillo. Para ti la muerte sería salvación. ¡Fuera!

Lo levantó y le aplicó un puntapié en las nalgas. "El Gálico" volvió a caer al suelo. Y estuvo allí, gimiendo.

—¡Madrecita, la muerte! ¡La muerte, madrecita! —clamaba.

—¿Has oído, niña? —preguntó respetuosamente Demetrio.

—Sí —contestó en voz baja Asunta.

—No hay nadies, felizmente. Como perro está aullando don Fabricio en el suelo. Una patada le hey dado, no en mala parte.

—Rendón —dijo Asunta—, él no es más que perro. Cabrejos es el demonio.

—Claro, pues. Fregaremos, pues. Esperar, pues; Cabrejos es Wisther; caga, perdón señorita, sobre el patria Perú. Votaremos, pues, de un tiempo. ¡Adiós, niña, con respeto!

—Adiós, Demetrio. Ayúdalo a que se levante ese perro.

—No, pues, niña. Perro tiene harto vida. Ahurita se irá.

Alcanzó a Maywa y K'oto en los primeros zig-zags de la cuesta. K'oto cargaba a la Gertrudis. La enana se había dormido. El canto de los grillos mecía su sueño.

Demetrio ordenó a K'oto que acompañara a Maywa hasta Lahuaymarca y él se encaminó a la mina. Ya no encontró a don Fabricio en la plaza. San Pedro estaba tristemente iluminada por las estrellas. La basura de las calles no se agitaba, como inmovilizada por esa luz.

Don Bruno llegó a su casa-hacienda poco después de la media noche. El pongo dormitaba en el poyo del corredor, alumbrado por la pequeña lámpara de tubo que prendían todas las noches y la colocaban en una repisa, frente a la escalera. El colono despertó con los pasos del potro, pero llegó junto a su amo después que Vicenta. Ella abrió la puerta de la sala y se dirigió, sin precipitarse, hacia la escalera.

—¡Mujercita mía! —dijo casi sollozando el hacendado. La tomó por la cintura e ingresó a la sala sin dar ninguna orden al pongo. Éste aguardó que el potro descansara; lo desensilló y lo llevó hasta un cerco de alfalfa. A la luz nocturna, el potro se lanzó sobre el campo de pasto florido, resoplando y feliz. El pongo volvió al corredor y se echó a dormir sobre un pellejo de carnero, junto a la puerta de la sala. La pequeña lámpara hizo resaltar las rajaduras hondas de sus pies descalzos, los pómulos hundidos y su frente angosta, color de tierra oscura. Se durmió en seguida.

En el dormitorio la brillante lámpara se recreó en mostrar ante don Bruno los ojos negros de Vicenta, su cabellera castaña; su nariz graciosa y enérgica que tenía un "caballete" en el centro; de ese huesito levantado que quebraba la línea de la nariz y la hacía casi misteriosa, porque se convertía como en el foco de la vida de todo el rostro, de ese "huesito" brotaba la gracia, la luz dulce y fuerte de todos los cielos para el señor de "La Providencia".

—Tú sabes hacer cariño, Vicenta, *adorada* —dijo al sentir las manos de la mujer sobre su frente. Se había recostado en la gran cuja de metal, con techo; Vicenta, de pie, le acariciaba el rostro.

"Adorada"; esta palabra sorprendió a la mestiza; no la entendió.

—Te digo *adorada*. Es la primera vez que puedo pronunciar esta palabra.

—Dígame usted de otro modo. . .

—Mi dueña. Me consuelas. ¿Por qué no siento ahora la violencia de que te acuestes a mi lado, de desnudarte como un bruto que he sido, apenas una joven estaba a solas conmigo? Vicenta: me has salvado, creo que de la boca del infierno. Eres como ángel. En cambio, nadie, nadie, salvará a la *Kurku*. . .

—La Virgen, pues. No cree usted en la Virgen.

—He sabido que de noche la *Kurku* iba a tentar a Anto. Le rogaba. ¡*Kurku* maldita. . .!

—Padrecito, padre de mi hijito, es desgraciada, es criatura de Dios. ¿Por qué maldecida? Contigo no más querías que pensara. Oye a tu corazón, don Bruno. La Virgen de Lahuaymarca va a hacer que se olvide de ti. Cuando ya no hayga pensamiento de ti en su cuerpo va a cantar en la iglesia, bonito; su sangre va a sanar.

Don Bruno se sentó. El "huesito" de la nariz y los ojos de su amante comunicaban piedad y esperanza.

—¡Abrázame, Vicenta! ¡Como si fueras mi madre; no la que tenía, borracha, morada, sino como era ella cuando mi padre fue el gran "papacha" don Andrés. ¡Abrázame! Eres como las palomas de mi hacienda y como su río poderoso. . . ¡las flores del pisonay! Pero nada de lo que me dejaron mis padres es mío, como tú, como mi hijo.

La mestiza lo abrazó respetuosamente. No sabía besar, por ventura.

—¡Apaga la lámpara, rápido! —ordenó don Bruno.

Es que un río de lágrimas golpeaba los ojos del hacendado, le hacía fuerza por dentro. Y él quería resistir toda esa fuerza. ¡No lloraría! Era un Aragón de Peralta. Pero Vicenta se le acercó en la oscuridad. Logró levantar el pecho de su amante y apoyarlo sobre su regazo; la cabeza entre sus senos.

—¡Ahora, papacito, llora tus penas, tus culpas! ¡Todo, todo! Mañana será otro día —le dijo.

Y don Bruno lloró sin hipar, sin convulsionarse, como él temía. Al poco rato sintió sobre su frente unas gotas tibias, como si el cielo le enviara su belleza tranquila, así en la oscuridad, para templarlo y darle frescura, al mismo tiempo. Entonces, calmado, preguntó:

—¿Qué sabes, qué dices, Vicenta, de Rendón Willka?

—Respetuoso es. Manda bien. Parece no es envidioso. No ha buscado a mestiza para casarse. Con india humilde se ha juntado, cumpliendo las costumbres.

—Igual que yo piensas. Si me pasa algo, Vicenta, él va a ser albacea de mi hijo. Te va a ayudar a manejar la hacienda, hasta que el niño o niña sea grande.

—¿Qué le va a pasar a don Bruno? ¿Acaso invidia lo de otro? Ahora está tranquilo. Ha llorado ya. Está bendecido.

—Hoy he visto bien las conciencias...

Don Bruno le dio cuenta a Vicenta de todo lo que sabía sobre la mina, sobre Cabrejos, sobre Asunta; el asesinato de Gregorio y sobre todo lo que ocurrió en la muerte y el entierro de doña Rosario.

Vicenta se quedó callada. Puso su cabeza sobre la frente del hacendado.

—Hubieras sido mejor mestizo —y por primera vez le dio el tratamiento de tú a don Bruno—. Estarías negociando en ganadito o en traer mercadería a Santa Cruz. Yo tengo mi tiendita. O estarías sembrando trigo a medias en las tierras de los vecinos ociosos. Los vecinos están comiendo agüita no más; dicen es vergüenza agarrar lampa. Mejor quieren que su mujer coma agüita, que amarillee con sus hijos, por hambrientos. Al hacendado grande creo le odian hasta los santos. Pero don Bruno es de otro modo. Tiene su hijo en Vicenta Gutiérrez Chalcos, hace amistad con Rendón Willka; a su madre, en el panteón entrega a los lahuaymarcas. Sí, papacito; te pueden matar; don Cabrejos, don Fermín también; don Lucas con don Cisneros que han matado ya... Está bien Rendón. Otro no hay. Bravo es, de conocimiento. ¡Gracias, papacito!

—Dentro de pocos días voy a hacer mi testamento. Voy a reconocer a mi hijo antes de que nazca.

Vicenta le besó las manos. Luego le desató los zapatos.

—Hasta allí no más —dijo don Bruno—. Vamos a acostarnos. Desvístete, cuida a mi hijito.

Ella le dio calor, dicha, y la pureza que había buscado en las otras, no sólo sin encontrarlo, sino extraviándose cada vez más, desesperándose.

—Sí, Vicenta, esposa mía. ¡Tú eres el cielo y la tierra, santos! —exclamaba mientras ella lo abrazaba fuertemente—. El cielo es energía, el hombre la tierra. Y de la mujer nacen la vida y la muerte. ¡La muerte es también energía, cuando no se ha gastado la sangre en martirizar a los otros! La sangre llega pura a la tierra, más pura que la tierra, como Dios que la creó.

—Mucho piensan, mucho miran lejos, los señores. Así tendrá que ser mi hijo, pero como su padre cuando regresó de haber enterrado a su madre. ¡Bendecido!

Matilde permaneció callada durante todo el viaje a la mina. Camargo y el chofer no pudieron hablar, porque los patrones iban en silencio.

El minero entró al hall de su casa, tras de Matilde, y le pidió a su esposa:

—Dame un buen trago de whisky puro, y tú, sírvete un poco menos.

—Yo no, Fermín.

—Tú más que yo. ¡Te lo ruego!

Y no se sentaron juntos sino en confortables separados.

—¿Cómo me juzgas, ahora? —preguntó el minero, después de haber conseguido que Matilde bebiera whisky y de haber esperado unos minutos, sin decir una palabra. El minero miraba a su esposa con interés, sin inquietud.

—Igual que siempre, Fermín. Creo que tienes que medirlo todo, que mantener la vigilia, la serenidad y el cálculo a toda hora. Pero esta vez tuviste que proceder frente a mis amigos e inocentes y durante la muerte de tu madre. Me has aislado un poco de todos. Me siento por primera vez absolutamente sola, y creo que tú también.

—Yo, no. Tengo que frenar a la Wisther. A los nuestros y los inocentes, si pueden ayudarme, debo aprovecharlos, en cualquier día, en cualquier minuto; llueva o no llueva. He armado dos pequeñísimas piezas contra el monstruo.

—Creo que te equivocas en parte, Fermín. La señorita Asunta sólo tiene odio personal a Cabrejos. . .

—Cabrejos es un agente muy hábil, Matilde. Más de lo que calculan sus patrones. Ha trabajado también para él mismo. Los reveses los convertirá en ases de triunfo. Asunta tiene apuntado ya un cuchillo a su garganta. Echará a perder una pequeña pero fina pieza de la gran maquinaria.

—Creo, por cuanto te he oído decir, que las pequeñas piezas no importan nada en esa maquinaria. Ella sigue caminando igual. El que pretenda aniquilarla deberá hacerla estallar como a un todo. Yo también la conozco. Trituró a mi familia.

—Yo no pretendo la insensatez de destruirla, sino incorporarme a ella para variar un poco la dirección que lleva. No debe digerir únicamente para los extranjeros sino también para los capitalistas peruanos. Este país merece ser grande, puede serlo. Únicamente el capitalismo lo conseguirá; necesitamos la satisfacción de nuestras ambiciones y no ser nada más que gusanos que engordan al monstruo extranjero. Ese monstruo debe respetar nuestras ambiciones a cambio de que nosotros respetemos las de él. Ahora no toma ni quiere tomarnos en cuenta como a socios sino como a sirvientes, como a pongos. El Perú da vergüenza: indios idólatras; analfabetos, de ternura salvaje y despreciable, gente que habla una lengua que no sirve para expresar el raciocinio sino únicamente el llanto o el amor inferior. Hay que hacer de ellos lúcidos obreros de las fábricas y, muy regularmente, abrir una puerta medida para que asciendan a técnicos. El mundo futuro no es ni será de amor, de la "fraternidad", sino del poder de unos, de los más serenos y limpios de pasiones, sobre los inferiores que deben trabajar. La "fraternidad" es el camino de retroceso a la barbarie. Dios creó al hombre desigual en facultades. Eso no tiene remedio. Hay que respetar y perfeccionar

la obra de Dios. La desigualdad como motor de lucha y de ascenso. ¡Déjame concluir! —exclamó al observar que Matilde iba a hablar—. Mi hermano pretende apagar el fuego sagrado, que hizo de él un hombre respetado, obedecido y temido, el eje sobre el que gira la sociedad: la aspiración a la grandeza individual que él, ahora que es medio indio, llama ambición. Dios mismo no es sino la perfección realizada por la aspiración a la grandeza, al sumo poder; el amor verdadero del todopoderoso. La fraternidad de los miserables es el peor enemigo de la grandeza humana, su negación mentirosa. Cualquier día, uno de esos miserables encuentra un hueco, escapa, se hace grande, y arremete contra sus ex hermanos. Tiene que arremeter. La eternidad depende del individuo, la masa es la uniformidad del gusano. ¡Yo no soy gusano!

—¿Y por qué luchas contra tu igual, entonces, que es Cabrejos?

—No es mi igual. Ése sí que es un apátrida despreciable. Yo pretendo la grandeza del Perú a través de la mía, él sólo ambiciona su propia grandeza sin bandera alguna.

—¿Y de qué modo, tú, Fermín, obtendrás la grandeza de la patria a través de la tuya y mediante el sacrificio de una mujer noble como la señorita Asunta y de un hombre inocente como Anto?

—¿Qué pueden hacer Asunta y Anto por la grandeza del Perú sino morir destruyendo una millonésima parte de las fuerzas del monstruo apátrida? Yo puedo ofrecerle millones al Perú para transformar la barbarie en civilización. Recuerdas a Demetrio. Se encuentra en un lindero oscuro y peligroso; cree amar a sus hermanos de raza pero no persigue, como es natural, sino su propia exaltación. Y confunde; me parece que supone que todos los ricos son enemigos de los indios, y por su lado ambiciona lo que los ricos han conseguido: el poder individual. De ese modo, Demetrio va en camino contrario a los principios que a él mismo lo motorizan y que motorizan a todo hombre. Rendón no durará dos años: concluirá de un balazo o recluido de por vida en una cárcel política. Lo meteremos allí de modo que no salga nunca.

—¿A pesar de lo que ha hecho, hace y hará todavía por ti?

—No lo hace por mí, Matilde. Tú no puedes llegar a ese grado de ingenuidad y falta de visión. ¿Crees que me ama?

Matilde vaciló.

—Me odia. Lo sé. Pero ahora me necesita contra Cabrejos, a quien odia más porque sabe que es más fuerte. Esto me infunde optimismo. Los indios parece que no son tan brutos. Éste es un "zorrísimo", como dicen los piuranos.

—Bien, Fermín, comprendo tus ideas. Pero como mujer que ha sufrido no puedo compartir de tus métodos; no los puedo aprobar. Concilias, no sé de qué modo muy racional, lo que yo no puedo conciliar. No me hables nunca más de estas cosas. Déjame amarte únicamente. Me fascina tu temple. Permítemelo sentirlo; tus razona-

240

mientos son demasiado altos y, por eso, lo que yo veo como cruel a ti te parece un simple procedimiento. Yo siento a Dios de otro modo. Él me dio la oportunidad feliz de encontrarte. Te seguiré, pero no debo sentir temor hacia ti, Fermín. Déjame abajo, en el amor bárbaro y simple.

El minero se levantó y dio unos pasos en el living. Sin mirar a su esposa, volvió a reiniciar, como en una jaula, su caminata. Varias veces se detuvo frente a Matilde, y no consiguió ni pudo evitar que ella no percibiera su indecisión. Por fin, caminando siempre, se decidió nuevamente a hablar.

—No habría aceptado un amor bárbaro. Aquí saben que desdeñé siempre a las señoritas villanas y mucho más a las mestizas. Por eso todos lo prefieren a Bruno. A mí no me alcanzan. Me miran como a una montaña demasiado grande y desconocida. Bruno se convierte cada día más en un inferior. Ahora tiene una joven amante mestiza, que parece que de verdad lo ama no por su hacienda. Ese amor lo degradará más, lo hundirá en la masa. . .

—Bruno tiene una grandeza imborrable. . . aunque extraña. . .

—¡Se está volviendo indio!

—No, Fermín. Hay una diferencia especial entre Bruno y Rendón y Filiberto Pumasonk'o. Son muy distintos.

—¿En qué?

—¿No lo sabes? ¿No lo has sentido? Bruno tiene un torbellino señorial en el corazón que quizá ha sido provocado por su contacto con los indios. Ama a Dios de un modo también especial; cree que sus indios son mejores que tú y que él, pero apenas los considera personas responsables. Toda la responsabilidad por el destino de cada colono la considera como suya. . .

—Es la barbarie feudal peligrosamente contagiada por la india. Por suerte Bruno no tiene imitadores. Lucas mata a sus indios con tranquilidad, Cisneros los azota y los hace trabajar bien. . .

—¿Ellos no son bárbaros?

—Sí; pero bárbaros puros. Terratenientes no contaminados.

—¡Ah! ¿Y qué harás para civilizarlos?

—Se defenderán como Anto. Los desterraremos, y haremos de sus indios lo que los capitalistas queremos que sean; lo que para el bien del país deben ser: no gregarios de comunidades primitivas sino agricultores empresarios que trabajen con libertad suficiente como para que puedan surgir, enriquecerse y enriquecer al Perú explotando el trabajo de la masa inferior. Los indios de Bruno pueden degenerar en otra cosa, en peones de Rendón para labrar la grandeza de Rendón, que es comunitario y retrógrado. Le cortaremos el paso.

—¿Y a Bruno?

—Tú me pediste una mañana que hiciera con él lo que había decidido. Me lo pediste con vehemencia.

Matilde se levantó. No podía encontrar el modo de acercarse a su marido. Se contemplaron los dos un largo rato. El canto de los grillos producía trasparencia en todas las cosas, pero Matilde no los oía. Corrió hacia su marido, sin saber por qué.

—¡No lo hagas! —le dijo—. ¡Llévame de aquí! Déjame en Lima, cerca de mis hijos.

—Muy bien, Matilde. Debemos viajar necesariamente a Lima dentro de pocos días. Camargo asegura que pasado mañana llegaremos al manto de plata. Luego de una visita de pocos días a la capital de la provincia, y de una entrevista con cierto individuo, volveremos a Lima. Camargo se quedará en la mina. He cancelado el contrato con el nuevo ingeniero. Debemos resolver ante la suerte que han de tener mis negociaciones con la Wisther. Te quedarás con nuestros hijos. Veo que no has de resistir el "round" final.

—¡Pero abrázame, Fermín! Que nuestro matrimonio no sea como los otros. Ya no me hables más de negocios. He descubierto que en lugar de unirnos más, nos separa. Quizá, quizá esos otros matrimonios de la alta sociedad son tan... poco honrados, por eso. El fin y los métodos que acabas de explicar como el destino final de tu vida e imperativo para los demás, requieren del freno a los sentimientos. Tú lo has dicho. Entonces ya no queda sino el placer como una variante pequeña, y a cómo sea y con quién sea. En mi hogar no se llegó a eso; fue todavía antiguo, "bárbaro", como dirías tú. No me hables más de tus grandes planes. Hazlos. Llega lo más lejos posible; pero para mí, mantente un poco antiguo.

—Sí, amor. Aún tienes razón.

La abrazó como una serpiente fría, a pesar de que la apretaba con violencia.

—¡Oh, Fermín! Me haces daño —dijo ella—. Bésame. Llévame a la alcoba de otro modo.

—¿Cómo? ¿Cómo, Matilde?

Y luego de un instante de perplejidad dijo con tono indefinible:

—Sí. Como Bruno. Que te causa también temor. Los Aragón de Peralta, algo locos, algo malditos.

Ella le tapó la boca con ambas manos, y pudo acariciarlo.

—¡No hables más! Eres fuerte, amor. ¡Cárgame!

Él escuchó algo de la voz del mundo con su esposa en los brazos. "Tiene razón", dijo. "No sólo hay que conquistar el mundo, conviene no dejar de sentirlo, para mejor conquistarlo. La Wisther se las verá con un hombre decidido. Y esta mujer me sirve de veras. Sin embargo depende de que yo convenza a ese cholo Cisneros. Tiene algo de mí en su regulada barbarie avasalladora."

No sabía que don Bruno lo había despedido, humillándolo como a un cholo verdaderamente inferior. Y que el bárbaro avasallador no alcanzó a reaccionar, a tomar ninguna actitud definida ante el *señor*.

CAPÍTULO VIII

Dos noticias recorrieron alborotando el caserío de la mina, muy temprano: que el ingeniero Cabrejos Seminario había sido despedido por don Fermín, y que don Adalberto Cisneros, el cholo Cisneros, había entrado en posesión de la hacienda "Parquiña".

Duró sólo unos minutos el diálogo de Cabrejos y de Aragón. El minero hizo llamar a Cabrejos, no a la oficina sino a su casa.

Lo recibió como habitualmente solía tratarlo en su casa, con gentileza y sonriendo. El ingeniero no se desorientó. Una vez sentado, esperó que Aragón hablara.

—Bueno, Cabrejos —le dijo—, nuestras relaciones de trabajo, como usted habrá comprendido, han cesado. Usted ya no puede ir más lejos aquí. Todo lo que podía sabotear ha saboteado. Cualquier otro profesional habría pretendido lo mismo, puesto que no hay hombre ni institución invulnerable a la Wisther. Usted ha equivocado al elegir ciertos procedimientos. Yo sabía que esto habría de ocurrir y, como descubrí que no es usted un ingeniero vulgar, preferí quedarme en su compañía para aprender, y así ha sucedido. Usted debe salir de la mina lo más pronto. Nos veremos en Lima. Quizás en cuanto importa a sus propios intereses su informe será bien calculado, y no recomendará que la Wisther me devore de pies a cabeza.

—Así es, señor Aragón. Y tengo mi equipaje ya listo. Lamento que el fallecimiento de su madre no me haya permitido asistir al descubrimiento del depósito de metal. He examinado, casi por curiosidad profesional, el "sombrero de fierro" de la mina y las oxidaciones que ya presentan los materiales últimamente extraídos. Existen todas las probabilidades de que encuentre usted un rico sulfuro rocienuro de plata y no sólo argentita. Esto, sin embargo, por contra, exacerbará el interés de la Wisther y pretenderán darle a usted la menor participación posible.

—Bien. Todo eso está dentro de las legítimas reglas del juego. Adiós, ingeniero. Personalmente, yo no desearía que vuelva.

—Lo lamento, señor Aragón, porque lo probable es que vuelva.

—Claro. Para continuar lo empezado. Le ruego disculpar que

haya expresado una necedad. Todavía "pierdo los papeles". Así es que si vuelve usted y me encuentra todavía aquí, disfrutaremos de la compensación de que ya nos conocemos.

—Muy bien. Adiós.

—Su liquidación, ingeniero —le dijo Aragón, y le alcanzó un sobre.

Cabrejos recibió el sobre, firmó un recibo y salió del living a la terraza. El gran sol empezaba a calentar el aire que había estado helando los campos y las manos y rostro de las gentes.

Los obreros y sus mujeres se dieron cuenta que el ingeniero se marchaba, porque vieron que cargaban en el jeep varias maletas, y que el vehículo no era manejado por Cabrejos sino por uno de los choferes de la mina. Sintieron alivio cuando vieron al jeep escalar las montañas con dirección a la capital de la provincia. Todos sabían que Cabrejos había asesinado a Gregorio.

Camargo recibió orden de presentarse en la casa del patrón.

—¿Lo ha visto usted partir? —le preguntó el minero.

—Sí, señor —contestó Camargo—. Dios hará que no vuelva. Dentro del pecho no ha de tener ese ingeniero más que una vejiga inflada con aire. Conmigo no pudo. Me tentó con mucho dinero. Estas clases de gentes no quieren creer que hay algo que vale más que el dinero. Y creo, señor, que Obregón lo iba a cortar feo. A Dios gracias que lo despidió usted.

—Pero logró comprar a todos los "caballeros" de San Pedro.

—Ya hace años que nadies había de caballeros en ese pueblo. Están, pues, arruinados. El hambre es mucho hombre, señor. Bueno, yo... dentro de tres días le entrego el sulfuro. Ya casi lo huelo, y todos los obreros, y los indios también.

—¿Tres días?

—No más. Y una noticia bomba, señor.

—¿Cuál?

—El cholo Cisneros le ha comprado sus haciendas a don Aquiles. Ya el cholo entró en posesión de "Parquiña". Va a trabajar como una fiera y tratará de hacerle daño a don Bruno. Ahora lo tiene rodeado, dicen.

Aragón se sentó en un confortable, sin contestar.

—¡No, don Fermín! Don Bruno es trejo. El cholo no podrá con él. A Cisneros lo odian moros y cristianos.

—¿Se dice cuánto ha pagado por la hacienda?

—No, patrón. Mucha plata, seguramente. No tanto para don Aquiles sino para los bancos.

—Sí, Camargo. A pesar de todo, tengo que ir a verlo. Le ruego que disponga que ensillen mi mejor caballo. Puedo llegar al anochecer a "Parquiña".

—Don Bruno es trejo, patrón.

—¿Don Bruno? Yo voy por otra cosa, capitán. Mande ensillar

el caballo y usted es el ingeniero de Apark'ora, no sabemos hasta cuándo. Ordene como ingeniero y como capitán de mina. Confío en usted que es trejo y buen cristiano. Yo voy a vestirme de montar.

—¿Va a ir usted solo?

—Tienes razón, Camargo. Llevaré un mayordomo; no por temor, sino por la jerarquía.

—Así es, patrón. ¿Le mando a Obregón? ¿Qué le parece?

—¿A Obregón? No. Es un buen obrero.

—Monta bien a caballo. Tiene facha... y maneja su cuchillito, cuando viene de necesidad.

—Por eso no lo elijo. El cholo es listo. Creerá que voy protegido. Dígale a Rendón que me preste a Filiberto, el *k'ollana*. Y que ensillen para él al alazán. Ese comunero muchacho pesa poco y el alazán va bien sin mucha carga.

Camargo bajó a la Administración. Ocupó, primero, con sencillez, el "despacho" del ingeniero. Le transmitió allí, a Rendón, el pedido de don Fermín.

—¿Sabe manejar cuchillo, siquiera, ese mozo? —preguntó el capitán.

—¿Para qué, don Camargo? Cisneros bravo con huérfanos, gallina con grandes.

—¡Cuidado con las gallinas que empiezan a cambiar a gallos!

—No, pues, gallina como don Cisneros. Gallo es con huérfano, gallina con grandes. ¡No llegará a señor grande!

—Bueno, Demetrio, tú conoces mejor a tu gente. Pero dile a Filiberto que abra bien los ojos.

—Filiberto mira mejor porque con el corazón mira.

—¡Cierto, Rendón, cierto! ¡Apúrate! Dale siempre un "cuchillito" a Filiberto.

—Don Fermín lleva su revólver.

—Siendo de aquí ¿no sabes que el "cholo" tira mejor que cualquiera?

—No va a haber pelea, capitán. Juntos andan por el negocio.

—Por el negocio también, pues, se matan.

—Si fuera con don Bruno... ¡Voy, maestro!

Matilde despidió a su marido con mucho temor. Cisneros tenía fama de cholo inmisericorde y sin escrúpulos.

—¿Crees que en un solo día atravesarás tantas montañas? —le preguntó.

—Sí; llegaremos a la hacienda antes de las ocho.

—Anocheciendo, patrón, voy cuestas a pie, para que alazán no canse. Tu caballo es más de andar.

—¿Qué dices Filiberto de don Cisneros? ¿Lo conoces? —preguntó Matilde.

—Va arrodillar en su adentro ante don Fermín; con su boca va a hablar como perrito bullanguero, atrevido, pues. Don Fermín sabe.

—Y tú, Filiberto, más. ¡Arriba!

Besó a su esposa, montó e hizo saltar a su caballo moro que no era brioso, sino de paso regular e incansable. A esa hora los indios y los obreros ingresaban al trabajo.

Cuando el sol declinaba llegaron a la Apacheta, el santuario indígena que aún existía en el abra del camino, sobre la cumbre helada desde donde podían verse los cañaverales extensos y descuidados de "Parquiña".

Mientras don Fermín comía unos sándwiches de gallina, Filiberto se quitó las sandalias, se acercó al grupo de *saywas*, pequeñas columnas de piedra, con un guijarro en la mano. Se arrodilló ante una de las *saywas*, y rezó: "Padre Wamani (dios montaña): hazme volver con don Fermín, en paz y sano. Que esta piedrita no se caiga de esta cima movediza. Te reverencia mi corazón humilde. Si cae la piedra caerá mi vida o mi alegría, que es lo mismo".

Con gran cuidado colocó la piedra sobre la última de una de las columnas, y se dirigió hacia don Fermín.

—No va a caer —le dijo éste.

—No, padrecito. He rogado al Wamani. Creo que está contento.

—Es que ha de haber embrollos con el cholo. Vamos.

—Yo a pie, patrón, rápido. El alazán te va a seguir.

Un río más poderoso que el Lahuaymarca bramaba en el fondo de la quebrada profunda. Los viajeros estaban en la zona helada y desierta; el río se arrastraba entre bosques candentes de caña brava. La casa-hacienda de "Parquiña", con su palomar y su glorieta, su inmensa huerta mal regada, a la orilla de un remanso, tenía un aspecto entre majestuoso y minúsculo, visto desde la gran altura. El remanso cristalino reproducía la luz como un espejo, lo lanzaba hasta las cumbres. Don Fermín oía los latidos de su sangre en el silencio, y creyó percibir que se marcaban o repercutían en la superficie iluminada del remanso. "Mucha sabiduría racional o un orden político estricto fundado en los dioses falsos se necesita para dominar esta tierra: los incas o la técnica moderna. La colonia, no. La colonia sólo quería al hombre de rodillas, ¿cómo hacer ahora para levantar a la gente sin que lo destruya todo? El rigor y la razón. ¡Yo! Porque si se libera a una manada por siglos esclava, lo arruinará todo, y a mí, que entiendo de esto y que sé poner el freno y manejarlo, esos cuerpos sin sangre de Cabrejos y del "monstruo" me van a eliminar. Y el "cholo" debe haberse descapitalizado. "¡Parquiña!" Ha de ser casi tan grande como Suiza o Bélgica. Y su dueño es ahora un verdadero "cholo" que no está guiado por la reflexión consciente sino por el instinto del hombre de empresa nato. Bruto

peligroso que ha eliminado de su ser todo prejuicio moral, con valentía, con admirable frialdad. Me gusta ir a verlo."

Mientras Aragón pensaba así, Filiberto bajaba a la carrera por el camino, de a pie, y tenía que esperar, algo sonriente, al caballero, en los sitios en que ambos caminos se cruzaban: el chakí-ñan y el de herradura.

—¡Yo ganando al moro! —le decía a don Fermín.

—El moro ha venido de España, tú eres de aquí.

Pero en un cruce, muy próximo ya a la zona en que empezaban los campos sembrados de la hacienda, Filiberto esperaba a don Fermín con la honda tensa, extendida con ambas manos, sobre la espalda.

—¡Yo ganando a don Cisneros! —dijo, lanzó una gran risotada que no contagió al señor.

—¡Don Cisneros es hacendado! Dueño de "Parquiña", es patrón —dijo severamente don Fermín.

—¿Patrón, papacito? No, pues; todo robando, todo robando.

—¡No! Igual robaron los españoles...

—Más pior. Señores eran, con rey. Don Cisneros tiene alma de dos caras. Tú, patrón verdadero.

—¿Por qué?

—Don Cisneros carajea, don Cisneros a inocente mete al cepo; su boca es como de víbora. Aragones de Peralta son grandes; a su lado don Cisneros parece cacanita de gallo. ¡Yo gano al moro! Yo tras de don Fermín —contestó Filiberto, y se echó a correr por el chaki-ñan, dejando entre indignado y absorto al patrón de la mina.

—¡Estos indios! Hay que aplicarles el gran rigor y la razón, si no, nos pueden comer y comerse entre ellos —repitió Aragón.

Encontró a Filiberto a un kilómetro de la casa-hacienda. Allí montó sobre el alazán. Cuando don Fermín volvió el rostro para observar a su paje, a la luz del anochecer, se encontró con un cuerpo casi majestuoso, rígido y bullente, como el de una de esas piedras muy grandes y oscuras que resisten la creciente de los ríos. Y comprendió que la especie de majestad que observó en Filiberto venía de la propia conciencia de su valer y de la persona a quien escoltaba. No pudo contener una exclamación: "¡Bruno, Bruno! Tú, ¿qué sabes?"

Los harapientos siervos de la hacienda empezaron a agolparse en silencio, y siguieron a los viajeros como una manada triste hasta el inmenso portón, ya destartalado, del palacete de la hacienda. De allí, cuando la puerta se abrió, retrocedieron casi corriendo.

Don Adalberto había echo barrer el patio empedrado; los naranjos que lo circundaban podían verse todavía en la penumbra. La fuente de agua que antes cantaba en el centro del parque estaba

seca y medio derruida. Don Adalberto esperaba en el corredor, bajo la luz de una pequeña lámpara y sentado en una silla de madera labrada. Se puso de pie cuando don Fermín llegó al corredor. Dos mayordomos se hicieron cargo de los caballos.

—Los indios, no —dijo antes de saludar—. Por tradición no suben a este corredor— e intentó detener a Filiberto.

—Señor —dijo éste en buen castellano—. Yo soy comunero libre, *k'ollana* en Apark'ora, mayordomo del gran señor...

El cholo dudó.

—Déjelo, don Adalberto. Es autoridad —intervino Aragón, entre aleccionador y suplicante.

—Bueno, indio; pero siéntate lejos, en el poyo. No me has dejado saludar a tu patrón como es debido.

Y se dirigió a don Fermín.

—Bienvenido, ilustre amigo, a mi nueva hacienda. Hombres como usted yo respeto. Es un honor, ¡caray!

—Lo mismo pienso de usted, *don* Adalberto. Si todos tuvieran su empuje...

—Gracias, señor, pasemos a la sala. He encontrado esta hacienda hecha una porquería. Todo es ruina. Pero dentro de unos seis meses será otra vez la reina de la provincia. Que el indio no se mueva del poyo. Estos castellanistas son peligrosos.

—No se preocupe, don Adalberto. Obedece, y nos iremos mañana temprano.

—¡No has de moverte de allí! —le gritó sin embargo a Filiberto, en quechua.

—Para qué, pues, señor —le contestó el *k'ollana*, en castellano.

—Desconfío de éstos. Piensan y usted no sabe bien en qué. Los colonos no piensan. Obedecen no más.

—¡Quién sabe, don Adalberto! Sabemos que obedecen, pero no podemos saber si no piensan.

Don Adalberto invitó al minero a pasar a la sala. Una fuerte lámpara de gas iluminaba la extensa pieza de techo artesonado, pero casi vacía de muebles.

—Siéntese en este viejo sillón antiguo. Le he hecho poner un colchoncito, como para usted, don Fermín.

Efectivamente, el sillón alto, con respaldo labrado, tenía un almohadón en el asiento.

—¡Serapio! —gritó Cisneros. Y como el pongo no se presentara al instante, le preguntó, iracundo, en quechua—. ¿Con ese indio has estado conversando?

—*K'ollana* es. Me ha llamado —dijo el pongo, mirando al suelo.

Cisneros se contuvo. Don Fermín vio cómo reprimía apenas su deseo de castigarlo.

—¡Quítale las espuelas al patrón!

El minero se las quitó él mismo, rápidamente, mientras el pongo permanecía agachado delante de él, conteniendo la respiración.

—Serapio —dijo don Fermín—. Quítale siempre las espuelas a tu patrón. Yo soy de otro pueblo. Allá tengo mayordomo...

—¡Patroncito, señorcito, papacito! ¡Perdón, perdón, para tu criatura! ¡Perdón, perdón, pues! —exclamó lloriqueando el pongo, y empezó a besar apresuradamente las botas de don Fermín, con las manos apoyadas en el suelo.

—Aunque no lo crea. Me parece que lo ha ofendido usted —dijo Cisneros, sonriendo.

—¡Levántate, Serapio! ¡Mírame! —le ordenó el minero.

El colono se irguió lentamente; ya de pie, con las manos sobre el pecho, apretándose los dedos, no se atrevió a mirar a don Fermín ni a levantar bien el cuerpo. Se mantuvo algo agachado.

—¡Quiero ver cómo es tu ojo! —le dijo con suavidad don Fermín.

Serapio lo miró largamente, casi sin pestañear.

—El vacío —comentó el minero—. Nunca lo vi tan cerca ni tan completo. El hombre es siempre, en todo, lo peor y lo mejor: ¡no te asustes, Serapio! —le dijo al pongo en quechua—. Yo soy Fermín Aragón de Peralta.

El vacío se fue colmando de una especie de animación casi feliz. Movió los labios.

—Contesta no más —ordenó Cisneros—. No hables para adentro delante de tu señor.

—Sí, hijo. ¿Qué dices? —preguntó el minero.

—¡Bruno Aragones!... —dijo con voz apenas perceptible.

—Es mi hermano. No yo...

—¡Fuera, carajo! Si pronuncias otra vez ese nombre te meto a la barra —gritó Cisneros.

El pongo se agachó y salió al corredor, caminando despacio.

Don Adalberto fue hasta la puerta. Observó que Filiberto estaba de pie, junto al poyo del fondo, al costado derecho. El pongo se había como echado en las gradas que comunicaban el corredor con el patio, frente a la puerta de la sala.

"Sólo pronunciar tu nombre lo ha fortalecido, Bruno. Ha salido andando con pasos de hombre. ¡Algo sabes!"

Y don Fermín se levantó de su asiento.

—El *k'ollana* está parado, don Fermín —dijo Cisneros volviendo a la sala—. ¡No obedece bien!

—Es prestado, don Adalberto. Usted sabe que ellos son libres. Pero no se moverá de allí. Otro día hablaremos largo y tendido sobre el asunto de los indios. Usted y yo somos del mismo temple, pero como hemos sido formados de modo distinto...

—Nada, amigo, de crianzas. Yo soy grande, ahora.

—No he hablado de crianza, señor, sino de formación. Sin embargo, usted y yo vamos al mismo fin.

—¿Qué fin?

—El poder, amigo. El dinero, la fuerza; el imperio sobre los demás. Y usted tiene más méritos que cualquiera...

—Dirá que porque soy cholo...

—A mí no me importa eso. ¿Qué importancia de porquería tiene el apellido si Monteagudo se va de frente a la mendicidad y Cisneros se levanta como espuma? Cisneros, luego, merece mi respeto y el otro la misericordia.

—Oiga, don Fermín, dispense; estoy viendo que usted habla derecho.

—Estamos en la República y no queremos hacer la República. Oiga, don Adalberto, de esto necesitamos hablar, como le dije, largo y tendido. Le adelantaré algo antes de plantearle el negocio que he venido a proponerle. Creo que usted prefiere al peruano sobre el extranjero.

—¡Yo beso la bandera, señor! Mi padre murió maldiciendo a los chilenos. ¿Qué son los chilenos junto a los gringos? Los gringos vienen a comernos para siempre. Los chilenos se llevaron dos provincias, y ahora no nos ambicionan más. Dicen que hasta nos respetan. Pero... Ya va a estar la comida. Mire este techo, como de iglesia; pura madera labrada; el del comedor era igual, pero le hicieron caer las lluvias. Vamos a comer en esa mesa del fondo. ¿No quiere una copita, antes?

—¡Claro! Usted debe tener buen ron de cogollo de caña.

—Sí, hay. Mucho mejor que el de Huanca. ¡Adelina! Traiga el cañazo fino.

Una señora vestida de manera indefinible, con cierta apariencia de mujer de la clase media baja, de las ciudades antiguas, vino con un azafate de plata, copas de plata y una botella sin etiqueta.

—Sírvase lo que quiera —dijo Cisneros—. Esas copitas y el azafate lo compré a un señorito arruinado de San Pedro. Era gente rica, esos calatos.

—Así es.

—Y esta señora, medio ancianita, crió al joven Aquiles. Tiene ojos azules como el joven. Le estoy rogando que se quede de señora en "Parquiña". Ella conoce a toda la gente. Lo malo es que no quiere sueldo.

—Señora, usted ahora es libre. Puede irse, pero ¿qué ha de hacer en el Cuzco o en Arequipa? Aquí cada día será más necesaria. Debiera quedarse, por amor a "Parquiña".

—Si hubiera señora...

—Habrá —dijo Cisneros—. ¿Qué le parece, don Fermín, si pido en matrimonio a Asunta de la Torre?

—Vaya más lejos, don Adalberto. Esos señores arruinados tienen envidia, mucha envidia. Quizá esa señorita no la tenga tanto. Pero me parece que un orgullo estúpido la perturba.

—Yo voy a quebrantar esos orgullos. Soy señor de "Parquiña".

Adelina había puesto el azafate sobre una mesita y permanecía de pie, mirando ya a uno ya al otro de los señores; su repugnancia por Cisneros se acrecentaba.

—Don Adalberto, por Asunta hay que ir con cuidado. Sería necesario ganar primero su inclinación sentimental. Es una joven que ha sabido guardar su dignidad...

—Yo no tengo tiempo para eso. Soy gordo y cholo. Esas niñas esperan jovenzuelos amariconados. ¡Iré donde otra!

—No se apresure. Hay que ganar bien a una mujer o mejor no tenerla. Porque si no, le hace la vida un infierno.

—A mí, no. U obedece o muere...

—Bien, don Adalberto, usted es hombre maduro y sabe lo que hace. Dejemos eso. Le ruego continuar dándome su opinión sobre los gringos.

—¡Ah! El joven Aquiles me dijo que eran, por contra, igualitos conmigo. Que yo me entendería con ellos a lo grande; que les gusta gente sin... sin alma, como yo. Pero dijo también... sin patria. ¡Los cocos!... Váyase, Adelina. Ya voy a llamarla para la comida. ¿Ha hecho quinua? A lo mejor no le gusta eso al señor Aragón de Peralta.

—Me gusta y es gran alimento.

—Muy bien. ¡Los cocos que yo no tenga patria! ¿Cómo se entiende que hayga alguien que no tenga patria? Usted dirá que sabe más, porque ha tenido mucha escuela: los indios sólo tienen su pueblo o su patrón, los señores tenemos patria: el Perú. Si hay guerra, con cualquier país que sea de los vecinos, yo llevo mis indios; yo los hago marchar bien en los patios de las haciendas, y voy al frente a pelear; a dar mi vida; ningún Argentinas ni Venezuelas nos van a quitar ahora ni una yugada de tierras.

—Deme esa mano, señor Cisneros. Eso nos diferencia de los empresarios a los hombres de negocios serranos, de los banqueros...

—Claro. Esos banqueros ¿qué siembran, carajo? Me reciben con harto respeto, pero desimulado. En su adentro todo es mierda, mierda. ¡Yo, oiga usted, soy peruano!

—¡Lo sabía, y por eso vine!

—¿Cómo?

—A la semana entrante habré llegado a la veta del mineral más fino del Perú: sulfo rocienuro de plata, llamado rosicler. Son centenares y acaso miles de millones. Pero he agotado todo mi capital en esta empresa.

—Y lo tienen acogotado, amigo.

Don Fermín observó que al decir esto el cholo se erguía un poco en su asiento y todo su cuerpo expresaba un maligno regocijo. "Me equivoqué", pensó, "éste es cholo".

—Lo tienen acogotado. Acabo de estar en la provincia. He ave-

riguado, por su hermano, con quien ya estoy de enemigo —continuó—. Los ocho abogados, también el Callirgos, que lo defendía a usté, ahura son de la Wisther. El juez civil también, el subprefecto, los escribanos, todos; sólo el "tinterillo" Quintana que es medio comunista para de parte de usted; pero sin la firma de abogado ese defensor tampoco vale. Porque de saber, sabe, más que los abogados. El Callirgos es bueno. ¡Ya están vendidos a los gringos! ¿Por qué no le cortó las alas a ese Cabrejos que es un sacristán de los gringos? He regresado oliendo a mierda —no dijo "con perdón de usted"— de la capital de la provincia. Allá no se habla sino de usted, como de algo agüevado y de Cabrejos que dicen que se lo ha comido a usted. Mejor no vaya.

—No necesito ir. Pero hay algo de que no pueden reírse ni los gringos ni nadie: yo soy dueño de la mina.

—Le van a dar el 10 %, dicen.

—Así es. Yo le ofrezco a usted el 40 % si puede contar con diez millones. Obtendrá, en cambio, no menos de unos quinientos millones en cinco años.

—Mucha plata, don Fermín; yo ya tengo lo mío, y le he dado a Monteagudo y los bancos más de cinco millones. Me queda poco para hacer de esta hacienda un negocio verdadero. Lo que me gusta son los indios que tiene; como la hacienda de su hermano, un poquito más, 600 familias. Trabajo gratuito. Yo los trato con rigor. Para usted ya no tengo ni un centavo.

—Hipoteque las haciendas. ¡Son quinientos millones...!

—En el airecito todavía. Y yo no entro en minas. Son la maldición. La tierra es segura, de Dios es. El metal es del diablo. Está en la oscuridad. ¿Quién sabe dónde comienza, dónde acaba? Por eso con las minas, único los gringos, que según Monteagudo no tienen Dios ni patria, hacen negocio que da miedo. Eso no es para el criollo ni para el cholo. Y usted sabe, don Fermín, tendré cosas feas, seguro, pero el agüevamiento no. No me hable más de hipoteca ni de minas. Ya soy grande. No quiero más por ahora.

—Bien, amigo. La Wisther se lo comerá también a usted.

Cisneros se echó a reír.

—Con la Wisther no habrá más siervos. Treinta soles diarios de jornal a los peones. ¿Cree usted que le quedará un solo indio en sus haciendas?

—Ya sé ese cuento. La Wisther no va a ir contra los hacendados; el comunismo...

—No, amigo cholo; el capitalismo necesita obreros. Pero no discutamos. Esto se acabó. Mis caballos han descansado lo suficiente. Nos veremos las caras dentro de cinco años: usted con sus haciendas, yo con mi 10 % de Apark'ora. No necesito comer; he traído fiambre suficiente. Me voy...

—Oiga usted... Usted me ha dicho cholo, aquí en mi casa.

—No tome las palabras en su mal sentido. Lo dije hasta con afecto. Usted me merece respeto de veras. Pero creí que tenía más visión.

—O más agüevamiento...

—¡Adiós, señor Cisneros! No vine a pelear; soy hombre de negocios.

—¡Caray! Se va usted de noche de mi hacienda. Es un desprecio. Si yo no fuera cholo, usted se quedaría.

—Si usted no fuera el cholo Cisneros, el único terrateniente con empuje, con agallas, yo no habría venido donde usted. A los demás los desprecio.

—A don Lucas...

—Ése es de los tiempos de la Inquisición. La mina lo desplumará a él primero. Y a usted, si no le da un poco más de libertad a sus colonos, más tierras o jornal; se le vaciarán.

—¿Y esto? —dijo, señalándose el revólver.

—Eso... Ya no es de la República. Avance, amigo, hacia la agricultura moderna, con obreros. Compre máquinas.

—¿Teniendo colonos? —dijo, y corrió afuera. Había oído algo.

En las gradas del corredor estaban echados unos diez indios oyendo a Filiberto que hablaba de Nazca, de Ica, de los jornales que había ganado en esos pueblos.

Cisneros sacó su pistola, y dijo en quechua:

—¡Nadie se mueva!

Y apuntó a los indios.

Un hondazo rapidísimo hizo estallar el tubo de la lámpara, y en la oscuridad huyeron los colonos. Don Fermín desvió el brazo de Cisneros, que siguió disparando.

—Amigo Cisneros; piense antes de sacar el revólver, piense; los colonos son hombres, son peruanos. La Wisther se lo va a comer más que a mí si usted se comporta como don Lucas.

—No joda, güevón. Y yo que le había preparado dos cholitas para la noche. Pero es usted minero; endemoniado... ¡Váyase!

Don Fermín sacó sus espuelas de la sala; se las calzó; prendió su linterna de mano y salió. Bajó las gradas del corredor sin mirar a Cisneros.

—Oiga, don Fermín, perdone, perdone lo que en la rabia le hey insultado.

Cisneros fue siguiéndolo en el patio.

Aragón no le oía.

—¡Lo voy a matar si no para, si no se despide del señor de "Parquiña"!

Aragón de Peralta llegó junto al moro.

—¡Le mato el caballo! —dijo el gordo.

Y rastrilló la pistola varias veces. Pero había quemado toda la

carga al disparar sobre los indios, y Aragón lo sabía. Le clavó la linterna sobre los ojos, y le dijo calmadamente:

—Me desengañó usted, Cisneros... No porque se haya negado a ser mi socio, sino porque no ha dejado de ser un criado que nunca llegará... ¡Qué me importa!

Y montó. El alazán ya no estaba. Como caballo que conoce su obligación, el moro se había quedado solo. Apagó, Aragón, la linterna y espoleó al moro. Éste salió al galope; no era un aristócrata como el "Lucero", sino dócil y práctico.

En la oscuridad, y en el patio que no conocía bien, el cholo Cisneros caminó tanteando. La lámpara del inmenso salón estaba sobre una repisa, en un extremo de la pieza, y su luz iba como una lengua corta, de costado, hacia los muros.

—¡Anatolia, Antonina! —gritó en el corredor, e ingresó a la sala. Aún tenía el revólver en la mano.

Las dos jóvenes indias aparecieron por la puerta que daba al jardín.

—¡A la cama! —dijo en quechua, el hombre—. Las dos, tranquilas. El señor rabia; quiere bonito hacer con ustedes. La rabia así se cura.

Filiberto encontró a la señora Adelina en el extremo del caserío. Ella gritó al verlo pasar:

—¡Señor, señorcito!...

El *k'ollana* detuvo al caballo. La señora descubrió que era el comunero y le imploró en quechua.

—Si tienes corazón, si tienes padre y madre, llévame en el anca de tu caballo.

—¡Señora! ¿Cómo va a montar?

—No importa. Mi traje es largo, ancho. Tengo mi pañolón para abrigarme. ¡Hijo de Dios, llévame! El cholo me va a matar.

Filiberto se apeó.

—Monte, señora —le dijo—. El alazán es vivo pero no carga a dos Yo voy a ir a pie. Espere al patrón en la cuesta.

La señora vaciló.

—Nos va a alcanzar el patrón y quizá la deje. ¡Monte!

La levantó con facilidad hasta la montura.

—Alazán bueno, manso —dijo en quechua, y el *k'ollana* se echó a andar a paso ligero.

La señora lo alcanzó:

—Niño comunero, hijito. Aquí está para tu novia. Si no me recibes, me regreso.

—¿Qué, señora?

—¡Aretitos, lindos! La patrona me regaló.

Le alcanzó una cajita pequeña. Filiberto dijo:

—Aretitos para Carmincha. Voy casarme en Pascua de diciembre. Gracias, señora.

Recibió el estuche y se lanzó a correr en la semioscuridad, como un perro. Muy arriba, se sentó sobre una piedra. Acababa de salir la luna. Abrió la cajita y salieron rayos de luz de la joya. Movió la cajita y la luz parpadeó.

"Sí", dijo Filiberto, "arete de gran señora; no sirve para Carmincha. No sirve, pues. ¿Venderé de negocio...?" Sonrió luego. "Preso me meterían a la cárcel. ¿Indio con arete que tiene luz como estrella? Tendré que regalar a la patrona."

Había resuelto que don Fermín se entendiera con doña Adelina. Y él siguió escalando la cuesta, más rápido que los caballos.

—*K'ollana*, ¿qué le dijiste a los colonos? El señor casi te mata —dijo don Fermín, sin ira, cuando divisó al alazán a cierta distancia. Como el comunero no le contestara, lo enfocó con la linterna. Y descubrió a la antigua ama de llaves de los Monteagudo, montada en el caballo.

Lloraba la señora cuando don Fermín llegó junto a ella.

—¡No llore! —le ordenó el minero—. ¡Cuente!

—Perdona al comunero, señor. Se apiadó de mí. Ese "cholo" no es gente; lo juro por el Santo Sepulcro. ¡A mí, a mí, que soy vieja...! Es un cerdo endemoniado y hambriento. ¡Lo van a matar, hasta los "colonos"! Come sólo quinua y cebada todos los días, con mote. Mide la ración para la servidumbre. ¡Señor! ¿Cuándo un cholo puede ser patrón verdadero? Castiga a los indios como Judas. Quiere que le tengan miedo. ¿Qué más miedo ya, patrón? El "colono" no ha tenido en su corazón sino miedo, hambre, penas. ¿Qué quiere este cholo? ¿De dónde va a sacar más miedo a la pobre gente? Yo soy solita. Pero la santa señora, doña Grimanesa Irrigorri de Monteagudo, me dejó un cofre de alhajas. Usted me los comprará, por cualquier precio...

—Yo ya no tengo dinero, señora...

—¿Usted...?

—Sí. Vine a pedirle a Cisneros que fuera mi socio.

—Su santa señora me los venderá. Yo, con cualquier platita, pondré una tiendita en San Pedro.

—En la mina, señora. Ha de ser un gran negocio. No tema a Cisneros. Usted no es colono; es libre.

—Y de buena familia, decente. Soy de los Rosas, del Cuzco. Pero no quiero ir a mi tierra.

—Bien, señora. Filiberto le dio el caballo.

—Le rogué al pobrecito. Lo rogué por el santo cielo.

—¿Ese pañolón es de lana?

—Sí, señor. Bien fino. Aguantaré el frío.

—Sígame. Iremos rápido. ¿Usted monta bien?

—Ya va a salir la luna. Yo acompañaba a la patrona en sus paseos y viajes a caballo. ¿Cuántos años hará? Monto bien.

—¡A picar, entonces! Vine por diez millones y me llevo a usted. Algo es algo.

—¡Un alma, señor Aragón de Peralta!

"Más le habría agradado a Bruno", pensó el minero.

En la Apacheta, a plena luz, entre la nieve, los esperaba Filiberto.

—¿Ahí está la piedra? —preguntó don Fermín.

—Estaba, señor. Contra la hacienda la he tirado. Ese patrón, no es patrón.

—Sí, Filiberto, porque Lucas mata secamente, sin humillar, aun al colono.

—Dicen hace gritar también a sus indios en la barra —dijo la señora.

—Dicen. Colono no grita —intervino Filiberto—. Se pone morado en la barra; se muere cuando le cuelgan del cuello, o defecando sangre, vomitando sangre, de hambre, con enfermedades. No grita. ¿Para qué, pues? Acaso gente o ángel viene por él. Se va a acabar la gente en la hacienda de don Lucas.

—No, hijo. No va a aumentar. Don Lucas mide —dijo don Fermín.

—¡Dios! —exclamó la señora—. El cholo está preparándose para ir a Paraybamba... ¡Qué les hará a esos pobres!

—Bájese, señora. Ayúdale, Filiberto. Tomaremos café. Y charlaremos. Los paraybambas son protegidos ahora por mi hermano...

Las *apachetas* detienen al hombre. Están en las cumbres, a veces nevadas. Pero los monumentos de piedra, los pequeños círculos de muros, o las rocas en que la paja, escondida de los vientos, suele brotar, como un alarde de la vida, pesan en el corazón del viajero. Sólo el que huye se santigua y cruza el abra sin detenerse; pero el viajero prefiere sentir la vastedad del mundo desde las cumbres pobladas de monumentos antiguos. Descansa unos minutos y mira las cadenas de montañas que separan a las vertientes; mira los abismos, a esa distancia; silentes venas de agua que saltan sobre los precipicios negros. El hombre siente en la superficie del corazón la hondura y el frío, las cumbres grises o brillantes que no terminan; las saywas que parecen centinelas humanos, la imagen de los viajeros de otros siglos vive. Hay un canto:

Tenías la figura de mi padre muerto,
saywa de piedra.
Reverente, feliz, me acerqué a ti,
saywa de piedra.
La nieve en abrigo convertida,
saywa de piedra.
Mi pecho y mi sangre bañaron.

"Es mi padre que está de pie, vigilando",
saywa de piedra.
"Es mi tierno padre, su aire, su mismo cuerpo",
saywa de piedra.
"Diciendo, me acerqué a ti, reverente."
Y no eras sino piedra, piedra y piedra,
que arrancó torrentes de lágrimas,
saywa de la cumbre,
de mis ojos sin consuelo;
engañosa saywa de la cumbre.
Más que la muerte es el engaño
la falsa imagen de la vida que tanto hiere,
triste apacheta [1].

Oí este canto, en quechua, a un mestizo, en la cuesta de K'ak'lawitu, sembrada de huesos humanos, restos de los indios "enganchados" que marchaban a trabajar a la costa. Volvían palúdicos y morían en la subida. Lo entonó cerca de la cumbre donde no hay saywas. Todas las piedras que lo formaban fueron derrumbadas por los deudos o amigos de los muertos. ¡K'ak'lawitu [2], única cumbre sin apacheta. Detrás de ella empieza la pampa de Tullutaka, palabra que significa: derramar huesos. Era un desierto cruzado por un delgado camino a cuyos lados tumbas apenas cubiertas de piedras pequeñas mostraban calaveras y huesos carcomidos.

Don Fermín sirvió café, de un termo; primero a la señora, luego bebió él y, finalmente, el *k'ollana*.

—¿No te alumbra el corazón, la nieve, patrón grande? —le preguntó el *k'ollana*.

—La nieve me causa un poco de daño.

—A mí también —dijo la señora—. Cubre al mundo como un sudario.

—Yo diría que como un manto atroz. ¡No debiera existir!

—Padrecito, ¿y de dónde va venir el agua, vena del mundo?

—Tienes razón, Filiberto; el recuerdo de ese cholo me hace ver las cosas mal, de mal humor.

Filiberto sacó una botellita de su bolsa tejida, esparció aguardiante al aire, y bebió unos tragos.

—Patrón —dijo, tranquilo—, cholo Cisneros muere, la tierra con sus hijos queda riendo. La nieve también es madre, como el manantial. Ya mi corazón le ha pagado.

—A seguir, entonces. ¡Ayuda a montar a la señora! Este brillo de la luna en la nieve...

—Así es, patrón, la madre luna hace cariño a la madre tierra;

[1] Conjunto de las saywas.
[2] Zig zag del demonio.

su luz aumenta; hace grande el ojo del hombre. Yo... ¡corriendo!

—El futuro es de éstos —dijo la señora, mirando intranquila a don Fermín.

—No, señora —contestó el minero—. Con éstos, y para los hombres de más entendimiento. Nunca podrán ellos fabricar lo que los señores fabricamos: tractores, aviones, automóviles, ametralladoras, naves y, por último, bombas atómicas.

—Pero mueren tranquilos, no desesperados como los señores.

—Porque los señores luchamos en la altura. Nuestras conciencias son universos, las de ellos son como de hormigas todavía. Pero crecen, sin duda.

—Usted, señor, tiene escuela. Yo soy una pobre mujer que sólo ha servido y consolado a grandes y chicos.

—Por eso sabe usted. Usted sabe. ¿No querría acompañar a mi esposa? Creo que congeniarían. Le ha tomado simpatía a la sierra, hasta a los indios. En estos días se halla intranquila, porque mi empresa... Bueno, se levantará como humo o apenas volaremos como una mariposa endeble. Usted no parece haberse amargado...

—¡Oh, no señor! Murió mi hijo en una de esas guerras de Sánchez Cerro con los apristas. Era sargento. Desde ese entonces sufro y procuro consolar. Cisneros no sufre, señor, no sufre por nada; golpea o come. Mete por la fuerza inocentes indiecitas a su cama. No les permite ni llorar. Yo iba a huir a pie, una de estas noches. Acompañaré a su señora. Sé hacer de todo, menos negocios. De todo, señor. Al negocio le tengo miedo.

Don Bruno se decidió a visitar las estancias donde vivían sus colonos, especialmente en esos días en que estaban de mita. Quería, además, ver el puente que, según los hacendados vecinos, habían construido los paraybambas sobre el río angosto pero caudaloso que separaba "La Providencia" de la comunidad.

La noticia de que Cisneros había comprado "Parquiña", más que causarle temor, lo apenó.

"No —reflexionó—. No ha de saber manejarla. Es demasiado rústico para vivir en un palacio y soportarlo. Echará abajo la casa, pateará a los colonos; los hará trabajar hasta que revienten, porque no sabrá darles de comer. No está acostumbrado a dar de comer a la gente. Tiene odio e impaciencia que pueden enloquecerlo. Llevaré mi pistola belga. Él tiene una Colt que dispara como metralla. Pero no se atreverá a hacerlo sobre un señor, si lo encuentro..."

Mandó llamar a Carhuamayo de la mina, y al joven David K'oto, que era ya perforista. Era hijo del cabecilla Adrián. Don Fermín le envió a los dos hombres.

—¿Sabes disparar? —le preguntó a David K'oto.

—Sí, patrón, dinamita.

—Bueno, hijo. Tenemos dinamita. Llévate unos cartuchos con mecha. Quizá lleguemos a Paraybamba. Quizá nos encontremos con Cisneros.

—Con dinamita hago volar la mula de don Cisneros como a gato.

—Así es. Carhuamayo, lleva tu Colt. Todo esto es precaución. Los tres vamos a caballo. El potro joven "Puma" para Davicho.

El colono se quedó absorto.

—Patrón grande... ¿yo... en potro de hacienda?

—Sí. Y con tu dinamita en la alforja. Vas a asustar al Cisneros, si lo encontramos.

—Como a gato del monte, patrón.

Vicenta salió al corredor. Ya se le notaba el embarazo. Carhuamayo y Davicho la saludaron quitándose el sombrero.

—Don Carhuamayo, Davicho... —dijo dolorosamente.

No continuó; volvió a la sala. Don Bruno la siguió.

—El testamento está hecho, Vicenta. A mí ese cholo no me toca.

—Con Rendón hubieras ido, papacito.

—No, hija, a ése le odia el cholo. Sería peor.

—¡Cierto! Ante don Bruno Aragones...

—Aragón, hijita; dí Aragón.

Y la tomó de la barba, sonriendo.

—¡Aragón! ¡Ahistá! Aragón de Peraltas.

—Peralta, Pe-ral-ta.

—Nada, nada tiene hablar así tu apellido de señor. El Cisneros, de veras, va a humillarse ante señor de "La Providencia". Señor verdadero. A Paraybamba el padre de Cisneros le ha quitado sus tierras. ¿Cómo va a ir?

—Va a ir, por eso. Anda ya al dormitorio o a la cocina. Facunda te quiere; todos te quieren.

—Mestiza buena, pues, soy. No corrompida. Hijito del gran señor hay en mi vientre.

—Sí. Don Adrián Aragón de Peralta y Gutiérrez Chalcos, para servir a usted.

—Aragones de Peralta Chalcos no más, mi padre ha sido malo.

—Pero era tu padre. ¡Ya! Cuida a mi hijo. Rendón no sabe que es su albacea. Voy a ver las estancias y a Paraybamba. Mañana regreso.

Don Bruno salió. Vicenta lo alcanzó en la puerta.

—Don Bruno —le dijo con solemnidad triste—, y si es mujercita, ¿qué mandas?

—Vicenta Aragón de Peralta. ¡Adiós!

La mestiza besó el poncho de vicuña del hacendado y corrió al dormitorio.

Don Bruno llegó al mediodía a las estancias; encontró a cien paraybambas cultivando las nuevas tierras que él había cedido para

sus colonos. No le extrañó. Sus colonos estaban en mita. Pero los comuneros quedaron espantados al ver el potro, y no pudieron huir. Permanecieron quietos, con sus lampas, en las parcelas no muy lejanas unas de otras.

Carhuamayo siguió de frente hacia la estancia del cabecilla principal, mientras Davicho pregonaba, increíblemente montado en uno de los finos caballos de la hacienda:

—¡Cahuildo paraybambas! ¡Cahuildo ó ó ó! Con el gran señor, cahuildo ó ó ó!

Corrieron los comuneros, ya sin mucho temor. La voz de Davicho no era de alarma ante el peligro, sino un llamado firme. Ellos mismos fueron repitiendo la orden, voceándola.

Demoraron en reunirse todos. Don Bruno esperó sentado sobre una banquita de madera que la mujer de K'oto adornó con un poncho de fiesta, nuevo.

—Patrón —dijo, y se prosternó.

Don Bruno la levantó del suelo. No le permitió que le besara los pies; le estiró las manos y ella le dio un beso en cada una.

—Tu hijo, perforista ya, y ahora montado en caballo —le dijo.

La vieja se puso a llorar. De verdad, Davicho montaba el "Puma".

—¿Han hecho puente los paraybambas, vieja? —preguntó el patrón.

Ella se quedó muda, y contestó tartamudeando. Su rostro cetrino cambió a color ceniza.

—Cierto, gran señor. Para llevar ganadito, cebada, trigo. Tú, ¡misericordia, señor! Dice has dado licencia.

—No te asustes, Santusa. Yo he dado licencia. Con el engaño de la lancha don Adalberto, padre, le quitó sus tierras a los paraybambas. He dado licencia para que negocien mis indios con Paraybamba. Sin puente no podía haber negocio.

—Oroya no más había.

—Ahora han venido a trabajar.

—Todos tus hijos, pues, en minas. Los paraybambas por la comida no más están trabajando; por el negocito también. Ya han pintado puerta de su iglesia.

Los comuneros no se acercaban. Esperaron estar juntos todos para asistir al cabildo. Los que llegaban se detenían a unos cincuenta pasos. Don Bruno hizo como que no los veía. Davicho galopaba voceando, llamando. El Pukasira tenía encendida toda la nieve en su ancha cumbre. Desde la estancia se le veía lejano, altísimo, con la cima entre los cielos.

Carhuamayo ocupó su lugar en la cancha donde solían celebrarse las reuniones con los indios de la hacienda.

—¡Todos ya! ¡Avancen! —*ordenó* David, sin desmontar.

No, no parecía el hijo de un siervo. Se había atrevido a lanzar órdenes con voz alegre y enérgica.

Cuando don Bruno se encaminó a la cancha, los paraybambinos avanzaron en masa, sin correr ni marchar, caminando rápido. Don Bruno observó la confusión. Antes de que llegaran los comuneros, unas veinte mujeres de la estancia se lanzaron al campo, a prosternarse ante el patrón. Don Bruno las detuvo levantando el brazo. Permitió que se le acercara una joven que tenía en la mano un ramo de hierbas. Las paraybambinas se quedaron en la bajada.

—¡Papacito! —exclamó la joven y se echó al suelo, junto a las botas de don Bruno.

—¡Levántate! No beses mis pies. No soy ya dios —dijo—. Soy tu patrón, tu dueño. ¡Alcánzame el ramo!

Las hierbas tenían un perfume etéreo, suavísimo, que transmitía, sin embargo, la esencia de la tierra.

Don Bruno olió el ramo, cada vez más pensativo.

—¿Cómo se llama la hierba? —preguntó en quechua a la joven.

—Quince yerbas, patrón, el apu (Dios). Pukasira los cría en el frío. Es para mesa [1], para altar.

—Hijita, ¿conoces a la señora Vicenta? —preguntó, con gran ternura, el señor.

—Sí, padrecito, patrón grande. Tu. . . tu mujer, pues.

—¿Sabes que va tener hijito de mí?

—Sí, gran señor, patrón.

—¿Montas a caballo? ¿Tienes caballo?

—Sí, gran señor.

—¡Anda, ahora mismo! ¡Llévale ese ramo a mi hijo! *A mi hijo.* Su olor penetra la carne, los huesos, todo, todo. Que desde antes de nacido conozca el verdadero hálito de la tierra. ¿Cómo te llamas?

—Serafina. A pie voy, patrón grande, corriendo. ¡Llego rápido! Mejor que con caballo.

—Gracias, Serafina. Bendita seas. . .

La india se echó a correr por el camino de la hacienda, sin pedir licencia a sus padres, sin volver a su casa.

—¡La pureza, la pureza; la gracia también! —exclamó don Bruno, viendo que las trenzas de la joven se mecían con la alegre, con la casi triunfal carrera.

—¡Que vengan los comuneros! —ordenó.

Carhuamayo había oído el diálogo, entre sorprendido y extraviado. El patrón cambiaba; iba "medio enloqueciéndose". Suprimía la reverencia y los besos a sus botas, de las mujeres. ¿Por qué? ¿No repercutiría esta blandura del señor en la autoridad del mandón, que era bueno, pero que, alguna vez, tenía que darles de vergazos en la cara a los colonos, ya con razón, o sin razón, porque convenía que sintieran su mano, que no la olvidaran, y también porque no era raro que llegara de mal humor a las estancias? Ahora recordaba su

[1] Manta sobre la que tienden las ofrendas a la tierra.

caballo reventado en la cuesta por la Felisa. El patrón le había dado otro, pero era demasiado brioso para él, que ya se sentía fatigado.

—¡He ordenado que vengan ya los comuneros, mandón! —dijo don Bruno.

Percibió que Carhuamayo meditaba.

Carhuamayo se sacudió. Tocó un pitazo largo, levantó la mano y gritó:

—Bajen. ¡Cabildo!

Los comuneros se quitaron los sombreros y fueron acercándose a la cancha con paso lento y solemne. En silencio, formaron un círculo alrededor de don Bruno, a quien escoltaron, por ambos costados, Carhuamayo y David.

—Nos días, gran señor —dijo el más viejo.

—Nos días —corearon los otros.

No se inclinaron. Permanecieron derechos, con expresión de profundo respeto, que don Bruno descubrió en el rostro inmóvil de cada hombre.

—Ustedes son comuneros —dijo en quechua—. No son mis indios. Puedo hablarles. No estoy enojado de encontrarlos en mis tierras. Mis indios están trabajando en la mina de mi hermano; ya van a volver. Ahora les he dado muchas tierras y licencia para negociar con ustedes. ¿Quién es el alcalde de Paraybamba?

—No hay alcalde —dijo el anciano.

—¿No hay alcalde?

—Gran señor: todos somos pobres, hambrientos, traposos; los más se han ido a la costa. Sus madres y mujeres están llorando sin consuelo. No tenemos tierras. No alcanza para fiestas. Nadie quiere ser alcalde.

—¿Cómo? ¿Y la fiesta de la Virgen de Paraybamba y de San Pedro y San Pablo? ¿Y la Navidad?

—No hay fiestas, señor. Por eso no hay alcaldes. Los mozos se están yendo del pueblo. Las mujeres están matando a sus recién nacidos.

—¿Qué has dicho, viejo?

—Están matando a sus hijos recién nacidos, para que no mueran de hambre y para que no se vayan del pueblo. ¿Quién va a ser mayordomo de fiesta si no hay triguito, papita, maicito, siquiera para consolar la barriga de los niños?

—¿Y el negocio con mis indios?

—Ha comenzado no más. Estamos llevando carneritos y lana para vender en la plaza de Lucasllak'ta. Hemos pintado iglesia. Cuando venga cosecha la gente va cantar, bailar. Ahora nadies canta.

—¡Viejo! Yo tengo mucha tierra. Te daré "Tokoswayk'o", toda la banda de "La Providencia", para que tu pueblo pueda sembrar. Mi padre cosechaba maíz allí. Yo me he dormido.

El viejo se quedó mirando a don Bruno, como si le hubiera

caído un golpe en la nuca. Todos los comuneros tenían la misma expresión.

—Viejo: me van a pagar un costal de cada diez. Les daré semilla. Que los colonos les presten herramienta?

Nadie contestaba. Un san jorge voló por encima de las cabezas de los comuneros; sus largas patas negras colgaban bajo sus alas rojas. El levísimo zumbido de sus alas retumbó en los oídos de los cien indios y del patrón.

—Don Adalberto, amenazando —se atrevió a hablar uno de los hombres.

—¿Es de don Adalberto esa tierra que te ofrezco, viejo? ¡Contesta!

—¡Wifááá! ¡Wifááá, werak'ocha, gran señor Bruno Aragones! —clamó el anciano.

—¡Wifááá! —corearon los cien indios.

—Tienen miedo —dijo Carhuamayo.

—¿Quién miedo ahura? —contestó en castellano el hombre que habló.

—¿Han hecho puente? —preguntó don Bruno.

Los cien comuneros enmudecieron.

—¿Puede pasar mi potro por el puente? —volvió a preguntar el hacendado.

—Puede pasar ligero —contestó el anciano, con alivio.

—¿Dónde está el cura de Paraybamba?

—Se ha ido a Lucasllak'ta, gran señor.

—Viejo: síganme a Paraybamba. Vamos a hacer cabildo. Elijan a sus alcaldes varayok'. En nombre de mi hijo, quiero ser padrino de los varayok' de Paraybamba. ¿Sembrarán maíz en Tokoswayk'o, como mi padre?

—Con perdón del gran señor muerto, con perdón de ti, gran padrino, mejor vamos a sembrar. Desde mañana sacaremos monte, la mala hierba.

—Viejo: te voy a mandar cien sacos de semilla y cien para que repartas entre los más pobres. ¿Hay algún rico en tu pueblo?

—¡Desgracia, gran señor! Hay tres, son compadres de don Adalberto. Nos aprietan pidiéndonos lo que nos han prestado. Ellos tienen la llave de la cárcel, de la alcaldía, de la escuela.

—¿Son comuneros?

—Eran comuneros. Ahora dicen son vecinos. Quieren que le digamos "señor".

—Y les dicen.

—¡Nunca! Nos meten a la cárcel por eso también.

—¿Hay otros comuneros que son del bando de ellos?

—Sí, gran señor; unos veinte, por hambrientos, por maldición.

—¿Cuántos son ustedes?

—Poquitos, ahora. Mil.

—Viejo: es hora todavía. Vamos a Paraybamba. Nombren alcaldes. Yo voy a dar tres mil soles para la fiesta...

—¿Por qué, gran señor? ¿Va a cobrar interés? —dijo el mismo hombre que había hablado.

—Viejo: yo soy gran *señor*. No presto; no robo. Castigo a mis indios cuando hacen pecado; cuando faltan mis órdenes. ¡Contesta, viejo!

—Ese hombre, gran señor, un poco perro; el que ha hablado...

—Yo... ¿perro? ¡Viejo asquero...!

No pudo concluir la palabra. Don Bruno estaba frente a él, y sus ojos azules despidieron una llama candente.

—Hambriento, pues, hambriento... —dijo alguien.

—¡Tú, padrino de Paraybamba, hijo del Pukasira!

—No, viejo. Hijo de Dios Padre —se descubrió—, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo.

Los indios inclinaron la cabeza.

—Hijo de Dios, tú, gran señor. Don Adalberto, hijo... de nadies, del mal viento. No de mujer, gran señor. ¿Dónde haber mujer que para hombre así?

—Ya, viejo. ¿Al galope?

Sólo el hombre a quien calificaron de "un poco perro" se fue atrasando. Los otros comuneros adelantaban a los caballos, porque el camino de herradura era malo, no servía de comunicación sino entre la gran hacienda y los pueblos pequeños del oeste, el primero de los cuales era Paraybamba.

Llegaron al declinar el día al puente. Los comuneros habían logrado tender grandes maderos de eucalipto hasta una gigantesca piedra que cortaba la corriente a mitad del río. La piedra había sido devastada a dinamita y luego empalmada a barreno. Los bloques arrancados y la huella de las herramientas se destacaban claramente en la mole azul de la roca. De la misma piedra, otros troncos de robles se extendían hasta la otra orilla. El puente no era recto, formaba un ángulo cuya base era la piedra. Aunque no estaba en el centro del puente, la piedra aparecía con una cruz de madera, pintada de rojo.

Los comuneros habían formado el piso angosto con chakllas, pequeñas ramas planas, y barro. Varios cordeles de fibra de maguey orillaban la obra y defendían a los transeúntes.

Los cien comuneros se formaron en dos columnas delante del puente, para que Aragón y sus pajes lo pasaran primero. Don Bruno se detuvo. El puente no sólo parecía firme, sino hermoso. La cruz roja presidía el río angosto y salvaje, proyectaba la sombra de su pasión a uno y otro lado de la corriente.

—¡Viejo! —gritó don Bruno.

El anciano que presidía una de las filas se acercó al potro.

—Tú, primero. Te ruego —le dijo—. ¿Eras carpintero?

—No, señor.

—Entra tú primero.

El viejo obedeció.

El potro vigilaba con los ojos ambas orillas del puente, como si para él fuera muy angosto. El anciano se detuvo frente a la cruz. Exhibía la figura del sol y de la luna en el madero horizontal. Don Bruno bajó del potro. La piedra formaba una especie de descansillo o de redondel firme en medio puente.

—Recemos, viejo.

Don Bruno llevó del brazo al anciano, y ambos juntos se prosternaron sobre una grada de piedra, delante del crucifijo:

"Apu yaya Jesucristo. . ." —oró en quechua el patrón, y el indio lo siguió, como si el río hubiera hablado. ¡Un gran señor, rezando en quechua, a su lado, al lado de un comunero que no era autoridad constituida y que no llevaba vara ni traje limpio y ornamentado, de ceremonia, sino una camisa y una wara (pantalón) remendados y sucios!

Carhuamayo y David no pudieron desmontar, se encontraban en la parte angosta del puente; pero los comuneros se arrodillaron en el suelo.

—¡Wifááá —gritó con voz cristalina. David, asustando un poco al moro.

—¡Wifááá! —contestaron los cien indios. Carhuamayo se mostraba cada vez más pensativo.

La pequeña multitud se había formado junto al lecho del bullente río, en el fondo de la quebrada. Su grito trepó las alturas.

Cuando llegaron a las primeras casas de Paraybamba, comunidad libre ahora rodeada de haciendas, una multitud de hombres, mujeres y niños estaban agolpados en el "Kararpariy-pata", el andén de las despedidas.

¿Maymantan hamunki,	¿De dónde vienes,
pin kanki	quién eres,
muru pillpintu?	mariposa manchada?
Ama kiriwaychu	No me hieras,
ama llakita apamuychu.	no me traigas el dolor.
¡Kutipuy, kutipuy!	¡Vuélvete, vuélvete, por piedad!
¡Ah! !Uhu ú ú ú. . .!	¡Ah! !Uhu ú ú ú. . .!

Cantó un grupo de mujeres, cubriéndose la boca con sus mantas. Entonces el anciano se detuvo. Alzó el brazo y volvió a gritar la voz de triunfo.

—¡W i f á á á . . .!

Los cien hombres contestaron. David oyó el harawi de las mujeres y recordó a don Cisneros. ¿Qué límites existen entre el canto a la muerte y el himno a la victoria? ¿Qué confusión entre ambos,

qué mezcla natural se forma, al oírlos, uno tras otro, o juntos, en el pecho que más disposición tiene para la lucha que para la meditación? Davicho se lanzó al galope por el camino; se quitó el sombrero rindiéndolo con uno de sus brazos, al pasar junto a don Bruno, que meditaba.

—¡Wifááá! ¡Wifááá! ¡Que viva la patria! Que viva, comuneros! ¡Viva mi patrona doña Vicenta! ¡Su hijo, su hijito! ¡Que viva! —clamaba. Espoleando al "Puma" ingresó al pueblo. Siguió gritando por las calles vacías, frente a las casas descascaradas y sin gente; frente a la iglesia recién pintada de azul, que vivía, que tenía llama entre el polvo todo de Paraybamba.

El "Puma" sudaba y se sentía más feliz que su jinete.

David desmontó; corrió a la torre. Demoró mucho en subir hasta las campanas, por las gradas oscuras y casi abandonadas. Con ambas manos se echó a tocarlas repicando, llamando a rebato, sin seguir ejemplo alguno.

Vio aparecer al pueblo, caminando como en procesión, lentamente.

Don Bruno observaba a los indios. Muchos de sus colonos eran flacos, de aspecto enfermizo; pero toda esta gente que iba tras él y a su lado, en un frente de varios metros, no tenían quizás semblantes más enfermizos pero, a pesar de la marcha que seguían con una especie de animación que se sentía en el cuerpo de toda la masa, los semblantes estaban manchados no por la tristeza ni el abatimiento, sino por un espanto o angustia que endurecía o había fijado las pupilas de sus ojos. "¿Comuneros libres? ¿Comuneros libres? No. En la boca del sepulcro o de la condenación", pensó don Bruno.

Se alivió al contemplar la fachada azul de la iglesia, con sus ocho hornacinas y santos mutilados, pero relucientes.

La iglesia tenía un atrio bastante alto, más aún que el de San Pedro. Don Bruno se arrodilló en la última grada y se santiguó; todos los indios siguieron su ejemplo.

David bajó de la torre.

El señor de "La Providencia" volvió la cara hacia el Común, allí reunido, completo. Iba a decir algo, pero dio una orden.

—¡Carhuamayo!

—Patrón.

—Monta tu caballo. Pon tu mano sobre la Colt. Colócate a mi extremo izquierdo.

Un indio tenía de la brida al caballo.

—¡Carhuamayo! En nombre de nuestro Señor, obedecerás mis órdenes sean cuales fueren.

—Sí, patrón.

—David K'oto. ¡Hijo mío!

—Patrón, gran señor.

El mozo no se prosternó. La última frase pronunciada por don

Bruno como con la voz de un manantial, lo hizo mantenerse erguido.

—Monta al "Puma". Colócate un poco afuera. ¿Están con mecha tus tiros?

—Sí, patrón grande.

—Cumplirás mis órdenes. Prende un cigarrillo.

—¿Como diablo, patrón?

El potro joven estaba solo, orejeando ante la multitud, porque algunos niños podían jugar, y correr delante de él. Uno lo estaba mirando, cuando David montó y puso en fila los cartuchos en su cinturón y prendió un cigarro.

—¡Dios querido! ¡Mi señor ya está loco! Pero voy a disparar si él manda —dijo Carhuamayo—. ¿Qué le van a hacer estos pobres?

Es que don Bruno estaba frente al cerro Antaray y pudo ver a tres montados trasponer el abra. Sospechó que debía ser Cisneros. Por esa abra se venía de "Parquiña" a Paraybamba. Cisneros intentaría llegar al anochecer. ¿Con qué objeto? Ya lo sabría; además, él, don Bruno, lo recibiría.

—¡Viejo! —ordenó—. Habla. Abre el cabildo. Eres el mayor. Dales cuenta de mi ofrecimiento de sembrar maíz, a diez por uno en Tokoswayk'o, de todo lo que he ofrecido.

El viejo levantó el brazo.

—Abro cabildo —dijo.

—No es domingo. Ese viejo no es nadie para abrir cabildo —habló un hombre, adelantándose hacia don Bruno. Vestía de pantalón y americana de casimir; su sombrero no era un lok'o de hechura india, sino de fábrica; estaba calzado.

—¿Y tú quién eres? ¿Qué representas? —le preguntó el hacendado.

—Yo soy "vecino" de este pueblo. Tengo mando —contestó con firmeza.

—¡Ajá! A ver; ¿rezas el Credo en castellano? —replicó don Bruno.

Los comuneros observaban el diálogo, todos. Hubo un silencio nocturno alrededor de los hombres.

El comunero de americana dudó; luego se puso pálido.

—No sé —dijo—. Pero tengo mando. Éstos son hambrientos, yo...

—Indio falsificado, excremento del diablo, tienes plata porque les has robado a tus hermanos. ¿No eres Policarpo Chamochumbi Ledesma?

Antes de que contestara, don Bruno le preguntó al viejo.

—¿Lo mandas a la cárcel? Eres el mayor. Como no hay autoridades tú eres el único que tienes mando.

—Él guarda la llave de la cárcel, gran señor.

—¿En tu bosillo, Chamochumbi?

—Sí. Yo no pendejo. A mí...

Don Bruno le apuntó con la pistola belga.

—¡Quieto, ladrón! —le ordenó—. Que vengan tres *k'ollanas.*

Saltaron tres mozos de la multitud hacia el claro en que estaba parado el indio de americana.

—Sáquenle las llaves.

Tenía una sarta en el bolsillo, y destacaba una amarilla y larga.

—De cárcel llave —dijo en castellano uno de los *k'ollanas*, mostrándola.

—¿Mandas que lo cuelguen de la barra, viejo?

—Del último punto, gran patrón.

—Es justo. Oye, Chamochumbi: cuando estés en la barra, piensa en Dios, arrepiéntete. Del último punto, puedes soportar unas horas. Estás bien comido.

—Y... venganza.

—De tu conciencia, mal hijo de Dios.

Se lo llevaron torciéndole los brazos sobre la espalda.

—¡Ahura! ¿Dónde don Cisneros? ¿Donde carajeo? —le dijo uno de los mozos.

—¿No has visto huanaco? —contestó en quechua el preso—. Don Cisneros ya ha bajado de Antaray. Llegará al anochecer. Vas a temblar.

—¿Está bajando? Mataremos, entonces. Más nochecito a ti. ¿Con don Bruno va a poder cholo Cisneros?

—¡Cholo Cisneros! ¡Ja, ja, ja! Ahora gran señor de "Parquiña".

—Aunque sea, siempre cholo, pues. Más todavía. Reza bonito; te vamos matar... Para ti no habrá sepultura; al río, como a cuerpo de perro con mal de rabia, te vamos a echar.

El hombre tembló. Y él y sus guardas oyeron un tumulto. La cárcel estaba frente a la iglesia. Uno de los mozos *k'ollana* volvió la cabeza. David, montado en el potro, y Carhuamayo, apuntando con su pistola, más veinte mozos, arreaban en tropa a todos los incondicionales de Cisneros.

Un estampido se oyó en la plaza. David lanzó un cartucho de dinamita, lejos, donde no había gente. Y gritó:

—¡Wifááá!

El grupito de presos corrió en dirección a la cárcel.

—¡Chamochumbi, carajo! ¡Mintiroso carajo! ¡Aura judido, por ti, pierro! —le dijeron.

Uno de los hombres del grupo logró alcanzar al comunero de americana y le dio varios puntapiés. Lo metió así, violentamente, dentro de la cárcel. Y él ingresó, antes que los otros. Encerraron a dieciocho. Y adentro, mientras tres mozos que se quedaron a vigilarlos desde fuera los oían, e[illegible] pezaron a insultarse.

—¡Estoy en la barra, cobardes! A mí no me peguen; jodan al Anacho, jodan al Anacho. Ése recibe plata de don Cisneros. Hasta su hija le ha dado. ¡Es un maldecido! —gritaba Chamochumbi.

—¡Arí! (sí) —exclamó Anacho—. ¡Mátenme! Con el hambre de nuestros hermanos hemos engordado. ¡El diablo está en mi adentro!

Entonces se calmaron, y empezando por el insolente Chamochumbi, comenzaron a lamentarse. Algunos lloraban, echados sobre la paja del suelo.

—A mi hija, judido don Adalberto. Botando después, embarazada. Dice, ahura, es hijo de pongo. ¡Suéltame, Palusha, cuando entre a la plaza don Cisneros! Yo voy a matar.

—No —contestó el mozo—. Autoridad va a haber. Él resolverá. Don Bruno seguro va a dar justicia. Si quiere, por el Santo Señor, que Paraybamba tenga fiesta, varayok', tierras nos dará. Si no, ¿cómo ha de vivir la autoridad, cómo vamos a celebrar a la Virgen? Tú, Anacho, paga en cárcel, tranquilo, llorando, lo que has abusado, lo que has quitado su almita a tu hija. ¡Quince años no más tenía! ¡Yo te la hubiera pedido con mi padre...! Ahora don Cisneros le ha contagiado su pus; ¡a su cuerpo le ha metido noche a noche, podredumbre de su cuerpo!

Cuando el cabildo eligió al varayok' alcalde y a cuatro regidores, don Bruno preguntó:

—¿Y las varas?

—Chamochumbi las tiene —contestó el anciano, que ya era alcalde.

—Anacho también —dijo uno de los regidores.

—Vayan con Carhuamayo y Davicho. Pidan de buena manera las varas, si la familia...

—Señor, vamos; entregamos —dijeron dos ancianas que habían permanecido en silencio, sin llorar.

—¿Quién eres tú? —preguntó el hacendado.

—Madre de Anacho.

—¿Y tú?

—Madre de Policarpo.

—¡No han defendido a sus hijos!

—No, gran señor. Al sucio señor don Cisneros servían; para él, con él robaban...

—A mi nieta la entregó... ¡Vamos! ¡Dios Pukasira! —gimió la otra mujer.

No fueron las autoridades, sino diez hombres maduros a cada casa. Tardaron mucho; don Bruno se inquietaba. Iba a dar órdenes a Carhuamayo, pero desembocaron por una esquina los veinte hombres. Tres y dos venían por delante, separados por un espacio. Avanzaron los cinco hombres llevando las varas extendidas horizontalmente. La del alcalde, con sus anchos anillos de plata y una cruz

que colgaba de una cadena delgadísima, desde el puño del bastón, tenía amarrada una cinta con los colores de la bandera peruana.

Del Perú, las comunidades todavía aisladas de indios, no conocen sino la bandera. No saben siquiera pronunciar el nombre Perú; el universo concluye para ellos en los límites del distrito; no conocían ni conocen, casi todas ellas, el nombre de la provincia, mucho menos del departamento. "¡Bandera piruana!", sí, saben decir. E intentan protegerse con ella de las incursiones de los hacendados, de las autoridades políticas, de los policías. Y la agitan cuando se sienten felices. Porque hasta hace poco, todos, miserables y topoderosos, respetaban esa misteriosa insignia. Bosques de banderas peruanas tiemblan sobre las chozas que las familias sin casa construyen "clandestinamente" en los arenales sin dueño que invaden en los alrededores de Lima. Cada vez las ponen a mayor altura, sobre carrizos excepcionalmente grandes o empalmando dos o tres cañas. Pero ya las balas no respetan la "bandera piruana' en los últimos años; al pie de ella caen muertas criaturas y hombres hambrientos. No la cambiarán, sin embargo, los indios, no sabemos hasta qué tiempos, y según lo que hagan ellos mismos y quienes los consideran únicamente como caballos de tiro.

Pero ese atardecer, en Paraybamba, don Bruno, Carhuamayo, Davicho y los varayok' elegidos, besaron la cinta, de rodillas. El bicolor pequeñísimo de la delgada cinta, luciéndose en la ruinosa plaza, tuvo más luz que el sol y acaso que los dioses, para muchos de los comuneros que la vieron moverse, apenas, en el puño de la vara de alcalde. Luego del homenaje, el viejo apoyó su bastón de mando sobre el piso y dijo en quechua:

"Desgraciados paraybambas: con la tierra de maíz de Tokoswayk'o que a diez por uno nos ha dado el señor grande Aragones de Peralta, habrá autoridad, habrá fiestas de nuevo en nuestro pueblo. Vamos a tener Común, de nuevo. El señor grande ha ofrendado al Común tres mil soles; dice le pidan para pagar a don Cisneros lo que le deben. Va a esperar cinco años sin cobrar intereses. ¿De qué modo hay, desgraciados paraybambinos, señor como Aragones de Peralta, don Bruno? Dios sabrá; nadie más. El domingo, con mil soles, vamos a celebrar elección de alcalde. Vamos a bailar, después de veinte años. Gracias, gran señor Aragones de Peralta, don Bruno. ¡En nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, que sea bendecido el hijo de nuestro padrino; que la mañana en que nazca, el cielo esté despejado y que salga el padre sol, limpio, para que así sea el niño Aragones de Peralta, hijo de doña Vicenta! Pueden irse.

—No, alcalde —dijo don Bruno—. Un rato. Voy a preguntar al Común. ¿Le tienen miedo todavía ustedes, comuneros, hijos de Paraybamba, a don Adalberto Cisneros?

—¡Nada de miedo! —contestó el alcalde.

—Contesten, regidores.

—Rencor; odio. No miedo.

—Bueno, hijos; Cisneros está acercándose al pueblo con dos montados. Que se vaya toda la gente, menos diez mozos y los varayok'. Vamos a esperarle aquí.

—¿Está bajando? —preguntó David, y prendió un cigarro.

—Paraybambas: viejos, hombres maduros, mujeres, mozos, niños: váyanse. Aquí, con el gran señor vamos a esperar a don Cisneros. Le vamos a notificar que jamás vuelvan —dijo el alcalde.

Le obedecieron en silencio. Uno que otro mozo y hombres de 30 a 40 años se sobrepararon un instante en la plaza, pero luego siguieron andando, y no quedaron en el atrio sino diez mozos, que el alcalde había designado por sus nombres, y los cinco varayok's.

Los comuneros se encerraron en sus casas por orden del viejo alcalde; sólo algunas casas que ya no tenían puertas fueron protegidas, simbólicamente, por trapos que colgaron desde cañas extendidas sobre lo alto de los muros semiderruidos.

Oyeron el tropel de los caballos de Cisneros. Los mozos especialmente, sufrieron, porque se les prohibió salir. Había aún luz del sol, pero nada más que su resplandor, que se extendía sobre el altísimo cielo y doraba o hacía llamear a las nubes. La inmensa quebrada revivía, a pesar de su sequedad, con ese resplandor feliz y penetrante que bajaba del infinito.

Cisneros se extrañó algo al ver las cruces inútiles de troncos carcomidos y trapos a la entrada de las casas. Él y sus acompañantes habían visto, desde la cuesta, al pueblo reunido en la plaza y los tres caballos. Ninguno pudo adivinar quiénes podían ser los jinetes, a pesar de que vieron al famoso potro negro de Aragón.

—Deben ser el gobernador y los tenientes de Lucasllakta —dijo uno.

—O enganchadores de peones.

—A lo mejor cuatreros que les están quitando, reuniéndolos en la plaza, lo que ya no tienen —dijo Cisneros, sonriendo—. Vamos donde Policarpo.

—¡Don Adalberto llama, Chamochumbi! —voceó uno de los mayordomos, sin tocar la puerta.

Salió la madre.

—Estará en la plaza —dijo—. No ha regresado, señor.

—¿Y Anacho? —preguntó el mismo hombre.

—Estará en su casa.

—¡Ah! ¡Vieja! ¿Sabes que ya soy señor de "Parquiña"? —se dignó hablar Cisneros.

—Sí, señor. Que sea para bien, señor.

—¿Señor? ¡Gran señor! ¡Acércate!

La vieja fue hacia la mula.

—Besa mis botas, vieja —ordenó don Adalberto.

—Señor, yo... vieja, soy del Común; nunca he sido de "Parquiña".

—Ahora voy a meter Paraybamba en "Parquiña", de una vez. Así tendrán ustedes patrón y comida. ¡Besa mis botas!

—Señor, Paraybamba es comunidad libre. Jamás aquí nadie ha besado las botas ni las manos de los patrones.

—¡Ah! ¡Muy bien, vieja! ¡Mejor! Donde nadie ha besado tú vas a besar. Serás la primera; el patrón te recordará.

La vieja, en lugar de obedecer, corrió; se metió en su casa y cerró la puerta.

—¡Échale dos tiros, Pedraza! Si le cae, no importa.

Pedraza disparó sobre la puerta. Esperaron un instante y no oyeron llantos ni palabras.

—No importa —dijo Cisneros—. Es vieja. Vamos donde Anacho.

Voltearon la esquina. Las nubes ennegrecían lentamente. Por el oeste se hicieron lóbregas y aparecían rasgadas, como un universo intranquilo que ahondaba el terror.

—¡Anacho! ¡Carajo! —gritó en la puerta el mismo jinete.

Aparecieron la madre y la nieta embarazada.

Cisneros se irritó.

—¿Quién te ha llamado, vieja? —dijo.

—Don Anacho no está —contestó la mujer—. Tu hijo no más. Aquí —y señaló el vientre de la muchacha. Ella parecía como ausente y espantada, o idiota.

—¿Mi hijo, vieja perra? ¡Hija de pongos asquerosos...!

Interrumpió las palabras porque la vieja tenía una expresión verdaderamente amenazadora que sorprendió a los tres jinetes.

—¿Metes pongos a tu cama, don Adalberto? ¿Con pongos haces dormir primero a tus mujeres? ¿Robas mujeres para tus pongos? ¿A ellos les sirves?

La vieja pronunció las frases despacio, y ninguno de los tres pudo interrumpirla. Y cuando Cisneros se repuso y alcanzó a comprender todo lo que le había dicho, lanzó la mula sobre la vieja; pero ésta dijo, subiendo las gradas que separaban la pequeña tienda, de la calzada.

—¡Dios está esperándote en la plaza, don Adalberto! Mejor anda de una vez allá.

—¿Dios? —exclamó el otro mayordomo, Julio Pandulfo—. ¿Dios? ¿Ha oído, patrón?

—¡Cojudo! Rebenquea a esta vieja mientras yo voy a ver a Dios con mi Colt y con Pedraza. Si no le has roto bien la cara te cuelgo en la barra diez horas. ¡Vamos, Pedraza!

Pandulfo levantó el rebenque.

—Don Julio, persígnate, mejor. Te has salvado. Esos dos van a morir. Irán al infierno —le dijo la mujer de Anacho.

Pandulfo bajó el rebenque.

—¿Qué Dios, viejita? —preguntó—. Dios está en el cielo.

—Sí, don Julio. Pero por el puente a "La Providencia" ha llegado. Va a castigar a don Cisneros. Justicia ha de haber. Tú no vas a morir.

—¡Ah, vieja güevona! Ése es don Bruno Aragón... su potro negro. ¡Baja las manos!

Bajó las manos...

Y Pandulfo le cruzó la cara con el rebenque. Remataba el látigo trenzado en una especie de palmeta aguda, de cuero blanco y muy duro. Con esa lanza le golpeó el rostro.

—¡Tiene que salir sangre! ¡Harto! —dijo el mayordomo, ya tranquilo.

Cuando pudo romperle la piel, y gotas de sangre aparecieron en las mejillas de la vieja, la moza embarazada se puso delante de su madre.

—¡Latiguea aquí! —dijo, señalándose el vientre—. En esta hinchazón de pus de tu amo. ¡Reviéntala, papacito! ¡Papacito, reviéntala!

El mestizo cesó de manejar el rebenque y contempló a la muchacha.

—¡Entuavía está buena! —le dijo—. Yo te montaría ahurita. ¡Caray!

Todo lo había oído la familia vecina, que sólo colgó un trapo para proteger la puerta. El padre, un hombre de cuarenta años, y su hijo, un mozo de dieciocho años, se arrodillaron para no dejar salir a la madre y a dos hermanas ya *pasñas*, casaderas. Lloraban. Arrodillados, los dos hombres, se comían el corazón. El alcalde había ordenado que no salieran, ocurriera lo que ocurriera, salvo que las campanas tocaran a rebato. Y ellos obedecerían. Si no, ¿para qué serviría la autoridad?

Cuando Pandulfo lanzó su caballo a la carrera hacia la plaza, se oyó un estampido que sacudió al pueblo e hizo gemir a las montañas; y luego otro, y otro estampido.

—¡Dios! —dijo Pandulfo—. ¿Ése es Dios?

No pudo detener a las dos mujeres, madre e hija, que corrieron hacia la plaza, pasando junto a él; la vieja tenía la cara ensangrentada y creyó ver que la sangre le chorreaba. Se quedó parado, mirando las orejas inquietas de su caballo. No se decidía a huir ni a seguir tras de las indias. La lobreguez de las nubes del oeste se rasgaban en mantos que parecían abismos devorantes. "¡Se tragan el ánimo!", dijo el mestizo, viendo cómo se ahondaban y cubrían el cielo. "¡A mí, no!" Y se quedó en la calle, oyendo.

Cisneros desembocó en la plaza, bien montado; su mula de casta pura, braceaba. Lo seguía Pedraza en un caballo fuerte y elegante. Él, sobre todo, don Adalberto, perdió la conciencia al reconocer a don Bruno y a Carhuamayo. Y siguió adelante sin pensar ya en lo que haría. Pedraza llevó su mano derecha a la revolvera. "Habrá pelea, seguro", pensó. "Moriré matando. Pero yo no apunto al señor."

Don Bruno, de pie, cerraba la fila de los cinco vayarok'. Los diez mozos formaban una segunda fila. Cada uno tenía un palo de lloque o de chachacomo en la mano. Carhuamayo, a caballo, escoltaba, a unos pasos, a su patrón. David aparecía, casi libre, fuera de la formación, al pie de la torre, montado en el "Puma" que orejeaba vivamente.

Cisneros acortó el paso de la mula, la asentó y el animal empezó a bracear majestuosamente. Pedraza alcanzó a su patrón.

—¿Disparo, don Adalberto? —preguntó—. Los indios van a correr. Luego apresamos a don Bruno. A esos jinetes yo me los como desde aquí.

—¡Imbécil! Están con Aragón de Peralta. ¡Y envarados! Y el Max no viene. Ahora hay que hacer de zorro, no de león. Felizmente me has hecho pensar. ¡Adelante; despacio!

Llegaron frente a las autoridades y don Bruno. El señor de "La Providencia" no miró a Cisneros sino a la mula. La contempló cuidadosamente, esperando que el cholo hablara.

—Buenas tardes, señor Aragón de Peralta; el gran señor de "Parquiña" lo saluda —dijo, por fin, Cisneros. Vaciló unos instantes.

—Esta excelente mula es cría de la hacienda "Pangora" —contestó don Bruno.

Los indios entendieron pocas palabras de la respuesta, pero observaron que Aragón no se dignaba mirar a Cisneros.

—¿Es la respuesta a mi saludo? —preguntó el cholo, conteniendo apenas la ira.

—Mire, don Adalberto, siempre es usted el mismo. No aprende. Si su mula hablara habría saludado como es debido.

—¿Qué dice? ¿Cómo?

—Habría dicho simplemente: "Buenas tardes, señor Aragón de Peralta."

—¿Y no soy gran señor de "Parquiña"? ¿Usted no lo ha sabido?

—¿No es usted quien verdaderamente no lo sabe? Un gran señor se baja primero de la bestia en que está montado para saludar a un caballero y a las autoridades de un pueblo. Si su mula hablara se lo habría aconsejado, porque ella se ve que es de buena casta.

—¿Quiere que me baje para que usted me haga "huayquear" [1] con estos indios hambrientos? . . .

Don Bruno sonrió, mirando a Pedraza, con expresión irónica y piadosa.

[1] Golpear entre muchos a uno solo.

—Su patrón, amigo, no sabe lo que es un señor. Los mestizos, únicamente los mestizos y los vecinos hambrientos se "huayquean". Los indios usaban ese método para cazar bestias.

Pedraza no encontró la manera de responder. Luego de un brevísimo silencio, dijo:

—Yo no soy mestizo.

—Claro, amigo. Y usted, creo que saludará, como conocedor de las costumbres de nuestros pueblos, al alcalde del Común de Paraybamba. Le ruego hacerlo.

Pedraza descabalgó.

—¡Asno! ¿A qué alcalde vas a saludar?

—Al alcalde, pues —contestó Pedraza.

Se acercó al viejo y le dio la mano.

—Tardes, alcalde —dijo.

"Más zorro que yo; ha conseguido que insulte a mi administrador delante de él. ¿Sabrá que el Pedraza es pretencioso? ¿Cómo le jodo?", pensó Cisneros. "Son muchos; el Carhuamayo tiene la mano sobre el revólver; ese indio mozo será pa'cagarse en él no más, pero los otros diez que me odian..."

—Aquí no hay alcalde... —dijo con su voz aguda de gordo.

—Don Adalberto, hablemos en quechua. Estamos en casa ajena donde no se habla sino quechua —le interrumpió don Bruno—. Además, usted ha venido a hablar con ellos, no conmigo.

—Monta, Pedraza —ordenó Cisneros, en tono amistoso.

Los comuneros permanecieron inmóviles hasta ese momento. No entendieron el diálogo, pero vieron que Pedraza saludó al alcalde por indicación de don Bruno y que Cisneros no tenía la expresión feroz del todopoderoso, sino otra, quizás la que correspondía a su verdadera naturaleza: un mestizo ladrón que no puede enfrentarse a un verdadero señor creyente.

—Bueno. Es de razón —dijo Cisneros—. Yo nada tengo que hacer con usted. Voy a preguntar. Usted no se meta.

—¿Otra vez, Cisneros? Hable, yo intervendré únicamente cuando sea indispensable.

Davicho lanzó su potro a la carrera, galopando hasta una esquina, y volvió nuevamente a su lugar. Levantó polvo de la plaza.

"Algo tiene ese indio", reflexionó Pedraza. "No estaría a caballo si fuera indio común."

—¿Por qué llevas vara, viejo? —preguntó Cisneros en quechua al alcalde, sin dar importancia a la maniobra del jinete colono.

—Soy alcalde del Común. ¿No estás viendo, don Adalberto? Éstos son los regidores, y los diez mozos, "campos". Polecía.

—Eres bruto, viejo. Aquí, en Parauybamba, hace veinte años que no hay alcalde.

—Ahora hay. ¿No has visto el cabildo desde la cuesta, con tus ojos, don Adalberto? Cabildo grande. Todo el Común ha elegido.

—Esa vara que llevas estaba en la casa de Policarpo Chamochumbi; en la de Anacho, otras varas había.

—Anacho y Policarpo pecaron contra el Común. Se robaron las varas. Eso es delito. Ahora Chamochumbi está colgado en la barra; Anacho está llorando en la cárcel. Mira, don Adalberto, tres "campos" *k'ollanas* guardan la puerta.

Los dos jinetes volvieron la cabeza hacia la cárcel. Cisneros hizo bailar sus ojos delante de los regidores.

—¡Indio! —gritó. Iba a llevarse la mano al revólver, pero estaba Carhuamayo frente a él con expresión tranquila—. ¡Indio! —repitió, levantándose un poco sobre los estribos—. Chamochumbi y Anacho son vecinos. ¿Cómo te has atrevido?...

—Ninguno sabe rezar el Credo en castellano —le advirtió Aragón.

—¡Yo tampoco!

—No sois vecinos, pues, amigo Cisneros, conforme a las costumbres que usted mismo defendía en mi hacienda.

—¡Gran señor de "Parquiña"! ¿Para qué necesito el Credo?

—Para ser considerado, no ya como gran señor sino vecino común. En Lucasllak'ta, el indio comunero Demetrio Huamanchilka, tiene cinco mil carneros y tres mil alpacas. No sabe el Credo en castellano. Es indio avaro. Ni siquiera podrá ser regidor. Ya no tiene derecho a hablar en los cabildos. Es *llutan* indio, indio de baja condición. ¿Entiende?

—No entiendo. Lo que entiendo es que este viejo me responde por Anacho y Policarpo.

—Dígaselo.

—¡Oye, indio! ¡Perro viejo! Si has hecho colgar de la barra a Chamochumbi te voy a hacer capar, aquí en la plaza. Aunque ya no te sirven los testículos, te voy a hacer capar.

El alcalde permaneció rígido y mirando a Cisneros con ojos más penetrantes y fijos que los de una víbora.

—A ti te sirven todavía para maldición, señor. Te voy a hacer capar yo, más bien.

Levantó su vara, mientras Cisneros perdió otra vez la conciencia. Oyó unos estampidos que sacudieron sus huesos y su gran capa de grasa; así, medio sordo, sintió que su mula daba un salto y él caía al suelo.

—Usted no intervenga. No tiene parte... ¡Quédese ahí o lo matan! —oyó la voz de Aragón.

Pedraza iba a disparar sobre los indios. No lo hizo. Guardó su pistola. Vio cómo un mozo hería a la mula en la verija con una especie de lanza de madera mientras los otros nueve los rodearon. El jinete del potro joven lanzó tres cartuchos de dinamita muy cerca del atrio, pero midiendo con exactitud la potencia del explosivo. Sacudió la tierra, aventaba un aire fuerte y caliente sobre el cuerpo, pero no causaba más daño. "¡Bestia, bestia! ¡Cómo mide la me-

cha!", exclamaba Pedraza, en tanto que amarraban con sogas a su patrón y lo lanzaban como a un saco a los pies del alcalde.

—Si hubiera usted dicho, de verdad, que sabía rezar el Credo, no habría permitido que lo trataran como a indio, oiga, Cisneros —dijo don Bruno, de pie, agachándose un poco hacia el cholo—. Pero ahora está usted en manos del alcalde. ¿Por qué, después de todo lo que hizo su padre con este pueblo, usted no le dio un poco de protección en lugar de pretender engullírselo? No se tiene noticias, en estos últimos tiempos, de que una comunidad libre haya sido anexada a una hacienda. Hay casos, y muchos, de pueblos libres que se mueren de hambre como éste. Pero. . . voy a interceder para que lo desamarren y haré de intermediario entre usted y Paraybamba. Soy padrino de los varayok' recién elegidos.

Nunca se supo si Cisneros entendió bien las palabras de Aragón. Don Bruno solicitó a su ahijado que hiciera desatar a Cisneros y que anulara su sentencia de castrarlo. Que, a esa hora, arreglaran todas las cuentas con el hacendado y que lo notificaran para que nunca más volviera.

Cisneros se levantó; no quiso mirar al alcalde.

—Este pueblo me debe veinte mil doscientos soles —dijo—. Le embargaré la poca tierra que les queda.

—¿Tiene la lista de los deudores y los recibos? —preguntó Aragón—. Y hable en quechua.

—Yo siempre llevo mis documentos. ¡Levanten mi alforja, carajo! Y tráiganla.

De un portapapeles de cuero de cocodrilo sacó los documentos. Aragón copió unas cifras y las sumó.

—Son diecinueve mil doscientos, en recibos, con firmas a ruego, de sesenta personas. Quienes le deben más son Chamochumbi y Anacho; diez mil. Que ésos, que son sus socios, le paguen. Yo cancelo la deuda de cincuenta y ocho, no son sino nueve mil doscientos —dijo Aragón en voz alta.

Iba a firmar el cheque, pero un grito de mujer cortó el aire.

—¡Justicia, justicia, padre alcalde!

Una joven embarazada atravesó la plaza arrastrando de la mano a la anciana madre de Anacho. Todavía rezumaba sangre de las mejillas y de la frente de la mujer cuando llegó frente al alcalde.

—Padre alcalde: yo llevo en mi vientre el hijo de este condenado. Seguro nacerá con cerdas y lo echaré al río. Mi padre Anacho me vendió en mil soles. Después, cuando la pus de este cerdo se hinchó en mi vientre, dijo que era de un pongo. Ahora ha hecho flagelar a mi madre con un jinete que está allá, tras la esquina, asustado. Le dijo mi madre que Dios había llegado a la plaza. ¡Justicia, padre alcalde!

Cisneros levantó los ojos hacia Aragón, pidiendo auxilio.

—Que traigan al jinete —ordenó el varayok'.

Carhuamayo hizo saltar a su caballo y galopó hacia la esquina. David lo siguió. Pandulfo continuaba vacilando en la calle. Carhuamayo le apuntó con la pistola.

—Te llama el alcalde del pueblo. ¡Vivo! A la plaza —ordenó.

—¿Yo? ¿Quién, alcalde? Bueno.

David le dio varios latigazos al caballo del mayordomo y lo hizo galopar.

Pandulfo vio con asombro al anciano y a los cuatro regidores con sus varas. Se apeó del caballo e hizo una reverencia, no al indio, sino a la cinta peruana que en el silencio y la luz cobriza del anochecer flameaba sobre la vara.

—¿Para qué le has sacado sangre a esta mujer en su casa y a latigazos? —le preguntó el alcalde.

—Poca sangre, alcalde. Don Adalberto me ordenó: "¡Harto!". Yo soy de don Adalberto.

—¿Para qué has ordenado eso? —preguntó el alcalde a Cisneros.

—No contesto. Tú no eres nadie para preguntar a un gran señor.

—Juancho —llamó el alcalde.

Un mozo fornido, de los que rodeaban al cholo, salió de las filas.

—¿Tienes la verga?

—Siempre, padrecito alcalde.

—Tres, en la cabeza.

—Conteste, señor —le gritó Pedraza.

—Voy a contestar —dijo tartamudeando, Cisneros, cuando vio que Juancho se desenrollaba de la cintura una verga delgadísima y flexible.

—Después de los tres vergazos —dijo el alcalde—; cumplir el castigo por faltamiento.

Juancho le cruzó la cabeza a Cisneros con el látigo, como con una culebra viva. Se oyó un tiro en ese instante. El caballo de Pedraza se desplomó. Carhuamayo levantó a Pedraza del suelo.

—Lo hey salvado —le dijo—. Por gusto iba usted a convertirse en asesino. Antes es Dios que el patrón.

Pedraza observó a Carhuamayo con la pistola en la mano. No la había soltado. Don Bruno tenía ya su revólver belga a discreción y vigilaba al hombre de Cisneros.

—Usted es Carhuamayo que cree en Dios —dijo Pedraza—. Capaz tiene usted razón. Pero ahora va a ser peor. Verá usted; va a ser peor. Cisneros tiene mucha influencia, mucha plata. ¡Pobre Paraybamba! Ojalá yo no vuelva para matar a estos indios. No me gusta matar así, como a piojos, a la gente. Y aquí eso les gusta. Es fácil. A sus órdenes, Max Pedraza, de Celendín, primer mayordomo, reciencito, de "Parquiña".

No continuó el diálogo. Aragón pesó cada palabra de Pedraza.

Cisneros recibió los tres vergazos como si fuera un grueso tronco de chachacomo, enhiesto, sin gemir.

"Va a gritar", pensó Aragón. Tres verdaderas culebras se le formaron en la cabeza a don Adalberto. Sintió que crecían y le ardían, no en la cabeza sino más adentro.

—Te voy a matar, viejo, algún día, y a todos tus hijos, hermanos y parientes. Si hay mujeres, aunque sean viejas, haré que las monten mis indios. O mejor, amaestraré un perro . .

—¿Qué tanto hablando? —exclamó el alcalde en quechua, y luego prosiguió en castellano.

—Padrino, hijo de Dios. ¿Has oído?

—Sí.

—¿Es justo lo que amenaza?

—No, hijo.

—Ha embarazado a una niña inocente, forzándola, corrompiendo el corazón de su padre, pudriéndolo con la plata. A ella le ha quitado su alma. ¿Ves, padrino, sus ojitos? Tienen odio de demonio. Ya no hay alma en ella. Ya no cantará en las fiestas. En ceniza ha convertido la flor. Y después, le hace sacar sangre de la cara a una vieja sin pies y sin manos. Padrino, hijo de Dios, ¿de dónde sale esta gente, a dónde irá?

—Del mal, hijo, e irá, seguro, al mal.

—¿Dónde vive el mal, dónde? Tiene cada noche más fuerza que el bien. Es seguro que este señor ha de regresar con uniformados, y si estoy vivo todavía, me hará abalear en la plaza. Matará a Paraybamba, seguro.

—¿Y yo, alcalde?

—El mal es más grande que tú. Está creciendo. Tú irás al cielo, dicen. Morirás en la plaza con tus ahijados.

—¡Sí! —gritó Cisneros—. Porque es comunista adiestrado por Rendón. Él ha levantado a estos hambrientos contra mí. ¡Es comunista! Ha ido, seguro a. . . Plaga de mierda; creo se llama Paraga, o ese pueblo dónde los amaestran. Así dice "La Prensa" de Lima. Alcalde: hazme tirar más látigo, carajo, para que me entre la rabia más adentro. ¿Sabe, Aragón? Su hermano vino a rogarme que le prestara diez millones. Lo largué como a un perro. Y no sólo tengo diez millones. Más. Todo será ahora destinado contra usted, porque...

—¡Alcalde! Sentencie a este diablo aquí, en la tierra. En la muerte lo hará Dios —pidió don Bruno.

—¡Que lo desnuden! —dijo el viejo.

Tres mozos le quitaron la ropa. Lo dejaron en cueros. Su panza se lucía muy poco humana a la luz del crepúsculo.

—Que los señores mayordomos entreguen sus revólveres al señor don Bruno Aragones de Peralta —ordenó el alcalde.

—A él sí —dijo Pedraza—. Ya entiendo cuál es el castigo. In-

dios refinados. ¿Me enviará la pistola a "Parquiña", señor Aragón? —preguntó Pedraza.

—No es posible. Cisneros torturaría al mensajero.

—Palabra de honor, no. Soy de Celendín. Respeto al enemigo.

—Yo no soy enemigo suyo ni de nadie. Pero respeto su garantía. Le enviaré las dos pistolas. Creo que usted dominará o persuadirá a Cisneros.

—A mí no me tenga en cuenta, señor —le dijo Pandulfo—. No es mía, sino de don Adalberto, y de aquí me fugo a donde sea. Lejos, muy lejos de la provincia. Le he roto la cara a una mujer, casi rabiando y por cumplir órdenes m'ensuciado, creo. ¡Adiós, alcalde! ¡Perdóname, si puedes, en tu corazón, viejo! Yo me voy lejos. No volveré jamás.

Nadie lo atajó. Entregó su pistola y partió al galope.

—¡Ah! —gritó Cisneros riéndose, y continuó en quechua—. Lo que quieren ver es el cuerpo calato que ha machucado a las indias de este pueblo hambriento. He machucado doncellitas y casadas, viudas y convivientes. ¡Vean, carajo, si quieren, vean esto!

"Es macho feo, éste", pensó el celendino, mientras Aragón se volvía de espaldas.

—¡Veinte vergazos, Juancho! —ordenó el viejo.

En ese momento David arrastró la mula de Cisneros un poco por la violencia, halándola de la brida. Y mientras los vergazos caían sobre el cuerpo desnudo de Cisneros, la mula voló en pedazos al mismo tiempo que se oía el último dinamitazo del colono perforista.

—¡Caray, mi mulita! —gimió Cisneros. Y se puso a llorar en alta voz. A él lo habían cuadrado con el rostro hacia la cárcel.

—¡Mi mulita! ¡Pobre inocente!

No sentía los vergazos. Sus ojos estaban cautivos de los trozos de la bestia, desparramados en el suelo, visibles aún a la luz triste y casi infinita que bajaba de la cumbre nevada.

"¡Dios! ¡Estoy a oscuras! ¿A dónde voy? ¿Por qué, a qué he venido?", se preguntaba, sentado en una de las gradas del atrio, don Bruno. "¿Dónde está la luz, Señor?" Y oyó un murmullo extenso, y gritos.

—¡Wifááá! ¡Wifááá!

El viejo alcalde había enviado pregoneros, arariwas, para que llamaran al pueblo. Todavía el sol enviaba a las calles su última y más tierna luz.

Don Adalberto pasó por las calles desnudo. Algunos indios, ya a la salida del pueblo, prendieron manojos de paja para alumbrar al castigado y el camino. El gordo iba llorando.

Lo despidieron con un harawi, mientras los hombres llevarían hasta la cumbre nevada, así desnudo, al reo. Nadie se acordaba ya de Pedraza ni se le veía entre la multitud. Cantaban las mujeres en el kacharpariy-pata, ya a oscuras:

¡Ah á á á...! ¡Uh ú ú ú...!
mamallari wak'amk'a
kay chiri sonk'o runamanta.

Ama mamallay llakiychu
k'anchu kark' anki sonk'on chirichik'
k'anchu kark' anki yawranin pok'chik.

Yurak' kuru
allpa mikuk'
wañusk'a yawar upiak',
llak'taymanta
tipisunki phuyu
yaku, kausay, wark'ay.
¡Ah á á á...! ¡Uh ú ú ú...!

¡Ah á á á...! ¡Uh ú ú ú...!
Nos dicen que su madre llorará
por este hombre de corazón helado.
¡Oh madre! No entristezcas;
tú no fuiste quien heló su corazón;
tú no convertiste en ácida su sangre.

Gusano blanco
que come tierra,
que bebe sangre muerta,
de mi pueblo te separan
la noche,
el agua, la vida, las lágrimas.
¡Ah á á á...! ¡Uh ú ú ú...!

El alcalde y cuatro de los regidores no fueron a ver cumplirse el castigo; acompañaron al señor de "La Providencia" que permanecía sentado en una de las gradas del atrio, muy separado de ellos y en silencio. David y Carhuamayo lo observaban del otro lado, parados bajo la torre de donde empezaba la bajada hacia el río. Carhuamayo dudaba más que su patrón: "Santo es, o loco. Está, es cierto, alzando a los indios. El demonio lo ataca fuerte, creo desde que llegó el Demetrio. Yo, yo... ¡No, Señor Jesucristo! Mejor es obedecer no más; porque me perdería peor que el patrón. ¿En qué piensa?", reflexionaba en castellano el mandón. David pensaba en quechua: "Es hijo del dios Pukasira y del dios Nuestro Señor Jesucristo. ¡Ahí está! Juntos se ven en él. La barba rubia, los ojos azules, ser mujeriego, tener caridad, es hechura de Nuestro Señor Jesucristo, pero su decisión por defender al colono, al indio; el haber abrazado al viejo alcalde y rezado junto con él, arrodillado en la misma piedra, eso es obra del padre Pukasira. Él lo ha hecho andar hasta Paraybamba; él ha hecho resucitar a la comunidad. ¡El río ha cantado fuerte; el crepúsculo ha durado para que el Común haga su justicia en un mestizo que ya está más grande que mi señor. Ahora va desnudo el dueño de "Parquiña" subiendo la cuesta. Las mujeres están cantando triste; esa voz va matar el sexo del gordo, su peor maldición. Y cuando el desnudo esté llegando a la cumbre su grasa estará dura, le apestará, y peor que por la mula va llorar. Si regresa con uniformados, aquí está mi dinamita..."

—David —lo llamó don Bruno.

Se le acercaron todos.

—Patrón grande.

—¿Qué dices de haber matado a la mula?

—Yo no he matado, gran señor. El padre Pukasira.

—Contesta bien, indio. ¿Qué dices tú?

—Alegre, patrón. Don Cisneros no reza; ahora está oyendo el canto de las mujeres. Quizás Dios Nuestro Señor le va a dar alma. Triste canto hiela al demonio, como a trigo recién nacido quema el frío. Pero triste canto de la mujer hace nacer, gran señor; hace llamear la iglesia de mi pueblo en el alma, para siempre. Y cuando no hay alma todavía y no hay recuerdo, entonces triste canto hace nacer alma.

—Alma, alma, alma de todo el mundo está llorando en el harawai —repitió el viejo alcalde.

—Viejo —contestó don Bruno—, don Cisneros no tiene corazón sino para su mula, que David ha despedazado.

—Perdón, gran señor. El mozo dice que el padre Pukasira le ordenó. Mirando a su mula en pedazos, don Cisneros llora. Por esa herida que en su grasa se ha abierto, don Cisneros va a recibir alma pura o al demonio ardiendo. Tú sabes, gran padrino de Paraybamba. Si le ha ganado la maldición, esperaremos con nuestro Señor a los uniformados. Tranquilos nos matarán.

—¡Habrá dinamita! —exclamó David.

—No habrá, David. No habrá. Bajemos al puente. Yo tengo los recibos. Voy a pagar por cincuenta y ocho comuneros. Devolveré los recibos de Chamochumbi y Anacho. Dile a los deudores, viejo, que tienen cinco años para pagarme. En diez días recibirás doscientos sacos de maíz. Tú me respondes; que no haya peleas.

—Gran señor, la bendición no trae rabia. Cada uno sabemos lo que necesitamos. En Tokoswayk'o va a trabajar el Común, cantando. Tú, donde quiera que estés, oirás. Te llegará la alegría. Viejo soy: el hombre de grasa, sin alma, no va a vencer a hombre cuya sangre se convierte en fuego santo, porque el alma le aviva. . .

—¡Viejo! Me haces bien.

Se levantó don Bruno.

—Está oscuro —dijo—. Pero veo que mi potro no se ha movido de su sitio ni con los dinamitazos.

—Es tuyo. Conoce tu alma. Te quiere —le dijo el alcalde.

—Bueno. ¡Adiós, alcalde! Atiende a tu pueblo. A los que están en la cárcel, a los que volverán de la montaña. A esa indiecita embarazada. Que no mate a su hijo.

—¡Ahora ya no! Hemos castigado al Cisneros. Ella ha renacido. Su hijo se apellidará Peraltas. . . No, gran señor, no vas a firmar su partida. Es hijo sin padre, tiene que llevar el nombre del gran padrino del pueblo. Amor a ti.

—Bien, alcalde. Sólo oigo ahora la voz de mi conciencia y de los que hablan sin mentir, sin rabia.

—Sin rabia, gran señor. ¡Que no haya rabia en el mundo!

—¡Adiós!

—Un regidor te va a escoltar hasta el puente. Es Ambrosio

Quintu, correo del pueblo. Ve de noche como perro. Yo, tu ahijado mayor, voy a traer al potro.

El viejo trajo al potro. Besó la cruz de su vara y la alzó para que el señor la besara.

—¡Adiós, hijo de Nuestro Señor; en el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. . .!

Montaron los tres. Don Bruno espoleó suavemente al potro y éste trotó, lo más rápidamente que pudo, el mal camino.

Los grillos y los sapos hablaban; su voz se levantaba como agua sonora, llegaba a los astros, hacía vibrar la médula de las piedras más puras; cubría de silencio vivo la figura apenas visible de las montañas y los abismos, acrecentaba dulcemente el frío, pero don Bruno no los oía.

Llegaron así hasta el puente. El hacendado lo alumbró con su linterna. La cruz roja clavada sobre la roca, su color mate y no brillante, resaltó de tal manera, que todo en la noche parecía creado para exaltarla. No eran sino dos maderos cruzados, con las figuras del sol y la luna en los brazos, pero el foco que le caía de frente, las convirtió en el centro de la oscuridad universal.

—¡Gracias, Dios! —exclamó don Bruno con voz ya no turbada sino feliz—. Demetrio no es la rabia. La rabia es Cisneros. David no es la rabia, ni el viejo alcalde. . . ¡Yo lo he visto! ¿Por qué he dudado? ¿Y cómo, Santa Cruz, apagar esa inmunda rabia? Tú me guiarás, como parece que a David ordena, inspiradamente, el Pukasira.

El potro entró al puente con velocidad excesiva y lo sacudió. Los otros caballos se detuvieron. Don Bruno se apeó junto a la piedra. Esperó a sus hombres.

—Estoy tranquilo y fortalecido —les dijo en quechua—. Carhuamayo: me has mirado más de una vez como si yo ya hubiera perdido el juicio. Así nos presentamos los que tenemos gran responsabilidad entre los hombres que no hacen sino obedecer; así aparecemos cuando se nos oscurece el camino del bien y del mal. Ambrosio Quintu: arrodíllate a mi lado; tú, Carhuamayo, a mi derecha, y el colono David, tras de mí.

"Yayayku hanak, pachapi kak'. . ."

Don Bruno abrazó al regidor.

Rezaron el Padrenuestro en quechua.

—¿Ha rabiado el alcalde? —le preguntó.

—No, padrino, Tranquilo ha sentenciado, en justicia.

—Pero sus ojos tenían filo.

—La justicia tiene filo, padrino grande. Su filo tiene que ser mayor que el del crimen. El delito es cosa de la rabia.

—Así es, Ambrosio. Creo que defenderás con honra tu vara.

—Tú me la diste, señor, con la boca del pueblo. El hambre ha-

bía traído la rabia a Paraybamba. Ahora todos miramos una estrella alegre.

—Que los gendarmes apagarán, quizás —dijo Carhuamayo.

—No, mandón —dijo don Bruno—. Yo voy mañana a la capital, contigo y con David. Llegaremos juntos o antes que Cisneros... ¡Regidor! Anda, regresa. Monta en el "Puma" y tráeme a la hacienda a la madre de Anacho y a la muchacha embarazada.

—Sí, padrino grande. No hay necesidad de "Puma". Llegaré a la hacienda primero que tú.

—Anda, regidor Quintu. ¡Que Dios te acompañe!

Y ya en la cuesta de enfrente, sobre los arbustos que cubrían los abandonados andenes y campos no muy escarpados de Tukoswayk'o, don Bruno fue purificándose más con el canto de los grillos.

—¡Son estrellas! ¡Cada uno de estos animalitos tiene una estrella de música en su cabecita! —dijo, charlando con sus pajes, y no se dio cuenta de que hablaba en quechua.

—Así es, gran señor. Por eso cantan sólo de noche y sólo de día mueren. El grillo no es mortal mientras canta —le contestó el joven David K'oto.

CAPÍTULO IX

—¡El gran ingeniero Piskulich! ¡Viva! —gritó Camargo en el fondo de la mina, contemplando los bloques negruzcos de rocas que brillaban.

A la débil luz de las pequeñas lámparas de gas, un caos de luz negra que iluminaba, que estaba tendida en el suelo y que aparecía por todos lados, sin alumbrar, sólo mostrándose, hormigueando de resplandor, paralizó a los obreros. Justo Pariona se quitó el casco y la máscara; se arrodilló: "¡Que no sea para el mal, para el sufrimiento de los que no tienen amparo! ¡El metal es del diablo! Por eso nuestro padre Apukintu lo oculta. Pero los señores han inventado máquinas. Ellos manejan el mal como el bien, ahora. ¡Dios Padre Apukintu: defiéndete!" —rezó en voz alta.

Algunos oyeron lo que decía y se dieron cuenta que estaba de rodillas, otros seguían mirando el gran estrato de plata; el "manto" que don Fermín había perseguido invirtiendo toda su herencia en perforar la montaña.

—¡Levántate, Justo! —gritó Demetrio.

Los tres: Camargo, Demetrio y Antenor, alzaron un trozo de metal.

—¡Es rosicler! ¡Seguro! —dijo Camargo.

—De la Wisther and Bozart Company. Esta clase de metales todavía no lo dejan a los peruanos. Don Fermín tendrá milloncitos y la Wisther millonazos —dijo Antenor.

—¡Nosotros, sueldos! —replicó Camargo.

—Y silicosis. Muy bueno para el pulmón.

—¡Habrá negocios, amigo! Si no tiras la plata en borracheras.

—Así, Camargo: oro para la Wisther, un quinto de cobre para Aragón de Peralta y un décimo del plomo para los trabajadores. ¿Dónde está la Wisther? Bebiendo whisky en todo el mundo, con lindas bailarinas, más que yo cañazo y mierda de moscas en las cantinas de los pobres *ch'aran k'aras* de Apark'ora. ¿Y don Fermín? Allá arriba, con su linda señora, esperando... esto, que nos ha costado sangre...

—¿Y qué tiene eso, don Antenor? ¿Sangre nu'es para gastar en trabajo? —preguntó Demetrio. Unos cincuenta obreros les oían—. ¿Es para llorar, que obreros de todas partes, con los indios colonos haygan destapado el cerro a dinamita y barreno para encontrar plata? La Wisther ¡adónde estará! Camargo, Justo Pariona, Antenor, Demetrio, aquí están, pues Wisther ¿no ha de morir algún día, don Antenor? Yo no voy morir. En mi tierra estoy; en mi tierra ha salido el metal. ¿Adónde irá, Wisther di'aquí un año, cinco años? Depende, don Antenor de ostí, de don Camargo, de Justo Pariona...!

—No me hagas reír, cholo ignorante —contestó irritado Antenor—. ¿Tú qué sabes de la Wisther, de los capitalistas e imperialistas, de la burguesía nacional servil?

—Nada, don Antenor, nadita. Y tú, ¿qué estás sabiendo de Justo Pariona, de Pumasonk'o, de don Camargo, de Rendón Willka, de Portales, de don Obregón? ¿Qué estás sabiendo, señor?

—Que Portales es un agente de Moscú, que tú eres un cholo confiado y medio zorro...

—¡Basta! ¡El rosicler está aquí! ¡Llamar a don Fermín! —dijo Camargo—. El Perú es de enemigos, creo. Todos nacemos enemigos.

—De por fuera, patroncito. Verás, verás... —se atrevió a hablar Rendón.

Don Fermín estaba sentado a la entrada de la mina, en la banca algo sucia de la garita. Parecía casi rendido. Se miraba las manos que tenía puestas al sol, sobre sus rodillas. Sonó el teléfono.

—Don Camargo, a usted, patrón —lo llamó el guardián.

—Señor don Fermín Aragón de Peralta: un manto padre, de rosicler, le espera. Brilla desde el piso hasta el techo. ¡Felicitaciones! ¡Y gracias a Dios!

—Allá voy, Camargo.

Lo vieron, triste, contemplar el caos de resplandores del metal oscuro.

"¡Como Antenor, igual, pues!", pensó Demetrio.

—Patrón —dijeron al mismo tiempo Demetrio y el maestro enmaderador.

—¿Me quieres decir algo, Antenor? —preguntó don Fermín.

—Que procure defender esta mina de los imperialistas que se van a querer llevar todo.

—Aunque sea poco a poco, usted solo puede ir beneficiando este metal casi puro. Le ayudaremos, señor. ¿Por qué no forma una sociedad en Lima con capitalistas peruanos y da una participación moderada a sus obreros? Sería un gran ejemplo. Trabajaríamos con alegría, sin cansarnos, para ustedes y para el Perú —le dijo Portales, que había llegado con el minero

—Sueños, Portales, sueños.

—Ahí está metal, patrón. Nosotros estamos enteros, para el

patria; para Wisthir no habrá ánimo. El cuerpo sin ánimo lo come pronto la mina, el tristeza, el borrachera —dijo Demetrio.

—Camargo, amigos obreros y comuneros; les voy a decir que mi abogado de la provincia ya se ha vendido, los jueces también, todos los vecinos de San Pedro también; los capitalistas y bancos de Lima también...

—El cerro, no, pues; Justo Pariona, Antenor, Camargo, quinientos colonos, don Bruno, ahí están —insistió Rendón Willka.

—Sí, Demetrio. Sobre esa base voy a negociar. Despacha a los colonos, Camargo; usted se queda de administrador. Los jornales bajan a la suma normal. Yo vuelvo en diez días. Si consigo capital, los jornales se aumentarán; construiremos un club para los obreros, casas buenas, campo de fútbol, cine, escuelas. ¡Adiós! ¡Gracias a todos! Compréndanme mejor y ayúdenme. Estoy casi arruinado, pero he guardado para los jornales porque sin jornales no hay mina.

—¡Adiós, patrón!

—¡Mañana será fiesta en la mina! Procuren bailar en la placita. Que no haya peleas. ¡Qué bien brilla este metal! Mis ojos han sido abiertos por ustedes. Entré como ciego.

—¡Rosicler puro, Matilde! Puedo negociar. Ante un metal como éste se rompen los convenios. Los consorcios no constituyen jamás un bloque compacto. Te construiré una casa señorial en San Isidro o en San Felipe; donde quieras; otra en Ancón, y una cerca de Chosica, con unos diez mil metros de campo para plantar árboles frutales, tener un establillo. Los jovenzuelos deben crecer fuertes. Y recorreremos el mundo.

Matilde se recostó sobre el hombro de su marido.

—Fermín; gracias, amor. Pero no amplíes tus negocios; no los lances al infinito. Te corromperás. Tendrás que meter el corazón en una heladera. Sólo la mina, si te es posible. No dejes de ser hombre que ama a su esposa y a sus hijos. Preferiría vivir en... la pobreza.

—Comprendo. Han sido días abrumadores éstos. Ya recuperarás tu impulso. Y no bajes hasta donde los indios; tienen demasiado corazón. Creer que las montañas sufren y tienen poder los convierte en seres indeseables, porque la sensiblería ocupa en ellos el primer lugar, y el individuo casi no existe. Hay que inyectarles ambición y conocimientos, pero no tanto como para que nos devoren, sino para que se desarrollen a nuestro servicio, es decir, del país. Ahora son bárbaros que comen tierra y lloran con exceso. Te han hecho daño. Y lo han logrado, porque en tu infancia fuiste martirizada. Antes de conocerlos algo no tenías ciertos absurdos temores y modestias. Felizmente tienes ahora la compañía de esa señora que es una especie de término medio.

—¡Quién sabe! ¡Veré a mis hijos! Adelina administrará bien la casa. Le compraré sus joyas.

Hablaban en el automóvil. Matilde se quedó dormida.

"No quisiera cambiarla. ¿Pero si sigue lloriqueando...? La dejaré de querer y aun de apetecer. La mujer triste no incita nada en el hombre sano y de empresa. Si tiene penas, debe sepultarlas; es la ley del señorío... Ella sufrió la ruina de su fortuna familiar. Está algo dañada... y mi hermano... el loco puro, lujurioso... y los indios, con su ternura, me la han casi malogrado. No volverá a San Pedro."

Llegaron casi al mismo tiempo los dos hermanos a la casa colonial que los Aragón de Peralta poseían en la capital de la provincia. No había sido adjudicada a ninguno de los dos. La poseían en condominio y separaron los dormitorios, las piezas de servicio y los corrales. Pero la sala y el gran patio eran de uso común.

Don Fermín visitó a su hermano. Escuchó casi regocijado la historia del castigo a Cisneros que la comunidad de Paraybamba pudo aplicarle, gracias a la casualidad *providencial* de la presencia de Bruno en el pueblo.

—Pero no debieron entregarle su ropa en la cumbre —dijo—. Habría sido conveniente y justo que caminara toda la noche en cueros.

—Los indios no se ensañan. Vi administrar justicia al viejo alcalde como en el drama de Calderón de la Barca.

—¿Cuál drama? ¿Qué semejanza puede haber entre un español y un indio? Me regocija el castigo a Cisneros, pero creo que los varayok' de Paraybamba deben ser castigados también. Aunque cholo, Cisneros ya es señor de "Parquiña".

—No se comportó como tal. Desprestigia a los señores. Obró como un bandido vulgar al que mi padre habría baleado sin vacilar.

—Los tiempos cambian, Bruno. Trata de arreglar tú ese conflicto, pero te aseguro que Cisneros te ganará.

—Me acusa de comunista adiestrado en Praga.

—¡A lo mejor es cierto, hermano! Las autoridades lo pueden creer.

Don Fermín se echó a reír, pero repitió.

—Pueden creerlo. Anda con cautela. Yo parto mañana en avión a Lima. Ojalá que el subprefecto no te trate con la misma frialdad cínica que a mí.

—¿Frialdad cínica?

—Sí. Yo llegué tres horas antes que tú. Ningún abogado, excepto uno joven, recién venido, quiso aceptar hacerse cargo de mis asuntos. Pero ese recién llegado es comunista. No aceptó veinte mil soles de Cabrejos. Le dijo que él no estaba en subasta y menos para impedirle que defendiera a un peruano contra un consorcio internacional.

—¿Rechazaste el ofrecimiento de un profesional honrado y que, por lo mismo, debe ser eficiente?

—Sólo un comunista toma la actitud que él ante la Wisther, y con ésos, ni para defender la vida.

—Yo iré donde él.

—¡Claro! Ambos apareceréis como yunta hecha en Praga o en Moscú.

—Yo soy católico, por la gracia de Dios. La iglesia mayor de esta ciudad ha sido pintada y refaccionada por mí.

—Así disimulan los comunistas, según el subprefecto.

—Bien. Entonces iré preso con mis ahijados, los varayok' de Paraybamba.

—Cisneros se reirá de ti, que eres tan antiguallo como tus ahijados.

—La risa de Cisneros no me importa. A ti te tiene lástima. Me lo dijo.

—Pero ahora que he llegado al "manto", se le cambiará la lástima en envidia. Y la "invidia" es lo que más envenena a esos cholos.

—Bien, Fermín. Voy donde el subprefecto. ¿Y Matilde?

—Está algo indispuesta. No la podrás ver.

—¡Lástima! Ella es mejor que tú. Sospecho que más pronto que tarde la dejarás. Por ventura, tiene hijos.

—Para entonces, quizás estés en la cárcel.

—Ahora lo creo posible. Pero, para mí, todo lugar es la morada de Dios.

Don Fermín lanzó una carcajada.

—¡El Sepa, el Sexto, el Frontón, la Penitenciaría...! ¡Moradas de Dios!

—Por lo menos más que tu corazón y el de tu socio Cabrejos, y bastante más que el de tus rivales invisibles, pero hombres de carne y hueso, de la Wisther...

—No hemos de pelear ahora, Bruno. Tus colonos deben estar camino de la hacienda. Dame un abrazo; ya no nos veremos hasta mi vuelta. No olvidaré jamás tu generosidad.

Don Bruno lo abrazó.

—¡Adiós! —le dijo—. Vamos por caminos cada vez más distintos, creo. Pero no ahondemos, de veras, nuestras diferencias. Que los vendidos de San Pedro se convenzan de que, a pesar de todo, no hay maldición sino respeto entre ambos.

—Bien, Bruno. Muy bien.

Mientras ambos se encaminaban en direcciones opuestas, por el corredor del segundo piso, oscuro y sostenido por columnas de madera tallada, pensaban mal el uno del otro.

"Este don Bruno Aragón de Peralta será fácilmente devorado por el cholo Cisneros, cada vez más fácilmente. Tiene el temor del gobierno y de todos los hacendados en su contra. Y se ha convertido

en una especie de indio sin dejar de ser católico fanático. Es intuitivo. Un comunista de nuevo cuño, al que liquidarán sin que yo tenga que poner un dedo.

"Fermín será mi enemigo, cada día más. Preferirá a Cisneros. Casi lo ha declarado. Le he ayudado a que se haga poderoso para que me aplaste si ese soncorcio no lo deporta de San Pedro. Pero donde quiera que esté me perseguirá. ¡Padre mío: he cumplido mi deber para contigo, prestándole mis indios! Ahora empieza de nuevo la pelea. ¡Yo estoy al lado del bien, él por el metal y los negocios que traerán el mal, la rabia! ¿Tú has de poder menos, Dios...?"

Don Bruno salió a la calle, murmurando. Iba con su traje más selecto. Las aceras eran angostas. Había gente en las cantinas, tiendas y bocacalles. Las señoras charlaban de un balcón a otro, a través de las estrechas calles. La luz, el sol tenían otra clase de alegría en la antigua ciudad, sobre los tejados, muros y grandes portadas de piedra tallada. Era un sol como manso y cómplice, a pesar de su pureza, según don Bruno.

Oyó que hablaban de él, cuando pasaba, en todas partes.

—¡El gamonal! ¡El come indios!

—¡El gran señor de "La Providencia"!

—¡El maldito!

—¡Qué terno tan antiguo, qué bastón ridículo!

—Pero tiene aire de grande...

—De novela.

—Su hermano parece más joven.

—Y es como su patrón.

—Eso, no. Éste tiene cara de santo.

—Y es un come indios.

—Él, no. Su padre, que ya ha muerto.

—Dicen que ha castigado al cholo Cisneros. Ése sí es come indios.

—Unos se los comen a la parrilla, otros apanados.

—¡Qué cara de santo! ¡Es soltero y buen mozo!

—Pero da miedo. Tiene como veinte hijos en cholas.

—Dicen que las cholas enloquecen por él.

Don Bruno se decidió a mirar a las mujeres que sostenían este último diálogo en un balcón. Muy pintadas, con rouge en los labios, ojeras y cejas ennegrecidas a lápiz, sonrieron algo burlonamente. Él saludó con mucho respeto quitándose el sombrero.

"¡Pintura sobre la belleza con que Dios las bendijo! ¡Hijas del diablo; corrompidas! Su padre debe sufrir más que yo", pensó don Bruno. El padre de las jóvenes era otro hacendado tan grande como Aragón. Sus hijas vivían en Lima y no se habían casado aún. Visitaban la provincia en invierno por cortas temporadas.

"¡Yo, come indios. Yo, ladrón...! ¿Quiénes hablan así? ¿De dónde han salido? ¿Por cuál de sus bocas ha lanzado el demonio a esos

farsantes rabiosos? ¡Dios! Detén el cambio del mundo. Antes, que yo era peor, me respetaban."

Lo vieron entrar a la iglesia, seguido de su mandón y dos indios. Muchos se rieron cuando se puso de rodillas, primero en el atrio, y luego, rendido, frente al altar mayor.

De la iglesia se dirigió a la subprefectura. El secretario lo conocía, como a todos los grandes señores de la provincia.

—Tiene que esperar, don Bruno —le dijo—. El señor subprefecto está con Pedraza, el nuevo mayordomo del nuevo dueño de "Parquiña", *gran señor* don Adalberto Cisneros.

—¿Y el "gran señor" no ha venido?

—No. Creo que está por llegar. Pasó un telegrama de Lucasllak'ta. El señor subprefecto lo leyó con indignación. El señor Cisneros es íntimo del señor senador.

—¿Y mi hermano?

—¡Mala suerte! Tuvo que esperar también. El señor subprefecto atendía a uno de los gobernadores de los ayllus de la capital.

—¿Y no recuerda usted que es la primera vez que a un Aragón de Peralta se le hace esperar por atender a una autoridad de ayllu y a un mayordomo de hacienda?

—Es cierto, don Bruno.

—¿Se ha dado orden de tratar con desprecio a los señores?

—No. Yo no sé.

—¿Contra los Aragón de Peralta, entonces? ¡Anúncieme!

—No puedo. Especialmente me advirtió el subprefecto que si usted venía que esperara.

—¡Especialmente! Luego estoy en mi derecho de pasar.

—¡Don Bruno! ¡Por su bien!

No lo pudo detener. Con la punta de su bastón abrió la puerta del despacho y entró. La antesala estaba llena de mestizos y de pequeños vecinos de pueblos. Muchos se pusieron de pie.

El subprefecto oía a Pedraza sentado en un gastado sillón reclinable. El mayordomo le hablaba, de pie, en actitud patética. Un empapelado lleno de lamparones y de manchas dejadas por el agua que se escurría del techo en los días de lluvia, y los sillones antiguos, desvencijados, parchados, el piso de madera sucio, daban al despacho un aspecto entre descuidado, risible y extraño. Grandes retratos embanderados del presidente de la República y del senador era lo único moderno, nuevo y aparentemente bien cuidado que había en la amplia sala. Y el techo artesonado, con huellas de goterones de agua, agregaba al ambiente un detalle de cierta solemnidad.

—Ordené que usted no pasara —dijo el subprefecto, sin levantarse y con voz firme.

—Yo he pasado porque mi acusador estaba con usted. Soy un Aragón de Peralta; si usted me ofende a mí, ofende a todos los señores de la provincia; y yo no creo que lo hayan enviado a usted para

eso. ¿Desde cuándo se hace esperar a un señor por oír las quejas de un empleado contra ese señor?

—Usted no sabe lo que dice; voy a hacerlo salir de aquí. El señor senador...

Don Bruno permaneció mudo un instante, con su bastón de puño de oro en la mano derecha y el sombrero en la izquierda.

—¡Hágame salir! —dijo.

El subprefecto se levantó, avanzó hasta la puerta. Luego se rascó la cabeza. Era un vecino hambriento de una lejana provincia del mismo departamento; había trasnochado dos meses durante las elecciones como "activista" del senador ya electo.

Pedraza miró a don Bruno y sonrió.

—Don Bruno..., usted ha abusado. Su hermano, con ser civilizado, es más respetuoso. El esperó. Lo traté mal y se fue como si nada —habló por fin el subprefecto.

—A mi hermano no le estaba acusando nadie en ese momento ante usted. Y si lo trató mal sin motivo, un caballero puede castigar a un cualquiera pero no al subprefecto, *mientras ejerce el cargo.*

—Con todo respeto, señor subprefecto, ya que ha entrado, creo que es mejor que el señor de Peralta conteste a la acusación. Yo casi ya he terminado —intervino Pedraza. Vio que el subprefecto no sabía adónde ir ni qué hacer.

—Bueno. Y, como *mientras ejerzo el cargo*, soy autoridad, usted, don Bruno, irá a sentarse por unas horitas entre los cuatreros y *violadores* que tenemos en la cárcel.

—No será inferior la compañía, con dispensa del señor Pedraza. Además, creo que si da usted esa orden, el señor senador lo premiará de dos maneras: o lo asciende a prefecto o lo hace destituir. No le quedará otro camino. Pero le ruego que eso lo resuelva después. ¿De qué se me acusa?

—De soliviantar a la comunidad de Paraybamba; de comunista con agentes adiestrados, como Demetrio Rendón Willka y David K'oto. La comunidad ha hecho afrenta en la persona respetabilísima del gran señor Adalberto Cisneros. Le volaron su mula a dinamitazos, lo desnudaron, lo flagelaron...

—¿Por qué? Dios, ¿por qué lo hicieron? Aquí hay un testigo. Estuvo presente el señor Pedraza. Rendón Willka es empleado de mi hermano, no de mi hacienda; no intervino en Paraybamba.

—¿Es cierto o no que usted esperó al señor Cisneros en la plaza de la comunidad con la indiada reunida y después de haber hecho elegir, sin tener derecho, a los alcaldes?

—Yo no soy Dios, señor, para saber cuándo Cisneros decide ir de un lugar u otro.

—En eso tiene razón, señor autoridad —dijo Pedraza.

—Pero usted hace un rato...

—Dije lo que no puede ser cierto. ¿Cómo podía saber el señor Aragón...?

—¿Y los espías?

—¿Vuelan, señor subprefecto?

—Pero, entonces, ¿a qué fue usted a la comunidad?

—Porque tengo libertad para transitar en la República; porque he dado licencia a mis indios para negociar con la comunidad de Paraybamba que agoniza de hambre; porque he decidido cederles en arrendamiento barato mis tierras baldías de Tokoswayk'o que, aunque extensas, ahora no sirven ni a Dios ni al diablo. Allí hay andenes abandonados desde el tiempo de los incas. Porque voy a darles semilla y maíz para que coman hasta que puedan cosechar. Y, para todos esos arreglos, la comunidad necesitaba tener sus autoridades. Yo no los elegí sino el cabildo, convocado por el más experimentado anciano, conforme a sus costumbres.

—¿Sabe lo que ha hecho usted, señor Aragón de Peralta?

—Sí. Lo que manda la Santa Iglesia Católica, Nuestro Señor Jesucristo...

—Yo no soy... ningún... atarantado. Usted lo ha hecho porque se ha convertido al comunismo; Rendón Willka lo ha convencido a usted. Tengo quejas de todos los hacendados de la provincia contra usted e instrucciones perentorias del señor senador y del ministro de Gobierno...

Don Bruno examinó detenidamente al subprefecto.

—El catolicismo es el enemigo mayor y más consciente del comunismo. Yo soy el mayor católico de la provincia.

—Por conveniencia, porque usted comete muchos pecados.

—Pasa, Carhuamayo, con esas indias —dijo don Bruno. Y antes de que el subprefecto pudiera intervenir, fue hacia la puerta del despacho y la abrió.

Ingresaron los tres.

—¿Sabe usted por qué hizo flagelar Cisneros a esta anciana; por qué le hizo romper la cara a riendazos? ¡Mírele el rostro, señor subprefecto! ¿Sabe usted que quien cumplió la orden, el mayordomo Pandulfo, abandonó a Cisneros, espantado de este crimen? De los míos puede usted tomarme cuentas, así, con pruebas. Yo soy católico por ser mortal y pecador, como todos. Pero ¡contésteme a las preguntas! O que el primer mayordomo de Cisneros las resuelva. Está aquí, con nosotros. Es un hombre sereno y valiente, de Celendín.

—Preñar a una india y darle unos latigazos a su madre, no importa, don Bruno. Usted lo sabe. Es cosa corriente. Pero que unos indios hambrientos se atrevan a desnudar a un gran señor...

—¿Un "gran señor" que no sabe rezar el Credo, que entra a una comunidad flagelando a mujeres, ni más ni menos que un bandolero?

—¿No ve, Pedraza? Ahistá el hablar de los comunistas.

—¡Qué va, señor! Yo no soy alcahuete del señor Cisneros sino su empleado. Me paga bien. Pero cualquier otro me puede pagar lo mismo, o mejor. Aquí hey visto que hay haciendas abandonadas. Tomo una en administración y la levanto. Ahora alimentan mala hierba. El señor don Bruno Aragón de Peralta no azuzó a nadie de Paraybamba. Estuvo a un lado, sufriendo. El alcalde y el pueblo sentenciaron a don Cisneros, no como a señor sino como a indio. A mi modesto alcance hay que escarmentar a los alcaldes porque han dado mal ejemplo. Pero ¿don Bruno Aragón comunista?

—Él estuvo allí...

—De no ser por eso, don Cisneros hubiera abusado sin misericordia de esos pobres hambrientos. Y ¿sabe usted, señor subprefecto? Él no se atreve a venir a su despacho por eso. Yo sé hablar castellano mejor que él, aunque él entiende más de negocios.

—Usted, Pedraza, se está portando como traidor. Lo acuso formalmente de comunista, secretamente agente de Aragón de Peralta.

—¡Los tigres, que es usted brutazo, señor subprefecto! Y haga conmigo lo que quiera. Yo he andado por todo el Perú y Ecuador...

—¡Adentro estos dos agitadores! —gritó el subprefecto, levantándose.

Pedraza se acercó a don Bruno, respetuosamente.

—Un honor para mí, señor, con usted estrenar la cárcel. ¿Quién lo creyera? Estas provincias del Perú con tanta indiada y pocos castellanistas no debieran existir. Nadie sabe cómo manejarlas y nombran conejos para su gobierno. ¿Así es que yo, el senador, y el señor don Bruno Ara?ón de Peralta, comunistas? Y el cholo, "gran señor" Cisneros, que mete indiecitas a su cama a látigo o empujándolas con el cañón de la pistola, ése es ¿qué, señor subprefecto?

—A ti te voy hacer torturar como es debido. En Celendín todos son bandoleros. El señor Aragón permanecerá sólo seis horas en la prevención.

—Soy testigo de esa orden. Iré a Lima y hablaré con el senador. Mi padre hizo bautizar a uno de sus hijos.

—Bien. ¡Secretario!

El secretario ingresó al despacho.

—Llame al alférez.

—¡Me da usté pena, hombre; me da usté pena! —exclamó con voz triste el celendino—. Pero más mi patria. Estas provincias con indios, ¿usté las entiende, don Bruno?

—Ahora, sí, creo; en estos días.

Se presentó el alférez, y se cuadró.

—A la orden, señor subprefecto.

—Ponga en libertad a estos hombres.

—No han estado presos, señor.

—¡Ah! Creí. Llévenselos hasta la plaza.

—Don Bruno, ¿me hace el honor de aceptarme una copita? —dijo Pedraza, cuando el alférez los dejó en la plaza.

—Con mucho gusto, señor Pedraza. Usted no es un mestizo.

—En Celendín no hay indios.

—Por tanto no hay mestizos.

—Todos somos como mestizos allá.

—Pero usted es lo que yo llamaría un hombre derecho, es decir, un caballero.

—¡Claro, don Bruno! Yo, por dentro, y sin querer, tengo que zurrarme a cada rato en Cisneros, aunque en otros ratos lo respeto. Es cholo de empuje.

—Desgraciadamente.

Se dirigían a la más elegante cantina del pueblo.

—¿Qué, qué es el cholo Cisneros? ¿Qué quiere? ¿En dónde se siente en su lugar, amigo Pedraza?

—Allá va el loco Bruno Aragón de Peralta a chupar con un mayordomo —comentó un hacendado que charlaba con otro gran señor en una tienda de comercio—. Felizmente es "loco" y todos lo saben. Desprestigia y amenaza a los señores con sus locuras. Acabará en la cárcel o en el manicomio.

—Es hijo de noble, pero de borracho y loco.

—En cambio al otro no lo pasa nadie y nos amenaza tanto como el "loco". La mina va a revolver la tranquilidad.

—¡Estos Aragones de Peralta, malditos por Dios y por el diablo!

Ya en la cantina, Pedraza, muy a gusto con don Bruno, le explicó:

—No tiene religión, no respeta sino la fuerza y ambiciona el mando para fregar a grandes y chicos. Oiga usted, don Bruno, Cisneros goza de veras sólo cuando come y se acuesta con indias jovencitas. Creo que cuando patea a los indios, cuando los cuelga de los árboles para hacerlos flagelar, y cuando humilla a un mestizo, y más todavía, cuando le aprieta las clavijas a un vecino pobre, no goza; suda frío. ¿Qué será? Pero dígame; y tómese ese coñaccito. ¡Salud! Dígame, ¿no es pior nuestro subprefecto? Yo no tengo hablar de caballero, por eso le digo que con ese hombre que nu'es hombre, me dan ganas de limpiarme el ano, cuando queda sucio. ¡Subprefecto!

—El señor hambriento, amigo, es peor que Cisneros; porque Cisneros anda en busca de un alma y el vecino hambriento perdió la que tenía.

—¡Eso, señor don Bruno! Y ahora me voy. Creo que Cisneros no vendrá a quejarse, pero este subprefecto algo ha de hacer contra Paraybamba. Cúidese, señor, de estos disparados sin alma. Si alguna vez nos encontramos, estando ya libre yo y con buena haciendita para administrar, nos daremos nuestros consejos; pero si me encuentra todavía al lado de Cisneros, ¡cuídese de mí! ¡Y que Dios no lo permita!

Don Bruno se quedó solo en la cantina; vio salir a Pedraza con

pasos firmes; alto, blanco, grueso, con andar de hombre sin refinamientos, arrastrando las espuelas. "Sabe lo que quiere; conoce al «cholo»; lo acompaña leal y deslealmente, al mismo tiempo. Y está seguro de tener derecho a proceder así. Tiene la conciencia tranquila, a pesar de que anda tras una proeza grande y prohibida. Debe creer que Dios se la ha encomendado. ¡Qué lucha ésa! Sin embargo yo no estaría seguro de que pueda ganar, pero puede. Es fuerte de alma y cuerpo."

Mientras tanto, don Fermín, sin la asistencia de ningún abogado, hablaba con el juez.

—Estos documentos, señor Aragón, no tienen valor ninguno —le dijo el juez examinando los contratos de venta de tierras de "La Esmeralda".

—Quiero recordarle, señor juez, que decenas de documentos como éstos fueron considerados buenos para iniciar y ganar juicios, en su propio juzgado. Han sido extendidos ante el juez de paz.

—Señor Aragón: yo no puedo recordar casos concretos. Atiendo centenares de juicios. Le estoy haciendo una concesión especial al emitir una apreciación jurídica que no debo hacerla yo sino un abogado, y más, previniéndole, para que no inicie expedientes inútiles.

—Bien, señor. La verdad es que sólo quería certificar si era verdad que usted también ya estaba comprometido, como todos los abogados de la ciudad. Y está usted comprometido.

—¡Aclare sus palabras! —exclamó el juez, dando una palmada sobre su escritorio. El escribano oía el diálogo con gran interés.

—Su exclamación es una prueba de que son claras para ambos, mi señor. Eso es todo. Me voy.

Se puso de pie.

—Usted no se va. Ha cometido un desacato.

—Susceptible y "honorable" el amigo juez —replicó don Fermín—. Pero quien le escucha es un Aragón de Peralta. Usted no puede detenerme en su despacho. Si cree que he cometido un desacato, su deber es dictar una orden por oficio al subprefecto y dar cuenta al fiscal. Pero ¿no sería mejor para usted que examine, primero, si no tramitó juicios sobre la base de documentos menos "válidos" que los que hoy he traído? Acaba de llegar un abogadito que no aceptó un obsequio de cierto señor. Él ha ofrecido defenderme.

El despacho del juez era más desmantelado y miserable que el del subprefecto, y tenía el olor característico de todos los juzgados de provincias donde los expedientes se arruman sobre mesas toscas que soportan altísimas columnas de cuadernos. Además, olía a moho. Aragón se sentía allí como en la casa de un vecino hambriento y "despreciable" de San Pedro de Lahuaymarca.

—Escribano; dicte la orden.

—¿Qué órdenes me da, antes, para el senador, señor juez? Estoy por marcharme.

—¡Que se vaya a la porra!

—Excelente cargo, amigo juez. Y delante de un testigo.

—Yo le digo a usted que se vaya... No. Dispense, señor Aragón. He tenido muchos disgustos. Gano un sueldo de peón y tengo mucha familia. Dígale al senador que no olvide ese proyecto de aumentar en el presupuesto los sueldos a los magistrados. ¿Comprende?

—Ya le dije que todo estaba claro. Y le juro que influiré para que se les aumente el sueldo. Que la tentación no se agregue a la miseria material en que usted trabaja y respira. ¡El Perú! ¡Cómo se suicida y cómo pretenden los Wisthers y sus amigos, embotellarlo! ¡Ni un paso adelante!

—Pero, ¿usted es patriota, don Fermín? De veras parece que lo es; no un hombre de empresa sin misericordia como se dice y tengo experiencia que lo son todos los que conozco, y usted mismo, hasta ayer no más.

—Cierto, señor juez. Nos conocemos y nos equivocamos.

—Es que según las cosas que dispone el Altísimo tenemos que cambiar. ¡Buena suerte!

El escribano no había tenido tiempo de obedecer al juez. Fue testigo de la despedida cordial de los dos señores que saltaron de la amenaza y la denuncia al patriotismo.

Fermín Aragón de Peralta no se alojó en el antiguo hotel "Maury", como era costumbre de su familia, sino en el moderno y "norteamericano" "Crillón".

Matilde contempló la activa avenida de La Colmena, hormigueante de vehículos, y se lanzó en brazos de su marido.

—Fermín —dijo—, ahora veo que he vivido en esas sierras como rodeada de brujos y fantasmas. ¡Esto es la vida! Mira Lima. ¡Qué movimiento! Éste es un remolino ordenado que sabe por qué se mueve! Déjame aquí. No quiero volver a ver a Bruno ni a Rendón, ni a Justo Pariona ni las flores que ese jovenzuelo indio me obsequió. Me parece que allá todos se arrodillan o gimen falsamente, o porque llevan una carga de plomo a la espalda. Estoy cansada.

—Lo sabía, Matilde. Perdiste tu lucidez y tu energía, últimamente...

—Esas montañas que parece que lloran o te amonestan...

—Sí. Te haré una residencia digna de tu abolengo y del mío. Somos ya millonarios, de todos modos. Voy a llamar a mi abogado. Espero que no se haya vendido también él.

—No, Fermín; Gálvez Valdivia estima su profesión más que el dinero.

—Así parecía. Sin embargo, todo hombre, menos Bruno, de cuantos conozco, tienen su precio.

El abogado invitó a don Fermín que fuera a verlo inmediatamente.

—Visita las distribuidoras de automóviles. Llama a alguna de tus amigas. Trata de elegir un modelo sobrio. Preferiría un Mercedes Benz.

—¡Gracias, Fermín! Tengo que pensar. Cuento con unas veinte amigas. Iré a la peluquería antes que nada. ¿Qué peinador entenderá lo que quiero?... Pero, déjame, amor; no te preocupes por mí.

—Yo no puedo saber a qué hora podré volver al hotel. Para la noche puedes aceptar cualquier invitación.

El abogado del minero era un hombre joven, de provincias. Aragón lo había tomado a disgusto por el consejo entusiasmado de un industrial y terrateniente cuzqueño... Gálvez Valdivia arrugaba la nariz cuando sonreía irónicamente. Otro tipo de risa no le alteraba esa parte tan inexpresiva del rostro humano.

"Esa arruga de su nariz hace espléndida su ironía", solía decir Aragón. "No tiene nada de amargura este hombre. Se burla de los canallas y de sus contrincantes como desde el Olimpo. Es un arma simpática y demoledora."

—El Aragón de Peralta es una furia sin escrúpulos. Lo salva su identificación con el Perú. Los grandes tiburones que ahora lo persiguen se felicitan de lo primero y quieren cortarle la cabeza por confesar que tiene patria. ¿Qué le parece, Félix? —le hablaba el abogado a uno de sus ayudantes. Y sonrió; su nariz mostró muy apretada la arruga.

—Está usted indignado, doctor —contestó Félix.

—Oyó usted mi diálogo con Cabrejos. Dejé abierto el micro del dictáfono. Es una lástima que no sea lícito grabar esta clase de entrevistas. Los códigos deben ser modificados. La técnica se desarrolla con la velocidad de la luz; ella puede registrar testimonios concluyentes. Pero los creadores de la técnica se protegen, porque marchan con el mismo impulso que hace arrastrarse a Cabrejos. No creo que la moral evolucione en esa dirección.

—Al revés, doctor. Ellos están contra el sentimiento moral que mueve a un 90 % de la humanidad.

—No estoy seguro de eso. La moral de este aristócrata provinciano es muy representativa. Ya con eso se creen santos. Y, en cuanto a falta de escrúpulos, no encuentro diferencias sino de cuantía. Aragón tiene la "limitación" de la patria, a la que desea explotar y hacer desarrollarse en su beneficio. El consorcio procura la miseria calculada de todos los hombres del mundo para imperar; sin embargo, el crecimiento de ese imperio necesita también en cierto modo del desarrollo.

—De un desarrollo, como usted dice, perfectamente medido para

mantener la servidumbre. Aragón de Peralta quiere la emancipación de los colonos, repudia y le indigna la "ignorancia" de los indios. El consorcio defenderá con todos sus recursos a los terratenientes de tipo antiguo, no a los de empresa como este Aragón.

—Sí. Ya lo dije. Pero ni Aragón ni los consorcios respetan la vida de los demás si la muerte de alguien, o de muchos, es necesaria para conseguir sus propósitos.

—Es cierto. Y Aragón está a la puerta.

Tocaron el timbre.

Gálvez Valdivia tenía dos abogados jóvenes como ayudantes y dos secretarias. Su estudio ocupaba un amplio departamento de una calle central. Sobrios y elegantes sus muebles y ningún cuadro o elemento decorativo en las oficinas.

Una de las secretarias hizo pasar a don Fermín al estudio.

Aragón comprendió, por la arruga de la nariz de su abogado, que había recibido la visita de Cabrejos.

—¿Cuánto le ofreció Cabrejos, doctor? —le preguntó, sin saludarlo, como una prueba de su confianza, y como si lo hubiera visto el día anterior.

—Nada.

—¿Cómo, nada?

—Lo atajé cuando partió a correr, y cayó de nalgas.

Gálvez lanzó una carcajada.

—Debe haberse aplicado unos diez galones de árnica —continuó el abogado.

—Ese sujeto no suele darse cuenta, a veces, de las excepciones.

—Nunca. Para él no puede haber excepciones. En este país esos caballeros del consorcio proceden como si las excepciones no existieran.

—En Lima, de verdad, casi no existen; todavía en la sierra la religión tiene fanáticos verdaderos.

—Bien, amigo de Peralta. Estamos cercados...

—Pero la mina es de plata pura.

—Más cercados todavía.

—¿Cómo?

—A usted también se le escapan las palomas, señor de Peralta. Cabrejos *sabía* lo que iba a descubrirse en Aparkora. Teóricamente parece que contaba con un 70 % de evidencia. Era suficiente. La Wisther and Bozart comprometió en seguida a todos los consorcios, que en ciertos casos actúan "como un solo hombre", y obtuvo la seguridad o exclusividad para almorzárselo a usted.

—Al 20 %.

—No. Como es rosicler el porcentaje ha bajado al 10 %, porque consideran que ese porcentaje lo convierte a usted, de todos modos, en millonario. Y Cabrejos está seguro que en la mina se encontrará, además, oro.

Aragón no dijo una palabra. Casi involuntariamente miró a los ojos del abogado y empezó a escrutarlo, a buscar algún indicio...

—Este señor... don Fermín Aragón de Peralta, tan escéptico, más que la Wisther, ¿no?

Gálvez sonrió levemente, y la arruga de su nariz humilló al minero.

—¡No, señor de Peralta! No pida disculparse —se adelantó Gálvez—. Si usted no desconfiara así no llegaría a millonario.

—Usted también lo será, doctor.

—No, amigo, afortunadamente. Este estudio puede llegar a ser más importante, pero no cuenta con los recursos indispensables para la carrera a los millones. Lo hemos concebido y organizado de modo especial. Pero volvamos a lo suyo. Usted me interrumpió. ¿Sabe quién va a salvarlo?

—Nadie...

—Usted tiene un aliado en el que no sé cómo no ha pensado desde que comenzó su lucha con los acaparadores internacionales de minas. Este aliado es el Perú.

—¿El Perú? ¿El Perú? No; no le entiendo.

—El presidente de la Comisión... de la Cámara de Diputados y el director...

—Doctor Gálvez, usted debió pronunciar esos nombres y no el de la patria. ¿Qué tienen que hacer? Ese diputado fue elegido fraudulentamente y por minoría...

—Éste es un rostro del Perú. Y lo va a salvar. No discutamos los aspectos metafísicos del asunto, sino los prácticos. El camino lo he preparado bien. Usted puede obtener el 20 %, siempre que ceda al señor presidente de la Comisión el 5 % y el 5 % al señor director... Luego va usted a la Wisther y exige el 30 %. Le ofrecerán el 10; al día siguiente lo llamarán para concederle el 20.

—¿Y no cree usted que con los japoneses que ahora buscan buenas inversiones en el Perú pueda obtenerse el 30 %, sin la coima a los honorables...

—Haga la prueba. Llame de este teléfono. Dispone aún de tiempo.

—¿A quién llamo?

—A la Embajada, al agregado comercial.

Una de las secretarias obtuvo cita para las 12, del agregado comercial para el señor Aragón de Peralta.

Don Fermín había reflexionado mientras tanto en los "pasos" tomados por su abogado. Se puso de pie, y muy excitado, le dijo a Gálvez:

—Doctor, aquí hay algo exagerado. ¿No cree usted que la Wisther me ha "madrugado" ya ante los honorables...?

—Por supuesto. Pero han recibido en efectivo. Los consorcios rarísima vez ofrecen acciones en casos tan seguros como éste. Los

"honorables" se sentirán patrióticamente orgullosos de recibir más de usted que de un consorcio internacional.

—Pero el tal consorcio tiene en su directorio a grandes capitalistas limeños.

—Excepto unos cuantos, los más, les sirven de lastre al consorcio, pero sin ellos no podrían controlar el país. Esos "socios" nos han dejado el resquicio por donde usted puede entrar al "cielo".

Gálvez, naturalmente, arrugó la nariz.

—¿De qué modo ha llegado usted a conocerlos tanto?

—Es mi oficio, señor de Peralta. Y..., ¿sabe? El olor de los "vulnerables", de los venales, es fuerte. No se necesita mucho olfato. Usted ha de entrevistar al señor presidente de la Comisión; la entrevista, cualquiera que sea el resultado de ella, cuesta cinco mil soles. Ya están pagados. Hay quien se encarga de este negocio previo al que pudiera resultar de la audiencia.

—Señor abogado, este país es así de enredado y vil porque tiene indios... ¡No, doctor! Yo no soy un imbécil para considerar a los indios como culpables. Lo son quienes han mantenido indios y mestizos en nuestro país. Cinco o seis millones de gente que no es cristiana. Piensan de otro modo; y, lo peor, anhelan otros bienes. Y ahora ha surgido un personaje peor, intratable, con empuje de demonio: el mestizo leído y el indio leído. Odian y trabajan por odio. Yo tengo dos cerca de mí: el "cholo" Cisneros, que es ya un gran hacendado, y el ex indio Rendón Willka. Claro que hay una diferencia neta entre ambos: Rendón ama su comunidad; es más zorro que el zorro; Cisneros se ha hecho gran propietario y odia a diestra y siniestra. Le cuento estos detalles porque también en la sierra, donde todo era manso y tranquilo, han empezado la complejidad y la guerra. Sabré cómo tratar a los "honorables".

—Pero... señor de Peralta, los "honorables" tienen una complejidad muy sencilla y andan escasos de tiempo. Si usted emplea prolegómenos caballerescos le van a tomar fastidio. "Time is money." Al grano con ellos. Y no es que yo tenga apuro de despacharlo...

—Doctor, ¿puedo dejar lo del japonés?

—Creo que sí. Debe estar muy bien enterado de todo; sería, sin embargo, una buena experiencia para usted. El "honorable" presidente lo espera a las dos de la tarde y el otro "honorable" mañana a las diez de la mañana. Puede darse el gusto de entrevistar al japonés. Le advierto que habla el castellano con pocos errores. Usted lo impresionará. Tiene usted un aire de aristócrata con tintes de yanquilandia y andilandia.

Gálvez se rió sin arrugar la nariz.

—¿Se me nota tanto? —preguntó el minero.

—No; tanto no. Sólo para los que cultivamos profesionalmente el olfato. Ante los demás, su elegancia es notoriamente moderna y

su porte muy impresionante. Hace usted honor a su apellido. El japonés lo recibirá dignamente.

Aragón iba a despedirse, pero se escuchó el timbre del teléfono y una de las secretarias tocó la puerta de la oficina.

—Al señor Aragón de Peralta, de parte del ingeniero Cabrejos Seminario —anunció.

—Yo voy a intervenir primero —dijo Gálvez. Y luego habló por el fono: —Ingeniero, desearía saber qué pretende...

El abogado contestaba con monosílabos y oía explicaciones...

—Bien. Voy a consultarle. Llamaré dentro de pocos minutos.

—Los "honorables" son demasiado "conocidos". He ahí los dos filos de esta clase de "protectores". Siempre dos filos: el bien y el mal en su forma más altamente civilizada. Cabrejos pretende simplificar las cosas. El asunto es sencillo. Ha calculado con la exactitud que el juego más o menos rutinario de los "honorables" siempre hace posible. El consorcio le ofrece el 20 %, así no tendrán que comprar a los "honorables" los otros 10 %.

—Yo prefiero que se los compren. Los "honorables" son peruanos...

—Y yo soy su abogado, señor de Peralta. La "identificación" que hice del Perú con los "honorables" fue circunstancial. Le dije que representaban un rostro del Perú; creo que es el que deberíamos borrar. ¿No? Usted, ahora, puede exigir el 25 %.

—¡Que venga Cabrejos! ¿No le parece? —dijo Aragón.

—Eso espera.

Llegó en seguida.

—Usted, señor Aragón de Peralta, tiene lo que se llama un *abogado* —dijo el ingeniero.

—¿No sigue la corriente que usted considera casi inevitable para el éxito?

—No. Y pienso que puede resultarle más directa.

—Es que tiene dirección —intervino Gálvez—. En medio de todo, el Perú actual ya permite este lujo. Es, por ejemplo, un "honor" —y Gálvez arrugó la nariz— que el personero de la Wisther and Bozart se encuentre en tan modesto estudio.

—Para ofrecer el 20 % de las acciones de la Compañía Minera Aparcora.

—¡No está mal! —exclamó don Fermín—. El no dueño, el "fantasma", como usted suele decir, ingeniero, el testigo oculto y paciente enemigo, ofrece al dueño de la mina Apark'ora, a quien invirtió en el trabajo toda su herencia hasta descubrir el metal precioso, le ofrece con suma generosidad el 20 %.

—Descubrir una mina no es poseerla. La posesión significa la

explotación. La Wisther and Bozart deberá invertir unas cien veces mas capital que el que usted ha empleado hasta llegar al manto.

—Y como la libre competencia ha sido eliminada, la Wisther se llevará, no sabemos a qué lugares del mundo, el 80 % de las ganancias...

—E invertirá en el Perú algunas decenas de millones...

—¡Bueno! —dijo el abogado, arrugando al máximo la nariz—. No perdamos el tiempo en analizar lo ya conocido y "freído"; que ésos son problemas de la alta y baja política. Tratemos el caso concreto. El señor Aragón de Peralta exige el 26 % como participación mínima de las acciones y el pago de toda la inversión hecha hasta el presente.

—¿26 %?

—Usted debe tener autorización para ofrecer el 25 %.

—No. El 20 %, y el consorcio no cederá nada más. Debo advertirle, doctor, que la cita a las dos de la tarde para el señor Aragón ha sido anulada e igualmente la de la mañana. No recibirán al señor de Peralta.

—¿Qué citas?

—No lo sé exactamente. Llame para confirmar.

—Bueno.

Gálvez llamó por su teléfono directo.

—"Sí —le dijeron—, el señor presidente de la Comisión no tiene tiempo hoy. Puede recibir al señor de Peralta dentro de 30 días. Lamento no devolver los cinco mil soles, porque la gestión ha sido hecha..."

Gálvez cortó.

—Es cierto —dijo—, don Fermín: el 20 % es suyo, y ni un centavo más.

—Atado, acorralado por quienes deberían apoyarme, premiarme. ¿No es cierto? Llévese Cabrejos la mina. Ya veo que, "en cierto", como diría Rendón Willka, las minas apenas se descubren dejan de pertenecer al país en que Dios las puso. Y no podemos saber bien a cuál país pertenecen.

—Es que las fronteras son convencionalismos, mi señor.

—Para cuando hay que apropiarse de minas, y son "sagradas" cuando sus apátridas dueños desean defenderlas o apropiarse de las del país vecino. ¡Serán del Perú, algún día! Y quizá usted Cabrejos esté vivo aún entonces. ¿Qué haremos con usted? Siendo apátrida, lo tendremos que enviar a la luna, que para entonces estará cerca y quizá nos sirva de campo de concentración. Alguno de los dos estará allá, pronto. Somos todavía jóvenes.

—Será un placer; aunque no tanto como empezar a lanzar al mundo, y desde el Perú, la excelente plata de Aparcora —contestó Cabrejos.

—Así es.

Aquella misma tarde San Pedro de Apark'ora, con la ortografía castellanizada de *Aparcora*, pasó a pertenecer al imperio del gran Consorcio. Toda la maquinaria estaba ya preparada para ponerse en marcha.

"No volveré más a San Pedro de Lahuaymarca. Buscaré otra mina. Con los millones que tengo me enfrentaré a los consorcios del mundo entero. Se llevarán sólo lo justo. Y que sean estos monstruos anónimos quienes liquiden a Bruno, a los señores tristes de San Pedro, a los indios. Buena pelea les encomiendan a sus empleados. ¡Crécete, Rendón Willka! ¡Crécete, bestia Adalberto, si puedes! Lucas será aplastado o mimado por el monstruo. No lo sé. Voy a llamar a Camargo. No creo que acepte trabajar con patrones invisibles y al mando de empleados a sueldo y sin misericordia. ¡Yo encontraré una mina con él! En la costa, donde los indios van como desperdicios de las comunidades o huyendo de las haciendas. Nada de minas en los pueblos con brujería y fanatismo. Ni Bruno, ni Rendón, ni Carhuamayo; menos Cabrejos. Yo solo, con mando y para vigilar desde lejos a los indios que tienen presentimientos que hay que sustituir con pensamientos. No sé cómo he de hacerlo. Pero el indio debe desaparecer. Es la oscuridad de un pasado extraño. En ellos está metido el Ande con su turbamulta de misterios y con su fuerza. El misterio es lo contrario de la técnica, del progreso. Y si no llegan pronto a la técnica los degollarán. Los traeré a la costa y que agricultores de la costa vayan a sembrar las tierras de las haciendas y transformen a las comunidades. Que esa masa se disgregue en individuos. Porque ellos cantan unos al oído de los otros las antiguallas, con fanatismo. Hay que dispersarlos, convertirlos en gente de empresa. Que ambicionen y que se maten un poco unos a otros. De allí surgirá el verdadero hombre peruano. Y no nos pondrán de rodillas los consorcios. Nos tendrán que respetar; es decir, no se llevarán el 80 %, sino del 10 al 20. Entonces seremos libres, sin indios. Todos asociados por las conveniencias y no por la brujería. Yo empiezo hoy la segunda etapa de mi empresa."

Siete guardias y Pedraza llegaron a Paraybamba, de madrugada. Los guiaba un comunero residente en la capital, un paraybambino que conocía el pueblo casa por casa.

Comandaba a los guardias un sargento, mestizo de una provincia del Cuzco; formaban la tropa seis guardias procedentes de diferentes regiones. Un costeño y un jaujino eran los "más civilizados", según Pedraza. El costeño temía y despreciaba a los indios; el jaujino guardaba silencio; estaba asombrado. "Nosotros, los mestizos, éramos en Jauja y en todo el valle como advenedizos, dicen que hasta hace poco. Todo era de los indios. No hay allá hacendados grandes.

Ahora en Jauja no hay indios. Somos todos «cholos» peruanos. Aquí el indio casi no es gente", le había dicho a Pedraza en la cueva de Pisk'omachay, donde se alojaron la noche anterior. Pedraza lo hizo hablar, vanagloriándose de que en Celendín no había indios ni mestizos, que todos eran blancos.

Antes de entrar al pueblo de la comunidad, el sargento repitió las instrucciones:

"Matar al que se resista. Apresar a los cinco varayok'. Luego, una pareja, el jaujino y un ayacuchano, pasar el puente y buscar a David K'oto. Matarlo al primer intento de resistencia o fuga. Si no se le encontraba en los caseríos, obligar a don Bruno que lo entregara. Llevar preso al señor si el mozo indio no era habido."

Tocaron la puerta de la casa del viejo alcalde. Una anciana salió a abrir.

—¿Dónde está el alcalde, viejita? —preguntó el sargento, en quechua.

La india vaciló. Fue quedándose cada vez más inmóvil y muda. Tenía delante de sí a siete guardias.

—¿Dónde está? ¡Despierta!

El sargento la sacudió por los hombros.

—No podrá hablar, mi sargento... —dijo el guardia jaujino—. Entremos.

Los ojos de la anciana quedaron abiertos. No pestañeaba.

El sargento la arrastró hacia afuera, y entró a la casa. Estaba vacía. En la cocina encontraron a una niña como de seis años. Al verse rodeada por los uniformados se echó a gritar.

El sargento se agachó y quiso acariciarla. La pequeña siguió gritando. Apareció la anciana.

—Faena Tokos... Hacienda... —dijo, claramente, en castellano.

—¿Todos? —preguntó en quechua, el sargento.

—¿A todos vas a matar? —preguntó la mujer.

La niña contemplaba a los hombres; cesó de llorar cuando entró su abuela a la cocina.

—A nadie, vieja. Queremos llevar no más a los alcaldes.

—¡Para siempre! —dijo la anciana—. Ahí están, al frente. ¿Quién come indios entre ustedes? No van a volver.

El jaujino no sabía quechua.

—¡Vieja animal! ¡Vieja diablo! ¿Quién te ha dicho que la gente come gente? —gritó el sargento.

—No vuelven, pues. Comerán, no comerán. No regresan. Alguien come. Ahí están al frente.

—¡A la calle! —ordenó el sargento.

El comunero había desaparecido.

—Dijo que iba a orinar. Se demoró un rato. Cuando lo busqué no estaba —informó Pedraza.

—No importa. No nos servirá de nada. Están de faena en las

tierras que les cedió don Bruno. Veamos, primero, algunas casas, para comprobar.

Encontraron sólo mujeres viejas y niños. Las viejas quedaron inmóviles, como la esposa del alcalde, mientras los guardias recorrían las pocas habitaciones.

—¿Qué habrá sido del comunero? —preguntó Pedraza al sargento.

—Una de dos: ha huido o ya está camino de la hacienda.

—Podemos palomearlo en el camino, mi sargento —dijo el guardia ayacuchano.

—¿Por qué?

—Avisará a los comuneros.

—Seguro. Pero ellos nos esperarán. Están trabajando. Ahora, ¿si quieres probar tu puntería? Y servirá de aviso a los otros indios. Mejor si ven que tumbas a uno.

—Bien, mi sargento.

No vieron al indio en la bajada. El guardia observaba a lo lejos, entre los arbustos; su mal humor se acrecentaba a medida que se acercaban al puente.

—¡Le hubiera dado en la cabeza! —decía—. ¡Saltan feo, caray, cuando se les da en la cabeza! Y ese indio nos ha traicionado.

Oyeron llantos.

Unos cien niños, de 6 a 8 años, bajaban llorando, por el camino de a pie. Corrían, sin tropezar, sacudiendo sus harapos.

—¡Quién, pues, va tener pena de esas criaturas! Mejor estarían si los matamos —comentó el sargento—. Si habría en la orden... Pero no hay. Que griten, pues.

—¿Cómo pueden correr así? ¿Son gente? —preguntó el costeño.

Los niños llegaron primero al puente. Los guardias montaban caballos chuscos y el camino no podía ser peor. Lo transitaban jinetes muy rara vez.

Encontraron a los niños formando una masa compacta frente a la cruz.

—¡Ama papacito (¡No, papacito!).

—¡Ama sipiychu, taytachallayta! (No mates; no mates a mi huérfano padre!)

Clamaron.

El sargento los golpeó a riendazo para abrirse camino.

Pedraza cruzó el puente en último lugar, sin mirar a los niños, que continuaban repitiendo la misma letanía.

Siguieron a los guardias toda la cuesta, gritando siempre las mismas palabras. Unos cuantos se ahogaban con el llanto y se quedaron botados en el camino.

Los comuneros no interrumpieron la faena. Se habían dividido en cuatro grupos o cuadrillas más o menos numerosas según la clase de trabajo que hacían. Uno arrancaba de raíz los arbustos y las yer-

bas que cubrían el campo; otro remodelaba y componía los andenes ya limpios; el tercero cargaba piedras hacia el que se dedicaba a reparar los andenes, barría el campo de pedruscos, rellenaba las zanjas o demolía los morros; igualaba la tierra. El cuarto grupo araba con bueyes o con chaki-takllas [1], según el declive del terreno o la amplitud de los andenes. Las mujeres maduras arrastraban los arbustos hasta el borde de los precipicios; allí convertían en leña las ramas gruesas, lanzaban la mala yerba al abismo. Las mozas formaban parte de las cuadrillas de trabajadores. Cuatro pequeños grupos de mujeres cantaban, a distancias bien calculadas uno de otro, el *wanka*. El guardia ayacuchano que buscó durante toda la bajada al comunero que huyó, para matarlo, y el propio sargento, se quedaron detenidos un buen rato. Esa faena y el canto les recordaba su infancia. Una estrella profunda empezó a latir dentro de la sangre de ambos, como nace el sol de las aguas tranquilas o movidas por el aire de los lagos de altura:

Wayanaysi rapran manaya k'an hinachu, mak'ta, runa. K'ollk'e challwas *ahujan* mayu k'ochapi, manayá k'an hinachu mak'ta runa.	La golondrina agita sus alas pero no tanto como tú, mozo, hombre. El pez, aguja de plata, cruza el agua en el lago y en el río, pero no tanto como tú, mozo, hombre.

—¡Carago! —gritó el sargento, ferozmente—. ¡Preparen armas!

Los niños estaban tras él, callados.

Los seis guardias se alinearon, y alzaron los rifles.

—¡Apunten! No al bulto. Poquito alto. ¡Fuego!

Las balas quemaron el aire sobre las cabezas de los comuneros. Pero ninguno interrumpió su trabajo, ni hombre ni mujer. Rendón Willka, ya administrador de la hacienda, observaba el campo desde una zanja poco profunda. Lo acompañaban David K'oto y el comunero que guió a los guardias hasta Paraybamba.

—¡Carago! ¡Bueno! ¡Paraybamba, bueno! —dijo Demetrio cuando vio que, según el acuerdo de los alcaldes y él, la comunidad ignoró la descarga.

—¡Otro, carajo! ¡Más abajo! —ordenó el sargento. Esta vez pronunció la interjección a lo mestizo.

La segunda ráfaga tampoco produjo ninguna perturbación en la faena ni en los cantos; sólo los niños se echaron a gritar, sin moverse. Estaban detrás de los guardias.

—¡Sargento! Parecen más hombres que los de Celendín. ¡Quién

[1] Antiguo arado de pie.

lo creyera! —exclamó Pedraza—. ¡Más hombres! ¡Las mujeres! ¡Quién lo creyera!

—¡Tumba a uno! —ordenó el sargento al ayacuchano.

—No se aloque, mi sargento. Mande llamar al alcalde. Seguro que ha de venir. Usted no ha presentado la orden a la comunidad. El subprefecto no dijo que matara a la gente pacífica —dijo Pedraza, y dio unos pasos hasta ponerse frente al sargento. Éste sudaba; sus carrillos se habían hundido.

—No... no se meta...

—¿Qué le sucede, mi sargento? Recupere la tranquilidad. Somos pocos. Yo no sé por qué desea usted matar...

—Llama al alcalde —ordenó con la lengua seca el sargento.

El guardia ayacuchano corrió hacia el grupo más próximo de trabajadores. Lo siguieron los niños, llorando a gritos. Algunos cayeron y se volvieron a levantar. Se dispersaron y tomaron direcciones seguras en el extenso campo, y fueron callándose, a medida que se aproximaban a las mujeres.

—¡Que no lloren las mujeres grandes, padre Pukasira! ¡Que no se alboroten! —rezó David K'oto.

—Tú, acuérdate —le dijo Rendón—. En la cárcel se aprende mucho. Allí hay escuela. Hay que oír a los políticos. El mundo es grande. Pero no hay que seguir lo que dicen los políticos; según nuestra conciencia hay que aprender lo que enseñan. Ellos son de otro modo. Nadie nos conoce. ¡Verás! Tú eres hombre, Davicho; más que yo vas a ser. Ya hemos hablado. A ti te van a llevar preso. Pero que no te encuentren aquí. Cuando estén hablando con los alcaldes te vas por la zanja hasta el camino de a pie. Y esperas, tranquilo, sin rabia, en tu casa. Ya sabes firmar. En la cárcel vas a aprender a leer. ¡Que te lleven a Lima!

Hablaba y observaba el campo.

—¡Alcalde, mandos: orden del "Gobierno"! Preséntense donde el señor sargento —pregonó el ayacuchano, en quechua.

—Ése es don Pedraza. Tiene corazón. No sé cómo será, pero tiene corazón —dijo Davicho.

—Él ha detenido los disparos. Seguro el sargento es mestizo odiador. ¡Ya sabes! En la cárcel, si te llevan a Lima, van a querer hacerte... lo que te he dicho. Lleva cuchillo. Mata, destripa a los zambos y diablos que quieran... ¡No te harán nada! Ésos conocen el ojo de la gente.

Los cuatro regidores se encaminaron hacia los guardias y Pedraza. Salieron de cuadrillas distintas; el anciano bajó de un montículo de piedras. A él había elegido el sargento para que el ayacuchano lo tumbara. Se reunieron los cuatro regidores y se dirigieron al montículo de piedras. Tomaron allí sus delgadas varas de faena. El "campo" alcanzó al viejo su vara negra con anillos de plata. A paso solemne, sin apresurarse, anduvieron los cinco.

—Nos días, señor "Gobiernos" sargento —saludó el viejo y, como él, los cuatro regidores se quitaron el sombrero.

—¿No has oído los disparos? —preguntó en quechua el sargento.

—Hemos oído —contestó el anciano.

—¿Y por qué no hiciste caso?

—Bala no habla, pues, señor "Gobiernos". Mata de cualquier parte.

—¡Ah! Tú querías que te hablaran.

—Sí, señor "Gobiernos". El hombre habla; "Gobiernos" habla. Bandoleros matan sin hablar, de noche.

—¡Bueno, bueno! Perdedera de tiempo —y luego continuó en quechua—. Alcalde: tú y los cuatro regidores van presos. Han ofendido, han maltratado al gran señor de "Parquiña"; ustedes responden.

—¡Claro, pues! —dijo en castellano, el viejo, sólo esta frase—. Vamos tranquilos, señor "Gobiernos". Pero con los mayores cabildos [1] voy a disponer para la faena.

—No. Marchen. No hay nada que disponer.

—Señor sargento: a todo preso se le da un tiempecito para arreglar sus cosas —intervino Pedraza.

—A los indios, no. No necesitan. No tienen nada... Y el Común se arregla solo. Éstos ya deben tener sus reemplazantes.

—Usted es el responsable. Disculpe.

—Usted es el verdadero responsable, don Pedraza. Usted ha denunciado. Yo cumplo no más órdenes.

El viejo alcalde levantó la vara. La comunidad completa detuvo el trabajo y volvió el rostro, atentamente, hacia el viejo. Observaron que de cada una de las cuatro cuadrillas se había aproximado una mujer hacia los guardias.

—¡Néstor Pumayauri, primer cabecilla; Pablo Tinka, segundo cabecilla; Urelio Condori, tercer cabecilla; Santos Lintijillas, cuarto cabecilla; Pascual Atau, quinto cabecilla! Quizá regresemos, quizá no regresemos. Faena bien. Néstor Pumayauri primer responsable —voceó el anciano.

Sargento, mana pipa churin,	Sargento, hijo de nadie,
icha kutimunk'aku	quizá vuelvan,
icha manapas.	quizá no vuelvan.
Sargento, llutan sonk'o.	Sargento, de corazón desconocido.

—Viejo, te voy a patear en delante del Común, porque tus mujeres me están insultando —dijo el jefe de los guardias.

Le dio un puntapié en la cintura. El anciano se tambaleó y pudo mantener el equilibrio apoyándose en su vara. "Éste no va a resistir la colgadera que manda hacer el teniente", pensó el sargento.

[1] Comuneros que han desempeñado cargos religiosos o civiles.

Las cuatro mujeres no cantaron más; permanecieron quietas, con las manos en la boca. El sol quemaba, imponía un silencio cálido y germinante, no el cristalino y atento del silencio nocturno. Se oyó muy claro, lejos, un grito juvenil:

—¡Wifááá!

Pero nadie lo coreó. Al término del grito, la quebrada reflejó el sonido del río que parecía adormecer, a esa hora, a las grandes piedras y a los precipicios de rocas.

—¡Yo, sargento! ¡Justicia! Testigo; colgado en la barra.

Un hombre salió gritando y corriendo de la cuadrilla de los aradores y llegó pronto junto a los guardias. Era el único que no tenía la ropa harapienta, ni siquiera remendada. Junto a él, el alcalde y los cuatro regidores parecían mendigos.

—Soy Policarpo Ledesma, amigo del gran señor don Adalberto Cisneros —dijo.

—¿Quieres ir preso? —le preguntó el sargento.

—Los indios me colgaron cuando ofendieron a don Adalberto. Soy Ledesma, vecino, futuro teniente gobernador.

—Espere, entonces, amigo. Yo he venido por presos.

—¿Me va a dejar?

—¿Acaso lo he traído?

—Soy Policarpo Ledesma...

—Y, ¡a la mierda!... —le contestó el sargento.

Ledesma enrojeció. Los alcaldes lo miraban con indiferencia.

—Lo haré botar, sargento; con mi amigo, el gran señor. Soy Ledesma, Policarpo.

El sargento lo tumbó de un culatazo del rifle. Ledesma se levantó herido, sangrando de la cara. No habló. Cojeando se echó a caminar en dirección del río. El sol se regocijaba destacando su figura entre los arbustos. Llegó al borde del abismo. Se persignó y se lanzó al vacío.

—Los buitres ya están dando vueltas. Ya se han venido. Allí esperan. Lo van a comer un rato. En sus huesos ha de reverberar la grasa, más tardecito, señor "Gobiernos" —dijo el primer regidor, mientras el viejo alcalde rezaba en quechua, con la cabeza descubierta.

—¿Venirme con amenaza, cuando el corazón está intranquilo? ¡Andando! Dios lo ha matado. ¡Amigo de Cisneros! Dios lo ha matado, señor Pedraza —fue hablando el sargento.

Los cinco alcaldes, envarados, atravesaron el campo, casi animadamente.

—¡Alto! —ordenó el sargento, en el camino. Los indios se detuvieron.

—Ustedes dos por David K'oto o por don Bruno Aragón a "La Providencia". Este camino sigue derecho a las estancias y de allí a

la casa-hacienda. Con el preso ustedes marchan por el camino recto hasta la capital de la provincia. Ya no tienen por qué bajar a este río. Usted comanda, jaujino —ordenó el sargento.

—Bien, mi sargento —contestó el jaujino.

Los dos guardias cabalgaron cuesta arriba, mientras el sargento descendía hacia el fondo de la quebrada.

—¿Quén mató, de veras, a Ledesma? Oiga, sargento; cuando usted lo emparó, ese hombre ya no tenía mundo. ¿No ve? Usted, con el culatazo, por su delante, y la comunidad, en su detrás. Ya no le alumbraba sino el campo al barranco; por allí se fue. Cristo, a veces, se aparece en delante de uno, como si fuera patente. Él lo hizo cojear y tomar la dirección al Ledesma: ladrón, alcahuete, traidor, falso, insolente.

—¿No es Dios Cristo? Yo, pues, le dije.

David K'oto se entregó alegremente a los dos guardias. Tuvo tiempo de avisarle a su padre y de discutir con él las instrucciones de Rendón Willka. El viejo cabecilla aceptó.

David fue a esperar a los guardias, abajo, algo lejos de las estancias. Hizo como que reparaba los muros de una pequeña cancha de ovejas que estaba cerca del camino. El ayacuchano le preguntó en quechua:

—Indio, ¿eres de don Bruno?

—Sí, señor "Gobiernos".

—¿Conoces a Adrián K'oto?

—Sí, señor "Gobiernos". Yo soy su hijo.

—¡Ah! ¿Cómo te llamas?

—Davicho, señor "Gobiernos".

—¡El preso! —dijo el jaujino—. Suerte. No tenemos que formar alboroto.

—¡Caray! Capaz en las estancias habríamos agarrado alguna mujercita. Los indios de hacienda se arrodillan, no son como el comunero.

—Tú sabes. Yo no entro en porquerías; yo mando la pareja. Soy guardia por necesidad.

—¿Quién no? Por eso, pues, hay que aprovechar...

—Tú, preso. ¡Vamos! —le dijo el jaujino al mozo.

—Por mula de don Cisneros será —contestó en castellano.

—Sí —dijo el ayacuchano—. La despedazaste con dinamita. Ahora te van a colgar...

—¡Silencio! —ordenó el jaujino—. ¡Silencio hasta el cuartel! No sabemos nada. El preso es preso y el guardia no habla. Hablan los jefes.

Don Bruno empezó a caminar a lo largo del corredor; Rendón Willka esperaba su decisión, inmóvil, con la espalda apoyada en una de las columnas de piedra. Se detuvo, por fin, el patrón, no muy cerca del administrador.

—¿Leíste esa historia sagrada? —le preguntó don Bruno.

—Sí, patrón. Nuestro Señor Jesucristo, de verdad, tenía su corazón para huérfanos.

—¿Leíste esa historia de Francia?

—Sí, patrón. Habían matado al rey...

—El rey era bueno. Los señores fueron corrompidos por el diablo. Napoleón aniquiló a los ateos saliendo del mismo vientre de los ateos. Pero quiso ser Dios y Nuestro Señor lo hizo vencer, agonizar y morir como a los herejes. Esos herejes adoran más a la plata que a Dios.

—Nuestro Señor había levantado a los que estaban de hambre...

—Napoleón los hizo matar por miles de miles. Y él formó a los ricos sin alma, Demetrio. Por eso, cuando entró a España, Dios lo entregó a los herejes.

—Así es, patrón.

—Ahora llegan aquí los herejes, Demetrio. Cabrejos es hereje.

—No hay Dios para él, patrón. Yo le he conocido. Mata a la gente por plata. Al maestro Gregorio...

—¡Ateo! Y ha de vencer a mi hermano. ¿No habremos trabajado para el diablo y no para don Fermín?

—Nuestro Señor Dios, como el viento fuerte carga la basura; así va limpiar a los Cabrejos. La mina quedará para el patria.

—¡El Perú! ¿Adónde lo llevan? La mina traerá pestilencias, guerra, ambición, infierno.

—Don Bruno, patrón. Así va ser si la cabeza de la mina es Cabrejos; si inginiero tuviera el patria en el pecho, mina traería comida, harto; ropa, harto, para huérfanos. Mina también el Señor hizo. ¿Para qué? Como el trigo también.

—¿Sabes, Rendón, que te he nombrado albacea de mi hijo por escritura pública? Si yo muero, tú serás dueño de "La Providencia" hasta que mi hijo sea mayor de edad. Tú cuidarás de él y de tu patrona, doña Vicenta; tú trabajarás esta hacienda, la defenderás contra Cisneros, según tu entender. Y la administración también te la he encomendado por escritura pública. Voy a ir a la provincia a defender a mi criatura David K'oto. Si no regreso, si me llevan preso, ponte firme, Rendón Willka. "La Providencia" y sus colonos dependen de tu inteligencia, de tu astucia para el bien. Entra a mi biblioteca. Lee de noche, tranquilo. Tu castellano es como de..., no, no es de cholo; es de otra clase; hablas como que nuestro Niño Dios se regocijara por tu boca. Castellano bárbaro, pero claro. Demetrio...

Rendón Willka contemplaba a su patrón como si éste le hubiera

entregado en las manos el mundo, triste y con sangre por fuera, llorando poderosamente, y con la salvación, la gloria, debajo de esa cáscara sucia. Don Bruno sentía casi exactamente la conciencia de Demetrio. Los ojos del indio tenían la luz del gran remanso a cuyas orillas el palacio de la hacienda "Parquiña" iba destruyéndose; esa agua era transparente, más dichosa que todos los cielos; acariciaba el corazón como si fuera "el manto vivo de nuestra madre, madre de Dios a quien no se le ha visto nunca, sino allí, en esas aguas, prometiendo la paz, y la lucha triunfante por la paz". ¡Ese remanso donde las golondrinas y los peces juegan! Porque todo el curso del río es bravo, inspira temor o furia, contagia su endemoniada fuerza. No refleja a las montañas, las agita, golpea sus cimientos...

—Patrón don Bruno...

Por primera vez, don Bruno escuchó vacilar a Rendón Willka.

—Está bien, patrón don Bruno. Yo soy respeto. Tu hijo, tu señora, que has traído de Santa Cruz, siguiendo el andar de una estrella que Dios había hecho, serán respeto. ¿Cabrejos, Cisneros, don Fermín? ¡Ah jajayllas! Conejos son para don Bruno, conejos serán para albacea comunero Rendón Willka. Indios de Paraybamba, indios de "Parquiña", de todo hacienda, de todo comunidad, respeto para don Bruno, para su hijo, para Demetrio Rendón Willka. ¡Tu bendición, señor!

—¡Delante de mí; perdón, don Bruno! —exclamó Vicenta, que había oído el diálogo desde la sala, y se precipitó al corredor.

—Sí, hija. Tienes derecho.

Rendón Willka se arrodilló. El gran pisonay del patio había desprendido casi todas sus flores sobre el piso de guijarros del río. Un manto rojo, redondo, en que el sol parecía derretido, iluminaba el gran árbol, seña de la hacienda, ojo vigilante del Pukasira, según los colonos.

Los dos pongos que hacían guardia al extremo del corredor también se arrodillaron.

—Dios Yaya, Dios Churi, Dios Espíritu Santo sutinpi... (En nombre de Dios Padre, de Dios Hijo, de Dios Espíritu Santo); yo, Bruno Aragón de Peralta, dueño de la gran hacienda "La Providencia", por la gracia del Señor y por herencia legítima, yo te bendigo, Demetrio Rendón Willka, ex comunero libre de San Pedro de Lahuaymarca; te consagro albacea de mi hijo aún no nacido, en caso de mi muerte o desgracia; que Dios proteja lo que la ley manda. ¡Levántate ya, Rendón Willka! Dios y la ley han unido nuestros destinos. Guarda este documento.

Toda la oración fue pronunciada en quechua por el hacendado, y él mismo se dio cuenta de haber empleado el idioma indígena sólo cuando Demetrio le habló también en quechua, ya de pie. Vicenta lloraba.

Don Bruno aceptó las disposiciones tomadas por el administrador de su hacienda para el viaje que debía hacer a la provincia. Carhuamayo acompañaría al señor hasta la subprefectura; el joven colono y pongo de turno, Santuco Pank'ar, partiría inmediatamente, disfrazado de comunero de San Pedro, y a la llegada del patrón, se quedaría frente a la subprefectura, observando. Si don Bruno, o ambos, patrón y primer mandón, eran encarcelados, Santuco volvería a la hacienda con la noticia. No era difícil, aùn para un comunero, enterarse de la prisión de alguien que había estado antes en el despacho del subprefecto. El despacho no tenía comunicación directa con la cárcel; el detenido debía ser llevado por la escalera externa, la única, a la vista pública y en la plaza, hasta el cuartel que ocupaba el primer piso del vetusto edificio.

Pero ¿un Aragón de Peralta en la cárcel de esa pequeña ciudad en la que don Bruno y don Fermín eran considerados como todopoderosos? Sí; ahora era posible. Cisneros se había convertido en hacendado más grande que los Aragón de Peralta y había "conquistado" la protección y la amistad, aunque algo avergonzada, del senador. Las autoridades dudaron en preferirlo ante los Aragón de Peralta, pero el senador estaba "asombrado" de que los comuneros miserables de Paraybamba hubieran infamado a Cisneros, cualquiera que hubiera sido la conducta del cholo, y había conseguido una orden de "escarmiento" contra la comunidad. Al subprefecto se le daban instrucciones de proceder "con cautela pero sin contemplaciones" si Bruno Aragón de Peralta tomaba partido a favor de Paraybamba.

Cisneros llegó de noche a la ciudad; habló de noche con el subprefecto y permaneció oculto en la casa de un compadre, vecino acomodado. No fue a ocupar la casa "moderna", estilo "buque", que había mandado hacer en la capital, demoliendo una residencia señorial de las más antiguas. No se atrevía a mostrarse públicamente mientras no se hubiera realizado el "escarmiento".

Consideraba como seguro que la comunidad no ofrecería resistencia directa sino que trataría de evitar el apresamiento de sus autoridades, quizás llorando en masa y rodeando a los guardias o formando una cadena alrededor de la casa del viejo alcalde. Entonces el bravo sargento "tenía que disparar". "Esos ven sangre y muertos y escapan como vizcachas. Me conformo con unos cuatro muertos. Así podré volver a hacer nombrar a Ledesma teniente gobernador; Anacho será alcalde, aunque no quiera... Después, hambreo más al pueblo y lo meto en mi hacienda. ¿Adónde van a ir? El Bruno se asustará. Los grandes tienen miedo a caer y se

hacen a un lado. Tengo que ganarle en esta pelea, carajo; yo, el cholo Cisneros."

Cuando le avisaron que los cinco alcaldes venían "amancornados", con las varas sobre la barriga, sostenidas por los cabestros con que habían amarrado a los indios, Cisneros se decidió a salir y ver este otro escarmiento: alcaldes con las varas sobre la barriga.

Pero la capital tenía seis comunidades rodeando el centro de la ciudad donde residían los vecinos. Cisneros vio al anciano alcalde de Paraybamba, muy fatigado, pero con la cabeza alta, mucho más solemne que cuando llevaba la vara en la mano. Detrás de él iban los regidores, tan altivos como el viejo, y seguían a los cinco alcaldes, los seis mayores alcaldes de la capital, con sus trajes de ceremonia, como cuando concurrían a las misas dominicales. Los seis marchaban en silencio, con la cabeza descubierta y la montera en la mano, rígidos, respetuosos. El homenaje de estos opulentos varayok's a los harapientos "mancornados" descalzos alcaldes de Paraybamba, dejó "atónitos" a los vecinos de la ciudad. Cisneros tuvo una "corazonada". "Esto es cosa del Rendón Willka. ¿Cómo han sabido los alcaldes de la capital para recibir a estos traposos, que venían presos? ¿Cómo han sabido? ¿Y no harán nada?"

Sí. El teniente, jefe de línea, desembocó a la calle por la "retaguardia", al mando de ocho gendarmes montados.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Despejen! —gritó.

Porque la angosta calle estaba llena de gente. Y ya las mujeres se habían contagiado y lloraban cada vez más fuerte.

—¡Ay, pobrecitos!

—¡Alcaldes! ¡Y con la vara sobre la barriga!

—¡Nunca se ha visto!

Pero algunos vecinos levantaban la voz:

—Bien hecho —decían—. ¡Indios! ¡Indios atrevidos! ¡Que los maten en la plaza!

A sablazos, los guardias de a caballo dispersaron a la ya numerosa gente, mestizos y vecinos pobres que seguían a los alcaldes. Una mujer recibió un planazo en la cabeza y cayó al suelo. El caballo saltó sobre ella.

—¡Maricones! —gritó una señora de pañolón, típica de la clase baja de los señores—. ¡Maricones! —volvió a repetir en voz más alta aún.

Las mujeres que se habían retirado o huido, ocultándose en los portones de las casas, volvieron y, reunidas en el centro de la calzada, avanzaron gritando:

—¡Maricones!

—¡Teniente maricón! —gritó una verdadera mestiza, de traje corto, de seda brillate.

El teniente oyó el insulto. Los hombres escaparon por las bocacalles aterrorizados. No se recordaba que en esa pequeña ciudad

alegre, de paredes blancas y techos rojos, se hubiera herido a la gente a sablazos, nada más que por acompañar a unos "pobres indios presos". Los hombres escaparon en silencio. Los alcaldes marchaban ya muy alejados de la multitud de mujeres que avanzaban vociferando contra los guardias y cada vez a paso más ligero. La señora derribada había perdido el conocimiento y no podía hablar. Las tres mujeres que la levantaron, chillaban desde el centro de la calzada:

—¡Maricones! ¡Teniente maricón!

No pudo hacerse oír el teniente.

—¡Retírense! —gritó—. ¡No es con ustedes! ¡El orden!

Los ocho guardias esperaban formados tras del jefe.

—¡A una mujer inocente...!

El teniente alzó el sable y los guardias hicieron lo mismo. Hubo un instante de silencio.

—No es contra ustedes, señoras —pudo decir claramente el teniente.

—¿Y quién estamos en tu delante? ¿A quién has matado en la calle? ¡Maricón, hijo del viento!

La mestiza se lanzó adelante, y logró prenderse de la brida del caballo. El oficial la golpeó con el sable y el caballo dio un salto pesado. La mestiza seguía prendida de la jáquima. Unas veinte mujeres aprovecharon la falta de movilidad del caballo y rodearon al teniente.

—¡Disparen! —ordenó éste.

Y él tuvo que balear a la mestiza, al tiempo que las pistolas de los guardias disparaban. Varias mujeres cayeron al suelo. La mestiza, herida certeramente con un tiro en la nalga, se aferró más duramente de la brida y logró doblar la cabeza del caballo.

—¡Te voy a matar! —gritó el oficial.

—¡Mata, pues! —dijo ella, y levantó la cara. Recibió un balazo en el ojo. El teniente no calculó que la mujer iba a alzar la cabeza.

Cuando la mestiza, luego de una especie de salto, caía al suelo con la cabeza destrozada, el oficial recibió un raro golpe en la cara y quedó cegado. Espoleó al caballo.

—¡Otro! ¡La ha matado! —oyó que decían.

Los cinco guardias que custodiaban a los alcaldes volvieron a la carga, abandonando a los presos. Ellos tenían rifles.

—Disparen al aire —ordenó el sargento al descubrir que el tumulto de mujeres empezaba a rodear al teniente y su caballería.

—¡Sáquese el choclo de espinas, mi teniente! —le dijo el sargento primero a su jefe. Y él se enfrentó a las mujeres que ya vacilaban. La cabeza destrozada de la mestiza sangraba a pocos metros, delante de un círculo de mujeres que la contemplaban paralizadas, extraviadas, sin saber qué hacer, casi sin pensamiento. Otras cinco mujeres habían pretendido levantarse y no pudieron; una dio algunos pasos y cayó de bruces.

Los guardias huyeron aprovechando el minuto de desconcierto. Nunca, nunca, en la capital se había matado gente en las calles. Hasta la pequeña ciudad sólo llegaban las noticias de los "escarmientos" que la "tropa" hacía entre los indios. Se decía que habían matado a cinco, a diez, hasta cincuenta. Y la noticia era recibida como si esos muertos fueran de gente extraña. "Indios, pues." ¿Qué importaba? La pequeña ciudad señorial, rodeada de barrios de mestizos o de vecinos "blancos" pobres, no sentía ninguna clase de vínculo con esos indios, ni siquiera con los que habitaban los seis ayllus que circundaban a la ciudad, y que se le iban acercando cada vez más.

El teniente se arrancó de la cara el tallo carnoso de "anku kichka", espinoso cacto que crece enano sobre los muros derruidos, y arbóreo en los campos. Las agujas de este cacto tienen una especie de sierra; el oficial quedaría tuerto. Un enorme espino le había penetrado en el ojo izquierdo.

Mientras la calle donde se produjo la masacre se iba llenando de gente y la furia de las mujeres se convertía en llanto, que aumentaba a instantes, don Adalberto abrazaba a su compadre diciendo: "¡Estoy más jodido, más jodido toavía"; y los once alcaldes se presentaban solos en la subprefectura.

—Los atiendo después, siéntense en las bancas. ¡Secretario! Hágalos pasar —dijo el subprefecto en el corredor.

Contemplaba las bocacalles de la plaza.

Apareció el teniente con los ocho guardias. Por la otra bocacalle entraron a la plaza el sargento y cuatro guardias. El jaujino había llegado horas antes con David K'oto. El *k'ollana* de "La Providencia" había apostado con sus custodios y, aunque amarrado de las manos, se fatigó menos que los caballos durante el viaje. En un extenso trecho de la llanura alta corrió unas dos horas a paso ligero, siguiendo a los caballos que trotaban con dificultad.

—Un muerto y cinco heridos, señor subprefecto —dijo el teniente—. Todas mujeres.

—¿Todas mujeres? ¿Qué dice usted? ¿Y por qué ha abaleado mujeres?

—Los hombres huyeron. Las mujeres nos rodearon y pretendieron desmontarnos. Creo que he perdido el ojo izquierdo. Me lanzaron un choclo de espinas en la cara.

—¡Gracias a Dios!

El teniente palideció aún más.

—Sí, señor teniente. El ojo de un oficial vale más que una india muerta y cinco heridas.

—Mestiza.

—¡Ah! Pero ésas aquí, casi todas son prostitutas. Es menos grave el caso. Señor oficial, que el Primero haga el parte; usted trasládese al hospital. Que lo vea el médico. Pasado mañana tenemos avión, felizmente. En Lima le salvarán el ojo. Lo siento, pues.

—Gracias, señor subprefecto.

—Que lo acompañen el sargento segundo y dos guardias.

—Ya veré eso, señor.

El teniente se vistió de civil y fue él solo al hospital.

"Este cholo subprefecto... Casi todos son iguales. El más adulón, el más canalla, el más bruto... ¡Autoridad provincial! Por culpa de él, tuerto para siempre... Me ascenderán y quizá me darán de baja... ¡Este cholo bruto!"

La subprefectura se colmó de vecinos notables. Casi todos le echaban la culpa a los indios. En una banca, sentados, y ya sueltos, los de Paraybamba, esperaban los once alcaldes. No hablaban. Daban la impresión de que todo lo sucedido no lo sabían, o lo sabían bien y no les había sorprendido, porque lo tenían previsto. Todos los demás tenían expresión de alarma; el despacho era un hervidero de señores vociferantes y preocupados a quienes los alcaldes miraban como a extranjeros. Los otros ya no se acordaban de ellos; alguno los miraba como a gusanos venenosos. Ellos se mantenían en silencio, tranquilos, "sin rabia".

—Invito a los señores Argandoña, Sifuentes, Montes de Patrón, de la Molina y Eguiluz para tomar consejo. Ruego a los demás señores retirarse. Estamos llamando la atención con este agolpamiento de personas.

—¿Por qué ellos? ¿Qué más derecho tienen? —preguntó un viejo—. Ésos son partidarios de los indios.

—¡Señores! O se retiran como caballeros que son o los mando retirar, con perdón de sus respetables personas.

—¡Lo acusaré al senador! Me voy —dijo el anciano—. Hace matar a la gente de la capital y respeta a los indios.

—Y yo lo acusaré por apoyar a quienes pretendieron matar al teniente. Los indios entraron tranquilos —dijo uno de los invitados a quedarse.

El viejo salió al corredor, abriéndose paso entre la compacta muchedumbre. Tras él se fueron los no invitados. El despacho y la antesala quedaron como vacíos.

—Yo creo que el responsable original es Adalberto Cisneros. Tengo interés en estar al corriente de todo lo que ocurre en la provincia —habló Sifuentes, sin que se le pidiera iniciar el consejo—. Los señores de abolengo e ilustrados que me oyen saben que Cisneros es por su natural un mestizo enriquecido. Él odia a los señores y considera a las comunidades como si fueran también de la naturaleza de los colonos y los quiere avasallar, convertirlos en colonos. Y por intentarlo llegó a ser afrentado...

—Pero con el apoyo de don Bruno.

—No lo creo. Sin la presencia de don Bruno y la elección que ya se había hecho de las autoridades, no sabemos si el cholo hubiera salido vivo de una comunidad hambrienta. ¡Es por demás, se-

ñores! El padre les quitó las tierras y el hijo pretende quitarle las almas.

Hubo un silencio bastante largo.

—¿Quiere decir que Paraybamba no debe ser castigada? —preguntó el subprefecto.

—No —contestó Sifuentes.

—¿Y la orden del director de Gobierno? ¿Y las instrucciones del señor senador?

—Usted debe proceder como le parezca; nosotros, o yo, ofrezco mi información y consejo.

Tocaron la puerta suavemente. El subprefecto dio licencia para que el secretario entrara.

—El señor don Bruno Aragón de Peralta y el señor Adalberto Cisneros —anunció.

—¡Que entren! —respondió Sifuentes—. Le ruego, subprefecto —agregó con tono muy comedido.

—Sí. Aquí se aclara esto. Señores: les ruego proceder para mejor quedar con el gobierno y el señor senador.

Don Bruno ingresó al despacho y se dirigió muy ceremoniosamente al escritorio, saludó al subprefecto, luego a Sifuentes, y a los demás por estricto orden de edad, excepto en el caso de Sifuentes, a quien los hacendados respetaban por ser de la más antigua familia y porque gozaba de prestigio como hombre de moral intachable y de juicio y razonamiento que nunca había sido empañado, porque no era terco ni vanidoso. Y no pertenecía a club político alguno. Decía estar, únicamente, al servicio de Dios. Aun los pocos vecinos jóvenes "revolucionarios" no lo odiaban. No era un gran terrateniente y había estudiado leyes en Montevideo, aunque sin haber concluido la carrera por la muerte de su padre.

Cisneros pasó, luego de esperar unos minutos, por indicación del secretario.

—Buenas tardes, señor autoridad, grandes señores de mi... igualdad —dijo.

No pudo moverse de la puerta, después de este saludo. Con el sombrero sobre el pecho, dudó. Luego se dirigió hacia una de las sillas desocupadas y no tomó asiento junto a Eguiluz, sino que dejó una silla vacía de por medio. Aragón había ocupado su lugar al otro extremo, al lado de Montes de Patrón.

—Ahora podemos tomar justicia al instigador de los delitos, don Bruno... —dijo Cisneros, poniéndose de pie, y sorpresivamente.

—No, señor —contestó el subprefecto—. Como aquí han venido los señores de la provincia, hemos hecho quedar a cinco ilustres caballeros para tomar consejo sobre los graves sucesos. ¡Siéntese!

No se sentó y siguió hablando:

—No, pues señor, por un golpecito de espino en el ojo del teniente sólo se ha matado a una chola de mala vida, y porque me han

desnudado a mí, indios sucios, ¿se toma consejo y no se azota, de frente, en la plaza a esos falsos varayok'?

—Está usted en el despacho de quien representa al presidente de la República —le dijo Sifuentes—. Sea educado y escuche.

—Ya he dicho todo. La autoridad es una no más —contestó Cisneros. Permaneció un instante de pie y miró a cada uno de los señores, con repentina "insolencia", antes de sentarse.

—La autoridad que pide consejo es atinada y respetuosa. Después él resolverá —dijo Sifuentes.

—Que hable el señor Montes de Patrón —pidió el subprefecto.

—Estoy de acuerdo, en parte, con el señor Sifuentes. Creo que Cisneros —no dijo *señor*— provocó la furia de los comuneros. Debió haber cometido exceso de atropellos para que gente tan humilde. . .

—¿No sabe usted que el mandón del señor de "La Providencia" mató el caballo de mi administrador?

—Sí. Porque él iba a matar al alcalde —contestó Montes.

—No interrumpa, señor Cisneros —dijo el subprefecto con tono de orden.

—Lo sabemos todo —continuó Montes—. Sin embargo, la intervención del señor don Bruno Aragón de Peralta en Paraybamba es sospechosa. Contribuye a soliviantar a los indios. Es posible que Cisneros hubiera consumado su plan de aterrorizar más a Paraybamba y no habría pasado nada más. Ahora los alcaldes de las comunidades de la capital han escoltado a los varayok' culpables de Paraybamba; se ha provocado un alboroto, la conmiseración de la cholada numerosa y de los vecinos hambrientos que también hay en nuestra capital. Yo hago responsable de esta ampliación de un pequeño incidente de comunidad a la capital de la provincia, y quizá a toda la provincia, al señor Aragón de Peralta. Los indios estaban quietos. Ahora van a intranquilizarse; lo que se llama "el pueblo" de la capital les ha dado su apoyo. ¿Qué hace entre nosotros, don Bruno? ¿A qué ha venido?

Cisneros se decidió a mirar a don Bruno, que oyó a Montes sin demostrar ninguna alteración.

—Don Bruno, señor subprefecto, me parece que tiene derecho a contestar y está obligado a hacerlo —dijo Sifuentes.

—Señor Aragón de Peralta, hable usted.

—Dios debe haber convenido que un rayo cayera sobre la ciudad y que el subprefecto reuniera a los representativos del señorío de la provincia —dijo don Bruno—. No hace mucho, aquí, en este mismo despacho, esclarecimos el caso de Paraybamba, el señor Pedraza, mayordomo de Cisneros, y yo. ¿No recuerda el subprefecto que el propio Pedraza, como buen cristiano, reconoció que toda la culpa la tenía Cisneros y que por eso no se atrevía a presentarse él mismo? Ruego al subprefecto contestarme.

—Es decir... Hablamos con Pedraza... ¡Bueno! Es cierto que así declaró Pedraza.

—¿Oye usted, señor Montes? Yo no tuve nada que ver con el castigo a que Cisneros se hizo merecedor en Paraybamba. Sólo acepto como responsabilidad indirecta el hecho de que, por la voluntad de Dios, se diera la coincidencia de que Cisneros se lanzara contra la comunidad cuando yo, mi mandón y mi pongo estuviéramos allí. De no haber ocurrido así, es probable que Cisneros y su gente habrían matado a indios libres que sufren de hambruna, ya sabemos por qué, y que éstos en su desesperación hubieran cerrado las esquinas de la plaza, y Cisneros no estaría aquí con nosotros sino en el lugar que ya Dios le debe tener reservado en el otro mundo. Pero había que castigar a la comunidad, se dice, porque infamó a un señor. La verdad sea dicha aquí; Cisneros no supo rezar el Credo en castellano en la plaza de Paraybamba, como no lo supo su agente Ledesma, indio al que Cisneros había ascendido a la categoría de vecino en el pueblo. La alternativa se presentaba bien clara: o se consideraba señor a Cisneros y se castigaba a los alcaldes de Paraybamba, a pesar de todo, o se le trataba como lo que de veras es y se evitaba lo que en la capital acaba de ocurrir. Yo fui a Paraybamba, ya lo sabe el subprefecto, para enterarme de qué manera mis colonos negocian sus productos con ellos. Hacía quince años que no tenían autoridades. Eligieron sus alcaldes conforme a sus costumbres amparadas por la ley, y ya con el concejo del Común yo decidí arrendar a Paraybamba mis tierras eriazas de Tokoswayk'o. Mi padre sembraba maíz allí. Se han encontrado también en esa moya andenes incaicos. Es un terreno grande, difícil, que salvará del hambre, por la gracia de Dios, a los paraybambinos.

—Y pondrá en peligro la autoridad de los hacendados —interrumpió de la Molina.

—No, señor. Al contrario. Ahora mis indios y los comuneros de Paraybamba me respetan más.

—Y mañana le pedirán "Sulla-sulla", pasado "Abra-cancha", después toda la hacienda. Aumentan como conejos; y si se les concede algo exigen más cada día. O ellos o nosotros.

—Ése es un asunto de la conciencia de cada hacendado —respondió don Bruno.

—¡No! —replicó Sifuentes categóricamente—. Lo que usted hace en lo social en su hacienda repercute en todas las demás...

—Yo no hago nada para que repercuta. Yo respondo ante Dios por mis indios, así como ustedes por los suyos.

—Usted no tiene herederos.

—Sí, tengo. He reconocido a mi hijo legalmente. Lo he declarado mi heredero. Él sabrá hacer lo suyo. Mis indios están ahora bien porque negocian con los paraybambas. Me pidieron con lágrimas, que

les diera esta licencia. Accedí primero; ahora los apoyo. Tierras eriazas que eran montes, producirán para mí y para los indios.

—Muy peligroso —afirmó Sifuentes.

—Haga lo mismo que yo, don Clodomiro, y en lugar del temor encontrará la alegría; en lugar del silencio de Dios su presencia en el alma.

—¡Es loco! —gritó Cisneros—. ¿No ven?

—Y respondiendo a la última pregunta del señor Sifuentes, debo contestar que estoy aquí para reclamar por mi indio David K'oto, al que también han traído preso —continuó don Bruno sin tener en cuenta la exclamación de Cisneros.

—Él voló la mula de Cisneros con dinamita —dijo Sifuentes.

—¿Lo castigó usted por ese delito? —preguntó de la Molina a don Bruno.

—No. Todo lo ocurrido en la plaza de Paraybamba fue algo incontrolable; fue un mandato de Dios. Estoy dispuesto a pagar el precio de la mula.

—¡Qué precio ni qué precio! Es la insolencia. Ese indio no estaba donde su señor sino en pueblo ajeno —dijo Cisneros.

—Que lo juzgue si es preciso la autoridad competente; el juez.

—Es de derecho lo que pide, señor subprefecto —dijo Sifuentes.

—Sí; pero el castigo que su patrón no le aplicó se le debe aplicar en la cárcel. Yo pediría veinte años. ¡Lástima que en la subprefectura ya no haya barra! —intervino de la Molina.

Don Bruno palideció.

—Señor de la Molina —dijo—. ¿Desde cuándo otro patrón puede sentenciar a un indio que no es suyo? Aquí estamos en la subprefectura.

—Tiene razón —dijo Sifuentes.

El subprefecto empezó a sentirse incómodo, como atrapado. Sifuentes resolvía inapelablemente.

—En cuanto a los alcaldes de Paraybamba, júzguenlos ustedes —concluyó don Bruno—. Yo no intervendré en eso. Sólo desearía advertir al señor subprefecto que un "escarmiento" público, en este momento podría ser, eso sí, peligroso.

—Pero se les castigará, y fuerte.

—Yo diría que se les azote en el patio de la cárcel, delante de todos los indios presos y de los seis alcaldes de las comunidades de la capital —propuso Eguiluz.

—Y delante de mí, siquiera —dijo Cisneros, parándose—. ¡Yo quiero verlos y que me vean! Tengo el derecho.

—¡Buena idea! Eso contentará al señor senador también. Es la sentencia, señores. No admito una palabra más —contestó el subprefecto reclinándose autoritariamente sobre su asiento.

Sifuentes se levantó.

—No, señor Sifuentes. Un ratito.

El subprefecto se levantó y fue hacia la puerta del despacho.

—Que pasen los varayok' —ordenó.

La orden permitió que ingresaran todos y no únicamente los alcaldes de Paraybamba. Entraron sin mirar a nadie. Los de Paraybamba descubrieron a don Bruno, pero no alteraron la expresión neutra de sus rostros.

—¡De rodillas! —ordenó el subprefecto en quechua, cuando los comuneros se formaron delante suyo.

Un mayor alcalde de la capital, no viejo, casi joven, rompió la fila —él estaba atrás—, se enfrentó al subprefecto y le dijo en castellano.

—Mayor alcalde es respeto, siempre. En altar no más de rodillas.

—Tiene razón —dijo Sifuentes.

—¿Tiene razón? —preguntó el subprefecto, enfurecido.

—Desde los tiempos de la Colonia —contestó Sifuentes.

—Bueno. Veremos.

El subprefecto le partió la frente al joven alcalde golpeándole con el filo de una regla de madera.

El indio no se movió. La sangre empezó a brotar cubriéndole la nariz, metiéndose en la cavidad del ojo. Don Bruno saltó casi, junto al alcalde, y empezó a limpiarle la sangre con un antiguo, finísimo y largo pañuelo.

Sifuentes se levantó de su asiento.

—¡Siempre lo mismo! —dijo—. La razón no entra sino rara vez en los despachos de los subprefectos. ¡Me voy, señores!

Lo siguieron los otros cuatro caballeros.

—¡Se viene el desbarajuste! ¡El juicio final! —dijo ya en la plaza Eguiluz—. ¿Es loco o un santón falso, ese Bruno?

—Quizá el anuncio del juicio final, Pedro —contestó Sifuentes, y se despidió.

—Aragón de Peralta es muy peligroso, porque es gran señor, con juicio y audacia. Yo creo que es más peligroso que los comunistas y apristas pelagatos y simplemente bocones que hay en estos lugares. Se ha quedado restañando la sucia sangre de un indio, como a un hermano. Tenemos que anularlo de alguna manera, señores, porque es hábil y creo que, sinceramente, se apoya en la religión —dijo Montes de Patrón.

—De acuerdo. Si es más peligroso que un comunista es, pues, peor que comunista. Acusémosle entonces formalmente de agente de Rusia y China —pidió Eguiluz.

—¿Y cómo desmentimos su catolicismo? Ninguno de nosotros ha favorecido a la Iglesia como él, y su padre.

—Fácil. Se demostrará que lo hace para encubrir sus verdaderos fines —dijo de la Molina.

—No es fácil, señores. Hace unos diez años hubiera sido fácil,

hasta el obispo nos hubiera ayudado. Pero el actual creo que también es medio comunista. Me parece que tenemos una salida menos eficaz quizá, pero buena: "Bruno Aragón es loco. Está loco". Eso lo creerán todos. Un hombre de apellido ilustre que se atreve a tocar la sangre de un indio; que "arrienda" terrenos de maíz a diez por uno; que viene a la capital a reclamar por un pongo, es loco de verdad, señores. ¿O no? —dijo Montes, entusiasmado.

—Propagaremos la voz nosotros, y mediante todos los vecinos propietarios. Dentro de seis meses todo el pueblo se reirá si vuelve aquí. Contemos historias graciosas: "que besa a los hijos de los colonos; que llora en los entierros de los indios; pero que viola en sus propias chozas y delante de los padres a las muchachitas. . ."

—¡Un reglazo bien dado, señor subprefecto! Permítame hacer; yo los arrodillo, como ha sido su mandar —hablando, Cisneros se acercó a la mesa del subprefecto—. ¡Yo los hago arrodillar!

—Ellos representan el sufrimiento de Dios, señor subprefecto. Pruebe a Cisneros. Permítale lo que le pide —dijo don Bruno, de tal manera, que el subprefecto sintió que el fuego que apretaba su cabeza decrecía.

—Bien, señor Adalberto Cisneros. También don Bruno acepta su "justiciera" ayuda a mí. Hágalos arrodillar.

Don Bruno se hizo a un lado con el pañuelo ensangrentado en la mano.

Cisneros no vaciló:

—¡Indios, carajo! —dijo en quechua—. Indios sarnosos, animales, piojos. ¡Arrodíllense delante del "Gobiernos"! ¡Arrodíllense! Si no. . . yo los mato a patadas.

Los once alcaldes permanecieron tranquilos, con el rostro hacia el subprefecto, como se habían formado al entrar.

Cisneros iba a gritar otra vez.

—Sin groserías. Estamos en el despacho de quien representa al Presidente. . . —le advirtió don Bruno.

El hombre dudó. Su cara manchada por una barba rala y corta, cambió de color. "Va a matar a este Aragón. ¡Ojalá!", pensó el subprefecto, "así me libro de los dos".

—El infierno se ve en su rostro, *don* Adalberto. ¡Cuídese! —dijo don Bruno.

—"Papay: ¡ama wak'ayuchu!" (Padrecito: ¡no llores!") —intervino con expresión dulce y tranquila el anciano alcalde, refiriéndose a Cisneros.

—¡Sipiy! Chayllatacha yachanki! (¡Mata! Quizá no sabe hacer otra cosa) —le dijo el alcalde herido. Empezaba a rezumarle de nuevo la sangre.

El color de la frente y de las barbas de Cisneros, mancha que había como emergido desde su profunda conciencia, se disolvió. El gordo fue tomando una actitud extrávica. El subprefecto creyó que

huiría del despacho en ese instante. Pero se mantuvo de pie, y el pensamiento fue mostrándose en sus ojos que se atrevieron a mirar al anciano alcalde de Paraybamba. Luego recompuso su cuerpo que había caído en la flaccidez; sus músculos fueron endureciendo visiblemente.

—¡Don Bruno! —dijo en quechua—. ¡Paraybambas! Somos enemigos por siempre, hasta cuando sea la muerte. Pero desde hoy, enemigos como manda Dios. Sin traiciones. Ustedes son comunistas, yo soy del patria, del gobierno. Enemigos para siempre, pero de frente. Hey aprendido algo a ser caballero. Su mano, señor.

Y se acercó a don Bruno. Aragón aceptó el desafío y la mano del cholo.

—Nada de castigos ya, señor Supre —rogó Cisneros—. Y perdón por el carajo que hey dicho fuerte en su despacho. Usted tendrá quehaceres por arreglar el alboroto por la muerte de esa mestiza. Me voy.

Ya iba a salir.

—Don Adalberto, espere —le pidió don Bruno—. ¿Enemigo leal dice usted? Reflexione entonces durante días en lo que ha dicho de mí. Ni usted es el gobierno. ¡Ya ve lo que ha pasado en este despacho del gobierno! Ni yo soy comunista. Los paraybambas sólo son indios hambrientos... que ahora trabajan. Piense en Dios.

—Está bien, señor. Pero si lo encuentro a usted en mi terreno o a cualquiera de estos indios, le silbo fuerte, y después le disparo al cuerpo, como enemigo honrado.

—¿Usted me hace testigo de una amenaza criminal en mi propio despacho? —le interrogó el subprefecto, aparentemente enfurecido.

—¡Qué despacho ni qué despacho! ¡Adiós, don Bruno! Usted, Supre, como autoridad, es la carabina de Ambrosio.

El cholo le dio la espalda al subprefecto y se dirigió a tranco largo con sus botas de montar, hacia la puerta. Salió.

—Sí. Es el infierno —dijo el subprefecto, a manera de justificación—. Usted tiene razón, don Bruno. ¡Caray!, por ese bruto, he malogrado mi despacho sacándole sangre a un mayor alcalde. Pero cerrará el pico ante el senador. A usted le digo: ¡esto de ser pobre y tener que pedir ser subprefecto!... Cuando no hay líos es un buen cargo; pero cuando vienen estas cosas la cabeza no da; no da, pues. Quisiera que me reemplace usted por estos días, no más. ¡Qué sucederá! Una muerta, cinco heridas. Bueno. Mejor suelto ahora mismo a su pongo dinamitero. Estos varayok's quedarán guardados hasta la noche. No los mandaré "adentro". Son autoridades, pues. Quedarán en la sala de espera. ¡Adiós, señor! Unos dicen que usted está muy cerca de Dios y otros que más cerca de Satanás.

—Siempre estamos cerca de los dos. Se trata de saber con cuál está el alma. ¿No vio usted la lucha de ambos aquí mismo? Satanás se asustó en el último instante.

Luego, ya en quechua, explicó a los alcaldes que el Señor había triunfado, que ellos no irían a la cárcel, que el subprefecto había resuelto ponerlos en libertad al comenzar la noche; que se fueran sin amarguras; que la mano del "Gobiernos" que hirió al alcalde fue movida por Satanás que, como ellos habían visto claramente, se metió por unos instantes en el cuerpo de Cisneros.

—Padrecito nuestro, don Bruno; tú tranquilo, nosotros tranquilos, sin rabia —contestó el anciano mayor alcalde de Paraybamba.

—Herida no vale —dijo en castellano el varayok' de la capital—. Otro cosa vale, subprefecto. Yo, mayor alcalde, tercer año primaria. Comuneros vamos a ser respeto. Vamos a saber leer. Comuneros somos tantos, tantos. Con bandera piruana vamos a parar firmes. ¿Don Cisneros? ¿Herida? Estamos levantando tranquilos. ¡Ahistá don Cisneros: ha recibido azote, su cuerpo bien calato[1] en la plaza de Paraybamba! ¡Adiós, señor "Gobiernos"! ¡Gracias, señor Aragones; el Señor Dios, dicen canta en tu cuerpito...!

—Basta de hablar. ¡Salgan!

El subprefecto despidió a los indios y ya a solas le dijo a don Bruno, muy de cerca:

—De cierto, aunque comunista, usted, señor, es bien cristiano. Por eso usted sabe y le gana en razón a los otros; porque Dios le ayuda. Pero usted, creo, tarde o temprano, va a parar en la cárcel o a recibir un tiro.

—No de Cisneros. Los hacendados que por avaricia matan de hambre a sus indios, quizá me calumnien y me hagan llevar preso. Dios los confundirá más. ¡Adiós, "Supre"! —le dijo casi afectuosamenet—. Usted en el fondo tiene virtudes. Si no fuera porque el poder que le han dado lo dirige a la soberbia y el dinero, usted...

—Bueno; suficiente, señor de Peralta. Usted no es cura. Es también, aunque de otra laya, gamonal grande. ¡Adiós!

—¡Adiós, amigo! Dé la orden para la libertad de mi pongo.

Cuando abrieron la puerta, encontraron la sala de espera repleta de mestizos y vecinos pobres.

—¡Sargento! —llamó el subprefecto—. Ponga en libertad al indio David K'oto, de la pertenencia del señor Aragón de Peralta.

Don Bruno, David y Carhuamayo cruzaron la plaza. David iba detrás del señor y del mandón.

"¡Caray! Mejor me hubieran llevado preso a... al pueblo grande. Allí, dice Rendón, se aprende a saber por qué el Dios de los señores ha hecho a la gente, con maldad a unos y sin rabia a otros, tranquilo", reflexionaba, muy penoso, el colono.

—Mandón —dijo don Bruno—. ¿Qué has oído decir del señor Sifuentes?

—Han dicho que es cabeza de los grandes hacendados; que usted

[1] Desnudo.

es gamonal que disimula su maldad; que se golpea el pecho como Judas; que es peor que Sifuentes y don Lucas; más peligroso.

—¿Quién ha dicho eso?

—Unos jóvenes que están parados cerca de la pila. Han escupido cuando pasaron los señores.

—¿Ahí están todavía? Mira.

—Sí, están.

Don Bruno se detuvo. "Han escupido; soy Judas, peor que Sifuentes y que Lucas. ¡Vienen de Lima ésos! Han tomado veneno. Serán comunistas o apristas. Pero ellos hablan y escupen, mientras yo. . . yo, entiendo, oigo cada vez más, creo a mi Dios. ¿Qué quieren ellos? Han bebido «rabia», la que mis hijos indios odian. Hay que dinamitar, hasta disparar. Ésos quieren negar a Dios. Con ellos sí habrá guerra santa; correrá sangre formando ríos", pensó. ¿No es cierto, Carhuamayo?

—¿Qué, patrón?

—Estaba pensando, hijo. ¿Sabes qué diferencia hay entre apristas y comunistas, Carhuamayo?

—No, patrón. Dicen que pelean entre ellos.

—Como los chacales. A ellos también Dios los hizo. Pero no ven bien. Dios no les ha dado ojos verdaderos de gente. ¡Yo soy peor que don Lucas! Esos mozos tienen más veneno que seso, Carhuamayo.

—Dicen que en Lima las cárceles están llenas de comunistas y apristas. Que adentro, ellos, se muerden como perros rabiosos. ¡Qué será! Dicen que ahora, aquí también los van a tomar presos.

—La justicia de Dios que empieza. Cuando salen por miles mozos que parece hubieran mamado leche de víbora y no de mujer cristiana, quiere decir que hay pestilencia de pecado en todos. Ellos son el pus. ¡Vámonos, rápido! A la cosecha siguiente Paraybamba será respeto. ¿Cuántas fanegas de maíz sacarán de Toskoswak'o, David?

El colono apuró el paso.

—Cuatro mil sacos. ¡Seguro, patrón! Todos los andenes están arreglando mejor que cuando hacen sus casas. Del monte han sacado tierra virgen. Más que hormigas trabajan. . .

Iban caminando hacia la residencia señorial.

—Es el más peligroso ese fanático. Ha empezado a dar tierras a sus indios y a los comuneros de Paraybamba —decía un joven en el grupo que se había formado cerca de la pila—. Mitigará la rabia de colonos y de indios libres, con migajas. El azote de don Lucas es nuestro aliado; la piedad de este fanático es nuestra enemiga.

—Sí. Se empieza a hablar de él en todas las haciendas vecinas a "La Providencia" como de un santo —dijo otro.

—Felizmente tiene clavado en medio corazón a Rendón Willka —dijo un tercer joven.

—¡Buena espina! Ese cholo está traicionando. No quiere obede-

cer directivas. Enviamos a Enrique disfrazado de indio y el cholo le discutió. Defendió a don Bruno.

—¿No se inscribió Rendón Willka al partido?

—No. Ni en el apra.

—Iré yo mismo.

—Sí, camarada. Acabas de llegar. La represión será más implacable dentro de pocas semanas, quizá conviene hoy mismo. Nos han de querer echar la culpa de la muerte de la mestiza.

—La estupidez del subprefecto ha provocado la solidaridad de todos los barrios y, especialmente, de mestizos, indios y vecinos pobres. Hay dos señoras heridas.

—No tardará en llegar más tropa. Ahora mismo, mientras nosotros perdemos un poco el tiempo, otros camaradas están recorriendo los barrios. Hay que echar leña al fuego. Nunca hubo oportunidad como ésta en que hay víctimas de la clase de los vecinos y mestizos por defender o compadecerse de los indios.

—La represión indiscriminada contra ellos es una coyuntura que debemos capitalizar. Que el bruto del subprefecto se enfurezca más, que se lance contra vecinos, mestizos e indios sin militancia partidaria.

—¡Miren! —exclamó el que parecía ser el jefe.

Las pocas flores del jardín de la plaza recibían la luz aún no muy ardiente del sol de la mañana y, con gentil, inocente y espléndida alegría, por lo mismo que eran pocas, adornaban el campo demasiado grande de la plaza de armas; infundían en el aire y hacia las paredes blanqueadas el regocijo del sol.

Los once alcaldes bajaban las gradas de la Subprefectura. Iba por delante el anciano de Paraybamba, con su delgada vara negra en la mano. Detrás de los alcaldes salió un numeroso grupo de señores, vecinos pobres y mestizos, hombres y mujeres.

—¡Increíble! —dijo el que parecía ser el jefe del grupo de los jóvenes—. Primero se fue el acusador, el carnicero Cisneros, casi tranquilo, con una sofocación como apaciguada; luego el "Santo" gamonal Aragón de Peralta, acompañado de su pongo que estuvo preso. Ustedes lo vieron irse con aire glorioso aunque reflexivo. Y ahora los varayok' también en libertad. Esperemos, preguntemos a alguien.

—Yo pienso que es todo obra de Aragón de Peralta.

—¡De los indios! Verás. Ahora ellos pesan.

—¿Porque hemos visto al carnicero cruzar la plaza como huyendo? Esperemos tranquilos.

En fila, de a uno, como cuando se dirigían a una ceremonia, marcharon los varayok's. Tenían que pasar junto al grupo de jóvenes para cruzar la plaza diagonalmente e ir al barrio *k'ollana*, cabeza de los seis del pueblo, y a la mansión de don Bruno.

Las flores del parque refulgían. Cerca de ellos, los once alcal-

des se quitaron el sombrero porque llegaron frente a la puerta de la iglesia. Tomás Amaruk'espe, el más joven de todos y el único que no era analfabeto, ocupaba el último lugar. Cuando se descubrió, vieron que tenía la cabeza amarrada con un pañuelo muy grande y manchado de sangre.

—¡Ese pañuelo!

—No es de indios ni de mestizo.

—¡Buenos días, alcaldes! —saludó uno de los jóvenes.

—Nos días —contestó el anciano, sin extrañarse del saludo ni darle importancia especial.

Los cinco varayok' de Paraybamba estaban descalzos y harapientos; sin embargo, la reverente altivez con que los alcaldes, trajeados de ceremonia, de la ciudad, los escoltaban, y los vestidos color tierra de los paraybambas, contribuían a exaltar la serenidad algo rígida con que marchaban, descalzos. Contrastaban sus semblantes, como una montaña tranquila y una pequeñísima corola feliz, con el jardín de la plaza.

—¡Éstos, éstos! —clamó uno de los jóvenes.

Los indios no les dieron oportunidad para ser interrogados.

En ese momento se aproximaron al grupo de los jóvenes tres hombres. Uno de ellos mestizo.

—Mientras ustedes se calientan al sol aquí, como vizcachas, los nuestros reúnen gente en los barrios —dijo uno de los que no eran mestizos.

—¿Para qué? —preguntó el que parecía ser el jefe de los cuatro que permanecieron junto a la pila.

—¡Para qué! Traidorcito comunista, no sabes sino calumniar a nuestro gran partido o calentarte al sol.

—Compañero: le ruego contestarme a la pregunta. Podemos coordinar...

—Para hacer traición —contestó el mestizo.

—¿La traición a quienes nos trajeron la tiranía? Pero es mejor que peleemos en otra ocasión, no ahora.

—¡Ahora! —dijo uno de los cuatro.

—¡Silencio, camarada! Tú no vas a aceptar una provocación suicida. Ustedes, compañeros apristas, ¿por qué no van a colaborar en la movilización de los barrios en lugar de perder tiempo hablando como vizcachas?

—Queríamos demostrarles que ustedes hablan como vitrolas lo que Moscú les ordena, y por eso en nuestro pueblo, a la hora de la acción, se quedan sin cabeza.

—Bien, compañero. Creo que ahora puede ya irse.

—¡Caray! Si no estuviéramos en la plaza te rompía las costillas...

—Dale no más; mejor en la plaza —se oyó una voz.

Mucha gente de la que salió de la Subprefectura observó a los

jóvenes y sospechó que habría una trompeadura. Se detuvieron algunos y se fueron acercando al grupo, disimuladamente. Los jóvenes no se dieron cuenta que elevaban la voz al discutir y que muchos transeúntes se habían reunido a poca distancia.

—Estamos bromeando. ¡Chau, amigos! Nos veremos más tarde —dijo el jefe de los tres.

Se fueron.

—Ustedes parecen mariconcitos. Como ha habido un muerto, se dejan insultar no más. ¡Hay que ser más hombre, en la juventud! —reprochó a los cuatro el que había azuzado al mestizo.

—Sí, señor. Ya pelearemos.

—¡Son comunistas! —dijo, de pronto, uno del grupo—. Y los que se van, apristas. ¡Agarremos a éstos!

—Y el subprefecto los bendice y bendecirá a balazos. Ahora se va usted santificado —contestó el más joven de los cuatro.

Todo el grupo de transeúntes se volvió hacia el acusador.

—¡Agárralos tú, sacristán! Así curarás a tu mujer que tiene un balazo en la pierna —dijo un vecino que vestía un pantalón muy remendado—. ¡Hasta luego, jóvenes! No se peleen en la boca del lobo.

El vecino se retiró a paso rápido y todos lo siguieron. El acusador se quedó solo; no pudo seguir al grupo de vecinos y mestizos.

—¡Corra para la otra esquina! —le dijo el joven—. Podemos lincharlo entre todos.

El hombre se echó a correr hacia la subprefectura. Los jóvenes se dispersaron y se dirigieron a bocacalles diferentes. El acusador se detuvo al pie de la escalera del cuartel. Movió la cabeza, y regresó paso a paso.

Don Bruno se había olvidado de su pongo, Satuco Paukar. Lo encontró sentado en el poyo del corredor bajo de la casa señorial. Su traje de comunero de San Pedro le daba una prestancia que sorprendió al propio hacendado. Pero Satuco se levantó y en dos trancos se puso fuera del corredor; inclinado, con el sombrero en la mano, saludó a su señor.

—Libres ya, varayok' de Lahuaymarca, del pueblo grande también —dijo en quechua.

Esta noticia disipó el leve espanto que sintió don Bruno por primera vez, al ver, como en un solo golpe, la transición de su pongo, de la dignidad a la nada.

—No te he encontrado en la calle, patrón —continuó el pongo—. Por eso, esperando, esperando sentado en el corredor. Dame tu perdón, padrecito.

Don Bruno se había detenido varias veces en las calles al encontrarse con otros señores que lo interrogaron.

—Perdón... ¿Por qué? —preguntó a su pongo.

—Pongo no puede sentarse, pues, en poyo del corredor. Ahí está la piedra, afuerita, para él.

—Satuco.

—Sí, patrón.

—¿Has visto salir a los varayok's?

—Han desfilado por la plaza. Los paraybambas por delante. Último iba un mozo, su cabeza amarrada con pañuelo grande. Tenía sangre.

—Bien, hijo, que Dios te bendiga. Carhuamayo: le darás a Satuco una buena vaca en la hacienda.

El pongo dio unos pasos e iba a arrodillarse.

—¡No, indio! —le dijo don Bruno—. Párate bien.

Satuco se irguió.

—Mírame tranquilo. De frente.

Satuco sintió que su amo lo examinaba, que sus ojos iban al fondo de su conciencia. Él estaba feliz, limpio, y como si naciera a otro mundo en que la luz calentara mejor los nervios y el corazón.

—¡Eres feliz, hijo! Con una vaquita y con la amistad de tu patrón. Para nosotros los señores, que tenemos el alma perseguida a cada instante por mil culebras y mil arcángeles, la felicidad está muy lejos.

—Mi señora Vicenta, su ojo como cielo, como lucero grande...

—¡Sí! Así es, hijo, ahora. Pero...

Tocaron la puerta, fuerte.

Satuco corrió a abrir.

—¿Gran señor Aragones? —preguntó el mayor alcalde de K'ollana. Lo acompañaban los cuatro regidores del ayllu o barrio principal del pueblo.

—Aquí está, padre alcalde. Entra.

Llevaba una vara gruesa, la empuñadura era muy ancha, toda cubierta de plata, el extremo inferior concluía en una punta de acero. Los regidores llevaban varas delgadas.

Satuco corrió delante de ellos y pudo anunciarle a su patrón:

—Mayor alcalde de ayllu grande, K'ollana; regidores —dijo.

El varayok' apareció en el corredor con el sombrero en la mano. Esperó que los regidores se formaran a sus costados, y luego saludó:

—Gran señor don Bruno Aragones: comunidad mayor de la capital te viene a saludar. Tú no eres don Lucas, no eres Montes de Patrones, don Erguiluz. Tú has llegado al corazón de comuneros. ¿Por qué será? No sabemos. He venido a darte el corazón de los seis ayllus. No lo rechaces, gran señor Aragones.

—¡No lo rechaces! —repitieron en coro los cuatro regidores.

Un joven señor había seguido a los alcaldes y, pegando el oído

a una de las rendijas del zaguán pudo escuchar este saludo. "Gamonal hipócrita. Sí. Nosotros mismos acrecentaremos el rumor de que eres comunista. Te comprometeremos. Y te zamparán al Sexto o a la Penitenciaria. Allí sabrás lo que es sufrir. Has corrompido a Rendón Willka..." No pudo oír más y se quedó parado junto a la puerta. "Que me vean", dijo.

Don Bruno contestó a los varayok's:

—Padres varayok's: gracias en nombre de Nuestro Señor por este saludo. Hónrenme ahora entrando a mi salón y tomando una copa conmigo.

—¿A tu salón? Será el primero que conocemos. No vamos a olvidar, gran señor.

—Carhuamayo: prepara las copas. Sírvenos coñac. La ama de llaves sabe dónde está. ¡Sígueme, alcalde!

A un paso de la puerta se detuvo e invitó a entrar a los varayok's.

"¡Está loco! ¡Yo! ¡Servir a los indios! El Demetrio lo ha trastornado. Felizmente voy a morir pronto. Estoy viejo y siento frío dentro del pecho", se lamentaba el mandón.

El salón tenía cuatro grandes espejos profundos con marcos dorados. Todo el piso estaba alfombrado. Los muebles eran tallados, altos, de color marrón, tapizados de seda. Los alcaldes depositaron los sombreros en la alfombra, y luego quedaron en actitud ceremonial.

—Han matado a una mestiza —dijo don Bruno.

—Subprefecto ha pedido perdón. Felizmente era sola la mestiza. "Gobiernos" va a enterrar; a heridos va a hacer curar. Perdón ha pedido. En los barrios están llamando unos señores mozos a la gente para ir a la plaza. Comuneros no hemos hecho caso. No estamos para morir por gusto. Ha pedido perdón el "Gobiernos". Alcaldes de Paraybamba van a regresar a su pueblo acompañados por nosotros. Bien vestidos, bien calzados los llevaremos. Están de faena en la tierra de maíz que tú les has dado.

—Así es, mayor alcalde. Que haya tranquilidad, pues.

Carhuamayo entró con un azafate de plata en la mano y una botella en la otra, sirvió seis copas.

—¡Siete! —ordenó don Bruno.

—Yo, enfermo —dijo el mandón.

—No importa —contestó con tono enérgico el hacendado. Comprendió que el mandón no quería brindar con los indios.

Carhuamayo alcanzó el azafate a cada comunero y después a su patrón. Siguió la regla de la cortesía, sin reflexionar. Él alzó la última copa.

—En nombre de Nuestro Señor y para que haya tranquilidad, alcalde —dijo don Bruno.

—Por tu grandeza también —contestó el varayok'.

Los cinco comuneros derramaron unas gotas sobre la palma de sus manos para no mojar la alfombra, y soplaron las gotas de coñac esparciéndolas en el aire. De ese modo hacían participar en el brindis a los dioses montañas.

Don Bruno esperó con respeto este brindis.

—Satuco —llamó el patrón.

El pongo entró corriendo a la sala.

—Levanta y entrega sus monteras a los alcaldes —le ordenó.

Los cinco recibieron sus sombreros, siempre solemnemente, sin expresar ni alegría ni entusiasmo; asimismo, bebieron sus copas y las depositaron en el azafate que les puso delante el propio mandón.

—¡Adiós, gran señor! Que Jesucristo, tu padre, nuestro Dios, te acompañe, y el cóndor de mi pueblo te vigile en todos los caminos. Que tu corazón no se tuerza.

El mayor alcalde pronunció estas palabras y salió, sin dar la mano a don Bruno.

—Gracias, alcalde —dijo el hacendado.

Y los vio irse a paso calmado, todos aparentemente iguales.

"Indios, más y más indios", decía Carhuamayo, con gran menosprecio.

"Son mis padres. Me oyeron. Don Demetrio sabe. Hicieron lo que él predijo que harían. ¡Gracias, vida!", repetía en su conciencia Satuco Paukar, el pongo.

Don Bruno sentía una tal plenitud de paz y entusiasmo que creyó escuchar el canto de los cielos bajo su pecho.

"¡Gracias, Señor, infinitamente bondadoso. Tienes piedad de mí y me iluminas!", rezó.

Apenas llegado a la gran residencia de "Parquiña", Cisneros le dijo a Pedraza, en el corredor, sin antes saludar ni esperar que lo saludaran.

—Oiga, Pedraza, usted se va ahurita mismo de "Parquiña". Me ha traicionado usted ante el subprefecto delante de don Bruno Aragón.

—Oiga, señor, yo no traiciono —contestó el norteño—. He matado cuando ha habido necesidad, como hombre, de frente.

—¡Ah! Ustedes, de Celendín son. . .

—¿Qué? —y Pedraza se llevó la mano a la cacha del revólver.

—Son, pues, asesinos.

Y el gordo también empuñó su pistola.

—Le hey dicho que cuando hay necesidad nos matamos de frente. Usté, que poco conoce a los hombres derechos, le llamará a eso sabe Dios qué. No me importa. Lo que quiero que me diga es en qué consiste esa traición que dice.

—Usted dijo que yo no fui a acusar a los indios de Paraybamba y a don Bruno porque yo. . . porque me creía con culpa.

—¿Es mentira eso? Cuando me preguntan cosas de hombres mi han enseñado a decir lo que es cierto.

—Pero usted es mi primer mayordomo. En vez de defenderme me hizo quedar en falso.

—Yo no soy mayordomo de nadies. Usted me ha contratado de administrador de esta hacienda. Respondo por el trabajo que se hace para arreglar el desbarajuste de esta finca. En cuanto a sus enriedos de hombre, sus abusos con los indefensos, usted me ordena y yo cumplo. Pero, ¿de dónde creía que Max Pedraza iba a rebajarse hasta mentir en un despacho y ante caballeros? Y en ese terreno que llamamos. . . ¿usted, amigo, cómo ha quedado ahora, con telegrama del senador y todo, y con los alcaldes ya presos? Ha llegado corrido. Se le ve. Y conmigo quiere desfogar.

—¿Desfogar? Yo lo boto de mi hacienda porque me traiciona. El mayordomo es como parte del cuerpo de su patrón. . .

—¡Carajo! —exclamó Pedraza.

Y no fue más rápido que el gordo. No bien concluyó de pronunciar la interjección, ya tenía la pistola Colt de Cisneros apuntándole a la cabeza.

—Mejor que se hayga adelantado usted —dijo Pedraza, mirando al gordo—. Porque si yo le habría ganado, ya estaría usted en la tierrita. Yo en ocasiones como ahora no saco el arma por puro gusto.

—¡Mierda! Tiene razón, capaz.

—Ya, pues. Me debe usted dos mil soles. Págueme y me voy ahorita. Felizmente el caballo es mío.

Cisneros guardó la pistola y le entregó en billetes grandes los dos mil soles al celendino.

—Pedraza —le dijo—, más hombre que yo usted había sido. ¿A qué ha venido a estos lugares? ¡Váyase! Triste me quedo, por primera vez. ¡Váyase, ahurita!

El gordo oyó el trote del caballo en el empedrado del gran patio.

—¡Solo! —exclamó—. ¡Solito en el mundo! Mejor; así puedo fregar, desfogar tranquilo mi rabia. Ese hombre me hacía, pues, sombra. Me descojonaba, creo. Ahora estaré bien para matar al Bruno en cualquier parte. ¿No? Sin caballerosidades.

La villa de San Pedro de Lahuaymarca quedó como atontada después del viaje de los dos hombres que luchaban por dominarla. Los vecinos muy pobres empezaron por rendirse y se vieron obligados a cultivar ellos mismos sus pequeños campos de maíz y trigo. Intentaron hacer el trabajo a ocultas, primero; durante las noches de luna o muy de madrugada. Mientras sus mujeres vigilaban los ca-

minos y las parcelas colindantes, los hombres empuñaban la lampa u otras herramientas. En cuanto las señoras daban la señal de alarma, cantando o agitando el sombrero, el vecino tiraba la herramienta y simulaba estar recorriendo el campo. Era que otro señor o algún indio se aproximaba por los caminos o llegaba al sembrado contiguo.

Un señor de la villa perdía su condición de tal si era sorprendido cultivando la tierra con sus manos. En ese caso tenía que huir de la villa o resignarse a ser tratado como peón, es decir, como indio, por los demás. Porque ni aun los mestizos aceptaban trabajar la tierra. Eran "comerciantes", arrieros, artesanos, y podían en casos excepcionales labrar sus propias tierras, pero jamás las ajenas en condición de peones. El peón era el indio y únicamente él.

Los jóvenes emigraron a Lima casi todos; tras ellos las muchachas resolvieron también ir "a buscar la vida" en la capital. La hija de un anciano pobre podía en la gran ciudad emplearse de sirvienta de "una casa grande" y no ser vista jamás por un compoblano. Acudía a las fiestas de los clubes provincianos, al de los pueblos vecinos, los sábados que podía obtener permiso de sus patrones, y se divertía. No se le preguntaba por su trabajo, y si algún mozo se interesaba por ella, la joven podía dar una dirección falsa o citar al pretendiente en otra fiesta, o en un parque próximo a la casa de los patrones. "Se sospechaba" en seguida cuál era, en ese caso, el trabajo de la muchacha, pero en Lima tal condición no disminuía su categoría social, porque los jóvenes que acudían a esas fiestas, salvo raras excepciones, trabajaban en ocupaciones equivalentes: eran obreros de fábrica, empleados de baja categoría de las grandes casas comerciales, policías, choferes.

Hombres y mujeres intentaban asimilar rápidamente los modales ciudadanos; aprendían los bailes de moda y a usar los trajes y peinados impuestos por la influencia norteamericana. La mayor parte de estos emigrados exageraba los nuevos usos de la ciudad, y la forma cómo danzaban los bailes de moda; procurando demostrar que los dominaban, daban a la apretada concurrencia de los salones alquilados un aspecto entre grotesco y triste para el espectador sensible. Era evidente que muchas de las parejas no se divertían, sino que simulaban; padecían tratando de retorcerse, de seguir el compás endiablado o muy lento de los bailes "afro-cubanos" o afro-yanquis. En sus músculos seguía aún rigiendo "la pesadez" del habitante andino, duro de cuerpo, por la práctica de subir y bajar inmensas cuestas y respirar el aire de las grandes alturas. ¡Por fin! Como despedida de la fiesta se tocaban huayno o pasacalles. Entonces se lanzaban a bailar, como presos recién liberados, muchas parejas, y gozaban; otras, especialmente por parte de las muchachas, bailaban como desanimados, porque procuraban demostrar que ya estaban totalmente "deserranizados" y que habían olvidado el huayno, y no faltaban hombres y mujeres que no salían a bailar las danzas de sus pueblos,

declarando en voz alta que se habían olvidado de ellas. Y de verdad, muchos de estos jóvenes no las podían danzar; la vergüenza los estorbaba; eran los mismos que se negaban a hablar el quechua y que padecían mientras intentaban bailar con la mayor "destreza" los bailes extranjeros.

En la gran ciudad los emigrados de las provincias al fin se encontraban, porque en realidad se buscaban. Y concluían por organizarse en clubes, según el nivel social al que pertenecieron en sus pueblos, y según la categoría de esos pueblos; así los clubes de los anexos eran principalmente de indios y mestizos; los de las capitales de distrito, de vecinos pobres y mestizos; los de la capital de provincia, de vecinos ricos y pobres y de "cholos prósperos"; los de las capitales de departamento, de señores y de grandes señores. Los animadores más activos de los clubes de bajo nivel eran los estudiantes y los obreros. Conservaban un intercambio activo con sus pueblos de origen y se convertían en sus defensores y benefactores. Pueblos y comunidades, de los muy empobrecidos de tierras, tenían en Lima a la mayor parte de sus habitantes. Ellos formaron clubes fuertes que reunían en la capital dinero suficiente para construir escuelas, caminos, instalar plantas eléctricas en sus pueblos y "tierra natal". Se constituían en núcleos compactos que añoraban el "lar nativo" y, en locales alquilados o propios, simples campos cercados o rústicos edificios de las "barriadas", celebraban sus fiestas patronales reproduciendo fielmente todas las costumbres, en danzas, comidas y procesiones. Frecuentemente, estos clubes defendían a sus pueblos de origen en casos de conflictos sociales y se convertían en centros de discusiones políticas en que los partidos ganaban o perdían, y aun concluían por debilitar o disgregar por un tiempo a los clubes, pero sólo por un tiempo. Luego se reorganizaban con más energía.

Los hijos de la villa de San Pedro de Lahuaymarca organizaron también un débil club en Lima. La mayor parte de los emigrados se ocultaban de sus codistritanos. Muchos de los obreros y empleados de muy baja categoría huían de sus paisanos. Hijos de señores "de apellido", convertidos en asalariados o sirvientas, sufrían. Las muchachas eran blancas y padecían el asedio de sus patrones y de los hijos de sus patrones, especialmente, cuando tales patrones eran "nuevos ricos", cholos o vecinos pobres que habían prosperado rápidamente con la política o la especulación. Sentían terror por ser despedidas, porque sus paisanos se ocultaban unos de otros y no existía la protección mutua que se ofrecían los emigrados de otros pueblos. Defendían su castidad con resistencia heroica, con llantos y amenazas. Cuando, por fin, eran físicamente maltratadas, huían e iban a ofrecerse a otras casas. Dos niñas se suicidaron en poco tiempo.

Unos pocos estudiantes, que también eran obreros y empleados, se empeñaron en romper este aislamiento que era, como ellos lo sa-

bían bien, fruto del orgullo avergonzado. Tardaron mucho tiempo en corregirlo. Hicieron valer bien, para lograrlo, su doble condición de asalariados e hijos de señores.

El primer baile se realizó en el local de un pequeño colegio particular donde uno de los estudiantes trabajaba como profesor y administrador.

Danzaron de todo. El organizador era un guitarrista famoso y buen cantor. Él impuso el huayno. Cantaba con entusiasmo y sentimiento contagioso irresistible. Lo rodearon muchachas y jóvenes, y formaron un coro, mientras el resto bailaba.

A la madrugada, Claudio, el guitarrista, alzó su guitarra y dijo casi gritando:

—¡Silencio! ¿Ustedes saben que Fermín Aragón y Cabrejos Seminario están en Lima? ¿Saben que se va a dictar una orden de expropiación de toda "La Esmeralda", a diez centavos el metro cuadrado? ¿Que nuestros padres se van a quedar sin nada, sin nada?

—Lo sé. Lo he sabido —contestó un Brañes, empleado de banco—. Le he escrito a mi padre que si eso sucede, que la vecindad se reúna, que quemen primero la iglesia, y después todo el pueblo y se vengan a Lima. Que no queden sino cenizas en San Pedro de Lahuaymarca.

No pudo seguir hablando. Las mujeres se echaron a llorar unas tras otras. La fiesta se convirtió como en funeral de alguien que hubiera sido el protector, el padre de todos y sin cuya sombra la vida queda comprometida, inestable, sin pies.

—¡Quemar la iglesia! ¡Quemar el pueblo! ¡Quedarnos sin pueblo!

—¡Quedarnos sin pueblo! ¡Peor que indios!

—¿Y Lima? ¿De quién es? ¿No es de nosotros? ¿No la hemos conquistado? —preguntó Brañes, parándose sobre una silla.

Casi todos eran jóvenes. No habían bebido mucho ni había mucho que beber. Pero un sampedrino mestizo, ya maduro, estaba casi borracho. Era el veterano de los residentes en Lima. Veinte años de conductor de los tranvías de Lima-Callao. Cuando Claudio voceó la noticia terrible, el conductor parecía que dormitaba sentado en una banca, solo. En verdad, recordaba. Oyó el llanto de las mujeres y siguieron acrecentándose en su memoria los huaynos tristes, no los alegres y aun satíricos que cantaron los muchachos. Las lamentaciones fijaban cada vez más la melodía y la letra de uno de los cantos:

> De un solo grano de trigo ambos nacimos,
> ¿adónde estás, triste adorada?

Se levantó y con pasos inseguros pero enérgicos se dirigió hacia la silla que ocupaba Brañes, de pie.

—Usted es Brañes, ¿no? —preguntó.

—Sí, don Anatolio.

—¡Brañes! Eran ricos; ahora son, como yo, pobres, más pobres. ¡Usted no!

—¿Y qué hay con eso?

—Hay trastorno, pues, en el cerebro. Rico se vuelve pobre. ¡Yo, mire usté, don Brañes! —y se señaló el pecho—. ¡Yo! ¡Aquí, guardo mi iglesia de mi pueblo! ¿Quemar, dice usted?. Vamos quemar al Cabrejos, al Aragones. ¡Iglesia que sea grande, como el montaña, aquí, en mi pecho! ¡Veinte años! Lima no es de nadies, amigo.

—¡Es de todos! —gritó el joven desde la silla.

—¡Ja caray! ¿Dónde hay pueblo de todos? ¿Dónde? Mujer señorita llora por su triste pueblo. Si usté, don Brañes, quema al Aragón, al Cabrejos, entonces iglesia crecerá grande. Ni aunque sea Judas ni aunque sea Satanás quema su pueblo. Que les vaya bien. ¡Adiós!

De un solo grano de trigo ambos nacimos,
¿dónde estás, triste adorada?

Y salió cantando de la pequeña sala.

—¡Bájate de allí, Brañes! —dijo Claudio.

El joven obedeció. Toda la concurrencia lo miraba como a un extraño.

—Señoras y señores —dijo Claudio—, don Anatalio ha hablado, creo, interpretando el sentir de todos. ¡Nuestro pueblo es nuestra madre eterna! Brañes está confundido precisamente por ese cariño a San Pedro. Si el gobierno lo quiere vender entero sin ser su dueño, el alma se trastorna de rabia. Yo cito a asamblea para el viernes en la noche. Traeré informaciones completas. Tengo un amigo en el Ministerio de Fomento. No ha terminado mal, creo yo, esta primera fiesta. Al contrario, hay una causa común que ahora nos une. Cantemos el último huayno de nuestro pueblo. Si estamos unidos en la pelea como en el baile, puede que Cabrejos no nos venza.

Mientras tanto, en San Pedro, "El Gálico" decidió resolver el conflicto de su matrimonio devolviendo su mujer a la casa de su suegro. Había sorprendido al suegro lampeando en una pequeña huerta sembrada de papas.

—Guadalupe —dijo a su esposa—, tu padre tiene un apuro muy grande. Tenemos que ir juntos a su casa.

—¿Vas a acusarme que no te recibo? Ya le conté —le respondió ella.

Había enflaquecido y sus ojos ardían como si hubieran sido bañados por algún líquido que les diera un brillo superficial, casi metálico. "¡Mi hija enloquece o se vuelve santa", pensaba Brañes, aterido.

Así vio que "El Gálico" entraba al patio de su casa, seguido por Guadalupe.

—Tú no salgas —ordenó a su mujer—. ¡No salgas, suceda lo que suceda!

Y Brañes avanzó a darle el encuentro a su yerno, en el patio.

—Usted me ha ofendido —dijo "El Gálico", y en su nariz se formaron unos lamparones amarillos—. Usted me ha deshonrado. Ha estado usted "tirando lampa" como indio en su huerta de papas. Esta señora ya no puede ser mi esposa. Se la devuelvo.

—Gracias —le contestó el viejo Brañes. Y don Fabricio, que iba a marcharse sin escuchar nada que pretendiera decirle su suegro, no pudo andar—. Esta pobre criatura hace tiempo que ya no era nada de usted. Nuestro Señor ordenó el trabajo para el hombre. ¡Váyase! Desde mañana "tiraré lampa" más tranquilo. ¡Váyase de aquí! Felizmente Dios dispuso que mi hija no tuviera criaturas de usted.

Guadalupe se abrazó al cuello de su padre, sin llorar, sin gemir, en completo silencio. No se dieron cuenta, padre e hija, en qué momento se decidió a marcharse "El Gálico".

Se encaminó a la tienda de Asunta. Las calles y la plaza estaban vacías. No había viento. Los arbolillos permanecían quietos, como dormidos bajo el sol.

—Ya es mediodía. Iba a cerrar —dijo la señorita Asunta, cuando "El Gálico" entró a la tienda.

—Un ratito, Asunta. Sírvame un vaso lleno de cañazo. Sí. cañazo. No quiero licor fino.

Asunta comprendió; vio en la expresión del rostro amorfo de don Fabricio que algo muy triste le sucedía. Pero no quiso saber nada. Sin demostrar extrañeza le sirvió el vaso de cañazo.

Como un "perro con mal de rabia", don Fabricio se bebió en tres grandes sorbos el aguardiente. No pareció sentir el ardor del líquido. Pagó y dijo:

—¡Adiós para siempre, señorita!

Avanzó hasta el Andén de las Despedidas. No encontró a nadie en el camino. Apenas miró la profunda quebrada. Con una vieja pistola se disparó un balazo en la cabeza. El platero Bellido lo encontró todavía revolcándose en la tierra.

—Triste justicia de Dios —dijo.

CAPÍTULO X

El presidente del directorio de la Wisther and Bozart ocupaba la cabecera de la mesa de sesiones del Consorcio. No figuraba entre ellos sino un extranjero.

El presidente, alto, grueso y majestuoso, pronunciaba las últimas palabras de la sesión:

—Hemos constituido, entonces, con la aprobación unánime de los señores miembros del directorio, la compañía Aparcora Mines. Hemos elegido su personal directivo y aprobado su plan de explotación presentado por el ingeniero Cabrejos Seminario y los pequeños detalles relativos a las facilidades iniciales que en la propia zona de la mina debían conseguirse para que comenzaran los trabajos. El señor ministro ha obtenido ya el decreto de expropiación de las tierras que eran indispensables para la instalación de centrales y el desarrollo de la explotación; era éste, entre los pequeños detalles iniciales, el que requería de nuestra intervención directa; otra, de menor cuantía, se obtuvo al mismo tiempo: la resolución suprema que nos otorga el derecho de usar las aguas del río Lahuaymarca conforme a los planes propuestos. Los conflictos que puedan surgir con los indígenas del pueblo de San Pedro serán convenientemente resueltos por el ingeniero Cabrejos, que conoce bien a esos indígenas. Él contará con el poder suficiente para enfrentarlos en lo económico y en lo político.

—Desearía hacer una aclaración insignificante pero necesaria para el mejor conocimiento de esos pequeños conflictos que pudieran surgir —dijo un abogado y millonario prominente de Lima, que ocupaba un sillón muy próximo al del presidente—. Los habitantes de San Pedro no son indígenas, sino vecinos, es decir, blancos empobrecidos, descendientes de antiguos mineros españoles.

—Le agradezco la aclaración —respondió el presidente—. Eso quiere decir que los conflictos quizá no lleguen a producirse. Los vecinos empobrecidos no constituyen ningún peligro. Son los indígenas empecinados quienes pueden provocar algunas dificultades, porque no aprecian sus vidas como los vecinos; están acostumbrados a

morir con humildad y la convicción del poco valer de sus vidas les impele a cometer, a veces, imprudencias. Señores, el ingeniero Cabrejos Seminario, que ha prestado excelentes servicios a la empresa, partirá dentro de pocos días a nuestra nueva gran mina que promete ingresos muy favorables con inversiones relativamente modestas. Al señor Aragón de Peralta no se le ha concedido la gerencia de la mina como él lo solicitara. Se le ha orientado hacia otras empresas que lo entusiasmarán. En todo caso, entre él y nosotros ha concluido el proceso de las negociaciones. Le hemos concedido un alto porcentaje de acciones y pagado la parte proporcional de las inversiones iniciales que hizo. Gracias, señores, nuestra reunión ha concluido.

El presidente se levantó y los otros miembros del directorio hicieron lo mismo. El extranjero permaneció mudo durante toda la sesión, pero fue el primero en aproximarse al presidente y felicitarlo. Luego transcurrieron unos minutos de charla informal. El majestuoso presidente no se movió de su sitio. Por turnos, aparentemente no coordinados, pero en cierto orden jerárquico, fueron a hablar con él los hombres de negocios allí presentes, que manejaban casi todas las empresas del Perú. El gran señor no sonreía; sus ojos algo saltones y muy azules examinaban con indiferencia cordial a los miembros del directorio.

Varios mozos con azafates y copas de champagne ya servidas ingresaron a la sobria y casi severa sala de sesiones.

Cabrejos Seminario entró con los mozos, en algún momento. El presidente recibió su saludo con la misma indiferencia cordial. Los otros señores felicitaron al ingeniero algo menos formalmente. El extranjero le puso una mano sobre el hombro.

—¡Correcto! —le dijo—. Muy correcto, muy acertado. Mucho éxito para usted.

El presidente brindó. Los otros señores fueron sorprendidos por el brindis.

—Señores —dijo—, esta reunión merecía una copa. Esperamos que al ingeniero Cabrejos le siga acompañando la inspiración inteligente en la conducción de la mina. ¡Salud!

No le dio oportunidad a Cabrejos para responder, aunque el ingeniero no había pretendido hacerlo; el presidente se despidió primero del extranjero y luego de los demás. Todos salieron, uno a uno, casi sin dirigirse la palabra. Cabrejos y un joven rubio debían ser los últimos.

—Has dado un salto formidable —le dijo el rubio.

—No tan formidable. Me dan sueldo. Soy un asalariado y no un miembro de la empresa. Y tú eres el presidente del directorio de la Compañía.

—No se llama asalariado a un hombre que gana treinta mil soles al mes y a quien se le concede una participación en las utilidades.

—Sí. Dentro de unos cien años podré llegar a tener por ese camino el capital que tú posees.

—No, Cabrejos. El ritmo de los negocios en el Perú ha alcanzado ahora un nivel distinto. Puedes llegar a millonario en pocos años. La fortuna que yo tengo sí es el fruto de cinco o seis generaciones que trabajaron algo perezosamente. Tenemos tiempo para charlar unos minutos más. Te invito a pasar a mi oficina.

—Bueno, señor director —respondió Cabrejos con evidente amargura.

La nueva Compañía ocupaba el décimo piso de un edificio recientemente construido por la Wisther. La oficina del rubio magnate era muy amplia, casi excesivamente grande. El retrato de un hombre viejo, de rostro alargado y de bigotes retorcidos hacia arriba, ocupaba el sitio de honor, detrás del escritorio.

—Tu abuelo —dijo Cabrejos.

—Sí. Él nos cambió de agrarios a industriales. Siéntate. Tengo un whisky excelente.

Bebieron whisky. A esa hora las oficinas estaban solitarias. Era el mediodía.

—¿Qué conflictos prevés? Has eliminado enérgicamente a Aragón. ¿Por qué te opusiste a que formara parte del ejecutivo de la Compañía? Aragón puede volver a San Pedro o, por intermedio de agentes, entorpecer tu trabajo. ¿No convendría que yo supiera las causas más directas de tu oposición al descubridor y ex dueño de la mina?

—Pero... Tú has aprobado mis procedimientos y mis planes. ¿No es suficiente?

—Mira, Cabrejos. Estudiamos juntos. Tú aspiras a ser miembro de la Compañía. Es conveniente que yo esté bien enterado del fondo de la cuestión. Aragón de Peralta es todavía un hombre rudo y puede decidirse a no separarse de la suerte de la mina si su cuñado no logra atraparlo para ese nuevo y vacilante negocio del envase de pescado.

—Bien. Cumpliré con explicarte cuanto conviene que sepas, a pesar de que tú te opusiste a que, con la garantía de mi participación en las utilidades y con mis sueldos, se me concediera un crédito que me habría permitido comprar acciones.

—No, Cabrejos, yo no me opuse. Las acciones ya estaban distribuidas. El "Zar" y míster Antony las habían adjudicado de antemano. Pero... te prometo seriamente cederte una parte de las mías a pesar de que el negocio parece que ha de ser de primera.

—Sí. Todos conocemos al "Zar".

—Merece su apodo. Es un semidiós en materia de negocios...

—Y por tanto en frialdad.

—Por supuesto.

—Yo le entibiaré un poquito alguna vez...

—¿Tú? Los más diestros tiburones nacionales e internacionales no lo han conseguido.

—Porque nunca vinieron con el propósito de hacerlo.

—Mira, Cabrejos, no perdamos tiempo en discutir sobre el indiscutible "Zar".

—Sí. Es en verdad grande. Ha superado todos los prejuicios morales y biológicos. Sabe mandar, casi por naturaleza. Me impresionó su juicio sobre los indios y los vecinos pobres. Son, efectivamente, los indios quienes pueden crearnos dificultades. Pero la mina llegará a ser tan grande que los cinco o diez mil indios pueden convertirse en nuestros colaboradores.

—¡Eso anhelaba Aragón!

—Pero con sentimiento patriótico miserable y cargado de nacionalismo miserable y peligroso; es antiyanqui, enemigo de los consorcios extranjeros. Toda esta confusión proviene de su provincialismo ideológico. Él pretendía dominar la mina, convertirla en una fuente de poder nacionalista, aplastar a los hombres que tienen siervos y hacer de las viejas haciendas empresas modernas; enfrentar al pequeño Perú con los poderes de los que depende y con los únicos que puede contar para desarrollarlo con medida. Aragón es una especie de naserista intuitivo. Y ya había entrado en íntima alianza con un líder peligroso que ahora tienen los indios...

—Sí, ya me lo dijiste. Un tal Rendón.

—Rendón Willka. Es, aunque te parezca absurdo, un hombre de astucia e inteligencia diabólicas. No es fanático. Calcula. Con un solo ojo ve las personas y los acontecimientos certeramente. No se confunde ni altera, como el provinciano señor de Peralta. Es de una serenidad inalterable que no puede ser sino la muestra de que sabe adónde va y por qué camino. Ahora es el líder de siervos e indios libres y se ha aliado, en una alianza aparentemente absurda, con don Bruno Aragón de Peralta, un católico feudal fanático cuya perturbación emocional y mental lo ha llevado ahora a "amar" a sus indios. Los flagela, pero los ama y es amado. Acaba de repartir tierras entre sus siervos y me he enterado que ha cedido parte de su inmensa hacienda a una comunidad libre que se moría de hambre y con la que contábamos para nuestra mina. Tenemos que eliminar a estos dos hombres. Constituyen un peligro distinto que el "patriota" Fermín Aragón.

—¿No crees que manteniendo el salario de treinta soles para los peones, y aumentando a sesenta el de los obreros calificados, la mina on estaría amenazada por nadie...?

—¿Y los vecinos pobres a quienes tenemos que arrojar de la única tierra que les da alimentos?

—La mina puede absorber a esos hombres.

—Hasta Aragón suponía eso. No lo creo posible. Son gente orgullosa, pero anarquizada. El hambre dispersa hasta a los indios, pero

en determinado momento los indios pueden actuar en masa; el hambre crea rencores internos, bandos irreconciliables entre los vecinos arruinados. No les temo.

—¿Qué piensas hacer con Bruno Aragón? Ya ganó en la primera refriega. Tu probable aliado Cisneros ha sido derrotado.

—Bruno Aragón cometerá alguna imprudencia inevitable cuando empecemos a construir el acueducto para la planta eléctrica, porque sus molinos y maizales se quedarán sin agua. Puede que intente sublevarse con los indios de su hacienda. Entonces le caeremos encima. He hecho nombrar subprefecto a un hombre de mi confianza; no sabe quechua ni lo que es la piedad.

—No hay que excederse, Cabrejos. El comunismo es fuerte, muy fuerte.

—No te preocupes. He investigado minuciosamente la vida que Rendón hizo en Lima. Residió en tres barriadas distintas. Fue barredor del municipio de La Victoria, en el barrio de las prostitutas y maleantes; fue barredor en el mercado mayorista y, finalmente, obrero textil y de construcciones. No se afilió a ningún partido; pero oía a comunistas y apristas. Estudió en una escuela nocturna de La Victoria hasta el último año de primaria. Lee bien, escribe mal, y habla mal pero con una elocuencia como de perro, extraña. Polemiza con desesperante aplomo y agudeza. Yo mismo casi no pude con él.

—Es decir, que no pudiste. ¿Crees que habrá víctimas en los conflictos si se desencadenan?

—Tiene que haber. Unos cuantos muertos indios serán necesarios. Los mestizos estarán de nuestra parte. Por ese trabajo, tú me vas a pagar treinta mil soles. Creo que tengo derecho a hacerte solamente dos preguntas.

—Sí. Hazlas.

—¿Hasta qué punto la Wisther es norteamericana? ¿Hasta qué punto eres patriota?

—Las dos preguntas son impertinentes. No tengo por qué contestarlas, Cabrejos.

—¿Es impertinente una respuesta a la segunda pregunta?

—Es algo necia. Todo peruano debe ser patriota. Todo peruano lo es a su modo.

—Yo no soy patriota, ni el "Zar" es patriota, ni siquiera sensible. Todos nosotros, para actuar como lo hacemos, debemos despojarnos de ese elemental sentimiento. Ustedes en mayor grado que yo, no pueden tener más patria que la empresa, la gran empresa que es internacional, en todas partes. Sólo los asalariados son patriotas; ustedes agitan ese sentimiento para aprovecharlo. Es inevitable.

—Bueno, Cabrejos. Veo que estás armado de una teoría que te permitirá hacer bien tu trabajo y servir eficientemente. Eso me

complace. El "Zar" tiene ojo. Te eligió rápidamente. Serás millonario, sin duda, pero no averigües lo que no es pertinente en el trato con los directivos de la Compañía. ¡Adiós! Que tengas mucho éxito. Yo me quedo en la oficina unos minutos. Espero una llamada.

—Adiós, "señor director".

Tomaron el último trago de whisky, y Cabrejos se dirigió solo hasta la lejana puerta de la amplísima oficina.

El rubio sonrió.

"No le daré una sola acción", pensó. "Tiene la mentalidad alterada de los pequeños «aristócratas» de provincias, definitivamente arruinado por la pobreza y la pragmática yanki mal aprendida. Pretende «justificar» sus actos con verborrea. El «Zar» lo echará dentro de corto plazo."

A la hora exacta la señora de uno de los miembros del directorio lo llamó.

—Él ya sabe, me parece. Así es mejor —le dijo.

—¡Ah! Se ha portado bien.

—Sí. Hasta creo percibir que está mejor, más alegre.

—Ya. Se justifica. ¿No es cierto, diosecilla mía?

—Sí, "Palalo".

—Como Cabrejos. Es que estuvo aquí un empleado mío que también se justifica. Bueno, te busco a la misma hora.

—No aumentaré ni un gramo más, siempre las mismas medidas que me hicieron conquistarte.

—Y con las que me tienes a contrato exclusivo. ¡Chau, amor!

Cabrejos, mientras tanto, almorzaba solo, y reflexionando, en el restaurante "Chez Víctor".

"Ha pretendido quebrarme este miserable esclavo de los yankis. ¿O será esclavo de los japoneses? Me han dicho que es el hombre de los japoneses en el Consorcio. ¿Les fregaré la mina? ¡No! Haré otra cosa, con Bruno Aragón, el fanático. Pero, ¿cómo proceder para que los tres ingenieros que van conmigo se despisten? El «Zar» los ha elegido y él no se equivoca. Yo tampoco. . . No. Yo sí me equivoco. Soy un miserable. Este «Palalo»; éste, que era un mequetrefe en el colegio, me ha humillado como nadie. ¿Seguirán bajándole los pantalones como en el colegio? Sí, lo que tiene de hábil malignidad, de soberbia vengativa, viene de sus millones y de haberse hecho bajar los pantalones. Yo. . . sigo adelante. O mato al fanático o me salva".

Fermín Aragón de Peralta era tentado por Arturo, su cuñado, para emprender en gran escala la industria del envase de atún y del balbuceante de la harina de anchoveta.

—Es una mina de oro, Fermín —le decía—. Una mina que no

requiere de maquinaria costosa para extraer el metal precioso. Está allí, en cantidades ingentes, a lo largo de mil kilómetros de nuestro mar. Tú pretendías buscar una mina mayor que Aparcora para vengarte de la forma cómo te han expulsado del manejo de la compañía que ha de explotar la gran veta que descubriste. Tú sueñas con que las riquezas naturales del Perú no sean devoradas por los extranjeros, que los siervos indios desaparezcan; que, de brujos, todos los indios se conviertan en hombres civilizados y de empresa; que esa masa informe se haga una multitud de individuos que compitan entre ellos como libres y verdaderamente independientes. Tienes la mejor oportunidad de lograr estos propósitos y de hacerte multimillonario, no en veinte años o treinta años, sino en cinco o diez. ¡Fermín: el mar no ha sido aún copado por los gringos de ningún país! ¡Está libre! Unos cuantos peruanos audaces y no de las grandes familias uncidas al capital extranjero han iniciado este negocio. ¡Librémonos de las garras de los consorcios internacionales! Tenemos que apoderarnos de nuestro mar que guarda más riqueza que el subsuelo. Una riqueza que está al alcance de la mano. ¡Cerrémosle la puerta a los extranjeros! Tú tienes ahora el capital suficiente...

—¡El pescado, el pescado!... Tú eres un impaciente febril...

—Sí, Fermín. Exactamente. Pero puedo ofrecerte pruebas irrefutables. Acompáñame a las oficinas de la Compañía de Pesca y Envase, que opera en el puerto de Supe. Vamos ahora mismo. El gerente es un *amigo* mío. Sí, Fermín, en estas empresas es posible todavía encontrar amigos. En las viejas e impersonales de minas, todos los que manejan los consorcios han dejado de ser hombres, son también entes internacionales, sin patria, sin nido. Están transfigurados por la millonada de sangre humana que esas empresas devoran en cien o doscientos países. Vente con nosotros. Yo soy administrador de una compañía pesquera modesta. La podemos hacer grande o formar una nueva.

—Vamos, Arturo. Los millones no deben dormir. ¿Es seguro que no se han metido en este negocio los extranjeros?

—No. Les ha parecido algo casero, felizmente. Y continuará siendo casero... Estamos en el trópico pero nuestro mar es frío, el más rico del mundo en fauna industrializable. Los puertos abandonados por causa de las carreteras se convertirán de nuevo en centros hormigueantes de trabajo. Vamos, Fermín.

Salieron en el "Mercedes Benz" de Aragón de Peralta. Matilde se había comprado un pequeño coche francés para ella y los niños. Ocupaban una casa de seis dormitorios y un jardín de cuatro mil metros cuadrados en el moderno barrio de Monterrico.

Aragón examinó las cuentas de la compañía pesquera con creciente incredulidad y arrebato.

—¿No es una ficción lo que veo, señor Ordóñez? —preguntó.

—Son libros supervigilados. Algo más se gana —dijo el gerente.

—¿Qué planes tienen?

—Instalar seis fábricas en Chancay, cuatro más en Supe, tres en Chimbote.

—¿Pueden hacerlo pronto?

—No. Operamos hace sólo tres años, como usted lo ve.

—¡Tres años! ¿Cuánto necesitarían para financiar el plan en su integridad?

—No mucho. Unos quince millones.

—Le ruego transmitir al director mi entusiasmo por la empresa. Puedo ofrecer la mitad de esa suma, de inmediato.

—Eso supone una reunión del directorio que puede realizarse mañana mismo. Usted, si aporta ese capital, puede aspirar para el año entrante a la presidencia del directorio. En cinco años podemos contar con una empresa de prestigio mundial. Los millones se contarán por centenas. El Perú, señor de Peralta, es así. Un país de maravillas que van saliendo oportunamente.

—Y con siervos que besan los pies de bárbaros señores que creen en Dios y en las brujerías.

—El pescado puede transformar eso. En nuestras fábricas tenemos ya un 50 % de campesinos serranos que han huido de las haciendas. Todavía no hablan castellano pero operan bien como peones; muchos han ascendido. Lo malo es que la "brujería", como usted suele llamar a sus costumbres, los acompaña durante mucho tiempo. Y he observado —yo paso la mayor parte del tiempo en el puerto— que los indios que aprenden algo de castellano y usan americana y radio, se embrutecen. ¿Qué les pasa? Yo soy casi serrano. Y me preocupa ese cambio extraño.

—Les pondremos escuelas. Que no aprendan a la guerra la civilización, sino ordenadamente. ¿Se emborrachaban mucho?

—Bastante menos que los criollos costeños.

—Señor Ordóñez. Me consideran retardatario por ser patriota los señores mineros; mi cuñado y usted parece que tienen otro concepto del negocio.

—No estamos todavía contagiados de internacionalismo.

—Bien. Tengo los millones. Deseo obreros obedientes pero no esclavos. Yo no olvido la sierra.

—Nosotros tampoco.

—Pero. . . las fábricas succionan el capital humano de la sierra.

—Es el proceso normal del capitalismo.

—No siempre. Si los indios son mejor tratados; si se convierten de siervos en obreros.

—No podrán jamás las haciendas serranas competir con nuestras fábricas; el rendimiento de ellas es tan alto que siempre podremos ofrecerles el doble o triple que un agricultor industrializado.

—Hacerlos propietarios entonces.

—Puede que así... Pero iría usted contra los intereses de sus propias fábricas, señor Aragón.

Don Arturo de Rivera escuchaba el diálogo con entusiasmo.

—El Perú tiene un crecimiento demográfico que nos asegura contra toda posibilidad de escasez de mano de obra —intervino—. Siempre tendremos peones baratos, y casi regalados, durante unos veinte años. Los que cobran fuerte son los criollos pescadores. Saben cuánto rinden las fábricas de pescado y exigen cada vez más. Y tiran el dinero en prostíbulos y cantinas. Mientras tanto, en las barriadas de Lima unas cuatrocientas mil personas agonizan de hambre. La industria pesquera puede contribuir a absorber a esta gente.

—¿Cómo?

—Tú sabes bien por qué han huido de la sierra. Allá la esperanza no existe; en Lima ascienden de hambrientos a peones, de peones a empleados; de parias a propietarios de una choza amenazada por la policía, y de dueños de choza a patrones de una casa de ladrillos construida de noche y en cincuenta o cien metros cuadrados, hasta en doscientos. Esos barrios apestaban a excremento humano, a podredumbre; ahora, con la lenta prosperidad de sus habitantes y la importancia electoral que han alcanzado, se están lavando. Algunos tienen ya lúz y agua. Otros se mueren de sed, de hambre y de fetidez; pero esperan trabajando en cualquier cosa, porque saben que llegarán a ascender. En la sierra no se les ofrece sino la esclavitud, el látigo de los mayordomos y, además, el hambre, sin cielo, sin horizonte. Ofrezcámosles ciertas perspectivas mejores de ascenso, nosotros, la nueva Compañía, y tendremos peones muy baratos y bravos para el trabajo.

—No es fácil —dijo Ordóñez—. En Chimbote ya hay barriadas inmundas.

—¡Estoy decidido a luchar contra esa peste del hambre y de la feudalidad! Señor Ordóñez: metamos fierro a las empresas pesqueras, la mitad de mi tiempo lo dedicaré a luchar contra los fanáticos terratenientes. Yo tengo un hermano... Pero. Ya no más charlatanería. Mañana podemos formalizar la ampliación de la Compañía de Pesca y Envase. Mi cuñado me representará mientras yo esté ausente. Él tendrá sus acciones.

—Ya tiene algunas.

—Y con usted, señor Ordóñez, orientaremos la empresa: que gane mucho, pero que no se convierta en demasiado asesina.

—De acuerdo. Le advierto que muchos accionistas piensan como usted, pero no el presidente. Tenemos que sustituirlo. Usted adquirirá la suficiente experiencia en un año. De hecho tendrá usted el 50 % de las acciones. Con su cuñado controlarán la empresa y le darán la orientación que mejor convenga.

—¿No se opondrá el presidente?

—No. A él le importa más la cuantía de los ingresos que el mando.

—¿Podemos comer en mi casa pasado mañana, señor Ordóñez? Mi cuñado lo estima y admira.

—Gracias, y con mucho gusto.

Se despidieron. Las oficinas de la Compañía ocupaban un elegante pero pequeño departamento de un edificio central de Lima.

Ya en la calle, don Fermín, le dijo a su cuñado:

—El rendimiento es probablemente mayor que el de una mina de buena ley pero no alcanzará a la de Apark'ora. Lo que me "fascina", como diría Matilde, es la sencillez y rapidez del procedimiento, a juzgar por las inversiones y los rubros de egresos. Si la demanda se incrementa, lo que me parece más que probable, será un negocio increíble. He comparado bien las inversiones y ganancias, Arturo; un terrateniente a la antigua, a pesar de que casi no paga mano de obra y sólo gasta pequeñeces en herramientas y transportes, proporcionalmente gana, aun en relación con los pagos, mucho menos que una de estas fábricas de pescado. El mismo país; la misma desproporción de ingresos entre patrón y peones. Pero, aquí, un pescador gana en un día lo que un colono de hacienda en un año. Bebamos una copa.

—Al "Chez Victor", es algo tranquilo y está cerca.

Le orderano al chofer que volviera por ellos a las 12 y 45.

"Llovía" en Lima; la típica garúa del Rímac, próximo al mar, se precipitaba como polvo de agua desde nubes que parecían también un manto suelto, de oprimente espesor, que se asentaba hasta cubrir a medias las cimas de los altos edificios. Cegaba a la ciudad; Lima quedaba como ahogada en una precipitación fina, de gotas apenas visibles que se desprendían de un alto mundo terrestre sucio en que el cielo se había convertido. No era cielo. En todas partes el cielo es cielo, y a veces más cuando llueve con violencia y los rayos iluminan los cúmulos de nubes oscuras y temibles, o cuando simplemente truenan a distancias incalculables.

Pero don Fermín, esta vez, anduvo bajo la terrosa garúa, sin percibirla; sus garras temblaban de impaciencia.

—Creo que podemos devolverle los golpes a Cabrejos y a ese rubio que era marica. El "Zar" no me interesa de manera directa. Me recibió durante unos minutos. Alrededor de él trabaja una mosquería de ambiciosos que no tienen otro horizonte que el dinero. No creo que conozcan ni al sol ni a la luna. De las minas del Perú están informados como un entomólogo sobre el organismo de un insecto, y saben cuál tiene la más pequeña mancha o línea de metal; del mismo modo conocen el Ecuador, Bolivia, Chile, el Congo y Cambodya. ¡Son muertos que se alimentan de los vivos! Han puesto al revés las cosas. Yo, yo quiero que la sierra produzca a la manera de esas fábricas de envase y harina de pescado: cien para el patrón,

uno para el obrero, pero ese centésimo es más de lo que un colono de mi hermano gana en un año. ¿Comprendes?

—Sí, Fermín. No conviene ser demasiado multimillonario. Tú, ustedes, los caballeros andinos, tienen otros recursos para expresarse. Mira: nosotros, durante ocho meses no vemos bien el cielo, ni siquiera la ciudad. Esta neblina friega; se asienta en la sangre, penetra en el cuerpo y lo pudre un poco, lo hace pesado. Bien dices tú que el "mosquerío" que trabaja para el "Zar" no conoce el sol ni la luna. Los grandes por demasiado grandes, los empleados y peones por miserables. Y se alimentan de los vivos. Los demasiados millones son temibles.

—¡No! No son temibles por sí mismos. Con esta neblina que no deja ver la patria, se han cegado más. Lima es cruel y embotadora. En los Andes, el gran sol te da alegría, aunque sólo pienses en los millones; una bandera peruana sobre el pequeño mástil de una escuela, frente a una plaza sucia, poblada de chanchos flacos, te encorajina. Tú manejarás este negocio de las fábricas. Te ofrezco el 30 % de las ganancias; yo vuelvo a San Pedro. Tengo todavía una gran hacienda de vieja alfalfa, sembrada hace treinta años. La modernizaré. Llevaré ganado fino. Compraré otras haciendas. Si Bruno me vendiera la suya, podría criar unas cuatro o cinco mil cabezas de ganado fino. Su hacienda es enorme y él no siembra sino maíz y trigo, en la misma área que mi bisabuelo. Tiene cuatro molinos de piedra que muelen cinco fanegas cada uno en veinticuatro horas. Bruno no tiene más patria que su hacienda. Yo podría cubrir de alfalfa y de pastos selectos unas diez mil fanegadas de esa hacienda, en poco tiempo. Sembraría trigo, del mejor, en otras mil fanegadas, e instalaría un gran molino hidráulico. Pero mi hermano ama y martiriza a sus indios; de eso vive. Ahora, bajo la influencia de un ex indio que estuvo muchos años en Lima, y de una mestiza que lo ha cautivado, ha cedido parte de sus tierras a una comunidad que fue despojada por el padre de un cholo que se ha hecho rico y gran terrateniente. ¿Qué hacer con esos fanáticos? El Perú está tesado por el "Zar" que no tiene patria y por hombres como mi hermano que reducen la patria a su feudo. ¡Y por los comunistas asquerosos que quieren igualar lo que nació y es desigual por naturaleza! Y lo pretenden hacer, no con su propio cerebro y con sus propios cálculos, ¡sino con el de los moscovitas que están a veinte mil kilómetros del Perú!

—Fermín: no te creía tan lúcido. Ahora me explico la admiración que Matilde siente por ti. Pienso y creo como tú; pero tú expones las cosas con claridad que yo no podría. Seré tu socio leal en Lima. Estoy seguro que te toca a ti la parte más difícil y quizá peligrosa de la tarea; yo impulsaré las fábricas, tú intentarás modernizar la agricultura andina. Supongo que los gamonales te harán la guerra.

—Sí. Necesito unos agrónomos jóvenes, y un veterinario joven y de "ñeque", y patriotas. Arturo, ¡consíguelos! Les pagaré buenos sueldos. ¡Es curioso el caso que vamos a ofrecer los dos Aragón de Peralta, los "Caínes"! Bruno es odiado por los terratenientes porque ha empezado, como un patriarca, a dar algunas tierras a sus siervos y ha arrendado a diez por uno —generosidad inadmisible en mi provincia—, una considerable extensión de tierra a una comunidad que se moría de hambre. Yo me convertiré en un demonio aun para mi hermano: llevaré máquinas y ganado "extranguero", como lo calificarán los indios. Ha de ser una aventura riesgosa, que exige habilidad y audacia. El "Zar" me ha prometido su auxilio en cualquier empresa que yo organice, siempre que no pretenda inmiscuirme en el manejo de la mina. Veremos. Él siempre tendrá peones. Calculo en dos o tres mil las comunidades que agonizan de hambre. Podrá pagar salarios más bajos que yo, un pobrecito, ofrecía, y la silicosis librará a miles de miserables de una vida sin esperanza. ¡Sarnas! Yo no quiero para el Perú un destino como ése. Pretendo millones para los hombres de empresa, miles para los trabajadores. Fábricas carreteras, mucho alimento, casas en lugar de cuevas y barracas de que está rodeada Lima, y buenas y seguras cárceles para los comunistas. Para los apristas, no. Ellos son anticomunistas. Su prédica contra los ricos es de táctica; en el fondo estarán con nosotros; y quizá vayan más lejos. Yo odio a los yanquis que he conocido. Dicen que aquí viene lo peor, los puros tiburones, y que en Estados Unidos hay millones de gringos que nos estiman, que son generosos. Ya nos comunicaremos con ellos para aplastar de veras a los comunistas; porque los que hay aquí son brutos que les dan la razón a esos traidores sin patria, sin moral, sin ley.

—Basta, Fermín; vamos donde Matilde. Se apenará de tu decisión de volver a la sierra, pero se sentirá feliz de nuestra asociación para la nueva empresa y de la audacia con que has de invertir en ella el 50 % de tu capital...

—Sí; la agricultura necesita menos. Mi hacienda es excelente pero no es muy grande. Pienso tentar al carnicero Lucas para que me venda su finca. Su hijo mayor se ha establecido en la Argentina. La hacienda de ese viejo terrateniente produce la centésima parte de su potencial. Lucas mata de hambre a sus indios. A los viejos los mata metiéndolos a la barra o azotándolos. De esos indios, que apenas tienen figura de seres humanos y que casi han perdido el entendimiento, yo puedo hacer obreros formidables. ¡Mira! Buen presagio; el sol de Lima se asoma.

Aún caía la garúa, pero en la neblina se había difuminado su terrosa entraña, su densidad de polvo húmedo y triste; el sol se mostró indefenso, como un círculo de luz endeble, y, lentamente, fue adquiriendo brillo; la plaza, los edificios, la estatua, cobraron vida. En pocos minutos la ciudad se bañaba en la dicha del resplan-

dor solar; sobre la gris estatua se mostraron nítidamente las manchas de excremento de las palomas; el gras lucía feliz. Y súbitamente el calor empezó a hacer latir las cosas.

Don Fermín tomó del brazo a su cuñado.

—¡Plaza hermosa! La sombra la escondía —dijo—. Una nueva vida comienza. Peruanizaré Apark'ora que descubrí con energía, con crueldad, con falsía; con todo. La patria y no el alma diferencia al hombre del gusano. El Cabrejos cree que sólo los pobres aman a la patria: eso es comunismo. Es cierto que los millonarios se despegan de la vida verdadera; esos fantasmas de los consorcios, ¿en qué creen? El "Zar" es un monumento de carne sin nombre, gobernado por un par de ojos que te miran como a un guiñapo de carne y no te soportan más de cinco minutos. ¡La sarna! Esos zares pueden, "de cierto", como diría Rendón Willka, destruir el mundo. Mi hermano Bruno, el fanático, los considera la encarnación de los enemigos de Dios, maldice el dinero y no lo acumula sino para mantener su categoría de gran señor. Tú, Arturo, y yo, podemos llegar a multimillonarios quizás, pero sin convertirnos en una masa informe que, descarnada de la tierra y sin creer en el cielo, no tiene más camino que el de prensar a la humanidad para chuparle el jugo. ¡Peor que gallinazos! No, perdona; no, carajo. Ni ellos ni los comunistas. Un país en que compiten los hombres. . .

—El obrero no puede competir. . .

—Si le das escuelas gratuitas y acceso a los centros técnicos, puede. Si los haces vivir en barracas de esteras y cuevas sin agua, sin luz, sin alimentos, entre la fetidez de los orines y el excremento humano, te miran como a un ser de otra laya; enemigo. Ellos forman un grupo aparte, bien cercado y no encuentran otro camino de salvación completa que lanzarse al asalto, dirigido por los comunistas, y conquistar el "paraíso" que nosotros disfrutamos. Tienen razón. En la sierra el caso es idéntico: los siervos no tenían esperanza; se consolaban con el rezo y llorando; esperaban la muerte casi con alegría; ahora Rendón Willka y otros, les mostrarán el camino del asalto. ¡Hay que evitarlo! Romper nosotros la barrera. Que nuestros obreros de las fábricas vivan en buenas casas, sin amargura. Así los explotaremos mejor, a gusto de ellos mismos. ¿Comprendes? Así quiso Jesucristo que fuera el orden; eso lo predica ahora el Papa. Yo lo entiendo bien. Hay que acabar en el Perú con la miseria para que haya más millonarios, más dinero. El camino a seguir es el sol de tu ciudad de Lima. ¿Viste cómo salió de la densidad terrosa, de la neblina? ¿Cómo ha hecho cambiar nuestro ánimo y todo el aire de la plaza? En estos tres meses que llevo en Lima he aprendido más que en veinte años.

—De acuerdo, Fermín. Tú sabes cómo ha sufrido mi familia.

Los dos hombres tomaban el sol en la plaza, junto a uno de los pequeñísimos tanques de agua, frente al cine "Metro".

—Pero los millonarios no cederán sino por la fuerza. El "Zar" no será destronado sino por la fuerza. Y él es quien tiene el poder en un puño: el ejército, la policía —dijo Arturo.

—La transformación es también fuerza. Espérame unos años. El "Zar" y el mosquerío de apátridas que él preside sentirán que el piso se desmorona bajo sus pies.

—Los comunistas harán lo suyo.

—Que hagan. Después, como en México, les cortamos el aliento. He leído mucho y pensado hora tras hora en estos tres meses. ¿Sabes? Hasta conseguí que me diera charlas un socialista. Y creo que tiene razón. Al final contaremos con el Apra. ¡Verás! Sus jefes son de nuestra casta y sabrán dirigir a los obreros adonde nos conviene que sean llevados. Todo está claro para mí, ahora más que nunca, después de haber examinado los libros de caja de Ordóñez. Que Japón, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos nos respeten como se respetan entre ellos.

Arturo sonrió.

—¡Claro! Somos once milloncitos con ocho de indios y mestizos. Pero todo extranjero, y yo lo era hasta la faena de los indios en Apark'ora, se equivoca viendo de por fuera a los indios. ¡Son una potencia insospechada de trabajo! ¿Estados Unidos desprecia a Bélgica?

—Debo ser franco contigo, Fermín. Proceder de otro modo sería ahora criminal. No creo; estoy seguro que los europeos y especialmente Estados Unidos, se oponen a nuestra industrialización. Es mejor para ellos que sigamos siendo un corral mal sembrado donde se cosecha sólo alimentos para sus fábricas.

—He oído mucho esa cantaleta. El corral es nuestro. Y el que crea que nos pueden obligar a que siempre sea sólo sucio y pobre, sin una casita y un molinito que muela para el que habita la casita, es un cobarde, un resignado. He visto los libros de Ordóñez, es verdad que me han quitado la mina, todo indica que hay campo para la lucha. Ahí viene el coche. Me siento como una flecha a la que van a disparar. ¡Yo no me voy a romper fácilmente! Tú manejas las fábricas. Te hago responsable del buen trato a los obreros, para explotarlos mejor.

Subieron al automóvil que los llevó lejos del centro de la ciudad. Los árboles de las modernas avenidas daban sombra. ¡Sombra "innecesaria" en el invierno de Lima, pero la más cautivante, la más anhelada imagen que el triste habitante puede ver sobre la cruel ciudad! La sombra de un árbol, entonces, contiene la esencia de cielos y mundos. Mientras el invariable "Zar" cruza las avenidas en su lento Cadillac, el hombre sensible encuentra en la forma del árbol que el sol tiende sobre la yerba que la humedad alimenta, o sobre el invariable asfalto, el aliento, la razón de ser de su alma, de su extraña y profunda alegría.

Tres jóvenes tocaron el timbre de la gran residencia de don Fermín. Se hicieron anunciar como la junta directiva del club social deportivo de los residentes de San Pedro en Lima.

Don Fermín ordenó que los hicieran pasar.

Un mayordomo de saco blanco guió a los jóvenes y a don Anatolio por las veredas del extenso jardín hacia la mansión modernísima, de dos pisos, que don Fermín había comprado en Monterrico.

—¿Qué? ¡Tanto, tanto da una mina de nuestro pueblo! —dijo don Anatolio—. ¿Quién de los "cogotudos" de Lima va a tener más palacio? Está bueno que un sampedrino...

Los jóvenes no le contestaron. Apuraron el paso. El mayordomo abrió la puerta del hall. Era un espacio enorme con muebles "norteamericanos", distribuidos en grupos, según los ángulos y la configuración de la pieza. Todo el piso estaba alfombrado. Jarrones, cuadros, huacos y hasta retablos y alfarería indígena ornaban el recibidor, colocados acertadamente. Un gran ramo de rosas encarnadas daba como una armonía de conjunto a todas las cosas y muebles.

El experto mayordomo llevó a los visitantes a un pequeño saloncillo que era una cámara, como un aparte del mismo hall. Las paredes y todo el ambiente parecían más claros. Los tres hombres se sintieron allí menos deslumbrados y cohibidos que en el hall. Don Anatolio admiraba con no disimulada alegría los muebles y todo cuanto veía.

—¡Miren, pues! Un sampedrino viviendo como el más millonario de Lima. Aquí es grande, quizá más que en nuestro pueblo. ¡Un orgullo, caray!

—Para los ojos de usted que es inocente. ¡Si supiera las lágrimas y sangre que cuesta a miles para que este señor viva como rey! ¿Qué de más tiene que nosotros?

—¿Cómo, joven? Su apellido, pues, su hacienda.

La pequeña sala no tenía muebles "norteamericanos", blandos, comodísimos, donde el cuerpo se arrellana a gusto, sino sillas "como antiguas". En una de ellas don Anatolio se sentía a gusto; en cualquier confortable se habría sentido extraño; hundido el cuerpo en el flexible asiento, probablemente no habría sabido dónde apoyar su espalda; habría preferido quedarse al borde del mueble, ofendido, desacomodado. El experto mayordomo lo había previsto.

Don Fermín no se hizo esperar.

—¡Ah! —exclamó, cuando los tres visitantes se pusieron de pie—. Tú eres Brañes; tú... Claudio Gallegos, y usted... ¡Ya me acuerdo! Anatolio Tincopa, hijo de don Santos Tincopa, gran amansador que era de potros y capador de cerdos.

—Sí, don Fermín. Buen recuerdo tiene usted. Yo sólo he vuelto

a San Pedro tres veces en veinte años, y usted no me vio en el pueblo.

—Pero cuando yo era chico, usted tendría unos veinte años. Era usted un mozo que hacía bulla en nuestro pueblo. A estos jóvenes loc vi niños. Sé cuándo decidieron venirse a la capital. Tú trabajas en un banco, tú en una fábrica, como empleado. Han conquistado Lima. Usted, don Anatolio. . .

—Sigo.

—En la Compañía de Tranvías, que anda mal.

—¡Hasta el perno, según dicen aquí!

—Pero. . . sentémonos. Y ahora díganme a qué debo el gusto de vuestra visita.

El mozo entró empujando una mesita de ruedas con muchas botellas y vasos y copas.

—¿Qué toma, don Anatolio? Tengo desde coñac extranjero y vodka hasta cañazo fino.

—¡Cañacito, don Fermín!

El tranviario se sentía más "en caja" que los jóvenes delante de Aragón y en el ambiente de la gran residencia.

—¡Es de "Parquiña" este cañazo! —dijo con gran regocijo don Anatolio—. Lástima que esa reina de hacienda hayga caído en poder del gordo Cisneros. Es cholo de mala sangre.

—¿Por qué? —preguntó Brañes—. Es más o menos como todos los hacendados; que sea cholo es mérito. Yo probaré vodka.

—Yo también —se animó a pedir Claudio.

—Y yo igual —dijo don Fermín.

El mayordomo les sirvió.

—¿Mérito el ser cholo, dices, Brañes? —contestó don Anatolio—. Cisneros no es cristiano mestizo, ni cristiano indio, ni misti blanco. Nu'hay regla para él. A todos odia, a todos quiere desollar. Siquiera, pues, su padre le habría dado instrucción. Le dejó sólo su pistola, azote y rabia.

—Bueno. No hemos venido a eso. El señor de Peralta es hombre ocupado. . .

—No. Ahora, no. Se puede hablar a gusto. ¡Salud!

—El vodka había sido como aguardiente con otro saborcito —dijo Claudio.

El mayordomo les sirvió otra copa. Antes de beberla continuó hablando Claudio:

—Don Fermín: le rogamos, en nombre de nuestro pueblo, que nos diga: ¿por qué ha hecho usted expedir un decreto ordenando la expropiación de "La Esmeralda" a diez centavos el metro cuadrado?

Aragón se levantó de su asiento.

—¿Qué dices, Claudio? ¡Repite!

—Se ha expedido ese decreto. Los vecinos de San Pedro se van a quedar sin comida.

—¿Cómo sabes que eso es cierto?

—Brañes tiene un amigo en el Ministerio de Fomento.

—Y me atribuyes ese crimen a mí. ¿No saben que la Wisther me acorraló y que no tengo ya ninguna injerencia en la Compañía Apark'ora? Me han dejado unas acciones, pero en lo que hace la Compañía soy tan inocente como ustedes. El dato puede haber sido mal recogido, mal interpretado. El diario oficial no ha publicado ese decreto.

—El decreto existe. Seguro lo ocultarán por un tiempo.

—¡Expropiación! ¡Tú sabes que no se puede expropiar en favor de particulares sino solamente del Estado! Ese decreto sería nulo.

—El que manda sin ley, como este gobierno, ¡qué va a respetar, don Fermín! —dijo don Anatolio—. Es igual a don Lucas; él mata sus indios y nadies le dice nada. El joven éste quería que los sampedrinos quemaran la iglesia y todo el pueblo. ¡Quemar nuestra iglesia, nuestro patrón San Pedro, nuestro altar dorado! Todos los residentes hemos llorado.

—Ya no se les quemará, pero el viento y las lluvias lo derrumbarán en unos años. . .

—Y los viejos que se quedarán, si viven todavía, morirán ya sabiendo que Dios no hay; que usted con la mina hizo saber que Dios no hay para el pobre.

—¡No sucederá eso! Yo regreso a San Pedro; ya no como minero sino como agricultor. Llevaré ganado fino, dos agrónomos, un veterinario. Modernizaremos la agricultura. San Pedro está cerca de las minas. Habrá trabajo. . .

—¿Trabajar para el que nos quita "La Esmeralda"?

—Sí, muchacho. No abandonar San Pedro. No ofuscarse con la rabia.

—Señor Aragón de Peralta —contestó Claudio—. Si usted es inocente nada tiene que temer ni aconsejarnos. San Pedro quedará vacío. Que vayan a defecar allí el Cabrejos y sus ayudantes. Que defequen sobre Dios, por un tiempo.

—¡Así es! Después, del cielo caerá lluvia de candela —dijo don Anatolio—. No al santo pueblo ni al mina, sino aquí, a la Capital que dicen; no tampoco a las barriadas. ¡Allí estamos los pobres! Va quemar edificios de la Wisther, de los que han perdido su ojo. No tiene ojo el que mira la barriada y goza como chancho en bailes, en palacios. . . ¡Usted es distinto, dice! Pero aquí también puede llegar la candela. Hasta su mayordomo inocente se quemará.

—Don Anatolio, ¡entienda! Yo estoy contra la miseria. El Perú tiene riquezas para que todos podamos vivir bien. Yo me voy a San Pedro. Liquidaré indirectamente a don Lucas, al Cisneros, a los Montes, a los Eguiluz. Voy a pagar quince soles de jornal con casa y bastimentos. Los feudales se caerán en unos cuantos años. La

Wisther quizá me haga aniquilar... No le conviene que el indio se haga libre. Pero yo voy a San Pedro.

—No, señor. Usted va a su hacienda "Esperanza". San Pedro está condenada. Y si usted no está ya en condiciones de ayudarnos nos vamos. Le agradecemos por su decisión de volver allá. Desde Lima vamos a luchar contra la Wisther. No hay enemigo pequeño.

—Hazlo, Brañes. Tienes mi apoyo. ¿Me aceptan unos diez mil soles para el club?

—Sí, le aceptamos. Vemos en sus ojos que no está mintiendo. ¡Es la Wisther!

—Que también me ha tragado a mí. Me ha dado la centésima parte de lo que me corresponde. Aquí he de firmar el cheque al portador. ¡Piensen bien en lo que hacen, jóvenes! San Pedro, con la mina, quizás prospere.

—¡Cómo, pues! —replicó don Anatolio—. Sin alimento, sin tierra; tendrían que ir toditos de peones. ¿Cómo, pues; un señor que ha sido va a tirar lampa para el Satanás que le quita su alimento, la pampa que recibió del Dios antiguo y del Jesucristo?

Don Fermín entregó el cheque a Brañes.

—Gracias, señor de Peralta. Y ahora nos vamos.

—¿Podríamos conocer a la señora Matilde? Lindo hablan de ella, señor —dijo el mestizo.

—Sí, Anatolio. Juan, llama a la señora.

Ella estaba ya en el gran hall.

—He oído casi todo, perdónenme ustedes —dijo ingresando al pequeño recibidor.

—¡Linda señora; buena! —exclamó don Anatolio.

Matilde lo abrazó y saludó a los jóvenes. De verdad, sus ojos color de piedra alaymosca acariciaban con hondura. Se la veía feliz, aunque algo inquieta.

—Yo me quedo unos meses más —dijo—. No dejen de visitarme. Puedo ayudarlos en lo que me sea posible. Estos jóvenes son todos unos ciudadanos caballeros; usted, don Anatolio tiene... tiene la voz de las campanitas de San Pedro. ¿Se acuerda? Cuando repican, el pueblo se anima.

—Nuestro fiscal, señora, vive en una barriada; casi no ha entrado a Lima ni quiere. Lo que tiene es el modo de hablar de nuestro San Pedro; la inocencia, el saber, no de los vecinos que ya están malogrados por la miseria, por el orgullo maltratado, sino de los indígenas, aunque él es hijo de mestizo en india.

—Su padre era un gran amansador de potros. Cantaba en la iglesia con voz triste aunque potente. ¡Me acuerdo! Era la misma voz fuerte, gruesa con que dominaba a los potros briosos, pero en la iglesia sonaba triste. Era un hombre tan fuerte como bueno.

—Mejor no me haga padecer, don Fermín. Ese amansador, con sus hijos, que éramos ocho, hablaba del Dios así, triste. No le pegó

nunca a mi mamá, cuando en esos tiempos el mestizo tenía que patear a su mujer. Dios le contenía su corazón. Juelizmente está muerto. Si no, aunque envanamente le hubiera sacado el seso al Cabrejos. ¡Adiós, mamita! ¡Adiós, don Fermín! Cuídese del diablo; creo le está rondando; hay como un turbio en sus ojos. Es la mucha plata.

—¡La gastaremos, Anatolio!

Cuando los tres salieron al jardín, Aragón gritó casi:

—¡Matarán al Cabrejos! Te lo aseguro, Matilde. Sabe mucho pero no conoce bien a la gente de la sierra. ¡Expropiación! ¿Qué dirá el De la Torre? ¿El Brañes, los Bedriñanas, los García...? Terminarán peor que "El Gálico". Lo siento por la señora Adelaida. ¡Se va a morir! Asunta es de temple. ¡No vuelvas allá, Matilde! Empezará la guerra y será brava. Te necesitaré aquí. El ministro y todo el gobierno, a pesar de su cinismo y su poder, pueden tambalearse un poco. Ya son muchas matanzas las que han hecho. Y ésta puede ser de las que la historia recuerda. El Rendón Willka y mi hermano harán no sabemos qué. Pero todo será a mi favor.

—Espera, Fermín. No te vayas tan pronto. Yo me aburro ahora con la "sociedad" de Lima. Es vana, es irresponsable; no son de Lima ni de París ni de Nueva York. Hablan del Perú con menos conocimiento que del Congo. Felizmente tengo a los niños.

—Tú, Matilde, a los niños; yo a mi destino. ¿O quieres que sea como ese rubio director de la compañía, o como tus amigas de las que hablas? Hay que estar frente a la tierra, aquí especialmente, donde el hombre se ha estancado en dos siglos. Yo tengo que precipitar las cosas. Con distintos objetivos y métodos, tres encenderemos la provincia: mi hermano, yo y Rendón Willka. La Wisther pretenderá congelar a la gente. Que trabajen para ella pero que no haya revueltas ni cambios: indio colono significa para el Consorcio indio a bajo precio como peón. Yo también calculaba así las cosas, más o menos. Pero, por fortuna, me arrojaron de la Compañía y me dieron un buen capital. He de agitar dos extremos de fuerza: la nueva industria del pescado y rompiendo la servidumbre en la provincia. ¿Qué piensas de tu hermano?

—Gracias a Dios, el sufrimiento lo hizo honrado, emprendedor y hábil. Nadie le ha dado una oportunidad como tú, ni ideas que lo dirijan. No te traicionará y podrá controlar a todos los accionistas que no tienen otra obsesión que la de enriquecerse lo más pronto. Pero iré a tu lado en pocos meses. Yo me saturé de la "brujería" de los cerros y de los indios. Estaba confundida. Esa gente de la sierra tiene el alma y el corazón llenos de vida, te diría que de fuerzas que llegaron a oprimirme con su peso; en la "sociedad" de Lima no encuentro sino elegancia, vacío, amoralidad. Me hablan, a veces, como si fuera igual que ellas. Dame autorización para auxiliar al club provinciano. ¡Ese Anatolio! Me ha lavado de contaminaciones involuntarias.

—¡El Perú, el Perú, Matilde! Tú lo has tocado en sus dos extremos. "Brujería" y frivolidad aprendida. ¡Que no aprendan en lo externo! Que esto se transforme por los cambios en la raíz. La "brujería" se convertirá en fuerza y hará que la frivolidad sea fina y auténtica.

—Fermín, ¡por Dios! Cuanto más auténtica, la frivolidad está contra Dios. Charlar, chismear, cometer adulterios, jugar con lo que más respeta y debe respetar la mujer, es cosa del ocio millonario. ¡Es contra Dios! Llévame de nuevo donde los "brujos". Y todas las vacaciones haré que mis hijos se contagien de esa "brujería"; porque he advertido síntomas peligrosos en ellos. ¡Ni la madre será ya la madre si siguen por ese camino! Prefiero que sean "brujos" analfabetos.

—¡Que trabajen algo en vacaciones! Yo los haré trabajar en la hacienda, y bien. ¡A mí, un Aragón de Peralta, con porquerías, no! Ya lo viste, aun mi hermano, el lujurioso insaciable, no fue jamás un mequetrefe sino un señor temible y ahora casi adorado. Esa buena mestiza de Santa Cruz, ¿cómo se llama?

—Vicenta.

—Lo ha calmado.

—Porque lo ama. Bruno buscaba un amor demasiado grande. La otra sólo sabía cantar himnos religiosos y echarse como un perro a sus pies. Vicenta me ha dicho que lo trata de tú y le ha dado un hijo que él considera suyo, el primero, porque esa mestiza debe tener un caudal de "brujería", como el de los Lahuaymarcas que me obsequiaron una sola flor, con una reverencia en que no sé qué era más intensa: la ternura, la fuerza extraña que vibraba en el cuerpo del mozo Pumasonk'o o la amenaza que me parece que me lanzaba la montaña, esa tan alta y nevada, en el momento en que recibí la flor. ¡Toda esa "brujería" convertida en amor! ¿Comprendes? Eso busca Bruno, porque él es más "brujo" que sus indios. Yo lo vi en el corredor de su hacienda, frente a ese gran árbol rojo, y en más de un sueño. Habla un poco como los indios. Comparó el color de mis ojos con el de unas piedras que fueron despedazadas por los rayos. Él es "brujo" católico y brujo indígena.

—Por eso es tan cruel y tierno a la vez. Tan gran señor y tan humilde pecador. Esa fuerza debe transformarse en dinámica. Ahora es impotente e impaciente. Apenas la furia ya cabe dentro del pecho de esos hombres. Con una pequeña hacienda empezaremos la obra. Sí, tú me acompañarás. No sé qué has hecho para que los indios te quieran.

—He sufrido. Ellos lo intuyen.

—Sí. Anatolio quiso conocerte. Y... el "Zar". El "Zar" se ha extralimitado esta vez, aunque dicen que es infalible, y da esa impresión cuando se le ve de cerca. Jamás vi un rostro tan altanero a pesar de su inexpresividad. Como todo lo puede en este país, tiene

el semblante de un rey absoluto, de cuello y corbata. ¡Se le ahorcará con la corbata! Lo deseamos los empresarios peruanos modernos y los siervos. Luego los empresarios impondremos en el Perú un orden fecundo, estricto, con resquicios para el ingreso de los hombres de talento. A los comunistas los aniquilaremos físicamente. La igualdad que pretenden significa la paralización de la empresa, es decir, de la superación humana que únicamente la competencia estimula. Rusia es un país de siervos con corbata y cuello.

—No alcanza tan lejos mi entendimiento. Soy tu esposa. Los indios "brujos" sienten, porque son brujos, las huellas que dejó en mí el sufrimiento. ¿Sabes, Fermín, cuál es la huella más notable?

—Sí. La piedad que yo no sé sentir ni la necesito.

Don Anatolio conocía la desigualdad del piso de las calles de la "aristocrática" barriada Ramón Castilla. Tenía un buen lote en la parte alta del cerro. Barriada "moderna", se formó sin la hostilidad implacablemente agresiva de los hacendados. La hostilidad fue indirecta. Les lanzaron, cierta vez, una tropa de mulas, y para proteger a las mulas que eran espantadas a gritos y pedradas por los "invasores" del cerro sin dueño, la policía repartió varazos, golpes de sable y gases lacrimógenos entre los habitantes irritados de la naciente barriada. Dejaron heridas a varias mujeres y mataron muchos perros.

¿Cómo cada familia, tan miserable, podía criar hasta más de dos perros en cada choza? Quizá doscientos perros se lanzaron sobre los guardias de asalto y la caballería. Enviaron poca tropa para defender a las mulas que luego dijeron que pertenecían a la remonta del ejército. Dispararon sobre los perros y sobre las cabezas de la multitud, especialmente de las mujeres que competían con los perros en "inconsciente temeridad", como informó el oficial. Ellas gritaban más rabiosamente que los perros y llegaban a prenderse de los estribos de los guardias civiles montados. Los gendarmes las golpeaban a planazos, hacían saltar a los caballos sobre el cuerpo de las mujeres o arrastrándolas.

—¡Mata, mierda!

—¡Mata, "pincha-sapo"!

—¡Mata, no más, anti-cristo!

Gritaban crispadas, resueltas a morir con el cuerpo al descubierto, sin más armas que los dientes con que mordían el arnés de los caballos o las botas de los guardias. Cuando lograban prenderse de las bridas de algún caballo sus manos alcanzaban a tener la insensibilidad y la fuerza del acero. Disparaban los guardias, y las balas les infundían más coraje. Las herían en los dedos con la punta del sable, las arrastraban como a muñecos. Los perros reconocían a

sus dueños y asaltaban en tropa a los caballos. Los cuerpos de las mujeres eran zarandeados en el aire y por los suelos. Caían únicamente ahogadas por los gases o con las manos destrozadas por el filo de los sables, mientras sus perros se revolcaban heridos de muerte o seguían atacando si el balazo no había sido mortal. Cuando las mujeres se veían ensangrentadas, con los dedos desollados o quebrados, volvían a atacar, gritando en quechua o en castellano:

—¡Hijos del viento! ¡Sangre de culebras!

—¡Vengan no más, sarnas, excremento de. . .! —y pronunciaban el nombre del presidente.

Chocaban sus cuerpos con el de los caballos, para caer nuevamente. Ya no podían ni morder ni prenderse de los estribos. Los perros recibían balazos en la boca; o con las piernas rotas, seguían ladrando, dando vueltas alrededor de los jinetes.

Esa vez de las mulas, un oficial hizo detener el fuego cuando comprobó que nada amedrentaba a las mujeres. En un caballo alazán lustroso y gigante galopó hacia el campo donde las mujeres habían rodeado a la escasa caballería.

—¡Alto! —ordenó—. ¡Alto!

Los guardias detuvieron a los caballos; los perros siguieron ladrando y las mujeres que habían logrado prenderse de algún jinete no lo soltaron.

—¿No hay un hombre para hablar? —preguntó el oficial.

—No son, pues, ociosos. No han sido contratados para matar mujeres como usté —contestó una negra flaca—. ¡Entiéndase conmigo!

—Allá hay algunos. Han estado arrojando piedras.

—Y. . . ¿se van a calentar los güevos mientras usté hace matar a las mujeres qui'hay sin ofender a nadies? ¿Qué quieren?

—Bueno, negra. Retírense tranquilas. Nos llevamos las mulas de la remonta.

—¡Las mulas! ¿Dónde'etán? Usté mata perros, hace apaliar cristianos por mulas. ¿Dónde'etán las mulas?

—S'han ido a meterse en el culo de tu presidente. ¡Váyase, usté también!

—Supaypa akask'an k'anra. ¡Ripuy! Mulaykik'a cristianum, k'ansi mula kanki —le gritó una chola, sacudiendo la cabeza de un caballo por las bridas que tenía encarnizadamente agarradas—. (Excretado por el demonio. ¡Vete! Tu mula es cristiana; eres tú la verdadera mula.)

El oficial sabía quechua.

—¡Gases! ¡Échenle los caballos! —ordenó.

Él mismo lanzó varias bombas.

Tres hombres y cinco muchachos quedaron heridos de sable, porque los pocos varones que a esa hora estaban en las casas, arrancaron los delgados maderos del techo de sus chozas y atacaron con

ellos a la tropa. A un guardia le rompieron la pierna; a dos caballos los atontaron. Pero la guardia de asalto avanzó, enmascarada, e inundó con gases la desigual ladera orillada de chozas en que se produjo la lucha.

Las mujeres, los perros y los hombres quedaron ciegos, mareados, lagrimeando impotentes. La caballería y los guardias los dejaron así; no rendidos sino inermes. La tropa de mulas ya no se veía. Fue arreada cuidadosamente por varios peones que las vigilaban. No eran ya de la remonta del ejército; habían sido dadas de baja e iban a salir a remate.

Al anochecer, cuando llegaron los hombres que trabajaban en la ciudad, encontraron decenas de perros muertos en las "calles". Las mujeres seguían con los ojos hinchados y enrojecidos. Pero la magra comida estaba hecha. Sólo muchos niños seguían llorando en los rincones sin poder calmarse. Los padres los levantaron en sus brazos, y entonces lloraron más, desahogándose, estrechando con sus brazos pequeños el cuello de los hombres cansados. El sol desaparecía entre la neblina sucia, pero aun así, un resplandor débil se reflejaba sobre las rocas de la cima de la montaña en cuyas faldas áridas, jamás pobladas, se formaba un barrio de negros, mulatos, indios, mestizos y de señores serranos empobrecidos. Ya era un gran barrio cuando don Anatolio bajaba por la calle principal para asistir a la asamblea del Club de San Pedro.

La mayor parte de las casas de Ramón Castilla eran de ladrillos, especialmente en la parte baja, que fue el núcleo inicial de la barriada. Don Felipe Rodríguez Saldívar, un mestizo de Huancaray, vivía aún en una choza, pero ésta aparecía como amurallada por un cerco de ladrillos con base de cemento: el muro era de la "pretenciosa" casa que había empezado a construir hacía varios años; levantaba unos pocos metros cada año. "La techará dentro de cinco o diez, pero seguro que la techa", comentaban sus vecinos.

A oscuras caminaba don Anatolio; la "aristocrática" barriada aún no tenía luz ni agua. La calle principal estaba iluminada a trechos por las lámparas de las tiendas, cantinas y clubes. Porque en Ramón Castilla predominaban emigrados de Huancavelica y Apurímac. Celebraban sus fiestas patronales o "sociales" en canchones limpios y bien alumbrados con lámparas de gas. Don Anatolio no faltaba nunca a esas fiestas. Bailaba huaynos y recordaba las canciones de su pueblo. El año del conflicto entre la Wisther y San Pedro fue elegido en las urnas de la barriada, vocal. Cada habitante de la barriada tenía su libreta electoral, y estaba gobernada por un *presidente*.

"Yo soy vocal aquí y fiscal en mi club; para eso tengo veinte años en Lima", iba pensando don Anatolio.

Ramón Castilla era considerada "aristocrática" por los psicólogos sociales y etnólogos que empezaron a estudiar las barriadas, porque

cada vecino tenía lotes dos y tres veces más grandes que en las otras. No era como la primera que se formó en Lima, en el cerro San Cosme, donde la densidad de la población era asfixiante, ni como otras posteriores, más próximas al centro de la ciudad en que los lotes fueron reducidos también al mínimo, como para dos cuartos pequeños y un corralito. Ésas, que tampoco tenían luz ni agua, apestaban mucho. Su fetidez se sentía desde lejos. "Leoncio Prado" estaba cruzada por un acueducto de hacienda, y olía mal. Echaban al agua todo desperdicio, y como el agua corría lenta, los desperdicios mezclados se descomponían; de la acequia se elevaba y esparcía bajo la neblina del invierno o el sol terrible y húmedo del verano, un hedor denso que enfermaba a los niños.

"Viven como bestias, luego son bestias", afirmaban los señores que olían desde lejos las barriadas.

Don Anatolio caminaba contento por la ancha calle, y siempre reflexionando:

"He visto formarse cien barriadas, creo. Los señores también han hecho sus barrios nuevos que parecen gloria, por sus flores que tienen y sus árboles que crecen. En las barriadas perros no más podemos criar; una flor, una clavelina siquiera nadies tiene. Nadies tiene agua; felizmente esta calle no apesta. Los señores se han ido a vivir lejos. Nosotros estamos apretando como fleje el centro donde los señores tienen sus negocios, sus oficinas. ¡Como fleje a un barril de cañazo! Yo estoy pensando: el fleje es fierro, el barril es de tabla. Le voy a decir así al presidente del barriada. ¡Caray! «De un solo grano de trigo nacimos. ¿Dónde estás, triste adorada?» ¡Caray! dulce y triste es el canto! Triste, pues, siempre, como el vida del pobre. Por eso será que nenguno de èsos bailes que dicen «afros» es cierto. Los mozos como cabras se levantan bailando, como moñicos se tuercen. ¡Por gusto! No sabiendo, no entendiendo lo qu'es extrangüero. Moñicos; y un buen parte no saben ya huayno qu'es di'uno; triste o alegre. «Cóndor, porque te ves las patas con piel dura — Botas tengo dices — Inginiero soy, dices»." Canturreaba y hablaba ya en voz alta, don Anatolio.

Subió a un ómnibus destartalado, de barriada, sin vidrios en las ventanillas, lento. Se bajó a diez cuadras del local del colegio donde los sampedrinos se reunían. Llegó en una hora y media desde su barriada.

La concurrencia se había triplicado. El salón de clases estaba lleno. Las primeras reuniones se realizaron en un pequeño hall.

—Se abre la sesión —dijo Claudio desde la mesa del profesor. Brañes, don Anatolio y dos jóvenes más ocuparon sillas a uno y otro lado de Claudio—. Informes; no tenemos despacho —continuó el presidente—. ¡El compañero Brañes!

—Se han inscrito en el club, pagando sus cuotas respectivas,

sesenta nuevos socios. Aquí han venido esta noche la mayoría. El señor Fermín Aragón de Peralta ha donado diez mil soles...

—¿Por qué? —preguntó con enojo un joven desde el centro de la sala.

Claudio se puso de pie y dio cuenta de la entrevista.

—¡Es mentira! —dijo el mismo joven—. Aragón es un zorro conocido. Se comerá el pueblo con la boca de la Wisther.

—¿Conoces al "Zar"? —le preguntó Claudio.

—¿Qué "Zar"?

Brañes dijo el apellido del "Zar"; citó los grandes negocios que controlaba y que casi todos los asistentes conocían.

—Soy empleado de uno de sus bancos —dijo—. Aragón de Peralta ha sido tragado por él como una píldora. Si Aragón es zorro, este otro es un tiburón que puede tragarse a mil zorros como Aragón de un solo bocado. Aragón está en nuestra fila por intereses diferentes...

—Aragón. ¡Nunca!

—¿Qué está haciendo en contra? Una mina ha encontrado; ese tiburón le ha quitado —dijo don Anatolio, sin levantarse.

—¿Quitado? Comprado con millones. Aragón nos desprecia como a piojos —respondió otro joven que estaba sentado junto al anterior—. Yo acuso a la directiva de sobornados. ¡Rechazo los diez mil soles!

—¡Que no se hable por consigna aquí! —gritó Claudio—. Usted es comunista. Aragón odia a los comunistas y dicen que ha hablado en favor de los apristas. ¡No me interrumpas, Bedriñana! Ya contestarás. Apristas, comunistas, independientes, derechistas católicos, ignorantes otros de toda lucha política, señoritas que tienen temor a esas luchas, estamos aquí reunidos para defender a nuestro pueblo. ¿Usted quiere la expropiación de "La Esmeralda"?

—Eso demostraría la inmisericordia del imperialismo y de su agente mayor en el Perú. "La Esmeralda" es un mendrugo. Por eso estamos aquí. Aragón ha entregado no sólo la mina; ha entregado el pueblo entero a la Wisther, pero por muchos millones. Ahora nos envía diez mil soles. Y él irá con ganado suizo y técnicos a la hacienda. ¡Pobre diablo! La Wisther lo volverá a aplastar.

—Con la ayuda de usted, "camarada".

—Yo no soy enemigo de la nueva empresa de Aragón. Por el contrario. Es temeraria y demuestra que ese zorro ya no es un esclavo de la Wisther. Si tuviera éxito, los feudales se vendrían al suelo en la provincia.

—Y usted lo combate.

—No. Debemos luchar en el mismo sentido, pero no aparecer junto a él ni trabajar con el dinero de ese carnicero.

—¡Silencio, animal! —exclamó don Anatolio, parándose—. Ostí trae a la familia de San Pedro veneno feo del moscovita, para asus-

tar creo a las señoritas, para hacernos peliar. Soborno, diciendo su compinche. ¡Animal, hijo de veneno! ¿Dónde en mi cara hay marca de ladronería? ¿Dónde? Don Fermín está más que ostí en contra de la Wisther. De su voluntad hemos recibido cheque, para defensa de San Pedro. ¿Qué ostí quiere, a ver?

—No sabía que don Anatolio fue de la comisión. . .

—¿Es decir, que Claudio y yo sí somos ladrones?

—Son apolíticos, neutros, no tienen orientación fija. Pueden ser engañados. Don Anatolio tiene la intuición del pueblo, del proletario y del indígena. Levanto el cargo de soborno, insisto en la devolución del dinero al patrón de "La Esperanza". Pido que se nombre una comisión que vaya a hablar con el ministro, y que todos los que podamos volvamos por un mes a San Pedro, a levantar el ánimo a los vecinos y convencer a los comuneros que los auxilien a resistir. Y formaremos la avanzada en la lucha por nuestra tierra. Acepto que no se haga política en el club, pero debe escucharse a los que tienen experiencia en la lucha.

Hubo un instante de silencio.

"Éste es de veras animal. Por salir primero al frente, dice lo contrario de las instrucciones", pensaba con angustia un hombre picado de viruela, de cara ancha, casi deforme.

—Pido la palabra —dijo.

"Otro comunista", advirtió Claudio a don Anatolio en voz bajísima.

—¿Por qué no vamos a echar mano de la plata del gamonal-minero en favor del pueblo? —dijo el hombre de cara ancha—. ¡Diez mil! Claudio ha debido, quizá, en ese momento del ofrecimiento, aumentar la suma. Aragón hubiera aceptado con gusto la idea. Veinte mil no es nada para él y para nosotros es bastante. No sé si Brañes sabe que han ocultado el decreto de expropiación. El ministro va a negar. Tengo noticia también de que van a secar el río para la hidroeléctrica. Eso perjudicaría a Bruno Aragón y al mismo Fermín puede secarle los alfalfares. Depende de dónde parte la boca-toma. Hay que prepararse, queridos paisanos, para recibir a los sampedrinos que van a llegar en masa a Lima. "La Esmeralda" se la va a llevar la mina, pero que no sea como si sus dueños no tuvieran dignidad ni valentía de hombres. ¡Yo voy a San Pedro! Y que allí, sobre el maizal donde hey cantado de muchacho, de peón, no de dueño, que me maten. Que mi sangre y mis huesos queden en nuestra pampa madre que alimentó a los indios antes de la llegada de los españoles y a los vecinos, ricos primero, pobres ahora, desde la Colonia. ¿Quiénes quieren morir como yo en esa pampa madre antes de que la cubra la escoria de la mina?

—¡Yo, hermanito Fortunato Huamán! —dijo, casi ahogándose, don Anatolio.

—¡Yo!

—¡Yo!

—¡Yo también!

Hombres y mujeres gritaron en coro.

—¿Ven? —dijo un hombre ya maduro, luego del silencio solemne que siguió al coro—. Así son los comunistas; ni entre ellos se entienden. Los primeros que hablaron son loros moscovitas. Fortunato Huamán es, aunque medio criminal, sampedrino legítimo.

—Medio criminal porque no acabé de romperle la calavera a tu padre que era el lameculo del subprefecto. ¿No?

—¡No se muevan! —ordenó alguien desde la puerta.

Claudio y Brañes los habían visto entrar, cuando Huamán contestaba; se quedaron asombrados. Don Anatolio comprendió.

Diez hombres vestidos de civil apuntaron con sus pistolas toda la sala.

—¡Cuidado con gritar, sampedrinas! Son los amiguitos del "Zar" y del presidente —advirtió Brañes.

—Todos presos. Las mujeres también. ¡Ya; desfilando! —ordenó el que parecía ser jefe de los diez.

—Los comunistas nos han vendido —voceó el hombre medio maduro.

—Los comunistas no fueron donde Aragón, como tú. Tú fuiste a pedir limosna, y no para el club.

El acusador de los "moscovitas" dio un salto adelante, y en ese momento se oyó un disparo.

—Si otro se mueve tiro al bulto —dijo el que comandaba a los policías—. ¡A desfilar!

Empezaron a salir, callados, los sampedrinos, por la estrecha puerta. Las pocas muchachas se mantuvieron tranquilas. Cuando la primera traspuso la puerta, don Anatolio dijo en voz alta:

—A mí, matar, pues. ¡Matar, so carajo "soplón", cacana!

—¡No dispares! —ordenó el oficial cuando ya un guardia iba a apretar el gatillo.

—¡Maricón! ¡No dispares! A don Anatolio Tincopa, de San Pedro de Lahuaymarca, asesino con su pistolita, le tiene miedo. ¡Qué sería si. . .!

No pudo seguir hablando. Lo amordazaron entre tres y luego empezaron a molerlo a patadas en el suelo.

—¡Desfilando! —gritaban pistola en mano los otros guardias. Se detuvieron las mujeres; vieron que a don Anatolio lo volteaban a patadas y empezaron a chillar.

—¡Bestias! ¡Criminales!

—¡A un inocente!

—¡A un triste!

—¡Bestias!

Las amordazaron también.

—No las golpeen —ordenó el oficial, porque un guardia bañó en sangre a una chica, dándole un golpe de puño en la nariz.

—Todos eran comunistas, Fermín —le explicaba el senador a Aragón de Peralta en una oficina del Parlamento.

—¡Cien comunistas! Después de la expropiación tendremos aquí mil, de un solo pequeño pueblo. ¿Cree usted sinceramente que esas jovencitas son comunistas?

—Y, ¿qué otra cosa han de hacer si insultaban al presidente y al "Zar"?

—Yo también insulto al "Zar". No tiene un lugar fijo ni en el cielo ni en la tierra.

—¿Qué dices? Es el consejero más importante de nuestro premier que ha hecho el milagro de detener la baja de nuestra moneda. Tú eres patriota de una provincia, quizá de un departamento, el "Zar" abarca las tres regiones del Perú.

—Lo sé. Las abarca para sus empresas. El Perú es para él y sus consejeros un campo de negocios, más garantizado cuanto más primitivo. Usted defiende a Cisneros y a don Lucas; esos dos monstruos defienden al presidente. Y a nadie se les odia más en la provincia.

—Fermín: creo que de veras, ustedes, los Aragón de Peralta, se están contagiando de moscovismo. ¡Cuidado!

—Yo tengo ahora más millones que usted; soy socio del "Zar". No ha podido echarme de la Compañía Aparcora; voy a industrializar mi hacienda. Odio a los comunistas y ellos a mí. Mi hermano gasta el dinero que le producen sus siervos en atender al culto, en reparar iglesias; su hacienda es un convento. Pero no puede tolerar al carnicero Cisneros que mata indios.

—Mata indios, cuando tiene razón, conviene. . .

—Un católico no puede aceptar ese principio. Usted, senador, sí parece ser un agente comunista, aunque inconsciente, eficaz e inmejorable. ¡Que maten indios inocentes en lugar de fomentar una política que los convierta en ciudadanos activos que producen y consumen. ¡Abofetear niñas que se reúnan en Lima por amor a su pueblo! Avivar así el odio al presidente, al "Zar", al senador, a todos los hombres de empresa. . .

—Hablas, Fermín, como los intelectuales a quienes todavía no hemos podido meter en el Frontón o en el Sexto, porque, como tú y Bruno, son de apellido o están protegidos por otros de apellido.

—Bien, señor. He perdido el tiempo con usted, aunque no del todo. Siga protegiendo a Cisneros, a don Lucas y a Montes, y eche todo el peso de su influencia contra mí. . .

—¡Te he defendido! Tú les diste diez mil soles a los comunistas de San Pedro residentes en Lima, comunistas todos.

—Serán comunistas para usted. ¿Qué haría usted si un usurpador todopoderoso le quitara su senaduría y, además, su casa, su hacienda, su automóvil y hasta su ropa?

—Nadie se atrevería.

—A los miserables vecinos de San Pedro, descendientes de españoles puros, les quitarán esa pequeña pero fecunda pampa de maíz que es lo único que les da para alimentarse. Contra usted nadie se atrevería ahora; lo harán después, si ustedes no cambian de política.

—Y tú los ayudarás.

—A darles trabajo, a disminuir el descontento, como mi hermano lo hace, de modo un poco loco. Cisneros en cambio alimenta el odio.

—El odio de los indios sarnosos no me importa, Fermín, y menos el tuyo. Les seguiré asentando la mano. Cisneros es mi amigo, da a los indios el trato que se merecen. No tengo por qué ser "político" contigo. ¡Cuídate! Y que se cuide más tu hermano. La cárcel para cualquiera de los dos, además de infamante, sería insufrible. Allí los presos comunes ultrajan a los señores con saña especial.

Aragón de Peralta guardó silencio; quedó como sin lengua.

—¿Te asustas, no? —le preguntó, como para despertarlo, el senador.

Aragón miró fríamente a ese compadre espiritual, a ese "amigo querido" que había sido de su padre.

—Sí, amigo —contestó—. Es miedo por el Perú y por el gran sepulcro que ustedes están cavando como locos para un cuerpo más grande que cualquier sepultura. Pero la fosa quizá sea utilizada. No temo a la cárcel ni a los violadores de hombres que allí capitanean y con los que usted nos amenaza. A Cisneros lo ha castigado un alcalde indio. Lo hizo azotar desnudándolo en la plaza del pueblo. Medite en eso. ¡Y adiós!

—Que te vaya bien. Tú también medita.

El senador llamó al "Zar" desde el Parlamento, y en seguida.

—Mal hecho, senador —oyó la voz incolora del rey—. Fermín de Peralta es un hombre de empresa, más anticomunista que usted; pero le sobran audacia e impaciencia. Espere siempre mi "consejo". No dé instrucciones contra él, amigo senador. El apresamiento de los asambleístas sí fue oportuno. Todos quedarán a resguardo hasta que se cumpla la expropiación. Y gracias, senador.

—Gracias a usted. Como siempre, seguiré atento a sus indicaciones.

—Adiós.

—Adiós.

El viejo hacendado se levantó de hombros.

"El «Zar» sabe. Pero ya lo asusté, pues, al Fermín, o mejor dicho, lo enfurecí. Estos Aragón de Peralta son malditos, de uno u otro modo. Le escribiré a Bruno una carta amable, unas líneas; ya con el

otro no puedo reconciliarme por el momento. Escribiré también a Cisneros. Que se modere con los Aragón y que apriete a los indios. Que hable con Lucas. Esa zona de los Aragón de Peralta es la única revuelta. Son, pues, malditos. El viejo mismo mataba bandoleros; a los que los guardias no podían alcanzar, él los cazaba. Para mí, para mí, los dos ayudan a los comunistas. Todos me lo dicen. Yo, viejo zorro, también lo huelo. Y me ha amenazado, aunque con respeto. Después de que le quité la respiración."

El anciano aristócrata provinciano salió sonriente de su oficina. "Le quité la respiración, al más trejo, ji, ji, ji."

—De buen humor estamos —le dijo otro viejo senador, pero "cholo" hacendado, que había logrado hacerse elegir durante cuarenta años; excepto un período trunco—. ¿Qué tal la faena?

—Buena, don Salustio.

—¡Hay que apretar a grandes y chicos! Los grandes requieren de otro tipo de tenaza. A los poblanos, con cualquiera.

—Así es. Ahora lo comprendo mejor.

—Ya ve usted. Yo estoy tranquilo, sin tener el gran apellido de usted.

—¡Qué gracia! Yo manejo un departamento con quinientos mil indios.

—Más fácil, mi señor; más fácil.

—Los mestizos sí que son fregados.

—Es que saben. Esos quinientos mil ya no están dormidos. Quieren despertar. Mestizos, señores, indios leídos, los pinchan.

—¡Ah! Está usted en "carrera". Oiga al "Zar" y sígame a mí. Dan miedo los indios, le digo, cuando empiezan a moverse. No les importa morir.

—En cambio los mestizos, aunque habladores, cuidan su pellejo.

—Tiene usted razón, senador. Por eso, oiga al "Zar". Él todo lo prevé; todo lo arregla.

CAPÍTULO XI

Los vecinos de San Pedro recibieron una notificación del juez en lo civil de la provincia. El propio magistrado y el subprefecto visitarían la villa para transcribirles una disposición importante del gobierno.

No hacía muchos días que habían contemplado, casi sin comprender bien el espectáculo, el desfile de inmensos camiones que transportaban máquinas de diferentes clases, pintadas de amarillo, y piezas y piezas de acero. Encabezaba el desfile una flota que cargaba una máquina que ya conocían: pequeños bulldózeres, especie de camiones con pies de cadenas y un hocico como de chancho, pero largo, hendido y con filo. Empujaba piedras gigantes, montículos de tierra, aplanaba el suelo con fuerza de infierno.

¡Y don Fermín no aparecía! ¿Cómo don Fermín no encabezó este desfile entre macabro y triunfal, tan parecido a la propia alma del minero? En cambio se supo que el ingeniero Cabrejos se había instalado en la casa residencial de la mina, y que su departamento anterior, y el que estuvo vacío, fueron ocupados por tres ingenieros nuevos, todos jóvenes.

Los vecinos miserables y los alcaldes indios contemplaron el paso de las máquinas, temerosos, como si todo hubiera ocurrido de noche. Porque supieron que más de ochenta sampedrinos residentes en la Capital habían sido apresados, incluso señoritas. Y no se decidían, muchos padres de familia, entre la angustia de ir a Lima gastando lo último que les quedaba o vendiendo la vaquita o el caballito que ya era lo único que tenían y la expectativa de la notificación del juez. El alcalde Ricardo de la Torre decidió llamar a cabildo.

Asistieron pocos y a desgano. Doña Adelaida y Asunta fueron juntas. Los cinco alcaldes de Lahuaymarca ocuparon sus sitios, muy cerca de la mesa del alcalde de los vecinos, desde temprano.

El alcalde esperó casi una hora a que llegaran más vecinos. No venían. El pueblo estaba como calcinado por el cielo; la torre blanca, tan feliz siempre, se le presentaba al alcalde como un monumento ciego, sin alma, de cal apagada. Los arbolitos jugaban con el aire,

deshojados por los niños, con sus brazos heridos o delgados en esa inmensa plaza que merecía un eucalipto señorial o una fila de sauces. El cielo limpio hacía resaltar el vuelo de varios gavilanes que bajaban hasta la cúpula de la torre y volvían a subir, como si buscaran algo y nada encontraran. La montaña sagrada de los indios, el "Apukintu", ya rala de flores de kantuta en sus faldas, aparecía moteada de espacios negros, de vacíos donde la yerba había sido aniquilada, y de piedras que se mostraban algo iracundas, ahora que las rojas flores no las cubrían ya con su esplendor.

Los alcaldes indios esperaban de pie, indiferentes.

—Se abre el cabildo —dijo don Ricardo de la Torre, mirando algo miedoso a doña Adelaida.

—¿Qué se discute? —preguntó uno de los vecinos—. Somos pocos. Veinte en total, sin contar a los varayok'.

—Señores vecinos, alcaldes de Lahuaymarca: en Lima han apresado a cien hijos de San Pedro, de todas las castas. ¿Por qué? Hemos recibido una notificación del juez anunciando su visita a la villa en compañía del subprefecto. ¿Por qué, señores vecinos?

Anto ocupaba, por primera vez, un asiento en el cabildo. Día domingo, había subido al pueblo a oír misa y a hacer unas compras. Se había casado con una mestiza aindiada, bastante mayor que él, famosa por honrada, por fea y trabajadora. Ella no se atrevió a ingresar al cabildo. Desde el suelo de la plaza, con la cabeza apoyada en la base de piedra de una de las columnas, oía al alcalde. Su marido no estaba cerca de ella. Y podía ver su actitud seria, corriente, de vecino, como si siempre hubiera estado allí en todos los cabildos. Anto tenía su casa, sus bueyes, dos perros y una mujer que trabajaba más que él mismo. Había ascendido a la categoría de vecino próspero. Los dos hermanos Aragón de Peralta cumplieron con darle lo que le habían ofrecido.

La pregunta del alcalde quedó largo rato sin contestación.

Anto se levantó.

—Su licencia, señor —dijo.

Los veinte vecinos lo contemplaron sorprendidos. Doña Adelaida, a pesar suyo, se sintió algo ofendida; dirigió al nuevo vecino una mirada despectiva, como a algo que apestara; en cambio la señorita Asunta sonrió. Todos vieron con extrañeza esa sonrisa de halago.

—El señor vecino Antonino Yauri Policarpo puede hablar.

"El señor vecino. . .", Filiberta, la mujer de Anto, apretó su cabeza contra la piedra esculpida.

—Va haber desgracia, señor alcalde —dijo Anto—. ¿Ve usted al padre "Apukintu"? Está distinto. La mina nos va quitar los maizalitos de "La Esperanza". Yo voy morir en mi chacra. Tengo revólver. No hay hijos de mí, juelizmente.

—¿Qué? ¿Cómo sabes eso, cholo? —preguntó doña Adelaida, apoyándose en su bastón con puño de oro.

—Tú también, señora, vas morir, porque eres viejita ya. No vas aguantar desgracia. Gobierno dictando decreto, dice, para que vendamos maizal a minas en diez centavos. Subprefecto vendrá con soldados a hacer complir. ¿Adónde vas a ir, don Ricardo? ¿Adónde, don Brañes, que has sido alcahuete de minas? A don "Gálico" ha matado el padre "Apukintu" en Kacharpariy pata. Ya hemos enterrado.

—¿De dónde sabes, indio? —gritó doña Adelaida, nuevamente.

Anto no le dirigió la mirada.

—Vas morir, señora —dijo—. San Pedro va morir; arbolito va secar, torre va caer. Lahuaymarca, en las alturas solo quedará, padrecito alcalde Maywa.

—¡Es cierto! —gritó Brañes—. ¡Es cierto! El gobierno ha dictado un decreto de expropiación.

—¡Cierto! —dijo con voz solemne don Felipe Maywa, alcalde del común.

—¿Cómo sabes, indio? —volvió a preguntar doña Adelaida, dirigiéndose al varayok'—. Expropiación en favor de particulares no hay.

—Para gobiernos de ahora, hay, señora*cha* —contestó Maywa, dando a la última palabra la tiernísima terminación quechua.

Brañes saltó en ese momento del corredor a la plaza: "¡Soy Judas, maldito! ¡Soy Judas, maldito!", iba gritando.

—¡No se desbanden! ¡Calma! —dijo don Ricardo. Palideció, se quedó como sin sangre—. Regidor "campo", anda, toca a rebato, las tres campanas —ordenó.

—¡Anda! —confirmó la orden don Felipe.

Esperaron en silencio los pocos vecinos que asistieron al cabildo. El sol brillante empezaba ya a caer sobre las bancas y sillas vacías del corredor, y los arbolitos y el viento. Los gavilanes seguían balanceándose en el cielo; se elevaban y descendían hasta los basurales del pueblo. En el silencio que el sol y el mal presagio imponían, las alas de los gavilanes vibraban en el oído de la gente, cortaban el tranquilo espacio.

Las campanas empezaron a alocarse en ese silencio. Tocadas desordenadamente, alarmaron a viejos, niños y mujeres. Creyeron que algún demente se había atrevido a subir a la torre, y salieron por curiosidad o indignados, y fueron acercándose a la plaza. La voz mezclada, sin concierto, de las campanas, se compuso. Empezó a golpear la más grave, agitadamente, llamando a peligro; luego la mediana, y finalmente la más delgada y cristalina, la que daba el tono más triste cuando se doblaba por los muertos. Y concluyeron por hablar las tres. Su canto hizo elevarse muy alto a los gavilanes; sacudió las casas, la tierra, la superficie quemada de flores del "Apukintu"; el pueblo ruinoso se animó como si fuera a empezar una sangrienta corrida de toros o una lucha con bandoleros armados que hacía decenas de años que habían desaparecido. La montaña sagrada, ya más oscura que roja, se acercó a los ojos de los cabildantes. Y

la pobre multitud llegó al corredor del municipio; todos: hombres, mujeres y niños. Guadalupe, que no salía desde el suicidio de su marido, se aproximó, vestida de negro, hasta los pilares. "¿Qué sucede, señora? ¿Qué sucede?", le preguntó a Filiberta, en quechua. Sus ojos se habían hundido más, llevaba una manta negra sobre la cabeza y no el sombrero de paja. Sus ojos alcanzaban distancias enormes, retrataban las montañas más lejanas. Filiberta la contempló; no estaba enervada por el temor ni la alarma. "¡Ay, tan delgada, tan triste y tan bella! —le dijo en quechua—. Vamos a morir, dicen todos. La mina nos va quitar «La Esmeralda»".

—¿Morir? —dijo la viuda—. ¿Morir, peleando? Gracias al cielo.

Y en sus tiernos ojos profundos se encendió una llama inesperada.

—¡Así, señoracha! —le gritó, casi, Filiberta—. ¡Vente con nosotros! ¡Pelearemos!

—¡Sí, Filiberta! Mi padre vendió la mina y es cobarde.

—¡Señores! —se oyó la voz de don Ricardo, en ese momento, como si no fuera la de un viejo—. ¡Señores! El gobierno ha dictado un decreto mandando expropiar "La Esmeralda" en favor de la mina. ¡Ésa es la notificación que nos traerán el subprefecto y el juez! ¡Diez centavos por metro cuadrado! Yo estoy dispuesto a morir antes de entregar lo poco que tengo. ¡Ni esclavo de la mina ni fugitivo de mi pueblo! ¿Qué vale San Pedro sin "La Esmeralda"?

—Esperen, señores —gritó doña Adelaida—. Esa noticia la han dado el cholo Anto, el indio alcalde Maywa y Brañes. ¿Cómo sabemos si es cierto?

—¿No ha visto, señora, huir a Brañes como un condenado? Su hijo, que está preso, era secretario de defensa del Club de Sampedrinos de Lima. Él tiene que haberle dado la noticia.

—¡Demetrio Rendón Willka, sabe! Administrador de "La Providencia" —dijo Anto.

—Demetrio Rendón Willka, sabe. Hijos de Lahuaymarca; amigos de Lima le han avisado —repitió el mayor alcalde don Felipe Maywa.

—Pero a ustedes, indios, no les importa. Ustedes no tienen tierras en "La Esmeralda".

—¡Era de indios lahuaymarcas todo, todo, señora! Bajaremos a defender. Aquí estamos, señora. ¿Por qué estamos aquí, en cabildo, encabezando junto con el señor alcalde? Respeto, señora —contestó Maywa, sin mirar a la anciana.

Guadalupe se apoyó en Filiberta y subió al corredor. Alcanzó a apoyar los pies en una de las piedras del borde.

—Mi padre, que Dios le perdone, se vendió también a Cabrejos —dijo, sofrenando el ardor que le quemaba de la cabeza hasta las manos—. Mi difunto marido traicionó a San Pedro. Pero no sabían que Cabrejos preparaba la venta del pueblo a la mina. ¡Juro que no lo sabían! ¡Son inocentes! Fabricio se hizo volar los sesos en el Andén de las Despedidas, no por traidor, sino por desventurado. Nues-

tro Señor lo marcó. Él sabrá por qué. No hay Judas ahora en San Pedro. Que venga el juez, que venga la tropa. La expropiación no vale. "La Esmeralda" era de los indios lahuaymarcas. ¡Dios nos la dio! ¡Sólo Dios nos la puede quitar! Yo propongo que vaya el alcalde a notificar esta decisión del pueblo al subprefecto. ¿Quién ha de ser aquí una gallina para no defender su casa y su alimento? ¡Que nos maten a balazos!

—¡Viva!

—¡Viva!

—¡Que vaya el alcalde!

Don Felipe levantó la cruz de su vara, y la asamblea guardó silencio.

—Alcalde del Común de San Pedro también irá —dijo.

—¡Viva el Común, carajo! —gritó uno.

—¡Ahora mismo, ahora mismo!

Le trajeron su caballo bien aperado a don Ricardo.

El pueblo lo siguió hasta el Andén de las Despedidas. El sacristán corrió a la torre. Tocó en las campanas el tono de las despedidas a los ilustres: el obispo, el subprefecto, el diputado. Ya en el Kacharpariy pata, el alcalde "campo" sacó de debajo de su poncho un caracol lustroso, inmenso, y tocó en ese pututo la nota solemne con que se anuncia la iniciación de las grandes ceremonias.

Algunos niños se echaron a llorar. El pueblo oprimía. Las campanas y el pututo llamaban a triunfo, pero los semblantes de las señoras y de los propios indios y señores causaban temor. Era más severa la expresión de la gente, que minutos antes de que soltaran un toro bravo a la plaza, con un cóndor cautivo saltando sobre el lomo de la bestia y hundiéndole el pico en la carne, mientras los *wak'rapukus* tocaban el *Yawar k'ocha* (lago de sangre). Ellos presentían; los niños y algunas mujeres lloraron. Doña Adelaida caminó hasta el extremo del pueblo. Apoyada en su bastón con puño de oro, vio alejarse a don Ricardo de la Torre y al alcalde Maywa que lo seguía, a pie, escoltado por un regidor joven.

Todo San Pedro se reunió en el Andén. Se quedaron mirando el camino largo rato; parecían tranquilos. Las campanas se callaron y el silencio del gran mundo cayó sobre los cuerpos, con el sol tan mudo y ardiente. Pero Filiberta se cubrió medio rostro con su manta y cantó:

Auk'a yana sonk'o hamuchkay; yana puyu, yana yawar hamuchkay. Llak'tay allk'o mikusunki;	Enemigo, negro corazón; ven, viniendo; negra nube, negra sangre viniendo, ven. El perro de mi pueblo te devorará;

llak'tay all'o
llak'wasunki.
¡Ah á á á á!

el perro de mi pueblo,
lamerá tu sangre.
¡Ah á á á á!

No se movieron hasta que los niños empezaron a llorar a gritos. Entonces se fueron dispersando, con cuidado, como si estuvieran obligados a irse escondiéndose. Se quedaron solos Bellido, Asunta y Guadalupe.

—Nos matarán no más, a unos cuantos, en la plaza y el corredor. Yo llevaré un fierro —dijo Bellido.

—Yo tengo el revólver de mi marido. Lo recogí del suelo; aquí mismo —dijo Guadalupe—. Yo... yo soy el destino... ¡Vámonos! En sus ojos podía verse el Pukasira sin adornos, con sus faldas pedregosas, las yerbas y arbustos secos.

—En tus ojos, señora, hay retrato —dijo Bellido.

—Así ha sido siempre. Pero ningún retrato querido.

—El mundo, señora.

—Que ahora está para morir.

—No, Guadalupe; alguien, otro. ¡No sé qué será! Quizá yo no más lo veo —dijo Asunta, pensando.

Se despidieron.

—¡Hace falta don Bruno! —se fue diciendo el platero—. No sé qué haría el señor. ¡Hace falta, estoy diciendo!

El subprefecto y el juez fueron alcanzados por los alcaldes, tras la montaña, donde empezaba la zona fría, cerca del pueblo, a dos horas de bestia y media hora de automóvil.

El jinete y el alcalde del común se cuadraron en media carretera. Habían visto, desde lejos, dos camiones llenos de guardias civiles y un automóvil negro por delante.

El subprefecto se bajó.

—No entiendo quechua —dijo.

Don Ricardo podía parecer un mestizo pobrísimo. No se acordó de cambiarse de traje ni nadie se lo advirtió en la algazara que cegó al cabildo. El subprefecto vio a un hombre con una corbata raída y mal anudada, el saco y pantalón remendados, un sombrero de paja manchado, la camisa también remendada y sucia; sólo el chaleco estaba algo limpio y sin parches. Se lo puso para ir a misa. Pero uno de los zapatos de hechura poblana tenía la suela abierta; con las estaquillas visibles semejaba una boca de sapo abierta y con dientes. Le extrañó que ese hombre fuera rubio. A su lado, el indio, con su vara ornada de anillos de plata y el traje negro, limpio, de saco muy corto y su montera en la mano, tenía cierta majestad que

aun el subprefecto, un estafador limeño de menor cuantía, pudo observar. El regidor permaneció como oculto detrás de Maywa.

Don Ricardo se dio cuenta de la impresión que causó en el subprefecto.

—Soy don Ricardo de la Torre y Condemarín, alcalde del distrito de San Pedro de Lahuaymarca; tengo a mi lado al Mayor alcalde de la comunidad indígena. Pertenezco a la clase de los señores desde el período de la conquista —dijo en voz alta.

—¿Qué tal, no? —respondió el subprefecto—. El indio parece de veras alcalde y usted más o menos pordiosero.

—Los pordioseros no pueden ser confundidos con los señores, sólo por el traje, sino por quienes no son capaces de reconocer el alma...

—Es el alcalde —dijo el juez, saliendo del coche—. ¿Qué desea?

—Hacerles saber, señores, que hemos sido informados sobre el decreto de expropiación de nuestras únicas tierras. No aceptamos el decreto, porque es ilegal. Vengo de presidir un cabildo. No he tenido tiempo de cambiarme de ropa.

—Y... ¿qué van a hacer? —preguntó el subprefecto.

—Según como las autoridades procedan. El señor juez, que es abogado, sabe que el decreto es ilegal. No puede expropiarse bienes en favor de particulares.

El subprefecto oía con mucha curiosidad el correcto castellano de ese hombre traposo y mal alimentado. "¡Sabe hablar, el pordiosero y parece que es entendido!", reflexionaba, sin dejar de mirarlo con creciente desprecio.

—Un decreto supremo no puede dejar de cumplirse. ¿Cómo se enteraron de que había sido expedido? —preguntó el juez.

—Por muchas personas. El joven Brañes...

—¡No! El Fermín Aragón —le interrumpió el subprefecto.

—*El gran señor don Fermín Aragón de Peralta* es nuestro enemigo —dijo enérgicamente don Ricardo, recalcando la categoría de don Fermín.

—¡Gran señor! Yo me voy a zurrar en él y en usted...

—Y se está usted zurrando en el señor juez de primera instancia de la provincia. ¿Quién es usted? —preguntó don Ricardo.

El helado viento movió como a una hoja un trozo de su pantalón roto.

—El nuevo subprefecto —dijo el juez, algo desconcertado.

—¡Ah! Las autoridades no acostumbran vejar a las autoridades, perdone usted, señor subprefecto.

—Yo sólo digo la verdad, amigo.

—Usted podrá, mediante la fuerza, hacer lo que prefiera con mi cuerpo; pero no llegará a menoscabar mi alma de caballero, señor.

—¿Y qué más discursos espera, señor juez? El cuerpo de este hombrecito debe estar ya friolento.

—Señor alcalde, le ruego subir al coche, seguiremos discutiendo aquí.

—Me opongo —dijo el subprefecto—. Que vaya en el camión. Ensuciaría mi auto.

—Tengo que persuadirlo.

—Aquí, entonces; en la pampa. Que el frío le dé más su lenguadita.

—Sienten frío quienes tienen más carne que espíritu. El decreto es ilegal, señor juez. ¿Cómo viene usted a hacerlo cumplir?

—Orden de los ministros de Justicia y Gobierno. Somos funcionarios de menor cuantía. A usted lo nombra el prefecto solamente.

—Yo represento al pueblo. . .

—¡No jorobe, hombre! Me hace perder tiempo.

El subprefecto subió al coche y ordenó al chofer que arrancara. Los dos alcaldes vieron alejarse, a la mayor velocidad posible, el automóvil y los dos camiones. Se quedaron en la pampa. Y había aún tiempo para que los carros llegaran con luz a San Pedro.

—El alcalde era necesario, subprefecto, para los trámites —dijo el juez disgustado, pero temeroso.

—Estará el teniente alcalde o el juez de paz. Ese traposo habla de un modo. . . ¿Quién lo aguanta?

—Sea algo paciente, amigo. Estos pueblos de humildes pueden revolverse. Y todos los señores de San Pedro son traposos, pero persiste todavía en ellos el orgullo. Fueron ricos y tienen apellido.

—Oiga usted, juez, un apellido que ha sido y ya no tiene plata es la pior mierda que hay. Usted verá. Y perdone mi modo de hablar. Así he sido criado y creo por eso me'han mandado a amansar indios y "caballeros" más piores que indios.

—Dios le ayude.

—Usted, usted tiene que hacer como que ayuda. Yo hago el resto. Dios no hace por meterse en estas poquerías de pueblecitos.

Mientras don Ricardo oía a Maywa que le hablaba: "¡Alma de fierro, don Ricardo! Monte. Van tener que reunir cabildo. Alzaremos. . .", y De la Torre partía de vuelta, al trote, y el alcalde lo seguía, escoltado siempre por el regidor. Asunta de la Torre llegaba a la residencia de Cabrejos Seminario, en la mina. Se había limpiado el sudor y los zapatos al culminar la cuesta. Tranquila atravesó la terraza.

La misma sombrilla, los mismos asientos de lona de colores, y el gras en la terraza. Todo el arreglo hecho por la señora Matilde. Y cuando tocó el timbre abrió la puerta Jerónimo, el mestizo convertido en mayordomo. Ahora sus manos estaban cubiertas de guantes.

—¡Señorita! ¿Usté? El inginiero está almorzando.

—Anúnciame. Es algo muy urgente. *Personal*, dile *personal*.

—Está con otros ingenieros. Pase, niña.

Jerónimo la conocía, la respetaba. La dejó de pie en el living.

—La señorita Asunta, pues. Dice *personal*, orgiente. Le ruega dice, inginiero —anunció Jerónimo en el comedor.

—¿Le has dicho que estoy almorzando?

—Sí, inginiero. *Personal*, dice. ¡Orgiente!

Dudó. Miró a los tres jóvenes que lo acompañaban en la mesa.

—¿Es guapa? —preguntó uno de ellos.

—Sí. Pero serrana orgullosa.

—Pero si viene, y *personal*, como dice Jerónimo, algo promete.

—¿Te das cuenta de la hora? Si no hubiera venido desde el pueblo, la largaba. O si fuera de noche... Bueno, un instante.

Cabrejos encontró a Asunta sentada en un confortable. Él vestía de pantalón apretado, de lana, y un sweter amarillo.

—¡Qué hermosa y sencilla está usted, Asunta! ¿A qué debo el honor?

Ella se puso de pie y le disparó en el pecho. Tenía el revólver listo en la mano. Luego, cuando el hombre cayó, se acercó y le acertó un balazo en la oreja.

—¡Ya no oyes, criminal! —dijo—. Vendiste mi pueblo sin que fuera tuyo. Mataste a Gregorio que era inocente: "¡Lirio y eucalipto!" Tú, el infierno...

Dos ingenieros se abalanzaron sobre ella. La desarmaron. El otro levantó el cuerpo de Cabrejos que se estremecía aún, sangrando por todas partes.

—Vendió a mi pueblo sin que fuera suyo, señores; llévenme presa. Y vean a un traidor a Dios y a los humildes; así los matamos. No los hombres, amigos, que ya no sirven porque la miseria los ha malogrado en San Pedro. ¡Las mujeres!

—Señorita... ¡Trae agua, Jerónimo!

—No, amigos. Ustedes la necesitan. Yo estoy feliz. ¡Pueblo querido; ya te vengué!

Unas lágrimas cayeron de sus ojos, gota a gota. Los jóvenes se quedaron a cierta distancia de ella. Su rostro permanecía sereno, cada vez más, en tanto que sus lágrimas alcanzaban la seda nueva de su blusa y caían hasta el piso.

"¿Llora, o qué hace, Señor?", se preguntó el más joven de los ingenieros, un católico socialcristiano, inscrito y adoctrinado en Francia.

No hubo necesidad de tocar las campanas para convocar a otro cabildo. El automóvil y los camiones ingresaron al pueblo haciendo tocar las bocinas, y todo el pueblo salió a la calle para verlos.

Hasta los niños se quedaron callados mirando desfilar a los guardias armados. Los más pequeños tenían asombro. Los señores y las mujeres los vieron pasar con terror. En el silencio y mientras la basura se revolcaba en el aire, se oyó una imprecación.

—¡San Gabriel está sobre el Pukasira, con su espada! —Bellido, así anciano, hablando, se lanzó a la carrera tras los camiones—. ¡Los enterraremos a todos, carago! ¡Síganme! ¡Estos cachacos!

No lo siguieron.

Bellido continuó gritando:

—¡San Gabriel en el Pukasira! ¡Síganme, carago! ¡Enterraremos! ¡Los enterraremos!

Se oyó una ráfaga de balazos, y el viejo cayó de bruces, con las piernas quebradas, en media calle. Lo vieron, y durante unos instantes nadie se movió de su sitio, en las bocacalles y puertas. Luego, Froilán Gallegos, el teniente alcalde, corrió hacia el viejo.

—¡Maricones como yo, vengan! —ordenó.

Y fueron acercándose, a paso lento primero y después en tumulto, llenando la calle, vociferando.

—¡Yo no tengo nada en "La Esmeralda"! ¡Nada! Ni un pedacito. ¡Llévenme, carago! Quiero morir delante de ellos —pedía Bellido.

Lo levantaron el teniente alcalde y los regidores. Los tres regidores indios se alinearon en fila detrás del herido. El viejo Pumatinka, a quien colgaron en la barra por orden de don Ricardo de la Torre, ocupó el centro.

—¡Detrás! ¡Todos! —ordenó don Froilán. Tenía ojos verdes y rostro cetrino. Era muy bajo y grueso. Sus ojos eran oblicuos y pequeños, y por eso miraban con energía extraña.

—¡Se están llenando de sangre! —dijo la esposa de Bedriñana, uno de los regidores.

—¡No va llegar! ¡No va llegar, Dios! —exclamó otra señora, y se puso a rezar.

—¡Silencio! —gritó el teniente alcalde.

Los guardias habían bajado de los camiones y estaban formados horizontalmente, a ambos lados del corredor del municipio, en dos alas; otros grupos menores ocupaban las bocacalles, armados de palos y fusiles. Llevaban bolsas colgadas del hombro.

El subprefecto, el juez y un oficial esperaban en el corredor.

—Ahora vienen todos o se ocultan como vizcachas. Más creo que vienen si todos son como ese harapiento alcalde —dijo el subprefecto—. ¡Como que me apellido Llerena!

—Señor subprefecto, ha sido una muerte injusta e inútil la de ese viejo —respondió el juez.

—Yo cumplí la orden. Disparar a la primera amenaza. El viejo habló de enterrarnos —dijo el oficial.

—¡Yo sé lo que hago, y cumplo órdenes superiores! ¡El señor senador, el director de Gobierno!

—¿Le dijeron que matara a un viejo indefenso que corría, absolutamente solo y desarmado detrás de los camiones? Se hubiera cansado en un minuto.

—Ya eso es cálculo del oficial.

—Yo no calculo, señor subprefecto, soy soldado. Cumplo órdenes; las suyas fueron precisas.

—Bueno. Ahí vienen. Yo respondo. Si usted, juez, se asusta, le costará el puesto y también el Frontón o el Sexto. Allí tenemos presos ansiosos que friegan a viejos y jóvenes.

—¡Oiga usted! ¡Ahí vienen! Yo no intervendré. Tome los documentos. No tengo por qué obedecerle. Vine hasta aquí por debilidad. Pero sus amenazas constituyen una ofensa al Poder Judicial. Usted debería estar empleado en un matadero. ¡Señor oficial! Usted no puede dejar de ser testigo de cuanto ha oído.

—¿Qué, carajo? ¿Qué dice?

El juez se le aproximó; le alcanzó un cartapacio.

—¡Tómelo, bestia! —le dijo.

Llerena aceptó el portapliegos, maquinalmente.

—No podré fregarlo a usted ahora delante de la turba. Pero... ¡Espérese!

El juez fue a sentarse al poyo del corredor. Miró a los habitantes de San Pedro que avanzaban lentamente; la columna iba extendiéndose hacia lo ancho, detrás de la comitiva que cargaba y rodeaba al herido.

Cuando desembocaban a la plaza, la campana pequeña empezó a tocar "La agonía". Se alternó en seguida en golpes lentos, con la mediana. Estaban medidos los espacios, nadie sabe desde qué tiempos. Y como eran campanas de mineros, tenía alta ley de oro. Sonaban con pureza; la gran plaza adonde llegaba la imagen de todas las montañas, y que, a esa hora, parecía aún dominada por el peso del sol. se transfiguró a poco. "La agonía" fue contagiando primero a los árboles sedientos, ralos y pequeños; la luz amarilleó; las grandes aves rapaces empezaron a volar más lento con un brillo que se expandía; llegaron, algo espantadas, dos bandadas de palomas y se posaron en los arbustos. El Pukasira ennegrecía. El silencio fue ahondándose en el cuerpo de los peñascos de la montaña; parecía que se agachaban. La multitud se acercaba. Llerena no daba muestras de sentir nada, nada. Pero ordenó de repente a gritos:

—Teniente: que le metan metralla a la torre.

—Me permito...

—Nada. ¡Es orden!

—La gente va a huir.

—¡Métale metralla a esas campanas del carajo!

Dos hombres apuntaron a los arcos y dirigieron varias ráfagas hacia la torre.

"La agonía" siguió sonando, lenta, meciendo al gran Pukasira erizado de rocas y arbustos oscuros, bañando la plaza, marcando el paso de los que cargaban a Bellido.

—Apuren un poco —dijo éste—. Un poco nada más.

Se desangraba.

Las palomas volaron; pero no se fueron en línea recta; dieron una vuelta sobre el techo de la iglesia y desaparecieron. Los gavilanes continuaron brillando con luz amarillenta. Y un cóndor, un cóndor enorme descendió hasta rozar casi los arbustos con sus alas. Su cuello blanco, su collera nívea, iluminó todo el cielo.

Los tres regidores indios lanzaron un alarido:

—¡Auki dios, auki dios!

—¡Wamani dios, Wamani dios!

Los pocos gavilanes rodearon al cóndor y empezaron a acosarlo. Se lanzaban sobre el gigante y lo picoteaban. Él dio unas vueltas a poca altura, tranquilo, "sin rabia", arrastrando su gran sombra sobre la tierra, y fue elevándose después. Movió la cabeza para mirar a todas partes. Los gavilanes se quedaron en la gran altura, no pudieron alcanzarlo y volvieron al pueblo, filudos pero empequeñecidos.

—¡Esperan que muera el viejo, estos harapientos! —vociferaba el subprefecto.

—Se demoran por eso. Ese cóndor los ha fregado.

Pero la multitud apuró la marcha.

—Paso al herido —oyó Llerena que decían junto a los guardias.

—Déjelos —ordenó el subprefecto.

Subieron, primero, una mesa al corredor. La cubrieron con una manta y la colocaron cerca de la pequeña mesa del alcalde que había quedado afuera.

Llegaron las autoridades y la multitud. Subieron las gradas los regidores y el teniente alcalde que cargaban a Bellido. Dejaron al herido, suavemente, sobre la mesa.

—¡Nadie más! —gritó el subprefecto—. Todos abajo.

—Los alcaldes del común tienen que subir —le dijo una señora vestida de negro, y lo miró con unos lentes de oro que se acercó a los ojos.

—¿Los indios? —preguntó el subprefecto.

—Son alcaldes. ¿Usted quién es?

—El subprefecto.

—¿Y no sabe que un cabildo en la villa de San Pedro es nulo si no asisten los alcaldes del Común?

—No soy "serrano", señora. Pero que suban.

Los varayok' se formaron tras la mesa, junto a los miembros

del Concejo. Don Froilán y los tres regidores estaban cubiertos de sangre.

Otra vez se hizo el silencio. Las campanas dejaron de tocar. Bellido se incorporó solo, apoyándose en los brazos. Miró al juez y al subprefecto con expresión fatigada. Ya no tenía sangre en la cara; sus labios estaban descoloridos. Contempló la fachada azul del templo que tenía delante de sí. Luego, con gran esfuerzo, volvió los ojos blancos hacia los dos forasteros:

—¿Por qué me han matado? —preguntó.

—No estás muerto. Estás hablando —contestó el subprefecto.

Y en la plaza repercutieron sus palabras. El atrio de la iglesia les dio eco.

—Tú, no maldito. ¡Maldito Wisther, Cabrejos! ¿Dónde Dios?

Se quebró. Echó algo de espuma por la boca; cayó de espaldas y se quedó inmóvil. Nadie se le acercó.

—¡Ahora está muerto! Soy el teniente alcalde de San Pedro. Conteste a la pregunta. Los cerros, la plaza, la Santa Iglesia, el pueblo, le escuchan —dijo don Froilán, dirigiéndose al subprefecto.

Llerena miró al oficial, luego miró al juez que permanecía sentado en el poyo, miró a la señora, y, por fin, al teniente alcalde. Por unas rendijas de la cara, como por dos cortes abiertos con un cuchillo pequeño, desde el rostro de ese hombre, una luz le quemaba.

—Orden del gobierno —dijo.

—Con su boca, orden del gobierno. ¡Cómase ahora el cadáver! Usted lo puede hacer —le dijo don Froilán.

La luz que brotaba de sus ojos apenas abiertos no dejaba desenvolverse al estafador.

—¡Cómase el cadáver, delante de la Santa Iglesia!

El oficial y el juez cambiaron una mirada.

Llerena permaneció callado. Sus facciones, tan expresivas de altanería, se nivelaron y borraron.

En el silencio, el forastero que estaba sentado en el poyo, se levantó y fue hacia don Froilán.

—Señor alcalde —dijo—, lo siento. ¡Permítame! Soy el juez de primera instancia. Permítame pedirle, si es posible, una disculpa. Fue precipitación de los guardias. El gobierno dará sus excusas al pueblo. Le ruego hacer retirar el cadáver. Debemos cumplir una diligencia administrativa...

—El cadáver entró vivo. Ya está en el cabildo, señor juez. Tiene derecho a permanecer aquí. Y no hay cabildo con los vecinos en la plaza.

—Bien. El subprefecto es nuevo y costeño. Acatemos la costumbre, que es ley. Subid, señoras y señores, al corredor. Que el señor subprefecto presida; usted, señor alcalde, a su izquierda; yo a la derecha.

Llerena se dejó llevar. Había perdido la reflexión; no reaccionaba todavía. El oficial lo observaba con frío semblante.

—Señor oficial, usted permanecerá allí, cerca de las gradas, en su puesto de mando.

Cuando se formalizó el cabildo, Anto se puso de pie. El juez, a pesar de todo, observó con curiosidad irónica esa cara rígida, como enajenada de inteligencia y de toda sensibilidad.

—¿Qué desea? —dijo.

—Licencia, señor.

—La tiene —le contestó, sin reflexionar, casi automáticamente, el juez.

—Yo, padrecito juez, ahura soy don Bellido que está, y Antonino Yauri. Hemos tenido cabildo —don Froilán iba a interrumpirle pero se contuvo—. "Mejor que yo, él", pensó—. No vamos a querer decreto que manda vender chacritas de "La Esmeralda" a minas...

—A nombre mío habla —dijo don Froilán, cuando observó que el juez levantaba la mano e iba a hacer callar a Anto. Llerena empezaba a recuperar su presencia de ánimo.

—Que prosiga —ordenó el juez.

—Padrecito juez: San Pedro es "La Esmeralda" no más ya. Quitas pampa de maíz, matas San Pedro. ¿Por qué está don Bellido muerto, con sus piernas molido, sobre la mesa? Peor quedará San Pedro, peor. ¿No has visto bajar cóndor wamani, espíritu de padre Pukasira? ¿No has oído tocar agonía? Dios Padre, Dios Espíritu Santo, Dios Hijo, dios Pukasira, con San Pedro están. Con ostí, ahistá: balas no más. Puedes matar, padrecito juez. Mata no más. "La Esmeralda" no soltaremos.

—¿Qué dice usted, alcalde? —preguntó Llerena.

—Usted no quiso comerse el cadáver de nuestro platero...

—Pero me comeré a gusto el de todos ustedes.

—No, amigo come-gente —y sus ojillos de víbora volvieron a clavarse dentro del pecho de Llerena—. No le vamos a dar gusto. Yo propongo al cabildo que el juez y el subprefecto se lleven toda nuestra tierra de maíz. Vecino Antonio Yauri, Dios nos ha abandonado; nos ha mandado un come-gente; él mismo lo confiesa. Con esas metrallas pueden matar a nuestros hijos, a nuestros perritos, a nuestros pocos caballos. Don subprefecto eso está queriendo. Yo propongo que quememos nuestras casas, nuestra Santa Iglesia... Primero dejemos en guardianía nuestros santos a los alcaldes del común de Lahuaymarca. Y después ¡a quemar la antigua, la noble villa y a irnos por ahí como ovejas sin dueño!

—¡A Lima! ¡A las barriadas! —gritó Rigo García, aquél que no quiso cambiar la vieja pistola de don Andrés con el reloj de oro, de tres tapas, de don Bruno.

—Señor juez: Le ruego guardarse sus documentos. Hoy es domingo, el miércoles puede entregar "La Esmeralda" a la Wisther.

Los caballeros de San Pedro de Lahuaymarca no seremos peones nunca de extranjeros que nos quitan la única tierra que alimenta nuestra ya miserable vida. Nadie nos puede obligar a eso. ¿Qué dicen, señoras y señores vecinos?

—¡Quemaremos!

—¡Comenzaremos por la iglesia!

—¡Quemaremos San Pedro!

—¡El come-gente puede devorar a nuestro padre Bellido! ¡Quiten de allí su cadáver!

—¿Y los trigales? —preguntó doña Adelaida.

—Se los daremos a medias al común de Lahuaymarca. ¿Qué dices, regidor Pumatinka?

—Cuidaremos bien, sembraremos bien. De cada diez, tres sacos quedará para el común.

—¡Wifá! ¡Wifá! —gritó Anto—. Aunque yo no me voy a ir —y lanzó al aire su sombrero.

—¡Wifááá! ¡Wifááá! —repitieron los vecinos, sin darse cuenta.

—¡No señores! ¡La locura no! —dijo con voz muy alta el juez—. No se trata de ningún despojo. Se les pagará diez centavos por metro cuadrado. . .

—Recíbalo usted para hacer techar de nuevo el juzgado. Tiene muchos goterones y el empapelado más triste que el de mi casa. ¿Regalamos los diez centavos al juzgado? —preguntó don Froilán.

—¡Sí!

—¡Sí!

—¡El juez es bueno! ¡Está triste!

—¡Basta! —dijo Llerena desde su sitio—. Yo he venido a cumplir órdenes. Yo no he dictado el decreto. Creí que ustedes no lo conocían. En la Caja de Depósitos puede cobrar el que quiera. No como gente. ¡Por Dios, no como gente! ¡Que les vaya bien! Yo me retiro a las minas. El miércoles entrarán los tractores a "La Esperanza". ¡Oficial! Haga subir a la tropa en los camiones.

Ordenadamente subieron los guardias a los camiones, mientras una ametralladora apuntaba al corredor. Llerena y el oficial arrastraron al juez hasta el automóvil. No quería irse. Se echó a gemir.

Vestido de blanco y en el caballo mejor de don Fermín, al galope, entró Jerónimo a la plaza; se cruzó con los camiones en la bocacalle. El cabildo seguía. La señora Adelaida, con el bastón en alto vociferaba.

—¡Sargento! Vuelva a la plaza en el camión. No baje la tropa. Escuche lo que ese hombre diga. Parece que trae alguna noticia que hay que saber —ordenó el oficial, bajándose del automóvil—. Acérquese al corredor.

El camión volvió, pero no cruzó la plaza a gran velocidad. Siguió al jinete. Jerónimo no le hizo caso, ni los vecinos. Esperaron al mayordomo que llegó gritando. No desmontó, no vio el cadáver:

—¡Don Ricardo! ¡Don Ricardo! —llamaba.

—No está —contestó don Froilán—. Fue a la capital donde el subprefecto. Te cruzaste con él.

Jerónimo descubrió el cuerpo chorreado de sangre del teniente alcalde y de los regidores.

—¿A quién mataron? —preguntó.

Los vecinos, machucándose, dejaron la mesa al descubierto.

—¡El platero! ¡El papay platero! ¿Ellos? —preguntó señalando el camión y quitándose el sombrero.

—Sí. El subprefecto. Aparkora se lleva "La Esmeralda"; nosotros nos vamos a Lima. Quemaremos la iglesia primero.

—¡La mina! ¡Cristianos! —dijo—. La señorita Asunta ha hecho justicia. ¡Ha matado de tres tiros al ingeniero Cabrejos! ¡Lo ha matado! ¡Por diosito! El ingeniero Velazco ha tomado mando. ¡Aquí! ¡Aquí hay un poco del seso de Cabrejos!

Jerónimo hizo saltar al caballo y se aproximó al corredor. Lanzó al empedrado, junto a la mesa en que descansaba el cuerpo de Bellido, un pequeño atado sanguinolento.

—¡No lo queremos!

Don Froilán le dio un puntapié al atado y lo lanzó lejos, sobre la plaza. Sus ojos se cerraron hasta reducirse casi a la delgadez de un filo de cuchillo. Miró a los concurrentes. Quedaron inmóviles y en silencio.

—Cabrejos no es la Wisther, caballeros. Un sirviente a otro sirviente reemplaza. Nuestra niña, como Bellido, ha sacrificado por nada su vida. Por la rabia. ¡Bajemos a Lima! Cuidemos a nuestra niña. ¡Quememos la iglesia! ¡Pumatinka, estás de turno! ¡Saca al Patrón y a la Virgen con tus varayok's! El resto se quema.

—¡Se quema! ¿Dónde, dónde está el Dios? ¡Yo voy! Todavía estoy de mestizo —dijo Anto.

Y los cuatro corrieron a la iglesia. El sacristán hacía guardia en la puerta grande.

—¿Van a sacar procesión? —preguntó.

—Si, hermano. ¡Última procesión! —le contestó Anto.

El sacristán abrió la puerta de la iglesia mientras el señorío avanzaba.

—Tengo casa. Si no hay miedo, vente a Cedropampa —le dijo Anto.

El sacristán temblaba. Vio salir de la iglesia a Pumatinka y a un regidor cargando al Patrón San Pedro, con su halo de oro, y su largo pez con ojos de esmeralda colgando de la mano derecha del santo. El otro regidor y Anto sacaban a la Virgen de su urna y también la cargaron como a un muñeco. Los puñales de oro de la Virgen brillaban en la oscuridad del templo. El sacristán los había bruñido porque se acercaba la fiesta de la Señora.

—¿Qué va pasar, padrecito Pumatinka? —preguntó corriendo tras el varayok'.

—Alcalde, señores sabe.

Doña Adelaida, cansada, voceaba aún en la plaza, sola:

—Yo tengo trigales. Soy vieja, ¡gran señora! Déjenme a la Virgen. Yo ¿por qué voy a Lima?

El camión arrancó. Jerónimo dio unas vueltas por la plaza, a todo galope. De repente se detuvo cerca del corredor del municipio. El atado que con tanto cuidado y temor había traído al pueblo, lo picoteaban varios pájaros y estaba pululando de hormigas.

Se lanzó a galope en dirección de la mina.

—¡Anda a doblar las campanas, hijo! Por última vez. Dobla triste. El pueblo, estos abandonados de Dios van a quemar la iglesia —le dijo doña Adelaida al sacristán.

"¿Qué tipo de doblar tocaré? «¿Agonía?», «¿Muerte de anciano?» ¡Todo, todo!"

El sacristán escalaba las gradas despacio, hablando.

Golpeó la campana grave a espacios largos; luego la pequeña, de dos en dos golpes, conforme el corazón le enseñaba.

—¡No! —gritó don Froilán—. Dile que repique. No morimos. Nos vamos contentos.

—¿Y don Bellido?

—Mañana, cuando lo llevemos a enterrar.

—¿Mañana? ¡No habrá campanas!

—Ni habrá pueblo. Don Bellido murió *de otro modo* y no está doblando por él, ese triste.

Un hijo de don Froilán subió a la torre. El sacristán no sintió sus pasos. Sentado, con la cabeza agachada sobre el pecho, manejaba las cuerdas de los badajos como si estuviera dormido. Lo dejó un instante seguir doblando. Dos golpes tocó en la campana mediana e inmediatamente uno suave en la más grave y otra fuerte, tristísima, en la de oro casi puro, la pequeña. El joven vio que un pozo de lágrimas había manchado la cal del piso.

—¡Adiós, adiós, adiós, pueblo mío! ¡Pueblo antiguo, de mis padres! —dijo el anciano mestizo.

—¡Adiós! —repitió el joven.

Y vio que una llamarada salía de la boca y de las ventanas de la iglesia. Los otros jóvenes habían rociado el templo con todas las latas de kerosene y gasolina que encontraron en las casas y pequeñas tiendas.

—¡Levántate, sacristán! Repica un poco... ¡Despídenos! Mira cómo sale candela de la iglesia.

El sacristán miró la plaza, un poco atorada ya de humo.

—¡El alcalde De la Torre! ¡El mayor alcalde don Felipe!

—¡Toca "llegada"! —le dijo el joven.

Volvió a sentarse el sacristán y agitó las cuerdas. Tocó la "lle-

gada" triunfal de los ilustres. Repicó, casi loco, hizo danzar a las campanas, arrancándoles voces de regocijo.

—¡Maestro! ¡Maestro! —le gritaba el joven.

Al poco rato cayó la viga central de la iglesia. Hizo un ruido no tan fuerte como el sacudón que dio a la torre.

—¡Vámonos, maestro! —le dijo Gallegos, el joven, al sacristán.

—¿Para qué? ¡Estoy repicando ahora por don Bellido! Corazón grande tenía. A nadies odiaba. Veinte mil anillos de plata hizo para los señores. No tenía ni un pedacito de tierra. Su ojo era como de gavilán cariñoso. ¡Ahistá! ¡Solito! ¡Solito! ¡Me está oyendo!

Nadie había quedado junto al cadáver. Los alcaldes, en fila, contemplaban el incendio, y tras ellos, todo el señorío y los pocos mestizos. Don Froilán se había olvidado de su hijo. Lo vio aparecer cargando al sacristán, tras de las llamas. Sorteó a la carrera el fuego y llegó, sudando, frente a los alcaldes.

—¡No hay nadie con el cadáver! —dijo—. Yo voy. Agarren al sacristán, creo está loqueando o muriendo.

Desde la terraza de la mina los ingenieros veían arder la iglesia.

—Aragón hizo destituir al cura, y el subprefecto no nos pidió consejo. ¡Quizá lo hubiéramos evitado! La tropa debió llegar aquí primero. Yo hubiera ofrecido un sol por metro cuadrado. Cabrejos era demasiado inhumano —dijo el ingeniero Velazco—. Hizo nombrar subprefecto a un individuo con antecedentes criminales. ¡Es raro!

—El "Zar" lo sabía todo.

—Creo que no, y menos lo que aquí convenía hacer con la gente.

—Si ofrecías un sol, el "Zar" te destituía.

—Según.

—No. El consorcio se enterará con agrado del éxodo de esta gente. Si queman la iglesia es porque se van y nos dejan la pampa —afirmó con ánimo el segundo ingeniero, el más joven.

—Aprende, Jorge. Ellos no cuentan sino en tanto que lo que hagan beneficie o no a la empresa.

—La empresa no es el universo.

—Es, mientras estés a su servicio. Ese viejo pueblo vacío constituye una ventaja. Sus habitantes son ricos empobrecidos, envenenados. Esa señorita mató a Cabrejos con frialdad y orgullo. ¡Ahora esa gente se va! Menos problemas.

—Y más para el país. La empresa está en el país. Ninguna abstracción puede neutralizar o eludir esta verdad.

—Oye, Jorge. Eres un pichón. Ingeniero brillante, hombre incipiente. La empresa está en el Perú, como está en Venezuela, México y África. No pueden confundirse sus intereses con los países donde

opera, porque entonces podría incluso ponerse en guerra con ella misma. Es una lástima para ti haberte iniciado con un pequeño conflicto que afecta tu conciencia inmadura.

—Sí. Entiendo la explicación. La entiendo perfectamente. Ésa es la teoría. Pero la realidad me asquea. Tú eres el jefe, Velazco. Estamos aquí hace pocos días. Te presento mi renuncia. No puedo trabajar para un ente internacional que bien puede, en determinado momento, volverse contra todo el Perú, como ahora contra ese pueblo indefenso.

—¡Jorge! No encontrarás trabajo en ninguna parte. No cometas inocentadas.

—¡No es cierto! La Wisther hace difundir interesadamente esa convicción. Tú sabes que no es cierto, ahora. Hay mineros peruanos...

—Todos dependen de la banca que el "Zar" controla.

—¡No es cierto! Mi familia lo sabe. Tiene recursos y vinculaciones internacionales. Además, veo arder ese templo. En el rostro heroico de la señorita Asunta contemplé el Perú herido, crucificado por el "Zar" y sus cómplices, a los que él manda y aquellos a los que él obedece.

—¿Comunista?

—Sí. Para el "Zar" y los Cabrejos y Velazcos. Para mi propia conciencia, soy un peruano que considera que su patria está sobre todas las cosas. Y ella no será respetada y grande mientras haya subprefectos con antecedentes criminales, caballeros empobrecidos que agonizan desesperados y matan y queman sus iglesias; campesinos que huyen de las haciendas y se ofrecen a la silicosis por quince soles diarios. ¿Cuántos indios han tomado, con Cabrejos, a quince soles diarios, tan sólo en dos semanas?

—Mil quinientos. Ésos ganaban en las haciendas un promedio de cincuenta centavos diarios.

—Quiero oír a ese subprefecto. Ustedes han alojado mil quinientos indios en barracas que en la costa, aun en las grandes haciendas, serían consideradas malas para cerdos y ganado vacuno.

—Sin embargo, para esos indios siervos constituyen palacios.

—Ustedes los han traído desde muy lejos explotando su desesperación.

—Claro. Nada de conflictos con los hacendados circundantes. Jorge, aprende a ser hombre de negocios. El método es igual en todas partes.

—¡Bien quemada la iglesia, amigo Velazco! Al "Zar" lo despistó mi apellido y mi juventud. No me iré a Lima. Me quedaré por aquí cerca. No necesitaré dinero. Sé que el ex dueño de esta mina modernizará su hacienda. Quizá me dé trabajo...

—¡Un ingeniero de minas fabricando manteca!

—Entiendo de construcción. Yo les hice, para maldición mía, esas barracas.

—Son provisionales.

—Aragón de Peralta, Fermín o Bruno, me tomarán.

Velazco se echó a reír.

—Bruno es fanático y "brujo".

—Sí. Un fanático que obsequia mil hectáreas a una comunidad que se moría de hambre. ¿Sabías que esa comunidad descubrió andenes incaicos, que los refaccionó y amplió y que en estos días están sembrando maíz en las mil hectáreas de "La Esperanza"?

—Sí, Jorge. Pero sobre ese brujo y su hermano se ciernen muchas amenazas. Gasto el tiempo contigo porque tu padre me llamó para que te auxiliara y te diera experiencia.

—Gracias, Velazco, ¡experiencia me has dado! No acepto tus consejos. Allí se acerca tu subprefecto, le entregarás el cadáver de tu jefe y a la señorita Asunta. La mujer que me ha hecho ver el Perú que me ocultaban todos y todo.

—Vulgar asesina.

—Que te hizo estremecer como a un pájaro asustado. Lo vi, lo sentí. No eres aún tan duro.

—Todavía, no. Es cierto. Pero sí de la cabeza.

—Sí. De la cabeza sí.

—¡Señores ingenieros! ¡La pampa gratis! ¡Y con un solo cholo muerto! ¡Felicítenme!

Llerena corrió del automóvil hacia los tres jóvenes que contemplaban el incendio de la iglesia.

—¡Casi falla el juez! ¡Está acalambrado todavía! ¡Felicítenme! Se largan todos a Lima y dejan la pampa a la mina. Y les traje al mayordomo que los traicionó. Ese bestia tiró al corredor del cabildo un poco de los sesos del ingeniero Cabrejos, el pobrecito. Felicítenme, señores.

—Lo merece, señor subprefecto. Creo que lo merece.

Y Velazco le dio la mano.

El segundo ingeniero, Jaime Corpancho, también le estiró la mano, pero sin decir palabra.

Jorge Hidalgo sintió como un golpe de náuseas. Llerena se inclinaba ante los ingenieros no como un lacayo, sino de un modo diferente. El lacayo o el mayordomo tenían expresión neutra, siempre; ese hombre mostraba una especie de felicidad, de alegría, de bullente obsecuencia, falsas y excesivas. Toda su piel parecía incandescente. Jorge le dio la espalda.

—Voy donde el juez —dijo.

—¡Ah! Muy bien, caballerito. El juez necesita auxilio. Yo, felicitaciones —oyó que decía Llerena.

El juez no había bajado del automóvil. Los guardias, como estaba convenido, fueron alojados en una barraca. El oficial ocuparía

el departamento de Hidalgo, quien sería trasladado a la casa residencial.

El juez escuchó los pasos de Hidalgo que se acercaba. El ingeniero encontró a un hombre sombrío, de facciones casi indias, pero correctamente vestido. Le contestó el saludo muy secamente.

—Señor juez: lo siento. Usted fue obligado; se cometió un abuso con usted. Acabo de conocer a ese bellaco del subprefecto. No he permitido que me dé la mano. Y me he tomado la libertad de venir a saludarlo.

—¿Usted, joven? ¿Ingeniero de la Wisther? ¿Seleccionado por Cabrejos Seminario?

—Seleccionado, efectivamente, por Cabrejos. Pero hace unos minutos, mientras la iglesia de San Pedro era quemada, renuncié a la Wisther. Soy libre. He venido a rogarle que me lleve en su coche a la capital de la provincia.

El juez sonrió.

—¡Joven, joven...! —le dijo. Y su rostro crispado pudo descansar—. ¿De veras viene conmigo? ¿Cómo se llama?

—Jorge Hidalgo Larrabure.

—¡No!

—Sí, señor juez.

—Soy un hombre... como usted ve... mestizo de origen; de un pueblo. ¿Qué hace usted aquí, con ese apellido? Yo estudié en Lima.

—Vine en busca del Perú. Lo encontré primero en el rostro "formidable" de esa señorita que le destapó los sesos a Cabrejos; luego en Jerónimo que escapó llorando al pueblo. Y ahora en usted. ¡Ayúdeme!

—Me cuesta creerlo. Suba, joven. Le contaré. El Perú está en todas partes. Pudo usted haberlo conocido en Lima. Yo fui cobarde hasta hoy...

—No, señor subprefecto, usted tiene razón. No podemos permitir que la capital de la provincia se quede sin su presencia por más tiempo —oyeron que Velazco hablaba en voz alta—. Partamos en seguida. Usted nos permitirá invitarle unas copas. Abriremos una botella de champagne legítimo, y luego de unos whiskys, nos marchamos.

—Y... supongo que...

Llerena alejó a Velazco hacia un lado.

—Habrá "mosquita".

—No es posible. Nuestro ingeniero jefe acaba de ser asesinado.

—¿Y eso qué? Usted es ahora el jefe.

—Bien. Como tenemos que ir con usted, las "mosquitas" se las entregaremos en la ciudad.

Llerena palideció. Su obsecuencia se convirtió en amargura, casi en amenaza.

—Mire. Tengo allí sesenta hombres...

—Bien, amigo. Aquí unas diez mil "moscas" y en la capital unas veinte mil.

—¡Ah, cholo! ¡Eso es hablar! Usted es un gran peruano.

El juez cumplió con levantar la información sobre el asesinato de Cabrejos. Y ordenó que el cadáver fuera trasladado a la capital de la provincia.

—No creo que la señorita De la Torre necesite vigilancia policial. Exijo que se me conceda el carro oficial para conducirla; el señor subprefecto ha de recibir un agasajo de la Compañía, caballeros. Yo no bebo; no deseo llegar tarde a la capital de la provincia. Tengo asuntos que despachar...

—El chofer no puede manejar veinte horas seguidas, señor juez —contestó Velazco.

—Yo voy con el señor juez. Yo puedo manejar las diez horas que faltan —dijo Hidalgo.

—¿Te vas en seguida? La mina te debe una liquidación.

—Me la harás en la ciudad.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Macanudo! —dijo Llerena, que ya había tomado varias copas—. Que se vayan los amargados. Estorban. Lo que no admito, dicho sea de paso, es que el juez *exija* el carro oficial. ¿Qué ha hecho en el pueblo de San Pedro para exigir el carro que está a mis órdenes? Ruegue usted, juez, y le daré el carro.

—A usted, Llerena, el teniente alcalde le quitó el ánimo con solo mirarlo. Si no intervengo yo, a pesar de los sesenta policías, a usted lo ponen de rodillas. El oficial es testigo.

—No puedo atestiguar —dijo el oficial, cuadrándose.

—Que me ruegue... si no. ¡Ahora tiene que rogarme más todavía!

—El juez no puede rogarle —dijo Velazco—. Ni debe. Que se vaya en seguida y podrá usted beber a gusto.

—Con los honorables señores ingenieros —concluyó la frase, Hidalgo.

—¡Claro! ¡Usted no! Se le ve. Es un blanquiñoso que se entiende con el cholo, porque es juez. ¡Mis respetos! —Y se echó a reír—. ¡Mis respetos, caballerito! Y llévense a la señorita asesina, sin hacerle nada en el camino. ¡Cuidadito, eh, soy el subprefecto!

Hidalgo enrojeció. El juez lo tomó del brazo y sintió que el cuerpo del joven estaba tenso. Iba a dispararse.

—No dé importancia a culebras en alcohol —le dijo despacio. Pero su voz fue audible.

Llerena se quedó con la cabeza gacha, algo pensativo.

—El señor Jorge Hidalgo Larrabure acompañará al juez en el

carro oficial —dijo, con voz de mando, Velazco. Observó que Llerena bajaba el brazo hacia el cinturón donde tenía el revólver.

Al oír el apellido, todo el cuerpo de Llerena se puso en atención.

—Mucho apellido —dijo—. Ésos son o muy caballeros o muy canallas, pior que yo. Usted verá, señor juez. ¡Lléveselo, ahora mismo!

"Ha dicho la verdad, esta culebra", pensó Hidalgo.

Y como no contestara, Llerena ordenó.

—Teniente, ¡ya beberá cuando se hayga ido el juez y el blanquiñoso! ¡Traiga a la reo! Que pase delante de nosotros. Déjela en el Chevrolet de la subprefectura, con el juez y el señor de Larrabure Hidalgo. ¡Ya! Ellos responden. A todos los policías los necesitamos en la mina.

Asunta bajó al living, cubierta la cabeza con un velo. Descendió las gradas, despacio. Cruzó el living sin mirar a nadie, escoltada por el oficial. El juez e Hidalgo salieron tras ella. La siguieron hasta el coche. Hidalgo abrió la puerta delantera, e invitó a la señorita y al juez que entraran al coche. Ordenó al chofer que ocupara el asiento de atrás, y luego subió él, y se puso al timón.

—Gracias, señor teniente —dijo.

—Buena suerte. Maneje despacio. No conoce bien el camino.

—Descuide, señor teniente, soy chofer desde los doce años.

—Bien. ¡Adiós!

Hidalgo iba a arrancar.

—Teniente —dijo—. ¡Dispénseme! Sé que no beberá mucho. Tenga piedad de los indios. Yo he renunciado. . .

—Descuide usted también. Escríbanle al senador. Este señor Llerena. . . No he conocido otro. . . ¡Adiós!

—¿Me llevan suelta? ¿Me llevan sin guardias civiles? ¿Me llevan así a la cárcel, señor? —preguntó Asunta.

—Quien va junto a usted es, como ya sabe, el juez de la provincia; yo soy el ingeniero Jorge Hidalgo. . .

—¿Que ha renunciado. . .?

—No serviré nunca más a la Wisther. La llevamos a la cárcel, señorita. Usted se precipitó. Su agonía será larga. Mi familia es poderosa y rica. ¿Sería usted tan gentil de aceptar el auxilio de ella, aquí y en Lima?

—¿Por qué?

—Porque la admiro, porque usted me permitió descubrir. . .

—¡Ingeniero! ¿Qué pasa con mi pueblo? Sale candela.

—Sí, señorita. Han quemado la iglesia y algunas casas. Los señores de San Pedro han decidido irse a Lima, todos.

—¿Cumplieron, entonces?

—Cumplieron.

Asunta se apoyó en el respaldo blando del asiento.

—Sale candela de mi pueblo. Ambos están muertos. Dios ha cerrado bien mi vida. Llévenme no más.

El coche faldeó el cerro. Ya no se veía más San Pedro. El sonido del río alcanzaba al Chevrolet, a pesar del ruido del motor. Se oía a los grillos. El canto de los insectos, la voz del río, la luz de las estrellas y el oscuro y profundo cuerpo de las montañas fortalecían a la joven. El fuego que vio en el pueblo le pareció necesario en esa noche. Su corazón recibía el mundo y la candela del pueblo con un nuevo regocijo. No creía marchar a la cárcel, sino a la iglesia; su sangre hervía.

—¡Ingeniero! —dijo, de repente. Hidalgo paró el coche—. ¿Estaré maldita? Siento que usted me lleva no a la cárcel, sino a la cima del K'oropuna donde los indios muertos trabajan cantando himnos. Yo no he matado a un hombre, sino la ambición endemoniada de los millonarios. ¡Mire! ¡Incendiar un pueblo triste! ¿Estaré loca, ingeniero? Parece usted un caballero bueno, siendo rico, como dice.

El juez la tomó de las manos.

—¡Es la noche, señorita, que la ha agarrado! Usted está bien. Acepte el auxilio del señor Hidalgo. La Wisther es poderosa e implacable. Pueden condenarla...

—¡Qué me importa ya que me condenen! Deben condenarme. Lo que me hace sentirme loca es que no siento arrepentimiento. ¿Verdad, señor juez? ¡Estoy contenta! ¡Perdóneme! Creí que me llevarían amarrada, los guardias; que me harían atrocidades. ¡Quizá, entonces...!

—Usted no me ha querido oír o no ha podido oírme, señorita —dijo Hidalgo en voz muy alta—. Yo admiro lo que ha hecho. ¡No sólo eso! Su hazaña ha curado mi ceguera. ¡Amo al Perú por usted! ¡Desafiaremos a la Wisther, todos! La llevo a la cárcel, y feliz, como usted. Su prisión será un campanazo. ¡Aunque sé que soy un ignorante, creo que empezaremos una era nueva! Los comunistas tenían su razón. ¡El "Zar" y el "Negrero", amigos de mi padre, fieles servidores del capital extranjero, comenzarán quizá su eclipse!

—¡Conozco a Rendón Willka, ingeniero! Defiéndalo a él, cuando llegue la ocasión. Yo no valgo. Yo terminé ya. ¡Comprenda eso! No sé qué es comunismo. El cura que don Fermín hizo destituir decía que eran demonios. De don Bruno hablan ahora como de comunista, de Rendón Willka peor. Don Bruno reza en quechua y castellano a Dios. Era maldito. Ahora ya no. ¡Suerte mía! Perdón que hable como loca. Señor juez: usted es bueno. Quizá lo botarán por eso los hacendados. Pero si este joven lo defiende con su apellido, óigame: ni don Bruno ni Rendón son demonios. Rezan y están por los que sufren. A Rendón Willka lo flagelaron, cuando era muchacho, en la escuela. Y ahí está, sin odiar a don Fermín ni a los vecinos. Haciendo trabajar a los indios, haciendo rabiar a los perversos como don Adalberto, don Lucas. ¡Ésos sí comen indios, señor juez!

—Sí, es cierto. Sí. ¡Tú eres hija del bien! No te condenarán tampoco con agravantes.

—¡Temerán el escándalo!

—No hay escándalo sin libertad de imprenta.

—¡Espere! ¡Marchemos! Descanse, señorita. Ese ruido tan extraño, que viene como de tan lejos, ¿qué es?

—Joven ingeniero: el canto del río va primero a las estrellas y de allí a nuestro corazón. Tengo sueño, ingeniero. Gracias al cielo porque lo envió a usted a la mina. Procure no oír mucho al río. De noche infunde sueño y de día, pensamientos. Y a usted, ¡Dios lo bendiga, señor juez!

Se recostó y se quedó dormida. Una llamarada se agitaba delante de su rostro, en sueños, y la hacía gemir.

Hidalgo manejaba con gran cuidado el coche. El chofer se había echado en el asiento posterior y roncaba.

—Nunca estuve más despierto, señor Hidalgo —dijo el juez—. Busque a los Aragón de Peralta. A Fermín, no a Bruno. Bruno es feudal, Fermín desea redimir al indio mediante la modernización de la agricultura. De Rendón Willka no sabemos nada seguro. Pero de algún modo parece que tiene adeptos hasta en la hacienda lejana del cruel don Lucas. Tiene hilos de araña en todas partes. Yo lo he interrogado a pedido del subprefecto anterior. Sé que lo interrogaron Cabrejos y don Fermín. Contesta a todas las preguntas correctamente, pero deja a todos intranquilos. . .

—Lo buscaré. Esta provincia me "fascina". Mi madre es buena cristiana. Felizmente ya no se oye tanto el río. Es absurdo creer que su voz llega primero a las estrellas, pero he comprobado que es cierto, la pura verdad. Me acariciaba, a pesar de la charla, como un filtro.

—No son sólo el río y las estrellas. Son los grillos y los otros insectos. Ahora hace frío. Traje una manta. Abriguemos a la señorita.

—Tiene la belleza y la energía de estas noches con millones de estrellas resplandecientes. Son alcanzadas por la voz incierta del río. ¿Dónde está?

Velazco no toleró mucho rato a Llerena, pero accedió a que se azotara a Jerónimo. Demoraron en encontrar a un verdugo. Nadie aceptó, de los ya conocidos obreros y peones. Un injerto llegado de Cañete como ayudante de mecánico blandió una rienda y golpeó sin piedad al mayordomo; cobró diez soles por cada azote. Jerónimo mantuvo hasta el décimo riendazo una especie de sonrisa triunfal que desesperó al injerto.

—¡Basta! —ordenó Velazco.

—Dos más, señor, y le hago bajar la jeta —rogó el injerto.

—Tres —dijo con entusiasmo Llerena— o cinco.

—¡Mil! —dijo Jerónimo, sin rabia—. ¿Acaso de mi cuerpo es la risa? De mi alma es, forastero.

—Así debe ser, señor. Yo tiro fuerte. Con uno hubiera hecho llorar a cualquiera de los señores. Gracias. ¡Buenas noches! ¡Temple de hombre!

Jerónimo quedó en el centro del living. Sintió que la espalda se le iba hinchando.

—Inginiero Velazco, si hay algo contra de mí, mándeme buscar a Paraybamba, mi pueblo.

—Te debo un mes de sueldo.

—Ya con el azote estamos pagados, inginiero. Ostí puede saber que nadies va recebir dinero, cuando el patrón lo jode por probar el cuerpo del mayordomo con riendazo, en delante de señores. *Dios le pague*, inginiero. Voy llevar mis cositas no más. Si quiere me vigilará segundo mayordomo.

Velazco permaneció sin responder. El otro ingeniero percibió en el gesto de su boca una clara huella de desconcierto, casi de humillación.

—Jerónimo —dijo—, aquí tienes quinientos soles. Yo no he ordenado que te castiguen.

—¿Plata? ¿Para qué ya sirve plata? Su licencia no más, inginiero.

—Puedes irte —contestó, reponiéndose, Velazco.

—¡No! Así no se despiden insolencias de cholos.

Llerena se levantó con gran dificultad, del confortable. Avanzó unos pasos, tambaleándose.

—¿Dónde está? —dijo—. ¿Dónde está ese cholito e'...?

Velazco lo agarró del cuello. Pero aun así, Llerena alcanzó a darle un puntapié a la puerta del living.

—No era el cholo —dijo—. Me doblé el dedo, carajo. Me lo doblé feo.

Lo cargaron al coche de Velazco. En el asiento posterior colocaron el cadáver de Cabrejos Seminario. Lo aseguraron contra el respaldo rellenando el piso con varios sacos de paja. El segundo mayordomo, traído de Lima, fue obligado a ir sentado sobre los costales de paja, vigilando el cadáver!

Corpancho quedó a cargo de la mina. Jerónimo, a esa hora, bajaba al río, con un baulito a la espalda.

Para dominar el dolor cantaba:

A las orillas del río Pampas
hay una gaviota;
todas las noches anda buscando
a su amorcito, a su amorcito...

Era un huayno "de moda".

—¿Quién será más? —decía, después de cada estrofa—. ¿Minas, o el padrecito Rendón Willka?

Apark'ora hormigueaba de gente venida de provincias lejanas, pobladas de comuneros sin tierras, o de siervos que habían huido de las haciendas. La Wisther movilizó a sus agentes contratistas. Levantaron barracas, especies de grandes campos techados, junto a las minúsculas "barriadas" de los tiempos de don Fermín, para recibir a la nueva gente. Construyeron un "campamento" con departamentos muy pequeños, de una y dos piezas, para los maestros obreros calificados. Triplicaron los turnos de los obreros. Las cantineras y "ch'aran k'aras" ampliaron su negocio; las primeras reclutaron mestizas de la capital de la provincia y de pueblos donde la escasez de las tierras había empobrecido y envilecido a los pequeños propietarios. Las "niñas señoritas" y las mestizas eran contratadas como empleadas, y ya indefensas, a cinco o siete días de camino de sus pueblos, y después de algunos días de astuto y "convincente" "adoctrinamiento" de las experimentadas "ch'aran k'aras", jóvenes "decentes" se convertían en prostitutas. "Llevaban un tiempo", muy tristemente; luego muchas de ellas se convertían en las más alcoholizadas, soeces y pendencieras. "Tienen el corazón amargo, porque han sido decentes", comentaban con indiferencia las dueñas de las casas. Pero eran apetecidas, "cantaban lindo en castellano", y atraían a la mejor clientela.

Sólo muy pocas de estas niñas desafiaron los riesgos del camino de vuelta a sus pueblos, solas. Dos fueron violadas, muy cerca de Apark'ora, y no se supo nunca más de ellas. Llegaban cartas de sus parientes a la mina y quedaban rezagadas en el correo.

El método para atraer a la gruesa clientela que formaban los indios "brutos" tuvo que ser diferente. No aceptaron al principio entrar a los camastros de las cantinas. Exigían salir con las cholas, y ellas fueron obligadas a ir al campo, hasta donde había arbustos que los escondieran si la noche era clara. No comprendían los indios que debían pagar; no lo podían entender. Pretendían quedarse con las cholas. Ellas les explicaban persuasivamente, y la mayor parte alcanzaba a entender, y pagaban con amargura incurable la compañía.

—¿Por billete, palomita? ¿Por billete? —preguntaban extraviados.

Quienes lograban entender que *eso* se había convertido también en un negocio entregaban la suma que les pedían, o empezaban a exigir rebaja, por costumbre, avergonzados. No volvían a la cantina. Se iban a su barraca, callados, en la inmensa noche de la que por primera vez se sentían como desgarrados. "¡Pagando!", decían algunos. "¡Triste!"

Pero otros se enfurecían, y revolcaban a puntapiés a las "ch'aran k'aras", en el campo o en los cuartuchos adonde eran llevados por las mujeres.

—¿Yo? ¿Pagando lo que Dios ha hecho de la mujer para el hombre? ¡Maldita! ¡Contra de Dios!

Y nunca eran más inmisericordes. Los "compadres" de la cantinera acudían con palos o gruesos azotes para golpear al indio. Él se defendía como si quienes lo atacaran fueran gentiles, criaturas del mal. Peleaba con furia "nunca vista". Y eran llevados a sus barracas con algún hueso roto, o inconscientes. Uno que otro murieron, cuando los servicios médicos no habían sido aún instalados en la mina.

Morían en silencio, extraviados, rezando en quechua, llamando a sus pueblos. Pasaron muchos años para que llegaran a entender ese negocio. Y fueron pocos quienes lo aceptaron. Como nunca venían a trabajar de por vida en esas minas, se alimentaban de maíz tostado y carne salada, que habían traído o mandaban hacer. Y cumplido su contrato se iban, llevándose un pequeño capital para trabajar en sus pueblos. Los indios de hacienda prolongaban más su estancia; se quedaron muchos, pero los más emigraban a Lima o a los "pueblos grandes". La mina tenía siempre una población flotante, inestable, que ofrecía grandes ventajas a la empresa.

Los maestros obreros calificados, clientes de las mestizas, eran gente "acostumbrada" al negocio de las "ch'aran k'aras" y permanecían mucho tiempo en las minas, casi siempre de por vida.

El núcleo de esa población obrera acababa de llegar cuando los vecinos incendiaron la iglesia de San Pedro.

Una comisión de obreros solicitó ser recibida por el ingeniero Velazco cuando éste volvió de la capital de la provincia, después de la muerte de Cabrejos. Camargo, el capitán de mina, sirvió de intermediario. Velazco citó a los obreros para las 5.45 de la tarde, al término de la jornada.

Ingresaron a la oficina de la gerencia, Antenor, Félix Portales, el celendino Obregón, Lluta Febres y Justo Pariona.

Velazco los invitó a sentarse.

—Los escucho —dijo.

—Señor ingeniero —habló Antenor—. Los antiguos obreros calificados de Aparcora venimos a reclamar por los jornales de miseria que les pagan a los indios "enganchados" últimamente; también reclamamos porque no se han dado al campamento los servicios necesarios antes de traer a tanta gente. No hay luz, no hay servicios; a los indios no les protegen siquiera con cascos. Lo que está bien es que se hayan traído suficientes máscaras para los perforistas. Nuestro reclamo principal es la cuestión de los jornales y de los servicios.

—Ustedes ganan más de lo justo. Aragón de Peralta tenía urgencia de llegar al manto de plata y les ofreció jornales excesivos porque necesitaba un rendimiento extraordinario. Ahora la mina en-

tra a una etapa regular de explotación. Los indios han sido traídos a la mina bajo contratos legales, con jornales aceptados por ellos hasta con gran entusiasmo. Ellos ganaban en sus pueblos o haciendas a las que pertenecían menos de dos soles y en ciertos casos hasta cincuenta centavos diarios. Aquí ganan doce soles.

—Señor ingeniero: así como usted es defensor natural de los intereses de la mina —respondió Portales—, tiene usted que aceptar que seamos también defensores naturales de nuestros camaradas de trabajo. Su alegato no tiene base: los agricultores y hacendados feudales ganan, digamos, cinco por uno, así los que pagan dos soles como los que dan cincuenta centavos. Trabajan como feudales, a la antigua. Pero la mina ésta de plata pura, ¿cuánto va a percibir por cada doce soles que les pagan a esos pobres indios? ¿Diez por uno o cincuenta por uno? ¿La Wisther, que es gigante, se queja de pagar lo que pagaba don Fermín, que es como una hormiguita para la Wisther? Reclamamos nivelación de jornales, servicios como para seres humanos...

—Oiga usted. Espere un momento —y dio una orden secreta a un mayordomo—. No va a decir que los indios son seres humanos completos. Basta mirarlos. Les falta mucho y aquí aprenderán, se dignificarán.

—No en esas barracas...

—Yo no le he interrumpido. ¡No me interrumpa usted! ¿Qué harían los indios con treinta soles diarios?

—¡Gozarían, padrecito inginiero! ¡Se acercarían al Dios! —contestó Justo Pariona.

—¡No me interrumpan!

—Usté preguntando...

—Bueno. Con treinta soles se emborracharían diariamente...

—¡No, padrecito! Guardan su platita para irse. Maestros emborrachan más.

—He concedido lo que no les debo. Mi respuesta es que ellos han venido con un contrato legal. Y eso es suficiente.

—Eso amenaza la situación de los antiguos obreros —dijo Obregón.

—Ya lo veremos.

—Ya lo estamos viendo.

—Lo que estoy viendo es que ustedes son agitadores, comunistas. Los acuso como a tales. Estoy dispuesto a limpiar de comunistas al personal obrero de esta gran empresa que se inicia. No deseamos maleantes.

—¡Yo soy aprista! —dijo Antenor.

Velazco se lo quedó mirando con profundo desprecio.

—Un aprista peor que comunista. ¡Cobarde! Señor teniente: todos estos individuos son agitadores comunistas. Le ruego enviarlos

de aquí mismo, de la gerencia, a la capital de la provincia y pasado mañana, en avión, a Lima.

—¿Usted es prefecto? ¿Cómo puede dar órdenes a un oficial? — preguntó Félix Portales.

El teniente lo sacudió del hombro.

—¡Silencio! —le dijo—. Un agitador social tiene que atenerse a las consecuencias. Amordace, sargento, a este hombre.

—¡Yo, yo...! —exclamó Antenor.

—Usted es de los comunistas disfrazados.

—¡Soy aprista, he dicho! ¡Y voy preso! ¡Pero volveré!

Justo Pariona meditaba algo:

—Inginiero —dijo—, ostí ha matado Cabrejos.

Velazco perdió el control y se abalanzó sobre el indio. Pariona lo recibió con un golpe secreto del codo, típico del "Rompe". Velazco palideció, retrocediendo.

—Indio sabe más que inginiero que ha matado —dijo el *k'ollana.*

Y recibió un golpe de la cacha del revólver del sargento, en la nuca. Cayó al suelo.

—¡Pura "comboyada" [1], señor Velazco! Así no vale. Así usté, aunque sea con mil guardias parece güevón —dijo el celendino.

—No era aún tiempo. Yo lo advertí —dijo Portales, mientras lo amarraban.

Velazco no podía hablar.

Encerraron en una oficina a los obreros y los despacharon de noche a la capital de la provincia.

Justo Pariona iba feliz en el camión.

—No sabes, cholo. No sabes. "El Sexto" o el "Frontón" son peor que el infierno —le decía Antenor—. Vas a llorar.

—¡Ya caraya! Yo, consolando al que esté llorando.

—Lo que me gusta es que tienes ese golpe secreto, de indio. De veras, Velazco es peor que Cabrejos, pero este cholo lo dejó con cara de güevón, con ese golpe.

—¡Para siempre! —dijo Obregón—. Yo sé.

—Creo que me ha roto el hígado, algo noble, ese indio. Lo haré fornicar con veinte negros si me ha roto el hígado —le decía Velazco al teniente, dos días después de la prisión de los obreros.

—No, ingeniero; usted camina. Hay en la provincia un buen médico; él cura a los hacendados. A usted lo sanará rápido. He despachado veinte guardias con los presos. No se necesita más tropa aquí.

[1] Películas de *cowboys*.

Los sampedrinos se están yendo ya a la carretera. Van moqueando, me ha dicho el sargento segundo. Eso se arregló fácil.

—Acaso cueste la vida no sólo de Cabrejos, sino la mía. Algo noble me ha roto ese indio.

—Ya le he dicho, ingeniero. Esos dolores hacen perder un poco la cabeza. Usted está caminando bien.

—A la tumba. Lo merezco. ¿Faltar a mi oficina pretendiendo golpear a un indio? Voy a la ciudad. Debo reunirme con los hacendados, a pesar de que el senador ya les ha hecho saber que no perturbaremos sus intereses. El dolor que siento es raro. No me afecta mucho la mente.

—Un golpe al hígado, señor Velazco, duele. Si fuera mortal, si le hubiera roto la víscera, ya estaría agónico.

—De veras.

—Y tome valor. Hemos hecho citar hoy a Bruno Aragón y a Rendón Willka. Han ido un cabo y dos guardias por él.

—¿Para hoy?

—No podía prever lo que ha ocurrido. Además, han pasado diez camiones con vacas suizas por la carretera. Y cinco camiones más, cubiertos, probablemente con herramientas y semilla. En un Land Rover nuevo seguían a la flota Fermín Aragón de Peralta y tres personas más, seguramente ingenieros. El loco del Hidalgo se ha dirigido a Paraybamba en un caballo chusco. Debe haber visitado ya a Bruno Aragón. Cabrejos dejó bien organizado el servicio de información.

—No disminuya más su tropa, señor teniente. Puede que estemos en vísperas de acontecimientos graves que supusimos que ocurrieran y no se han presentado sino como incidentes aislados. Le ruego asistir a la entrevista con Bruno Aragón de Peralta y Rendón Willka. No creo que el nombramiento del subprefecto haya sido acertado. Lo eligió Cabrejos. No sabe tratar adecuadamente a nadie. ¿Cómo se equivocó Cabrejos? Llerena tiene una cierta expresión de astuto, pero es un patán vulgar que puede. . .

—¡El subprefecto! —anunció el mayordomo, muy asustado.

Llerena se quitó el sombrero para entrar a la oficina.

—Buenos días, señores —dijo—. ¡Es una sorpresa! El juez nos está traicionando. He telegrafiado pidiendo su destitución o cambio. La quema de San Pedro ha alborotado a las beatas y beatos, y a los comunistas. Ingeniero, tiene que ir. Necesitamos consejos. El capitán jefe de línea se ha hecho el fuerte. Pero yo mando. El juez se opone a la remisión de los comunistas a Lima.

—Yo no puedo ni debo aconsejar. Usted no ha debido abandonar la capital, y puede apresar al juez, si se decide.

—Regreso ahora mismo. Necesitamos fondos para quebrantar a algunos beatos y comunistas. Todo está arreglado. Y el juez será

empitado mañana mismo. Parece que el cholo se ha prendado de la asesina.

Velazco enrojeció de ira. Corpancho contestó al subprefecto.

—¿Fondos? ¿Qué fondos? ¿Y por qué nos lo pide?

—Yo no los tocaré, por Dios —dijo Llerena, con humildad—. Los presos ya han llegado. Entraron cantando a la capital. Todo está resuelto. Y no me dirán que no es por causa de la mina. El secretario ha hecho entrevistas, arreglos. Unos miles, y todo quedará tranquilo. Yo no los tocaré.

—No le daremos un centavo más a usted. ¡Ni un centavo! Ni iré a la capital; ese problema es suyo, señor Llerena.

—Bien —dijo Llerena—. Entonces retiraré a la tropa de la mina. Necesito toda la gente. Usted sabe; o bala o plata. Usted no quiere aflojar la plata, me llevo la tropa.

Don Bruno salvó a Velazco de dar una respuesta inmediata. Se presentó en la puerta de la oficina. Velazco comprendió quién era.

—Señor teniente, he acudido a su incomprensible citación —dijo—. Conforme a su oficio, he venido acompañado de mi administrador, Rendón Willka.

—¡Ah! El señor Aragón —contestó el teniente—, le presento a los nuevos ingenieros.

Velazco y Corpancho se pusieron de pie.

—Señor de Peralta, tenga la bondad de pasar —dijo Velazco.

El teniente estaba en la puerta.

Luego del saludo, Velazco presentó al subprefecto. Rendón no fue invitado a entrar. Había vuelto a ponerse su traje de casimir. No llevaba corbata, pero sí una camisa almidonada y limpia. Se quedó en la puerta. Llerena examinaba con altanería insolente al hacendado.

—He llegado a mala hora —dijo sin poder contenerse.

—Estamos de acuerdo, señor —contestó don Bruno—. Peor es para mí. Señor teniente: la orden está firmada por usted. ¿De qué se trata?

—Estando el señor subprefecto presente, a él debe dirigirse.

—Que se dirija él a mí. Yo he cumplido con viajar desde mi hacienda.

—¿Qué quiere que le diga? Tengo orden de empitarlo a la primera zamarrada que haga para "alterar la paz y el orden social". Se le ha mandado llamar nada más para notificarle eso.

—Comprendo a medias su lenguaje, señor subprefecto —contestó don Bruno—. No entiendo qué significado le da a las palabras "empitar" y "zamarrada". Y puedo, creo, sospechar que los señores ingenieros tampoco le han entendido.

—¿Y si le digo que son ellos los que han ordenado que usted venga? Yo acabo de llegar. Que Velazco le hable; mi castellano es del norte y no de gamonales.

—De algún lugar desconocido para los grandes señores ha de ser su castellano, y comprendo por eso que sean los ingenieros quienes mandan. Me place, sin embargo, su coraje para decir la verdad. ¿Qué desean de mí los señores ingenieros?

La barba rubia de don Bruno era la que desafiaba a Velazco. Una barba de antiguo corte que daba al rostro del hacendado un aire de majestad algo "ridícula" pero dominadora.

—Señor de Peralta, el subprefecto, que es del norte, de un lugar que no es ni costa ni sierra, confunde conceptos y palabras. La compañía Aparcora es una empresa de gran importancia para el país. Se invertirán en las minas decenas y quizá centenas de millones, pero está enclavada en una zona socialmente atrasada. La empresa no quiere perturbar el orden social vigente. No acepta peones que sean siervos de las haciendas circundantes para no tener conflictos con los señores. En el Ministerio de Gobierno de Lima se tienen informes fidedignos, proporcionados por los propios caballeros de la clase a la que usted pertenece, de que usted ha empezado a tomar medidas reformistas que quebrantan las costumbres establecidas. Se sabe también que tiene usted a su servicio a un ex indio comunista adoctrinado en Lima. La compañía Aparcora desea estar en paz no sólo con usted, sino con todos los señores hacendados. La empresa deseaba hablar de este problema con usted.

Don Bruno escuchó a Velazco con indignación creciente y visible. Sus ojos azules, que de la dulzura cambiaban pronto a la ira, observaban a Velazco con asombro. Llerena se sentía feliz. "Este gallo serrano se lo come al ladrón de Velazco. ¿Cuánto recibirá de la Wisther? Y no quiere soltar más que plumitas. Yo quiero la gallina entera. Y este gallo de tapada parece que me va a servir."

Corpancho se dio cuenta del entusiasmo con que Llerena observaba a don Bruno.

—Señor ingeniero —respondió don Bruno—, debo agradecerle y felicitarlo por la claridad y franqueza con que se ha decidido a hablar. Yo soy católico desde antes de nacido, y lo soy cada día más. Cosas que no había aprendido bien por la fuerza de la costumbre las estoy descubriendo ahora. Ustedes manejan los asuntos de las provincias, desde Lima, en forma no sólo contradictoria en sí misma, sino en flagrante oposición con Dios y la ley. Y resulta ahora, para mí hecho comprobado, por la valiente aunque ruda declaración del actual señor subprefecto, que las órdenes las firman las autoridades, pero son ustedes, los directores de las grandes empresas, quienes las dictan, cada quien según su categoría. Usted me habla de paz en el orden social, pero despoja a todo un pueblo de antiguos caballeros de la única tierra que les producía alimentos. ¡Diez centavos por metro cuadrado! Mi hermano Fermín ofrecía veinte veces más que ese mísero precio, pero el antiguo agente de la Compañía sobornó a algunos vecinos y consiguió que los señores de San Pedro no siguie-

ran vendiendo esas tierras a mi hermano que, también como ustedes, pretendía despojar a sus compoblanos de la única madre tierra que los alimenta. Él, como usted ya sabrá, es algo maldito. El despojo sangriento ha provocado el mayor crimen desesperado de que se tenga noticia: un pueblo católico, que rezaba en quechua y castellano, que adoraba a Dios con pureza de corazón y no como pretexto para encontrar respaldo a empresas endemoniadas... ¡Me acuerdo del desdichado Cabrejos! Ese pueblo que necesitaba el amparo del gobierno y no su ciega furia, ha desconocido casi a Dios. Ustedes los han llevado hasta la locura y ellos han quemado la iglesia más antigua, la más dorada de la provincia. Allí, en su interior, no había noches, señores. ¡No había noche! El oro y las piedras preciosas brillaban. Ahora es un *rák'ay* que asusta, como dirían los indios; es decir, muros negros que dan miedo, donde el demonio duerme feliz. Y siendo así lo ocurrido, cosa que demuestra cuál es el espíritu de la empresa, ¿me llama usted al orden, ingeniero? ¿En qué funda usted la "buena" política de fomentar la huida de los colonos de las haciendas lejanas y de impedir el acceso de los cien colonos de don Lucas o Cisneros, por ejemplo, a las minas? ¿Las haciendas lejanas son extranjeras? ¿No es cosa de niños perversos calcular así las cosas? Yo acabo de estar en San Pedro. He repartido todo mi dinero entre mis codistritanos que huyen de su pueblo, que se van llorando a gritos, porque no sólo dejaron su corazón en el pueblo sino que lo quemaron al incendiar la iglesia. ¿Sabe usted que la señorita Asunta de la Torre es considerada por esa gente sin consuelo como una santa, a pesar de que cometió un crimen?

—Y no sabe usted todavía lo que le viene, amigo —dijo Llerena sonriendo—. Le van a quitar el agua a sus molinos y a su maíz.

—¡Señor subprefecto! —gritó Velazco.

—¡Qué señor subprefecto! —siguió hablando Llerena—. Con usted no pierdo nada. ¿Para qué cree usted, amigo Bruno, que aquí han reunido los señores ingenieros como mil peones? Van a abrir un canal doscientos metros más alto que la boca-toma de su hacienda para instalar la gran planta hidroeléctrica. Dentro de poco a usted también, amigo, no le van a alcanzar los pañuelos... ¿Por qué cree que hay, ahora, en la mina cuarenta ametralladoras?

Velazco, Corpancho y el teniente, quedaron absortos. Llerena los contemplaba, recreándose. "¡Ni un centavo a usted!" Al subprefecto. ¡Toma mientras! ¡Al subprefecto! Este barbudo es de otra laya. ¡Carajo! Es santo, aunque tiene ojos como de candela, los está fregando bien. ¿Ahora, qué van a decir?"

—Señores, ¡despierten! —exclamó don Bruno, casi piadosamente—. ¿Qué son ustedes? ¿Por qué se avergüenzan de ese modo? El señor subprefecto me ha dado la oportunidad de absolver la segunda cuestión que les interesa: Demetrio Rendón Willka, mi administrador, es parte de mi alma y de mi cuerpo, como usted de la

Wisther and Bozart Company. No es responsable. Obedece mis órdenes. La conformación es exacta en cuanto al molde. ¡Sólo que mi alma no quema iglesias, no le quita la tierra a los hambrientos ni el agua del río que es libre por la santa voluntad de Dios y del mandato de la ley! El señor subprefecto, como un inocente mensajero de Lima, nos trae la noticia atroz de que la Wisther se alza sobre la ley y contra Dios. Mis molinos. . .

—¡Silencio! —dijo Llerena, parándose—. ¿Qué gente es ésta? Uno me dice: "Ni un centavo; al subprefecto, cuando pide para defender el orden, y otro, usté, don Aragón, me califica de inocente mensajero. ¿Soy un pájaro o un ángel *calato*? [1] Ha predicado como una hora. ¡Puro comunismo, mezclando con Dios, la iglesia, los santos, para disimular! La Wisther es la Wisther y el gobierno el gobierno, Si yo quiero lo hago empitar, es decir, amarrar, como a bandolero, a usté y a su cholo, o también hago empitar al ingenierito Velazco, y los despacho a Lima, presos. ¿O no, teniente?

—¡A la orden, señor subprefecto!

—¡Claro! A la orden mía. ¿Ven?

—¿Después de Lima, señor subprefecto? —preguntó don Bruno.

—¿Cómo, usted tan sabido no se da cuenta que los subprefectos mandamos sólo en la provincia? En Lima está el gobierno. Allá, ellos deciden en grande. Mañana empito al juez. ¿Se da cuenta, usté qu'es, aunque bien hablador, gamonal; se da cuenta? Empito al juez. El pobrecito se ha "templado" [2] de la asesina y se opone a la prisión de los comunistas que hemos sacado de esta mina. ¿A ver? ¡Acércate aquí, mayordomo!

Nadie le hizo caso.

—A ti te llamo, cholo bruto —le dijo a Rendón.

—Mayordomo, no, administrador —contestó Demetrio, mientras don Bruno meditaba, con los ojos puestos en Velazco, pero sin mirarlo.

—Obedece —ordenó el teniente.

Velazco quedó como atrapado por los ojos de Aragón que pesaban sobre los suyos, como una bola de plomo ardiente, inexpresivo pero ineludible. Corpancho permaneció atento a las nuevas bravatas "monstruosas" de Llerena. "Se ha ganado la fornicación de los amos del Sexto", pensaba con respecto a Llerena. "De eso, ni Dios lo salva."

—Oye, cholo. ¿qué es el comunismo? —preguntó Llerena a Rendón Willka.

—Usté sabrá, señor, que dice ha encontrado comunistas. Yo soy administrador del gran señor don Bruno.

[1] Desnudo.
[2] Enamorado.

—Por eso tienes que saber de comunismo. Contesta.

—Dicen comunista del patrón grande don Bruno, comunista dicen de yo; de ostí dirán comunista; seguro. Inginiero Velazco rabiando ya, pues.

—¡Cholo ignorante! ¡Asnazo! Dime, a ver. ¿Tú crees que los indios de las haciendas de los gamonales deben ganar salario y no trabajar, así, "por las puras"?

—La costumbre es antiguo, señor.

—¿Qué piensas de don Lucas y de Cisneros?

—A don Lucas no le he conocido, señor don Cisneros duerme cada noche con dos indias. Por la fuerza les hace.

—¿Por la fuerza? ¿Cómo sabes?

—Todos saben.

—Si estuvieras solo frente a frente con don Lucas, tú, que eres cholo fuerte, ¿te lo comerías?

—Cómo, pues, señor. ¡Comer gente, no! Yo, cristiano.

—¡Animal! Quiero decir si lo matarías.

—Don Lucas anda a caballo con pistola. Él me mataría.

—¿Por qué?

—Le gusta matar cholos. Todos saben.

—¿Qué piensas de la Wisther?

—Mi patrón ya ha dicho.

—¿Y de Cabrejos?

—Está enterrado, señor.

Corpancho, a pesar de todo, sin reflexionar, se regocijaba de las respuestas de Rendón Willka. "Es como dicen que son los cholos listos... más...", pensaba.

De pronto Aragón le alcanzó un documento a Llerena.

—Le ruego leer esta carta. Nos ahorrará disgustos, y tiempo.

Rendón permaneció en el centro de la oficina. Dirigió sus ojos hacia Velazco. Le pareció que ese señor despertaba como de un embotamiento. Su expresión se fue haciendo lúcida. Y ambos se examinaron, al fin, con sutilísimo desprecio mutuo. Pero Rendón fue como aumentando de volumen ante Velazco. Y el menosprecio casi imperceptible se transformó en asombro y luego en un temor inexplicable. "Es el golpe del indio que me ha disminuido. Debo ir a Lima. Llerena ya tiene su sitio en el Sexto; pero en el primer piso. Que lo forniquen hasta enloquecerlo. Le falta poco." Apenas había concluido de formular esta amenaza, cuando vio a Llerena rendirse ante Aragón de Peralta.

—Yo no di la orden sino el ingeniero Velazco. Lo puedo empitar —dijo.

—Señor Llerena, yo le dije a mi hermano que esta mina traería la pestilencia del mal que el demonio infunde en nuestra débil carne. No sólo no me creyó sino que me convenció a que lo auxiliara

con mis indios. Yo y Rendón somos más fuertes que ustedes: tenemos a Dios y nuestro corazón que no hemos vendido a nadie.

—Por eso constituyen una amenaza —dijo Velazco, con energía—. Lo veo claro.

—Sí. Amenaza, ¿para quiénes? No para la gente de paz, sino para los incendiarios de iglesias, para los que quieren acaparar aguas, tierras y el aire que respiramos. Vuestra mina ha de envenenarlo todo con la escoria. El río cristalino se volverá turbio y ponzoñoso; matará a los pejerreyes y a los patos de colores que adoran a Dios mejor que nosotros. Pero. . . yo le iba a proponer al señor subprefecto, a quien respeto, una graciosa apuesta.

—¿Cuál? Diga, hombre.

—Diez mil soles a que no se atreve a empitar y enviar preso a Lima, no ya al señor ingeniero Velazco, sino al segundo ingeniero, señor Corpancho.

Llerena quedó como paralizado, sin respirar, frente a Rendón Willka, en el centro de la oficina.

Velazco observó a Llerena y a don Bruno. Aragón se mofaba también de él, de Velazco. "Este fanático sí, no tiene lugar en Sexto. Más lejos. Al Sepa."

—Teinta mil —dijo don Bruno.

—Con el señor subprefecto no se apuesta —respondió por fin Llerena—. Entre amigos y para asuntos no oficiales. . . De mujeres, por ejemplo.

—Bien, señores, ¡adiós! Rendón Willka y yo sacaremos agua para los molinos de alguna parte. El maíz crecerá con la lluvia que Dios nos mande regularmente. De lo que ustedes ni yo podemos responder es de la inocencia que antes reinaba en la gente de estos lugares. Ustedes han traído prostitutas y veneno. Esta noche escribiré al Santo Padre.

Salió sin despedirse. No se había quitado las espuelas de plata. Se fue, haciendo sonar el aspa de acero. Rendón, con el sombrero en la mano, lo siguió.

—Combinación maligna. Muy maligna —dijo Velazco en voz alta.

—Y con el apoyo fuerte del senador. La carta es de garantía.

—Ya, señor subprefecto. Marchamos en seguida a la provincia y seguimos de largo a Lima. Esto conviene consultarlo con el ministro. Usté se portó bien en lo de la apuesta. ¡Lo felicito! Y habrá "mosca", mucha "mosca". Pero allá, aquí, no.

—¡Eso es hablar! ¡Eso es hacer por la patria! Formar yunta entre poderes. ¿No es cierto? A ese par, tarde o temprano, los empitamos.

—Así es, señor subprefecto. De frente hasta el Sexto.

—Pero. . . De veras, ¿no hay "mosca" aquí? ¿Nada? —preguntó Llerena, como reaccionando.

—No; usted necesita el dinero en la ciudad. Dijo usted que no lo tocaría.

Velazco había dado una significación muy especial a su frase: "De frente, hasta el Sexto"; Llerena conocía bien ese penal. Como un animal que obedece a su instinto, contestó a Velazco:

—Me quedo en Aparcora unos días. Es la orden. Vigilar los "focos" de descontento. El capitán en la capital de la provincia, yo aquí. Soy el subprefecto, ¿entiende, amigo Velazco? Me quedo.

—Bien, señor. Lo alojaremos en un departamento para ingenieros que ha quedado desocupado. Puede quedarse. No habrá "moscas" ni "moscardón". Podrá usted dormir tranquilo.

—Así es, así es. Haremos mielcita más tarde y mucha "mosca" ha de venir.

—Acompañe al señor subprefecto al departamento que fue del señor Jorge —ordenó secamente Velazco al mayordomo.

—Esta mina es un "foco" de desorden. Yo por eso me quedo. ¿Entiende? La capital de la provincia es otro foco; pero allí está el jefe de línea. Cada quien de guardia.

—Colaboramos por el cuidado del orden. El mayordomo ha de llevarlo a su alojamiento. ¡Buenas noches!

Llerena salió, sintiendo en la piel algo del frío que le entraba al cuerpo cuando trasponía la entrada a una prisión.

CAPÍTULO XII

El fuego había secado los arbustos de la plaza. No los quemó, agostó la poca savia que les permite mantenerse enclenques pero erguidos. Ahora estaban con las pobres ramas esparcidas exageradamente, y doblándose bajo el peso de la gran luz del sol.

Los muros de la iglesia se veían atorados de carbón, teja, cal y una especie de basura polvorienta.

"La casa de Dios Señor puede quemar la gente; así queda feo. Al Dios de los comuneros no le alcanza la mano de la gente. El vecino hace su Dios con su mano, con su mano también lo vuelve ceniza, fácil. ¿Cuándo vamos a enseñar al comunero que vea eso? Entonces el comunero, cuando aprenda que el cerro es sordo, que la nieve es agua, que el cóndor wamani muere con un tiro, entonces curará para siempre. Para comunero no habrá Dios, el hombre no más, la gente humilde con su corazón que aprende fácil todo bien y mata todo mal. La alegría viene de ver en cada comunero a un hermano que tiene derecho igual a cantar, a bailar, a comer, a trabajar. Cuando muera el Dios del comunero no habrá ya miedo, no habrá rabia, no habrá el amargo para el corazón. Cuando el vecino, el señor, quema a su Dios, más amargo, más rabioso, más loco se vuelve. Don Bruno está llorando; ingenieros que han matado a Dios en lo adentro de su alma, comen veneno día y noche; comunistas también que han matado a Dios pelean entre ellos, más que alacranes se quitan el mando. ¡Apristas... sapos y culebras son; arrodillan delante de jefes ociosos, putañeros! Comunero es distinto... ¿comunista? ¡Que vengan, pues! Nosotros cortaremos su tenaza de alacrán, su venenito; entonces serán hermanos. ¿Apristas? ¿Cuál es sapo, cuál es culebra, cuál es hermano? En siete años no he podido saber. Ellos también no saben. «Gran Hablador» dice sabe. Y en su cabeza hay un rato alacrán, otro rato culebra, otro rato hermano grande, como en el Dios de los señores. ¡Yo firme! ¡Comunero de... cuarenta pueblos, haciendas, firme! Don Bruno; creedor en Dios, ¡no estés llorando! Tú eres también como el Dios que San Pedro ha quemado en vano. ¡Quemarán para que más viva el Dios! ¡Maldición de We-

ra'ochas! [1]. ¡Ahí está, don Bruno! Más lágrimas había en su cuerpo que sangre. Si lágrimas salieran de su vena ya estaría muriendo..."

Rendón Willka, detrás de su patrón, arrodillado en el suelo del atrio, que olía todavía a incendio, pensaba. Aragón de Peralta ya no podía hablar. Se estaba ahogando. Demetrio se le acercó; avanzando de rodillas, le alzó la cabeza.

—¡No has llorado, indio! —le dijo don Bruno.

Pero luego encontró en los ojos del comunero como una especie de reflejo de la paz y la dulzura del cielo, y del agua tranquila y silenciosa de los manantiales que Dios guarda incontaminados en las grandes alturas. La arena juega, como movida por la mano oculta de los inmensos nevados protectores, en el agua, en el agua pura de esos manantiales. Juega, transmite alegría, deslumbramiento; retrata el alma sin sus sombras y cada grano es un mundo feliz.

—No tienes por qué llorar tú, Demetrio —dijo don Bruno, apoyando la cabeza sobre las manos del indio—. Tú no has ofendido a Dios. Yo, yo... ¡Quinientos indios regalé para que la Wisther dispersara a mi pueblo, para que lo condenara hasta incendiar la casa de su Dios! ¡Velazco es la Wisther y no tiene Dios! Han devorado a mi pueblo con mi auxilio. ¿Dónde está San Pedro, Demetrio?

—Don Bruno, patrón; el pueblo en el alma está, no único en las casas, en la iglesia, en los arbolitos de la plaza. Vecinos regresarán pronto. El patria "empiterá" a la Wisther. Mina, mina grande, será de San Pedro. No llorará la gente pidiendo misericordia. Arderán los inginieros sin alma que mandan en Lima y en todos los pueblos. Dios los quemará. Y el oro, la plata, que los peones y maestros sacan de la mina que Nuestro Señor puso en Apark'ora para el bien y no para el espanto de sus hijos, no traerá corrupción, pestilencia, sino alegría: ropa, alimento, juguetes para los niños. Esta plaza que ha quedado como cementerio será jardín para el comunero, para el cristiano, las casas estarán pintadas de blanco, las rocas de piedra se reirán adorando al Señor. La plata no corrompe al señor, al comunero, que tiene creencia en el patria, en la esperanza de la "juelicidad" del hijo de Dios; corrompe al que ha vendido su alma al ambición qu'es diablo; al creyente lo hace grande por el luz de su alma que alumbra a la gente, a los pajaritos, a toda la superficie de este mundo. Tú, patrón, tienes harta plata ¿acaso para maldición de tus criaturas? Don Fermín tiene harta plata y no sabemos todavía si para maldición, la Wisther lo ha devorado. Pero ya regresó. Hará hacienda nueva, matará de rabia a don Lucas, a don Cisneros... La plata no apesta, el alma mala apesta. El oro trae bendición o convierte la mujer inocente en *ch'ara k'aras*, según sea su dueño. Estamos hablando en el silencio...

[1] Antiguo dios incaico; nombre que se da a los señores de la clase alta, cualquiera que sea su raza.

—Demetrio; ¿cómo sabes tanto? Sabes más que yo.

—Yo sufriendo siete años en barriadas de Lima, comiendo basura con perros y criaturitas, oyendo a políticos, yendo a la escuela. Cuidando mi alma, señor, para ti.

—Sí, Demetrio. Sube a la torre y repica la campana. No toques la chica. La grande y la mediana no más. Mi hijo, don Alberto Federico Andrés Aragón de Peralta, ha cumplido hoy un mes. Él y tú me responden por San Pedro. ¡Levántame!

Demetrio lo alzó respetuosamente.

—Pocas casas han quemado. Pero no hay iglesia. No hay pueblo. Un campo con una villa abandonada es peor que un cementerio. ¡Anda! ¡Repica! Don Alberto Federico y tú hablan con las campanas. Eres su albacea. Las llamas no tuvieron fuerza para malograr las campanas que mi abuelo hizo fundir. ¡Resucita al pueblo! Tu alma ha vivificado la mía. ¡Que no se enfríe!

Demetrio corrió a la torre mientras don Bruno se quedaba solo, con la cabeza descubierta, en la inmensa plaza.

Rendón Willka repicó, al estilo del *ayllu* [1] de Lahuaymarca, las dos campanas: en golpes rapidísimos y fuertes, como para una danza.

Los negros muros del templo se animaron, los caídos arbustos del centro de la plaza empezaron a moverse. Un golpe fortísimo en la campana pequeña, penetró como un rayo en la conciencia del hacendado, le cubrió de oro. El ya negro Apukintu tomó contacto con el sol. Había estado aislado, solo, frente a don Bruno. La voz de las campanas, el himno que tocaba en ellas Demetrio, devolvió a la montaña protectora del pueblo su conexión con la villa y con la cadena de cerros y nevados de la que se había aislado, ennegreciendo, cruzándose de rocas y de arbustos muertos.

Don Bruno oyó unos pasos cerca. Cuando volvió la cara se encontró con el alcalde, don Ricardo de la Torre, con doña Adelaida y los cinco alcaldes del común.

—Así, no, don Ricardo —le dijo a gritos el hacendado—. Está usted rotoso, con la barba como de un muerto. Vea a doña Adelaida. Mire a los alcaldes.

—Mañana... No, dentro de un rato, me cambio con el traje algo nuevo que todavía tengo. ¡San Pedro no ha muerto! ¡Ahí están repicando las campanas!

—¡Las campanas, Señor! —exclamó doña Adelaida.

Los cinco alcaldes del común se quitaron las monteras.

—Bajamos de Lahuaymarca a sembrar —dijo don Felipe, mayor alcalde—. No morirá la tierra, señora Adelaida, gran patrón. Daremos a sus dueños siete por diez. Cosecharemos más que cuando sus dueños nos obligaban a trabajar. Patrón alcalde: ya tenemos

[1] Comunidad.

maestra; don Fermín Aragones, el mismo ha llevado maestra. Todos lahuaymarcas que trabajaban en minas han regresado. Justo Pariona, preso, sin culpa. ¿Minas? Quieran no quieran comprarán trigo. Maíz habrá poco. Wisthir va aplanar "Esmeralda". Nuestro señor Apukintu castigará ingeniero Velazco. Ya está amarilleando.

Cesó el repique, y el gran potro blanco de don Bruno levantó la cabeza.

—Él también nos acompaña —dijo el alcalde.

—¿Esto es todo San Pedro ahora? —preguntó don Bruno.

—Así creo. Se han estado yendo día y noche.

—¡Que bajen los indios! ¡Que habiten algunas casas! Porque la mina nos puede hacer quitar la categoría de distrito.

—Sí —contestó don Ricardo —. Tengo encargo de ofrecer todas las casas no incendiadas en guardianía a los comuneros.

Demetrio bajó de la torre y, a la carrera, se incorporó al grupo.

—Has resucitado al pueblo; gracias, Rendón Willka. Has repicado de otro modo. ¡Mejor! —le dijo el alcalde—. Estamos pidiendo al mayor alcalde que bajen comuneros al pueblo, para que la mina no nos quite la categoría de distrito.

—Bajarán por turnos, según el trabajo. Tienen que sembrar y cuidar el trigo y los pastos. El señor alcalde felizmente está aquí.

—Y el teniente alcalde ha de volver. Ha ido para reclamar, no para quedarse.

—Desde el domingo entrante, faena para levantar la iglesia —dijo Maywa, y alzó su vara.

—¡Wifááá! —contestaron los cuatro regidores y Demetrio.

—Tenemos maestro albañil. . .

—Yo compro la madera —dijo don Bruno.

—Yo la gran puerta y las ventanas —ofreció doña Adelaida.

—Alberto Federico Aragón de Peralta, el altar mayor.

—Yo, yo. . ., mis lágrimas —dijo don Ricardo.

—Eso vale más, don Ricardo. Dios lo recompensará. Yo sé cómo.

—A ella y a mi hija Asunta la auxiliarán sus hermanos.

—¡Todos! Fermín le ha contratado a su propio abogado. Y Fermín que dé el tejado, el blanqueo y los otros altares para la iglesia. Bueno, señores vecinos, varayok's alcaldes: tenemos que ir a ver a mi hijo, yo y su albacea. ¡Adiós, don Ricardo! Señora Adelaida, comuneros.

Les dio la mano, a uno después de otro, según la jerarquía de las personas.

—Usted ha llorado por nuestro pueblo. Se ven sus ojos —le dijo la señora—. San Pedro resucitará de la ceniza. La gloria de Dios ha de ser mayor que las balas de los anticristos. Que Dios bendiga a su hijo.

Rendón, mientras tanto, habló un instante con Maywa.

Don Bruno montó su gran potro blanco. Los anillos de plata

del apero relucían al sol. Rendón lo siguió en un alazán fino que braceaba con elegancia.

—¡Dios santo! —dijo la señora Adelaida—. ¡Cambiar esa maravilla de Dios por las máquinas! La vida por la muerte con ruedas.

—Las ruedas tienen vida, señora, y más, desgraciadamente, que el caballo. Por eso la mina nos ha aplastado, mayor alcalde —dijo con repentino entusiasmo don Ricardo—. Vamos a celebrar cabildo y sentar en el acta los ofrecimientos que se han hecho para la iglesia.

—Está bien, señor, está bien.

Se encaminaron todos al local del municipio.

El "campo" sacó la mesa de la sala oscura del concejo al corredor. Los otros regidores cargaron unas sillas. El alcalde tomó asiento. Iba a hablar. Una tropa de cinco jinetes ingresó a la plaza, por la esquina opuesta del camino hacia "La Providencia".

Contemplaban los forasteros la iglesia carbonizada y en ruinas, y luego descubrieron a los cabildantes. Cuatro jinetes se alinearon detrás de un hombre gordo que montaba una mula enjaezada con aperos cargados de platería. La mula trotó majestuosamente hacia el municipio.

El gordo cuadró la mula frente a las gradas del corredor.

—¿No saben quién soy? —preguntó. Su barba rala estaba acicalada, y no al natural como otras veces.

—Es el cholo Cisneros —dijo doña Adelaida—. ¿Qué querrá?

—Sí, sabemos. Es usted Adalberto Cisneros —contestó doña Adelaida—. ¿Qué desea?

—Al gran señor de "Parquiña" se le saluda.

—Los señores aprenden desde la infancia a saludar a las damas.

—¿Qué dama es usted, señora? Dígamelo, por servicio.

—¿No lo ve usted, señor?

—¡Ah, bastón con puño de oro! Mi respeto, señora doña Adelaida. No perdamos tiempo. He venido a comprar a buen precio los trigales y pastos de los vecinos que me dicen que se van a ir a Lima. Ahí veo que han quemado ya su iglesia.

—Llega tarde, mi amigo. Soy el alcalde del distrito. Los trigales y pastos de San Pedro han sido arrendados a los comuneros.

—A indios. Y. . . ¿a cómo?

—De diez, siete para el dueño.

—Indios, tontos, siempre tontos. Y. . . ¿usted es el alcalde? No parece. . . ¿Han firmado contratos?

—Y. . . ¿usted es el señor de "Parquiña"? No parece. La mula, sí, parece —contestó don Ricardo.

—Puede costarte caro esa insolencia, oye, traposo. ¿No conoces mi genio? Yo. . . que iba a prometerles ayuda para levantar la iglesia. No lo merecen.

—El gran señor don Bruno Aragón de Peralta, que ha estado aquí, la comunidad y. . .

—¿Aragón? Te doy cien libras si me dices por dónde se fue.

—Tú, amigo, no le alcanzas...

—¡En dirección a "La Providencia"! Los tigres se escaparán pero éste no se me escapa ahora. ¡Andando! Dispense alcalde, usted sabrá doblar campanitas.

La mula galopó ágilmente.

Maywa se echó a reír, fuerte.

Cisneros oyó la risa. "Volveré —dijo—. Ahora alcanzo al santón y lo tumbo. Lahuaymarca es chiquito, bien chiquito. El Bruno es grande. Primero el chancho, en seguida, pues, los chanchitos. Tengo carta blanca del senador".

—¿Quién de ustedes ha visto al que se ha reído?

—Nadies —contestó uno de los jinetes—. Pero ha sido risa de indio.

Cisneros avanzó muy adentro de los límites de "La Providencia". Preguntó a un indio que subía la cuesta.

—¿De quién eres?

—Comunero libre, Santa Cruz.

—No parece —dijo uno de los jinetes.

—¿Has visto a don Bruno? —preguntó el gordo.

—He visto. Habrá llegado ya. Cerca estaba de la casa-hacienda.

—Tú ¿de Santa Cruz? ¿No eres escapado de hacienda?

El indio mostró una vara pequeña con anillos de bronce.

—"Campo" soy. Común de Santa Cruz ha mandado regalo al niñito don Alberto Federico Aragones *Gutiérrez Chalcos*. Su madre, señora Vicenta, de Santa Cruz es.

—¡Señora Vicenta! ¡Puta dirás!

—Señora Vicenta inocente, como la nieve del Pukasira. ¡Inocente! Su hijito, bendición del Dios para el gran señor...

El gordo le cruzó la cara al varayok' con la palmeta de la rienda. La mula tembló.

—¿Ostí? ¿Don Cisneros, no? —preguntó el indio sin moverse, mirando al gordo como a una piedra inservible.

—¿Lo remato, señor? —preguntó uno de los jinetes, y bajó la mano sobre la cacha del revólver.

El "campo" entendió la pregunta, se puso la cruz de la vara sobre el pecho, y esperó. Siguió mirando a Cisneros con indiferencia.

—No —dijo—. Pobre indio. Soy caballero. Nos hemos metido mucho a la pertenencia de Aragón. Visitemos a los ingenieros, más bien. ¡Toma, indio! Hey desfogado mi rabia en tu cabeza.

Cisneros sacó de su cartera, hinchada de billetes, uno de cin-

cuenta soles, y le alcanzó al indio. El "campo" siguió mirándolo no como a un ser vivo.

—¡Indio! —vociferó el gordo—. ¡Indio!

El varayok' permaneció más tranquilo. Sus ojos seguían hundidos en los iracundos de Cisneros, como una sombra inapagable.

—¡Ahora sí! ¡Lo remato!

—¿Para qué? —dijo otro de los jinetes—. ¿No lo ves? Lo mismo le da, muerte o vida.

—Sí —afirmó el gordo—. Me mira *de otro modo*, y eso no se castiga con la muerte. ¡Acogotaré a Santa Cruz! Es pueblo chico. Entonces sí, en este indio, que no parece ni muerto ni vivo, le sangrará fuerte el corazón.

—Así es. Matar a uno nu'es nada, pues.

—¡Este billete de mierda!

El gordo lanzó al aire el cheque. El papel revoloteó un instante y fue a caer cerca de los pies del indio.

"En ocasión distinta, este animal sudaría miles por ese billete. Ahora lo desprecia. ¡Indio!", comentó el jinete que parecía ser administrador o mayordomo principal de Cisneros.

—Dale un riendazo, tú, Figueroa —se dirigió a él, el gordo. Dio vuelta a la mula y empezó a subir la cuesta, casi al galope.

—Alcánzame ese billete, "campo" —le dijo Figueroa al comunero, mientras sus tres congéneres desfilaban tras la mula de Cisneros.

El "campo" levantó el cheque, dio unos pasos para entregárselo a Figueroa. Éste levantó la rienda, pero la descargó en su caballo.

—¡Quémalo! —le dijo.

Y partió al galope.

El "campo" arrojó el billete fuera del camino y continuó su marcha hablando:

"El niñito Alberto Federico ¡bonito! Para Santa Cruz se llama *Wáman*. ¡Halcón, pues! Le hemos llevado *illa* [1], wamaripa, *phalcha* [2]; ala de cernícalo, sebo de puma..."

Cisneros y su comitiva llegaron a la mina al anochecer. Los indios y obreros mestizos vieron pasar la cabalgata, unos con curiosidad, otros con inquietud.

—Ahí va el cholo mata-indios —dijo Lluta—. Hijo de mata-indios. ¡Se abrazan lindo con el ingeniero Velazco!

—¿Quién será? ¡Tanta plata en el apero! Viene apurado. Suda la mula. ¡Cuatro mayordomos! —exclamó un obrero de los recién llegados.

[1] Amuleto de piedra blanca.
[2] Flores de virtudes mágicas.

Los indios traídos de Puno y Huancavelica lo contemplaron con curiosidad indiferente.

—¡Gordo! Mucho chancho comerá —dijo Pumayauri, indio de Tayacaja, escapado de una hacienda—. ¿O comerá gente?

Cisneros avanzó en la mula hasta la puerta de la residencia. Los herrajes de la mula y de los caballos golpearon el empedrado, rodeado de gras, de la terraza.

Cuando desmontó ya el mayordomo de guantes blancos estaba en la puerta.

—¿No me conoces? —le preguntó Cisneros—. ¡Sácame las espuelas!

Dudó el atildado sirviente, pero obedeció. Se quitó primero los guantes y le desató las espuelas de plata a don Adalberto.

—Llévalas adentro. Dile al ingeniero Velazco que el gran señor don Adalberto Cisneros llega de visita.

El mayordomo no se alteró al oír el nombre. Cisneros repitió entonces:

—El gran señor de "Parquiña".

—Pase, caballero —dijo el sirviente—. El ingeniero está con el subprefecto, abajo, en el departamento de los ingenieros ayudantes. Pase, señor. Voy a llamar al jefe.

Cisneros entró al living que estaba ya alumbrado por luz indirecta. Examinó los muebles. "Como para maricas" —dijo—. Luego se dirigió a la puerta.

—Entra, Figueroa. Ustedes tres mejor en esos asientos de trapo Adentro es como esas "casas de señoritas" que hey visto en Lima.

Figueroa se quitó el sombrero.

—Living —dijo—. Así viven los señores de Lima.

—Maricas, ¿no?

—A veces. De Chumbivilcas yo iba con ganado hasta Lima.

—¿De Chumbivilcas? ¿Dónde es eso?

—Lejos. Hay mucha corrida de toros allí. En cada una mueren indios corneados. Es bueno. Los dejan que se desangren. Allá sabemos que esa sangre quiere la tierra año por año.

—¿Indios no más?

—Sí. La tierra no conoce sangre ajena.

—Oye, el subprefecto está en la mina. Dicen que es trejo.

—Dicen que por boca no más.

—Ahora veremos. El otro parecía bestia.

Era el cuarto día que Llerena seguía "alojado" en Apark'ora.

Velazco consultó por radio a Lima. Le contestaron que, efectivamente, el capitán había dispersado "pequeñas" manifestaciones con que los "comunistas" pretendieron alborotar la ciudad provincial y rescatar a los obreros. Que, formalmente, todo concluyó con una lucha entre los dos bandos de extremistas, y que los obreros ya estaban en el Frontón. Le recomendaron que persuadiera a Llerena

de viajar a la capital de la provincia y que si no se iba el día señalado, el director de Gobierno lo llamaría por telégrafo. "Procurar evitar escándalos en la mina. Llerena no tiene ya otro recurso. Sus antecedentes demuestran que a veces procede con gran audacia y temeridad."

—¿Qué tal? ¿Cómo se encuentra usted? —le preguntó Velazco a Llerena, en el departamento que ocupaban. Era la víspera del plazo señalado.

—Oiga; muy bien. Anoche me hice traer en secreto a una... ¿Cómo le dicen?... "Charán". ¡Eso es! "Charán". Me gustó. Era casi rubia, amigo. Y sabía de todo.

—¿Y cómo pudo garantizar el secreto?

—Un sargento es ahora su "amigo". Y...

El mayordomo entró al departamento, sin esperar mucho, luego de haber tocado la puerta que el ingeniero no cerró.

—Ingeniero, señor subprefecto: cinco jinetes han llegado a la residencia. Es el señor Cisneros y cuatro mayordomos. Pregunta por ustedes.

—Bien recibido —dijo Llerena—. Mucho me han hablado de ese cholo platudo.

—Sí. Pero sé que es poco educado. Lo trataremos adecuadamente.

—Descuide. Con ésos toreo bien. Me voy mañana, conforme a mi decisión. Veamos al cholo.

Encontraron a Cisneros muy arrellanado en un confortable.

Se levantó con dificultad.

—El señor subprefecto —dijo Velazco, y presentó a Llerena—. Yo soy el ingeniero Velazco.

—A vuestro mandar, caballeros. Tienen en su delante al cholo Cisneros, gran señor de "Parquiña".

—¡Mire, amigo, la diferencia! —dijo con entusiasmo Llerena, dirigiéndose a Velazco—. Esto es un hombre, como yo digo *hombre*; el Bruno Aragón habla como ángel caído del nido. No aguanta, de seguro, un palmazo en la espalda.

—Yo aguanto —contestó Cisneros—. Ese sillón como para obispo apenas me aguanta, y me ha calentado mucho lo de atrás. Señor Supre..., viéndolo bien, creo que somos de la misma tela. Al Bruno lo ando buscando y él anda corriendo. ¡Vizcacha fina! ¿Lo cazamos, Supre?

—Es comunista. Lo cazamos fácil. De usted depende.

—¿De mí, dice usté? ¿De mí? Por ahora es mi negocio cazar esa vizcacha. No puedo hacer otro negocio antes que ése. Me tiene "caramboleado".

Llerena se echó a reír.

—Y usted me trae lo que decíamos el contento que el pecho quería. ¡Venga un abrazo, cholo!

Llerena sintió en las costillas la gruesa cartera de Cisneros.

Velazco quedó fuera del trato, ignorado y observando con gran interés a los dos hombres. Descubrió luego, cerca, a Figueroa que estaba sentado en una silla, con la cara hacia la terraza.

—¿Y usted? —le preguntó.

—Administrador, señor. No me meto. Obedezco no más. Telmo Figueroa, a sus órdenes —le habló en voz baja, sin levantarse.

Llerena llevó a Cisneros aún más lejos. Vio que Velazco hablaba con alguien, y eso lo animó a ser más expresivo con Cisneros.

—Es insolente ese gamonal; podemos aplicarle la ley. Me ha levantado la voz y amenaza con alborotos. Podemos...

—Lea este papel, Supre—. Cisneros le alcanzó un sobre envuelto cuidadosamente en un pañuelo de seda.

Llerena lo leyó con entusiasmo creciente. El senador le recomendaba que apoyara toda la "política" de la compañía Aparcora; que tratara de evitar conflictos entre las comunidades y especialmente entre los hacendados y la mina. Que Aparcora se había comprometido a no tomar ni un solo colono de la provincia como obrero; que tenía quejas sobre los Aragón de Peralta, especialmente de Bruno. "Usted es buen amigo, tiene audacia y empuje; si puede usar de algún medio, de cualquier circunstancia propicia para anular a don Bruno, hágalo. Si la circunstancia aparece bien justificada, aunque sea en apariencia, lo defenderé, si no usted correrá con los riesgos..."

—Yo preparo el pastel; se lo doy cocinadito. Usted se lo come.

—Y Dios y el cura bendicen, si está bien hecho y bien zampado.

—Yo lo preparo, amigo. Soy subprefecto; se lo pongo en su delante al gamonal, amarrado, como quien dice. De su boca depende si puede tragarse el hueso.

—La verdad, sólo hey comido indios; ahora tengo ganas de ese hueso grande. Yo ya soy más grande que él. Lo paso enterito, como perro. Pero... usted que es más entendido, dígame: eso que el senador escribe "anular a don Bruno" ¿quiere decir que puedo... yo... meterle plomo?

—Anular es dejar nulo a un cristiano. ¿Cómo? Quitarle la hacienda no se puede, quitarle los indios no se puede. ¿Cierto?

—Sí, Supre... Allí, en esa mesita, hay botellas y copas. ¿Puedo?

—¡Claro, amigo! ¿Qué quiere? ¿Coñac, whisky, gin?

—Dicen que el "güiski" es bravo.

—Se le amansa con agua.

—No veo agua. Mejor coñaccito.

Llerena sirvió dos copas. Ninguno de los dos se acordaba de Velazco ni de Figueroa.

Bebieron de un solo trago el coñac.

—Oiga, Supre; este coñac es de otro modo. ¿A ver?

Examinó la botella; pretendió leer la etiqueta.

—No es castellano; será yanqui. Pero dice "Napoleón". Me lo apunto. ¡Calienta el cuerpo rápido! Parece entre candela y rosas en la boca. Si le doy a una chola capaz se deja de su voluntad. Siempre tengo que hacerles medio a la fuerza o arreadas con látigo a la cama. Ahora que es de hombres tumbar a una chola en el campo. En la cama... hasta me lloran, Supre. En la chacra, no mi'mporta que muerdan. Hasta mejor es eso. "Napoleón", ¡caray! Nombre de perro había tenido.

—Apunte; cuesta carito en Lima... Y regresemos al asunto. Entonces, a ese gamonal nadie le puede anular quitándole la hacienda, tampoco quitándole los indios. ¿Entonces?

—Diga, Supre...

—La respiración...

—¡Yo no ahorco a nadies! Soy don Adalberto Cisneros...

—¿Quién ha hablado de ahorcar?

Velazco comprendió que debía intervenir. Figueroa le contaba que fue un pequeño ganadero a quien el frigorífico de Lima y su "argolla" lo hicieron crecer un poco y después lo aplastaron como a un piojo.

—Es verdad que quizá en eso había castigo del cielo, porque cuando no me querían vender ganado en las punas, los "robaba a balazos". Y de casualidad, una chiquita que salió llorando de una choza "trompezó" con un tiro y "juelizmente", murió sin sufrir. Pero Dios no se acuerda de castigar a la "argolla" qui'hay en Lima. Al contrario, me robaron y me metieron preso. Al Sexto me llevaron. Yo tenía revólver y cuchillo. El cuchillo no me quitaron. ¡Cuatro noches defendí mi honra de ser hombre contra dos piores que yo! ¡Jesús! Antes la vida que perder la honra de ser hombre. Al que mandaba al otro le corté feo la cara, hasta la quijada. Viendo eso me soltaron. La justicia que dicen, no hay. Depende di'uno. Hay que perderle el asco a matar al cristiano. Así ha hecho la mina también, ¿no?

Figueroa habló despacio, sin levantarse de la silla; parecía cansado. Velazco escuchaba con mayor atención el diálogo del subprefecto con Cisneros.

—Espere, amigo... Es cierto —dijo inconscientemente, porque sólo escuchó la última palabra del administrador y no quiso abandonarlo descortésmente—. Espere. El subprefecto...

—¿Cómo, entonces? —preguntó Cisneros, sin tener en cuenta que Velazco ya estaba a un paso.

—Tengo cuarenta hombres aquí. Le doy una orden de comparencia del gamonal ese. Si usté quiere lleva guardias, si no, mejor, va con su gente no más. Y le aplica la ley de fuga.

Ya estaba con ellos el ingeniero, pero siguieron ignorándolo.

—Otro "Napoleoncito" —pidió el gordo—. Estas copas de maricas son chiquitas.

—Tome de la botella, amigo.

—Con su gracia —dijo Cisneros, y bebió varios tragos directamente de la botella.

—Sí, ¡caray! Rosas y candela. Estos yanquis son buenos para fabricaciones. Ahora usté.

Llerena se vio obligado a tomar de la botella y no se atrevió a limpiar la embocadura con su pañuelo.

—¿Ley de fuga dice usté?

—Sí, amigo. Y eso le significaría apenas unos fierros.

—¿Fierros?

—Sí. Me conformo con veinte mil.

—¿Qué le parece el Supre, ingeniero jefe? ¡Ley de fuga que haga el gran señor Adalberto Cisneros para *anular* al gran y más antiguo señor Aragón de Peralta! ¿De dónde es nuestro Supre? Del Perú nu'ha de ser.

—¡Gordo bestia! Usted me mostró la carta del senador; usted me pidió auxilio, mi apoyo de autoridad para meterle plomo a Aragón.

—¡Ley de fuga! Veinte mil fierros. Cierto ingeniero. ¡Soy bestia! Pero ¿de dónde voy a adivinar que el Supre es ladrón y cree que en esta provincia un gran señor va meterle bala a otro señor, con ventaja y por la espalda? La mina es más que el más grande señor; ha hecho correr a un pueblo enterito; han quemao su iglesia.

—La mina no ha quemado nada.

—Así está, Supre. ¡Eso es trabajo fino! La mina no ha quemado nada, pero San Pedro está como cementerio, y su iglesia, carbón. La mina ha botado como a vizcachas a los harapientos vecinos de San Pedro, y la mejor tierra que hay para maíz, la mejor que ha visto don Adalberto en más de cien pueblos, es ahora de la mina. "La Esmeralda" chorreará allí desperdicios de metal; harán fábrica. ¡Y nada! Ni un centavo les cuesta. Y todo respeto para los hacendados, por ahora. ¡Ciega quedará "La Esmeralda"! Hasta yo, que soy más de cojones que de corazón, me contentaba mirando los maizales desde la cumbre. Mejor que el cielo eran. . .

—Ese trabajo fino lo hice yo, Cisneros. Todavía está aquí, en Aparcora, mi tropa con su teniente.

Cisneros volvió a levantar la botella, y metiéndose la embocadura hasta la lengua, tomó varios tragos.

—Oigan. ¡Así, pues! Matar a un pueblo de señores hambrientos había sido fácil. Nu'es lo mismo quitarle la respiración, como dice el Supre, a un Aragón de Peralta. Usté, Supre, no sabe; capaz el ingeniero sabe que un apellido así es como iglesia, como. . . un respeto. . .

—Para los cojudos —dijo Llerena, pretendiendo hacer callar al gordo.

—Cojudos de esa laya primero se cortan los güevos. Así la mina. . . ¡Figueroa! Vámonos.

—¿La mina? —preguntó Velazco. Cisneros empezaba a irritarlo.

—No quería hablar. Respetos hay para el dueño de la casa. Pero usté, ingeniero, es empleado; es de menos valer que Adalberto Cisneros, que manda. ¿La mina? ¿Cuántos "fierros" habrá dado por "La Esmeralda"? Y no a sus dueños harapientos, sino a este Supre ladroncito y a los más altos. ¡Yo sé! Tarde o temprano nos quemará a nosotros también. Monteagudo me ha dicho que no tienen patria ni alma; ni Dios ni el diablo es así.

Llerena perdió todo su coraje. Cisneros desafiaba a la gran Compañía; estaba "fregando" delante de testigos al propio gerente.

—Usted está ebrio —le dijo Velazco, sacudiéndose un poco.

—¡Media botellita para mí! Se queda en la muela; y de allí calienta un algo. En vez de mí, usté está tiritando. ¡De dónde va entrar calor al cuerpo que no tiene alma, ni el patria! ¡Dios puede faltar quizá! —y se persignó—. Pero un hombre que nu'es de nengún lugar, que no tiene adónde poner el corazón, así tiembla. ¡Por gusto! Y se busca subprefectos que dicen ley de fuga para un Aragón de Peralta. Yo... si hay ocasión, le meteré un plomo, de frente, silbándole primero para que nos encontremos los ojos. Ustedes quédense juntitos, calentándose en estas sillas para viejas. ¡Adiós! ¡Mis espuelas, indio enguantado!

El mayordomo le alcanzó las espuelas. Cisneros no se despidió; abrió la puerta. Afuera había una lámpara débil que alumbraba a los tres hombres. Sintió frío el gordo. Volvió al living. Velazco y Llerena discutían. Llerena parecía que gimoteaba.

—Con perdón, ingeniero. Me llevo el "Napoleoncito". Mis hombres han estado de frío, ahí afuera, en ese mirador descampado.

Levantó la botella de la mesa y salió.

Cuando los cinco habían montado ya y se dirigían al camino, Llerena gritó desde la puerta:

—¡Alto, alto! Están detenidos por faltamiento a la autoridad.

El gordo espoleó a su mula y tomó la bajada a paso rápido. Llerena corrió; disparó desde el borde de la terraza. Los cinco jinetes siguieron trotando. Se pasaban la botella de coñac los cuatro mayordomos.

—Yo estoy caliente de más —dijo Cisneros.

—A usted lo ha insultado pior. Lo ha hecho temblar —entró hablando Llerena al living.

—Sí. Pero no son los insultos. El indio ese me ha causado alguna lesión.

—Pretextos de marica. No merece representar a una gran empresa. Yo lo vi achicarse a usted. Voy a acusarlo.

Entró el teniente seguido por el mayordomo y tres guardias.

—"Empítelo", teniente —dijo Velazco—. Orden llegada de la

dirección de Gobierno. Ha estado dos veces preso por delitos comunes.

—¡Ah, traicionero! Tú no eres nadie. Soy el subprefecto legítimamente nombrado. ¡Teniente...!

—Terminarás de hablar en el Sexto. Allí te espera, Llerena, "El Colao" —le dijo el oficial.

—¡Me fregué solo! ¡Me fregué solo! Y no tengo ni una bala. Porque para éstos no hay justicia. Siquiera al Velazco lo hubiera "estofado".

Los vecinos de San Pedro llegaron a la carretera principal medio enloquecidos. Los camioneros se detenían ante las señas que les hacían con los brazos, los sombreros o las mantas.

—La mina nos ha quitado nuestra tierra. Ya no tenemos pueblo. Hemos quemado la iglesia. ¡Llévenos, por Dios! A cualquier parte.

Las mujeres y los niños lloraban en la pampa.

Los camioneros los fueron acomodando sobre la carga o en la caseta, según el sitio de que podían disponer y la edad de las mujeres.

Muy tarde de la noche, algunas volvieron a Lahuaymarca, al pueblo de los comuneros de San Pedro que estaba a medio kilómetro de la carretera. Los indios que los habían acompañado todo el día, alimentándolos con mote tostado y chicha, les rogaban bajar a Lahuaymarca para regresar temprano a la carretera.

—¡Misericordia, Señor!

—¡Misericordia, Señor!

—¡Misericordia!

Iban repitiendo, como una letanía, hombres y mujeres. El camino de herradura a la comunidad era conservado siempre limpio. Pero las viejas se doblaban en los recovecos, tropezaban, y seguían repitiendo la misma imploración.

Todos guardaban en la memoria la imagen de la iglesia devorada por el fuego.

Las indias y los comuneros les hablaban tiernamente.

—¡Levantaremos iglesia!

—¡Levantaremos pueblo!

—¡Minas morirán! ¡Dios matará!

—Madrecita señora: tu hijo soy; pon tus manos en mi hombro.

—Caballero, patrón: Dios vivo está. Él más triste que tú. Ahora no puede con Wisthir. Después va a poder. San Pedro será más grande. Choclo de oro crecerá en "La Esmeralda".

Oprimían estas voces a los huidos de la antigua villa; los consolaban pero con dulzura muy triste. Se bañaba el corazón herido, en lágrimas, en heladas lágrimas.

—¿Adónde voy, hija? —preguntó la señora Brañes—. ¿Adónde voy?

—A tu casa, de tus hijos, a su casa. ¡Lahuaymarca!

—¡Ah! Pueblo de los indios. ¿No me odias, criatura?

—Lloro contigo, señora.

La guiaba despacio una moza joven.

La capilla estaba iluminada. Temían ir a la capilla, pero todos exigían que los llevaran allí antes de darles alojamiento.

—¡Capillaman! ¡Capillaman! —rogaban ya en media plaza.

Una voz de mujer que cantaba desde la pequeña iglesia les mitigaba el espanto, los calmaba más que las quejumbrosas y dulces palabras de sus acompañantes:

Dios santo, santo, santo:
la culebra con veneno, sin veneno, te adora,
el pez del río juega como luz,
el gusano se arrastra tranquilo,
el picaflor temblando arde,
la paja de la helada pampa llora,
Dios santo, santo, santo;
por Ti vienen.

Cantaba en quechua.

—¡Es la *Kurku* Gertrudis! ¡Cielo bendito! —exclamó la señora Brañes.

—Sí, mamita. Ella es, pues, "criatura" del Señor. Nuestra iglesia barre, limpia el altar, lava los manteles, la ropa de los oficios. Todo, todo hace ella sola en la iglesia. La respetan, la veneran, juegan, a veces con ella, mozos y mozas. Es quien mejor canta a Dios en Lahuaymarca.

La *Kurku* sabía que los vecinos de San Pedro que no pudieran ser recogidos en la carretera pasarían la noche en Lahuaymarca. Prendió todas las velas de la capilla y esperó. Cuando oyó las voces de consuelo y los pasos, ya en la pequeña plaza, ingresó a la capilla y se puso a cantar. Un viejo sacristán le enseñó muchos himnos, todos en quechua, y ella compuso otros nuevos.

Cuando oyó que hablaban de ella y vio que en la capilla había más de cincuenta vecinos, cantó un himno que tenía aire de harawi [1].

Maytan rinki ñausa urpi, Maytan rinki, tutañatak' chiri chakichaykita k'as'oy pi taniykachiy	¿Adónde vas, paloma ciega, adónde vas si es ya la noche? Pon tus fríos pies en mi pecho,

1 Canción implorativa prehispánica, superviviente.

sonk' oypiñatak' saykusk'a
raprachaykita.
Yawarniyta upyay, ñausay urpi
wik'illayta upyachayku.
Chakichaykipa chirin k'onirink'a
raurasparak'
tukuy saykuy samarink'a.
Kutipunki, urpillay, sumak',
manchay orko kunta, unu
k'ochata
k'awarispa.
Mana atik' ñawichayki makiy-
pi sak'ewanki.
Kancharik' ñawiyta ñawiykipi
apakunki.
Tutayaypi k'an rayku k'e pay-
kusak',
Maykamarak' kusisk'a intihina.
waskask'ayki, tampi, tampi.

tus alas descansa sobre el latido
del corazón.
Bebe mi sangre, paloma ciega,
bebe mis lágrimas.
El hielo de tus pies se hará fuego,

tu cansancio acabará.
Volarás dulce, tranquila,
por montes y lagos
mirando.

Tus ojos ciegos en mi mano que-
darán.
Mis ojos llevarás en los tuyos;

yo quedaré a oscuras,

a tientas siguiendo tu vida.
Nunca más feliz que en la luz.

Los comuneros, hombres y mujeres, repitieron el canto. La *Kurku* lo volvió a entonar y el coro la acompañó.

El viejo sacristán de San Pedro, que también huyó, más por espanto que por resentimiento o venganza, avanzó de rodillas hasta el pequeño altar donde la *Kurku* permanecía postrada.

—¡Santa! —le dijo en quechua—. ¡Hija mía! Otra vez canta ese harawi. No, dos veces más.

Gertrudis no le contestó.

—¡Tu hermano te ruega! Te pide consuelo.

Con la cabeza sobre el pecho la *Kurku* lloraba, conteniendo los impulsos de su cuerpo, inmóvil; lloraba a torrentes, como nunca el anciano sacristán había visto. Entonces se volvió hacia los refugiados y les habló, siempre en quechua.

—Hermanos: un río de sangre[1] le brota del corazón a esta elegida del Señor. Ella sufrió, pues, en San Pedro, que ya no existe. Sus lágrimas ahogarán quizá ahora, quizá después de un siglo a los ladrones de "La Esmeralda", que han hecho matar al gran platero y hombre puro, don Bellido. Ninguno se escapará. Mañana, váyanse tranquilos a cualquier parte. No se queden. Déjenme a mí, que soy viejo, como de testigo y vigilante, ante Dios. Yo, por San Pedro, voy a contestar al harawi que para nuestro consuelo ha hecho esta santa criatura.

1 *Yawar Mayu*, llaman así al llanto desesperado, a las primeras aguas de las crecientes de los ríos, al momento de las danzas en que los hombres luchan.

El anciano, luego de una reverencia al altar, se puso de pie, dio media vuelta y con el rostro hacia los feligreses cantó. Su voz de viejo, gastada, trémula, y sin embargo, poderosa, era como el crepúsculo:

Yau Gertrudis,
urpichallay urpi
yau Gertrudis,
sonk'o challay sonk'o,
ñawi raruy;
Diospa yawarnin,
Diospa unanchan,
Diospa simin,
Diospa heridan.
Manan ñausachu kani.
Auk'aykikunan
k'atisiawanku;
yana puyus llak'tayta pampan,

chiririnkas iglesia punkuki ra-
prayan;
llok'llas chayaykakamun,
allkos anyarin, llapan,
plasaykupi
manan ñausachun kani,
ayk'emusianin, mamay.
Kayk'aya yawar wek'eyki

puririsiañuan
tukuy auk'akunata
mancharichispa,
ek'epachispa.
¡Mamallay mama!
amaña wak'aychu,
ñawuiy kasianami
k'awaykullaway,
Diospa heridan
llumpay ñawiykiwan.

Oye, Gertrudis,
paloma, paloma mía;
oye, Gertrudis,
corazón, corazón mío,
luz de mis ojos;
sangre de Dios,
bandera de Dios,
boca de Dios,
herida de Dios.
Ya no estoy ciego.
Tus enemigos
nos persiguen;
la nube negra ha entrado a mi
pueblo,
la mosca que anuncia la muerte
aletea en la puerta del templo;
torrentes de lodo amenazan;
los perros están aullando todos
en la plaza.
Ya no estoy ciego,
vengo huyendo, madre mía.
Pero, he aquí que tus lágrimas de
sangre,
empiezan a caminar,
a nuestros enemigos
espantando,
ahogándolos.
Madre de mi madre,
ya no llores,
ya tengo ojos,
mírame bien,
herida de Dios,
con tus ojos infinitos.

La *Kurku* fue doblándose más. Comuneros y vecinos lloraban, no por desconsuelo, sino desahogándose, despejándose de la oprimente rabia su sangre. Fueron sintiéndose limpios, decididos, listos para irse a luchar en cualquier pueblo, por extraño que fuese, con la memoria ya pura e inapagable de su pueblo, de su campo hermoso de maíz, de ese andén hecho por Dios, como jardín para su criatura, entre las rocas y abismos. ¡No lo verían pisoteado por las máquinas,

dominado, cubierto de escoria por orden de extranjeros! Guardarían su dulce, su esplendente imagen, llena de palomas y de jilgueros ladrones, que cautivaban aún el inmisericorde corazón del "cholo" Cisneros.

Acabó de cantar el viejo sacristán de San Pedro y levantó en sus brazos a la pequeña Gertrudis. A través de las lágrimas vio los insondables ojos de la enana. "¡No era así, no era así! Se ha santificado en Lahuaymarca, en el río y la libertad", iba diciendo, mientras cruzaba la capilla en medio de los antes despavoridos vecinos que ahora lo dejaron pasar, tranquilos, casi felices, "sin rabia".

Al día siguiente se embarcaron todos. El sacristán se quedó en la casa grande de don Felipe Maywa, mayor alcalde. "¡Yo tocaré todavía las campanas de mi pueblo! Dios matará la mina, o matará a los demonios que ahora allí mandan. Son peores que don Fermín", decía, todas las noches. Desde el amanecer se dedicaba a tejer fajas en un pequeñísimo telar antiguo.

Esperó en vano, mucho tiempo; aprendió los himnos que la *Kurku* componía y él le enseñó los antiquísimos de San Pedro. Ambos cantaban en dúo, como una calandria y un gallo envejecido. Nunca quiso ayudar a la misa en las fiestas principales de la comunidad. El cura de un distrito vecino que venía a celebrarlas le pidió que hiciera de sacristán, le exigió muchas veces. Lahuaymarca tenía un sacristán indio.

—Ése no sabe. Repite las palabras como loro, no entiende; casi no es cristiano. Tú eres mestizo, organista, contestas en latín. La misa será más grande contigo —le dijo el cura en la víspera de una fiesta grande.

—Quemado yo, padre. Mi iglesia dentro de mi pecho, quemado. ¿Cómo voy a cantar? La Gertrudis igual que ángel canta. El sacristán contesta.

—La Gertrudis no piensa en Dios; canta triste, sí, porque es deforme.

—Padrecito: tú no entiendes el alma de indios. La Gertrudis, aunque no conociendo a Dios, de Dios es. ¿Quién, si no, le dio esa voz que limpia el pecado? Consuela al triste, hace pensar al alegre; quita de la sangre cualquier suciedad.

—Bueno, terco. No puedo obligarte. Esa *Kurku* tiene *algo, algo* extraño; duele.

—El Dios, pues, padrecito. Ella ha sufrido entre los señores. Dios de los señores no es igual. Hace sufrir sin consuelo.

—¿Qué?

—Estoy viviendo, tiempo ya, en Lahuaymarca. Comunero es firme para el vida.

—¡Éstos, que son ricos! En Paraybamba lloran como perros sin dueño.

—De hambre, padrecito. No es por el alma que pelea y tiene

rabia uno del otro, como el del señor. Ahora verás. Al año entrante Paraybamba ya no llorará. Hará fiesta con bailarines, con castillos, con baile.

—Y borrachera.

—Así es. El señor vecino es distinto, uno para otro. El Dios los castiga sin consuelo. O también los deja en abandono, como al inginiero muerto, don Cabrejos; al inginiero vivo, don Velazco, para castigo sin consuelo de indios, de vecinos.

—¿Eso te ha dicho Rendón Willka? —le gritó el cura.

—Han quemado iglesia. ¿Rendón Willka, acaso? Han matado inocente platero Bellido. Don Demetrio, tranquilo, sudando, sus *k'ollanas* sudando...

—¿En dónde?

—Donde falta consuelo, pues, dicen.

—¡Ese cholo es comunista! Le matarán. ¿Cómo consuela?

—¡Comuista, comunista! diciendo subprefecto, polecías, vecinos rabiosos, inginieros. Tú también, padre. No sabemos qué será eso. Don Demetrio tiene ojos, tiene pecho, tiene boca para levantar ánimo, como el sol, como árbol cuando la tierra calienta, solito. Así no más. Su ojo es de águila que no tiene miedo, que no tiene pecado. Mira y el corazón aviva. Aquí ha venido. Habla con sus *k'ollanas.*

—¿Cuántos son?

—Treinta.

—Y con los viejos, ¿no habla?

—Habla. Pide consejo. Respeta.

—Y... ¿no vienen de otros pueblos y haciendas donde él?

—Seguro; así será. Yo no he visto más que a unito, pobre, de don Lucas.

—¿De don Lucas?

—Sí, padrecito. Ha llegado. Se ha ido. Los *k'ollanas* le han hablado. Le han hecho comer.

—¿Cómo se llamaba?

—No he oído. He visto. Ha llegado amarillo, rotoso, sin chullu [1] siquiera. Ha regresado igual de su ropa, pero en su ojo había Dios...

—¿Qué Dios? ¿Cómo sabes?

—Dios es esperanza, Dios alegría, Dios ánimo. Llegó *unpu,* enjuermo, agachadito. Salió tieso, juirme, águila. Era mozo no más. Dios hay aquí, en Lahuaymarca. De San Pedro se ha ido, creo para siempre.

—Tú tampoco eres cristiano verdadero, hijo. ¡Tantos años sacristán! Y piensas como brujo. Dios está en todas partes, en todas partes...

El viejo sacristán de San Pedro movía negativamente la cabeza.

[1] Gorro tejido.

—¿Había Dios en el pecho de los que rompieron el cuerpo del inocente maestro Bellido? ¿Dios está en el cuerpo de los inginieros que están matando "La Esmeralda"? ¿De señor autoridad que quitó a sus dueños ese maizal donde jugaba la Virgen con su Hijito, cada cosecha? No me hagas llorar, padrecito. Yo también como muerto ando. Don Demetrio tiene Dios, en la *Kurku* está el Dios, cantando; en don Bruno pelea Dios con el demonio; para mí no hay consuelo, de nadies.

—¿Ni del Demetrio, ni de la Gertrudis?

—De nadies. Mestizo soy; mi pueblo ha muerto. Era sacristán. Negro de carbón está mi iglesia. Voy morir.

—Reza, hijo. Reza. ¡Que la Virgen tenga piedad de ti! Avísame si viene gente de las haciendas a Lahuaymarca. ¡Yo te bendigo!

Murió de pena. Don Bruno y Rendón Willka asistieron a su entierro. Ahora está trabajando, feliz, en la cima del K'oropuna. Lo enterraron indios, en cementerio de indios. No demoró mucho en llegar a la cima de la montaña. "¡Wifááá!", gritaron los muertos cuando llegó a la cima, sonriente.

Don Bruno y Rendón Willka encontraron al joven ingeniero Jorge Hidalgo Larrabure sentado no en el poyo del corredor, sino en una silla de baqueta. Lo acompañaban Carhuamayo, que ocupaba ua silla más baja, de madera, y el viejo alcalde de Paraybamba, que masticaba coca recostado sobre una de las gradas de la escalera.

—¿Conoces a ese señor? —preguntó don Bruno.

—No, patrón. ¿De dónde será?

—¡Qué chusco el caballejo en que ha venido! Pero si Carhuamayo lo ha hecho sentar en esa silla debe ser de categoría.

Un pongo corrió a atender a don Bruno. Tomó al potro por la brida. Hidalgo bajó al patio, seguido de Carhuamayo y del alcalde, que se quitó la montera.

—Señor de Peralta, le ruego disculpar mi no anunciada visita. Soy Jorge Hidalgo Larrabure, ingeniero dimitente de la Wisther and Bozart.

Don Bruno se descubrió; el joven tenía el casco en la mano.

—Caballero, me siento muy honrado. Usted se dignará explicarme la razón de su visita a esta lejanísima hacienda. Sírvase pasar.

—Viene de Paraybamba. El mayor alcalde lo ha acompañado —dijo Carhuamayo.

—Padrecito, don Bruno: joven ha visto Paraybamba, la faena también. Ha dejado diez mil soles; para herramientas, dice.

—¿Le has recibido dinero, alcalde?

—Joven dice, no tiene otra cosa. Ha recorrido andenería; ha abrazado a los regidores, a los *k'ollanas*. Seria estaba su cara, pero

había gran fiesta en su alma. Recíbelo bien, padrecito. No parece inginiero...

—Señor de Peralta, me siento como un traidor a mi patria por no saber quechua. ¿Tendría la amabilidad de traducir lo que le ha dicho el señor alcalde de Paraybamba?

—Señor no, joven, solamente alcalde. Que mi mandón traduzca. Voy a ver a mi hijo. Vuelvo en seguida. Dispénseme.

Ya en la sala, don Bruno corrió al dormitorio. Vicenta lo abrazó en la puerta.

—¡Está durmiendo! —le dijo.

Don Bruno besó en la frente a su mujer y, abrazándola por la cintura, se acercó a la pequeña cuja de metal de su hijo. El niño era rubio, algo deforme aún del rostro. Pero a él le pareció más bello que todos los ángeles que vio esculpidos en los altares dorados.

—¡Has sufrido! —le dijo Vicenta.

—Se sufre con fuerza teniendo familia. Está en el corredor un gran señor de Lima. Quiero presentarte. Lo despacharé en seguida; pero que te conozca.

—¿Así, de mestiza?

—¿Y cómo entonces? Así te he querido. Así te quiero. Don Ricardo duerme, felizmente.

Salió al corredor con Vicenta del brazo.

Ya Carhuamayo le había hablado a Hidalgo, de Vicenta, del niño, de don Fermín, de Rendón Willka, de la historia de la mina.

—Mi mujer, señor Hidalgo.

—Me honra conocerla, señora. Es bella y sencilla como me la había imaginado.

—Gracias, señor. Voy por mi hijito.

—Sí —dijo don Bruno.

Vicenta le dio la mano a Hidalgo; lo miró con inocencia, y se retiró.

—Perdóneme, señor de Peralta, su mujer tiene una ternura encantadora. Y ese matiz viene de su rostro y de su alma.

—Así es, en efecto. Le habrán dicho que soy algo loco, algo maldito y hasta salvaje. Lo era, hasta antes de conocer a Vicenta y a Paraybamba. ¡Siéntese, joven!

Habían sacado al corredor otra silla de baqueta.

—Nos parecemos, señor de Peralta, y tomo a orgullo el parecido. He renunciado a ese Consorcio voraz, y mis colegas me han calificado de loco y de tonto. Vi a la señorita Asunta; vi el incendio de San Pedro. Conocí al bandolero que han enviado de subprefecto a esta provincia; he descubierto la entraña atea del Consorcio y de sus servidores. Y en ese caballito que compré en la capital de la provincia viajé a Paraybamba. Me había informado de su historia. ¡Señor: el indio es el mismo de hace cinco siglos! Casi no he podido hablar con ellos. El pueblo está en ruinas todavía, pero Tocoswayk'o

es un milagro del trabajo comunal. Va más allá de todo cuanto me enseñaron en Francia acerca de cooperativismo. Con pocas y malas herramientas han convertido un monte en una huerta. Creo que han hecho bien los comuneros en no repartirse la tierra. Trabajan con una alegría purificadora. Han resucitado andenes y construido muchos nuevos. Sí; estos "brutos indios, alcoholizados, embrutecidos por la coca y la servidumbre", han realizado un prodigio de ingeniería agrícola. ¡Si tuvieran mejores herramientas! Yo les mandaré traer. Les he obsequiado diez mil soles que se negaron a recibirlos. El concejo, bajo la dirección de este anciano, deliberó casi una hora antes de recibir el dinero. Oí que lo nombraban a usted muchas veces. ¡Será una gran experiencia que vayan ellos mismos a comprar picos y lampas a la pequeña ciudad!

—Ellos mismos, no. Los apresarían. Les quitarían el dinero. Irán acompañados de mi segundo mandón.

—¿Los apresarían?

—Sí. No querrán creer, o simularán no creer que usted les ha obsequiado ese dinero.

—Pero... este mayor alcalde tiene un aspecto venerable.

—Para usted que lo respeta, señor Hidalgo, pero para nosotros, que los hemos menospreciado durante siglos...

—Usted conoce todo eso mejor que yo. Sin embargo, le rogaría dar instrucciones a su empleado para que intervenga solo en caso extremo.

—Bien, joven... Y ahora permítame hacerle una pregunta que usted justificará, a pesar de todo. ¿Por qué y cómo, siendo usted de una familia ilustre que ha considerado siempre inferiores no únicamente a los indios, sino a todos los habitantes de la sierra, se interesa con aparente e increíble buena intención por los indios?

—Señor de Peralta, veo que mi apellido es una dura carga para mí. En la capital de la provincia pretendí hablar con los jóvenes "revolucionarios" que aún no han sido apresados. Pensaba que ellos me darían informaciones que serían útiles para orientarme; mi apellido no sólo los hizo callar, sino huir. Supongo que me consideran un agente de la plutocracia. Usted, un gran señor, desconfía algo, y me lo dice con claridad que es por mi apellido. Bueno, señor; una sola razón me asiste: soy católico moderno; deseo practicar la doctrina socialista de la Iglesia. Mis padres me lo permiten de muy mala gana. Se alegraron de que ingresara como ingeniero al gran consorcio, al monstruo internacional que no tiene más bandera ni Dios que el dinero. Los he mandado a rodar. He renunciado. Odio al comunismo ateo, pero creo que tienen razón en su prédica contra los terratenientes inmisericordes, contra los sacerdotes y autoridades que los apoyan. Medio Perú trabaja con el mismo sistema de hace cuatro siglos y en provecho de algunos centenares de gentes sin piedad. Y de esas centenas muchos oran en las iglesias y comulgan. Si todo el Perú

andino estuviera explotado como esos andenes de Tokoswayk'o que usted acaba de arrendar, con espíritu cristiano, a los indios de Paraybamba, nuestro país sería feliz y respetado. Yo sé que no tengo en esta provincia sino dos personas con quienes trabajar: usted y su hermano.

—Yo no, joven. Yo soy antiguo. Yo uso pongos, mantengo el rigor en mi hacienda y no necesito técnicos, desconfío de ellos. En cambio Fermín lo recibirá en triunfo. Él quiere modernizarlo todo y al galope. Es dueño de una gran hacienda; acaba de traer ganado fino europeo a su finca. Ha enviado voceros a los pueblos ofreciendo quince soles diarios de jornal, con alimentación y casa. Más que el monstruo de Apark'ora. ¿Usted sabe lo que significa eso? Guerra a muerte con todos los demás hacendados. Conmigo también, pero menos. Mis colonos disponen ahora de regulares parcelas de tierras; les he dado licencia para comerciar con Paraybamba; aman sus estancias, sus chozas, su agua y sus cerros. No se irán. Pero Cisneros, Lucas, Eguiluz, Morales... Acudirán aunque sea al diablo para anular a mi hermano. Vaya donde él. Le daré mi potro negro y mi administrador, Rendón Willka, para que lo acompañe. Yo tengo cuatro molinos de piedra que se quedarán parados dentro de no más de unos diez meses. Debo luchar con el monstruo. Dios me auxiliará. Vaya donde Fermín; tome experiencia y cómprese después alguna hacienda. ¡Y no admire a los comunistas! ¡Carhuamayo, que ensillen el potro negro!

—¿No me deja ver sus molinos, don Bruno?

—No, joven. Se desalentaría usted, se reiría de mí y acaso se iría enojado. Yo soy un católico a la antigua. Mis molinos deben de tener unos cien años o más. Pero esas piedras venerables que dan vueltas, tan despacio, me alegraban la vida en mi infancia. Las veía como si fueran un prodigio de Dios y de estas montañas. Rogaba a mi padre que me permitiera dormir alguna vez junto a ellas, y él accedía, pero me hacía escoltar con los pongos que no sé por qué me querían. El ruido de la "voladora" y de la "taravilla"; las cucharas de la rueda que recibe el agua en la bóveda, el agua que salpica de lo oscuro de esas bóvedas; todo eso es antiguo, pero de ellos están hechos mi sangre, mis ojos, mi maldad. ¡Usted no puede verlas! ¡Son sucios los molinos! Pero los molenderos vienen como de treinta pueblos distintos y cantan de noche. No permitiré que los oiga usted. ¡Váyase con una impresión confusa de mí, pero no negativa!

—¡Don Bruno, don Bruno! Usted es hijo legítimo de esta geografía atormentada e imponente. ¡Gracias por todo! Me iré en su potro negro. Le dejaré de recuerdo ese caballito chusco. Hablaré con Rendón Willka, el albacea de su hijo.

—Muy bien, señor Hidalgo. Y acaso, llegada la ocasión, tendremos que aliarnos firmemente. Allí tiene el potro. Es noble, como jamás llegará a ser una máquina. ¡No olvide! Mi hermano es un

poco chacal o tigre, pero los otros son hienas malditas, renegados de Dios que comulgan y lloran junto a los altares, cuando hay gente que los mira. ¿Tiene usted revólver?

—Sí.

—Bueno. ¡Adiós!

Hidalgo lo abrazó respetuosamente.

—Le ruego despedirme de la señora —le dijo—. Y que Dios no lo abandone jamás.

Montó el potro negro, y Demetrio el alazán. Pero luego, cuando ya iba a partir, Hidalgo se bajó. Se acercó donde Carhuamayo y se despidió de él.

El viejo alcalde de Paraybamba permanecía en actitud respetuosa, junto a las gradas. Hidalgo lo abrazó.

—Señor alcalde, tú con Dios. Yo me voy. Gracias. Tokoswayk'o es grande como tú. Te visitaré. Yo, Jorge; Jorge Hidalgo.

—¡Jorge Hidalgo! —pronunció claramente el viejo—. ¡Bueno! ¡Joven!

Y, con gran sorpresa de don Bruno, el viejo levantó un brazo y lo puso sobre el hombro izquierdo del ingeniero, sonriendo.

Hidalgo permaneció un instante mirando al rostro del anciano.

—¡Señor de Peralta! —exclamó—. ¡Cuán fácil es hacer que reconozcan a los hombres de buena voluntad! Puede ser también fácil conducirlos al camino del odio. Son sabios e inocentes. ¡Atajemos el comunismo!

—Yo lo hago a mi modo. Usted puede ser más eficaz todavía. Aprenda quechua. Y entonces descubrirá que algunos de estos indios son profundos de alma; y no anhelan odiar, sino amar. Pero... hay que cerrarle el paso a la ambición individual. La teoría de mi hermano es del infierno en ese sentido.

—¡Es que deben ser individuos y no masa!

—¿Por qué? El individualismo es el veneno que nos hace odiar a los señores; nos enfrentamos los unos a los otros como chacales. Si prendiera ese infierno entre los "colonos" se destruirían y nos destruirían a nosotros. ¡Señor Hidalgo, no vuelva más a mi hacienda! Prefiero a mis indios, medio ciegos; víctimas de vez en cuando del dolor, de mi mano dura, pero llorosos y tiernos y no dispersados por la rabia. Piense, ausculte, antes de proceder.

—¡Adiós, alcalde! ¡Adiós, don Bruno! El Perú se sacude. Y lo que es Dios para unos, para otros es el demonio.

—En cuanto a los indios, se equivocan en eso menos que nosotros.

—Lo visitaré, don Bruno, aunque me lo ha prohibido. ¡Qué gran luz hay en su hacienda!

—Es por ese árbol del patio. No podrá usted olvidarlo jamás. No lo arrojaré, si vuelve. ¡Adiós, señor Hidalgo!

El joven se descubrió casi reverente ante el hacendado y el alcalde de Paraybamba. Montó al potro, y salió a paso de calle, tal como

el potro negro solía iniciar la marcha en la casa o la ciudad. Los arcos del corredor y las flores rojas del pisonay absorbían la luz y la transmitían a los ojos humanos, transfigurada, convertida en forma inolvidable que se hundía en la médula de los huesos.

—Usté no es inginiero, señor. No diga en el distrito de San Pedro que es inginiero. "El joven Hidalgo" está bien. El joven Hidalgo amigo de Paraybamba, padrino de Tokoswayk'o; amigo de don Bruno —le dijo Demetrio, acercándosele.

—¿Usted es el comunista famoso? —preguntó Hidalgo.

—Don Bruno también comunista famoso. El joven Hidalgo será peor.

—A Dios gracias que don Bruno me dio a usted de guía y no a Carhuamayo. Dicen que usted es cabeza de todos los indios de este distrito, que es grande y con muchas haciendas, y la mina.

Cabalgaban juntos por el miserable caserío de la hacienda, en el ancho callejón que conducía a la gran residencia. A uno y otro lado, Hidalgo volvió a contemplar las bajas, polvorientas y malolientes chozas de los indios.

—Las barriadas de Lima es peor —dijo Rendón—. Aquí, un tiempo no más viene el colono, cuando baja a trabajar en la hacienda. Con doña Vicenta ya hemos hablado; vamos cambiar estas chozas con casas nuevas, de teja. Apark'ora va llevarse el agua. Los molinos van a parar, la alfalfa va secar. Don Bruno va matar o morir. ¡Cómo, siendo gran señor, va aguantar que el agua que tiene hacienda, cien años, docientos años, se lleve la mina? ¿Cómo?

—Es cierto. ¿No hay ningún otro río afluente. . .?

—Sí. Bien lejos, Yo, yo voy traer esa agua a "Providencia". Indios vamos traer. No hay quebrada, no hay peñolería que indio no amanse. Con paraybambas hemos hablado ya. ¡Indio tiene fuerza, más que dinamita! "Comunista" dicen para que Rendón Willka entre preso al Sexto, para que ahí lo hagan loco, la peor maldición de gente que hacen los señores limeños, para que malogren a hermanos grandes de indios, de obreros.

—Usted sabe. . .

—Siete años en barriadas, trabajando a veces, comiendo basura a veces. Nunca llorando. Tú, joven Hidalgo, has cambiado a tu Dios; aquí, con Él nos echan látigo; comunista diciendo, a inocente matan. Ahí está San Pedro. Periódico de Lima estará diciendo "comunista quema iglesia, comunista mata inginiero Cabrejos". Comunista van decir de don Fermín. Es trejo. Nosotros ayudamos por gusto. La Wisthir le ha ganado. Juelizmente es trejo. Ya está en su hacienda, con ganado "extranguero". Mina no quiere indio de haciendas de San Pedro para peón. Traen de lejos indio más triste, humilde. Candela priende fácil en corazón del triste. . .

—¿Cree usted en Dios, Rendón Willka?

—¿Cuál Dios será? "Zar" en Lima, oyendo misa; Cabrejos oyen-

do misa, rodillando en iglesia de San Pedro; don Lucas llamando santos frailes a su hacienda, siempre; don Cisneros también, haciendo predicar en quechua para colonos, para que colono sea más triste, más homilde. Don Luças mata indios, don Cisneros mata indios; don "Zar", con Cabrejos, desde Lima, le quita su alimento a trecientos caballeros antiguos. Peor que el morir ha sido. ¿Cuál Dios es de ti, joven Hidalgo?

—¿No eres comunista, Rendón?

—Eso no más me averiguan. Hey visto comunistas, apristas, socialistas en Lima. Ningunos saben de indio. De otros pueblos sabrán; como alacrán se quitan el mando. Rabian por obrero triste, dicen, por campesino esclavo. Rabian fuerte. Mueren peleando, de hambre también. "Gobiernos" los mete en cárcel donde hombres, dice, quiere hacer parir a hombre, con puñal en mano. ¡Que vengan comunistas! Nu'hay aquí. Yo, administrador de "Providencia", albacea de niño Alberto Federico, cabeza de indios. Bien yo con alma de don Bruno. Tu Dios, joven Hidalgo. ¿cómo es? Dios de hacendados, de inginieros, come-gente. "Comunista" dicen cuando gente no se deja comer. ¡Ahistá! ¡Don Bruno defiende a su indio, "comunista"! Don Fermín paga jornal, "comunista"; Rendón Willka mira fuerte a inginieros, a hacendados, levanta ánimo de indio triste, "comunista". Contra de Dios. Contra de Dios, diciendo, tranquilos matan gente.

Hidalgo se había detenido cerca del río y escuchaba a Demetrio, en el camino. El potro se impacientaba por seguir trotando.

—Tu Dios, joven, ¿así es? ¡No será! Has abrazado a varayok' de Paraybamba; contra de Dios estás.

—Demetrio, ya no me hables ahora. Es suficiente. Mi Dios es Jesucristo que amaba a los pobres y murió en la cruz por ellos.

—¡Así predican los frailecitos! Así mismo dicen: ¿Cuánto Jesucristo hay? Tú das a humildes, por Jesucristo; hacendado, cura también, por Jesucristo quita, hasta el vida.

—No lo sabes, Demetrio, pero eres comunista. Hablaremos todo el día y toda la noche.

—Primer vez un joven dice: "No sabiendo, eres comunista".

—De otro estilo. Más peligroso. Pero si te quieren matar, te defenderé.

—Tú "comunista", entonces.

—No. Hay que luchar contra ti de otro modo. No con azote y metralla. Eso te da la razón, te engrandece. Hay que luchar librando al indio de la miseria, haciéndolo dueño de sus derechos; que tenga tierras, que tenga instrucción, pero que adore a Dios.

—¡Comunista, joven señor, ostí! Dios no importa. Difícil va ser que indio adore en cierto al dios de Cabrejos, de don Cisneros, de don Lucas. Don Fermín no tiene Dios. Va de frente a la plata. Patria sí tiene. ¡Ahí está! Es alegre, por eso. Va usté a ver.

—Rendón. Recupera a Dios. No mates si llegas a perder.

—Hombre es para vivir, para hacer. Hombre es respeto. Hermano de hombre soy. ¡Que no me apunten no más con metralla! Estos cerros pueden caer sobre el seso del polecía que quiere matar a indio en su chocita, ahora. ¿Has sabido de don Cisneros? Calato lo llevaron hasta el abra del cerro, ahora, comuneros de Paraybamba.

—Sí. Lo he sabido. Traeré jóvenes, más jóvenes, como yo. ¿Qué dices?

—Que estén viniendo, pues. Que traigan otro diosito. El de don Cisneros, de Cabrejos, será para pior.

"La Esperanza", hacienda ganadera que heredó don Fermín, o que la tomó en vida de su padre, no tenía colonos. Era nueva. Don Andrés la hizo en sus buenos tiempos. Convirtió una quebrada ancha, mil metros más alta que "La Providencia", en campos de alfalfa. Construyó un acueducto firme, de cal y canto, y tomó el agua de un afluente del Lahuaymarca. Sembró alfalfa en todo el campo, antes inculto, poblado de arbustos espinosos. Muchos años sufrieron en ese trabajo los colonos de "La Providencia". Trabajaron en mita, sin jornal, recibiendo sólo coca y unos trozos de cecina; durmiendo a la intemperie. Cuando llovía se refugiaban en una ramada larga que ellos mismos levantaron cerca del pequeño río. Don Andrés también durmió en el descampado; una cocinera le preparaba comidas "de campaña".

La hacienda se hizo famosa en la provincia. La alfalfa en flor de "La Esperanza" se divisaba desde las cumbres, sonriente. Don Andrés llegó a mantener en su hacienda hasta quinientas reses de "inverna" y cien vacas lecheras. Pero en extensión era como una décima parte de "La Providencia". Don Andrés, por eso, aunque rendía tanto como la vieja hacienda, no le mandó construir una gran residencia, sino una casa cómoda, pero sin corredor señorial y con patio pequeño. En el centro del patio cultivó un sauce que llegó a ser frondoso, aunque daba la impresión de que sufría con la soledad y el frío. Algunas de sus ramas se derramaban "como lágrimas" hasta tocar el suelo. "No, no era sauce llorón; aquí, en la altura, se ha "afeminado", decía el gran señor.

Tampoco "La Esperanza" tenía iglesia lujosa ni un santo patrón con fiesta grande. Los indios construyeron una capilla casi idéntica a la de las comunidades pobres. Un pintor ambulante que recorría entonces la provincia, fue llamado por don Andrés a la nueva hacienda. El gran señor desconfió del maestro, por la facha que mostraba. Hablaba bien el castellano, vestía de diablo fuerte y no de bayeta como los indios; pero cuando se quitaba el sombrero, su cabellera gruesa se erizaba y con sus ojos, muy negros, "sufridos", como si

tuvieran fiebre, el maestro pintor parecía algo loco y bastante indio. "¿Tú pintor? ¿Tú sabes?", le preguntó don Andrés.

—Toda la Biblia —contestó el maestro.

—De hoy a mañana, pinta a Jesús bautizado por San Juan, en el río —le ordenó el gran señor.

A la mañana siguiente, en un muro lateral de la capilla se veía el Jordán y a San Juan Bautista y a Jesús en el agua. Una paloma aleteaba sobre ellos, y a lo lejos, unas torres y casas raras, blancas.

—Es y no es —dijo el hacendado—. A Jesús lo veo humilde, santo, pero no hermoso como era, y has hecho a San Juan más grande que a Jesús.

—Era más alto —contestó el pintor—. ¿Y qué le parece el río?

—Como el resto. A los pies del Señor se ve que el agua lo reverencia, y es agua del río; pero le has pintado demasiados peces, y muy grandes.

—Los peces tenían que ir de todo el río y ver a Nuestro Señor. Mientras iban crecían, pues, y se regocijaban. Ahí están.

—¿Consta en la Biblia?

—No, señor. En el alma. Yo soy el último pintor que anda. La religión la están malogrando los mercaderes.

—¡Es cierto! —contestó don Andrés —. Pinta toda la capilla. Cobra lo que quieras.

—Yo no cobro. Siénteme a su mesa para comer. Deme un cuarto para mí solo. Que mi caballito coma bien. Después, me da usted dos libras de oro. Y me voy. Con esas dos libras alcanzaré algún pueblo donde todavía quieran pintores de iglesia. Yo no sé hacer otras cosas. Soy antiguo.

—Muy bien, hijo. Y pinta lo que quieras.

En treinta días dejó en los muros escenas de la Biblia, del Antiguo y del Nuevo Testamento. Usaba para los colores polvos que desleía en ollas y fuentes de barro. Un pongo le sirvió de ayudante.

Cuando don Andrés y la señora Rosario fueron invitados a ver la capilla ya decorada, ambos se quedaron entre absortos y confundidos, en la puerta. El maestro había pintado batallas, el circo romano; a Daniel entre las fieras, a Jonás en el vientre de la ballena; a Jesús orando en el Huerto, la última Cena; la Crucifixión y un gallo enorme cantando. Las figuras humanas que formaban una corriente en las cuatro paredes, aparecían orilladas de flores, de pájaros extraños, de ramas con hojas verdes y amarillas.

—¡En treinta días! Tú no debes pensar cuando pintas. En todas partes harás las mismas figuras.

—No, señor. Yo pinto según de quién es la iglesia.

Don Andrés observó "La última cena", y se acercó a verla. Estuvo un buen rato, mirándola.

—Ven —llamó al pintor.

—Ese Judas es el cholo ladrón asesino Cisneros. ¿Dónde lo has conocido? —le dijo en secreto.

—¡Se dio cuenta usted! Una sola vez lo he visto. Me servirá siempre para Judas, para Herodes, para Caín.

—Déjame tu caballo y escoge la mejor mula de mi hacienda. La mula vive más tiempo, no tropieza de noche.

—Son muy finas las que usted tiene. No son como para mí, señor.

—Ya enflaquecerá. Se pondrá como tú. Has pintado bien a ese "cholo" asesino. Tiene un hijo sin madre.

—¿Cómo?

—No sabemos quién es la madre. Pero es su hijo. Se parece a él.

—Bien, señor. Ahora ya me voy.

—No, espera. Que entren los colonos.

Llamó a los cien indios de "La Providencia", haciendo tocar la campanita de la torre. Primero se arrodillaron ante el patrón y luego entraron a la capilla. No pudieron contenerse y lanzaron exclamaciones de júbilo. La capilla era por dentro como una flor, una caja de sorpresas. Fueron arrodillándose delante de muchas escenas y festejándolas. Todos se detuvieron frente a "La última cena" y observaron el rostro gordo, de ojos pequeños, los cabellos en desorden como vellos de araña venenosa, del Judas.

El pintor aceptó la mula y tres libras de oro, pero don Andrés se opuso a que el pongo joven que había servido de ayudante al maestro se fuera con él. El joven indio lloró por las noches mucho tiempo.

Fermín Aragón de Peralta estimaba esa capilla. Modernizó la residencia e hizo cortar el sauce. En su lugar plantó un eucalipto.

—Si crece bien podré pensar en un gran bosque maderero para las minas —dijo.

Cuando volvió de Lima, el eucalipto se había desarrollado mucho más de lo que él calculaba y deseaba. Mandó que prepararan un almácigo con miles de plantas.

Recibió con entusiasmo a Jorge Hidalgo.

—Hay un dormitorio para usted —le dijo—. Tengo casi todos sus antecedentes, por ser usted quien es. No pretendo luchar contra la mina sino hacer producir esta hacienda al máximo. Han de procurar impedírmelo, y usted, lo sé, no viene aquí a ganar dinero únicamente, puesto que en cualquier otra empresa y aun sin hacer nada, tendría más de lo que he invertido en "La Esperanza". Tenemos un ideal común: el Perú primero para los peruanos.

—Así es, señor Aragón. He tenido la suerte de conocer a su hermano. Es un hombre de fuegos encontrados, de vientos contrarios en su alma. Él me ha enviado donde usted. No sólo entiendo de minas. . .

—¿Puede calcular la construcción de un nuevo acueducto?

—Sí, puedo.

—Doblaremos la extensión productiva de la hacienda. Además, usted constituirá para mí una garantía más de seguridad política.

—No lo sé. Rendón Willka dice que soy comunista y yo temo que, sin haberlo estudiado doctrinariamente, él sea más comunista que yo.

—Bueno. ¡Aquí todos somos "comunistas" que vamos a liquidar el comunismo!

—Lo entenderán muchos, aun poderosos personajes de Lima, y casi todos los intelectuales, excepto los que sirven en el periódico de... y algunos ultracatólicos a la antigua, nos apoyarán. No me refiero a los comunistas. Yo puedo servir para comunicarme con unos y otros: empresarios progresistas e intelectuales sanos y patrióticos con emoción social. ¿Tiene obreros?

—Llegan todos los días, de todas partes. Es inquietante. Ayer, ayer han venido dos famélicos mozos de la hacienda de Lucas. Apenas tienen fuerzas para caminar. Preguntaron por Rendón Willka. Debemos vigilar a ese hombre.

—Adoctrinarlo. Pero tiene ideas, al parecer, tan firmes como su carácter.

—Terminará mal ese hombre. Por el momento nos está sirviendo. Creo que tiene una gran red secreta de comunicaciones con pueblos y haciendas. Ahora me apoya.

—Sí. Aunque le teme.

—Nos tememos los dos. Los ingenieros están en el campo. Que Rendón se vuelva al instante. Esos dos potros son de nervio fino y hechos ya a vencer las cumbres.

Encontraron a Demetrio en la cocina hablando con los dos siervos escapados de la hacienda de don Lucas.

Los dos colonos se levantaron cuando Rendón Willka entró en la cocina y preguntó por ellos. Todavía, como en las casas tradicionales, la cocina se encontraba en un extremo del edificio. Era amplia y de piso de tierra. Estaba considerada como el lugar de menor categoría de la residencia. Hasta allí podía atreverse a ingresar un indio. Y aunque don Fermín había traído un cocinero de Lima, éste esperaba que instalaran toda la utilería moderna. Mientras tanto, la cocina seguía en poder de una mestiza "empleada" y de dos indias jóvenes que ganaban ya un "salario" de ocho soles diarios, fabulosa suma, jamás soñada en esos montes y pueblos.

—¿Padrecito don Demetrio? —preguntó el que parecía ser el mayor de los siervos.

—Sí. ¿Ha entrado a las estancias el *k'ollana* que les mandé?

—Sí, ha entrado. Don Lucas no sabe. A mi padre ha matado hace una semana.

—¿Cómo?

—Herida le hizo abrir con cuchillo, y la mosca sembró gusanos

en la herida. Ha muerto. Yo, de la hacienda me he venido, no de la estancia. De noche, con éste en el camino nos hemos encontrado.

—Ya; ustedes son *hombres*. Les van a seguir otros más; quizá todos. Don Lucas va quedar sin gente. Que pague salario. Diez soles.

—No, padrecito. ¡Qué va a pagar! Dice que indio ha nacido para sufrir, que Dios así ha mandado. Ya no nos deja criar carneritos. Están muriendo de hambre. . .

—Sí. Poco falta para que el colono entre a la hacienda. Yo voy a ir otra vez.

—Te matarían. Por el hambre, entre indios, con maicito, don Lucas tiene diablos que todo le cuentan.

—Yo voy a ir así como tú has venido. ¿No puedo, crees?

—Sí puedes, padrecito. No te alcanzará don Lucas. Dicen cóndor wamani te cuida con su sombra.

Oyó esta frase Fermín Aragón.

—¿Es cierto eso, Demetrio? —preguntó.

—Quizás, don Fermín. No sabemos, pues, bien lo que hay en el mundo —contestó Demetrio.

Hidalgo sufría porque no podía entender el diálogo.

—Pero ahora que eres administrador de "La Providencia", albacea del niño Alberto Federico, casi ya gran señor, ¿crees?

—Ellos creen, don Fermín. Un cóndor apareció cuando a los señores de San Pedro les dijo el subprefecto que ya no eran dueños de "La Esmeralda". Don Bellido estaba muerto; estirado sobre una mesa, en el corredor.

—Bueno; dile a ese cóndor wamani que me proteja a mí. Yo tengo indios colonos de cinco haciendas.

—De don Cisneros, ¿no han venido?

—Sí. Ocho.

—¡Wifá, don Fermín! Ya está la guerra. Pero aquí no van a venir ni don Lucas ni don Adalberto.

—¿Por qué?

—Estarán exigiendo al subprefecto que traiga tropas. La mina también quiere tropas, ahora. Están entrando las máquinas a "La Esmeralda". Anto queda en el medio de la pampa. Fácil van a matarle.

—¿Pero por qué dices que no van a venir aquí los hacendados?

—Tú no tienes miedo, señor; yo no tengo miedo; don Bruno no tiene miedo. Ellos están consumiéndose con miedo y rabia. A los pueblitos irán.

—¿Por qué?

—El cóndor wamani sabe. Nosotros no sabemos bien. Usted, seguro, quiere que ya me vaya. Te he traído buen inginiero. ¡Adiós, señor! ¡Adiós, inginiero!

Montó el potro negro, y partió al galope. Los colonos de don Lucas salieron a verlo irse.

CAPÍTULO XIII

Los diarios de Lima informaron casi con las mismas palabras sobre el incendio de la iglesia de San Pedro y el asesinato de Cabrejos. La muerte de la mestiza en la capital de la provincia y la del platero Bellido fueron ignoradas.

"Los comunistas amotinaron a la pequeña y antigua villa de San Pedro de Lahuaymarca cuando el subprefecto y el juez de la provincia se hicieron presentes, resguardados por un destacamento de policías, para dar posesión a la compañía Aparcora de las tierras denunciadas por dicha compañía.

"La policía dispersó a la turba y tuvo que hacer uso de gases lacrimógenos y de disparos al aire. Uno de los dirigentes comunistas cayó herido cuando intentaba, temerariamente, asaltar el local del municipio secundado por varios facciosos. En dicho local las autoridades distritales y de la provincia procedían a dar cumplimiento a las disposiciones supremas respecto a las denuncias de la Compañía minera. Se ha podido comprobar la presencia de agitadores extraños a la villa en la algarada de San Pedro y tales facciosos fueron oportunamente apresados. Lamentablemente, no se pudo evitar que una joven, adoctrinada con antelación, y bajo consigna, asesinara en la residencia de la mina Aparcora al ingeniero jefe de la misma, señor Cabrejos Seminario. La joven procedió con saña y frialdad excepcionales. Todos los detenidos, incluso la asesina, se encuentran ya en la capital de la República. Asimismo no pudo evitarse que una pequeña fracción de los pobladores de la villa, ateos reconocidos, incendiaran la iglesia, apenas las fuerzas del orden se retiraron de San Pedro. Aterrorizados por el bárbaro sacrilegio los vecinos del pueblo empezaron a abandonar sus casas y algunos tomaron venganza de los responsables prendiendo fuego a sus residencias. Las últimas informaciones dan cuenta de que el pánico ha sido vencido y que la villa ha vuelto al orden y la paz. La comunidad de indígenas de San Pedro y los vecinos notables han acordado reconstruir el templo, aunque no será posible la recuperación de modestas pero antiguas reliquias que guardaba. Con respecto a estos sucesos la

policía investiga acerca de la participación que pudieron haber tenido un notable hacendado de la región que tiene como administrador de su principal fundo a un ex comunero de cuyas vinculaciones facciosas comunistas o apristas se sospecha. La capital de la provincia se mantiene en calma, luego de que la policía dispersó sin dificultades grupos insignificantes de apro-comunistas que pretendieron alterar el orden. Sobre los responsables de las perturbaciones de que damos cuenta caerá todo el peso de las leyes en defensa de la democracia, según hemos sido informados de fuentes oficiales."

Mientras los periódicos de la capital daban cuenta "fidedignamente" del incendio del dorado templo de San Pedro, la comunidad en pleno, con don Felipe Maywa a la cabeza, llegaba a la villa. Detrás de los varayok's marchaba el Común, hombres, mujeres y niños, rezando el Padrenuestro en quechua. Las mujeres llevaban en las manos ramas floridas de paja, única planta que en ese mes de sequía se adornaba de un penacho gris oscuro, afelpado, que resaltaba sobre el tallo lúcido y amarillento.

La multitud de indios llegó al municipio donde los esperaba don Ricardo de la Torre, doña Adelaida y varios ancianos y ancianas acompañados de algunos jóvenes que se quedaron para acompañarlos, hasta que murieran.

Los varayok's subieron al corredor, saludaron a don Ricardo, se arrodillaron luego con la cara hacia la iglesia en ruinas. Toda la multitud y los pocos vecinos también se arrodillaron. Don Felipe se persignó, luego ordenó a ocho mayores cabildos ya elegidos, que subieran al corredor. Ingresaron al salón municipal y salieron cargando en pequeñas andas adornadas con ramas de sauce, el patrón San Pedro y la Virgen, con sus joyas. La multitud siguió de rodillas. Bajaron las gradas. Entonces, los ancianos señores se echaron a llorar; no pudieron contenerse, los jóvenes también lloraron. La multitud se contagió en seguida de la desesperación de los señores; cantando en quechua lloraban sin descanso.

Don Ricardo, vestido de negro, limpio, con una corbata brillante aunque raída, se puso de pie. Nadie se atrevió a pararse. Las andas rodeadas por las autoridades del común, se detuvieron para recibir la queja, la despedida de los pocos viejos que no pudieron abandonar la villa. Los enclenques arbustos de la plaza se habían rendido con el calor del incendio; parecía que el llanto de toda esa multitud inconsolada los mataba al fin.

Don Ricardo permaneció rígido, muy pálido, con los músculos duros por el esfuerzo que hacía para contener las lágrimas. Lo vieron así, como a un muerto en pie; alcalde de un viejo y señorial pueblo a quien esa tempestad de desolación no quebrantaba. "Si todas esas lágrimas llegaran a la raíz de los arbolitos de la plaza ¡revivirían! ¡Tendrían para siempre color, más triste que San Pedro, amarillento", pensó. Luego levantó los brazos y gritó: "¡Adiós, Señor Mise-

ricordioso! ¡Adiós, Virgen Santa! ¡Hasta pronto! Vete, mayor alcalde!"

Las andas avanzaron; la multitud de indios se levantó. Eran como tres mil. Los ancianos señores permanecieron de rodillas hasta que las andas desaparecieron en la bocacalle.

Sobre la extensa plaza brillaba la arenilla del piso; los arbustos aparecieron, tendidos en desorden; los muros quemados de la iglesia, la torre manchada, el alcalde de pie, y el grupito de vecinos, recibían el sol quemante del mediodía. El gran sol que tan pronto descompone los cuerpos que han fallecido, no podía con este resto de los hombres orgullosos de la antigua villa; los bañaba únicamente de un silencio incurable.

Doña Adelaida creyó que algo los haría morir a todos en el corredor, y esperó anhelante; pero don Ricardo, con los brazos que seguían agitándose en adioses, la perturbaba, le transmitía la evidencia de que estaban viejos, pero sanos con el sol que intentaba, vanamente, inmovilizarlos. El corazón de todos seguía desafiante.

Desde el corredor vieron a los comuneros subir la montaña, moviendo las mujeres, ramas de paja brava. Junto a la gran piedra que marcaba los linderos de Común, la multitud se detuvo. Varias mujeres cantaron un *harawi*, pero a la plaza sólo llegó la voz aguda que atravesaba el aire, las paredes, las montañas y los huesos de quien la escuchaba y dejaba en todos la materia tristísima del himno, tan triste que llegaba a convertirse en vivificante, en hielo ardiente. Opacó al sol; salvó a los vecinos de su luz paralizadora, y pudieron moverse y despedirse, mientras el canto les daba frescura, la más tierna despedida; no mortal e irreconciliable, sino tierna, como es la corriente de los ríos poderosos, la sombra de las montañas desnudas del Perú cuyas cimas son inalcanzables.

Así se despidieron los patronos de San Pedro de Lahuaymarca, subieron el escarpado "Apukintu" sagrado y llegaron al pueblo de los indios. La *Kurku* Gertrudis y el sacristán de San Pedro cantaron himnos triunfales de recibimiento. En sus tronos, los patronos de la villa señorial fueron alojados en el altar mayor de la capilla de la aldea, sin calles derechas, con casas de techo de paja, pero limpias por el aire. Y por la ausencia de ambiciones terribles que enfrentan a los hombres. Quedaron en paz, esperando.

El "Zar" comprendió que la designación del subprefecto hecha por Cabrejos Seminario era "sospechosa". El gerente de la Compañía le expuso sólo una de las causas que podrían explicar el resentimiento de Cabrejos.

—Tú hiciste el resto, "Palalo". Pienso que calculaste bien. El hombre se enredó más fácilmente de lo que habías supuesto.

—Se enredó fácilmente. Es lamentable. Ya está muerto. Es necesario hacer nombrar inmediatamente un subprefecto que sea hábil, de buen trato, pero igualmente decidido.

—Mendoza Borjas; es de la Compañía. Sabe algo del idioma de los indios; es serrano. Dale instrucciones. Seguirá percibiendo su sueldo de la empresa —dijo el "Zar".

—Como siempre, usted acierta en lo pequeño y en lo grande.

—Nada es pequeño en una empresa como la nuestra. ¡Arréglatelas con el resto de los detalles! A esa señorita asesina que la traten bien. A Llerena no es necesario castigarlo. Velazco carece de la experiencia suficiente, pero es adecuado, no lo destruyas. Elige a alguien para enviar en lugar del insensato Hidalgo. No creo que regrese "con salud" de esas serranías. Bueno. Hemos concluido con este asunto.

"Palalo" se despidió del presidente de la Compañía. Sintió que lo miraba con "ternura" y lo que tal mirada significaba y exigía.

—Bien, presidente —dijo—, iré luego de poner todo en orden.

—Así es, "Palalo".

La sobria y lujosa oficina quedó enmelada por el tono de esas palabras. El joven y rubio gerente de la Aparcora se abrió camino con cierta dificultad y placer denso en ese aire enmelado. Buscó y encontró la puerta.

"Se enredó muy fácilmente —dijo—. Como yo. Él, para morir; yo, para vivir. ¡Esto es vida! Entrar por todo y a todo y permanecer dominando. Nada es sucio ni limpio."

A esa hora los buldóceres aplanaban "La Esmeralda", tranquilos. En la pampa seca donde resaltaban cogollos muy a ras de tierra, de las cañas de maíz, volaban unas tórtolas pequeñas, de ojitos rodeados por una mancha encarnada: los "kullkus" volaban de pared a pared y eran del color de las piedras; no se asustaban mucho. Retrocedían a medida que las máquinas avanzaban hacia la casa y huerto de Anto y el inmenso eucalipto de los Brañes, abandonado.

El capataz, que montaba uno de los buldóceres junto al chofer, bajó y fue a tocar la puerta del corral de Anto; adentro estaba la pequeña casa. No le contestaron y volvió a golpear la puerta con una piedra.

—¿Qué quiere? —contestó una mujer.

—Vamos a tumbar el muro. ¿Ya han sacado sus cosas de la casa? —dijo el capataz.

—¿Quién va tumbar mi casa? ¿Por qué? Estamos sus dueños.

—Todo es ya de la Compañía.

—¡Yo no he vendido! —gritó Anto—. Nada hey vendido.

—El ingeniero Velazco te ofrece diez mil soles más. Aquí está la plata.

—Ni diez mil libras, ni aunque sea diez mil vidas. Es mi casa

—La vamos a joder —contestó el capataz.

—A ver, pues.

Se oyó un disparo, y el capataz cayó al suelo con el cráneo destrozado.

—¡Era cierto! Ese cholo asesino no es como los otros. ¡No se bajen de las máquinas! —ordenó Velazco.

"¡Muerto!", dijo. "¡De veras! Le ha metido una bala en la cabeza. Le disparó de cerca. ¡Está loco! Era criado de locos. Pero las dos máquinas grandes son a prueba de balas. Tendremos que liquidarlo."

Con el disparo, las tórtolas se fueron muy lejos.

—¡Ingeniero! ¿Le suelto la máquina? —preguntó uno de los obreros.

—¡Las dos! Avancen juntos.

Las orugas se desplazaron lentamente, trepidando con la máxima fuerza. El ruido sordo, de fuego contenido, de los dos motores, empezó a caldear la pampa; el eucalipto gigante de los Brañes se balanceaba algo con el viento; sonaba profundamente como un río lejano. Eran sus ramas altas, las más altas, que sentían la palpitación de los cielos y la transmitían al suelo, al oído de niños y hombres, dulce y majestuosamente.

Los hocicos de los buldóceres no chocaron con el muro; se asentaron sobre él y lo fueron empujando. No disminuyeron la marcha; la pared, de cuatro filas de piedras grandes y rellenadas, cedió; cayó, y los monstruos trituraban las piedras, sacudiéndose. Se presentaron delante del corredor de la casa, los dos, sin detener la marcha.

—¡Cuidado! —gritó el que manejaba la máquina con dirección hacia la cocina.

El monstruo no podía detenerse ni retroceder ya. Anto, sin sombrero, bajó, y su rostro algo atontado, prendía una mecha pequeña. Se lanzó de cabeza contra el gran buldózer; llevaba un paquete en la mano. Veinte cartuchos de dinamita estallaron. El monstruo se desquició, algunos trozos de acero volaron; se formó una nube de polvo que cubrió la casa y la figura del eucalipto que, muy cerca, alcanzaba el cielo con sus ramas más altas.

—¡Dios! —gritó el maquinista de uno de los buldóceres pequeños.

—¡Me fregué! —dijo Velazco—. ¡No quise creer! ¡Ese idiota! ¡Ese idiota!

El viento despejó el polvo. La casa estaba derrumbada; la otra máquina casi de panza, con la oruga al aire. De Anto, de los maquinistas y del gran monstruo de acero, quedaban restos mezclados entre la tierra revuelta.

Saltaron de las otras máquinas, Velazco y cinco tractoristas. Sordos y embrutecidos; se acercaron sin correr, miedosos, al cúmulo de piedras, madera, sangre y granos de maíz y trigo. Todo revuelto.

—¡Era hombre ése! ¡Parecía un mierda!

—¡Recemos! —dijo uno de los tractoristas.

Tenía fama de ser inmisericorde, el más duro de los obreros especializados y "especiales" que trajo Velazco. Se arrodilló; los cuatro obreros se hincaron.

—¡No! —dijo el que pidió orar—. Mi'olvidado. ¡No sé rezar nada! —Y se paró. Vio que Velazco había permanecido de pie. Ambos se miraron con expresión semejante, mientras los otros tres, con la cabeza inclinada, recitaban.

—¿Y ahora? —dijo Velazco—. Las dos grandes han sido reventadas; he perdido dos maquinistas de primera.

—No se preocupe —le contestó el obrero—. Máquinas hay mejores; tractoristas también. ¡Esta pampa! ¡Mucha plata tiene la Wisther!

Pero Velazco fue felicitado por el rubio gerente, en lugar de ser destituido.

—¿Qué? ¿El "Zar"? ¡No! ¡Eso no! Yo me voy —dijo en voz alta, al leer la comunicación.

—¿Malas noticias? —le preguntó su secretaria.

—Sí; nos vamos pronto. Si tú quieres seguirme.

—¡Claro! Aquí se mata a la gente. ¡Quiero irme!

Pero Velazco no pudo irse. El gerente tenía medios muy "eficaces" para mantenerlo en la Compañía. Lo hizo llamar a Lima; y lo devolvió en pocos días. Velazco despidió a la secretaria, de mala manera. Sus ojos habían cambiado de color. "¡Ahora sí! Estoy limpio", dijo. "Ya nada me falta por hacer. Soy como "Palalo", pero cien gradas más abajo, todavía. ¡A subir!". Se había despojado de las últimas "escorias" de la "voz de la conciencia". "¡Seré millonario o un esqueleto andante, dentro de poco."

Y empezó a manejar con visión y mano firme la mina. Los empleados y obreros ya no pudieron acercársele, como antes. Les oía y consideraba con atención penetrante y fría. No aceptaba ninguna concesión "humana". Todo dentro de los reglamentos. Se olvidó de las mejoras ofrecidas para las barracas de los indios. No permitió que se le acercaran. "Le han comido la sangre", había dicho la secretaria al tiempo de despedirse.

—¿Ése? Ése era un hombre. ¡Nunca se sabe! —exclamaba el jefe de maquinistas de los buldóceres, recordando a don Anto. Velazco ordenó que cortaran el eucalipto de los Brañes. La pampa madre se quedó sin sombra, sin frescura, puro polvo.

Don Bruno y Rendón Willka recibieron la noticia de la muerte del ex criado el mismo día, por la noche.

Don Bruno permitía las visitas de comuneros y mestizos a su administrador y le daba licencia para que viajara a Lahuaymarca con frecuencia. Demetrio iba a Paraybamba, a Santa Cruz, a Maray-

pata, a Sokosbamba, a Paukaray, a casi todos los pueblos del distrito Vestido de indio rotoso llegó a las estancias de las haciendas de Cisneros y de don Lucas. Pocos días después, varios colonos de éstos se escaparon a "La Esperanza". Don Bruno sospechaba que Demetrio significaba *algo, algo* muy importante para los comuneros. Percibía que en los pueblos y haciendas, aun en la mina, se coordinaba también *algo*. "¡Es la mano de Dios! Este hombre es bueno, sus ojos no tienen sombras. Sé que Dios ha dispuesto ya que en nuestra tierra se haga un primer juicio final; aquí, en San Pedro de Lahuaymarca. Empezó con la muerte de Bellido y de Cabrejos, con el incendio del templo. Yo no he de oponerme a la voluntad del Altísimo. Que Él disponga de mi administrador. Cada día lo encuentro igualmente tranquilo. Que lo visitan de noche, a la madrugada o en pleno día, las criaturas del Señor. No he de impedirlo. ¿Quién soy para perturbar lo que la Santísima Voluntad dispone?"

Rendón Willka comprendía, adivinaba, calculaba las reflexiones y las causas de la tolerancia que le dispensaba don Bruno, y se mostraba delante de él más feliz y fuerte. Carhuamayo, en cambio, temía; casi odiaba ya a Rendón. Don Bruno no le permitió alegar más, cuando se atrevió a exponerle sus sospechas de que Demetrio revolvería las haciendas en favor del demonio. "Muérete tranquilo, Carhuamayo —le dijo don Bruno—. No hables más. Tú bien sabes que no puedes enseñarme, que no tienes ojos para ver lo que no veo."

—El maquinista grande dice: "ése, ése era un hombre, don Anto" —contaba un k'ollana de Maraypata, sentado en el poyo del corredor de la gran hacienda. Don Bruno lo escuchaba en su sillón de baqueta, y Rendón, frente a él, también en el poyo—. Ha matado a tres, en un ratito; como si fueran de lata tumbado y destripado a las máquinas más grandes. A él no le han encontrado; sus huesos, su carne, sus ojos, la sangre de su cuerpo en la madre pampa han quedado. El dedo de ningún maquinista le ha tocado. Su mujer está bajo las paredes de la casa. No le van a sacar, dice. La máquina va a igualar la tierra con ella adentro. ¡Está bien! Del maquinista, pedazos no más han recogido. El jefe no tiene pena. De don Anto habla. "Más hombre no hay", dice. Toda la pampa ha temblado con la dinamita; el eucalipto padre danzaba. Lo van a matar. Creo algo sucederá en la mina. Los soldados están rondando. Yo he escapado. ¿Qué mandas, don Bruno?

—Yo no mando. Dios manda. Anda, vete, indio, en seguida. Te van a matar si saben que has venido aquí. Que Rendón mande lo que quiera. ¿Van a cortar el eucalipto grande, han dicho?

—Sí, don Bruno; mañana, pasado.

—La Virgen de San Pedro contemplaba a ese árbol desde la cumbre, cuando la llevábamos en procesión, para que bendijera los maizales. Es el último desafío a Dios, a lo que Dios quería cómo debían ser la pampa y sus dueños. No está ya la Virgen, ni está

San Pedro. Si no lo matan, ese árbol iba a morir pronto de pena. ¡Que lo corten! Yo sentiré que la sierra me parte también el pecho. ¡Anda, vete, indio! Que Demetrio te ordene si hay algo. ¡Aquí, en mi iglesia, mandaré decir una misa por Anto! ¡Rendón Wilka! ¿Te acuerdas? Ese revólver, esa dinamita de Anto, no eran de Anto, ni la tierra. ¡Eran de Fermín!

Se fue el caballero; atravesó el corredor muy poco alumbrado por una lámpara de tubo. No quiso iluminar el gran corredor. Entró a la sala, oscura; y pasó al dormitorio. Vicenta oía un canto jocoso que entonaba una de sus criadas. Ella reía. Corrió hacia su marido, al vuelo; la criada huyó. Rendón y el *k'ollana* la vieron bajar al patio, asustada.

—Don Bruno ha sufrido, ha rabiado más —dijo el k'ollana.

—Se echa la culpa de la llegada de la Wisther; de la pestilencia de las barracas donde los indios duermen en la mina. Sabe que están tragando polvo que les va a podrir sus pulmones. Sabe que ya empezaron a construir el acueducto. No le consuela la seguridad de que los indios vamos a traer otra agua más limpia a su hacienda. Los molinos pararán sólo por un tiempo, la alfalfa se secará. Los potros no podrán entrar alegres al pasto florido; no habrá maíz por un tiempo. Quizá la huerta también secará. No respondo por don Bruno. ¿Está bien la mina?

—Está bien. Hay un obrero que ayuda a la gente para formar sindicato. Trabaja bonito, tranquilo; conoce. No le han sospechado todavía. La gente va levantarse de repente. Indios hemos hablado con puneños, andahuaylinos. . . Parecen sonsos. No es cierto; entienden. Padecen peor que condenado, con el polvo, ahogándose. ¿Por qué van tener miedo al morir? Los obreros grandes no más, con don Camargo, miran a todos, oyen en todas partes, son ovejas del inginiero Velazco. Otro subprefecto ha venido. Ha llevado tropas de la mina. Dice van a mandar a haciendas para que no escapen colonos.

—Todo bien. Todo mejor. En haciendas saben. A indios puneños hay que hablar día por día, bonito.

—Hermano, pues, sufriendo, pues.

—Bueno. Anda. Monta el alazán. Lo sueltas de la altura; él solito se regresa. Ya está durmiendo la gente. Esperan señal. Vamos.

Oyeron que don Bruno hablaba fuerte en el dormitorio, pero no le entendían.

—La señora le consuela como paloma.

—Ahora parece está llorando; don Bruno resondra. Dios le hace sufrir. Vamos. Te daré el caballo.

Los dos hombres cruzaron el patio oscuro. Apagaron la lámpara. Los pongos habían sido despedidos temprano.

—Un río de sangre hay en tus ojos, Bruno, padre de mi hijito. ¿Por qué? Tú eres el agua que toma, el pancito que come, la leche que bebe de mis pechos. ¡Padrecito! ¿Qué pasa en tu corazón?

Vicenta abrazó el fornido y tembloroso cuerpo de don Bruno.

—Han matado al que fue criado de mi padre, a Antonino —dijo—. Él ha matado a tres forasteros; con dinamita ha hecho volar dos máquinas, de ésas que están aplanando y cegando "La Esmeralda".

—En ti nada hay de esos muertos, Bruno...

—¡Sí, hay! Yo accedí a darle mis indios a Fermín...

—Otros indios habría traído.

—Yo le di mis indios. Soy culpable de todo. Ahora él, con sus millones, está formando en "La Esperanza" otro nido de vicios, otro pueblo del demonio. Ha quemado la iglesia de San Pedro, ha hecho huir como a condenados a sus pobres caballeros; ha matado a Bellido; ha traído el infierno sin remedio, y él está feliz, reclutando gente...

—Les paga jornal, tu hermano; jornal que nadies, ni la mina paga.

—Y llevándose a los colonos...

—¡Bruno! ¡Diosito! ¡óyeme! He sido mestiza, he sufrido. Ahora, ya en la gloria, me acuerdo—. Vicenta levantó la cara para mirar a su amante.

¡Sí! Un río de sangre tenía en los ojos. No disminuía su caudal ni su densidad. La voz de ella no le llegaba.

—¡Bruno! Los indios de las haciendas de don Lucas y de don Adalberto están siendo comidos por piojos, por otros gusanos peores también, como el pique que forma bolsas en sus "partecitas tristes". ¿Eso quieres? Don Fermín les da jornal, comida, choza, cama, mejor que de mestizos. Demetrio sabe...

—Hay que castigar, entonces, al hacendado. Las estancias son de los indios, Vicenta. El hacendado dice: "Es de mí". Yo también lo digo. Pero ante Dios, la parte alta de la hacienda, del indio es. Fermín va a hacer que los soldados vayan a "La Esperanza", y van a quemar la capilla que mi padre hizo pintar con un maestro que era santo. ¡Van a matar a los indios, peor que a Bellido! El gobierno, el senador que ha dado carta blanca a Cisneros, ¿van a defender a Fermín? ¿Va a respetar la capilla? Todos van a morir. El colono debe esperar la muerte en la hacienda donde Dios lo hizo nacer.

—Ya no es como antes, padrecito. ¡Ya no es como antes! Mi pueblo está cerca de la hacienda de don Lucas y de "Parquiña". Las criaturas mueren, ya no crecen, Bruno. Deja a Dios solo. No te metas. Acuérdate de tu hijo.

—¡Yo desafié a Dios! Le di mis indios a Fermín. Traje las máquinas que están convirtiendo en polvo la tierra de maíz bendecida por todas las Vírgenes ¡Yo he hecho desaparecer en el aire el cuerpo de Anto, que fue padre de mi padre, cuando él estaba loco, por causa mía, de mis culpas. ¡Tienes tu hijo, Vicenta, y tu hacienda!

—¿Qué dices? ¿Adónde va descargarse ese río de sangre que está creciendo en tus ojos?

—¡Dios dirá! Tú y Demetrio me responden de mi hijo. Que él construya ese acueducto del río Tankayllo a "La Providencia", si puede. Si puede que demuestre que el indio colono es más grande que la Wisther. Tú, sé que me guardarás hasta la muerte. Te encontré virgen y virgen morirás, si yo no vuelvo. ¡Trae mis revólveres!

Vicenta le besó las manos, fue a paso firme hasta un armario, y sacó un revólver con cacha de conchaperla, y de un anaquel más alto, la vieja pistola. Puso ambas armas sobre la cama, y de otro anaquel tomó el cinturón especial, con fundas para ambas pistolas. Don Bruno se acercó a la cama.

Cuando Vicenta le ayudó a amarrarse el cinturón vio que los ojos del hacendado clareaban.

—¡Nuestro hijo! ¡Tú me respondes! —le dijo el hacendado—. ¡Tú puedes, a Dios gracias!

Y una expresión triunfal iluminó su rostro.

—¡De acero puro y flor de pensamientos te hizo Dios! Para madre de don Alberto Federico Aragón de Peralta y para salvadora de su padre, pecador, indigno de Dios. ¡Quédate aquí! No llores nunca. Tu destino se quebraría si lloras.

Le besó las manos y salió.

Vicenta se arrodilló junto a la cuja del niño.

—No le has conocido a tu padre —le dijo—. Quizá su retrato se haya quedado en mis ojos para que lo veas cuando tengas juicio. Tenía barba rubia, ojos azules; un río de sangre que Dios echó desde el cielo se lo llevó a la gloria, por más que iba ahogándose en la corriente. Era loco, dicen. No es cierto, hijito; su corazón le lastimaron cuando todavía era huahua [1]. Yo le curé. Tú naciste de la tela más fina de sus ojos, de su corazón que estaba ya limpio. Por orden de Dios se fue a matar a los bandidos que en la tierra nunca, pues, van a acabar. Por gusto se fue. ¡Orden de Dios! Ahora soy tu padre y tu madre. ¡Que venga, a ver, cualquier río de sangre, cualquier culebra, cualquier Lucifer a quitarme la vida! ¡Ah, ja, ja, jay! ¡Conmigo no pueden! ¿No ves? A don Bruno, yo misma l'he amarrado, l'he puesto su arma, la muerte, a su cintura. ¿Acaso? No se ha podido llevar mi corazón. ¡Para ti me ha dejado, virgen! ¡Que llueva, pues; que llegue ya la madrugada!...

Estuvo hablando, como mestiza, algo delirando, hasta que amaneció.

Don Bruno encontró a Rendón Willka cuando éste volvía al patio. Demetrio preguntó al hacendado, con tranquilidad aparente, qué deseaba ordenar.

—¿Satuco Paucar sabe disparar? —le preguntó.

—Sí sabe, patrón.

—Está de pongo, ¿no?

[1] Niño.

—Sí, patrón.

—¡Llámalo! Y juntos vayan a traer mi potro blanco y el moro. Ensillen rápido.

Don Bruno esperó en medio del patio; la noche era oscura, a pesar de que había pocas nubes. Como en el fondo de pozos demasiado hondos y de agua un poco negruzca, brillaban, con esfuerzo, las estrellas; no alumbraban casi nada. El pisonay, sin embargo, mostraba su forma; no de cada rama sino del árbol entero. Se le veía macizo en el patio extenso.

—Bien —dijo don Bruno mirándole—. Eso quiere decir que no volveré. Estás de luto.

Don Bruno le alcanzó una fina pistola Colt, con su funda y su correa, a Satuco Paucar.

—¿Vas a querer defender a tu patrón? —le preguntó después, en quechua.

—Así es, patrón.

—Dispararás cuando yo te ordene, o cuando veas que me quieren matar por la espalda o por un costado.

—Así es patrón.

—Bueno, Demetrio. La hacienda, mi hijo, mi mujer y mis colonos se quedan bajo tu responsabilidad. Todo está legalmente arreglado. No sé si Dios te protegerá, pero no hay razón para que no proteja a mi hijo, a mi mujer, a mis indios y a mis amigos paraybambas. Les darás Tokoswayk'o en propiedad. Con mis colonos arregla según tu conciencia. En el poder te dejo libertad. Haz de mi hijo un hombre mejor que su padre y mejor que tú.

—Gracias, señor. La hacienda, con tu hijo, con tu mujer, con su gente y sus animales te bendecirán para siempre. El niño don Alberto Federico será, pues, seguro, mejor que nosotros. El mundo, el vida camina rápido, a lo mejor. Como tú has rogado al Señor: el criatura hombre que no haga rabiar a su hermano, criatura hombre.

—Bien. ¡Adiós!

Satuco lo siguió al paso, lleno de expectativa; empuñando fuerte la cacha de su revólver. "Seguro va matar a Cisneros", pensó.

"No —dijo Rendón—. Va por don Fermín. Hay que alistar los pueblos, la hacienda. Al niño lo llevaremos a Lahuaymarca, tempranito. Ya saben. Ni el cóndor Wamani podrá encontrarlo".

Al mediodía, con un sol feroz, entró don Bruno a la hacienda de don Lucas. Millones de moscas danzaban sobre el bagazo de la caña de azúcar, alrededor de los trapiches, ya antiguos, pero hidráulicos de la finca. Indios sucios, enflaquecidos, muy pálidos, seguramente tercianientos, lo vieron pasar con cierta indiferencia. Sus ojos no podían animarse mucho. Las chozas del caserío eran de paredes

de cañas y de techo de mala hoja. La mayoría de ellas tenían caído el barro de las paredes, y podía verse el húmedo suelo y los trapos que había en el interior. Sólo dos mujeres vio don Bruno; lo observaron con desgano desde la puerta de sus chozas; blanqueaban sus ojos. Una de ellas siguió a los caballos. Ya cerca de la casa-hacienda, frente a los trapiches, dijo en voz alta:

—¡Don Bruno!

Sus ojos blancos adquirieron brillo. Fue corriendo de un lado a otro, voceando en quechua.

—¡Don Bruno es! ¡Yo sé! ¡Don Bruno es, hermanitos!

Los colonos empezaron a salir de las dos grandes "oficinas" de los trapiches, del mosquerío que cubría las dos fábricas.

—¡Don Bruno, dicen!

—¡Don Bruno ha aparecido!

—¡Ahistá don Bruno!

Los capataces se quedaron con el pito en la boca al ver el potro blanco.

—En caballo blanco. ¡Arcángel!

El hacendado espoleó al potro y lo hizo galopar sobre el empedrado. No miró a los colonos que se agolpaban tras él, y lo seguían. Satuco sí, los examinó casi uno a uno, sonriendo feliz, como nunca. "Ahura verá don Lucas el infierno!", iba diciendo. Porque los indios harapientos, algunos semidesnudos, que corrían junto a él, pedían clemencia.

—¡Arcángel, don Bruno!

—Papay —dijo Satuco acercándose a su señor—. Huérfanos, huérfanos, sin ropa, de hambre, tras de ti corren.

—Sí, los veo, hijo —contestó don Bruno—. Los veo más que tú.

La multitud se detuvo a unos metros de la reja del gran patio de la casa-hacienda. Un mayordomo vestido de dril abrió la puerta. Dejó pasar a don Bruno y al pongo. Se quedó absorto al ver que los indios colonos habían abandonado el trabajo de los trapiches y de la falca para seguir al visitante.

¿Y por qué no tocaban el pito, los capataces? Quizás por respeto al gran señor que llegaba. No recordaba ya el mayordomo cuántos años hacía que a la hacienda no llegaba un visitante de esa categoría.

"Pero ahora don Lucas va soltar los perros bravos contra los indios. ¡Jesús Dios! ¡Soltará a los perros!", dijo en su conciencia el mayordomo.

—No, hijo —le contestó don Bruno.

El mayordomo creyó no haber pronunciado las palabras.

—No te asustes, hijo. Anúnciame a tu patrón. Soy don Bruno Aragón de Peralta.

—¡Era cierto! ¡Dios! —exclamó el hombre, y corrió a la residencia. No puso el cerrojo a la reja. La juntó solamente.

—Pon el cerrojo —ordenó don Bruno a su pongo.

Satuco saltó del potro y corrió el cerrojo.

Los colonos iban acercándose, alentados y aterrorizados, hacia la puerta. Paukar les hizo una seña, y se detuvieron. Luego, cuando don Bruno avanzó hacia el corredor, los indios se decidieron y a paso firme llegaron a la gran reja.

El patio estaba orillado de naranjos cubiertos de frutos. Daban sombra y alegría al inmenso campo empedrado y amurallado. Una nube de mosquitos carnívoros zumbaba alrededor de la cabeza de los dos visitantes. Algunos les chupaban ya la sangre.

Don Bruno cruzó el patio al paso más gallardo de su mejor potro. Éste sabía dónde estaba y braceó con energía y elegancia. El moro lo siguió, con modestia. Las roncadoras de plata de don Bruno sonaron limpiamente bajo ese sol denso, que pesaba.

Don Lucas discutía en ese momento con su administrador, Pedro Alfaro, en la oficina de la hacienda. Alfaro quería irse y le exigía al hacendado que le entregara sus sueldos de diez años. Don Lucas sólo le había dado pequeños adelantos, asegurándole que el resto lo guardaba en un sitio especial de la caja de hierro. "Le daré todo ahorrado, cuando usted decida irse", había prometido.

"¿Qué ahorros, amigo? —le decía a esa hora—. ¿Qué sueldos adeudados? ¿Dónde tiene las pruebas? Yo siempre le pagué íntegro, cada mes." Alfaro lo contempló absorto.

—¿Me quiere usted robar mis sueldos de diez años? Pueden atestiguar los dos empleados.

—¿Robar dices, idiota? ¡Llámalos! Veremos si atestiguan contra mí.

En ese instante entró el mayordomo.

—El gran señor don Bruno —dijo solamente. No pronunció el apellido.

—¿Ya está adentro? —preguntó alarmado don Lucas.

—Sí, patrón.

—No he oido al potro ni las espuelas.

—Es que tiene usted la conciencia sorda, señor. Y ahora le da miedo recibir a don Bruno que regala en vez de robar —le dijo Alfaro.

—¡Te atreves, muerto de hambre! ¡Espera! —contestó el hacendado, y salió al corredor. Alfaro lo siguió.

Don Lucas estaba en camisa, con un fino pantalón de hilo. Vio que Aragón de Peralta no había desmontado. Permanecía frente a las gradas del alto corredor; su sombrero de paja le daba poca sombra y permitía que se le viera todo el rostro, severo, algo pálido, color que trascendía a pesar de la barba y de la sombra.

—Señor don Bruno. . . de Peralta. ¿A qué debo el honor? —preguntó don Lucas desde el último escalón. No invitó a don Bruno a que se bajara.

—No he de bajarme. Ha hecho bien en no pedírmelo. Acabo de

comprobar que usted de veras no es dueño de una hacienda sino de un nido de tormento. Sus indios parecen criaturas del purgatorio y no de este mundo.

—Ya le dije, don Bruno. Yo les doy poco de comer. No deben aumentar mucho.

—¿Usted es más que Dios para prohibir lo que nuestro Dios dispuso?

—¿Y usted es más que Dios para que venga a pedirme cuentas?

—¡Es don Bruno Aragón de Peralta! —gritó Alfaro—. Este hacendado, este ladrón, mata de hambre y con azote y hierro a sus colonos, y a mí me quiere robar diez años de sueldos. ¡Don Bruno; diez años de sueldos! ¡Ahorita me los negaba cuando usted entró!

—¿Qué dice de esa acusación, señor don Lucas?

—Que usted no tiene nada que hacer en las cosas de mi hacienda. ¡Y váyase en seguida de aquí antes de que le suelte mis perros!

—¡No soltará usted perros! Dios existe, con toda su justicia, amigo. Por eso estoy aquí. ¡Entienda!

Don Lucas entendió. En los ojos de don Bruno había un río de sangre; el "yawar mayu" del que hablaban los indios. El río iba a desbordarse sobre él con más poder que una creciente repentina del furibundo río que pasaba por un abismo, quinientos metros abajo de los cañaverales de su hacienda.

—Le pagaré a Alfaro —dijo—. Estoy desarmado.

—Así lo quiso Dios. Dele las llaves de la caja. No estaba previsto este detalle con que Dios quiso proteger al señor Alfaro. ¡No! Usted se queda tranquilo allí, sin moverse, hasta que vuelva Alfaro.

Alfaro regresó.

—Don Bruno; ni un centavo más ni un centavo menos. Me voy con usted —dijo. Y le devolvió las llaves al hacendado.

Habían salido al corredor los dos empleados de la oficina y una mestiza. Don Lucas tenía a toda su familia en la Argentina y en Lima. Desde la cocina miraban y oían dos indias y dos pongos. Vieron cómo su patrón perdía su arrogancia; estaba de pie, era el mismo, pero otro, asustado.

—Hágase a un lado, señor Alfaro —le dijo don Bruno—. Antes que don Lucas vaya a soltar a sus perros bravos y de que emprenda su largo viaje.

No le dio tiempo para huir; con un certero balazo en el pecho lo tumbó.

—Anda; remátalo —le ordenó a Satuco.

Paukar desmontó, y de dos saltos subió la escalera. El cuerpo de don Lucas pataleaba. Le apuntó con cuidado a la cabeza, y la bala de gran calibre le destrozó la cara.

—¡Señor Alfaro! —dijo don Bruno—. Lo he matado para redi-

mirme. Tome el comando de la hacienda, si puede... Dios tiene dos clases de enemigos...

Oyeron que la reja de la puerta era quebrada por el empuje de los indios. Entraron corriendo en tumulto. Eran como doscientos. Se detuvieron junto al potro blanco. Satuco montó en el suyo.

—He matado a don Lucas por orden del cielo. ¡Esperen, indios! —dijo don Bruno, todavía con la pistola en la mano—. Allí, en el corredor, está su cadáver. Ustedes han sufrido más que Dios —y recordó al cabecilla de su hacienda, Adrián K'oto—. ¡Más que Dios! Pero ahora procedan en conciencia, como humildes. Llévense de la hacienda lo que necesitan para comer. Ustedes son inocentes...

Un indio subió al corredor con paso calmado. Era casi viejo. Se quitó el sombrero rotoso; parte de su estómago se exhibía, y un lado de una de sus piernas.

—Somos gente, gran señor. El sol está brillando sobre ti —habló en quechua desde la última grada—. Está brillando sobre tu caballo y en el arma con que Dios ha quitado la vida al *nakak'*[1]. Anda, vete tranquilo con don Alfaro. Él tampoco sirve. Vamos a enterrar en la cueva de los gentiles a don Lucas. Vamos a quemar cañaverales. ¡No necesitamos aguardiente! Vamos a sembrar maíz. Un poco de caña dejaremos para chancaca. ¡Adiós, gran señor! Ya sabemos lo que tenemos que hacer. Hay orden. Cada diez tenemos un mando, un *k'ollana*. Entiéndete, gran señor, con el Gobiernos. La hacienda queda en nuestras manos. Todos seremos igual en el comer, en el vestir, en tomar. No en el mando.

—Wifááá! —gritaron en coro los indios.

—Tú me respondes —gritó don Bruno—. Nada destruyan...

—Todo lo que ves, gran señor, nos ha costado el aliento de la vida. Y mira cómo estamos. Rotosos, harapientos. Nunca más ya. Lo que hemos hecho con nuestra sangre no vamos a quemar. Cosecharemos, cuidaremos. Don Demetrio nos ha enseñado, sus *k'ollanas* también.

—¡Wifááá! —gritaron otra vez los colonos.

—¡Adiós, indio! De ti depende. Que no haya rabia. Que Dios viva en cada alma. Que no haya ambición. Parece que sabes. Que don Alfaro entregue la caja y oficinas. ¿Sabes leer?

El patio quedó en silencio.

—Soy ciego para leer —contestó el hombre—. Estoy aprendiendo. Pero así ciegos hemos levantado fábrica, huertos, gran palacio. Ahora vamos a mandar a los que saben leer, por un tiempo. Esos dos jóvenes empleados son buenos. Vamos a pagar bien. Yo dispongo.

Vio don Bruno que una energía inexplicable iba afirmándose en

[1] Degollador de seres humanos.

el rostro del indio, a pesar de su barriga descubierta, de su palidez. "¿Es indio el indio? ¿O qué es, Señor?", se preguntó con preocupación y un regocijo que a él mismo le sorprendían. "Es Dios que así hace las cosas, mejor de lo que el pobre entendimiento humano alcanza a entender", se contestó a sí mismo.

—¡Adiós, cabecilla! Vamos, Satuco. Tenemos que andar lejos.

Espoleó al potro y arrancó al galope.

Los indios lanzaron un grito; parecía que la voz había salido de las montañas, más escarpadas allí que en "La Providencia", más altas y siempre con nieve en las cimas. El grito brotó como del fondo de toda la tierra: "¡Son indios! Pero ¿qué más, Señor?", volvió a preguntarse don Bruno.

La mujer que lo reconoció, en su estado de delirio febril nada más que por haber oído a un *k'ollana* la descripción que de él hizo, siguió a don Bruno, corriendo, por el patio. Cayó sin conocimiento antes de llegar a la reja destrozada.

Empezó el cabildo de los colonos en la hacienda de don Lucas. El cadáver del antiguo señor, desfigurado y sangriento, estaba ya negro de moscas que le lamían. Pero los naranjos daban luz tierna y un poco de frescura al patio ardiente.

Trotaron descansando sólo por instantes, don Bruno y su pongo, dos días. Cerca de "La Esperanza", en la altura, durmieron un poco; los potros descansaron, tomaron agua y pastaron.

También era el mediodía cuando entraron al pequeño patio de la hacienda. La capilla estaba cerrada. Don Bruno desmontó junto a la puerta; se arrodilló y rezó. Su pongo también oró en quechua, tras del amo. Rezó con intensidad que arrollaba el corazón y la voz de don Bruno. A poco, el hacendado se dio cuenta que estaba repitiendo las palabras de su pongo:

"Señor: dame tu cuerpo, Señor, un poco de agua para mi sed, un trozo de pan para mi hambre; un rayo de los ángeles para mi conciencia pecadora, para iluminar la lobreguez del camino. ¡Soy triste, soy miserable, soy indigno, Señor. . . Perdón para tu huérfano, perdón, perdón, perdón. . ."

Sí, era una mezcla de los cánticos que los padres franciscanos les enseñaban a los colonos de la hacienda durante las misiones. Satuco Paukar no rezaba por sí sino por el otro, por don Bruno. "Él no es pecador; será triste y huérfano, y por eso mismo no pecador. Reza por mí. Eso hizo que lo siguiera. ¡Gracias, Señor!", dijo en su conciencia, y montó el potro. En el pequeño corredor lo esperaban su hermano, el joven Hidalgo y un caballero a quien don Bruno no conocía.

A pesar de que el patio era pequeño, don Bruno montó al potro que estaba ya muy cansado. Don Fermín observó en seguida los pasos del animal y bajó para ayudar a su hermano. Él no desmontó.

—¿De dónde vienes? —le dijo—. Este formidable animal está rendido.

—Vengo por ti —le contestó—. ¿Sabes que mataron a Anto?

—Sí; fue una muerte heroica. Destrozó dos caterpillars gigantes...

—Con la dinamita que tú le diste.

—Sí. Es cierto.

—¿Sabes que empezaron a abrir el acueducto que dejará seca mi hacienda, parados mis molinos?

—Sí, desgraciadamente. Pero Rendón te ha de construir un prodigio de acequia.

—¿Y el incendio de la iglesia de San Pedro? ¿La dispersión de sus hijos? ¿La deshonra de Asunta? ¿Quién los va a remediar? Te vendiste a la compañía minera; vendiste tu pueblo; me vendiste...

—¡Bruno! —exclamó don Fermín, porque, como don Lucas, descubrió que en la expresión de su hermano había algo implacable, un río de sangre.

—Yo te advertí...

Don Fermín se echó a correr; su hermano le apuntó con la vieja pistola. Iba a alcanzar ya las gradas, y un gran estruendo sacudió la quebrada. El ex minero cayó de bruces.

Bajaron Hidalgo y el otro ingeniero a socorrer al herido. Don Bruno no pudo seguir disparando.

—Anda, vete. ¡Corre a la hacienda! —le ordenó a Satuco.

El pongo vaciló.

—¡Obedece, indio! El moro es más joven que el blanco.

Satuco se quitó la montera, saludó a su señor, y partió al galope. "Don Demetrio dice no hay Dios, no hay Dios. ¿Y quién es, entonces, don Bruno? Hombre no es; hijo del Pukasira o hijo del Dios de la iglesia. ¡Hombre que muere, no es", reflexionaba el joven colono mientras se alejaba de la casa-hacienda de "La Esperanza".

Don Bruno desmontó. Enfundó la pistola vieja y se dirigió al corredor. Hidalgo y el otro ingeniero habían cargado ya a don Fermín y le acostaron sobre una cama.

—No estoy muerto —dijo—. Me ha quebrado las piernas. Llévenme en seguida en camilla a la mina. Hay allí un pequeño hospital y un buen médico. En doce horas llego. Puede que salve. Tenemos inyecciones coagulantes y plasma. Hay un enfermero. ¿Dónde está?

—Aquí, señor. Creo que las balas no le han roto ninguna vena importante; respondo por su vida, si en la mina pueden operarlo.

—Sí. Sé quién es el médico. ¿Y Bruno?

—Ha desmontado. Debe estar fuera.

—¡Loco! ¡Loco! Hijo de mi padre y de mi madre, y del Dios que tiene.

—No hable, señor. Le estoy vendando.

Don Bruno se sentó en el poyo, no en los sillones modernos y cómodos que había en el corredor. No se atrevieron a acercársele los empleados ni los obreros. Su expresión era de paz y de cierto aire misterioso, como de un gran loco.

—Tranquilo, después de haber matado a su hermano. Da miedo —dijo el cocinero.

—Tranquilo, no. Pensando en el otro mundo, o quizá en su hijito —dijo la mestiza, jefe de la cocina.

—Sí, pensando en el otro mundo.

—Y en su hijito. ¡Está triste!

Y el río de sangre, tantas horas contenido en el pecho de don Bruno, se desbordó. Ya había arrasado a quienes debía arrasar; ahora tenía que salir al mundo o matarlo, por dentro.

Con la cabeza apoyada en la pared, las manos sobre las rodillas, los ojos medio cerrados, don Bruno empezó a llorar. Como una cascada salían las lágrimas de sus ojos, corrían sobre su garganta, le bañaban el rostro, caían al piso de ladrillos antiguos. Nadie se le acercó; así era más temible y tierno. La mestiza no pudo contenerse: "¡Por su hijito llora, por toda la vida, por toda la vida está llorando!", dijo en voz baja.

Así lo encontró el joven Hidalgo. Lo contempló varios minutos. Su propio corazón se helaba ya; entonces le habló fuerte:

—¡Don Bruno! ¡Querido amigo!

—Vengo de matar a Lucas. Al come-gente Lucas, pero creo que no he podido con el otro. Lléveme a la cárcel, joven Hidalgo. No me hable más. Ustedes tienen buenos caballos, excelentes caballos.

CAPÍTULO XIV

A don Fermín le extrajeron tres balas de las piernas. El joven médico de Aparcora hizo una operación difícil, y fue espléndidamente remunerado. En un automóvil llevaron al ex minero hasta la capital de la provincia y lo embarcaron en un avión a Lima.

—No perderá ninguna pierna —dijo el médico de la mina—. Raras balas de plomo éstas. ¿Cómo pudieron dispararle tres de un solo balazo? Si le caen en la espalda o en la cabeza lo habrían fulminado.

—Fue con una antigua y enorme pistola de mi padre. ¿No me han triturado los huesos?

—No. Los camilleros lo salvaron a usted. ¿Sabe que lo trajeron en diez horas? Todos eran indios. Usted llegó con muy poca sangre.

En el campo de aterrizaje supo don Fermín que su hermano se había presentado al juez en lo penal acompañado de Hidalgo.

—Lo han tratado mal —le dijo Callirgos, su antiguo y venal abogado—. No lo han enviado al hospital como yo lo pedí.

—¿Quién le encomendó la defensa a usted?

—El señor Hidalgo.

—¿Está aquí?

—Ahí viene.

Hidalgo había enflaquecido en tres días.

—Ingeniero —le dijo—, no debió encomendarle la defensa de mi hermano a un abogado inmoral.

"Yo voy a partir dentro de pocos minutos. Le ruego cambiar de abogado."

—Me dijeron que todos eran venales y que este señor sabía mejor su oficio.

—Por eso mismo es más venal.

Callirgos permaneció, no avergonzado, sino absorto.

—¡Retírese! —le dijo don Fermín.

Callirgos se fue. Mucha gente, especialmente hacendados y comerciantes, escuchaban el diálogo.

—Me han dicho que hay un abogado joven que no es venal, pero comunista.

—No debe ser tan comunista si aún no lo han encerrado en el Sexto o el Frontón...

—No se trata del abogado —dijo Sifuentes, que había ido a saludar a don Fermín—. Es el gobierno, las autoridades políticas. Su hermano ha perdido toda la protección de las leyes porque ha cometido un acto desquiciador y temerario matando a don Lucas. Las heridas de usted, y el acto mismo, relativo a usted, no tienen importancia, para el caso.

—El señor don Teodoro Sifuentes es como el personero de los grandes hacendados de la provincia —replicó don Fermín dirigiéndose a Hidalgo—. Un intento de fratricidio no tiene importancia para él. Es el gran señor más ilustrado de la provincia. Le ruego tomar para la defensa de mi hermano a ese abogado comunista. Por lo menos se pagará a un profesional que no se vende.

—Ya se venderá —dijo Sifuentes—. Todavía es joven. Lo siento, señor Aragón de Peralta. Ya llegó el avión. Trae únicamente tropas de asalto.

—Van a echar a perder más las cosas. ¿Usted ha gestionado algo, señor ingeniero?

—Sí. Telegrafié a mi padre. Le envié una verdadera carta minuciosamente explicatoria. Su respuesta ha sido que me embarque en este avión hacia Lima. Pero cuidaré de don Bruno hasta el final...

—Sí; de él y de usted.

—Lo sé. El subprefecto nuevo me ha tratado con cortesía pero ha amenazado.

—Estos bestias de políticos, siervos del "Zar", van a incendiar nuestra provincia.

Aterrizó el avión y bajaron de él cincuenta guardias armados con exceso.

—Parecen marcianos —dijo don Fermín—. Lo más probable es que mi hermano muera loco.

—¡No! Nunca lo vi más tranquilo, diría que feliz. La noticia de que usted se ha salvado lo deprimió al principio, pero luego lo ha regocijado mucho. Está seguro que obró por disposición providencial.

—Si eso no es locura, ¿qué nombre tiene?

—Fanatismo. Ahora piensa que usted no es quizá agente del demonio; que lo que hace es a favor y no en contra de la gente. "Él tiene patria —me dijo—. Eso lo salva, a pesar de que nos trajo a los desalmados y apátridas. Mis indios, Fermín y usted, vencerán. Rendón Willka vencerá después definitivamente, porque tiene *creencias*, dijo, y patria."

—Quizá tiene razón, tratándose de este país tan lastrado por la historia de los indios. Pero yo sé que podemos pulverizar ese las-

tre. Anhelo un Perú como Inglaterra; Bruno quiere una república de indios, manejada por señores caritativos.

—Yo también, señor de Peralta, ahora. República de indios en el sentido de no destruir lo que tenemos de antiguo; no destruirlo; desarrollarlo.

—Se está usted convirtiendo al comunismo.

—No. Al contrario. Ese ideal es una gran fuerza que no debe ser proclamada únicamente por los extremistas. Usted es un hombre extraordinario. ¿No le duelen las heridas?

—No importa. ¿Qué ha hecho Rendón Willka?

—Nada, parece.

—¡Hará algo! ¿No se ha presentado en la capital? ¿No ha venido a ver a mi hermano?

—¿Usted esperaba que él hiciera eso?

—No, claro.

—Ha enviado a Adrián K'oto.

—¡Ah!

—Es un indio noble.

—Y santo, según mi hermano. Mientras sigan siendo santos el Perú será un país manejado por hombres como "Palalo".

—¡No, amigo! Usted no percibe los cambios.

—Sí; pero son muy lentos. Felizmente escogí gente de primera para "La Esperanza". Le ruego no abandonar a esos jóvenes ingenieros. Usted tiene más pasión que ellos, y ellos más ciencia. ¡Me voy! No se ocupe tanto de mi hermano. Su muerte está sellada y puede acarrearle contratiempos a usted. Bruno no necesita de auxilio ya. Él mismo debe creer que su destino ha concluido. Abandonó a su hijito de pocos meses y a la única mujer que él ha amado y que lo adoraba. ¡Adiós!

Lo llevaron en camilla al avión.

—¡Fuera los asesinos!

—¡No queremos asesinos!

Se oyeron gritos entre el gentío, no muy numeroso, que había en el campo de aterrizaje.

—¡*K'anra* [1] asesinos! —gritó una voz de mujer.

Los cincuenta guardias, al mando de un mayor, desfilaron hasta el sitio en que los aguardaban dos camiones.

—¡Asesinos!

—¡Asesinos!

Siguieron gritando de varios sitios.

—¿Éstos? No. Los que los envían a matar y morir —dijo Hidalgo—. Es estúpido insultar así.

Se oyó una ráfaga de metralla.

Los gritos arreciaron más.

[1] Inmundo. Es terrible insulto en quechua.

—¡Sifuentes, asesino! ¡Alcahuete de asesinos!

Dispararon otra ráfaga de balas. El grupo no se dispersó.

—No. Ya no temen a la muerte. Hace unos años habrían corrido como perros. Ahora prefieren morir. ¡El Perú da miedo, a veces! —dijo Hidalgo—. ¡Estas montañas! Si se ponen en marcha, ¿quién podrá detenerlas? Sus cumbres llegan al cielo.

Hablaba, cuando lo agarraron del brazo. Dos hombres desconocidos lo habían seguido. Uno de ellos lo tomó del brazo.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó Hidalgo.

El hombre le mostró su placa.

—Policía —le contestó— El subprefecto desea hablar con usted.

Lo llevaron en un automóvil.

—¿Policía secreta? —preguntó Hidalgo—. De ésos a quienes les llaman "soplones".

—No, señor, investigadores.

—Por orden del director de Gobierno queda usted detenido —le dijo el subprefecto—. Usted tiene conexiones comprobadas con Rendón Willka y con Bruno Aragón. Los indios han arrojado desnudo de la hacienda "Parquiña" al señor don Adalberto Cisneros. Usted está complicado en esas sublevaciones.

—¿Lo cree usted? —preguntó Hidalgo.

—Ni creo ni dejo de creer. Son órdenes.

—Bien. Sería inútil discutir con usted y menos con el director de Gobierno. Los indios se sublevaban en "Parquiña", a tres días de esta ciudad, y yo soy culpable, no Cisneros, el "carnicero", como le llaman.

—Y usted, un Hidalgo Larrabure, ¿qué hace aquí?

—La pregunta no deja de ser curiosa. ¿Les está prohibido a los Hidalgo Larrabure vivir fuera de Lima? ¿Les está prohibido, si son profesionales, trabajar en cualquier lugar de su patria?

—Las personas de su clase no van ni tienen necesidad de ir a los pueblos de indios. Resulta absurdo. No hay otra explicación que el interés político. Su propio padre se ha mostrado *indignado*; oiga usted bien, *indignado* de que haya abandonado la gran compañía Aparcora para servir a un *inferior* a usted y a una persona de dudosa conducta política como Fermín Aragón. Él ofrece un jornal más alto que la Aparcora. ¿Por qué? ¿No lo apoya usted con su nombre y su fortuna?

Hidalgo sonrió cordialmente.

—Usted, amigo subprefecto, es empleado de la Aparcora o de la Compañía de la que es subsidiaria. Yo no provoqué la discusión ni la quise. Va usted a tener una tarea muy superior a su experiencia y astucia. No ha de ser posible seguir esclavizando a decenas de miles de indios en provecho de unos cuantos hacendados crueles, y de la Aparcora.

—¿No ve? Usted conoce el complot...

—¡Tanta ingenuidad en un viejo empleado de la Wisther! No hay complot ninguno. La gente ya no soporta más las condiciones bestiales en las que se pretende seguir manteniéndolos. Don Bruno mató por su cuenta al terrateniente más inmisericorde de la provincia; los indios, por sí solos, han arrojado desnudo a ese bárbaro Cisneros de quien habla usted con respeto. Y yo no soy *superior* a nadie. Mi apellido no puede darme derecho a superioridad ninguna. ¡Sería anticristiano! En cambio he encontrado aquí lo que no pude hallar en Lima: hombres *superiores* a mí, por la nobleza de su espíritu, por la majestad de su alma. ¡Don Bruno! Sí; y Rendón Willka también.

—Basta, señor. Lo encierro ahora mismo. Tengo mucho que hacer. Usted es un pichón aristócrata medio "tocado". Yo conozco a los indios. Ésos no se levantan si no tienen quien los empuje.

—Todos empujan ahora...

—Ya le he dicho: usted es un pichón limeño que apenas acaba de salir del nido dorado. ¡Adentro! Con su admirador el asesino Aragón y los cuatreros indios. Su padre ha consentido que se le trate sin contemplaciones. El espanto le curará de sus sueños. ¡Lleven a este señor a la cárcel! Métanlo al corral común.

—¡Gracias, amigo! Allí he de encontrar el Perú, mejor que en su despacho y en el edificio de la Wisther...

—Ya. ¡Llévese, sargento, a este loco! El director de Gobierno le hubiera aplicado un par de patadas, pero yo soy un hombre educado. Y que entre el mayor.

Se abrazaron entre los indios presos Hidalgo y don Bruno.

—¡Joven Hidalgo! ¡Joven Hidalgo! ¿Usted aquí? ¿Y por causa mía?

—Por causa de usted, no, don Bruno. De mis ideas.

—Aquí hay buena y lastimera gente. Pero de muy mal olor. Ojalá no lo tengan preso a usted sino hasta el próximo avión. Yo duermo como los demás, sobre pellejos. Pero ¡qué cantores y músicos hay! Oirá usted el charango, y canciones muy tristes, y también bravías, jocosas y hasta obscenas. ¡Lástima que no sepa usted quechua! ¡Benigno! —llamó.

Se le acercó un hombre bajo, de rostro muy indígena, picado de viruela.

—Te presento al joven Hidalgo. Es un gran señor de Lima.

—Yo, cuatrero de oficio, señor. Hey robado también mujercitas, unas cuantas. Se han enamorado de mí. Por el canto, pues, por el charango también.

—¿Y vende usted también mujeres, Benigno? —le preguntó Hidalgo.

—¡Cómo, pues, pregunta eso! A la mujer unos días no más se usa. Y después se despide. Para el cuatrero la mujer es estorbo. Llo-

rando si'han ido casi todas. A dos hey tenido que patear para que se vayan. No querían. ¡Cómo, pues!

En una habitación larga, sin ventanas, durmieron sobre pellejos, cincuenta presos. Los piojos buscaron el cuerpo de Hidalgo, pasaron a su cuerpo limpio y sabroso, y a su cabeza. El joven se pasó tarde y noche rascándose. A la madrugada durmió un poco. Lo despertó una atroz pestilencia en las narices y una música extraña. Benigno punteaba, despacio, su charango. Las estrellas con su transparencia, los ríos con sus orillas floridas, las montañas con su alba cruz en la cumbre; el aire de los pequeños pueblos, con sus heridas, su gran sol y su silencio, cantaban. Hidalgo fue sintiendo a poco el contenido de esa melodía, tañida en un instrumento pequeñito.

—No mire a la derecha —le dijo a Hidalgo.

Un hombre ciego lloraba arañando la pared.

—Por casualidad mató a su padre —le explicó don Bruno, porque Hidalgo miró.

Más de diez presos habían defecado en un rincón de la habitación tan angosta.

—Con su boca boten eso, ¡carajo! —ordenó el cabo de la guardia republicana que abrió el candado de la celda.

Obligó a varios indios, los más humildes, que llevaran el excremento con las manos hasta el corral pequeño que servía de excusado. Allí, el sol lo quemaba y secaba lentamente, entre una nube de moscas.

—Joven Hidalgo, ¿soportará usted?

—¿Por qué no? Yo sólo sufro en mi cuerpo. Los otros tienen lacerada la vida, y aquí los matan.

—El hombre no muere tan fácilmente, amigo. Y resucitan muchas veces, cada vez más fuertes.

El padre de Hidalgo llegó en un avión especial, al día siguiente. Contempló, espantado, el corral y la celda. El joven lo obligó a entrar. Le presentó a don Bruno, y después, a Benigno.

—El "Zar" me alarmó. Se dice en Lima que aquí habrá una matanza. Que esta provincia es un nido de comunistas. . .

—Un nido de anticristos que hacen agonizar a los hombres más humildes, cariñosos y tristes —le contestó el joven.

—No sólo tristes —le interrumpió don Bruno.

—Llenos de ira santa. Yo volveré —concluyó Hidalgo.

Se despidió de don Bruno, abrazándolo estrechamente. Repartió todo su dinero entre los presos más pobres.

—Dile al juez que lleven a ese ciego al hospital —le pidió a su padre.

—Le diremos.

Se fue Hidalgo, rascándose la cabeza y el cuerpo. Se le veía feliz de salir.

—¡No volverá nunca! —dijo don Bruno.

—Buen joven. Parece criatura. Daría pena matarlo —dijo Benigno—. Usted, siendo gran señor como él, aguanta firme, y es amigo. Lo que se llama amigo.

—¡Me has obligado a darle la mano a un comunista asesino y fratricida! —apostrofó su padre a Hidalgo, ya en la calle.

—¿Fratricida? ¿Asesino? Sí. Pero mejor que nosotros, que todos nosotros.

El viejo aristócrata limeño no respondió. Era su único hijo y quedó aterrorizado.

El joven parecía haber enloquecido. Lo condujo, usando la fuerza, con cuatro policías, al automóvil y lo metieron en el avión. Allí se calmó.

—¡Patria mía! Cruel, hermosa, sin remedio... —clamaba—. Demasiado profunda hasta para mí. Los de la casta de mi padre son peores que el ciego ése de la cárcel. Más responsables, más enfermos, y se creen felices. ¡Mandan, Dios mío! ¿Por qué, por qué les das tanto poder?

Satuco llegó de noche a "La Providencia". Rendón Willka oyó el relato que hizo de la muerte de don Lucas y de la probable muerte de don Fermín.

—Cayó como si le hubieran quebrado la cintura —dijo—. Morirá. Tú eres ahora el patrón.

—Patrón, no. Cabecilla albacea. Consultaré con la señora. Haremos cabildo grande.

Vicenta escuchó tranquila las noticias y los planes de Rendón.

—Él, mi dueño, para siempre se fue. Ya no tengo más que a mi hijo. Tú mandas ahora, Demetrio —dijo—. Reúne a la gente de la hacienda. Después me harás llevar a Lahuaymarca, si allí voy a estar segura con mi hijo.

—Así es, señora. Aquí va a venir la tropa. Irá también a Lahuaymarca. Pero no te encontrará nadies, ni el cóndor wamani. Toda la plata de la caja te llevarás.

—Está bien, Demetrio. Que sea pronto.

Por la tarde del día siguiente llegaron al gran patio de la hacienda todos los colonos. Por primera vez bajaron también algunas mujeres.

Vicenta, con su hijo en los brazos, ocupó el sillón de don Bruno. Carhuamayo, de pie, desencajado, se apoyó en una de las columnas del corredor, a la izquierda del sillón de Vicenta. Rendón Willka, sentado en un pequeño banco, a la derecha de la "señora", vio entrar

a los colonos en formación correcta y no en tumulto como antes. Los guiaba K'oyowasi. Los treinta pututeros, en fila, hicieron tronar los caracoles gigantes. El patio fue colmándose como en una concentración militar, mientras los pututos impregnaban el aire de un aliento como de batalla. Así los sintió Vicenta, K'oyowasi y el propio Rendón.

Luego se hizo el silencio.

—La señora va a hablar —dijo Demetrio en quechua.

Vicenta se puso de pie, con el niño en los brazos.

—El patrón ya no va a venir, colonos de mi hacienda. Él ha matado a don Lucas porque hacía padecer a sus indios. Por orden de Dios lo ha matado. Ahora está aquí Demetrio Rendón Willka, comunero de Lahuaymarca, administrador de la hacienda, albacea guardador, protector del niñito patrón, don Alberto. A Demetrio le van a obedecer. Él es mando.

—¡No! —gritó Carhuamayo—. ¡Anticristo, comunista! Él ha hecho matar a don Bruno.

Y se abrazó a la columna.

—El patrón está vivo, en la cárcel. Carhuamayo miente. Llévenlo a su casa, K'oyowasi: hazlo cargar —ordenó Vicenta.

Tres *k'ollanas* subieron al corredor. Rendón se mantuvo tranquilo.

Carhuamayo pretendió correr. Los mozos lo detuvieron fácilmente.

—¡Rendón traidor! ¡Excomulgado! ¡Comunista! —gritaba con voz muy débil, mientras los *k'ollanas* lo levantaban en peso.

No pudo hablar más el antiguo mandón. Se llevaron su cuerpo hacia el caserío. El segundo mandón, Policarpo Coello, lo siguió.

—A don Policarpo guárdenlo en la cárcel —ordenó Rendón.

No ofreció resistencia ni gritó Coello. Él mismo se dirigió a la cárcel de la hacienda. Satuco Paukar abrió el gran candado con que estaba cerrada la puerta y le volvió a echar llave.

"¡Así!", dijo Coello. "Aquí me encontrará la policía y saldré para mandar."

—Los mestizos, a veces, traicionan —continuó hablando Vicenta—. Don Carhuamayo ya no está vivo, está muriendo. A don Policarpo no lo conocemos. Ahora ya está limpio el cabildo. ¡Miren a vuestro patrón!

Vicenta levantó al niño. Y todos los colonos se arrodillaron al instante, sin pensar.

—¡Levántense! Yo no he dicho que se arrodillen —dijo Vicenta—. ¡Gracias! ¡Gracias por mi hijo! Ahora les va a hablar Demetrio. Después K'oyowasi, después cualquiera.

Cuando Demetrio se puso de pie en el corredor la masa de indios lanzó un grito.

—La señora dice —empezó a hablar en quechua Rendón Will-

ka—. La señora dice que está bien lo que hemos convenido. Vamos a trabajar en toda la hacienda. Ya no habrá tierras del patrón y tierras de los colonos. Todo es la hacienda y allí vamos a trabajar a nueve por uno para el patrón niño. ¡A nueve por uno! Igual que Paraybamba. Pero, por orden del patrón grande, Tokoswayk'o va a quedar propiedad para la comunidad de Paraybamba. Ahora ellos ya serán gran comunidad, y tendrán un solo destino con "La Providencia". ¿Qué dicen?

—¡Wifááá! —corearon de nuevo.

—Está bien —dijo K'oyowasi.

—Mañana ha de bajar la gente a toda la hacienda. Ya cada uno sabe adónde debe ir, quién es su jefe. De cada diez, uno es el jefe. ¿Están viendo la luz del sol, pukasiras? Nosotros somos pukasiras, no "La Providencia". ¿Están viendo la luz del sol? Los gendarmes van a venir quizá mañana, quizá dentro de tres días, y van a querer apagar el sol. ¿Pueden apagar el sol? No pueden apagarlo. Así tampoco nos quitarán la tierra. Que cada hombre muera en el sitio que la hacienda le ha señalado para que trabaje. La hacienda es del padre Pukasira. Él hizo esta tierra antes de que los señores werak'ochas hubieran llegado a nuestros pueblos. Los werak'ochas no sabemos de dónde vinieron, y por la fuerza se agarraron nuestras tierras. Ahora los indios de don Adalberto, de don Fortunato, ya han despachado a sus patrones; pero de todos, al come-gente don Lucas, nuestro gran patrón lo ha matado, y los colonos han bajado a las tierras de la hacienda. ¡Estarán comiendo bien a esta hora, como hijos de Dios, después de no sabemos cuánto tiempo! ¡Estarán comiendo como gente verdadera los indios que fueron de don Lucas! Ahora ya no pertenecen a nadie. De ellos es la hacienda, conforme al mando de nuestros dioses, los *apus* [1]. Los pukasiras tenemos un patroncito y una señora. ¿Qué va a decir el "gobierno", los soldados? Por mando del patrón, en "La Providencia" vamos a trabajar a uno por diez. Yo tengo escritura, nuestra señora Vicenta está conforme. ¿Qué va a decir? Hermanos de antiguo: ninguno es dueño de la tierra que va a trabajar; es de la hacienda y también del Común. Desde este día somos la comunidad de "Pukasira de La Providencia". Libres somos. ¿Qué dice la señora?

—Libres —dijo Vicenta, poniéndose de pie—. Mi hijo no tendrá infierno de hacendado en su alma. Ahogado será, pukasira.

—¡Wifááá! ¡Wifááá! —gritaron. Y otra vez el coro de trompetas de caracol sacudió la cabeza florida del único árbol del patio.

—Peones, no colonos. ¡Colonos, ya no! —afirmó Vicenta, y se sentó en su sillón de vaqueta.

—Soldados van a venir. Quizá me matarán —continuó Demetrio—. No importa. Quedarán los cabecillas, cien *k'ollanas*. ¿A todos

[1] Montañas.

van a matar? Si oyen el trueno de los rifles no se asusten; recíbanlo como si estuvieran reventando el maíz tostado en la fuente de barro, al fuego. Si ven correr sangre, mucha sangre, no se asusten; digan que es agua coloreada de ayrampu. Y no corran. Si corren perderán la vida y la tierra. Si paran firmes, matarán a unos pocos y se irán. ¿Quién va a matar a todos? Así mismo van a parar los indios de "Parquiña", de la hacienda de don Lucas, de don Fortunato... Así mismo van a parar. Santos K'oyowasi ¡Arrodíllate!

El viejo cabecilla se arrodilló.

—¿Vas a parar firme? ¿No vas a correr si quieren matarte?

—Voy a parar firme, Rendón Willka —contestó en voz alta K'oyowasi.

—¡Arrodíllense todos!

Cayeron de hinojos todos. Y el pisonay creció. Se hizo alto y corpulento, más rojizo.

—¿Van a parar firmes contra las balas?

—¡Firmes!

—¡Que vengan las balas!

—¡Wifááá!

Y se levantaron sin esperar la orden.

—¡Listo! —dijo Rendón—. ¡Arrodíllate, K'oyowasi!

El anciano volvió a postrarse en el suelo.

—Si me matan ¿prometes seguir adelante?

—Sí. Y todos —respondió el cabecilla.

—¿Y construirás en un año el acueducto del río "Tankayllo" a la hacienda?

—Sí, Rendón Willka. Haremos.

Otro hombre se arrodilló, un poco lejos de K'oyowasi.

—¡Haremos cequia! ¡En año! —dijo con voz potente. Era el viejo alcalde de Paraybamba—. ¡Paraybamba trabajará, más que Pukasiras, más que hormiga!

Todos se arrodillaron sin decir una palabra. Y se levantaron en seguida.

—Esta noche va a salir de la hacienda nuestra señora Vicenta y el niño patrón. No los agarrarán los soldados nunca. ¡Wifááá! —gritó.

Le contestaron en coro.

Ya no llegaba a la casa-hacienda la luz directa del sol. Iba subiendo lentamente hacia las cumbres.

—Habla, K'oyowasi —ordenó Vicenta.

El cabecilla salió al corredor.

—Todo está bien, semejantes míos, hermanos. Todo se cumplirá o moriremos sobre nuestra tierra —dijo, y volvió a tomar su lugar.

Avanzó, después, hacia el corredor el anciano alcalde de Paraybamba.

—Habla —le dijo Vicenta.

—Antes, el río y la voluntad del patrón nos separaban; ahora

el río y la voluntad del patrón han unido nuestras vidas. El dios del señor y el dios de los indios nos protegen. ¿Pueden los soldados secar el río? ¿Pueden matar a los dioses? ¡Gracias, señora Vicenta! Tú has devuelto, con tu voluntad, sus conciencias a los pukasiras. Tú, porque has sufrido. Tú has devuelto sus conciencias al señor don Bruno, porque has sufrido, y el padecimiento te ha santificado. ¡Gracias, señora! ¡Gracias! Ahora somos comunidad grande. Que tu hijo crezca limpio, sin pecado, como tú. ¡Wifá!

—¡Wifá!

El anciano fue a tomar su lugar, despacio.

—¡Váyanse! —ordenó Demetrio—. Conmigo quedan diez *k'ollanas.*

Las trompetas desfilaron por delante. Desocuparon los hombres el patio.

El alcalde de Paraybamba y dos regidores se acercaron al corredor. Saludaron a Vicenta respetuosamente. Hablaron un rato con Demetrio y se fueron.

—Ni sangre ni balas —dijo el viejo, y puso su brazo derecho sobre el hombro de Rendón—. A ti te van a matar. ¡No importa!

Y se despidió.

Esa misma noche, Vicenta salió de "La Providencia", en el potro negro. Dos *k'ollanas* la escoltaron.

Se detuvo un instante bajo el arco de la puerta grande de la casa-hacienda. Habló en quechua.

—¡Pisonay! —dijo conteniendo las lágrimas—. Árbol de mi hacienda, árbol de mi esposo, que ahora está tranquilo en la cárcel; árbol de mi hijo; árbol de mí. ¡Tú lloras sangre, cada año! Llamearás por siempre en mi memoria, bajo mi pecho, en la corriente de mis venas. Árbol de Dios y del río grande: cuida a Rendón Willka.

Pero lo pusieron bajo ese árbol para fusilarlo.

Llegaron los guardias cinco días después del cabildo, en la tarde. Los comandaba un capitán. La poca gente que habitaba aún el caserío los vio pasar a caballo. Los examinaron, sin sorpresa. El mandón Carhuamayo había muerto dos días antes. Encontraron en su cama una araña pequeñita. Todos sospecharon que el jefe de los indios, Rendón Willka, la había mandado poner en la noche, que la había soltado bajo el cuello del entristecido mandón.

A Policarpo Coello, lo sacaron de la cárcel de la hacienda al segundo día, lo llevaron en dirección contraria al camino de la capital de la provincia, lejos, un día de marcha, y lo soltaron en la pampa.

El capitán y sus veinte guardias ingresaron al gran patio vacío. Rendón Willka, acompañado de un mozo, salió a recibirlo en

el corredor. Los guardias desmontaron y permanecieron junto a los caballos; se les veía desconcertados, mirando alrededor, buscando algo, con las metralletas en las manos. El capitán subió las gradas.

—Busco a Rendón Willka —dijo.

—A su mandar, señor —contestó Rendón Willka—. Yo soy.

—¡No! ¡No puede ser! ¿Usted? ¿Así?

Demetrio le entregó sus libretas electoral y militar.

—No hay duda. ¿Y su gente?

—¿Qué gente, señor?

—Su gente, le digo.

—Aquí está el *k'ollana* Pablo Pumayauri.

—¿Eso es todo?

—¿Para qué más, señor? Los otros comuneros están trabajando.

—¿En qué?

—En su trabajo, señor. Aquí es hacienda de maíz, trigo, cebada, ganado. En eso están trabajando.

—Oye, cholo zorro, a mí no me engañas. ¿Dónde están escondidos los de tu pandilla?

—Esto es, pues, está usted viendo, hacienda grande. Yo soy administrador, albacea del niño Aragón de Peralta, apoderado del gran señor don Andrés, por ante el notario. ¿Para qué pandilla? Aquí están copias de documentos.

El capitán examinó las escrituras.

—Sí. Parece legal —dijo—. ¿Y qué es del niño y de su madre?

—Ellos se han ido, lejos.

—¿Por qué?

—Miedo, señor. Miedo, pues, a la tropa de usted.

—Ella, ¿miedo? Si es la madre del heredero. Tú la habrás despachado o matado para repartir la hacienda entre los indios.

—Ella ha encabezado cabildo. Con ella hemos entregado hacienda a colonos para que trabajen para el gran señor y su hijito.

—¡Ajá! Y en seguida la despachaste.

—Ella se ha ido, señor.

—¿Y no sabes adónde?

—No, señor.

—Y piensas que yo voy a creerte.

—No sé, señor.

—¡Indio comunista! Has repartido, no sólo esta hacienda, sino "Parquiña", "Larkamarka", "Condorama", "Pircos", "Lucero"... De acuerdo con tu patrón comunista. Pero en cada hacienda ya hay tropas. Los dueños legítimos volverán.

—Que vayan, pues, señor. Yo estoy en "Providencia", tranquilo, por derecho. ¿Cómo dice usté que yo?...

—Para mí no hay zorros, amigo. Tú has despachado con engaños o por la fuerza al legítimo heredero de esta hacienda, o lo has matado.

—Señor jefe: yo legítimo administrador. Ahistá documento;

legítimo albacea. Don Bruno, ¿acaso ha muerto? Vivo está. Su hijo, el niño don Alberto Federico, bien. A un pueblo ha llevado doña Vicenta. A nadies le ha dicho dónde. Miedo para usted. Indios de hacienda queremos a nuestros patrones de "Providencia".

—Y se reparten la tierra.

—Para trabajar hay que señalar tarea. El niño es niño; su mamá, doña Vicenta, mestiza es. Tiene miedo.

—¿Y tú? ¿No tienes miedo?

—¿Por qué, señor? Yo tranquilo.

—Te voy a fusilar. ¿Sabes?

—¿Por qué, señor? Yo tranquilo.

—¿No tienes miedo?

—Nadies tiene miedo en "Providencia".

—¿A ver? ¿A ver...? ¡Ya! Este cholo joven. ¿Cómo te llamas?

—Pablo Pumayauri. No sabe castellano —contestó Demetrio.

—Dile que lo voy a fusilar.

Demetrio le dijo. El capitán observó al mozo. Quedó tranquilo.

—Yo sé quechua. No me engañan. Te crees valiente, indio. ¡Sargento! Traiga gente del caserío y lleve a este indio joven contra la pared. Lo voy a fusilar. Que vean que estamos decididos.

Pablo fue conducido por dos guardias hasta una pared lateral del patio; su cuerpo proyectó una sombra nítida sobre la cal del muro.

El sargento trajo a cuatro hombres y una mujer.

—Fórmelos cerca del reo —ordenó el capitán—. Y tú, baja. Ven conmigo.

Empujó suavemente a Demetrio, hacia las gradas.

—Voy a fusilar a este hombre —les dijo a los cuatro indios y a la mujer.

—¿Por qué? —preguntó la mujer.

—Dice que no teme a la muerte. Ustedes tienen que entregar las tierras de la hacienda.

—¿A quién, señor?

—¿Cómo a quién? Al dueño.

—Ahí está, don Demetrio, administrador legítimo. Con la señora Vicenta ha repartido tierra para trabajo no más. En cabildo grande ha repartido; aquí, en el patio. ¿Por qué vas a matar a un hombre que está empezando la alegría y que a nadie ofende, que respeta a su señor, don Bruno?

—Es rebelde. Ustedes son comunistas.

La mujer no replicó al instante. Luego dijo:

—Tú serás comunista, señor.

—Yo he venido a matar comunistas. Hay ley marcial para esta provincia.

—¿Matar comunistas? Ándate a otro lado, señor; aquí no hay eso que buscas.

—India zorra, amañada por un zorro. Te voy a fusilar a ti también si no me dices dónde tiene Rendón Willka a su gente.

—¿Rendón Willka? ¿Su gente? No tiene gente de él. Somos comuneros; estamos en toda la hacienda, en cualquier parte.

Demetrio escuchaba con tranquilo regocijo las respuestas de la mujer. "Ya pueden fusilarme. ¡No importa!", pensó.

—¡Te voy a fusilar, india! —le gritó el capitán.

—¿Para qué fusilar?

—¿No entiendes? Te voy hacer matar ahora mismo, porque no confiesas dónde está la pandilla de este zorro.

—Ya he dicho, señor. En cualquiera parte de la hacienda está. pues, la gente.

—Empujen a esta mujer contra la pared —ordenó el capitán.

—Solita voy —dijo ella.

Avanzó a paso corriente hasta el muro. Se paró muy cerca del mozo.

—Arrímate más al cholo. Así los fusilan rápido.

La mujer se aproxó a Pumayauri.

—Dice vamos a morir juntos porque señor policía quiere sangre —dijo ella.

—Destaque un pelotón de ocho, sargento. Cuádrelos a cinco metros de los dos reos.

Los ocho policías fueron alineados frente a los dos indios.

—¡Apunten! —ordenó el capitán.

Los cinco hombres de la hacienda sintieron que sus músculos endurecían. Los guardias, los otros, se cuadraron.

—¡Fuego! —mandó el oficial.

El cuerpo de Pablo Pumayauri fue sacudido por las balas, cayó de cara sobre el empedrado. Vomitaba sangre por la boca y por las orejas.

—¿Y la mujer? ¿Por qué no dispararon contra la mujer? —preguntó el capitán.

Ella se arrojó sobre el cuerpo del mozo.

—¡Que te vea bien la sangre! —gritó.

Y levantó el rostro del muchacho. De su boca siguió brotando la sangre. Y todo el pecho, lo tenía destrozado. Ella mostró el cuerpo de Pumayauri al capitán.

—Si te hace falta más sangre de mujer con hijos, que me abaleen.

—Sí —dijo el capitán—. Pero espera. ¿Por qué no dispararon contra la mujer?

—No precisó usted la orden, mi capitán. Los ocho hemos creído igual. Sólo al mozo le hemos disparado —contestó el guardia abanquino.

—Bueno. Ahora lo preciso. ¡Fusilen a la mujer!

Y mirando a la mujer, le dijo en voz alta:

—¡Contra el muro, india!

—No voy. Mátame así no más junto a mi hijo.

—¡Apunten! ¡Fuego! —gritó el capitán.

La mujer cayó sobre el cuerpo del mozo. Estiró sus brazos, como para avanzar hacia el pelotón, y se derrumbó con el rostro al aire. Su sangre brillaba con el sol todavía fuerte; salía viva de un boquete que tenía en el cuello. Las flores del pisonay fueron arrastradas por el viento. Y todos vieron que eran opacas y sedosas junto al color de la sangre de esa mujer con hijos. El árbol cabeceó con el viento; y él, sí, agitándose, solo, en el patio inmenso, lloró largo rato. Todos lo vieron hacer caer sus flores calientes sobre el empedrado y despacharlas, rodando, hacia los dos muertos.

—¡Capitán! ¡Señor capitán! —dijo en quechua Rendón Willka—. Aquí, ahora, en estos pueblos y haciendas, los grandes árboles no más lloran. Los fusiles no van a apagar al sol, ni secar los ríos, ni menos quitar la vida a todos los indios. Siga fusilando. Nosotros no tenemos armas de fábrica, que no valen. Nuestro corazón está de fuego. ¡Aquí, en todas partes! Hemos conocido la patria al fin. Y usted no va a matar a la patria, señor. Ahí está; parece muerta. ¡No! El pisonay llora; derramará sus flores por la eternidad de la eternidad, creciendo. Ahora de pena, mañana de alegría. El fusil de fábrica es sordo, es como palo; no entiende. Somos hombres que ya hemos de vivir eternamente. Si quieres, si te provoca, dame la muertecita, la pequeña muerte, capitán.

El oficial accedió, y lo hizo matar. Pero se quedó solo. Y él, como los otros guardias, escuchó un sonido de grandes torrentes que sacudían el subsuelo, como que si las montañas empezaran a caminar.

A esa hora, en la cárcel de la capital de la provincia, Adrián K'oto abrazaba a don Bruno. Los "extremistas" eran perseguidos pero seguían vociferando. Los indios y obreros de las minas se declaraban en huelga exigiendo máscaras contra los gases y el polvo, aumento de salarios, mejor vivienda. El "Zar", en Lima, le decía a "Palalo": "son cobardes los indios actuales; degenerados por el hambre y los vicios del alcohol y la coca. Cien hombres bien armados han sido despachados ya a esa provincia. Matarán a unos cuantos; a ese Rendón, primero, y los demás se rendirán huyendo. Volverán a trabajar mejor que antes y hasta por menos salario y menos comida. Quien me preocupa es Fermín Aragón de Peralta. ¡Lástima que su hermano no lo matara! Ése me preocupa. Sus negocios en la pesca y envase y en la de harina de pescado le pueden dar millones. Esos millones los empleará en perturbar la tradicionalmente tranquila serranía. El próximo gobierno debe ser aún más fuerte. Tenemos que evitar que el Perú se desarrolle, hay que seguir conteniéndolo...

—¿Y ese ruido, presidente?

—¿Qué ruido, "Palalo"?

—¿No lo siente? Atienda. Es como si un río subterráneo empezara su creciente.

—¡La mala noche, "Palalo"! Te estás debilitando —le contestó el "Zar"—. Yo no escucho nada. Soy sano de cuerpo y mi conciencia sólo tiene en cuenta lo que mi voluntad le ordena.

La *Kurku* oyó también el ruido; don Bruno lo oyó; don Fermín y Matilde lo escucharon con temeroso entusiasmo. Don Adalberto lloraba en una cima, acompañado por otros veinte guardias.

—¿Estoy desnudo? —preguntó—. Me han enfriado esos indios amaestrados por el Rendón. Creo que me han enfriado para siempre.

NOVELISTAS DE NUESTRA ÉPOCA

JORGE W. ÁBALOS: *Shunko.*
JORGE W. ÁBALOS: *Norte pencoso.*
MARC ALDANOV: *Santa Elena, pequeña isla.*
CIRO ALEGRÍA: *El mundo es ancho y ajeno.*
ENRIQUE AMORIM: *La desembocadura.*
ENRIQUE AMORIM: *Corral abierto.*
ENRIQUE ANDERSON IMBERT: *El grimorio.*
ENRIQUE ANDERSON IMBERT: *Vigilia. Fuga.*
JOSÉ MARÍA ARGUEDAS: *Los ríos profundos.*
ANTONIO ARRÁIZ: *El mar es como un potro (Dámaso Velázquez).*
ANTONIO ARRÁIZ: *Todos iban desorientados.*
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS: *Hombres de maíz.*
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS: *Viento fuerte.*
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS: *El señor Presidente.*
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS: *El Papa verde.*
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS: *Los ojos de los enterrados.*
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS: *Mulata de Tal.*
ARTURO BAREA: *La forja de un rebelde.* I. *La forja.* II. *La ruta.* III. *La llama.*
EDUARDO BARRIOS: *Los hombres del hombre.*
RICARDO BASTID: *Puerta del Sol.*
CECILIO BENÍTEZ DE CASTRO: *La iluminada.*
ADOLFO BIOY CASARES: *El sueño de los héroes.*
EDUARDO BLANCO-AMOR: *La catedral y el niño.*
JOSÉ BLANCO AMOR: *Antes que el tiempo muera.*
JOSÉ BLANCO AMOR: *Duelo por la tierra perdida.*
JORGE LUIS BORGES y ADOLFO BIOY CASARES: *Los orilleros* y *El paraíso de los creyentes.*
PEARL S. BUCK: *El patriota.*
ITALO CALVINO: *Idilios y amores difíciles.*
ITALO CALVINO: *Memorias y vidas difíciles.*
ALBERT CAMUS (Premio Nobel): *La caída.*
ALBERT CAMUS (Premio Nobel): *El exilio y el reino.*
ESTELA CANTO: *El muro de mármol.*
ESTELA CANTO: *El retrato y la imagen.*
ALEJO CARPENTIER: *El acoso.*
ALEJANDRO CARRIÓN: *La espina.*
GABRIEL CASSACCIA: *La babosa.*
ERNESTO L. CASTRO: *Los isleros.*
ERNESTO L. CASTRO: *Desde el fondo de la tierra.*
ERNESTO L. CASTRO: *Campo arado.*
CLEMENTE CIMORRA: *El caballista.*

IVERNA CODINA: *Detrás del grito.*

ROSA CHACEL: *La sinrazón.*

ATTILIO DABINI: *Dos muertos en un automóvil.*

ATTILIO DABINI: *El toro de Tusco.*

AUGUSTO MARIO DELFINO: *Cuentos de Nochebuena.*

CELIA DE DIEGO: *Un grillo entre los juncos.*

RENATA DONGHI HALPERIN: *En la noche oscura.*

WILLIAM FAULKNER (Premio Nobel): *Intruso en el polvo.*

WILLIAM FAULKNER (Premio Nobel): *Estos trece.*

WALDO FRANK: *Isla del Atlántico.*

WALDO FRANK: *Nunca acabará el verano.*

MANUEL GÁLVEZ: *Las dos vidas del pobre Napoleón.*

MANUEL GÁLVEZ: *Hombres en soledad.*

ANDRÉ GIDE (Premio Nobel): *Si la semilla no muere...*

ANDRÉ GIDE (Premio Nobel): *Et nunc manet in te.*

ANDRÉ GIDE (Premio Nobel): *Los alimentos terrestres. Los nuevos alimentos.*

JUAN GOYANARTE: *Campo de hierros.*

ADELA GRONDONA: *El antepasado.*

BEATRIZ GUIDO: *La caída.*

BEATRIZ GUIDO: *Fin de fiesta.*

BEATRIZ GUIDO: *La mano en la trampa.*

BEATRIZ GUUIDO: *El incendio y las vísperas.*

RICARDO GÜIRALDES: *Don Segundo Sombra.*

RICARDO GÜIRALDES: *Xaimaca.*

RICARDO GÜIRALDES: *Cuentos de muerte y de sangre.*

LEOPOLDO HURTADO: *Esta noche concierto.*

ALDOUS HUXLEY: *Viejo muere el cisne.*

JORGE ICAZA: *Huasipungo.*

FRANZ KAFKA: *El proceso.*

JACK KEROUAC: *En el camino.*

JACK KEROUAC: *Los vagabundos del Dharma.*

BERNARDO KORDON: *Vagabundo en Tombuctú. Alias Gardelito.*

MANUEL LAMANA: *Otros hombres.*

MANUEL LAMANA: *Los inocentes.*

NORAH LANGE: *Antes que mueran.*

NORAH LANGE: *Los dos retratos.*

D. H. LAWRENCE: *La serpiente emplumada.*

CARLO LEVI: *Cristo se detuvo en Éboli.*

CARLO LEVI: *El reloj.*

JORGELINA LOUBET: *La breve curva.*

JORGELINA LOUBET: *El biombo.*

OFELIA MACHADO BONET: *Un ángel de bolsillo.*

ALEJANDRO MAGRASSI: *La Cuá Yarí.*

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERU
CENTRO BIBLIOGRAFICO NACIONAL
Dirección Ejecutiva de Tecnología Bibliotecaria
869.5682
T
1964 15 AGO. 2001
Ej. 2.
BNPP (42677)

biblioteca
nacional
del Perú
BNPCBN
0000314030